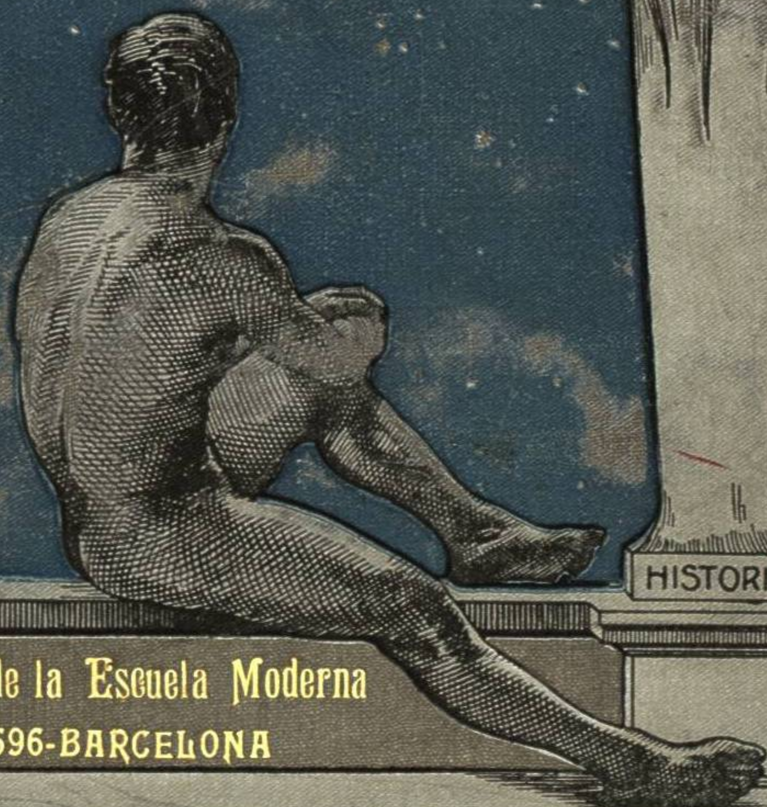
Eliseo Reclús

El Hombre y la Tierra









Publicaciones de la Escuela Moderna
Cortes, 596-BARCELONA

EL
HOMBRE
Y LA
TIERRA

Tomo 3


1020076311



ELÍSEO RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA

VERSIÓN ESPAÑOLA POR A. LORENZO

BAJO LA REVISIÓN DE ODÓN DE BUEN

La Geografía es la Historia en el Espacio, lo mismo que la Historia es la Geografía en el Tiempo.

TOMO TERCERO

HISTORIA ANTIGUA

ORIENTE CHINO. – INDIA. – MUNDOS LEJANOS.

HISTORIA MODERNA

CRISTIANOS. – BÁRBAROS. – LA SEGUNDA ROMA.
ÁRABES Y BEREBERES. – CARLOVINGIOS Y NORMANDOS.
CABALLEROS Y CRUZADOS.



BARCELONA
ESCUELA MODERNA
56, – CALLE DE BAILÉN, – 56
1907



IMPRENTA ELZEVIRIANA
DE BORRÁS Y MESTRES
Rambla Cataluña, 14.
: : : BARCELONA : : :



LIBRO SEGUNDO

(Continuación y fin)

HISTORIA ANTIGUA

Oriente chino. - India. - Mundos lejanos.



CHINA. — NOTICIA HISTÓRICA

Los más antiguos nombres de príncipes — como Fu-Chi y Chin-Nung, — únicos vestigios que de la existencia de sus pueblos entrega la tradición, — nos hacen retroceder á unos treinta siglos antes de nuestra era, pero la lista aceptada por todos los historiadores no principia hasta mil años después y enumera los emperadores agrupados en dinastías, de las cuales la 22.ª ocupa actualmente el trono del Imperio del Medio.

No puede pretenderse la exactitud completa respecto de las primeras fechas de la historia de China; sin embargo, las divergencias de opinión son mucho menores que cuando se trata de los Faraones, y es de notar que toda incertidumbre desaparece desde una época contemporánea de los orígenes de la cronología griega: un eclipse descrito con gran claridad por los anales chinos, y cuyas fases han sido reconstituídas por el cálculo retrospectivo de los astrónomos europeos, permite afirmar que desde 775 años antes de Jesucristo (1.ª Olimpiada, — 776) y durante 2680 años (hasta 1905), la veracidad de las fechas chinas es perfecta.

El texto da los datos que se poseen sobre Nai-khun-ti, cuyo nombre se refiere al de los Nakhonte de la Suciana; tras él vino Yau, después Chun el labrador (hacia — 2250), conocidos principalmente por los trabajos geográficos y agrícolas de su ministro Yu.

Ese mismo Yu, adoptado por su predecesor, abre la serie de los emperadores clásicos: su dinastía (Hsia) ocupa el trono desde — 2204 á — 1766; los Chang le suceden; después la 3.ª familia (Tcheu) permanece durante más de 800 años en el poder (— 1123 á — 249) con un interregno de 14 años (— 841 á — 827), conocido con el nombre de «Acuerdo Pacífico».

Poco después vinieron los tres filósofos LAO-TSE (— 604 á — 520), KHUNG-FU-TSE (— 551 á — 479), MENG-TSE (— 400 á — 314), contemporáneos de otros pensadores griegos é indus.

Hacia el final de la 3.ª dinastía, dividía el país el régimen feudal; Chi-Hoang-ti (Tsin-chi, Ching-ti) restableció la unidad, atendió á la construcción de la «Muralla» y se hizo también célebre ordenando la destrucción de los libros antiguos (— 213); mas por una ironía de la suerte, su dinastía sólo sobrevivió siete años á ese acto insólito que había de inaugurar una era nueva.

El período de la 5.ª dinastía (Han) es uno de los más turbulentos de la historia de China. Wu-ti, rey fastuoso, reinó de 140 á 86. Wang-mang, usurpador, de 9 á 24 años después de J. C. Poco después, hacia el año 65 de la era vulgar, comenzó á penetrar el budhismo en China, creando un movimiento cuya historia corresponde á un capítulo ulterior.



ORIENTE CHINO

La verdadera historia de la «Flor del Medio» se resume en las variaciones del régimen agrícola y del derecho de los agricultores á la gerencia de sus tierras. Los diversos acontecimientos políticos no son sino sus naturales consecuencias ó simples incidentes.

CAPÍTULO XI

COMUNICACIONES Á TRAVÉS DEL ASIA. — MONTES, DESIERTOS Y CIUDADES MUERTAS. — POBLACIONES Y OCUPACIONES. — TIERRAS DE HIERBAS, MANDCHURIA, TIBET. — VIAJE DE LOS BAK. CAMPIÑAS CHINAS. — TIERRAS AMARILLAS. HOANG-HO Y YANGTSE-KIANG. — AGRICULTORES Y EMPERADORES. FAMILIA, FILOSOFÍA É HISTORIA. — COREA. — ORÍGENES JAPONESES.

En tanto que los fenómenos de la historia se desarrollaban alrededor del Mediterráneo, y las tribus sucedían á las tribus, las ciudades á las ciudades y las naciones á las naciones, produciendo de siglo en siglo cambios de naturaleza diversa, progresos y regresiones, cuyo recuerdo se ha conservado más ó menos explícitamente en nuestros anales, se verificaban evoluciones del mismo

orden en las otras regiones del planeta á la sazón desconocidas de los historiadores de lengua griega y latina. Los medios actuales de investigación en el pasado sólo permiten hipótesis sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en los continentes y en las lejanas islas de Ultramar; sin embargo, sabemos que las condiciones geográficas del medio, por diferentes que hayan podido ser en su complexidad infinita, determinaron la vida de los pueblos de esas comarcas según procedimientos análogos á los desarrollados por la civilización mediterránea.

La ignorancia cincuenta veces secular en que, acerca de sus hermanos de Oriente, vivieron los pueblos de Occidente, explica cómo ha podido imaginarse, desde que las relaciones de Marco Polo revelaron á Europa la existencia de la China, que no hubiera habido jamás durante el curso de la historia relaciones directas entre las dos vertientes, atlántica y pacífica, del Mundo Antiguo, y que dos humanidades distintas, una blanca y otra amarilla, se hubieran desarrollado paralelamente en sus respectivos continentes. Cualquiera que fuese la teoría profesada respecto de los orígenes primitivos, se tenía como hecho indudable la perfecta independencia recíproca de las dos razas completamente diferentes; pero las investigaciones de la ciencia contemporánea han demostrado la existencia de caminos bien trazados entre el Occidente y el Oriente, hallándose sobre cada uno de esos caminos huellas evidentes de un vaivén de las naciones, en ocasiones muy activo, aunque los analistas de la época no lo hayan mencionado. Además, el estudio profundo de cada pueblo, de sus leyendas y de sus fragmentos de historia, de sus costumbres, usos, conocimientos y procedimientos industriales, han puesto en evidencia la existencia de fenómenos de filiación directa y de enseñanza mutua entre esos pueblos considerados antes como separados absolutamente en medios cerrados. En lo sucesivo no podrá ya negarse el parentesco, primero entre el mundo occidental y el mundo chino.

En primer término el estudio del relieve geográfico muestra que en lo referente á la facilidad de las comunicaciones, la vertiente oriental del Mundo Antiguo está bien ligada con la vertiente occidental. Á este respecto está mucho más favorecido que la península índica, casi cerrada por la parte de tierra, accesible solamente



DESIERTO DEL LOB-NOR, AL ESTE DEL TAKLA-MAKAN

Según una fotografía de Sven-Hedin.

por la del mar. En otro tiempo la India solamente tuvo relaciones directas con el Asia anterior y con Europa por intermedio de la Bactriana; los desiertos de la Irania obligaban á los viajeros á dar un rodeo por el Norte y á atravesar dos veces el diafragma montañoso, al Este por el camino afgan de Kabul y del collado de Bamian, al Oeste por la brecha de Merv y los otros collados de la divisoria de los Turcomanos. Por el contrario, desde la cuenca del mar Caspio y del Aral hacia la China se abren varias vías naturales, unas franqueando los Pamir, de penoso acceso aunque practicables; otras contorneando el Tian-Chañ, difíciles únicamente á causa de su largo

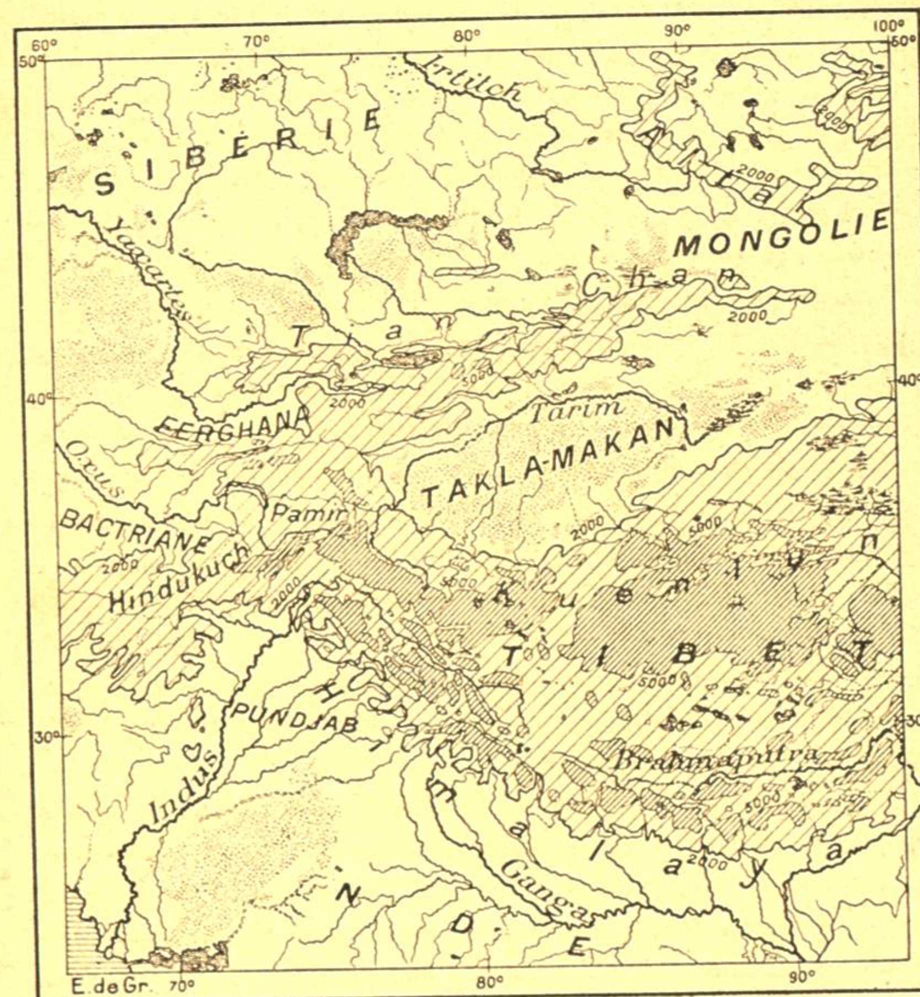
trayecto. De este lado del Norte, en las estepas, el camino se halla ampliamente trazado por naciones enteras.

Verdad es que al Sud podría parecer que las prodigiosas barreras de los Pamir ó «mesetas heladas» pudieran impedir toda comunicación directa entre el occidente y el oriente de Asia, porque, en efecto, como ligadas unas á otras, las diversas aristas de los montes se hallan yuxtapuestas, prensadas, comprimidas y mezcladas por sus macizos laterales, de manera que forman una enorme sucesión de muros que ocupan un millar de kilómetros de Sud á Norte, desde las llanuras del Pundjab á las estepas del Ferghana. En esta parte del continente no pudo jamás emprenderse una travesía directa, en el sentido del meridiano terrestre, en una época anterior á la moderna, que suministra á los viajeros recursos de facilidad y comodidad antes desconocidos; se suceden tantas crestas cerrando el horizonte con sus rocas y glaciares, que las mismas aves no franquean directamente en sus emigraciones aéreas, y las contornean por el ángulo sud-oriental, no viendo bajo de sí más que una estrecha continuidad de puntas y de aristas nevadas que contienen entre sí valles verdes y profundos; pero de Oeste á Este, desde los valles afluentes del Oxus á los del Tarim, los viajeros pudieron siempre arriesgarse de una á otra vertiente durante la estación favorable, merced á la disposición de las cortaduras de erosión que, de una parte y de otra, surcan paralelamente la masa de la meseta, cuya anchura media en esas regiones es de unos 500 kilómetros.

Esas extensiones nevadas de los Pamir, sembradas de lagos y rayadas con morainas, fueron siempre, hasta en verano, infranqueables para masas considerables de hombres: la Naturaleza era allí harto áspera, el viento demasiado duro, y los escasos pastores que conducían sus rebaños á aquellos fondos no hallarían recursos suficientes para mantener los visitadores. Pero aunque esas alturas debiesen aparecer á las gentes de la llanura como la región de la frialdad y de la muerte, era necesario, no obstante, que algunos atrevidos viajeros tratasen de abrirse un camino á través de sus estepas heladas, y se necesitaba porque había atracción de la una á la otra vertiente. Los pastores que recorrían las altas praderas durante los meses de la bella estación encontraban en cada lado, á la salida de las gargan-

tas, campiñas pobladas, aldeas y hasta ciudades cuyos habitantes, gracias á ellos, se mantenían en relaciones mutuas. Por otra parte, la mejor prueba de la existencia de esas comunicaciones consiste en

N.° 208. Relieve del Asia central.



que, sobre las vertientes opuestas de los Pamir, la población parece haber tenido los mismos orígenes. Aunque habiendo variado de una parte y de otra con el curso de los siglos, ha recorrido la misma

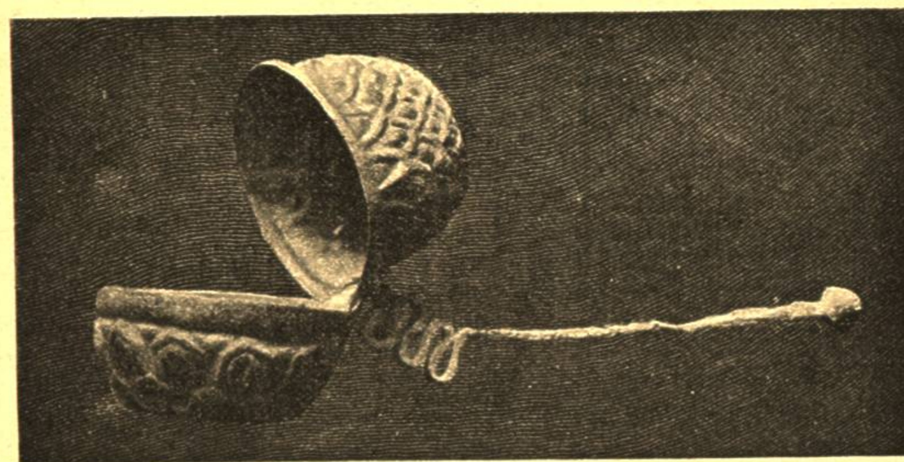
evolución por las costumbres, la lengua y el conjunto de la civilización. En los primeros tiempos de la historia, los valles del Este y del Oeste, lo mismo que las llanuras subyacentes, estaban poblados por Arios é Indo-Europeos, en tanto que en nuestros días los habitantes son principalmente Turco-Mongoles, á la vez que en el Turkestan ruso (Khiva, Bokhara, Ferghana, etc.) y en el Turkestan chino (Kachgaria ó cuenca del Tarim); sin embargo, sobre las dos vertientes de la cima se encuentran algunas tribus arias y aglomeraciones «tártaras» muy mezcladas [1]. La elevada arista divisoria entre el Oriente y el Occidente no había, pues, servido de obstáculo infranqueable para los pueblos de origen diferente ni para sus civilizaciones respectivas.

Según el testimonio unánime de los habitantes, los documentos históricos y las huellas dejadas por corrientes de agua actualmente agotadas, parece incontestable que en nuestra época se produce en Asia central un desecamiento del suelo, sea que ese fenómeno corresponda á una fase de la desecación definitiva de nuestro planeta, ó que se trate de un balanceo climático cuyo período se extenderá á algunos miles de años. Sea lo que fuere de este problema, uno de los más complejos que se presentan al estudio del geógrafo, puede afirmarse que en los tiempos lejanos el vaivén de los viajes era mucho más activo que en nuestros días entre las dos vertientes asiáticas. Es indudable que la cuenca del Tarim, aun más importante como lugar de paso, fué en lo antiguo mucho más habitado que en el período contemporáneo, y que ofrecía, por consiguiente, recursos más abundantes al comercio del Occidente con el Oriente á través de la cumbre de Asia.

Muchas son las ciudades muertas que Sven-Hedin y otros exploradores modernos han descubierto en medio de las arenas invasoras, en sitios donde actualmente el hombre no podría encontrar su subsistencia. Es cierto que el desplazamiento de las corriente de agua ha podido en muchas ocasiones producir la emigración de los habitantes y el abandono total de las ciudades; pero se hubieran reconstituído en otros sitios si las aguas que descienden del Kuen-lun no se hubieran

[1] Grenard, *Mission Scientifique dans la Haute Asie.* Sociedad de Geog., Enero de 1899.

agotado parcialmente: el mismo Keria-daria que proveía de agua grandes y populosas ciudades que tenían varios kilómetros de circunferencia, sólo atraviesa la llanura durante una mínima parte del año, y, sobre la parte media de su curso, allá donde la población se agrupaba en sus orillas, solamente algunas familias de pastores saben preservar contra las arenas los abrevaderos para sus rebaños.



LUPA ENCONTRADA EN LAS RUINAS DE LU-LAN

Según una fotografía de Sven-Hedin.

La ciudad arruinada á la que los camelleros dan especialmente el nombre de Takla-makan, la primera de las que han sido encontradas en ese desierto, hubiera podido contener miles de habitantes. Según los objetos que en ella se han descubierto: artesonados, estatuítas y pinturas, puede afirmarse que esta «Pompeya asiática» cuenta lo menos mil años, es probablemente anterior á la invasión musulmana y estaba poblada por budhistas: muchas figuras presentan tipos arios tan bien caracterizados como los de los Persas, otros están marcados por un rasgo amarillo en el nacimiento de la nariz, como les sucede á millones de Hindus. Se han encontrado ruedas de carro en la arena de las dunas, que prueban que el país tuvo en otro tiempo carreteras [1]. Según los exploradores americanos, en esas regiones se habían sucedido varias aglomeraciones humanas, sucumbiendo una

[1] Sven-Hedin, *Trois ans de Luttes aux Déserts d'Asie*, trad. Rabot, ps. 147 á 153.

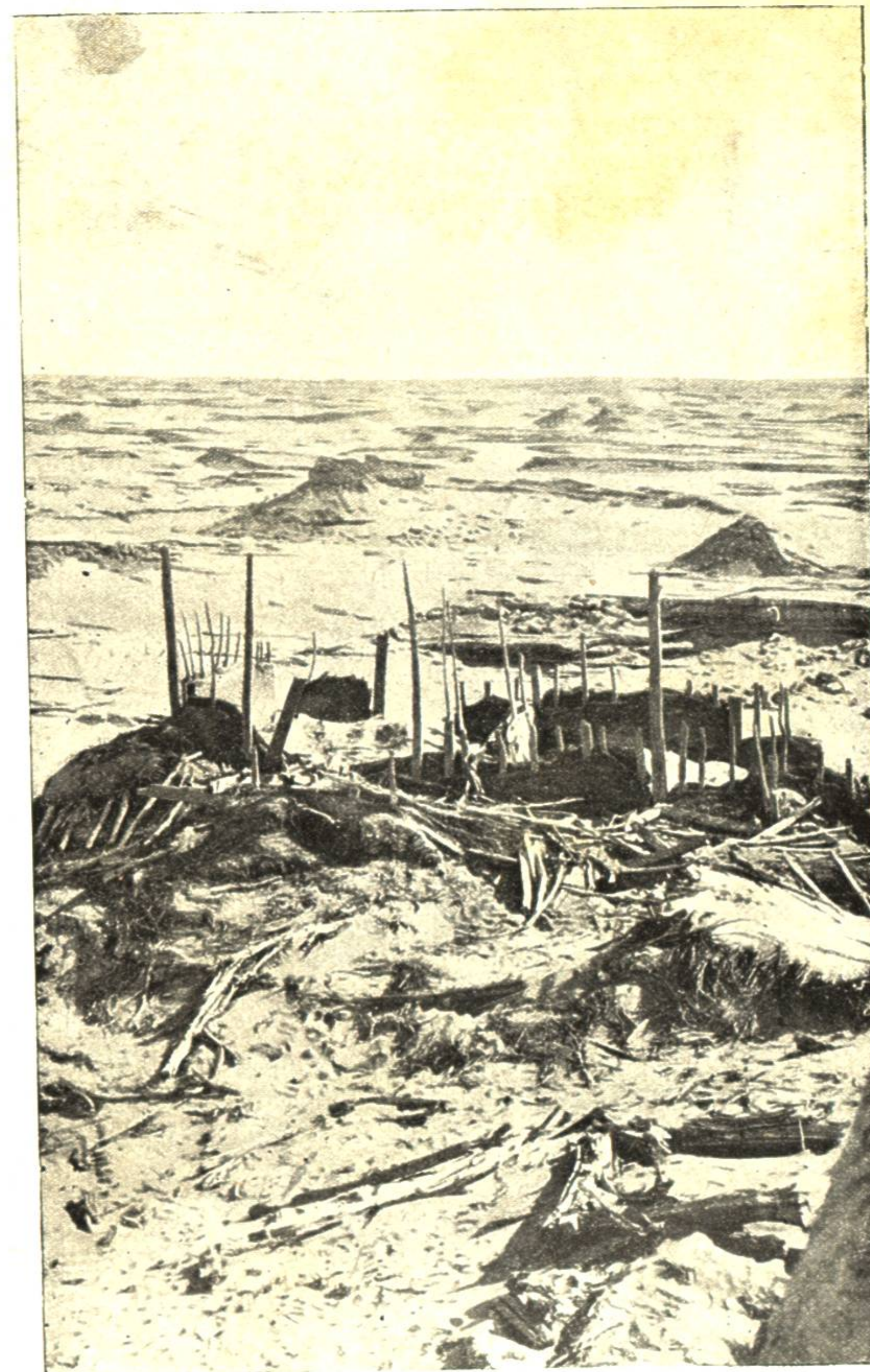
después de otra á la desaparición gradual de las aguas dulces hacia el Kuen-lun y al terrible viento del Nordeste; la última de estas ciudades parece haber sido abandonada hará solamente unos sesenta años[1].

Más al Este, á la puerta del extenso circo montañoso que rodea la Kachgaria de un muro regular de más de dos mil metros de altura y que no está habitado más que en una zona elíptica de unos cien kilómetros de ancho, entre el desierto y las nieves, Sven-Hedin ha descubierto otra ciudad que, según los fragmentos de escritura hallados en las ruinas, no es otra que Lu-lan, cuyo nombre se conocía por los libros chinos y que sensiblemente se buscaba al norte de su posición verdadera. Lu-lan está situada sobre un antiguo ribazo del Lob-nor, aquella sábana de agua errante que los viajeros señalan actualmente un centenar de kilómetros más al Sud que los cartógrafos chinos de hace mil años. Las condiciones geográficas del país han cambiado, pues, completamente; dos ó tres construcciones de ladrillos, unas vigas de álamo roídas por la arena, medallas y objetos diversos, papeles escritos y palitos cubiertos de caracteres, he ahí todo lo que resta de esa ciudad floreciente hace quince siglos[2]. En nuestros días, es tal la denudación debida al viento, que en vano se busca en sus alrededores el menor vestigio de tierra vegetal.

Por último, en Turfan y en sus contornos, las excavaciones de Grünwedel y de von Lecoq han dado á luz tierras cocidas, fragmentos de estatuas, frescos y manuscritos, restos diversos sobre cuya fe puede afirmarse la influencia griega é indu en esas regiones del Asia central[3].

Resulta, pues, que los caminos que atraviesan los Pamir de una á otra llanura fueron antiguamente muy concurridos por los mercaderes, y, gracias á los jalones que se ven de distancia en distancia sobre esas vías antiguas de comunicación, los geógrafos pueden intentar la reconstitución aproximada de su trazado. En primer lugar es cierto que los yacimientos de jade, esa piedra considerada como preciosa por los Chinos, y mucho más apreciada aún en las épocas prehistóricas, señalaban uno de los lugares de etapas importantes de una de las antiguas vías. Los anales chinos mencionan frecuente-

[1] *Petermann's Mitteilungen*, 52, III, p. 71.
[2] Sven-Hedin, *Dans les Sables de l'Asie*, ps. 313 y siguientes.
[3] *La Géographie*, XIII, 3, p. 234.



LU LAN, CIUDAD MUERTA DEL DESIERTO DEL LOB

De una fotografía de Sven-Hedin



MADERA ESCULPIDA HALLADA EN LAS RUINAS DE LU-LAN
Según una fotografía de Sven-Hedin.

mente el país de Khotan, es decir, el ángulo sud-occidental de las llanuras que atraviesa el Tarim, y celebran su capital bajo el nombre de Yu-Thian, á causa del *yu* ó jade que se recoge en los tres ríos convergentes que descienden de Kuen-lun: esas tres corrientes de agua eran conocidas con los nombres de Ríos del Jade blanco, del Jade negro y del Jade verde, y las antiguas denominaciones chinas se encuentran parcialmente bajo las formas turcas actuales[1].

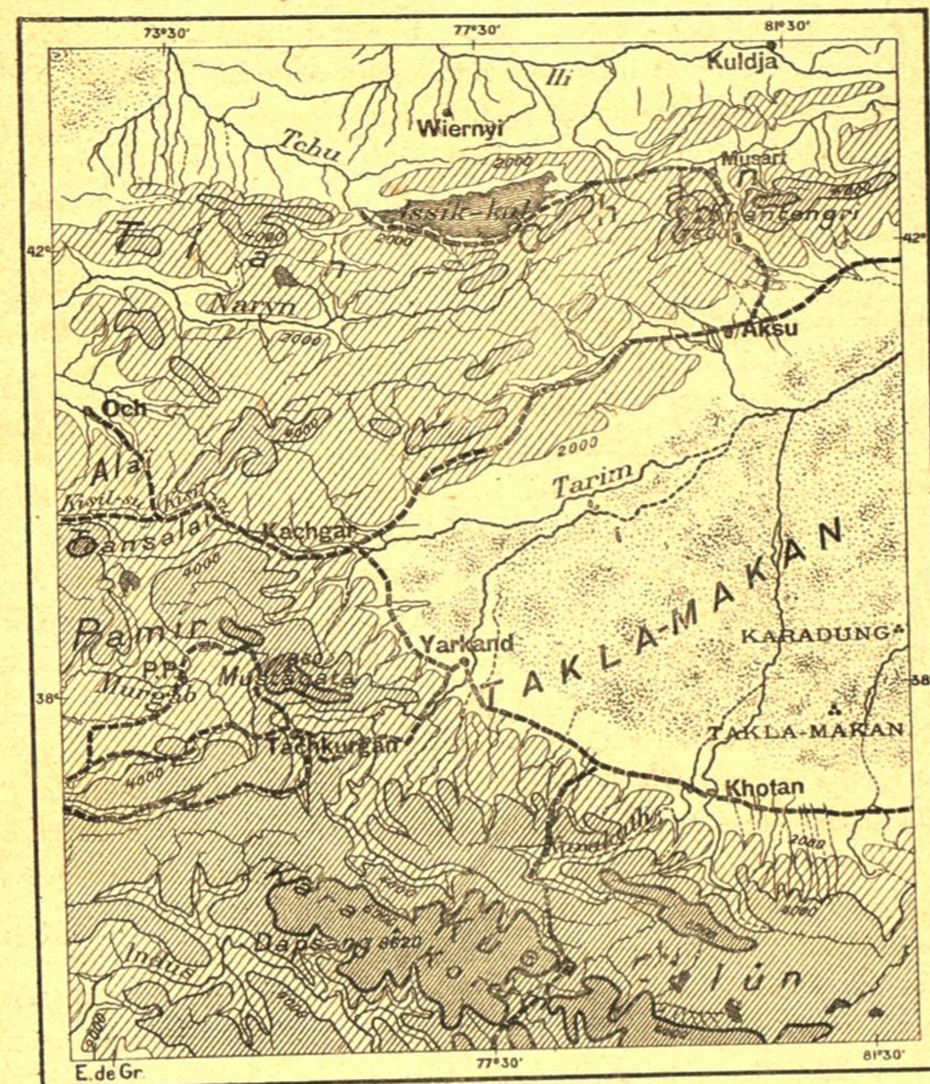
[1] Abel Rémusat, *Histoire de la Ville de Khotan.*

Sabido es que las propiedades mágicas atribuídas al jade hacían de él en la antigüedad una de las joyas más ricamente pagadas por los soberanos, no solamente en China, sino también en los países de Occidente: las hachas de nefrita que se encuentran en las tumbas de la edad de piedra habían protegido los héroes en los combates de la vida; colocadas junto á su cuerpo, debían defenderles contra los malos genios durante las edades largas del reposo y del silencio. Ahora bien, del Khotan venía la más preciosa de las piedras, el jade blanco, llevado en otro tiempo por los mercaderes hasta los reinos más lejanos: del mismo modo, á mitad del camino entre el Atlántico y el Pacífico, los altos valles del Tarim donde se recogen los admirables guijarros, fueron el centro de ese comercio. En la época en que la comarca, á la sazón muy populosa, era el punto de cita de los mercaderes, la recolección del jade, que se hacía después de cada gran avenida, se inauguraba por el soberano como una ceremonia religiosa, y las piedras más bellas se destinaban á su tesoro. Había canteras en que se explotaban directamente las rocas de sienita y de micasquisto para extraer de ellas las venas de jade: es una industria que con el tiempo volverá á explotarse.

La vía histórica del gran mercado de Khotan hacia el Occidente es fácil de reconstituir en su dirección general. Destacándose del camino del valle que, todavía en nuestros días, lleva el nombre turco de Kara-Kath ó del «jade negro» y remonta hacia un collado formidable (5568 metros) del Karakorum «Negros Escarpes», para descender otra vez en seguida hacia el Indo, el camino del Occidente, que se puede llamar «el camino del jade», costea al Oeste y al Noroeste la base de las montañas hasta el punto en que se eleva la ciudad de Yarkand, lugar de mercado que, en todo tiempo, como en nuestros días, era frecuentado por Chinos y Mongoles del lejano Oriente, gentes de Kachmir y de la India, y Arios más ó menos mezclados, originarios de ultra Pamir. Hallábanse allí todavía no hace mucho tiempo cinco mil individuos de los valles occidentales que habían atravesado el «Techo del Cielo»[1]. Á partir de Yarkand, el itinerario de los mercaderes, que contornea al Sud el ma-

[1] Forsyth, *From Leh to Yarkand.*

N.° 209. Caminos del Jade y de la Seda.



El fortín de Pamirsky-Post (véase página 21), en el sitio donde una de las ramas del Camino del Jade atraviesa el Murghab, afluente del Oxus, está designado por P. P.

El nombre de Dapsang, aplicado al pico más alto del Karakorum, inferior solamente en 200 metros al punto más elevado del Globo, ha desaparecido de algunos mapas modernos; se le ha sustituído por el de Godwin Austen, mas por nuestra parte preferimos conservar el antiguo nombre, esperando una nomenclatura completamente aceptada por todos.

cizo dominador de Mustagh-ata, franquea varios valles y las aristas intermediarias, y, en vez de terminar en una cortadura longitudinal,

pasa ante uno de los numerosos *Tack-kurgan* ó «montones de piedras» que se hallan diseminados por la comarca, y se trifurca para descender al Oeste en diversas regiones que recorren los altos afluentes del Oxus y ganar la Bactriana.

Al norte de los Pamir había otra vía natural, trazada mucho más claramente que la del Mediodía, que ponía en comunicación las dos vertientes del Mundo Antiguo: utilizando un valle que se abre como un ancho foso en la dirección del Este, entre las dos aristas paralelas del Alai al Norte y del Trans-Alai al Sud, este camino termina en una amplia llanura, á una altura de unos 3000 metros, donde la línea de división de las aguas no está marcada por ninguna elevación. Los dos ríos que corren hacia los puntos opuestos del horizonte llevan el mismo nombre, Kizil-su, «Agua roja», á causa de los aluviones que arrastran: el Kizil-su oriental entra en la llanura en el punto donde existe actualmente la ciudad de Kachgar, centro necesario de población, indicado por su posición misma como punto de reunión de los hombres. Hay otras vías naturales que vienen á juntarse allí á la que sigue el foso del Alai.

Siguiendo los vaivenes de los centros de potencia en el mundo occidental, el movimiento del tráfico entre las dos vertientes asiáticas había de dirigirse, desde Kachgar, sea hacia el valle de las «Aguas rojas», sea, más al Norte, por uno de los collados que ponen en relación el Ferghana ó alta llanura del Iaxartes y la cuenca del Tarim. Parece que, durante el curso de la historia, el camino más frecuentado fué el que lleva el nombre turco de Terek-davan y cuyo sendero va á unirse al alto valle de Kizil-su oriental. La riqueza natural de las campiñas del Ferghana se unía en este punto al poder de atracción del comercio, y los anales concuerdan en su mayor parte en describir ese pasaje como aquel por donde las sedas de la China eran expedidas de toda antigüedad: si el camino meridional de los Pamir puede ser designado especialmente como el «Camino del jade», el que pasa al Terek-davan es por excelencia el «Camino de la seda»; en la actualidad todavía, aunque todas las condiciones del comercio hayan sido cambiadas por los ferrocarriles y los paquebots marítimos, los Rusos importan sederías chinas por esa entrada de las montañas.

El camino de Terek-davan que, según Kostenko, no excede de 3140 metros á la arista más elevada (3861 según Regel), es relativamente de tan fácil acceso, que, por ambos lados, en el imperio ruso y en el imperio chino ha sido necesario defenderle por medio de fortificaciones. Ese mismo camino ha podido servir hasta cierto punto al paso de los emigrantes, puesto que, cuando la conquista china, á la mitad del siglo XVIII, los soldados turcos de la Kachgaria huyeron en masa por esta brecha de las montañas, aunque no todos pudieron llegar á la vertiente opuesta: los cadáveres se amontonaron en medio de las nieves [1].

La ciudad de Och, á la orilla de un afluente del Iaxartes, debe á su situación sobre un camino de los pueblos, la gloria de ser considerada como la antigua residencia de Suleiman ó Salomón, el rey mágico que poseía prodigiosos tesoros y mandaba á los genios de la tierra y del cielo: el recuerdo de la prosperidad debida en otro tiempo al comercio se perpetúa en forma de extrañas leyendas, que se localizan alrededor de una roca de cuatro puntas que se llama el «trono» ó la «tumba» de Salomón.

La única vía carretera de la región existente en nuestros días es la que, habiéndose hecho necesaria por las leyes de la conquista y de la estrategia de las fronteras, recorta normalmente todas las sendas recorridas por los comerciantes y pasa de Och á Pamirsky-Post sobre tres filas de altas montañas, atravesándolas de Norte á Sur á alturas de 3540 (Alai, collado de Taldyk), de 4270 (Transalai, Kizil-Art) y de 4682 (Ak-Baital) [2].

Al este de Kachgar, otras vías, que vienen de las estepas del Turkestan occidental á través ó contorneando múltiples aristas del Tian-chañ, alcanzan el gran camino de las naciones, que sigue, sobre un desarrollo total de unos 2000 kilómetros, la base meridional del gran sistema orográfico. Este camino de las emigraciones, cuyo nombre chino Tian-chañ-nan-lu, es decir, el «Camino sud de los Montes Celestes», expone claramente el valor histórico y suele designársele en los anales bajo la denominación de «Camino imperial». En efecto, es el itinerario obligado de los pueblos y de los ejércitos en

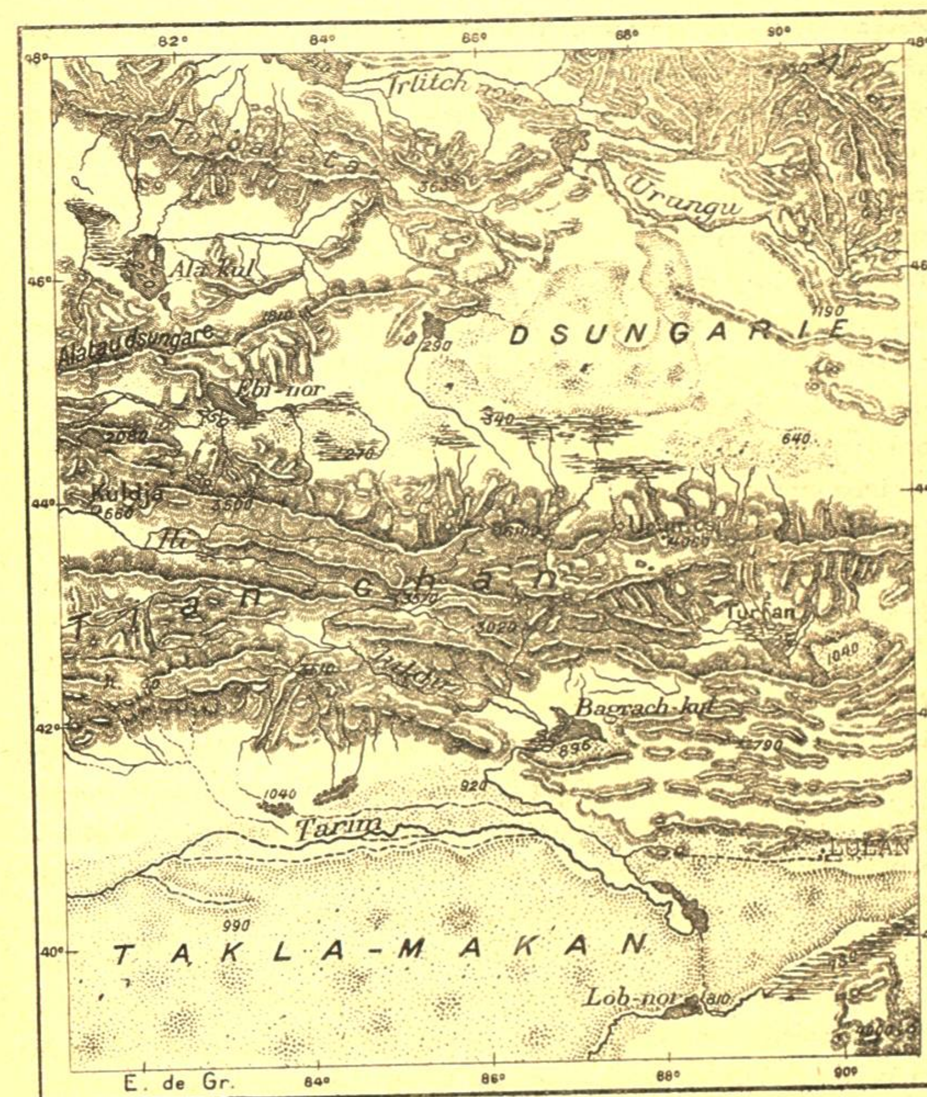
[1] Ch. de Ujfalvy, *Bull. de la Soc. de Géogr.*, Junio 1878.
[2] Sven-Hedin, *Dans les Sables de l'Asie*, p. 8.

marcha entre la China propiamente dicha y el anfiteatro de los montes que cierran los Pamir entre Kuen-lun y los Tian-chañ. En este enorme recorrido, el Camino imperial, interrumpido hacia el Este por arenas movedizas, pantanos, lavas y salinas, se dobla de vías paralelas que pasan al Norte entre las aristas del Tian-chañ, orientadas de una manera general de Oeste á Este. En las cuencas intermedias abundan excelentes pastos, y en ellas, llevando ante sí millones de animales, se reunieron á veces millones de hombres en grandes emigraciones á través del Mundo Antiguo; cada uno de los valles se continúa de una á otra vertiente por una arista que, según las ventajas ó las dificultades de acceso, sirvió durante el período histórico de paso á las masas de hombres más ó menos considerables. Algunos de esos puertos, temidos á causa de sus glaciares agrietados y de sus nieves resbaladizas, solamente son visitados por escasos viajeros: tal es el puerto de Musart[1], que domina al Oeste el formidable Khan-tengri ó «Rey de los cielos». Otros valles, al contrario, animan por la suavidad de sus pendientes cubiertas de césped; entre ellos el collado que comunica el valle del Ili con la cuenca del Iulduz ó de la «Estrella», así llamado por la belleza de sus pastos, es notabilísimo y ha sido ampliamente utilizado por las poblaciones nómadas. Es tan fácil en esta región dirigirse de la una á la otra vertiente, que el alto valle del Ili, llamado territorio de Kuldja, ha sido ocupado por los ejércitos chinos, y, aunque situado al occidente de la línea de división de las aguas, forma parte aún, al menos oficialmente, 1905, del Imperio del Medio.

Los puertos de Kuldja son, en el norte del gran circo de la Kachgaria, los primeros que ofrecen acceso bastante fácil para haber servido de gran camino á pueblos en marcha. Todos los collados situados más al Sud, á través de los Pamir y el Tian-chañ, el camino del jade, el de la seda y sus sendas laterales, no pudieron nunca ser utilizados sino por mercaderes, peregrinos y misioneros: fueron vías de tráfico y de civilización, en tanto que el camino de Kuldja, y más aún, el que rodea el Tian-chañ al Norte, fueron caminos de emigración y de invasión.

[1] 3 330 metros, según Kostenko; Khan-tengri, 7 320 metros.

N.º 210. Tian-chañ, desde Kuldja á Turfan.



La transcripción más usual del nombre chino de los Montes Celestes es Thian-Chan, pero no se tiene en cuenta el hecho de que la primera letra es aspirada; también se escribe á veces T'ian ó T'ien-Chañ. La combinación *Hs* de algunos nombres chinos es intermedia entre *Ch* y *S* precedida de una aspiración.

Este último camino, el Tian-chañ-pe-lu, — «el Camino norte de los Montes Celestes», — constituye uno de los rasgos característi-

cos del Mundo Antiguo. En esta parte del continente se abren dos brechas muy anchas á través del reborde de altas mesetas y de montañas que, bajo diversos nombres y alineamientos, continúan los Pamir y los Tian-chañ hasta la punta nor-oriental del Asia. Esta doble abertura pone así en comunicación la vertiente continental inclinada hacia el Océano Artico y el Han-Hai de los Chinos[1], el antiguo mar interior que se extendía entre el Kuen-lun y el Altai, abrazando el Gobi y el Takla-makan, y del cual el Lob-nor, el Bagrach-kul, el Ebi-nor y tantas otras cavidades, lacustres ó desecadas, pantanosas ó eflorescentes de sal, no son sino débiles restos. Las dos grandes puertas fueron verdaderos estrechos marítimos y de tal conservan todavía el aspecto.

La entrada meridional, que es el Tian-chañ-pe-lu propiamente dicho, no tiene menos de 200 kilómetros de anchura entre el Alatau Dsungare, una de las aristas del Tian-chañ, y la cadena paralela del Tarbagatai: numerosas depresiones y lagos diseminados en medio de la estepa dan siempre la ilusión de un antiguo mar, y rocas grisáceas, hasta montañas, se elevan de trecho en trecho como si fueran islas. En las partes bajas que forman la entrada, las llanuras tienen una altura media de 200 á 250 metros solamente, pero se levantan gradualmente hacia el Este para estrecharse en pasadizo, á una altura de mil doscientos metros, entre los montes Barkul y los últimos promontorios orientales del Tian-chañ.

El camino que toma la brecha septentrional, la que se abre ampliamente entre el Tarbagatai y el Altai y en la que serpentea el río Ulungul (Urungu), rama principal del poderoso curso de agua que lleva en Siberia los nombres de Irtich nego, de Irtich y de Ob, se une al precedente contorneando los montes Barkul por el Norte y por el Este.

La región de las puertas de la China, dispuesta en forma de embudo, es de dimensión bastante considerable y presenta suficientes extensiones herbosas para que muchas poblaciones de pastores nómadas y aun de agricultores puedan vivir allí: en diversos períodos de la historia han ocupado pacíficamente la comarca millones de hombres;

[1] Richthofen, *China*.

pero ¡cuántas veces también han sido expulsados y frecuentemente exterminados por hordas de invasores, Hunos, Mongoles, Turcos ó Dsungaros! Ello es debido á que la abertura entre Tian-chañ y Altai se halla tan favorablemente situada como salida de todas las tierras de pasto en el interior del continente, que los grandes ríos de hombres arrastrados en emigraciones guerreras hacia los territorios fértiles, eran forzosamente impelidos por esta salida, como lo fué en otro tiempo la corriente de las aguas del mar de Han-Hai. Ninguna región tuvo más



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

VASO DE JADE ANTIGUO

Este vaso, que data de tres ó cuatro mil años, ha sido esculpido con caña y con esmeril, en tanto que los objetos más recientes son trabajados con instrumentos metálicos. Este vaso es de jade rojo ú oxidado por huellas ferruginosas, es el jade llamado comunmente jade negro, aunque esa variedad no existe[1].

importancia que esta brecha de los montes en los flujos y reflujos humanos oscilantes sobre el mundo. Es notable el contraste de esta ancha y doble abertura, que deja pasar fácilmente naciones enteras, y los vertiginosos senderos de los Pamir donde se aventuraban escasos mercaderes ó misioneros. Aquí la civilización se infiltraba por delgados hilillos ó gota á gota; allá los grandes acontecimientos se preparaban con estruendo.

Todas esas vías exteriores á la China propiamente dicha, comprendidas bajo los nombres de Tian-chañ-nan-lu y de Tian-chañ-

[1] Emile Guimet, *Nota manuscrita*.

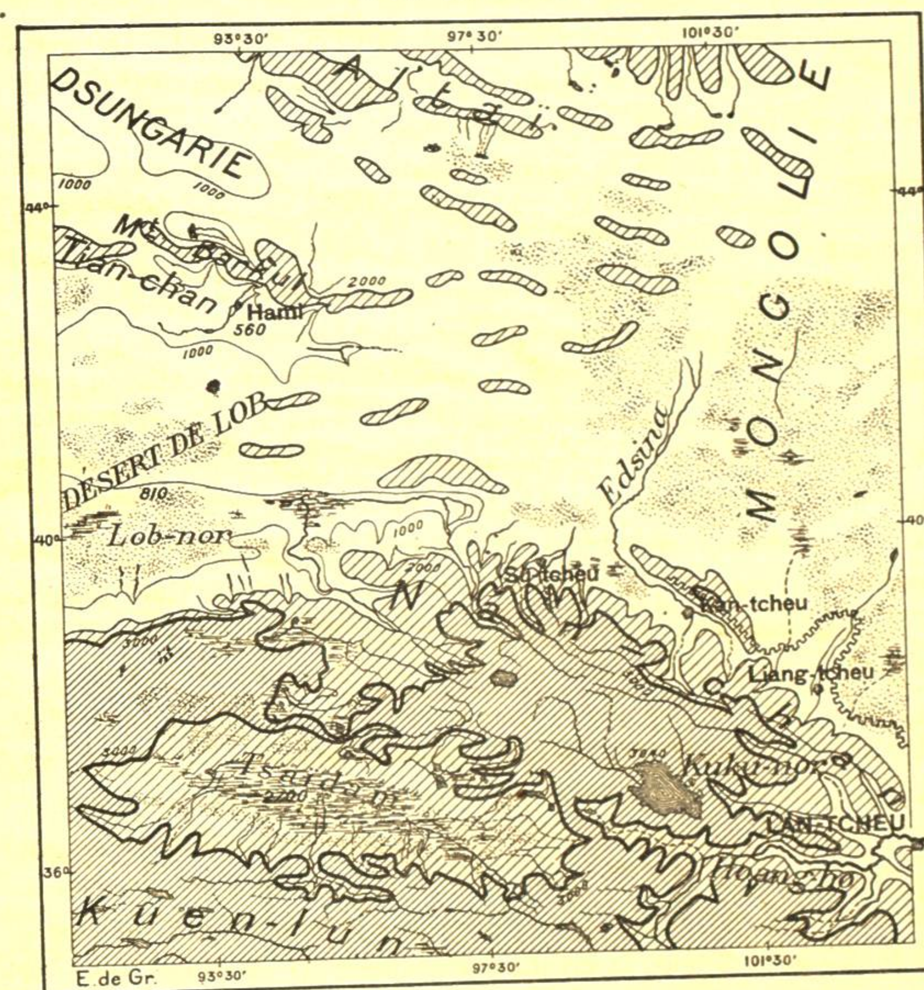
pe-lu, de Caminos de la seda y del jade, y hasta el del Tibet, tienen por punto de convergencia la región donde el río «Amarillo», el curso de agua chino por excelencia, sale de los valles de los grandes Alpes para entrar en las comarcas de pendientes moderadas y de amplias campiñas que han venido á ser la China histórica. La puerta interior del «Imperio del Medio», que utilizaron los mercaderes desde una época inmemorial, presenta la extraña disposición de un largo pasillo fácil de seguir en tiempo de paz, pero también fácil de obstruir en tiempo de guerra. El camino bordea en este sitio la base septentrional de Nan-chañ, rama del Kuen-lun, en tanto que, del lado del Norte, de las estepas inhospitalarias, de los montículos de arena, existen unos pantanos que estrechan la zona de cultivo de las ciudades y de las villas donde se estableció toda la población residente. El límite desértico que sigue y acompaña al Norte la línea de vegetación ha sido reforzado artificialmente por el muro de arcilla que en esas regiones de la China prolonga la «Gran muralla». Allí se encuentra el bastión más avanzado de la enorme ciudadela que debía constituir el imperio en el pensamiento de Chi-hoang-ti y de sus sucesores.

Allí presenta, en efecto, la China su cuenca de recepción natural para todos los elementos que le vienen de Occidente, es decir, del Asia anterior y de Europa, sobre la arista de separación del Antiguo Mundo. No hay punto vital mejor indicado en la economía general de la Tierra: es sin duda en este punto donde ha debido realizarse en todo tiempo, pero casi siempre inconscientemente entre los individuos, la unión de los principios diferentes con los cuales se forma poco á poco la civilización mundial. Una ciudad conocida actualmente con el nombre de Lan-tcheu, «Valle de la Verdura», antes «Villa de la Belleza», nació en aquel lugar en las orillas del río Amarillo, en una amplia y fértil llanura, bien guardada por promontorios fortificados.

Varios caminos convergen á ella, entre otros los senderos que recorren las fecundas estepas de las orillas del admirable Kuku-nor ó «Mar azul», y los que por el curso superior del Hoang-ho y por sobre los pliegues paralelos del Kuen-lun se dirigen hacia el Tibet oriental, permitiendo así el cambio de los productos muy diferentes de las

altas tierras con los de la llanura; mas por importantes que sean para el tráfico esos caminos secundarios, no pueden compararse en

N.° 211. Puerta del Jade.



1 : 10 000 000

0 100 200 400 600 Kil.

Se notarán numerorísimas depresiones: el Kuku-nor, el inmenso Tsaidam, tan grande como Suiza, el Lob-nor, dividido á su vez en cuencas secundarias; aquella por donde corre el Edsina, la del Hami, etc.

La más extraordinaria de esas cubetas de evaporación está situada al sud de Turfan (mapa n.° 210); la sabana lacustre está á 130 metros bajo el nivel del mar.

valor histórico con la vía principal del Noroeste, que reune, por el desfiladero de Yu-men ó «Puerta del jade», verdadero cuello de

botella, todos los caminos que atraviesan los Pamir y los montes Celestes ó rodean al Norte ese gran sistema orográfico. Las ciudades ya de aspecto chino, que se suceden en ese corredor de entrada como un suburbio de gran ciudad, á lo largo de un camino polvoriento, se espacian á una altura media de 1500 metros, lo que, bajo esos paralelos de 40 á 45 grados, presenta las mejores condiciones para la marcha fácil de los viajeros.

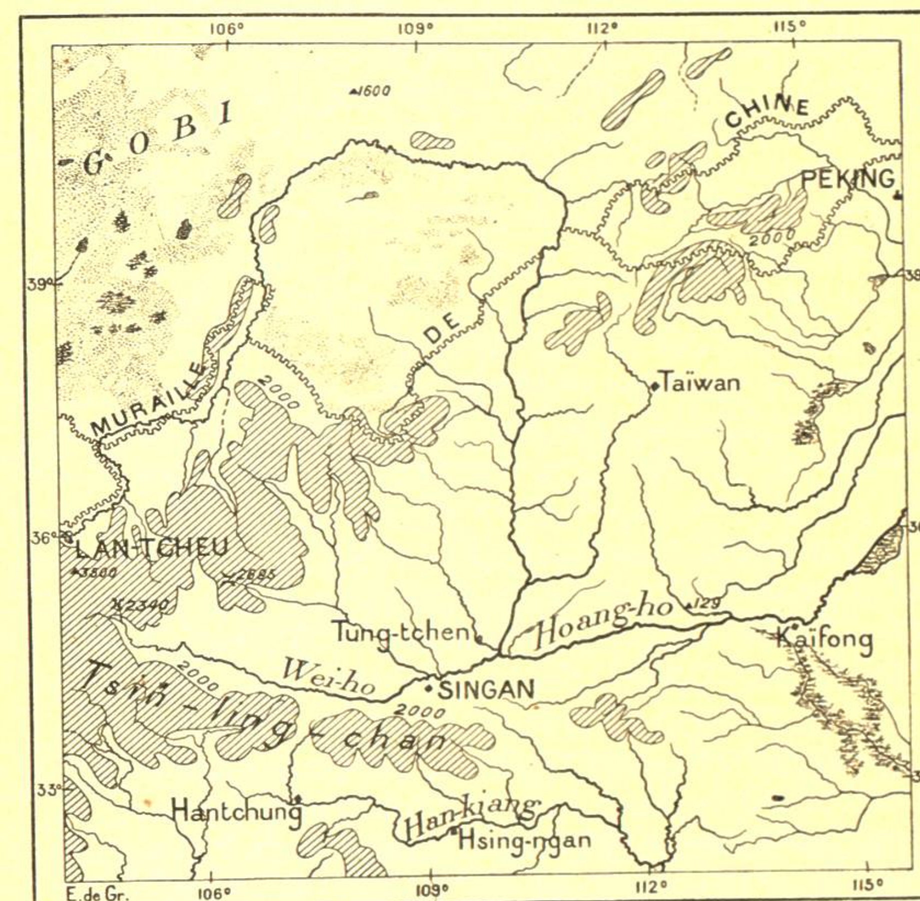
Punto de llegada tan notable para los caminos convergentes del Occidente, la «Villa de la Belleza» no tiene menos ventajas como punto de partida para el interior de la China. Por este lado la vía histórica sólo tiene un ligero obstáculo que superar: una ascensión fácil de algunos centenares de metros conduce de Lan-tcheu al collado que atraviesa la arista de montañas que separan el alto río Amarillo de otro curso de agua, el Hwei-ho ó Wei-ho. Este, por su orientación de Oeste á Este y la forma del surco por donde corre, es la verdadera rama principal del Hoang-ho; constituye la base verdadera á que se refiere la red de las líneas de vida que atraviesan la China en todos sentidos, en tanto que el mismo gran río da un inmenso rodeo en los desiertos del Norte, en un territorio que la Gran muralla, protectora de los agricultores, no podía sino abandonarse á los nómadas.

En ninguna comarca del globo se ha dibujado este entrecruzamiento de mallas geográficas de una manera más clara, sobre un plano más extenso, ni ha conservado bajo la misma forma durante mayor número de siglos, gracias á la perfecta acomodación del hombre á la Naturaleza. Como lo demuestra la larga historia del pueblo chino, habíase establecido una armonía perfecta entre el individuo y su medio.

Antes del tiempo en que la historia nos traza algunos vagos alineamientos de la evolución humana en el mundo oriental, ¿qué poblaciones residían en las comarcas que reunen los dos centros antiguos de civilización en Occidente y en Oriente? En primer término ha de hacerse constar que sobre la vertiente del Este, que es la del Pacífico, todo el enorme territorio comprendido entre la cumbre de división del continente y la China propiamente dicha, se compone en gran parte de llanuras, de estepas y de altos valles herbosos donde las lluvias son escasas y poco abundantes: si no es á la orilla de

los ríos, la agricultura es allí imposible, y la industria casi en general se ha limitado forzosamente á la domesticación y guarda de los ganados; el suelo se presta á los desplazamientos, y el agotamiento de los manantiales, el empobrecimiento temporal de los pastos bajo

N.° 212. Hoang-ho, de Lan-tcheu á Kai-fong.



la acción del diente de los animales, obligan á los indígenas á la vida nómada ó al menos á un cambio regular de residencias fijas. Y cualesquiera que sean el origen primero y la apariencia física de los pueblos de esas comarcas, siempre se sienten inclinados á practicar el mismo género de vida nómada, de conformidad con el ambiente:

Arios, Turcos y Mongoles llevan igualmente la existencia de pastores errantes en los medios que la determinan.

Además de las hordas pastoriles, había también en esas comarcas, en el origen de los tiempos históricos, poblaciones de mineros: el Kuen-lun tenía sus canteras, donde se perseguían las venas de jade, y sin duda también había buscadores de oro, y el Altai, entre la Siberia meridional y la China, nos aparece poblado de mineros en la aurora de la historia: los campesinos rusos dan á sus antecesores de su raza el nombre de «Tchoudes», palabra que no ofrece sentido alguno preciso y á la cual no se une idea más clara que la de «bárbaros» ó «aborígenes». Los Tchoudes altayanos recogían el mineral de oro ó de cobre, lo que les aseguraba en aquella época una influencia grandísima en la economía del mundo entero; sin embargo, sus tesoros habían de repartirse sobre el continente por mediación de mercaderes y pastores, porque la leyenda no los menciona sino de una manera muy indirecta, y las fábulas que les rodean hacen de ellos genios ó enanos, muy diferentes de los otros hombres. Se han encontrado en las minas de Zmeinogorsk, que durante la segunda mitad del siglo XVIII fueron las más productivas del mundo en plomo argentífero, instrumentos de cobre que empleaban los mineros, que son desde luego de una forma muy primitiva, como ha podido comprobarse por el descubrimiento de un esqueleto que aún tenía á su lado sus herramientas y el saco de piel en que colocaba el mineral (Pallas). Los procedimientos seguidos por los Tchoudes para el lavado de las arenas auríferas y la fusión del mineral eran de tal modo incompletos, que en muchos sitios los mineros sajones y sus discípulos los industriales rusos han hallado gran provecho en explotar de nuevo las minas abandonadas. Además, se han dedicado á otro metal, el hierro, que los primitivos no habían aprendido aún á desprender de sus combinaciones, y que después ha tomado en el trabajo del mundo una parte mucho más importante que la del oro, de la plata ó del cobre. En muchos puntos se encuentran esos yacimientos ferruginosos inmediatamente debajo de las arcillas auríferas.

Esos Tchoudes «de ojos amarillos» de las tradiciones rusas son probablemente los mismos que los Ting-ling y los Kien-kuen de cabellos rubios y de ojos claros, de que hablan los anales chinos



CAMPAMENTO EN LA ESTEPA MONGOLA

De una fotografía de M. A. Ular.

como existentes hace veintidós siglos en esas mismas comarcas del Altai y del Sayan[1]; pertenecen quizá al conjunto de las poblaciones llamadas arias según el parentesco de su lengua con la del Irán, en tanto que los Hiung-nu, en los cuales se ven los antepasados comunes de todos los pueblos turcos actuales, y cuyo nombre ha persistido bajo las formas de Hunos y de Húngaros, vivían más al Sud, en los territorios hoy designados con los nombres chinos de Kan-su y de Chen-si. Aunque con el transcurso de los siglos esas poblaciones hayan tenido tiempo de acomodarse á la vida china y de mezclarse, parcialmente al menos, con los habitantes cultos, Potanin ha encontrado en el país numerosos islotes turcos, como los Chiringol y los Salor del Hoang-ho, al sud de la Gran muralla, y los Yagur de la alta Edsina.

Actualmente, la mayor parte de las poblaciones turcas en relaciones directas con la China, después de haber sido rechazadas, se hallan acantonadas en el circo inmenso de la Kachgaria; en este circo de

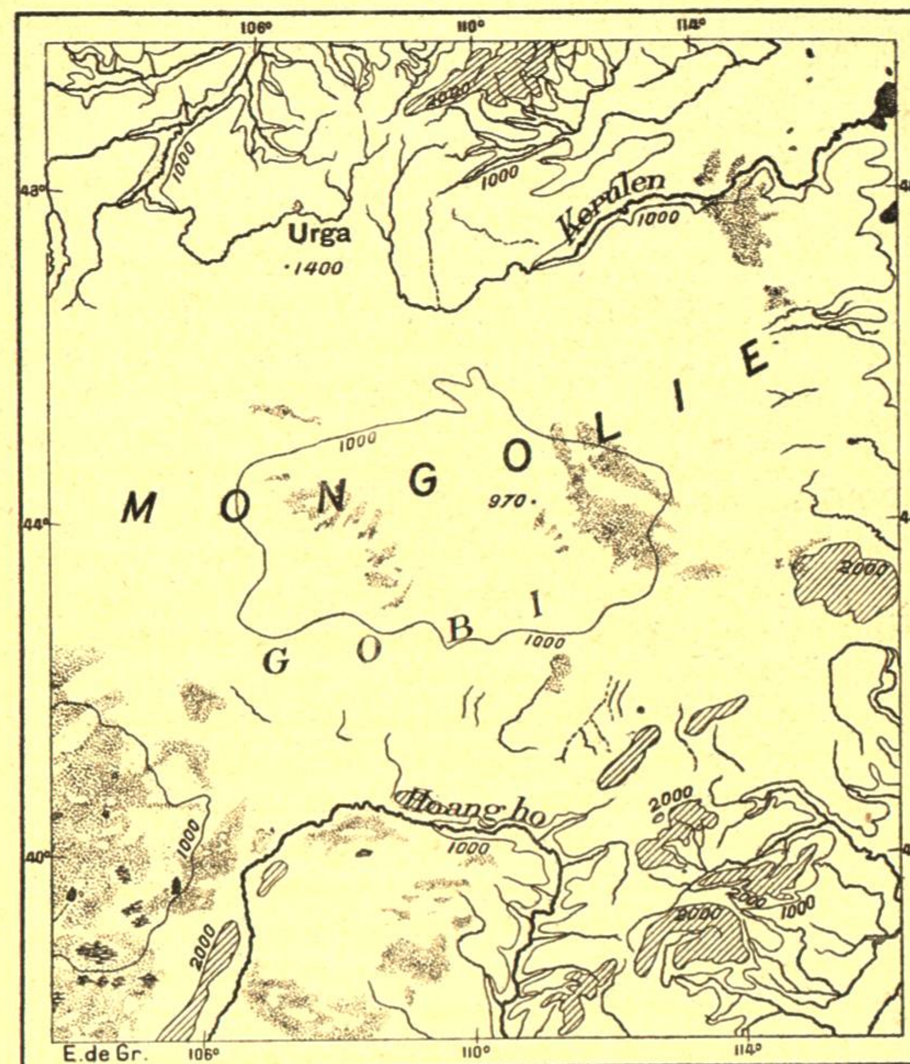
[1] J. Deniker, *Tour du Monde*.

han penetrado los agricultores chinos. El contraste es mucho más notable entre las fajas alargadas de los cultivos y los terraplenes superiores, promontorios avanzados de la gran «Tierra de las Hierbas», de suelo suavemente ondulado que recorren fácilmente los rebaños en todos sentidos.

Las poblaciones de la Tierra de las Hierbas y de los oasis encerrados por las arenas de los Gobi son históricamente muy diversas por el origen, pero suele comprendérselas bajo un mismo nombre, y, por otra parte, el mismo género de vida les ha hecho parecerse mucho. En la Edad Media se les conocía generalmente por la denominación de Tártaros (Tatares), y desde hace un millar de años se les nombra sobre todo Mongus ó Mongoles; palabra á que se atribuye el sentido de «libres, bravos ó valientes». Considerando esas tribus (Kalmuk, Tchakar, Khalkha, Buriatos) como formando una raza de la que serían el tipo primordial, la mayor parte de los antropólogos clasificadores emplean también el término de «Mongoles» ó «Mongoloides» para designar de una manera general todos los pueblos «amarillos» del Oriente, comprendiendo entre ellos hasta los Malayos y los Polinesios; pero sabido es que esta designación sólo tiene un valor convencional, porque desde ciertos puntos de vista, los Mongoles ofrecen precisamente caracteres que les diferencian claramente del tipo especial atribuído á su raza: en primer lugar no son «amarillos», sino más bien morenos y tostados, y los que de entre ellos viven en la obscuridad de los conventos ó lamaserías, á cubierto y resguardados del aire libre, suelen tener la cara tan blanca como los Europeos sometidos á la misma existencia.

Los Khalkha, que se atribuyen cierta superioridad sobre los otros Mongoles, como pertenecientes á la familia de Djenghiz-Khan, y que constituyen siempre la tribu más ilustre, son quizá entre todos los que menos responden al tipo mongólico de los autores, porque no tienen los ojos bridados por un párpado oblicuo, como la mayor parte de los Chinos, pero bajo otros aspectos corresponden al tipo convenido: el ojo pequeño, bien protegido por los párpados, brilla en el fondo de la órbita; la cara es ancha y redonda; la nariz, poco saliente, separada de la frente por una depresión muy ancha, no suele aparecer sino como una especie de botón grueso en medio de la

N.° 213. Mongolia central.



Karakorum ú Holin, residencia de Djenghiz-Khan y otros reyes mongoles, se halla en el límite del mapa, al oeste de Urga, sobre la orilla izquierda de un afluente del Selenga, un poco más abajo del grado 48 de latitud Norte. Las ruinas, buscadas en diversos sitios, fueron halladas por Paderin en 1873.

cara; escasos pelos de bigote y de barba sombrean los labios y el mentón, en tanto que las orejas, cubiertas por una espesa capa de cabellos negros y grasientos están bien resguardadas del frío. Bajo

el áspero clima de la Tierra de las Hierbas, donde sopla con harta frecuencia el terrible viento del Noroeste, una nariz prominente ó aguileña sería un funesto presente de la Naturaleza, y, bajo la influencia de la respiración, una barba abundante se transformaría rápidamente en un bloque de hielo. Un escritor musulmán da una idea muy risible del tipo mongol, exponiendo una frase del Profeta, relativa á los precursores del «Juicio final»: «Serán, dice, hombres cuya cara redonda tendrá la forma de un escudo batido al martillo de una manera igual en toda su redondez». Viendo aparecer los guerreros mongoles, los Mahometanos recordaron esa profecía y consideraron que toda resistencia de su parte sería inútil.

Las condiciones del medio que han dado al Mongol un tipo de rostro, le han impuesto también su género de alimentación.

La Tierra de las Hierbas, casi desprovista de bosque, no da frutas ni cereales, apenas algunos bulbos ó tubérculos que se sacan de la tierra y que proporcionan una escasa adición al alimento habitual suministrado por los rebaños. El Mongol come casi exclusivamente la carne de sus animales; sin embargo, agrega también la caza salvaje, los gerbos y hasta las ratas, pero rechaza el pescado, que le parece impuro porque vive en el agua, substancia tan frecuentemente sucia en aquellas regiones mal regadas y casi siempre saturada de sal, de salitre ó de otras substancias químicas; no bebe sino la leche de sus yeguas y de sus camellas, con la que sabe fabricar, como todos los nómadas de Oriente, la bebida fermentada llamada *kumis* ó *kmis*. Su odio al agua llega hasta el horror al baño: una antigua leyenda asegura que el rayo matará al audaz que se sumerja en una laguna. El código de Djenghiz-Khan, sencilla recopilación de costumbres antiguas, prohibía también lavar las ropas; había que llevarlas hasta que cayesen en jirones, siendo el colmo de la abominación lavar los utensilios de cocina y comida, que sólo es permitido limpiar con hierbas, con un trapo ó con boñigas de vaca. Los Chinos, que no son, sin embargo, de una limpieza ejemplar, dan á los Mongoles el nombre bien merecido de «Pueblo Hediondo». No es raro ver amigos ó enamorados que mascan sus piojos recíprocamente diciendo: «¡Ojalá puedas de la misma manera devorar mis enemigos!»

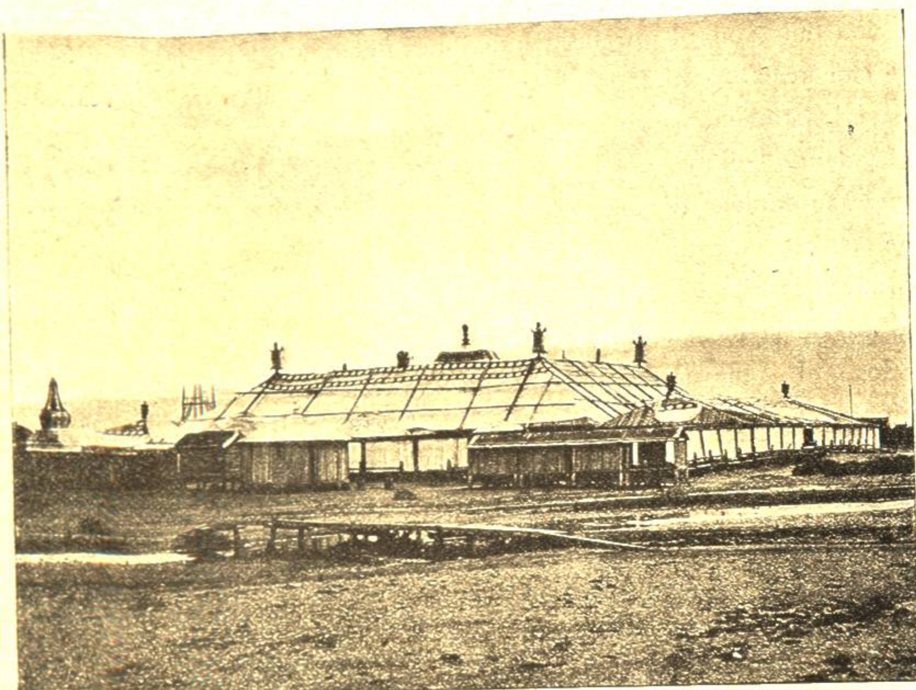
El vestido y la habitación están determinados como la alimentación del Mongol por las condiciones del medio: las lanas y fieltros se han utilizado en todo tiempo en esas comarcas para los vestidos y para las tiendas, pero siempre perfectamente tejidos, porque si no estuvieran dotadas de una gran fuerza de resistencia, pronto se reducirían á jirones, deshilachadas por el terrible viento de la meseta. En todos sentidos, el género de vida de los Mongoles está determinado por el medio: nutridos por sus rebaños y caminando con ellos, son forzosamente nómadas. Cuando una parte de la estepa, compuesta de «praderas verdes» ó de «praderas grises», ha sido completamente pelada y no suministra ya hierbas á sus habitantes, se impone la necesidad de cambiar de pastos, de dirigirse hacia otras comarcas, frecuentemente lejanas. Del estío al invierno y del invierno al estío, se verifica entre los Mongoles un movimiento de trashumancia como sucede respecto del ganado de los Alpes y de los *merinos* de España. Los intereses del rebaño regulan todos los movimientos de la tribu lo mismo que su mentalidad ó su moral. Los animales, camellos, caballos ó carneros de larga cola son casi el único objeto de su conversación: cuando se encuentran dos Mongoles se interrogan mutuamente sobre la salud de sus animales.



MUJER BURIATE VESTIDA DE FIESTA

Fotografía de M. A. Ular.

El caballo sobre todo es la alegría y el orgullo de los Mongoles, que fueron los primeros hombres que utilizaron el noble animal,

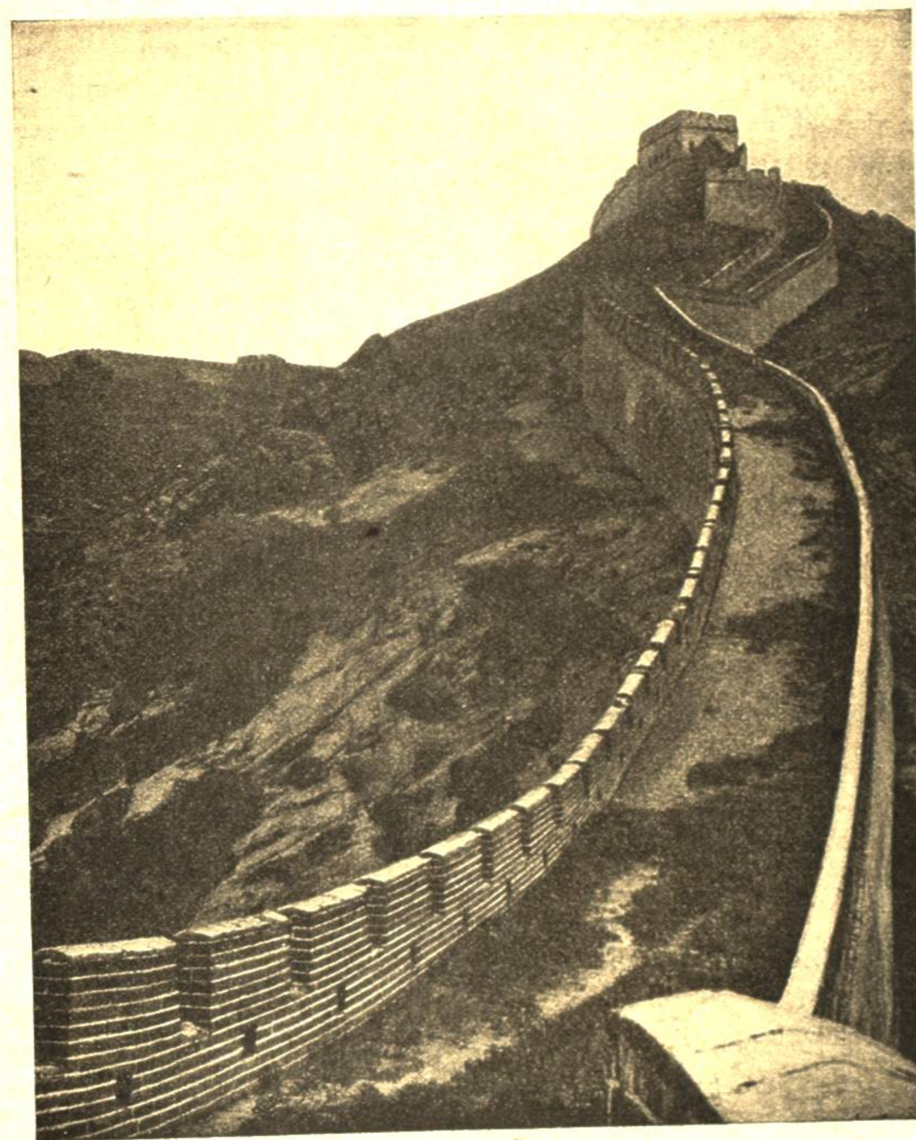


TEMPLO CUBIERTO CON TELA EN TCHOC-TCHIN-DUGAN, PROVINCIA DE KOKONUR, FRONTERA DEL TIBET

De una fotografía de M. A. Ular.

originario de aquellas comarcas. Todo joven aprende á domar los potros, á conocer la higiene del caballo, á establecer las genealogías de los animales famosos. El Mongol bastante afortunado para poseer uno ó varios caballos se creería deshonrado si no se le viese lanzarse sobre su cabalgadura al salir de su tienda: es preciso que mire siempre desde lo alto la turba de los que van á pie; necesita desaparecer cuando quiera en el horizonte y reaparecer de improviso, franquear rápidamente el espacio. El caballo que triplica la velocidad del hombre, contribuye con la naturaleza misma del suelo á impedir la división de la tierra en parcelas: la inmensa extensión de las estepas queda indivisa.

Nunca la propiedad, bajo su forma occidental, existió en aquellas regiones tan vastas en comparación del número relativamente mínimo de las poblaciones. La apropiación, por lo demás, puramente convencional y no indicada por mojones ni otros signos arti-



LA GRAN MURALLA

De una fotografía.

ficiales, no se ejerce sino respecto de tribus diferentes: en tiempo de paz es costumbre que tales ó cuales pastos pertenezcan á tal ó cual «bandera», y sería injusto usurpar parte de esas tierras. Para una sola y misma tribu las estepas de invierno y de estío son comunes á todos. Bien es verdad que si la riqueza no se evalúa en Mongolia por el número de hectáreas, se cuenta por las cabezas de ganado,

aunque ciertos indicios permiten creer en la antigua existencia del comunismo en la posesión de los rebaños. Todavía en nuestros días, á pesar de la diferencia de las fortunas, todos los pastores mongoles se dan el tratamiento de «compañeros» y hasta de «hermanos», como los campesinos rusos, con entera cordialidad. El estado social primitivo se encuentra en el espíritu fraternal de los indígenas: eran iguales, se sienten todavía hermanos, y, por otra parte, las emigraciones periódicas referidas por la historia no hubieran podido hacerse si no se hubieran ayudado mutuamente con una solidaridad perfecta. La tribu mongola, como la gregaria india de América, constituye un individuo colectivo, concentrando su pasión con tanta mayor intensidad sobre sí mismo, cuanto que puede fijarse en el suelo, que siempre huye bajo sus pasos. Para él, la patria no es la tierra natal, puesto que sus primeras impresiones se fijan en medios que se parecen por todas partes; siguiendo las estaciones, las oscilaciones de las sequías y de las lluvias, de los años de abundancia y de escasez, el pastor cambia de comarcas, destinado á ignorar siempre el pliegue del terreno donde se hallaba la tienda maternal. La estepa inmensa es lo que ama, no el estrecho espacio donde nació, y más que la estepa, le encanta el espectáculo acostumbrado de las moradas hemisféricas, de los amigos vestidos de fieltro, de los camellos portadores, de los caballos que piafan de impaciencia y de las mil escenas de costumbres que presenta el campamento, errante ciudad. Puede compararse la tribu mongola á un enjambre de abejas: allí donde se forma, allí está la patria.

Ninguna multitud humana estuvo jamás tan dispuesta al ataque y al exterminio en masa como los nómadas de la Tierra de las Hierbas en la época en que las comarcas limítrofes no estaban aún armadas para una defensa colectiva. Cualquiera que fuese el nombre dado á las tribus de los pastores antes que se les conociese bajo la denominación de Mongoles y cualesquiera que fuesen, por lo demás, los elementos añadidos por las inmigraciones, las condiciones idénticas del ambiente habían de producir resultados semejantes en las grandes oscilaciones de la masa humana. Que una sequía obligase á tribus enteras á cambiar de campamento, y que el conjunto del mundo errante se sintiese así conmovido del uno al otro extremo de su inmensa



PAGODA DE MUKDEN

De una fotografía.

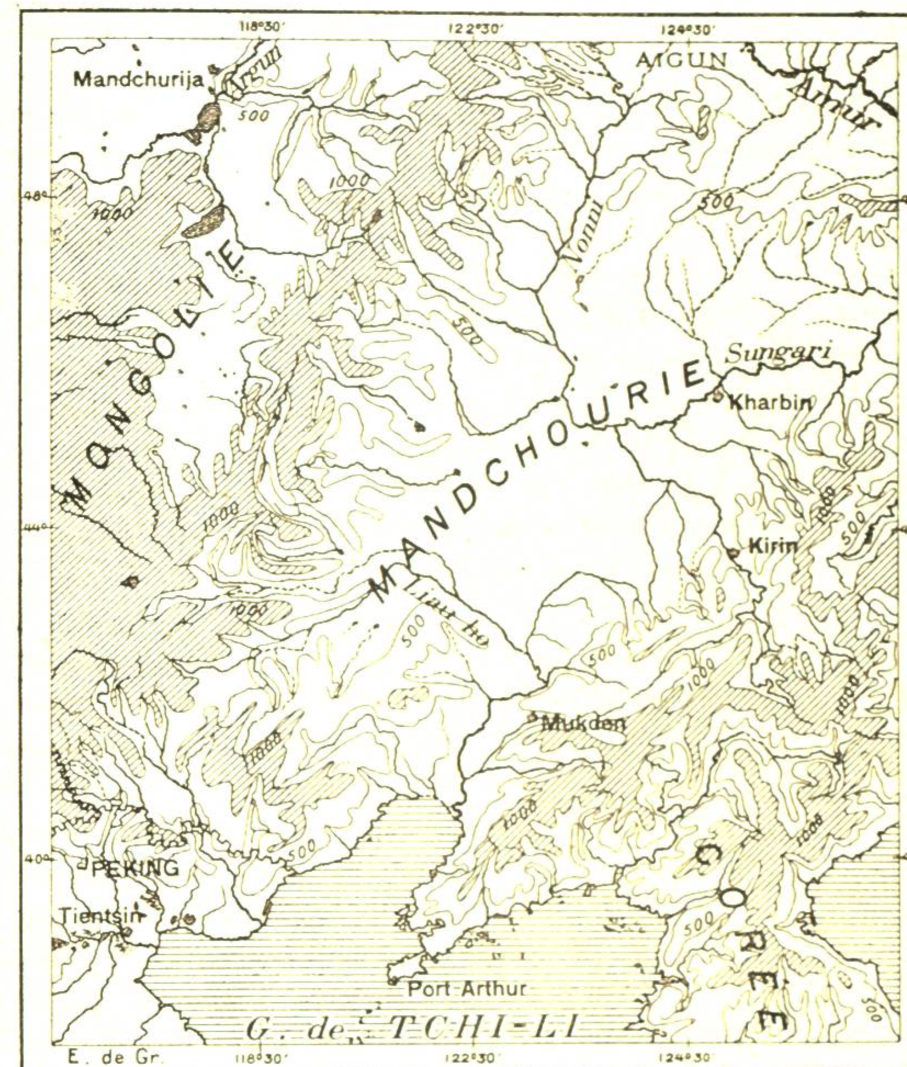
extensión, ó que, á consecuencia de una de esas locas leyendas suscitadas por un acontecimiento lejano, se apoderase de la nación un frenesí común, y todos estuviesen dispuestos á partir con mujeres, niños, ancianos y rebaños: no había sino arrancar del suelo las estacas de las tiendas y cargar los camellos con las telas y los utensilios del ajuar, para que la horda caminase en la dirección indicada

por la posición del sol. Con ellos marchaba la muerte: acostumbrados al espacio libre, quemaban las ciudades y cambiaban las campiñas en estepas.

Los anales chinos sólo mencionan de manera muy confusa las grandes conmociones de las tribus nómadas antes del período, tan grave para el Occidente, de la emigración de los bárbaros. Es cierto que se produjeron incursiones de pueblos pastores en aquellas épocas lejanas, tanto en dirección de Europa como en la de las llanuras orientales de Asia; pero esas inundaciones sucesivas de pueblos destructores no impidieron á la China llenarse de habitantes y restablecer después de cada invasión las puertas de comunicación que la unen por el Kansu, la Dsungaria y los Pamir al Asia anterior y á Europa. Esta línea vital que contornea al Sud las mesetas de la Mongolia, era frecuentemente cortada durante las guerras; pero restablecía su continuidad en el curso de los siglos dichosos de paz.

Al este de la Tierra de las Hierbas, la extensa comarca de forma cuadrilátera limitada al Oeste por las montañas de Khingan y cuyas aguas se vierten al Norte hacia el río Amur por el vasto arco del Nonni y del Sungari, y al Sud hacia el golfo de Petchili por Liau-ho, constituye una región muy diferente que contrasta con las estepas y los desiertos. Hay grandes espacios resguardados por pantallas formadas por colinas contra las nubes hinchadas de lluvias que tienen semejanza con las extensiones mongolas, pero la mayor parte del territorio, actualmente denominado Mandchuria según su población, está abundantemente regado por los monzones, revestido de rica vegetación y poblado de multitud de animales, allí donde los agricultores no han modificado el aspecto primitivo del país. El relieve general de la Mandchuria, lo mismo que la naturaleza del clima y del suelo, apenas permitían á los pastores errantes proseguir allí su industria, con tanto mayor motivo cuanto que la fauna local comprende gran número de lobos y de felinos peligrosos, tigres y panteras que frecuentemente atacan al hombre. La Mandchuria es por excelencia un país de caza, y en el estado de lucha por la vida que existe en la cuenca del Sungari entre los hombres y las fieras, hasta la religión exige al adolescente que aprenda á cazar: el que no ayuda á la

N.° 214. Callejón de la Mandchuria.



sociedad en esta guerra á muerte es tenido por impío [1]. Por otra parte, los ríos y los lagos de la Mandchuria son de tal modo ricos en vida animal, que poblaciones enteras se nutren exclusivamente de pescado, y que hasta muchas tribus se preparan vestidos de

[1] Carl Hiekisch, *Die Tungusen*, San Petersburgo, 1879.

verano con pieles de salmón adornadas con bordados por las mujeres.

Hasta una época reciente, pues, los cazadores y los pescadores constituían con mucho la mayor parte de los habitantes, aunque las ricas campiñas bien regadas se prestan admirablemente al cultivo, sobre todo en las comarcas ribereñas del Golfo Amarillo. De ese modo, la Mandchuria contrasta absolutamente con las mesetas mongolas por las ocupaciones de casi todos sus residentes, pero los elementos feroces de la guerra podían también nacer y desarrollarse allí. Los pueblos cazadores de la Mandchuria, orgullosos de su valor y de su destreza en la lucha contra las fieras, se dejan arrastrar fácilmente á probar esas mismas cualidades contra los hombres, y bastaba el menor impulso para lanzarlos á expediciones de pillaje. Las ciudades del Mediodía les atraían por sus riquezas, y los campesinos esparcidos que se interponían entre ellos y aquel botín no eran á sus ojos más que una caza despreciable.

En su conjunto, la Mandchuria, bordeada al Oeste por los montes Khingan y al Este por una sucesión de cadenas costeñas, está dispuesta como un largo callejón entre la Siberia oriental y la China: es un camino de paso para las naciones, y frecuentes desplazamientos de tribus aumentaban ó disminuían la presión que tenían que sufrir los agricultores del Sur de parte de sus peligrosos vecinos, por lo que obstruían el camino á los invasores en muchos puntos con «empalizadas de sauces», pero es probable que esos obstáculos, ficticios ó al menos muy fáciles de destruir, fueran considerados sobre todo como círculos mágicos. Pueblos limítrofes que se temían mutuamente, se ponían de acuerdo para establecer marcas de separación de anchura considerable; pero ¡cuántas veces no fueron franqueadas en violación de los tratados durante el período histórico! Los anales chinos mencionan invasiones que se produjeron sobre la frontera de Mandchuria desde los tiempos más remotos, sea del Norte hacia la cuenca del río Amarillo, sea del Sud hacia la península de Corea, cuya posición aislada y sus cortas dimensiones relativas condenaban á ser una simple dependencia del Reino Florido en la historia de la civilización.

Otras comarcas limítrofes de la China albergaron también, como la península coreana, poblaciones autónomas que no utilizaron su

energía sino para adaptarse á las circunstancias del medio, sin ejercer gran influencia en el desarrollo del mundo chino. Así ocurrió en la inmensa extensión de las mesetas tibetanas, conjunto cuadrangular de tierras tan altas, tan frías y tan áridas, que interrumpen forzosamente casi toda comunicación directa entre las comarcas situadas sobre



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

PIEDRA SAGRADA DEL TIBET

que ostenta la inscripción mística: «Om mani padme hum».

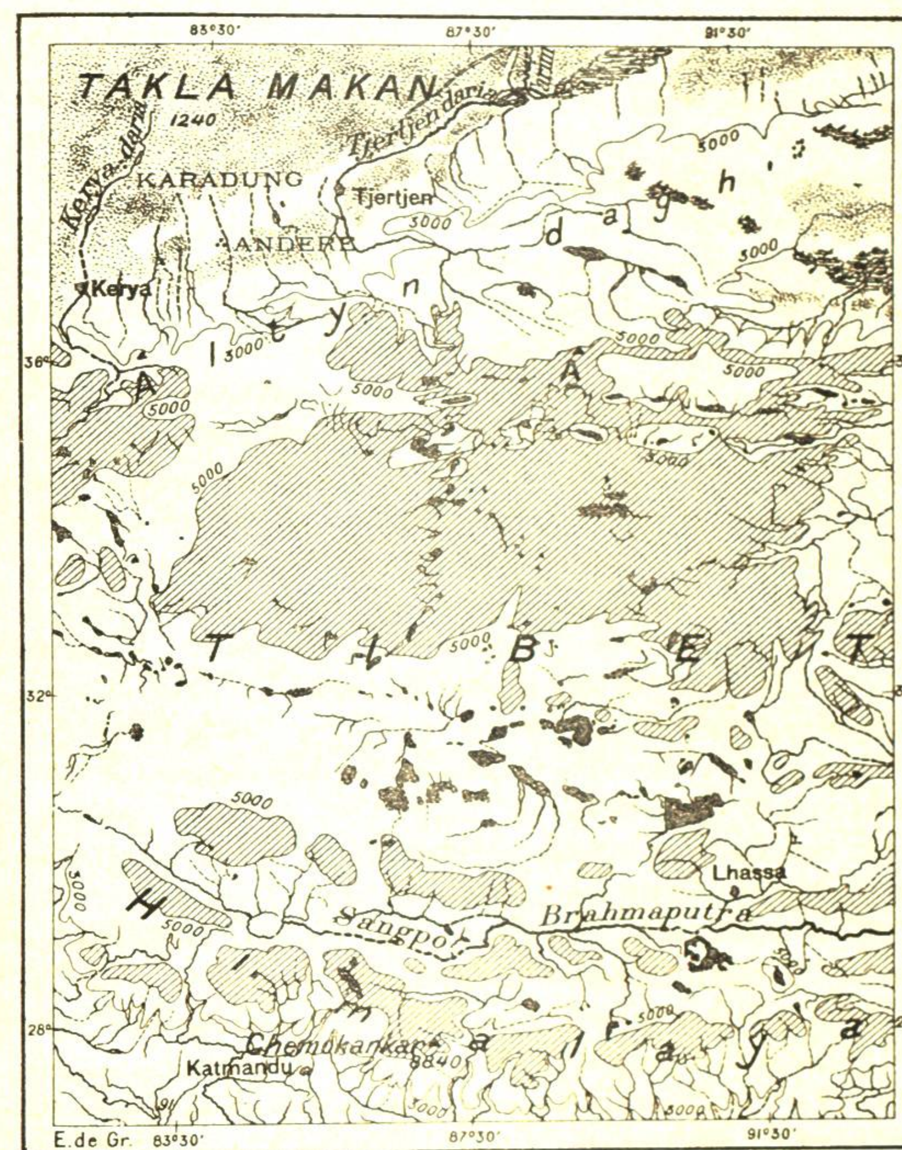
su contorno. Rodeando el enorme bloque de rocas y de nieves de una superficie de millón y medio de kilómetros cuadrados, pudieron establecerse las relaciones entre la India y la China, entre el Occidente y el Oriente. El nombre «País de la Muerte» ha servido frecuentemente para designar el Tibet; sin embargo, el aislamiento no ha sido completo, porque por contacto no interrumpido durante la larga duración de los tiempos, los hombres, los productos, las industrias y los cultos se han propagado desde la circunferencia al centro, gracias á algunos caminos naturales que se deslizan en los cortes de la meseta: el largo callejón, de unos 5000 metros de altura media, que el alto Brahmaputra ó Yarung-Tsangbo ha excavado entre las aristas paralelas del Trans-Himalaya y del Gang-dis-ri,

fué ciertamente la ruta principal que siguieron los instructores del Tibet.

Los Bod ó Tibetanos, habitantes de una comarca en que el hombre encuentra tantos obstáculos á su libre desarrollo, no han podido vivir y prosperar en una naturaleza hostil, sino adquiriendo una inteligencia viva y sagaz, pronta á ingeniarse para la busca del alimento y la defensa contra el viento y el frío. Los que entre ellos pudieran ser juzgados como más favorecidos porque viven en valles profundos, son por el contrario los más desgraciados, á causa de la insuficiencia de aire y de luz: los idiotas abundan en aquellas hondonadas. Pero sobre las mesetas azotadas por las tormentas, donde los hombres se agazapan en las cavernas, bajo la acción del viento que arrasa el suelo haciendo volar las piedras, el Tibetano aprende por la industria á crearse recursos variados. Desde tiempos remotísimos aquellas tribus practicaban la agricultura y la cría del ganado, conocían los mismos oficios que sus vecinos de la India y de la China y desde hacía mucho tiempo añadieron los metales, el hierro, el cobre y el oro á los instrumentos de piedra que fabricaban sus antepasados. Hasta se da el caso de que por sus minas de oro aparecen por primera vez en la historia, aunque singularmente desfigurados por la leyenda, puesto que Herodoto nos los muestra ayudados en sus trabajos de excavación por unas hormigas casi tan grandes como perros (Libro III, 102).

En su ruda lucha por la existencia, los Tibetanos reciben mucho más que lo que dan: por la inmigración se ha poblado el país en sus regiones habitables; por la introducción de industrias y de ideas extranjeras, se ha enriquecido y civilizado; pero los habitantes quedan separados de la China por comarcas demasiado montuosas, cortadas por desfiladeros profundos harto difíciles de recorrer para haber podido ejercer por ese lado la menor presión política. Escasas son las tribus de origen tibetano que desde los contornos de la meseta se hayan atrevido de tiempo en tiempo, como los Mongoles y los Mandchues, á hacer incursiones en las vecinas tierras bajas. Al contrario, esos montañeses indígenas son en su mayor parte cada vez más rechazados hacia los elevados valles del interior á consecuencia de la inmigración pacífica de los agricultores chinos.

N.° 215. Tibet.



1 : 10 000 000

0 100 300 600 Kil.

Se sabe actualmente que la cumbre designada con el nombre de Gaurisankar por los indígenas no es el punto más elevado del Globo. El pico supremo, el n.° XV de los geodestas, ha recibido de los Ingleses el nombre de Mount Everest, pero conviene llamarle con los Tibetanos: Chomokankar. (D. Freshfield. *The Geographical Journal*, 1903, XXIII, 1, página 361.)

El signo **A** designa el sitio de la cumbre á que M. Bonvalot ha dado el nombre de Eliseo Reclus.

La misma evolución étnica se ha realizado en el vasto hemiciclo de la China propiamente dicha, en todas partes donde montañas, cordilleras ó macizos acogieron durante mucho tiempo tribus diferentes de la nación China por el origen, las costumbres y el género de civilización. Se les da generalmente el nombre de Miao-tse, palabra que significa «Hombres germinados del suelo», Aborígenes; mas para indicar su gran número se les designa también por las denominaciones de «Ochenta y dos Tribus» ó de «Seiscientas Familias». Los Chinos emplean además del término de I-Jen, es decir, «Pueblos extranjeros», forma análoga á la de «Alófilos», que aplican los Rusos á todas las razas no eslavas de su inmenso territorio. Según el medio, las condiciones del suelo y del clima, la potencia relativa ó la debilidad de esas naciones ó tribus todavía aisladas del mundo chino, se observan todas las transiciones posibles entre el estado salvaje de los I-Jen más refractarios y el estado de progreso en sentido de la sinificación.

Los escritores de la China llaman á los Alófilos «Cocidos» ó «Crudos», «Maduros» ó «Verdes» según los adelantos que observan en los fenómenos de absorción social y política de esas tribus. Con la gran paciencia que es el carácter distintivo de todo pueblo esencialmente agricultor, los pacíficos trabajadores del suelo rara vez intentaron conquistar por la fuerza las poblaciones insumisas de las montañas: prefirieron dejar el resultado á la lenta acción del tiempo, á los matrimonios, al desmonte y roturación de los bosques, á la introducción de nuevas necesidades y de industrias nuevas; así es como poco á poco llegan á «cocer», á «madurar» las tribus salvajes que viven en los montes; una especie de imbibición lenta, semejante á la del agua en la tierra, produce lentamente transformaciones étnicas.

Una hermosa expresión «plantar el sauce» atestigua la acción bienhechora ejercida gradualmente por la civilización china sobre los pueblos que la rodean. En tanto que muchas otras naciones, comparándose con orgullo á las fieras ó á las aves rapaces, se alaban de haber desgarrado presas vivas con sus zarpas ó sus garras, los Chinos recuerdan dulcemente la plantación de un árbol como un emblema de su cultura y de la elevación de las costumbres que es su



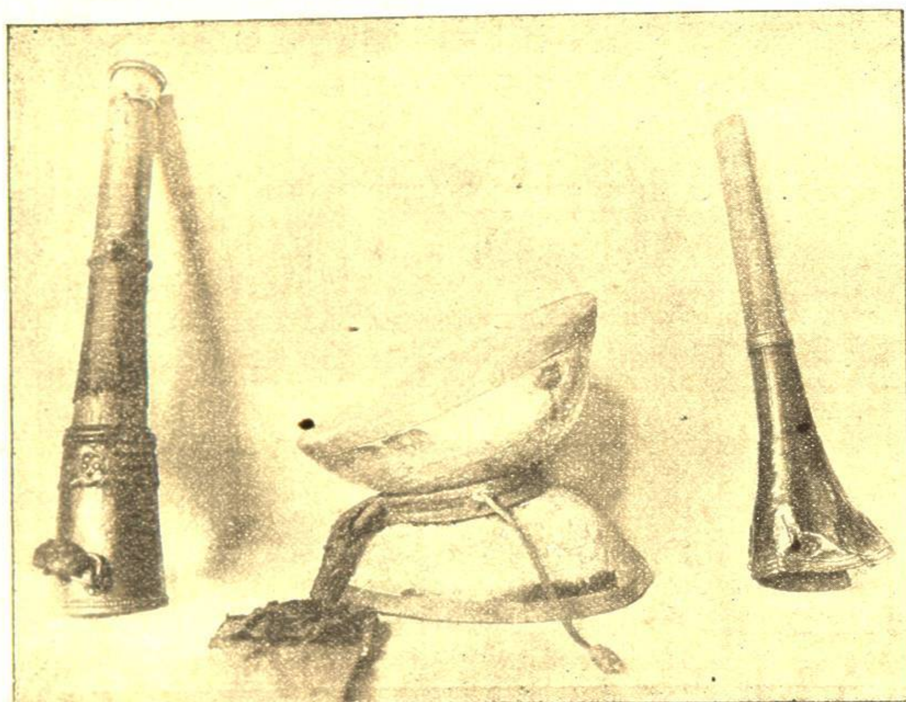
JINETE TIBETANO — De una fotografía.

consecuencia: el sauce de plateado ramaje que la China ha escogido como símbolo, no tiene nada que haga pensar en la violencia de la conquista ni en las astucias del comercio; sólo habla de paz, de los encantos de la vida tranquila y recuerda las deliciosas conversaciones de las hermosas tardes de otoño.

Los hechos lo demuestran: las inmensas conquistas de la China se han realizado mucho menos por la fuerza de las armas que por la influencia penetrante del ejemplo. En realidad, la nación, en su conjunto, ha seguido el consejo dado por Confucio á un emperador que quería aumentar sus tropas para triunfar de un pueblo del Medio-

día: «Licencia todo tu ejército, le dijo, emplea todo lo que te cuesta hoy en instruir tus súbditos y en desarrollar la agricultura; por sí mismo ese pueblo del Sud expulsará su príncipe y se someterá á tu poder».

Sin embargo, preciso es decirlo, jamás se ha producido un choque entre naciones sin que los más fuertes hayan cometido injusticias. Los anales chinos nos hablan de poblaciones civilizadas que



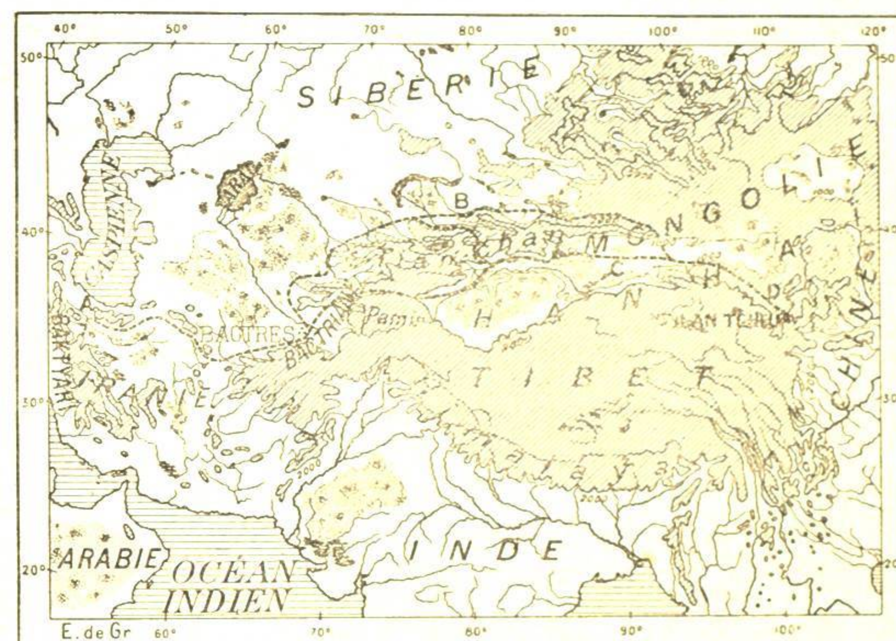
Cl. Giraudon.

TAMBOR Y TROMPETAS SAGRADAS CONFECCIONADOS CON HUESOS HUMANOS (TIBET)
Museo Guimet.

fueron violentamente desplazadas, arrojadas de las llanuras que cultivaban y rechazadas á las montañas, de lo que habrían resultado lamentables movimientos de regresión, vueltas hacia la barbarie. Se cita como ejemplo unas tribus de Miao-tse, que conocían el hierro en una época en que los Chinos, ya poseedores del oro, de la plata, del cobre y del estaño, ignoraban el metal «bárbaro», llamado también el metal «obstinado», sin duda porque el herrero ha de golpearle mucho á golpes redoblados antes de someterle á la forma deseada.

Pero los que enseñaron á los Chinos el trabajo de la herrería no le conocen ya, le han olvidado en la actualidad. Había también tribus que tenían una literatura escrita, y en nuestros días no tienen ya

N.º 216. Viaje de los Bak.



El rayado indica, al sud de 40° de latitud norte, el suelo á más de 2 000 metros de altura. En Mongolia y en Siberia, el rayado desciende á 1 000 metros de altura.

El camino A B D, desde los montes de la Suciana á Lan-tcheu, recorre unas estepas de acceso facil entre los desiertos y las montañas; el camino A C D, más directo, atraviesa los Pamir por los dos Kisil-su y toma en seguida el Tian-chañ-nan-lu.

jeroglíficos ni silabarios. Sin embargo, existen todavía en la alta cuenca del Yang-tse, al oeste del Se-tchuen y del Yun-nan, algunos vestigios de una antigua civilización rechazada por los habitantes de la Flor del Medio: entre los Lolo, montañeses de esas comarcas, se han encontrado algunos textos en caracteres figurativos, completamente distintos de las escrituras chinas.

No hay duda que el inmenso territorio designado actualmente con el nombre de China no haya sido rico y poblado en una gran

parte de su extensión en la época en que se presentaron los conquistadores que dieron al país su marca más duradera. La situación de la China y de su pueblo es comparable á la de las naciones que en Europa sufrieron la impresión de la civilización romana con su lengua, su literatura y sus leyes. Italianos y Españoles, Franceses y Rumanos pertenecen ciertamente en su mayor parte á los troncos étnicos pre-romanos, descienden de los hombres cuyas osamentas se encuentran en las cavernas de las montañas y en las terramares de los lagos, pero no es menos cierto que los pueblos llamados «Latinos» han sido realmente «latinizados», puesto que palabras latinas forman el molde de su pensamiento, y que su historia política, jurídica, social y religiosa ha continuado la de los Romanos sin interrupción, aunque siguiendo una evolución incesante. Del mismo modo los Chinos, aunque formados y modelados, por decir así, por su medio distinto, original entre todos, recibieron del exterior impulsos poderosos, de un valor decisivo en su historia, y que pusieron el Oriente en relación de civilización con el Occidente.

Los anales semi-históricos de la China apenas remontan más de cuarenta siglos, á la época del emperador Yu, al cual se atribuyen naturalmente todos los descubrimientos que hizo la nación misma, porque los pueblos, incapaces de retener en su memoria los millones de progresos parciales realizados por millones de hombres, sus antepasados, resumen todo en un solo nombre, convertido en el representante de su genio colectivo. Es, pues, muy probable que los emigrantes occidentales hubieran hecho su entrada en el Reino Florido por las fronteras del Noroeste muy poco tiempo antes. Respecto del lugar de inmigración de los civilizadores, las tradiciones son unánimes: los Chinos cultos señalan, no hacia las montañas para indicar la dirección de su patria de origen, sino hacia la provincia de Kansu y la «Puerta del jade». Por ese camino, en efecto, vinieron los conquistadores de la China, como lo ha demostrado Terrien de la Couperie con muchas pruebas en sus obras, admirables de ciencia y de penetración, aunque de forma incoherente y de estilo confuso[1].

Los inmigrantes de que se trata son designados en los anales

[1] *Early History of Chinese Civilization*, 1880; — Artículos diseminados en *Oriental and Babylonian Record*, de 1887 á 1893.



HERREROS CHINOS

Según una fotografía de M. A. Ular.

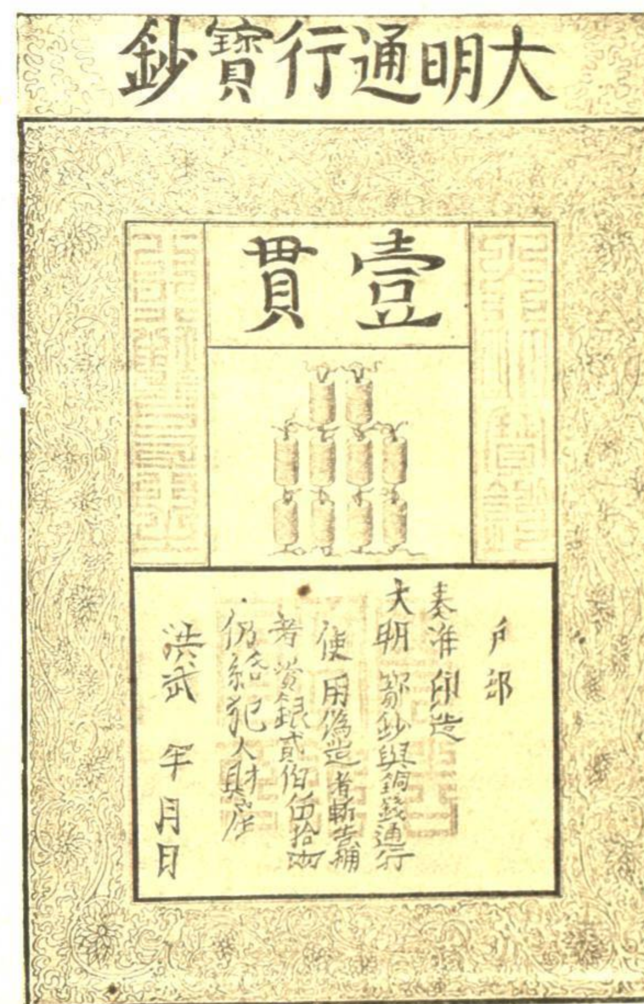
bajo el nombre genérico de Bak-Sing, denominación que suele traducirse por la de «Cien familias», y por lo demás, tal es el sentido que suelen darle la mayor parte de los Chinos del día. Suele unirse esta interpretación á la idea de que los recién venidos se agrupaban en comunidades análogas á los *hundreds* de los Anglo-Sajones; acaso también la palabra «Ciento», la «Mil» ó «Diez-mil», solamente tengan una significación vaga para indicar el «gran número». Sin embargo, según Terrien de la Couperie, la palabra Bak es un nombre propio y debería abandonarse la traducción usual. Los Bak-Sing ó las «Familias de Bak» serían los representantes del pueblo de los Bak que vivían en otro tiempo en Caldea, sobre el bajo Eufrates, y que, en sus diversas etapas, habrían dejado su nombre á muchas ciudades y lugares, tales como los Bac-tres, Bac-triana, Bak-tyari, Bag-istum, y que persiste todavía en Bag-dad. Conforme á esta hipótesis, los Bak son los Sag-gigga ó los «Hombres de cabeza negra» de que hablan los anales caldeos y que también se mencionan en China como constituyendo el tipo dominante.

Según esta hipótesis, los Bak de la llanura potámica emigraron primeramente hacia la Suciana, donde permanecieron mucho tiempo bajo el poder de reyes que llevaban el título de «Nakhonte». Después continuaron su camino en dirección del Oriente al país que, según ellos, fué llamado Bactriana; luego franquearon en pequeños grupos los Pamir para descender nuevamente á la Kachgaria actual, otra cuenca de los «Cinco ríos», y ganar poco á poco la puerta de la China, designada en el día con el nombre de Kansu. La naturaleza del clima, ciertamente más húmedo en aquella época, facilitaba el movimiento de emigración. En cuanto al nombre del jefe ó Nakhonte bajo el cual se hubiera realizado el exodo, se presenta en chino bajo la forma de Nai-khun-te ó Nai-Hoang-ti. La tradición relativa á Shen-nung se explica por una reminiscencia de ese príncipe potamio, conocido ahora con el nombre de Chargina ó de Sargón el Antiguo. Cuarenta y dos siglos, calcula el bibliotecario del British Museum, han pasado desde que el pueblo de la Mesopotamia occidental penetró en la cuenca más extensa y no menos fértil de la Potamia china.

No puede ciertamente haber seguridad en la precisión de las fechas, ni en el sentido exacto de las palabras transmitidas, ni puede menos de ponerse en duda algunos de los detalles enumerados á centenares y que corroboran la tesis del autor: desde el punto de vista de la veracidad histórica, Terrien de la Couperie puede equivocarse, pero el resumen de sus investigaciones no por eso deja de quedar fuera de duda. No puede negarse el hecho mismo de la inmigración de muchos colonos, venidos de las riberas del Eufrates á las del Hoang-ho y llevando consigo una civilización que se injertó victoriosamente sobre la mentalidad nacional.

Entre las introducciones más evidentes, en aquellas en que no puede verse el simple efecto de una coincidencia de evolución, se cuentan los conocimientos matemáticos y astronómicos. Los antiguos Chinos aprendieron de los Caldeos á precisar la duración del año solar y á dividirle también en doce meses y en cuatro estaciones, cortes del año á que daban nombres de un simbolismo análogo al de sus instructores. Partían los meses en subdivisiones de siete y de cinco días, y durante el día sus horas daban dos veces la vuelta

del cuadrante. El «número de oro», es decir, la serie de diecinueve años en que el sol y la luna se vuelven á encontrar en marcha, les era bien conocida, y también fueron los Caldeos quienes les habían enseñado á conocer ese período, cuya invención había sido antes atribuída á los Griegos. Los Chinos observaban también las estrellas á su paso por el meridiano, por medio de instrumentos análogos á los de los astrónomos de Caldea y profesaban las mismas teorías respecto de los planetas, que simbolizaban por los mismos colores. Se servían del gnomon y de la clepsidra y calculaban la vuelta de los eclipses; sus anales llegan á mencionar hasta una ocultación del sol que se produjo hace 4050 años. Por último, designaban las Pléyades, la



PAPEL MONEDA EMITIDO EN EL REINADO DEL EMPERADOR KUNG-WU FUNDADOR DE LA DINASTÍA DE LOS MING (1368-1399)

Los caracteres trazados á la cabeza significan que el billete de banco es valedero bajo la dinastía Ming. En el cuadro se halla escrita una ligadura y debajo están dibujadas las diez pilas de cien sapeques agujereados cuyo valor equivale á una ligadura. En la parte inferior se explica el uso del papel moneda; sobre la última línea vertical á izquierda, de arriba abajo, los caracteres para Kung-Wu, año, mes, día.

Es notable la filigrana formada por una escritura arcaica.

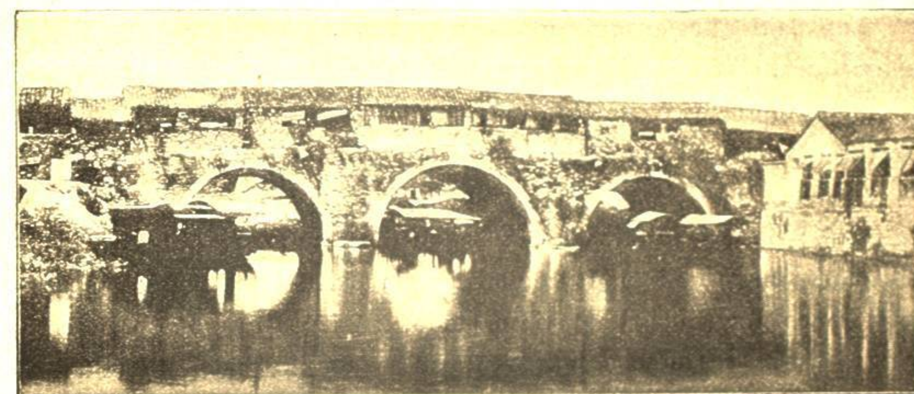
Estrella Polar y la mayor parte de los signos del Zodíaco por expresiones sinónimas de los Babilonios.

No fué Terrien de la Couperie el primero que sugirió el origen occidental de las Cien familias; ya en 1769 escribió De Guignes una memoria para probar que los Chinos son una colonia egipcia. Tampoco fué él quien reveló el paralelismo de los conocimientos astronómicos en las dos Potamias y la similitud de las designaciones estelares; esas analogías han sido estudiadas en detalle por Schlegel hace más de treinta años [1], quien manifiesta que los Chinos fueron los primeros iniciadores en estas materias y que el descubrimiento del Zodíaco de 28 animales se remonta á 17700 años antes que nosotros; en esa remota fecha, la posición de las estrellas en relación con el movimiento solar, permitiría explicar los nombres de los asterismos. A decir verdad, las obras de los dos sabios no se contradicen formalmente, pero no ha llegado aún la época en que sus investigaciones sirvan para una síntesis general de la historia de los orígenes.

Como quiera que sea, la influencia caldea sobre la evolución ulterior de los Chinos no es menos evidente en las ciencias, aparte de la astronomía: los pesos y medidas, los sistemas decimal y duodecimal y la escala de música fueron conservados; se observaron los mismos números sagrados para los cálculos de magia, y el horizonte fué dividido siguiendo los mismos puntos cardinales, aunque dispuestos de diferente modo que el usado en los países occidentales: en China, lo mismo que en diversas poblaciones de Mesopotamia, la rosa de los vientos coloca el Norte á izquierda y el Sud á derecha, de modo que el Este ocupa la parte superior del instrumento. En la época en que los Chinos inventaron la brújula, — dícese que en los siglos XI ó XII anterior á la era vulgar, una embajada hizo varios presentes al emperador, entre los que había cinco carros, cada uno de los cuales tenía una «figura» que apuntaba constantemente hacia el Sud para indicar á los viajeros su camino de regreso [2], — los Chinos debieron quedar muy sorprendidos por la dirección seguida por la rama meridional de la aguja: dicen que

[1] G. Schlegel, *Uranographie chinoise*, 1875.
[2] F. de Richthofen, *China*, I, pp. 388 y 432.

el imán marca el Sud, en tanto que los Europeos, mirando exactamente en sentido inverso, fijan su atención en la otra punta que se dirige al Norte. Este extraño contraste tiene probablemente por causa la diferencia de orientación geográfica seguida por los pueblos mismos en su movimiento de emigración. Mientras que los Occidentales, en su progreso gradual del Mediterráneo hacia el Océano, se dirigían oblicuamente al Norte desde Grecia é Italia hacia Alemania é Inglaterra, los Chinos avanzaban en sentido opuesto, desde las llanuras de Dsungaria hacia la doble Potamia del Río Amarillo



PUENTE EN NANKIN

De fotografía.

y del Río Azul. ¿No es natural que esas dos mitades de la humanidad, marchando por vías contrarias, hayan referido su propio movimiento á la aguja de la brújula?

Se cree que los Chinos recibieron de Occidente la escritura cuneiforme tal como se encuentra en los monumentos de Nínive y sobre la alta pared de Bagistun. La tradición dice que los inmigrantes conservaban la relación de los hechos por medio de signos semejantes á «lenguas de fuego» ó á «gotas de agua que se hielan al caer»; la expresión de que se sirven en el norte de China para designar la escritura traída del otro lado de los montes, es el término «garra de ave». Verdad es que todos los niños chinos aprenden en una enciclopedia popular el empleo de cuerdas análogas á los *quippu* de los Quichúas peruanos, para figurar las ideas: «En la alta antigüedad, se ataban cuerdas», así se lee en el manual de los

escolares [1]. Pero en ese extenso país donde los inmigrantes del Oeste encontraron ya civilizaciones muy avanzadas, hubo lugar para evoluciones diversas. La diferencia de los materiales empleados hizo cambiar pronto la forma de los signos cuneiformes: en lugar de grabar la piedra ó marcar el ladrillo todavía blando, los Chinos aprendieron á pintar sobre fragmentos de bambú, y después hasta sobre cortezas y películas; las letras cambiaron de siglo en siglo, pero es conocida la serie de las transiciones, lo mismo respecto de la materia utilizada, que de la forma y la significación de los caracteres [2].

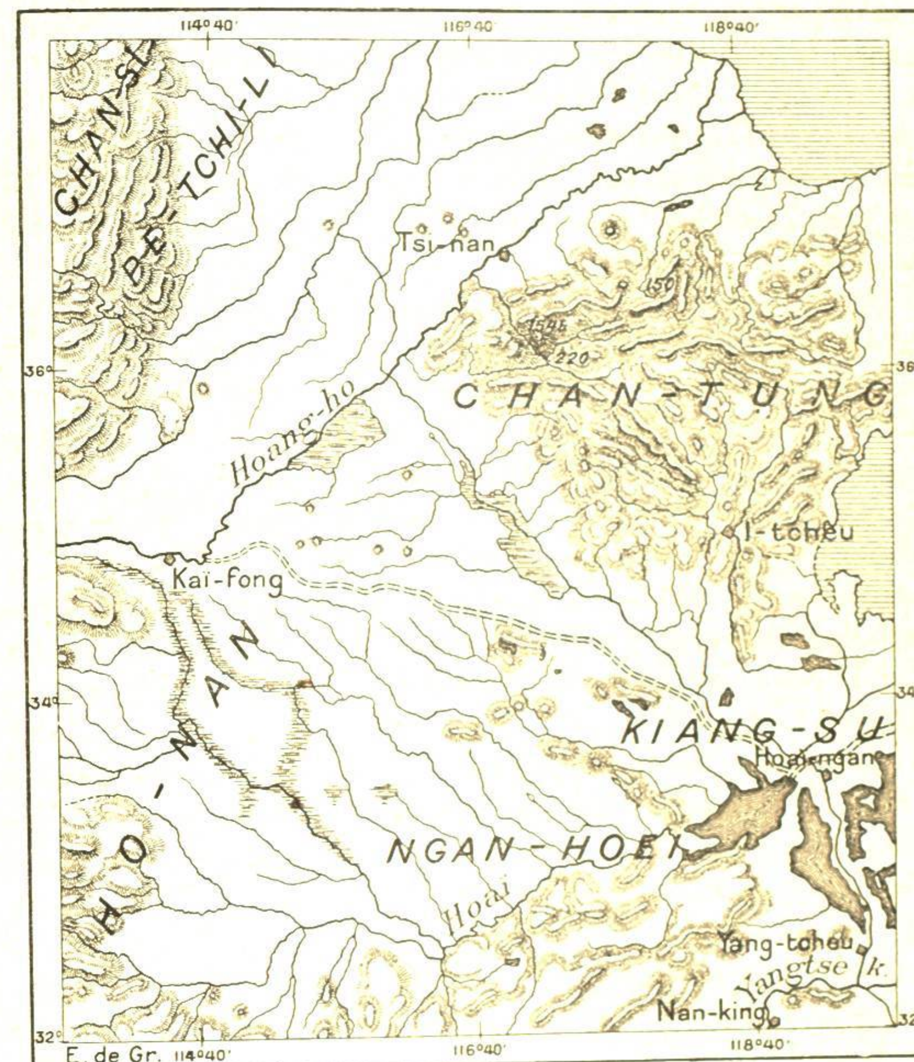
Los Baks aportaron á su nueva patria artes y oficios y también la escritura. Los inmigrantes conocían los metales llamados nobles y sabían fundirlos y trabajarlos; fabricaban barcos de cuero para atravesar los ríos; ponían como tiro de sus carros de guerra dos caballos de frente; adornaban con figuras su cerámica y sus vasos de metal; pero la diferencia de los medios hubo de producir necesariamente materiales y procedimientos nuevos, lo mismo que interpretaciones concebidas de distinto modo. Así, los dragones de formas fantásticas representadas en los templos son considerados por los Chinos como símbolos de los vicios que han de combatirse, en tanto que los Caldeos veían en ellos los genios encargados de rechazar hacia el desierto las arenas invasoras. Los ribereños del Río Amarillo refieren el diluvio en términos muy diferentes de los usados por los campesinos de la Mesopotamia, y, no obstante, muchos rasgos comunes, señalados por los misioneros, prueban que de una parte y otra las narraciones tuvieron un mismo origen. Por análogo fenómeno, las tradiciones relativas á los emperadores de Occidente se transformaron para adaptarse á los soberanos de Oriente: Terrien cita muchos ejemplos de ello.

Al traer sus riquezas y sus diversos conocimientos, no olvidaron los Baks el primero de sus tesoros, el trigo alimenticio. El cereal por excelencia, al que pronto se unió el arroz indígena, casi tan precioso, halló en la cuenca de los dos ríos un suelo mejor, que ocupaba sin interrupción vastísimas extensiones, y de ese modo, la

[1] Alejandro Ular, *La Litérature en Chine*, «Revue Blanche», 1.º sept. 1899, p. 19.
[2] Terrien de la Couperie, *obra citada*.

población agrícola de las «Cien familias», creciendo por miles y por millones y cruzándose con los aborígenes, llegó á ser ese admi-

N.º 217. Dispersión de los caminos en Kai-fong.

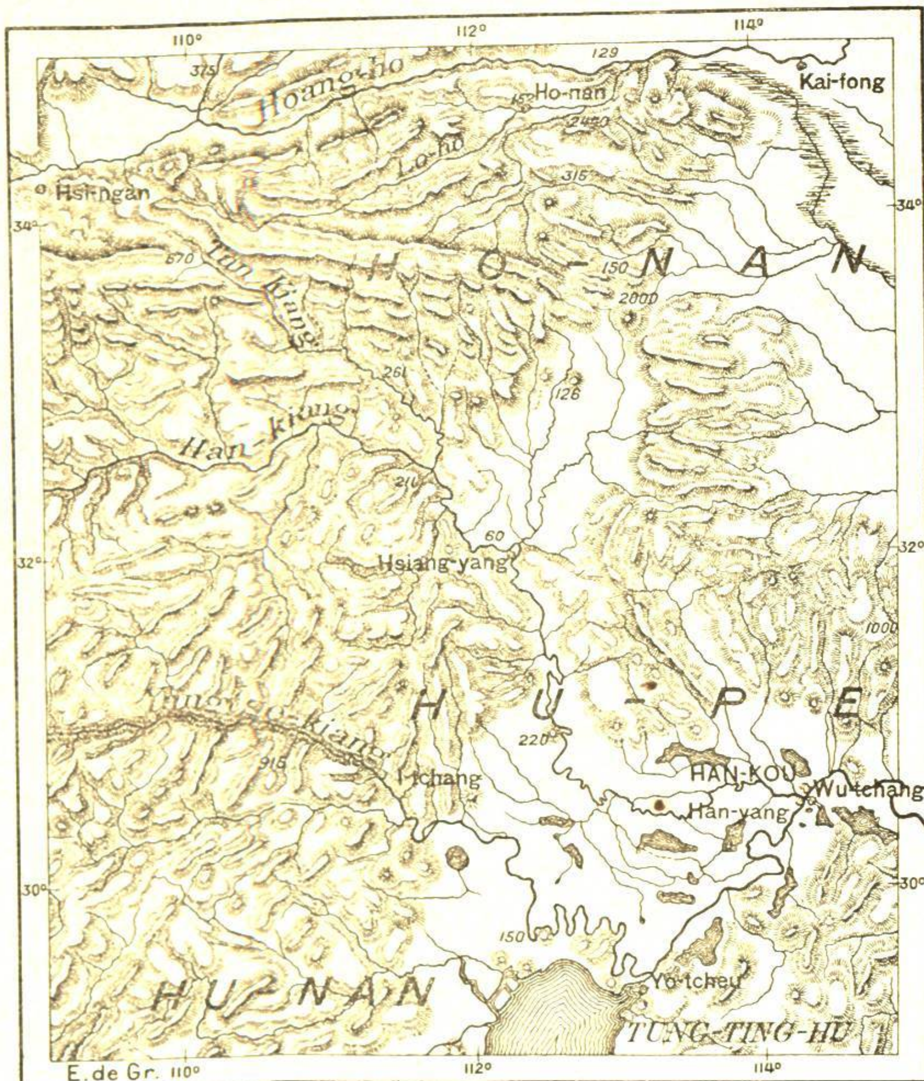


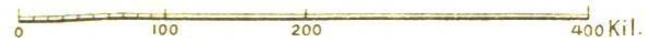
El trazado puntillado indica el curso del Hoang-ho antes de 1854. Durante los siglos el río ha ocupado muchos otros cauces; al Sud se mezcla al Yang-tse para ganar el mar; al Norte, ha corrido en la proximidad de Pekín (véase mapa n.º 220).

rable pueblo chino, que progresó pacíficamente de siglo en siglo, aumentando incesantemente su territorio hacia el Sud y hacia el Este.

Delante de él se abría la red de vías naturales que, por su fácil acceso para la repoblación y el cultivo, estaban destinadas á ser los

N.° 218. Desde Hoang-ho al Yang-tse-kiang.





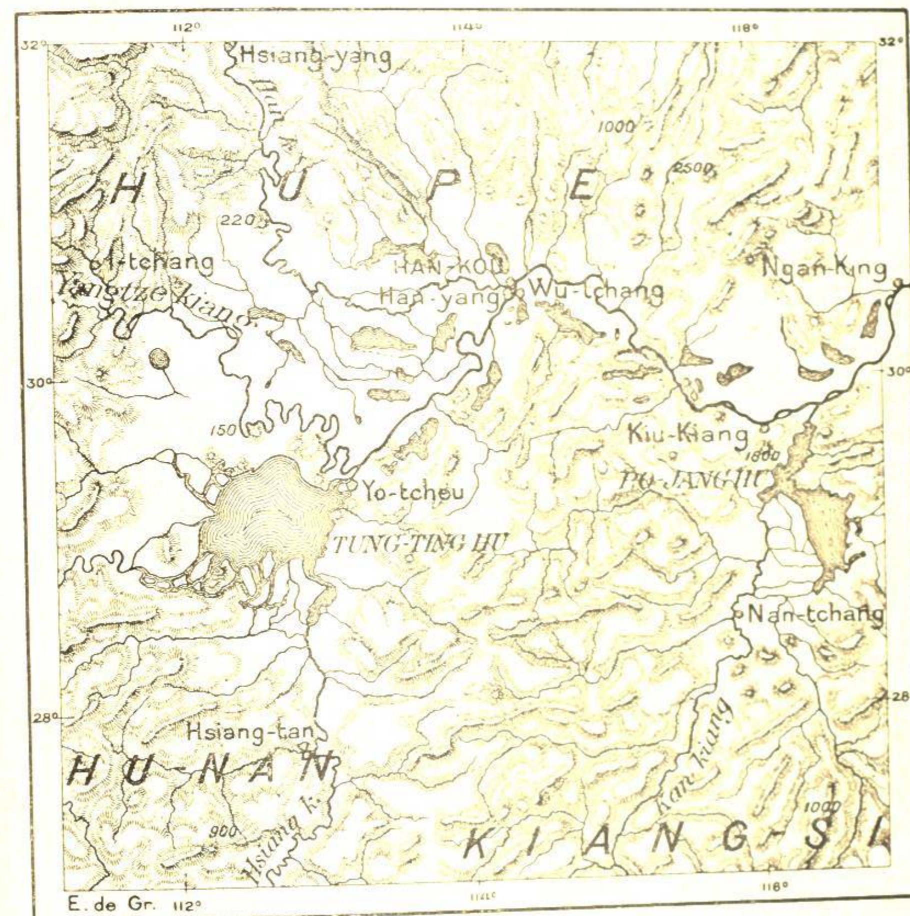
Hsi-ngan está á 360 metros de altura: la indicación del collado que hace comunicar esta ciudad con el valle del Tan-kiang ha sido olvidada, como su cota de altura (1243 m.); el número 670 se aplica al punto en que se juntan los dos brazos del río.

caminos históricos de China. Puede intentarse el descubrimiento de aquellos caminos estudiando el mapa actual del Reino Florido, cuyos

rasgos originarios no se han modificado mucho por los trabajos del arte en los caminos y vías férreas.

Volviendo al ángulo nord-occidental de la China propiamente dicha, es decir, al codo del alto Río Amarillo donde está situado

N.° 219. Centro del Imperio del Medio.





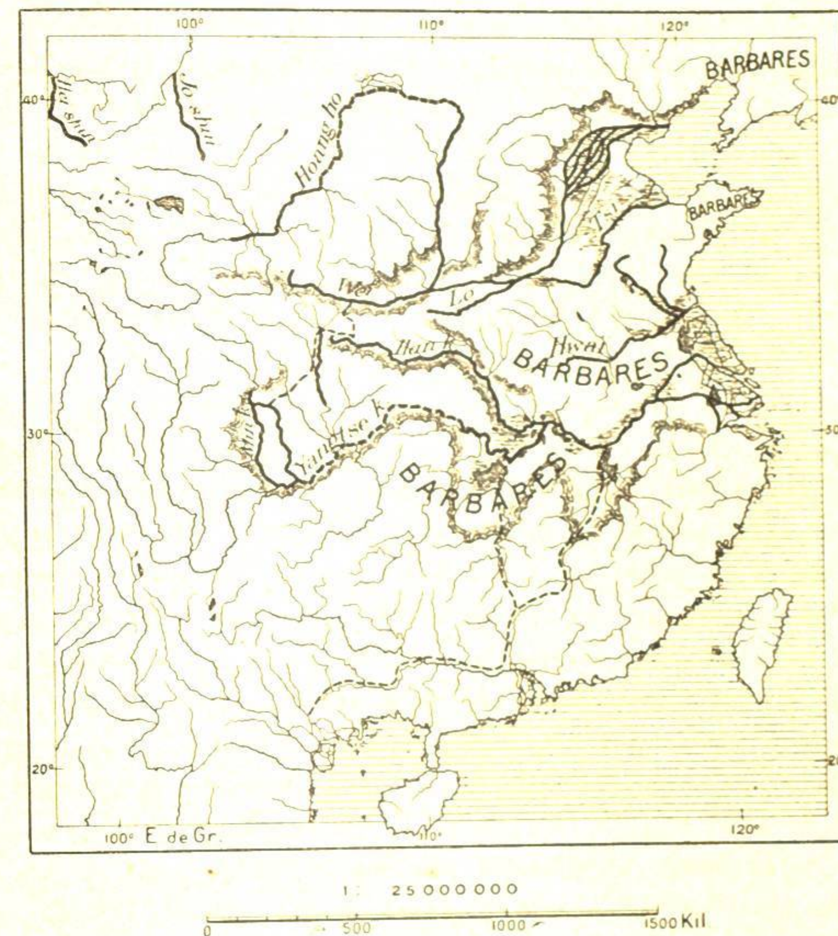
Lan-tcheu, punto de llegada del camino natural ó «Puerta del jade», por la cual hubieron de entrar todos los inmigrantes, se halla el origen del camino que se bifurca poco después; su rama meridional conduce á la prestigiosa llanura de Tcheng-tu por un camino ya embaldosado en una época muy remota, en tanto que el otro se

dirige hacia el Este y se une al gran codo inferior del Hoang-ho por el valle del Hwei-ho, evitando de ese modo el rodeo del río por las soledades de Mongolia. En esta depresión, la vía natural convertida en histórica, se prolonga directamente al Este y se continúa por el curso del bajo río, hasta el punto, cerca de la villa actual de Kai-fong, donde la corriente fluvial, desde lo alto de su declive, se derrama, unas veces á derecha, otras á izquierda, en las llanuras aluviales. Pero antes de llegar á ese lugar en que la gran vía, larga de más de mil kilómetros, se ramifica en numerosas sendas rurales, alternando con los caminos de las ciudades, la rama principal había brotado en diversos puntos habitados desde donde partían ramas secundarias.

Uno de esos nudos vitales, donde la Naturaleza injertó una vía lateral, está indicado por la ciudad de Si-ngan, que fué escogida con frecuencia como capital del Reino Florido: dos valles tributarios vienen á desembocar en el valle mayor. Este punto ejerce un atractivo tanto más enérgico, cuanto que comunica al Sud con una brecha de los montes Tsin-ling, por un camino trazado con arte que se eleva unos 900 metros sobre las escarpas de las montañas, y franquea la arista á una altura de 1243 metros para descender otra vez á la cuenca del Han, cuyo afluente el Tan-kiang viene acompañando en toda su longitud. El paso del Tsin-ling ha tenido en la historia de China una importancia casi tan grande como la Puerta del jade, ya que por medio de ese pasaje ha podido continuarse sin dificultad el movimiento étnico, desde la China septentrional en el Imperio del Medio propiamente dicho, que recorre el soberbio Yang-tse.

El Han-kiang tiene, pues, como río histórico, un valor de primer orden, y hasta la forma de los rasgos geográficos ha dado al grupo de ciudades que se halla cerca de la confluencia de los dos ríos un carácter preponderante en el movimiento comercial del inmenso organismo chino. En aquel punto fué donde durante algunos siglos se agrupó la mayor aglomeración de hombres existente en la superficie de la Tierra, y no sería extraño que la Trípoli china — Han-kou, Han-yang, Wu-tchang — recobrase un día el primer lugar entre los centros populosos del mundo: allí se verifica el cruce principal de las fuerzas entre el Norte y el Sud, el Este y el Oeste de la comarca.

N.° 220. La China hace 4000 años.



El sexto libro de la recapitulación clásica, ó Chu-king, es el Yu-kung. Su redacción, basada indudablemente sobre documentos antiguos, se atribuye á Confucio; en sus dos primeros capítulos contiene un breve cuadro geográfico del reino por Yu, á la sazón ministro de Yau (*véase* trad. y disc. por Richthofen, *China*, I. ps. 277 á 364).

Después de la descripción de las nueve provincias, viene la de las nueve montañas, ó mejor dicho, de las pendientes visibles de las cadenas de colinas que encauzan los ríos. Las grandes corrientes de agua son nueve también, y la mayor parte todavía llevan en la actualidad el nombre con que Yu les designa: Ho (Hoang-ho); Wei, Lo, Han, Hwai (Hoai); Kiang (Yanh-tse); el Tsi constituye en nuestros días el curso inferior del Hoang-ho; el Min, después del Yu, es la rama madre del Kiang; el Jo-chui es el Edsina (*véase* mapa n.° 211); el Hei-chin corre al oeste de Su-tcheu y se pierde en la depresión del Karanor-Lobnor.

Dejando aparte los territorios habitados por Bárbaros, la China propiamente dicha tenía en aquella época su centro de gravedad hacia Si-ngan, en la base del valle del Wei.

Las líneas puntilladas indican, de conformidad con Yu, los caminos de comercio que no seguían los grandes ríos.

La vía del Yang-tse, ampliamente abierta á los barcos descendentes de I-tchang, constituye, en una longitud de unos 2000 kilómetros

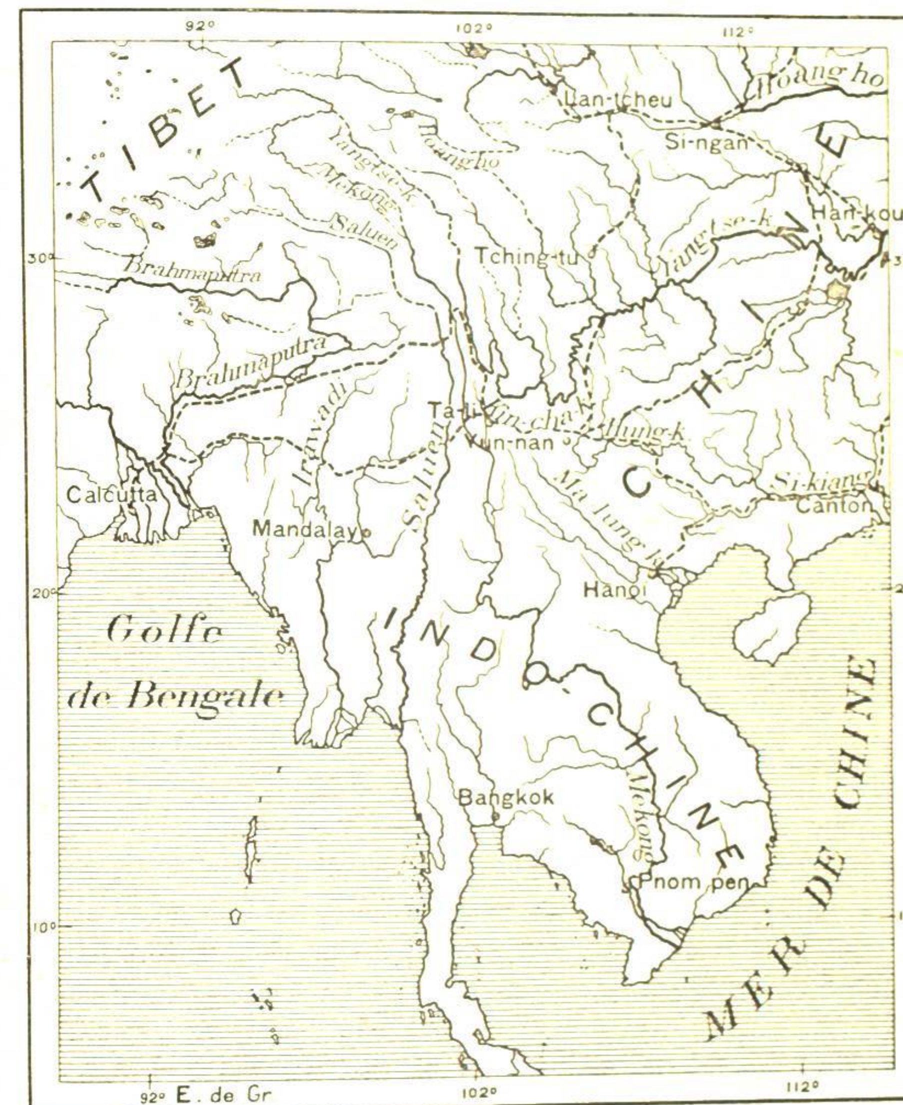
entre la zona de los rápidos y el Océano, el camino medio por excelencia en todo el conjunto chino, y en tanto que el Han-kiang aporta del Norte sus aguas y los productos de sus riberas, los dos lagos Tung-ting y Po-yang, que corresponden á las dos curvas del Yang-tse, en la parte superior é inferior del meandro de Han-kou, reciben también varias corrientes navegables que descienden de las montañas del Sud. En ninguna otra parte de la superficie del Globo posee el hombre una red semejante de vías fluviales sin desnivel ni desfiladero.

Cada uno de esos ríos, lo mismo que los otros afluentes meridionales del Yang-tse, recorre valles que se han convertido en otras tantas vías históricas, sin tener, no obstante, la importancia del camino principal, que reune el Río Amarillo al Río Azul: dividiéndose el movimiento en varias ramas y en una comarca más populosa, debe ser proporcionalmente más débil. De esas diversas líneas de actividad, la principal es naturalmente la que une el bajo Yang-tse á la bahía de Cantón, contorneando al Oeste las montañas del Fo-kien: es la línea más corta entre focos de extrema densidad por sus poblaciones. Uno de los nombres geográficos más frecuentemente repetidos en los libros de viaje en China es el de Mei-ling «collado de los Álamos» ó «cima frondosa»; es una arista de unos 300 metros, donde brota el manantial del Pe-kiang, el «río del Norte», así denominado á causa de la dirección de su curso relativamente al laberinto fluvial de Cantón.

Esta red de navegación, donde vienen á unirse las aguas de varios ríos y cuyo caudal principal le suministra el Si-kiang ó río del Oeste, por las indicaciones mismas de la Naturaleza ha debido ser un punto de convergencia de los más activos, originario del nacimiento de una gran capital ó de un considerable grupo de ciudades. La ciudad de Kuang-tung, el Cantón de los Occidentales, es un punto de concentración necesario. Á la unión de los caminos naturales que convergen en este punto, se añaden otras ventajas: la recortada línea del litoral, la fecundidad de los aluviones fluviales, la variedad de productos procedentes de las zonas tropical y templada, que se entremezclan en la región. Cuando la vitalidad poderosa de Cantón se vió interrumpida por guerras civiles, revoluciones,

incendios ó pestilencias, siempre en sus inmediaciones surgió de nuevo el gran centro de atracción de la comarca.

N.° 221. Camino de Canton á Calcuta.



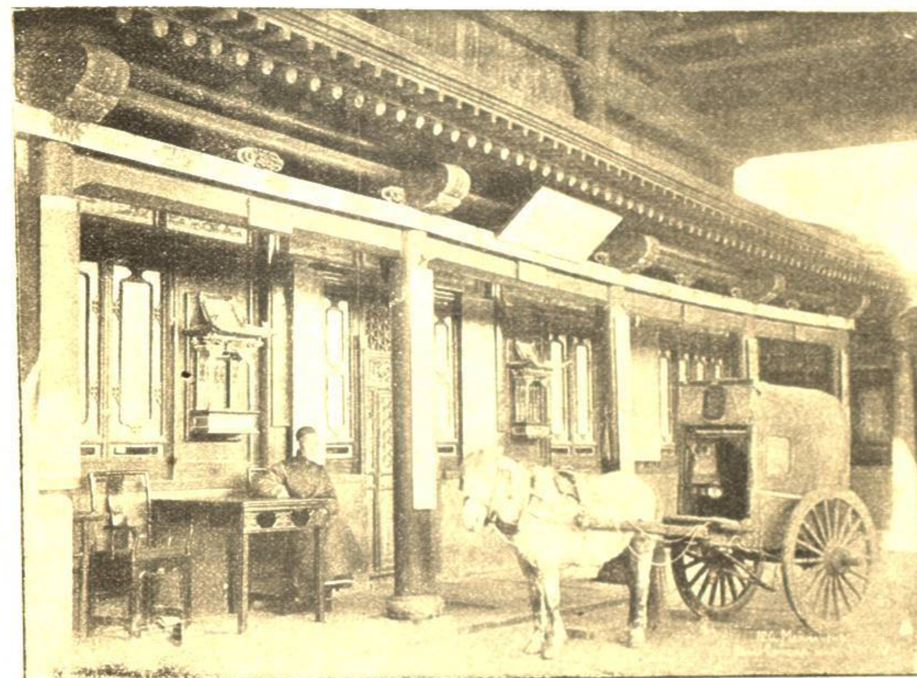
1: 25000000

0 500 1000 1500 Kil.

Este valle del Si-kiang, cuya puerta guarda Cantón, es la mitad oriental de una vía histórica de gran importancia que pone en comu-

nicación la India con la China. Seguramente los Baks, primeros invasores de la China en los orígenes de la historia legendaria, no llegaron hasta esta parte meridional del «Reino Florido», — el territorio descrito por el Yu-kung está todo entero situado al norte del Yang-tse, — pero la forma del relieve había indudablemente dirigido allí un gran vaivén de los hombres: sabido es que hace unos dos mil años se operaba en aquellas provincias un movimiento comercial muy considerable, que había sido antes casi imposibilitado por guerras de exterminio. En vez del paso que se abre entre las dos vertientes oriental y meridional de la alta meseta tibetana, las montañas, prolongando al Sudeste los grandes macizos del Asia central, se han rebajado ya notablemente, y hasta en ciertos puntos se encuentran ya completamente obliteradas. El relieve de la divisoria entre el Pacífico y los mares de Siam y de Birmania está constituído por una meseta de arenisca roja de 2 000 metros de altura por término medio, que contiene en sus depresiones lagos rayados de morainas. Alrededor de esa alta divisoria descienden gradualmente hacia las planicies y el mar los poderosos ríos del Asia sud-oriental que divergen formando inmenso abanico: Brahmaputra, Irrauadi, Saluen, Mekong, Ma-lung-kiang (más abajo Hung-kiang ó río Rojo), Si-Kiang, Yang-tse-kiang bajo su denominación regional de Kin-cha-kiang. En parte alguna de la Tierra se ha visto semejante irradiación de ríos partiendo de un mismo centro.

Un camino transversal que franquease sucesivamente todos esos valles á cortas distancias unos de otros, implicaría, pues, otros tantos caminos ramificándose hacia todos los puntos del horizonte, desde las riberas de la India gangética hasta las de la China oriental, y permitiría á los viajeros la economía de una circunnavegación de 6 000 kilómetros á través de aguas peligrosas, frecuentemente trastornadas por tifones. A decir verdad los escarpes intermediarios hacen difícil la travesía, y esta vía, tan importante en la historia de los pueblos, se pierde entre múltiples sendas que conducen á las gargantas de más fácil acceso. La ciudad de Tali está situada en la región vital donde se enlaza esta digitación extraordinaria de grandes caminos fluviales. Las guerras, la hostilidad de las tribus de montañeses, las devastaciones y los acontecimientos políticos de toda clase



ALMACÉN CHINO

De fotografía de M. A. Ular.

obstruyeron muchas veces y hasta cerraron los caminos que irradian alrededor de Tali; pero en cuanto renacía la paz, y los fugitivos acompañados de nuevos inmigrantes, volvían al país devastado, la «Vía de Oro y de Plata», así llamado por los yacimientos metalíferos de Yunnan, recobraba su importancia, y no pudo menos de llegar á ser un día el camino por excelencia entre Calcuta y Cantón.

Los centros de gravedad en el mundo político y social de China han cambiado con frecuencia, siguiendo las mil alternativas de la colonización, de las conquistas, de las expulsiones y de las renovaciones ó vueltas á la ofensiva. Si-ngan, sobre el Wei, es decir, en el valle que forma la prolongación occidental del Hoang-ho, y, más abajo Ho-nan, á poca distancia del gran río, en la parte inferior del confluente, fueron los lugares perfectamente indicados para convertirse en los centros del comercio y de la dominación.

El Yang-tse, arteria central del «Reino Florido», debía atraer también sobre sus orillas las fuerzas vivas de la nación. En la alta

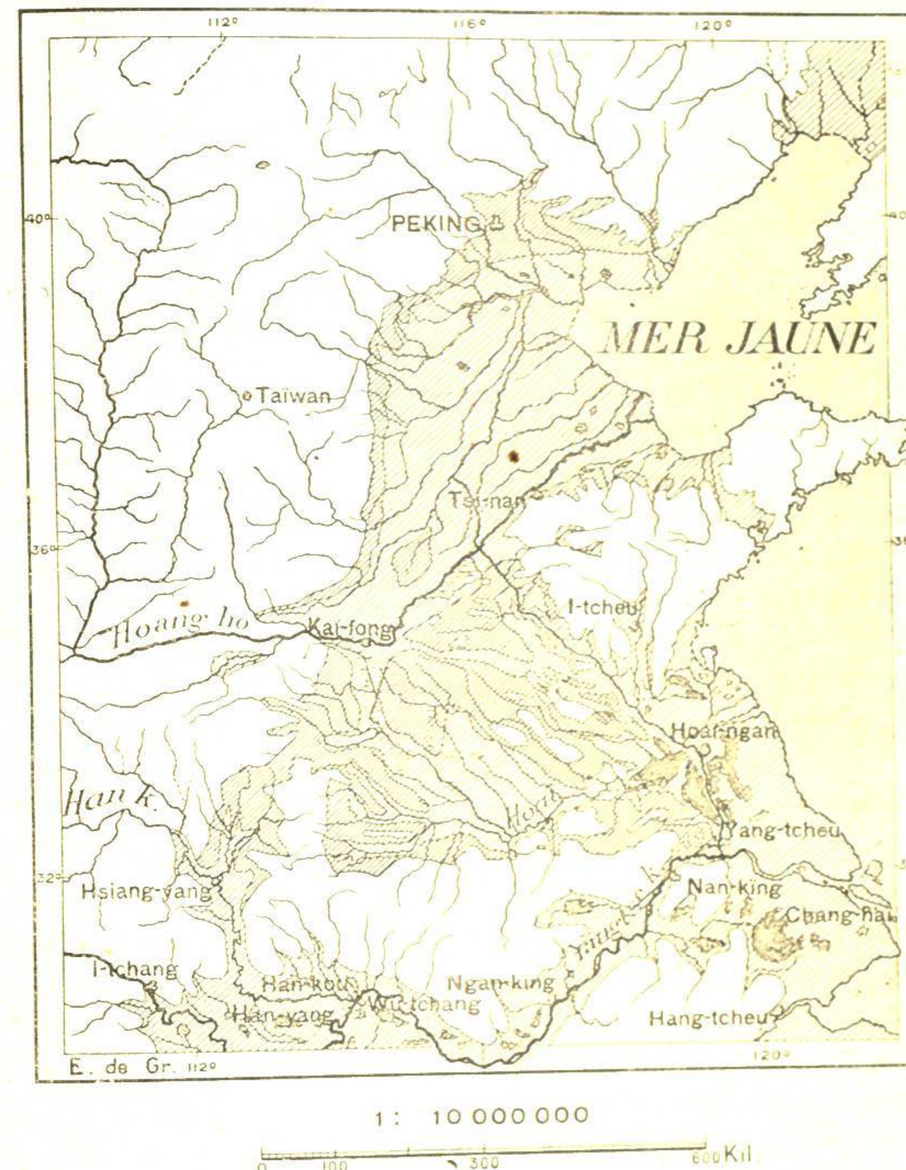
cuenca, la llanura donde se ramifica el Min, — considerada como la verdadera rama-madre del Ta-kiang, «Gran río», — fué desde el principio de la colonización un centro de atracción extraordinaria y permanece siendo en nuestros días la China por excelencia, gracias al largo callejón por donde el Yang-tse desciende de rápido en rápido y que únicamente la incansable paciencia de los habitantes logra utilizar como vía de comercio; en la parte inferior de los grandes afluentes y sobre sus orillas se suceden las grandes ciudades hasta que encuentran la ola marítima; de ese modo, después de Si-ngan, Nan-king fué una capital bien indicada, el vaivén y el poder han debido oscilar naturalmente del Hoang-ho al Yan-tse-kiang, que riegan las regiones más fértiles y populosas; pero como en Francia, y por razones análogas, la preponderancia política ha pertenecido siempre á las regiones del Norte: raramente ha sido concedido al Centro y nunca al Mediodía [1], debido á que el pueblo conquistador, procedente de las comarcas del Noroeste, tenía siempre el grueso de sus fuerzas vivas más cerca de su país de origen y tenía que conservarse allí rudamente para continuar la lucha contra sus más temibles enemigos.

En la concurrencia vital de los Chinos entre sí, otra causa hubo de dar cierta preponderancia á las poblaciones del Norte. En la cuenca del Hoang-ho se halla el país de la «Tierra amarilla», el suelo por excelencia para la producción del pan. Estudiada de una manera magistral por Richthofen en su memorable exploración de la China septentrional [2], la región del Hoang-tu «Amarilla tierra», que comprende casi toda la parte de la depresión rellenada por el Río Amarillo, á excepción de las altas montañas del Oeste y de las llanuras aluviales del Este, se extiende sobre una superficie de cerca de un millón de kilómetros cuadrados, igual á dos veces la superficie del suelo francés.

Esta tierra blanda no es sino un *lœss*, de aspecto análogo al que se presenta en Europa en los valles del Danubio y del Rhin. El lœss se ha formado durante el curso de las edades con todos los restos

[1] Escayrac de Lauture, *Memoires sur la Chine*, París, 1865.
[2] Ferdinand Richthofen, *China*, Berlin, 1877-1882, *Ergebnisse eigener Reisen und darauf gegründeter Studien*, I, ps. 56 á 85.

N.° 222. Distribución del Lœss de las llanuras.



El rayado estrecho indica, según F. de Richthofen, el lœss de las llanuras, tal como el viento lo ha depositado; el rayado ancho representa los aluviones fluviales. Consisten en su mayor parte en lœss removido por las aguas. También se encuentra lœss en las alturas, en los territorios dejados en blanco en el mapa.

reducidos á polvo reunidos por el viento. Cada soplo de las tempestades del Noroeste trae una nube de tenues moléculas procedentes de la lenta desagregación de las montañas Sayan, Altai, Tarbagatai

y de las llanuras subyacentes. Estudiando el aspecto de las ruinas de Lulan, en el desierto de Lob, Sven-Hedin evalúa en tres metros el espesor de la capa terrestre levantada por la denudación eólica desde hace dieciséis siglos. Sin embargo, los montones de polvo que acrecen incesantemente la Tierra amarilla no son bastante espesos para sofocar la vegetación superficial ni para impedir el desarrollo de la vida animal; las hierbas continúan creciendo, aunque gradualmente enterradas: la masa entera, desde la roca subyacente, está surcada por innumerables venillas dejadas por las raicillas de las plantas, y por todas partes hay esparcidos en los depósitos terrosos conchas y otros restos de origen animal. En algunos sitios el espesor de la Tierra amarilla, revelado por las entalladuras hechas por las aguas de erosión, no es menor de 600 metros, que representa un volumen equivalente al de cadenas de montañas. Se ha calculado que el humus fecundo del Hoang-tu sería suficiente para cubrir toda la Tierra con una capa de suelo laborable de un metro de potencia.

Si el viento ha formado los montones enormes de la Tierra amarilla, el agua los destruye á su vez: el río Amarillo y sus afluentes disponen de materiales inagotables para acrecer las llanuras aluviales á expensas del mar. El agua penetra en el suelo blando hasta la roca dura ó hasta la capa de arcilla impermeable que le sostiene; el agua de lluvia se une en esas profundidades á los hilillos que se derraman subterráneamente desde la base de las montañas y, siguiendo canales ocultos, se cavan pozos de derrumbamientos, indicando la dirección de los valles futuros. Siguiendo esa misma dirección se hunden masas y se forman profundas torrenteras con diversas ramificaciones, presentando ordinariamente escarpes verticales. Las lluvias rozan también directamente el contorno, y el menor aguacero arrastra masas de barro que la sequía y el viento transforman de nuevo en torbellinos de polvo. Todo es amarillo en el país: la tierra, las aguas, el aire brumoso, el cielo, donde apenas se ve el sol á través del polvo levantado. Las casas y los hombres están revestidos de una costra amarilla: no hay más contraste que el que resulta de la frescura de los verdes cultivos. Pero ese matiz amarillo simboliza el suelo nutricio, el mismo poder de la China: de ahí el título

de Hoang-ti, «Señor amarillo», dado al Emperador de la China, en el sentido de «Dueño de la Tierra».

La maravillosa fuerza productiva del Hoang-tu permitió á las «Cien





Museo Guimet. Cl. Giraudon.

ESPEJOS MÁGICOS

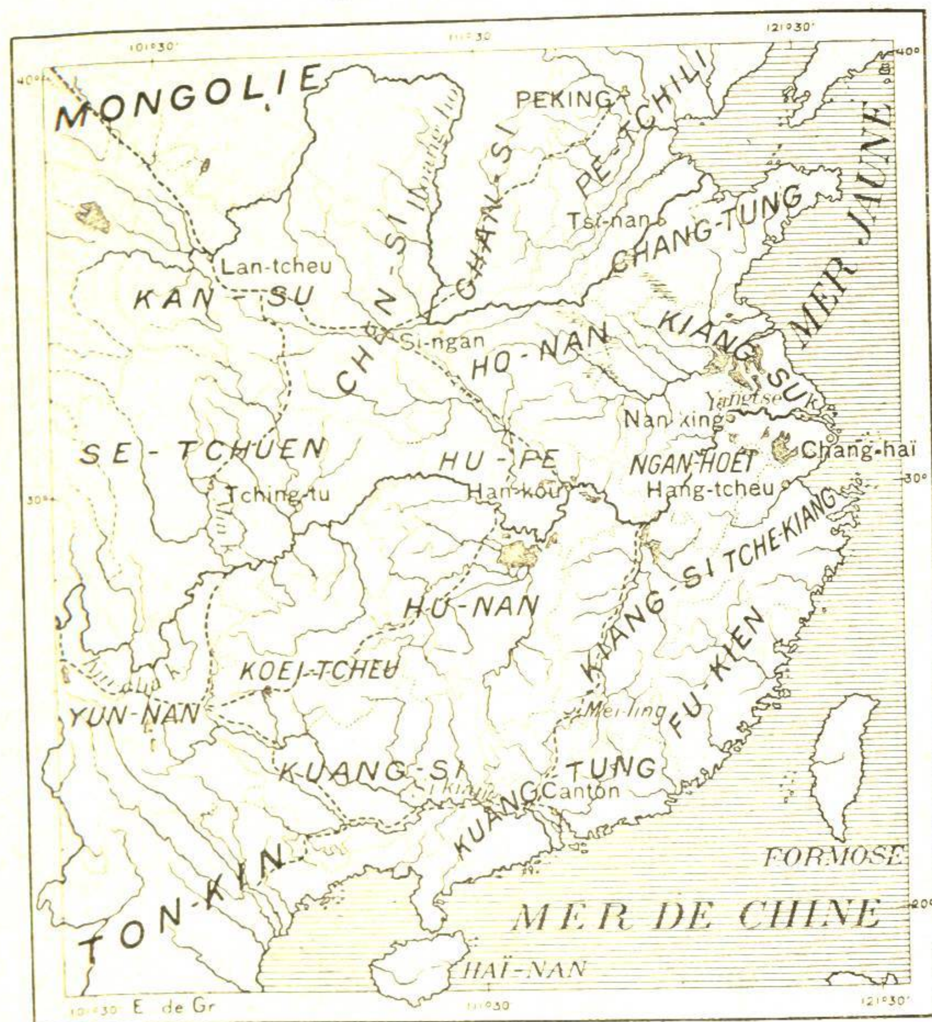
El espejo mayor y el octogonal son de origen chino y datan de la dinastía de los Han (desde 206 antes de la era vulgar hasta 221 después), el tercer espejo es griego. Las analogías que presentan estos objetos prueban la influencia comunicada de uno á otro país á través del Asia Central.



familias» crecer, multiplicarse y constituir una nación grandísima de agricultores en posesión de todas las cualidades correspondientes á la profesión: economía, resistencia, resignación en la adversidad y estrecha intimidad familiar. El campesino de las Tierras amarillas procura identificarse con la gleba que le sustenta; en muchos distritos economiza el precioso suelo de tal modo que no emplea su superficie para su casita y sus granjas, y cava su morada en el interior del lœss: vive debajo de sus propios campos, prestando atento oído á la semilla que perfora el suelo. Compréndese qué paciente energía, qué tenacidad y qué fuerza inveterada de atavismo ha debido dar semejante existencia á los labradores de las

Tierras amarillas, y cuán ampliamente armados estaban los emigrantes de ese país para transformar en magníficas tierras de cultivo

N.° 223. Provincias de China.

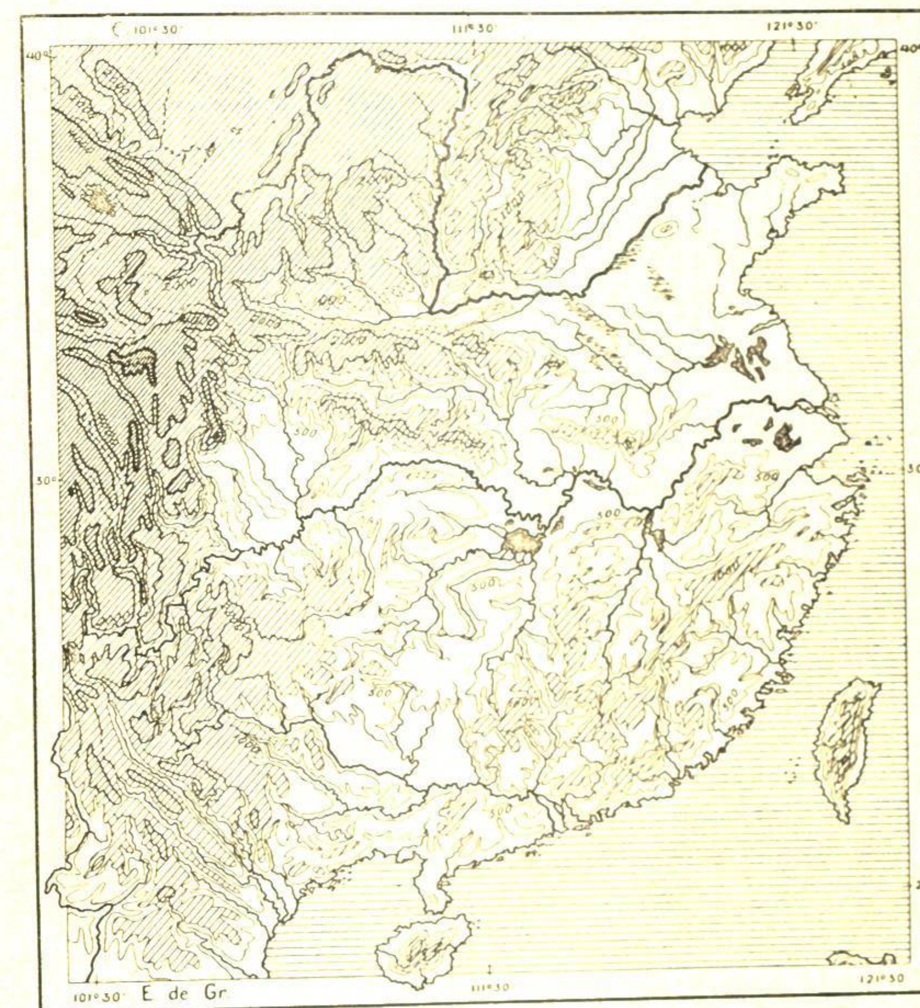


las llanuras aluviales que recorren el Hoang-ho y sus brazos laterales lo mismo que las riberas del Yang-tse.

El Chino por excelencia nació ciertamente en las Tierras amarillas; pero si puede decirse que ha sido formado en gran parte por

el Hoang-ho, hay que reconocer también que ha tenido que luchar incesantemente contra el río y hacer su educación, que todavía no

N.° 224. Relieve de China.



está terminada. En la región baja del río todo cultivo está expuesto á terribles trastornos, puesto que cuando la corriente alcanza el borde de su cauce, á unos 150 metros de elevación, se halla como suspendido sobre las llanuras bajas del litoral y forzosamente ha de derra-

marse por un lado ó por otro, según la cantidad de los aluviones que se amontonan sobre las escarpadas orillas. Conocidos son los desastres que ha causado el Hoang-ho con sus cambios de curso: en medio del siglo XIX, por ejemplo, cesando de correr al Sudeste, se lanzó hacia el Nordeste, é inundó los campos, arrasó ciudades y se extendió en lagos y pantanos. Hay necesidad de restaurar, renovar incesantemente los diques y dejar á las aguas de crecida un cauce mayor excesivamente ancho; en ciertos sitios la distancia entre los diques no es menor de 22 kilómetros. Las ciudades ribereñas, rodeadas de murallas, acaban por hallarse como en el fondo de agujeros, á causa de levantarse gradualmente el suelo por arrastres fluviales. Kai-fong, la guardiana de la puerta de salida, es una de esas ciudades dispuestas en forma de pozo, á la que se baja por largas rampas, y donde las lluvias causan á veces inundaciones. Ha sido preciso construir nuevas murallas sobre las antiguas porque los depósitos exteriores de aluviones amenazaban enterrarlas [1].

Comparado al Hoang-ho, el Yang-tse es con mucho la corriente principal, tanto por la superficie de su cuenca como por la masa de las aguas; además contiene en el conjunto de sus vertientes una población más considerable, evaluada de una manera general en doscientos millones de individuos; pero, aunque siendo el «Gran Río» por excelencia, ha tenido indudablemente una acción menor en la formación del carácter chino. En la cuenca del Río Amarillo, sobre las tierras polvorosas del Hoang-tu y en las llanuras aluviales del Chansi y del Petchili fué donde los «Hombres de cabeza negra» se formaron en la civilización que les distingue; allí llegaron á ser esos maravillosos agricultores sin igual entre los pueblos; allí también adquirieron su equilibrio moral, sus virtudes domésticas, su carácter de infinita paciencia, casi de eternidad. El Río Azul sólo puede haber tenido sobre ellos una acción de orden inferior: estaban ya formados. Gracias al medio primitivo que les había dado una vida propia, aprendieron por progresos de toda clase á poder sustraerse parcialmente á la acción directa del mundo exterior; habiéndose constituído claramente su personalidad, el segundo medio no podía tener

[1] E. v. Cholnoky, *Petermann's Mitteilungen* 1889, I, p. 12.



PUERTA TÍPICA QUE HAN DE ATRAVESAR LOS FIELES ANTES DE PODER PENETRAR EN CIERTOS TEMPLOS

De una fotografía de M. A. Ular.

ya sobre ellos más que una influencia superficial: á semejanza de unas armas ya forjadas sólo podían recibir el pulimento. Más ricos, más industriosos, agrupados en ciudades más grandes, los Chinos venidos del Río Amarillo á las campiñas del Río Azul pudieron ganar en cultura, en gustos refinados, en lenguaje «florido»: se afinaron en ciudades tales como Nan-king y Hang-tcheu, pero todo lo que tienen de fuerte, de resistente y de duradero se lo dió la Naturaleza en las regiones del Norte.

Durante los cuarenta y dos siglos de su historia conocida, la nación china ha vivido agitada por incesante lucha relativa á la forma de la propiedad. Gracias á la larga evolución nacional, no hay país en el mundo donde pueda observarse de una manera más patente la preponderancia de los factores económicos en el desarrollo de la humanidad. La cuestión por excelencia es la del pan. Las variaciones del régimen agrícola y del derecho de los agricultores á la gerencia

de sus tierras, tal es el resumen de la verdadera historia de la «Flor del Medio». Los diversos acontecimientos políticos no son sino consecuencias naturales de ello ó simples incidentes.

En las primeras edades entrevistas, á la llegada de las «Cien familias», la tierra era de todos, y los colonos se establecieron en ella á su gusto, escogiendo el suelo que les convenía. Los documentos antiguos nos muestran los «hombres amarillos», — denominación que indica bien el carácter de la región colonizada, — expandiéndose con toda libertad sobre la extensión del suelo fértil que habían invadido; pero la naturaleza misma de los terrenos, cortados por barrancos y torrenteras de erosión en todos sentidos y dispuestos en un verdadero laberinto, obligaba en muchos sitios á los cultivadores á dividirse en grupos más ó menos considerables: tal habría sido la causa, según una hipótesis frecuentemente expuesta, que produciría la partición de los inmigrantes en «cien» familias ó tribus. En este país, naturalmente recortado, habría habido tendencia á la división del suelo en propiedades distintas, comunales, familiares y privadas, en tanto que más al Este, en las llanuras aluviales del Hoang-ho, incesantemente amenazadas por las crecidas fluviales, que corrían á un nivel superior al de las campiñas bajas, la propiedad se sostuvo mucho tiempo bajo su forma de comunidad nacional; entre todos los ribereños obligados á luchar juntos para defender ó reconquistar las tierras inundadas por los ríos, la solidaridad absoluta daba á todos la propiedad de la tierra y de los productos.

Pero la potencia imperial crecía sobrepujando la altura de las cabezas y se apoyaba sobre un círculo de consejeros y de cortesanos, gentes escogidas que se constituían en cuerpo privilegiado, de esencia superior á la nación, extrayendo cada uno su parte sobre las riquezas creadas por el trabajo de todos. El emperador y los grandes se reservaron extensísimos territorios en el campo nacional, y como consecuencia el régimen de las apropiaciones entró en conflicto con el de la propiedad comunal, estableciéndose gradualmente un conjunto de condiciones económicas análogo al que prevaleció en la Europa occidental después de la caída del Imperio romano: los campesinos continuaron trabajando en común, pero la parte de los productos que se les dejó no fué sino la porción estrictamente necesaria para su sustento, reservándose para los señores feudales la mayor parte de la cosecha. Treinta y un siglos antes de la época actual, la China estaba dividida en feudos ó subfeudos, cuyos habitantes, reducidos á servidumbre y generalmente distribuídos en grupos de ocho familias, conservaban las antiguas formas de la comunidad, celosamente vigilados por sus amos: realmente, la comunidad, aunque oprimida y metódicamente despojada, no dejaba de persistir, constituyendo un pequeño universo ó cosmos, un *mir* semejante á los de Rusia: conservábase un resto de solidaridad comunal y territorial, como se conserva el rescoldo bajo la ceniza del hogar.

Todavía se ven en muchas partes de la China y en las comarcas que tomaron por modelo la civilización china, especialmente en Corea, bajo un régimen feudal, algunas huellas de esa organización comunista [1], pero las guerras intestinas, las emigraciones interiores y el desarrollo de la población modificaron el equilibrio existente, y hacia el siglo IV antes de la era vulgar se había operado una transformación general en el régimen de la propiedad: la mayor parte de las tierras habían cambiado de propietario y el modo de apropiación se había desprendido de las formas feudales. Los dueños del suelo le poseían ya sin condiciones, y los campesinos, á quienes se había despojado hasta del terreno donde hubieran podido «plantar un alfiler», no tuvieron más recurso que la esclavitud. Sin embargo, se rebelaban con frecuencia: la guerra civil era permanente, y, según las alternativas de las revoluciones, los campesinos, pegados al suelo nutricio, lograban á veces retener un girón de él. Por otra parte, el soberano tenía interés en aproximarse al pueblo para no hallarse luego á la discreción de los grandes propietarios, y el emperador Wangmang, contemporáneo de Augusto, osó un día reivindicar la posesión de la tierra para él solo, lo mismo que el derecho de repartirla con equidad. En lo sucesivo ningún súbdito podía poseer un espacio cultivable superior á un *tsin*, unas seis hectáreas, ni mandar á más de ocho esclavos varones: era precisamente el número de los antiguos grupos de comuneros agrícolas. De ese modo la tierra se hallaba distribuída en proporción de las necesidades; pero los man-

[1] Zakharov, artículos en *Arbeiten der russischen Gesandschaft zu Peking*, Berlín, 1858.

darines, que también eran propietarios, no pensaron en despojarse de sus propiedades, y el régimen del monopolio del suelo se restableció después de una desaparición aparente. La voluntad de lo alto no pudo cambiar el curso de la historia: semejantes revoluciones necesitan la voluntad unánime del pueblo y la plena conciencia de su derecho, apoyado sobre su propia fuerza.

Desde aquella época, la lucha por la posesión del suelo ha continuado siempre con éxitos diversos y bajo mil formas, sociales ó políticas; jamás ha cesado de ser la causa profunda de todos los grandes acontecimientos que se han realizado en el Imperio del Medio. No podía ser de otro modo, puesto que la agricultura es el trabajo casi exclusivo de la población y todas las industrias no son sino simples anejos de la agricultura. Compréndese que con su inmensa democracia agrícola, la China asigne el primer rango á los trabajadores de la tierra, ó al menos no permita que pasen antes que ellos más que los letrados, porque todos acatan el saber con el mayor respeto. Dice una máxima china, frecuentemente repetida, que el Estado sufre una enfermedad profunda cuando el hombre no labra su campo y cuando la mujer no se dedica á todos los cuidados domésticos. Según una leyenda popular que atestigua la conciencia que de su alta dignidad tienen los labradores chinos, el Emperador Chun, personaje mítico de que todavía se habla con veneración en todas las cabañas, era un campesino, y, aunque ocupando el trono, había vivido del trabajo de sus manos.

El padre jesuita Du Halde, hablando de ese emperador campesino, que considera como personaje que realmente ha vivido, afirma cándidamente que la nación china toda entera gusta del cultivo del suelo deseando imitar el noble ejemplo del agricultor coronado. Teoría es ésta digna de los cortesanos del Rey-Sol. No comprende el historiador católico que Chun no es otra cosa que la personificación imperial, divina, del pueblo sembrador y segador de trigo. El hecho es que, por su íntima unión con el suelo, los labradores del Reino Florido han logrado triunfar en gran parte de los obstáculos que les oponían los parásitos, conquistadores y mandarines. La fiesta de la Labranza, que el Hijo del Cielo celebraba antes al fin de Marzo, en la cual, vestido de campesino, labraba tres surcos, simboliza ese



EL CULTO DE LOS ANTEPASADOS

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

triunfo parcial del pueblo sobre sus amos: las espigas recolectadas sobre aquel campo se ofrecían en homenaje á los dioses como un don del pueblo.

El aspecto general de las comarcas de la China sometidas al cultivo desde hace dos, tres ó cuatro mil años, atestigua la fuerte disciplina que los agricultores han impuesto á la tierra y á sus habitantes, plantas y animales. Los paisajes son ciertamente muy diferentes en la actualidad de lo que eran en los tiempos primitivos. Han desaparecido de casi toda la China los grandes animales salvajes: ya no se ven allí elefantes ni leones; el tigre no se deja ver más que en las provincias exteriores, la Mandchuria y el contorno de la cuenca del Tarim, por ejemplo, y el rinoceronte no se ve sino en el alto valle del Si-kiang, donde grandes bosques, casi desiertos, se extienden á lo lejos hacia la Indo-China. Así también falta casi

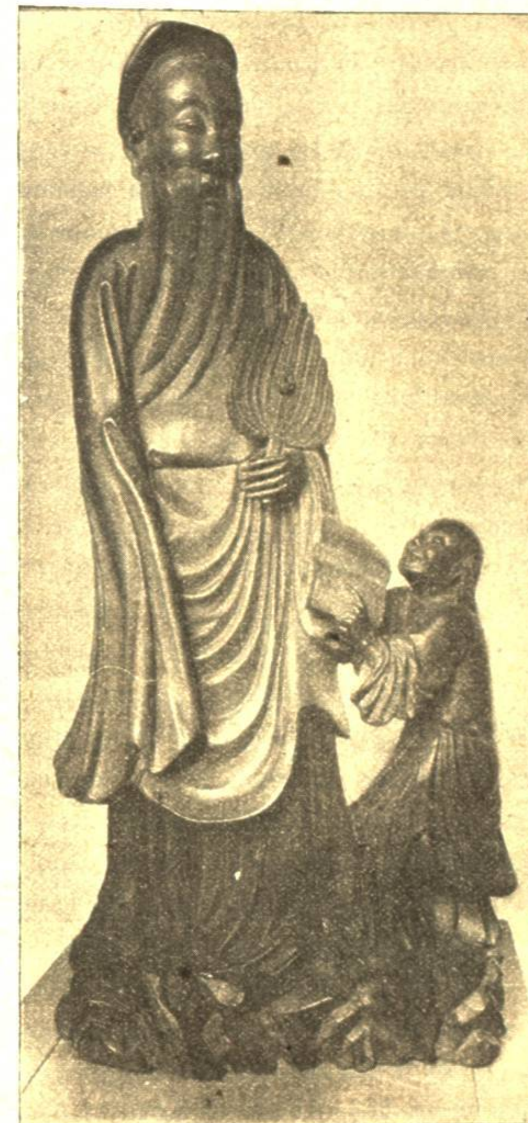
por completo desde hace siglos la flora arborescente espontánea en las provincias populosas. Las villas que vigilan el buen estado de los campos no toleran la aparición de las hierbas ni de los arbustos silvestres, y con mayor motivo desarraigarían los árboles que brotasen en aquella tierra removida ya diez mil veces desde los primeros tiempos de la colonización. Los árboles no eran y no son tolerados más que alrededor de los cementerios, donde los campesinos se abstienen de cortar ramas: la tradición les prohibe tocar esos bosques sagrados, exceptuando en los cambios de dinastía. En los distritos donde los Chinos carecen de combustible, perdieron hace mucho tiempo la costumbre de calentarse: en invierno se contentan con vestidos dobles y con el uso de lanas y pieles.

En otras partes, por el contrario, las poblaciones del Extremo Oriente se han anticipado con mucho á los Occidentales: la utilización de la hulla data en China de tiempos inmemoriales; en la alta cuenca del Yang-tse existe un importante servicio de barcos dedicado al comercio hullero [1]. En Mandchuria se han encontrado antiguos trabajos de excavación por pozos verticales que denotan un alto grado de desarrollo técnico.

Las construcciones chinas se resienten claramente de la influencia ancestral del nómada, y demuestran de qué modo una supervivencia de formas se asocia á una diferencia de interpretación. Al dejar un medio por otro, el emigrante lleva siempre consigo objetos cuyas formas responden á cuanto le rodeaba anteriormente, pero que cesa pronto de comprender en los nuevos horizontes que le rodean. Sin embargo, el hombre no queda sin explicación, verdadera ó falsa, de todo lo que ve en su rededor, con mayor motivo cuando se trata de una cosa fabricada por sus manos siguiendo una rutina tradicional. Así, los ángulos de las tiendas mongolas, encorvadas por los pesos de los fieltros ú otras telas empleadas, se dibujaban en el aire formando una elegante curva que se explicaba por sí misma; pero cuando los nómadas se convirtieron en residentes y las tiendas fueron reemplazadas por casas de madera ó de porcelana que representan la misma graciosa curva en los cuatro ángulos del techo, se olvidó el

[1] Isabella L. Bishop, *Journal of the R. Geographical Society*, 1897, II, p. 12.

motivo primero de esa forma arquitectónica. ¡No importa! no se creó una nueva: las ondulaciones misteriosas del *feng-chui*, es decir, «los vientos y las aguas aéreas», se deslizan suavemente á lo largo de las curvas de la casa.



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

HUIEN-HUIEN Ó DIAN-DJIN
DIOS DE LA ALQUIMIA EN TRAJE DE LETRADO

El paisaje chino ofrece, pues, un carácter artificial, reproducido ingenuamente por las pinturas, las porcelanas y los esmaltes. Sin embargo, los Chinos, muy prosaicos en apariencia y muy poéticos en el fondo de su alma, profundamente encariñados con aquella naturaleza delicada, tratan de embellecerla aún con paseos sinuosos, puentes artificialmente rústicos, macizos de flores raras y árboles minúsculos. Sus poesías celebran principalmente la agricultura, los arroyos, la lluvia, los vientos, las nubes, todas las fuerzas que concurren á la germinación y al crecimiento del grano nutricio, pero esos cantos están siempre matizados de melancolía, acompañados de discretas quejas. Gracias al trabajo, á ese trabajo que conserva sana el alma y la libra del pesimismo, que es la enfermedad de los ociosos, los Chinos han conservado la fuerza de la

acción, invencible y tenaz, pero no escapan á la tristeza que se eleva de una naturaleza mutilada [1].

La constitución de la familia china corresponde exactamente á la de la propiedad: las costumbres provienen sobre todo de la forma de apropiación del suelo, y, por consecuencia, se hallan indirectamente determinadas por la naturaleza del medio geográfico, montañas, ríos y la repartición de las tierras arables. El territorio comunal y el territorio familiar, por los cuales lucharon rudamente y luchan todavía los agricultores, no pudieron conservarse contra señores y emperadores más que por la indisoluble unión de todos los interesados, y la familia se desarrolló poderosamente, ante todo como órgano de defensa y se convirtió en la molécula inicial de la nación. El Imperio todo, comprendiendo cientos de millones de hombres, fué considerado como una prodigiosa familia que hubiese adoptado, en su conjunto y en sus partes, el tipo de una explotación agrícola. Los mismos Chinos lo comprendieron así desde las primeras edades, porque, en su escritura ideográfica, el signo que representa el gobierno tuvo el «Agua corriente» por sentido primitivo.

La fuerte constitución de la familia, tipo de la nación china, no permite la existencia ó al menos la persistencia del celibato. Sobre este punto no hay transacción: el consejo comunal pide explicaciones al padre del joven que no ha tomado mujer á la edad de treinta años; á veces se digna aceptar excusas acompañadas de multas, pero pasados los treinta años el matrimonio es forzoso; la joven de veinte años cumplidos es designada de oficio, sin rebeldía posible. El objeto á que han de tender todos es la perpetuidad de la familia: es preciso á toda costa tener continuadores respetuosos de la descendencia de los antepasados. Por lo demás es necesario, en toda circunstancia, referirse á los abuelos, que simbolizan la duración y persistencia de la posesión del suelo, la ocupación no interrumpida del territorio nutricio. El hijo ofrece un espontáneo homenaje á su padre y á sus abuelos de todas las buenas acciones que pueda haber hecho, de todos los méritos que se le reconozcan; si se ha ennoblecido, su título pasa de oficio á toda la familia ancestral.

El *feng-chui* que, durante este siglo, por parte de los Europeos, ha dado lugar á tantas discusiones con el gobierno chino, depende

[1] Hervey de Saint-Denys.

en gran parte del sentimiento de respeto que los Chinos tienen por sus ascendientes. Imaginándose que los antepasados no se han fijado absolutamente al antiguo hogar doméstico y flotan á la ventura en el viento, los vapores, la niebla y la lluvia, los piadosos labradores tienen empeño en conservar la tierra en su estado primitivo, temiendo que una modificación cualquiera en el aspecto del paisaje, en la dirección de las aguas ó en la de las corrientes aéreas perturbe la quietud de los espíritus.



Bronce del Museo Guimet. Cl. Giraudon.

KONG-FU-TSE EN TRAJE REAL

(Véase pág. 88)

El triunfo de la familia agrícola había de producir la constitución de la comunidad y aun del Estado sobre el modelo de la célula inicial. La independencia comunal se ha conservado muy firme en los grupos de campesinos. Cada ciudad se constituye en municipio donde todos los jefes de familia toman parte en la elección de un representante, escogido casi siempre entre los agricultores; es un alcalde que desempeña á la vez las funciones de notario, escribano, tesorero, árbitro en las disputas, agente de las vías de comunicación, intendente de los cultivos y guardián de los sepulcros; todos sus ayudantes, guardias campestres, agrimensores, ó escribanos, son nombrados

también por los jefes de familia. Las pequeñas aglomeraciones urbanas sólo tienen un consejo municipal, en tanto que en las grandes ciudades hay tantos como barrios; cuanto más importante es una ciudad, más se debilita la autonomía comunal por la intervención del gobierno en las elecciones.

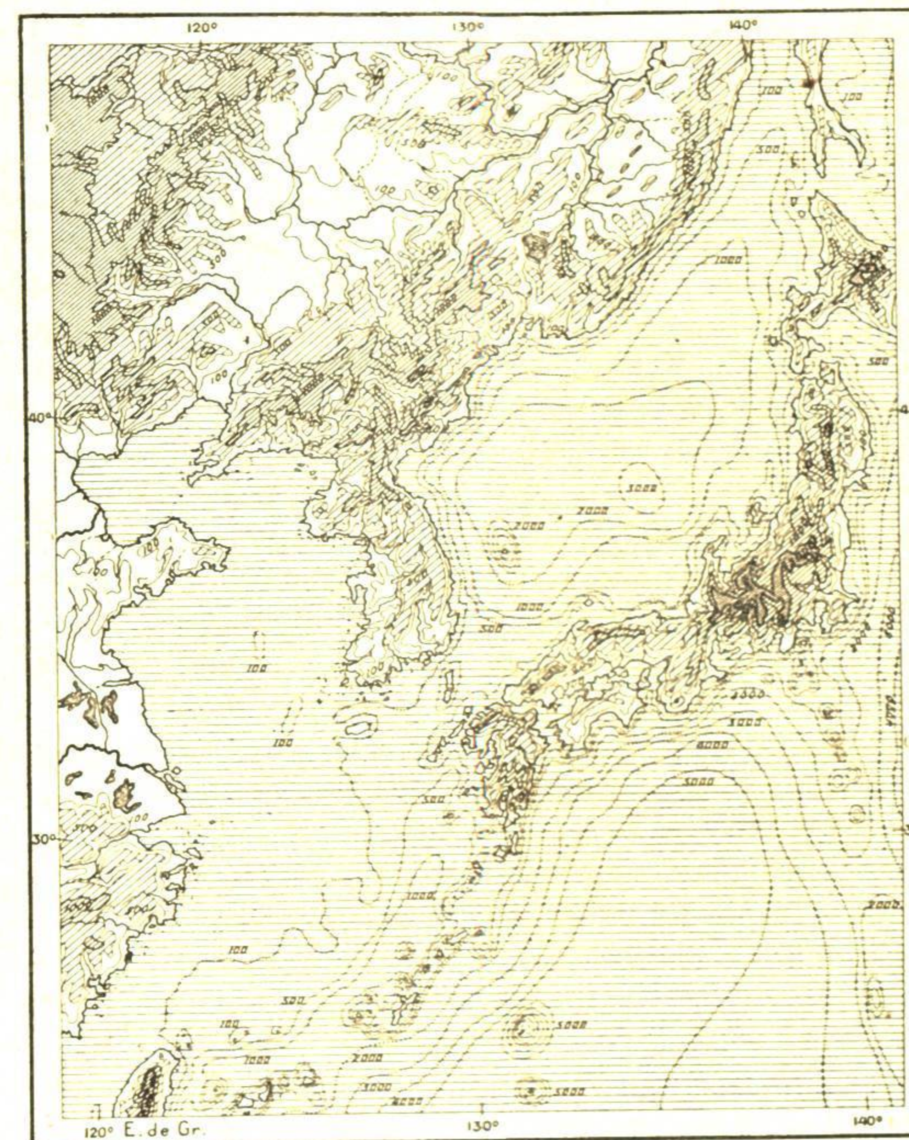
La lógica de las ideas hubiera de haber exigido que el voto de los jefes de familia fuera también el origen del poder para la organización de las provincias y del Estado. Ya lo es en teoría, y en todos los tratados que desde Confucio se han escrito sobre «el arte de gobernar á los hombres», el Emperador es representado siempre como el «Padre y la Madre» de la gran familia china, la cual, más de dos mil años antes que los San-Simonianos, tenía su *Ma-ba* que, en sus plegarias públicas y en sus proclamas, no dejaba de insistir sobre la responsabilidad absoluta que le impone la felicidad de su pueblo. Cada uno de sus malos pasos, nos dice, puede perturbar el imperio, cada uno de sus malos pensamientos puede corromper el universo. Todo desastre nacional le obliga á acusarse públicamente, mas, por una contradicción únicamente permitida á un personaje de tal importancia, no es él quien se suicida en las desgracias comunes, sino sus generales y sus ministros. Por último, hace ya mucho tiempo, según dice Du Halde, «el gobierno no subsiste sino por el ejercicio del palo». Sólo el emperador-labrador Chun parece haber realizado el ideal de los agricultores chinos, pero ¿existió jamás de otro modo que como fenómeno de antropomorfismo?

La moral oficial del respeto absoluto de la familia y de la obligación constante del trabajo sólo es positiva para la masa de los «hijos del sol», representantes de la clase antigua, pero todos aquellos á quienes sus privilegios, su rango ó su fortuna permiten vivir á su gusto se han creado hace ya mucho tiempo una moral más amplia y más fácil: se exceptuaron de observar una estricta monogamia, y de tal modo se dispensaron de la práctica del trabajo, que se dejaron crecer las uñas, mostrando su incapacidad para trabajar con sus diez dedos, y mutilaron los pies de sus mujeres, incapacitándolas para dedicarse á los cuidados de la casa.

De ese modo la desigualdad de las clases, introducida por la usurpación de la propiedad común perpetrada por los poderosos, se

manifestó de la manera más evidente por la oposición de las morales respectivas y, como es justo, la tendencia á la unidad de concep-

N.° 225. Mares de China y del Japon.



ción y de vida produjo frecuentes conflictos entre las clases representantes de las dos morales. En la China antigua como en la moderna

han sido frecuentes las rebeldías, pero casi siempre, conformándose con el molde del pensamiento popular, tomaron por pretexto el respeto de los antepasados, la observancia de las tradiciones, el piadoso recuerdo de alguna dinastía caída. Hasta en plena revolución, los Chinos con-



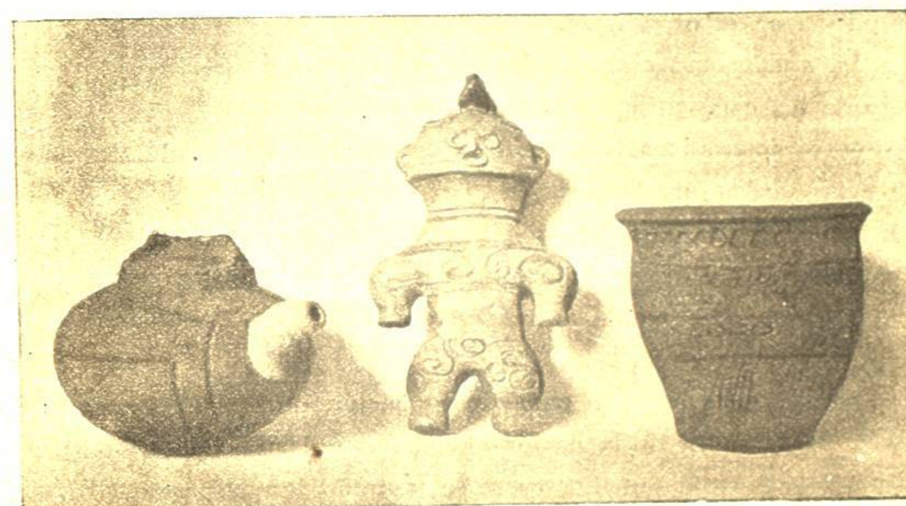
Museo Guimet. Cl. Giraudon.

CACHARROS ARCAICOS HALLADOS EN LAS TUMBAS COREANAS

servan más que los otros hombres, gracias á su naturaleza campesina, el espíritu de lealtad conservadora y la necesidad de agrupación. Las rebeldías parciales son raras, las protestas individuales son, por decirlo así, casi totalmente desconocidas. El descontento toma un carácter colectivo, y cuando estalla una revolución, propagada siempre por las sociedades secretas, la ebullición social se hace sentir en poco tiempo de un extremo al otro del mundo chino.

Por otra parte, los filósofos antiguos del Reino Florido habían reconocido también que á veces la insurrección es el más santo de los deberes, y, lo que es más, esta afirmación se halla textualmente en el último de los «Cuatro libros» ó Sse-chu, cuyo estudio es obligatorio en todas las escuelas del Imperio, aunque no forma parte de los cinco libros «canónicos». «Todos los hombres», dice Meng-

tse, denominado el «Filósofo Rígido», «todos los hombres son iguales; ¿por qué hay grandes y pequeños? Cuando los buenos manjares se preparan en las cocinas, cuando los establos se llenan de nobles caballos, mientras que el pueblo muere de hambre y cubre el camino con sus cadáveres, ¿verdad que es lo mismo que si estuviésemos gobernados por fieras que se complacieran en devorar los hombres? Y



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

CACHARROS DE KOROBOKUROS, HABITANTES PRIMITIVOS DEL JAPÓN

cuando el príncipe se une á las fieras, ¿puede llamársele padre de sus súbditos? ¿No tengo el derecho de tratarle como un bandido?» Y en otro pasaje: «El verdadero rebelde es el que ultraja la humanidad».

Se cuenta que un emperador de la dinastía de los Ming quiso retirar del programa clásico de los estudios las obras de Meng-tse, pero los letrados fueron en masa á protestar contra la voluntad imperial, precedidos por el primer ministro, que hizo llevar su ataúd delante de sí. Pero ¿no será esto una leyenda semejante á la historia de aquellos mandarines que, en número de 460, siguieron en las llamas al famoso Chu-King ó «Libro de los Anales», recogido por Confucio, cuando Chi-Hoang-ti ordenó la destrucción de todos los libros escritos antes que él existiera? — Quería, dicen unos, inspirado por la vanidad, hacer que recomenzara la evolución mundial á partir de

su reinado; deseaba á justo título, dicen otros, romper la omnipotencia de los adoradores de la tradición escrita. Puede creerse que si tan fuertes palabras de los sabios antiguos han quedado en las obras clásicas, no será por el valor de los cortesanos letrados, sino más bien por la indiferencia de los amos. Las palabras no significan nada ó suenan en falso cuando la enseñanza que las completa les quita el verdadero sentido: son como cuerpos extraños que se enquistan en el organismo.

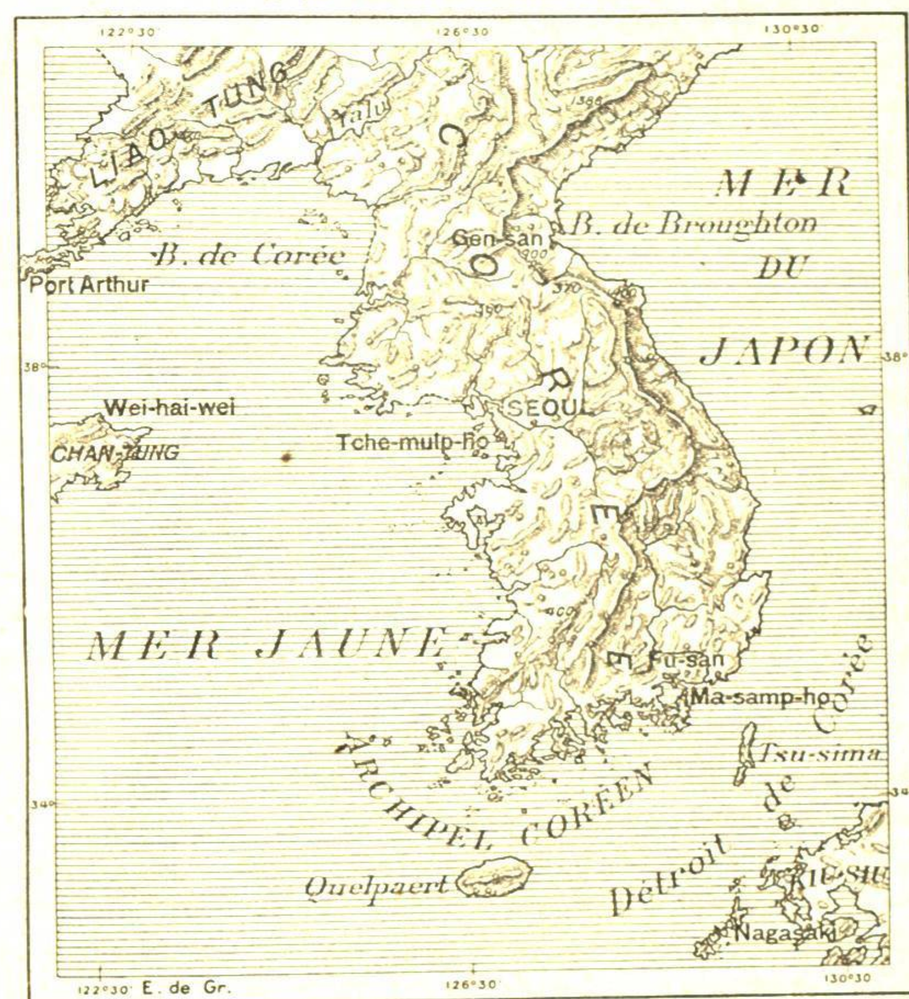
La solidaridad en todas las obras humanas, desde el pacífico trabajo de los campos hasta la peligrosa rebeldía armada, es uno de los rasgos característicos más notables del carácter chino, que se resume en esta máxima, maravillosa en su claridad, que cita de Pouvourville: «Ningún hombre en la eternidad podrá ser completamente feliz mientras subsista un desgraciado. La desgracia de un solo sér es una imperfección que impide al universo la felicidad de ser perfecto y completo».

Las enseñanzas que persistieron mejor, porque respondían al genio conservador de la nación china, fueron las de Confucio (Kung-fu-tse), el filósofo sencillo, correcto, extraño á toda pasión y á toda fantasía, el fiel observador de todas las convenciones y de todos los deberes estrictamente jerarquizados. «Todas las virtudes tienen su origen en la etiqueta», más aún «la etiqueta forma y fija el carácter» son palabras que se atribuyen á Confucio. Ese respeto á los «deberes» de toda clase, incluso las reverencias, los cumplimientos, la forma y la duración de las ceremonias, constituye un curso de moral, designado muy justamente por el término de Uan-li ó de los «diez mil ritos». Hay, en efecto, á lo menos diez mil, y el hombre culto se encuentra cogido, como en una argolla de hierro, en mallas de obligaciones que acaban por convertirse en mecánicas, pero que no por eso dejan de privar al individuo de gran parte de su iniciativa.

Y sin embargo, la filosofía de Confucio, que se acomoda á todo ese formalismo ocioso, es una especie de positivismo. «¿Cómo se pretende saber algo del cielo, decía, cuando es tan difícil formarnos una idea clara de lo que sucede en la tierra?» Los mismos emperadores, educados en la escuela de los mandarines moralistas, han suscitado frecuentemente la desconfianza del pueblo contra las supersticiones

esparcidas por los sacerdotes, y éstos son formalmente excluídos como indignos de toda ceremonia donde se muestre el «Padre y Madre» de sus súbditos.

N.º 226. Contraste de las Costas Coreanas.



Tales eran en el Oriente chino las enseñanzas y los usos oficiales, hace dos mil años, en la época en que por un notable paralelismo histórico, los filósofos de Grecia y los de China habían igualmente estudiado los problemas de la existencia y formulado las reglas de la ética. Pero de una parte y otra, aunque con grandes variantes en

los detalles, el período de las investigaciones filosóficas fué seguido de una gran reacción durante la cual unas religiones de nuevo tipo, en Occidente bajo la forma cristiana, en Oriente bajo la forma budhista, vinieron á bordar sus ritos sobre el viejo fondo de los cultos naturistas, fetichistas y animistas.

Lo que distingue principalmente la evolución de la historia china, comparada á la evolución correspondiente de Occidente, es su carácter notable de unidad geográfica. A consecuencia de la forma de la comarca, donde toda actividad se dirige hacia el centro, rechazada de las altas montañas, de las mesetas infranqueables del contorno y de las regiones habitadas por nómadas bárbaros, el movimiento que se producía en China permaneció hasta el período búdhico, muy débilmente influído por el mundo exterior. En Occidente, al contrario, la gran variedad de formas geográficas que facilitan el contacto entre los diferentes pueblos, cada uno en distinto grado de cultura, debía producir para el conjunto mayor movilidad de aspectos. Aplicando términos físicos, se puede decir: que la civilización oriental y la de Occidente se hallaban animadas, la primera de un movimiento centrípeto, la segunda de un movimiento centrífugo.

Sin embargo, no podían menos de establecerse ciertas comunicaciones de una extremidad á otra del mundo por el lento vaivén de los cuentos, de las leyendas, de las narraciones de pueblo á pueblo y de los cambios de productos. Los descubrimientos hechos desde hace algunos años, — como piezas romanas en el Chan-si, — y el examen más inteligente de antiguos documentos y hallazgos, dan alguna luz sobre el comercio que se practicaba entre los imperios de Roma y de China. Se exportaba de Asia hierro y sederías, pero la ley de la oferta y la demanda ejercía ya sus efectos; durante mucho tiempo recibieron los Romanos las sedas teñidas y tejidas; después, en tiempo de Augusto, se nos asegura, observando los patricios que el tinte chino no era tan brillante como el que los Alejandrinos podían obtener, fueron á comprar lejos la seda cruda y la hicieron teñir en Egipto. Hasta se han hallado en China tejidos de seda que, por su dibujo, se revelan como de fabricación occidental. Posteriormente, por el contrario, el tejedor chino se adaptó á los deseos de la clientela romana; se poseen tejidos de seda encontrados los unos en Antinoe, los otros en el templo de Nara, en el Japón, que ostentan la misma ornamentación: los blancos habían suministrado el modelo, los amarillos pusieron la mano de obra. Por otra parte, los Chinos importaban tapices, cristalería y porcelanas. Y no es que ellos crearan esta última industria, sino que, en tanto que los Sirios perdían el secreto, los Orientales la perfeccionaban hasta tal punto que su producción en porcelana fina no ha podido ser igualada hasta nuestros días [1].

Hasta en la historia escrita, hechos bien demostrados prueban que resonaban ecos directos entre los dos centros del Mediterráneo y de las Tierras amarillas.

Cuando la conmoción causada en toda el Asia por las conquistas de Alejandro el Macedonio, las poblaciones orientales resistieron también el choque, y quizá por imitar al vencedor de Darío Chi-Hoang-ti fué arrastrado por la locura de las conquistas, tan contraria al genio pacífico de los agricultores chinos. Después, hace unos dos mil años, otra guerra puso directamente en contacto los Orientales del Hoang-ho con los Griegos: el emperador Wu-ti quiso obtener algunos de esos famosos caballos «niseanos», que se decía habían bajado del cielo, y se pretendía que arrojaban fuego por las narices, y se siguió una guerra de conquista con el Ta-Yuan, la «Gran Ionia» ó «Gran Grecia», — el Ferghana actual — y, después de quince años de luchas que costaron la vida á trescientos mil hombres, el emperador de China acabó por obtener diez de esos caballos maravillosos, nobles corredores turkomanos, que, en efecto, sudan sangre, á causa de las filarias casi imperceptibles que anidan en su mucosa nasal. Por último, Roma y China estarían en comercio directo en la época de los Antoninos, puesto que los anales chinos mencionan un soberano extranjero, Antun, que pidió la amistad del emperador «Celeste».

La acción de la civilización china hubo de hacerse sentir desde las edades antiguas sobre todas las comarcas del Este y del Sud con las cuales tenía comunicación fácil por medio de brazos de mar ó valles fluviales: la Corea, el Japón, Formosa, Hainan, el Tong-king y el Annam recibieron ciertamente del Reino Florido una parte considerable de su haber

[1] P. G. M. Stenz, *Globus*, 1903. I, p. 294. — E. Guimet, *Société Normande de Géographie*, 1898, p. 9. — *Symboles asiatiques trouvés à Antinoë*, p. 8.

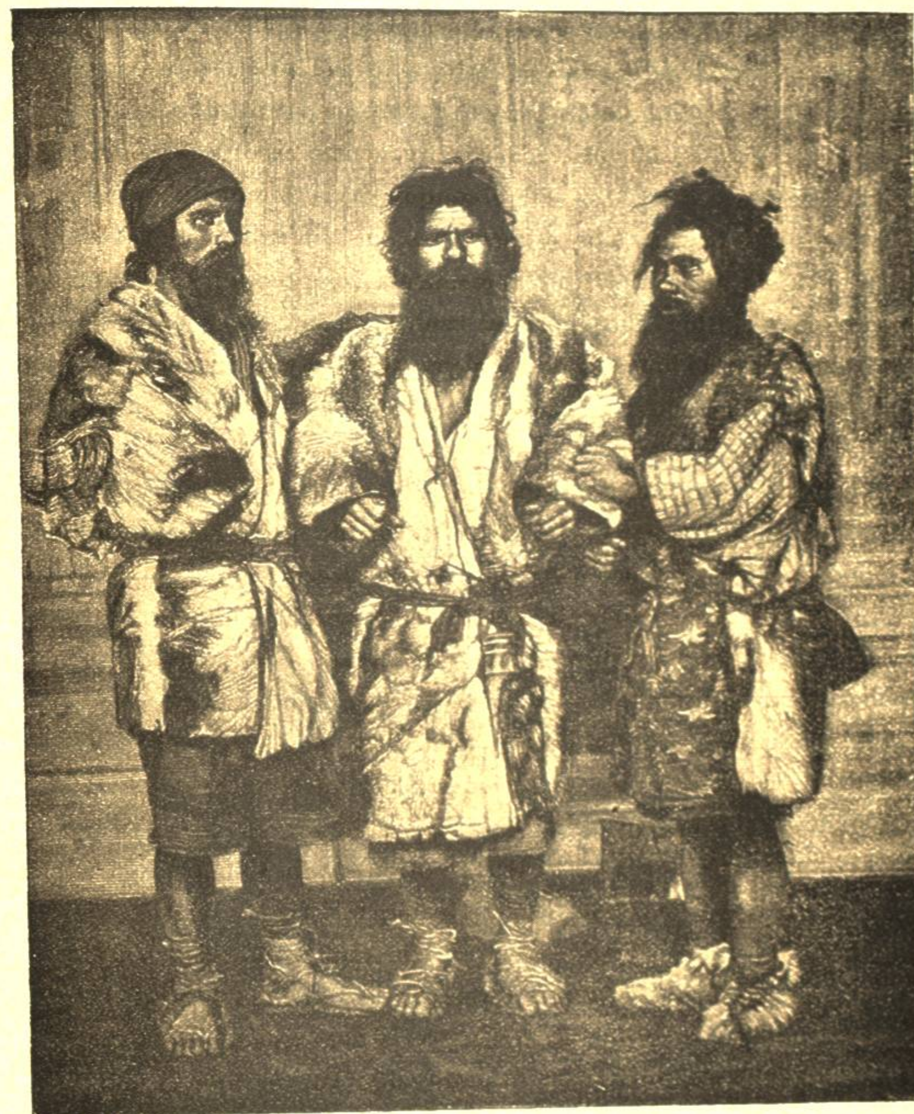
intelectual, aunque se haya hecho el silencio sobre los orígenes lejanos.

La península coreana, á la cual han dado los Chinos el nombre de Tchao-sien ó «Serenidad de la mañana», porque se halla, en efecto, á la «mañana», al oriente del imperio, atestigua por esta misma denominación su estado de independencia natural relativamente al Reino del medio. De la China han recibido los Coreanos la forma exterior y el fondo de su civilización, sus ciencias, sus industrias y sus artes: no podía ser de otro modo, en atención á los contornos y á la orientación de la comarca. La costa coreana se baña al Oeste en las amarillentas aguas del mar de China, y precisamente por ese lado la Corea presenta su vertiente de acceso fácil y por allí se abren las bahías más anchas y desembocan los ríos más caudalosos, que riegan las llanuras fértiles y populosas. El desarrollo total de las costas que miran hacia China, como para recibir sus efluvios, representa, con sus escotaduras, cerca de un millar de kilómetros, en tanto que del lado del Norte y del Este, el litoral abrupto, sin recortes profundos, describe una larga curva regular, como para rechazar el extranjero, no siendo hospitalaria hasta su extremidad meridional, separada del archipiélago del Japón por una estrecha manga. Por esta tierra avanzada se hicieron, durante el curso de la historia, los cambios pacíficos y las invasiones guerreras entre el continente y las islas japonesas.

Desde Carl Ritter se ha comparado frecuentemente Corea á Italia, y de hecho las dos penínsulas se parecen mucho. La superficie de una y otra es la misma á corta diferencia, y la disposición general del relieve presenta grandes analogías. Corea tiene su hemiciclo de los Alpes, pero un hemiciclo incompleto, en el Tai-pei-chañ ó «Gran montaña blanca»; posee también su arista de los Apeninos en los montes que se prolongan á lo largo de la costa oriental hasta los promontorios dirigidos hacia el Japón; por último, como Italia, Corea se divide en diversas provincias naturales, que fueron otros tantos Estados y conservaron mucho tiempo su autonomía. Pero si los dos cuerpos peninsulares son materialmente construídos sobre el mismo modelo, ¡cuán diferente fué su significación histórica, como consecuencia del gran contraste de las tierras! Todo depende del conjunto de las energías locales comparadas á las de las naciones que les rodean: del mismo modo que en la novela de Swift, el hombre,



TEMPLO DE KAMAKURA, CERCA DE YOKOHAMA



TIPOS AINOS De una fotografía.

Gulliver, es alternativamente el más débil ó el más fuerte de los seres, según se encuentre en medio de gigantes ó de enanos. En tanto que en el Mediterráneo, Italia se equilibra perfectamente en dimensiones y en importancia natural con las otras dos penínsulas del Este y del Oeste, Balkania é Iberia, y, gracias á su posición central en el mundo civilizado, hasta adquiere por muchos siglos una preponderancia política absoluta, no disputada aún por los bárbaros del Norte, Corea, la Italia del extremo Oriente, aprisionada

entre sus dos poderosas vecinas, ha debido casi siempre gravitar en su órbita y jamás se irguió en arrogante independencia. Además, los períodos de autonomía relativa, debidos á la rivalidad celosa de China y del Japón, se aprovecharon frecuentemente por las diversas provincias, deseosa cada una de reconquistar su personalidad política. Cuando Corea aparece por primera vez en la historia, unos dieciséis siglos antes de nuestra época, la península comprendía varios Estados distintos, uno de los cuales hacia el centro, se componía de «setenta y ocho reinos», y las influencias enemigas, al norte y al centro, la de China, al sud la del Japón, reinaban sobre las poblaciones de la península [1].

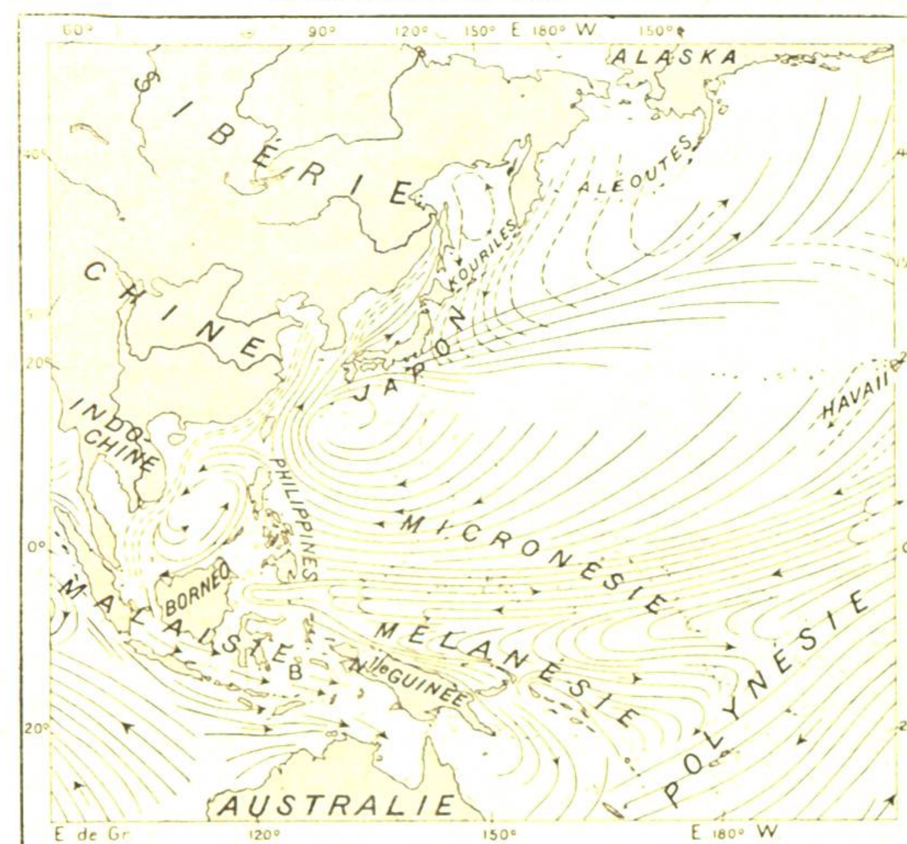
El nombre mismo del Japón, como el de Corea, atestigua su dependencia relativamente á China. Conocido primeramente de los Europeos bajo el nombre de Zipango, modificación del chino *erl pien kvuo*, que significa «Imperio del Sol Levante», indica claramente las islas situadas al oriente de la gran tierra. Esta posición determinaba de antemano las condiciones en que había de desenvolverse la civilización del archipiélago: el núcleo de origen no podía hallarse más que en la llanura de los aluviones acarreados por los dos grandes ríos chinos; sin embargo, la distancia por mar es bastante considerable, unos mil kilómetros entre la orilla de la China propiamente dicha y las costas meridionales de Kiu-siu, la isla que termina al Sud la miriada de las tierras japonesas. Estas, aunque destinadas á recibir de la poderosa nación vecina el fermento de actividad intelectual, permanecieron, no obstante, mucho tiempo aisladas en su mar de frecuentes brumas; no se hallaban en comunicación con el mundo civilizado del continente sino por el largo rodeo de la península de Corea y únicamente por su extremidad del Sud: todo el resto del archipiélago recurvaba su hemiciclo montuoso frente las costas salvajes de la Mandchuria, habitadas en todo tiempo por poblaciones de pescadores y de cazadores.

Las islas japonesas pertenecían también en los tiempos prehistóricos á tribus de costumbres muy primitivas; hasta se han encontrado en varios puntos restos de festines de antropófagos. Los Japoneses de diversas razas vivieron mucho tiempo en el salvajismo

[1] Pfitzmaier, *Nachrichten von denalten Bewohnern des heutigen Korea.*

primero, hasta el día, dice la leyenda, en que el famoso emperador chino Chi-Hoang-ti envió al archipiélago trescientas parejas jóvenes para coger allí la «flor de la inmortalidad» [1].

N.º 227. Corrientes del Pacífico Occidental.

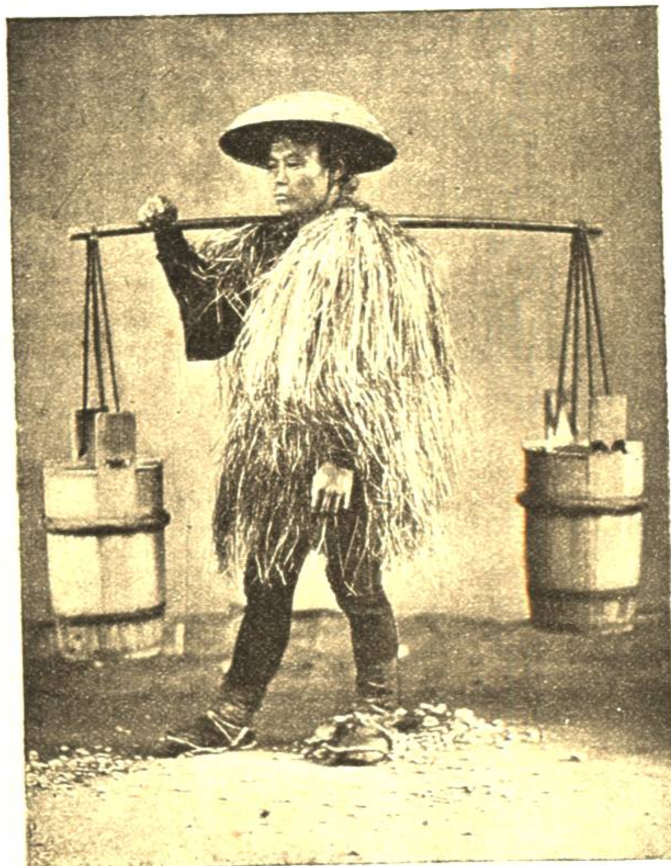


Las líneas de rasgos interrumpidos indican corrientes frías.

Entre las comarcas que pueden comunicarse con el archipiélago del Japón, China era la única que pudiera ayudarle á desarrollar la cultura intelectual y moral de la nación; pero los elementos étnicos cuya mezcla constituyó el pueblo japonés, vinieron de otra parte. Algunos antropólogos y geógrafos han emitido la hipó-

[1] Du Halde, *Description de la Chine*, 1735.

tesis que los habitantes del Nippon pertenecen en gran parte á la raza blanca [1], pero esta opinión no se apoya sobre ninguna prueba histórica, ni aun sobre ningún indicio. En realidad, los que la imaginaron parecen haber sido guiados por una idea preconcebida, la que sostiene que la iniciativa y el progreso intelectual son privilegios de la raza blanca, durante mucho tiempo designada por el término de aria. Los admirables progresos realizados recientemente por la nación japonesa no hubieran podido explicarse, piensan los autores indicados en su egoísmo de blancos, si esa nación hubiera tenido por origen alguna de las razas llamadas inferiores, como los Mongoles, los Malayos ó los Esquimales. Pero el caso es que esos diversos elementos están efectivamente representados en el pueblo japonés, cruzado hasta el infinito, como casi todos los otros pueblos de la Tierra. Los elementos humanos han sido mezclados por las conquistas, las emigraciones y los mil acontecimientos de la historia, como el agua del mar bajo la



CAMPESINO JAPONÉS

De una fotografía.

[1] Marton, Whitney, Müller, Vivien de Saint-Martin.

acción de la tempestad: el desenvolvimiento del archipiélago sobre una longitud de unos dos mil kilómetros de Norte á Sud, en medio de mares recorridos por diversas corrientes, facilita las inmigraciones de orígenes diferentes en la cadena insular.

Un elemento especial bien distinto es el de los Ainos, que pueblan todavía una parte de la isla septentrional y que se sabe habían ocupado en otro tiempo la gran isla central, Hondo, hasta la región más fértil del país donde se eleva la capital actual; pero el empuje constante de las poblaciones meridionales rechazó esos aborígenes hacia el estrecho de Tsugar. En muchos puntos fueron exterminados, pero casi en todas partes se sometieron sin combate, á causa de la inferioridad de sus armas y se fundieron poco á poco con los vencedores. Se reconoce en las provincias del Norte el cruzamiento de los dos tipos, y las mujeres principalmente, el elemento conservador por excelencia, representan todavía la nación desaparecida, por la forma de los rasgos aplanados, la abundancia y el corte de la cabellera, la pequeñez de los ojos y el espesor de los labios; en ellas puede verse bien el parentesco con los Esquimales de las Kou-



NOBLE JAPONÉS

De una fotografía.

riles y de las Aleutienas[1] y con las tribus cazadoras del continente vecino. Por lo demás, los Ainos se parecen también á los Europeos por el matiz de la piel, blanca bajo la capa de grasa, por la amplitud de la frente y la capacidad del encéfalo, evaluada en 1 470 centímetros cúbicos por término medio: por su inteligencia natural son iguales á los blancos de Europa, y la nación japonesa ha podido sacar de



NIÑOS JAPONESES

De una fotografía.

ese fondo primitivo la savia de su pensamiento. La mayor parte de los viajeros se admiran de la gran semejanza que los Ainos presentan con los mujiks más ó menos cruzados de la Gran Rusia. El traje, de telas fabricadas con corteza de árbol, se acerca también mucho al de los campesinos de Moscovia, y la suciedad de las aldeas añade un rasgo al carácter semi-ruso que presenta el conjunto: el olor que existe en las habitaciones ainas es tal, que se recomienda á los viajeros se aparten de esas viviendas.

Al elemento aino, que parece no haber tenido la mayor parte en la formación de la nación japonesa, se juntaron tribus de otro

[1] Rimsky Korsakof, Savage Landor.

origen. Primeramente los Yamatos, á los que se considera como los Japoneses por excelencia y que tenían en otro tiempo por territorio exclusivo todo el litoral del Pacífico, desde la bahía de Yedo hasta la punta meridional de Kiu-siu: ellos fueron los que acabaron por predominar sobre todos los otros contingentes, y su lengua, fuertemente asociada al Chino, ha llegado á ser la de todo el archipiélago.



CASA DE CAMPO EN YOKOHAMA

De una fotografía.

Se imagina que esos Yamatos descienden de los aborígenes ó primeros ocupantes, venidos del continente vecino, mucho antes que los Baks llegasen de Occidente y hubiesen modificado el equilibrio de las poblaciones orientales. Con frecuencia se aumentaron con grupos de emigrantes que habían seguido la misma vía que los primeramente llegados, Chinos, Mandchues y Coreanos. Éstos, que fueron los civilizadores de los Yamatos, penetraron muy frecuentemente en el archipiélago, unas veces como conquistadores, otras como colonos pacíficos. Los Kinasos, ó Yusus, que constituían antiguamente una población distinta sobre la costa occidental de la isla Kiu-siu y sobre

las orillas meridionales del Hondo, vueltas hacia la cuenca interior del mar japonés, eran seguramente inmigrantes de la Corea, y ocupaban de una á otra orilla. La alternativa regular de los monzones, que, en esos parajes, van de la Corea al Japón, y luego del Japón á la Corea, facilitaba la repoblación: durante el buen tiempo, los pescadores de aquellos mares ven siempre tierras ante sí, Kiu-siu, Tsu-sima y otras islas de menor extensión ó las puntas meridionales de la Corea.

Del lado del Sud y del Sudeste vinieron otros colonizadores durante el curso de las edades. El matiz perfectamente aceitunado de los Japoneses del Mediodía y de los insulares de Riu-kiu, parece atestiguar en favor de una fuerte mezcla de sangre malaya, y numerosos individuos de largos cabellos ondulados, hasta rizados, dan algún valor á la hipótesis según la cual los Alfurus de la isla Boeroe (Buru) y de las islas vecinas, lo mismo que los Melanesios, serían hermanos de raza en el archipiélago japonés. Por último, diversos antropólogos se inclinan mucho á creer que los Polinesios, esos maravillosos navegantes tan hábiles para servirse de sus embarcaciones «volantes» ó barcos de balancín insumergibles, se hallan también grandemente representados en el Japón [1]. El tipo aristocrático por excelencia del Nippon parece ser el de los Polinesios, y en efecto, en las llanuras vueltas hacia el Pacífico, especialmente en los alrededores de Tokio, se encuentran los principales representantes de esa facies notable. La corriente del gran Kurosivo, la «Corriente negra», que corre á lo largo de la costa oriental del Japón, fué la introductora de esos invasores venidos de las islas lejanas.

Cuantos estudian los dibujos japoneses se admiran del contraste que presentan los campesinos y los nobles, tales como los dibujan ó los pintan los artistas. Los campesinos, representados muy fielmente, tienen una forma de rostro que se aproxima mucho á la del Mongol: ancha, aplastada, de nariz poco saliente, de frente baja, de párpados dispuestos normalmente siguiendo una línea horizontal. Los nobles, por el contrario, son retratados de una manera completamente convencional y no se parecen sino de lejos á su verdadero

[1] Leon Metchnikof, *Empire Japonais*, Ginebra, 1881.

tipo, admitiendo que sea verdaderamente el de los Polinesios: se les da una figura oval y prolongada, nariz de curva aguileña muy pronunciada, boca casi imperceptible y ojos de una extraordinaria oblicuidad apuntando hacia la nariz en un ángulo más marcado que en ninguna otra raza humana. Los retratos de mujeres; pintados por los artistas japoneses de conformidad con el tipo consagrado, son los más notables á este respecto: parecen realmente en la mayor disconformidad con la Naturaleza. Mientras que en fotografías de mujeres japonesas la línea eje de los ojos se desvía de la horizontal en un ángulo de 2 á 7 grados — límite extremo, — el ángulo varía de 35 á 44 grados en los dibujos japoneses.

Ese empeño de los artistas del Nippon recuerda el de los escultores griegos que continuaban claramente la línea de la frente por la de la nariz, sin depresión intermedia. Cada escuela tiene su tipo, al que se ha convenido en conformarse escrupulosamente. Es indudable que los artistas de todos los países encuentran modelos en la Naturaleza, pero exageran los rasgos admirados por un sentimiento de reverencia hacia los dioses que imaginan ó los príncipes que glorifican. Por buenos observadores, por rápidos para tomar una fisonomía y hasta por fáciles para la jovial caricatura que fuesen los pintores japoneses, necesitaban hieratizar forzosamente en la reproducción de las formas cuando habían de reproducir las figuras de los personajes de familias nobles ó soberanas.

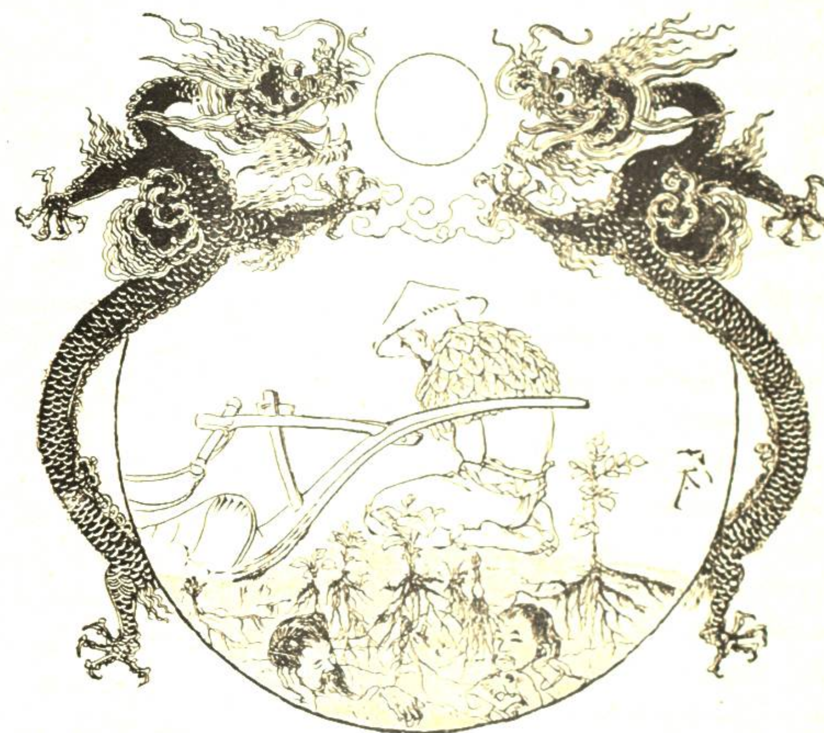
Aunque haciendo constar las diferencias de origen y de apariencia exterior que presentan los habitantes del vasto hemiciclo de las islas japonesas, se observa también que la población de los insulares no ofrece en su conjunto una diversidad de tipos superior á la de las naciones occidentales, unificadas por una larga duración de relaciones estrechas. La unidad del pueblo japonés se viene preparando hace muchos siglos, modelándola por decirlo así, sobre la naturaleza ambiente, para darle un carácter armónico con el de su medio. El Japón es una tierra privilegiada, y por eso mismo los Japoneses se han aprovechado de ello física y moralmente. El clima es templado, el suelo fértil, el alimento variado, la vida agradable en paisajes de belleza grandiosa ó encantadora. Á veces, no obstante, las escenas campestres se interrumpen bruscamente, hay volcanes que lanzan

nubes de cenizas sobre los campos, las llanuras tiemblan y se agrietan, el mar se precipita en fuertes mareas sobre las costas; á la dulzura y á la alegría natural de los indígenas suelen juntarse rasgos dè horror trágico: la historia del Japón está llena de dramas que atestiguan el pensamiento dominante de la muerte, presente siempre por las advertencias de la misma tierra, que tiembla y gime bajo los pasos de sus habitantes. Las bruscas sacudidas y las roturas del suelo contribuyen también ciertamente á la potencia del misticismo japonés, al fervor del culto tributado á los antepasados y á los espíritus.

Los Japoneses se alaban de la tenacidad con que observan las costumbres dejadas por los abuelos, aunque dándoles, conforme al progreso, una interpretación nueva. Si hemos de creer los anales legendarios, la actual dinastía imperial tendrá veinticinco siglos y medio de duración; la familia reinante desciende en línea recta de Lminu Tenno, el «divino conquistador», descendiente de los dioses creadores del mundo; ciento veintitrés emperadores se suponen sucedidos sin interregno de generación en generación, desde los tiempos prehistóricos, porque los nueve primeros siglos durante los cuales reinaron los «hijos del Sol», no son conocidos de una manera auténtica por ningún hecho preciso: de ellos no se cuentan más que prodigios. La historia propiamente dicha no comienza para el Japón sino dieciséis años antes de nuestra época, cuando la escritura china fué introducida en el país. El imperio romano estaba entonces en plena decadencia, y el mundo moderno occidental iba á constituirse con una religión nueva y con nuevos elementos. Las dos regiones extremas del Oriente y del Occidente se desarrollaban paralelamente, aunque sin relaciones directas la una con la otra; mas por mediación de China y por las lentas impulsiones que se producían desde la vertiente europea á la vertiente asiática, merced á las leyendas, á los rumores lejanos, á los cambios, á las emigraciones y retornos, á los desplazamientos de toda clase, las comunicaciones se hacían á pesar de todo, aunque en toda inconsciencia de los participantes, entre los ribereños del Atlántico y los insulares de los mares chinos.

Del mismo modo, al sud del Reino Florido, las regiones peninsulares del sudeste del Asia, tan bien denominadas «Indo-China» por Malte-Brun, han recibido su cultura á la vez del Norte y del

Oeste; inmigrantes, lenguajes y costumbres se han cruzado allí de mil maneras, dando origen á civilizaciones especiales; aparte de que la navegación de los Malayos y de los Arabes conservó constantemente en los puertos la vaga noción del mundo occidental: por contacto individual, los pueblos participan sin saberlo de las emociones comunes.



INDIA. — NOTICIA HISTÓRICA

No puede pretenderse la menor precisión en la historia hinda anteriormente á la época en que los Griegos de Alejandro atravesaron el Indo. Se coloca, pues, muy vagamente treinta siglos antes que nosotros el descenso de los Arios del Penjab y cinco ó seiscientos años después la formación de reinos en la llanura del Gangâ.

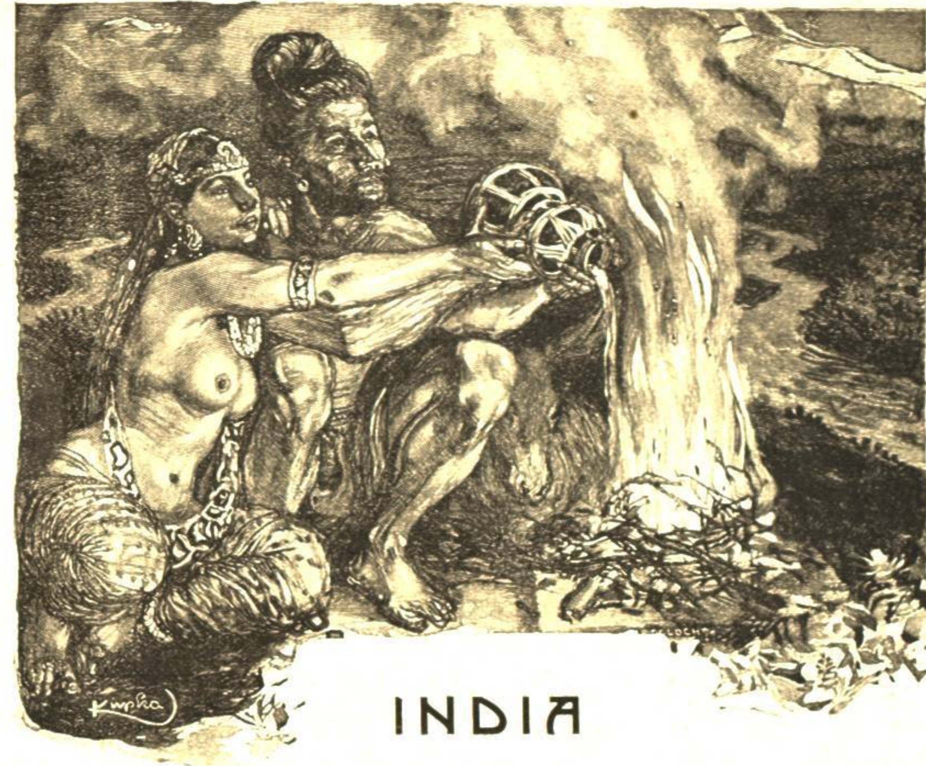
El Rig-veda fué compuesto en parte sobre la meseta irania; el Ramayana se recitaba, supónese, desde el siglo VIII antes de Jesucristo, en tanto que los otros tres Vedas (Sama, Yajus, Atharva), el Mahabharata y las leyes de Manu no se fijaron hasta más tarde, quizá en los primeros siglos de la era vulgar.

La fecha de la muerte de Buddha (Gautama, Siddarta, Çakya-Muni) se fija por unos en 543 del antiguo cómputo, — esa es la cifra adoptada para el principio de la era del Nirvana, — por otros entre los años — 482 y — 472.

Alejandro reside en el país de los Cinco ríos desde — 327 á — 325. Cincuenta años después, Açoka-Payadasi reina en Taxila; fué, antes de la época de los imperios mongoles, el único príncipe cuyo reino se extiende desde las orillas del Iaxartes hasta las costas de Ceylán.

Sin detenernos en la historia de los pequeños principados que se reparten después la India, citemos solamente algunas individualidades pacíficas:

Scylax de Caryanda, viajero.	principio del	v	siglo	antes de	la era	vulgar.
Ctesias, viajero	—	— IV	—	—	—	—
Panini, gramático	medio	— IV	—	—	—	—
Megasthenes, embajador.	fin	— IV	—	—	—	—
Kalidasa, autor de *Sakountala* y otros poemas, á 300 años próximamente .		III	—		—	—



INDIA

El solo nombre de la India basta para evocar todo un mundo de prodigios.

CAPÍTULO XII

India é Indias. — Ceylán. — Primeros habitantes.
Llegada de los Arios.—País de los Cinco Ríos.—Cantos Védicos.
Brahmanismo. — Vías y barreras.
Castas. — Aparición y absorción del Buddhismo.
Expedición de Alejandro. — Griegos en Asia.
Comunicaciones marítimas. — Expansión triunfal del Buddhismo.

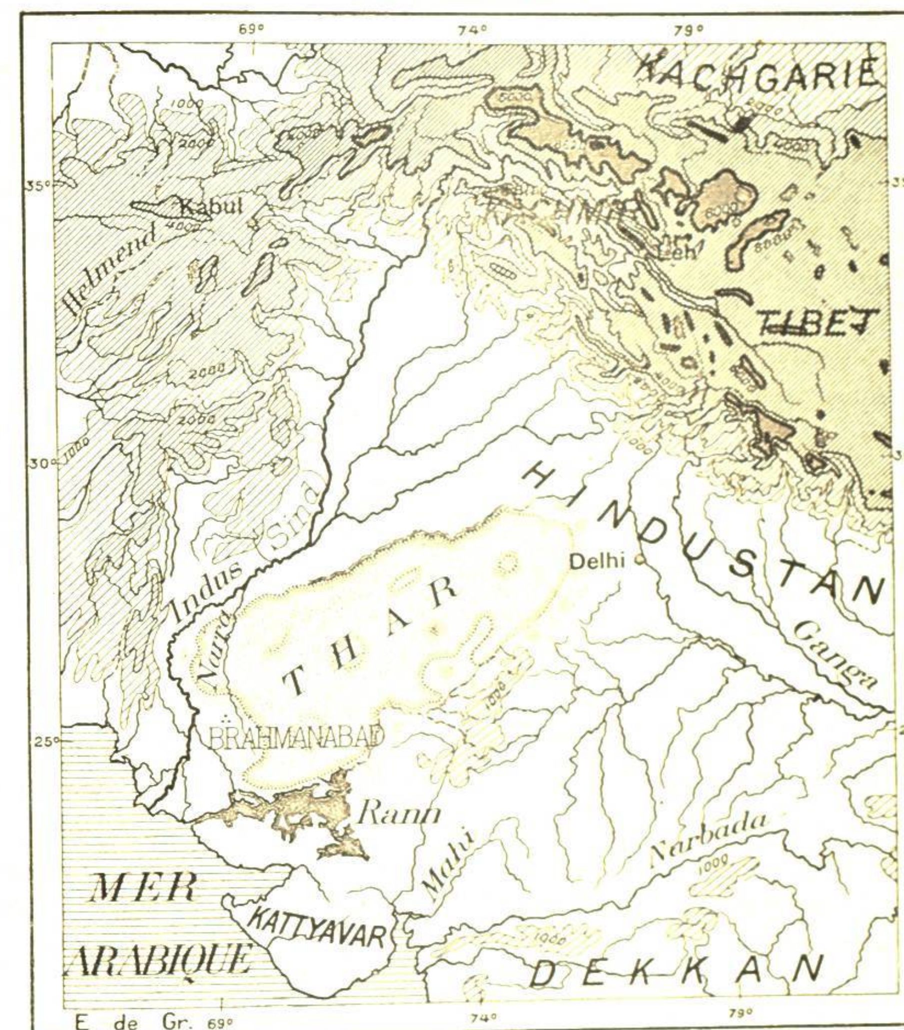
El nombre geográfico «India» ha cambiado singularmente de valor durante todo el período histórico. Primeramente no fué más que la denominación del río Sindhu — Hindu, — el Indo de nuestros días, que se aplicaba por extensión á las comarcas que riega esa poderosa corriente de agua; después, por aproximación y contacto á todas las tierras que se extienden al lado opuesto

hasta las costas del Océano Pacífico y á todas las islas esparcidas á lo lejos. Y ocurrió que hasta dos ó tres mil años después de haberse establecido comunicaciones directas entre las costas del Mediterráneo y las bocas del Indo, las palabras «India» é «Indios» se aplicaron á las islas, á los continentes y á los habitantes del Nuevo Mundo descubierto por los Españoles. De ese modo, todas las regiones situadas fuera de las partes de la Tierra conocidas por los antiguos Griegos fueron consideradas como «Indias», orientales y occidentales, continentales é insulares. La singular fortuna de este nombre geográfico que, bajo su forma primitiva, Sind, no designa más que el país del delta y un torrente, afluente del Djelam en la parte inferior de Srinagar, atestigua, más que ningún otro hecho, el sentimiento de admiración que provocaron entre los Occidentales los productos traídos del otro lado del Immaus, y el respeto misterioso que rodeó á los que traían el idioma y la civilización arios, establecidos, en los orígenes de la historia escrita, en las riberas del gran río.

La India, en su sentido restringido, se nos presenta de una manera perfectamente determinada y en un conjunto de bellísima unidad. Es una «expresión geográfica», como en otro tiempo lo fué Italia: la mar al Sud, y, al Norte, un prodigioso anfiteatro de cumbres, desplegándose desde el mar de Arabia hasta el golfo de Bengala; destacándola claramente del resto de Asia, hacen de ella una individualidad distinta de una extensión grandísima, cerca de cuatro millones de kilómetros cuadrados, si se le abarca en sus grandes contornos, sin tener en cuenta sitios precisos donde hayan de pasar los límites naturales y las regiones limítrofes ó insulares que han de considerarse como de su dependencia. El todo afecta una forma casi regular, compuesta de dos triángulos reunidos por su base, uno, el del Norte, que presenta su punta obtusa hacia los manantiales del Indo, entre los montes del Afghanistán y los de Kachmir; el otro, el del Sud, que dirige su promontorio agudo á las aguas del Océano Indico. Estos dos triángulos yuxtapuestos, bajo el aspecto de una gigantesca raya, corresponden exactamente á dos regiones naturales bien delimitadas. El triángulo septentrional está constituído por las dos cuencas del Indus y del Ganges de las grandes llanuras aluviales; es la región que, bajo la dominación del gran Mongol,

fué especialmente designada por el nombre de Hindostán. El triángulo meridional es una extensa meseta, el Dekkan, que limitan al

N.° 228. India primitiva.



1 : 15000000

0 250 500 1000 Kil.

Norte casi geométricamente la arista del Satpura y sus prolongaciones, al sud del río Narvada. La isla de Ceylán forma parte evidentemente de la India meridional, á la que le une una cadena de arrecifes, restos de un istmo antiguo. Asimismo, las cadenas de islas

que se continúan desde las Laquedivas á las Maldivas y á los bancos de Tchagos aparecen sobre un mapa de las profundidades marinas como un apéndice natural de la península hinda.

Entre las dos regiones tan distintas del Norte y del Sud, todo contrasta claramente, aspecto del suelo, geología, etnología é historia, y el mismo encadenamiento de las cosas induce á tratarlas separadamente.

Es probable que la India meridional, en las épocas prehistóricas, tuviese las poblaciones más activas y más adelantadas en cultura, gracias á sus puertos naturales, á las islas que dan variedad á sus contornos, á las facilidades de navegación que desde los tiempos más remotos le ponían en relación con los insulares de los archipiélagos malayos y con los indígenas de las costas árabes y africanas. La alternancia de los monzones, que regula de antemano el vaivén del comercio, invitaba á los ribereños del mar de las Indias á los descubrimientos lejanos, á las visitas de pueblo á pueblo y á los cambios regulares de productos y mercancías. El ritmo de los vientos y de las corrientes marinas medía las idas y venidas de los traficantes, prometiendo á las tripulaciones la vuelta á la patria después de cierto número de semanas ó de meses; para ello bastaba dejarse llevar por las olas, calculando cada día las probabilidades del viaje. Ese fenómeno regular del cambio de los vientos, debió de ser el mejor conocido por todos los habitantes del litoral desde las primeras edades humanas: su género de vida, sus costumbres, sus movimientos y hasta sus actos dependían de él. Un hecho tan dominador como el de las «estaciones» ó monzones sucesivos, cada uno con su corriente atmosférica distinta, no podía escapar á la observación de ninguno de aquellos que vivían conforme á ese ritmo de la Naturaleza, y el descubrimiento de Hippale, relativo á la libre navegación de fuera bajo el soplo de los monzones alternantes, no fué un descubrimiento más que para los Griegos, habituados á los viajes en el Mediterráneo, recorrido por vientos en apariencia caprichosos.

¡Cuán admirables debieron parecer á los Árabes y á los Somalis venidos de tierras áridas, limítrofes del desierto, aquellas hermosas riberas del Konkan y del Malabar, con sus blancas ciudades entrevistas á través de la frondosidad de los mangles y bajo las extendidas palmeras! Así referían sus maravillas con entusiasmo. Gracias á ellos,



VALLE DEL SIND, AFLUENTE DEL DJELAM, CERCA DE SRINAGAR

De una fotografía comunicada por la Sra. Massieu.

el nombre solo de India bastaba para evocar en el ánimo de sus oyentes todo un mundo de prodigios; entre los Occidentales esa palabra era sinónima de los tesoros infinitos procedentes de la Naturaleza y del arte: oro, perlas, marfiles, diamantes, ricos adornos de plumas y conchas, telas finas de algodón, de lana y de seda. Además, se atribuía á los magos de la India el poder de crear, por sus encantamientos, riquezas todavía más admirables. Entonces tenía la península india toda la grandeza y la poesía que el misterio añade á una realidad espléndida: todo lo que se sabía y todo lo que se imaginaba de la admirable comarca entretenía prestigiosas narraciones, y las fábulas aumentaban al infinito los prodigios referidos de pueblo en pueblo sobre los caminos de la historia; parecía que la India fuese un inmenso paraíso.

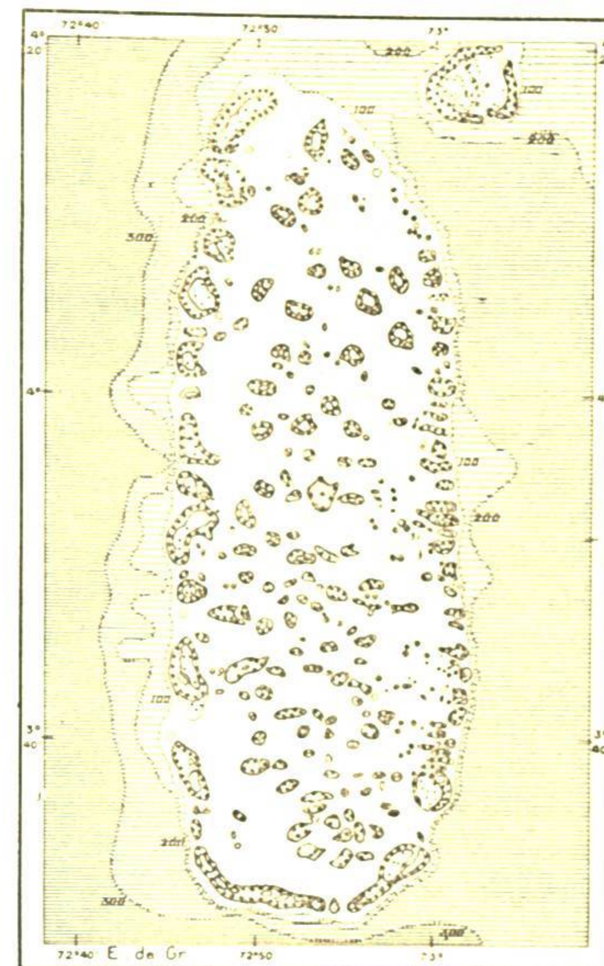
Más admirables aún que la península, debían aparecer á los marinos las islas del Sud, que son su dependencia natural, de un lado

las Maldivas, de otro la tierra de Ceylán. En muchos otros puntos de los mares tropicales se elevan islas coralígenas, formadas, como las Maldivas, de anillos de coral blanco que sobresalen de las aguas profundas y contienen en su interior un lago circular de agua tranquila; pero en ninguna parte esos atolls ó islas circulares se suceden en tan gran número y con tan constante regularidad. Los diecinueve archipiélagos, que ocupan ocho grados de latitud de Norte á Sud, forman juntos un anillo prolongado, y cada uno de ellos desarrolla por sí mismo sus tierras en anillos redondos ú ovales, compuestos de islas ó islotes igualmente anulares: el mismo tipo de atoll se reproduce al infinito. «Doce mil», tal es el número de islas de que el sultán de las Maldivas se atribuye orgullosamente la posesión; pero los marinos, que las han contado, hallan muchas más todavía, cuarenta mil á lo menos, construídas todas del mismo modo que los políperos y elevando uniformemente su cintura de arrecifes á dos metros sobre el nivel del mar: en todas partes los mismos cocoteros se inclinan sobre la línea infinita de las rompientes, y las mismas conchas rellenan las anfractuosidades de la roca calcárea y cubren las arenas de la orilla. Temíanse aquellas islas que surgen bruscamente del abismo oceánico, pero desde hace miles de años, mucho antes que el oro y la plata sirvieran de medio de cambio, los marinos venían á recoger sobre las playas de las Maldivas las blancas porcelanas ó *cauri*, que fueron la moneda universal sobre todas las costas del mar de las Indias y que, recientemente todavía, la moneda complementaria indispensable sobre los mercados del Africa, hasta en las cuencas del Níger y del Senegal.

Ceylán, la gran isla que, á lo menos en apariencia, está separada del continente, le resume por la belleza de sus formas: es una segunda India, ya bastante extensa, pero presentando en pequeño todos los esplendores de la tierra vecina. El imponente macizo de montañas que le domina al Sud semeja á los grupos de montes casi insulares del mediodía de la península; pero ha llegado á ser con mucho el más famoso, gracias á una de sus cumbres, no la más elevada, que tiene sobre la redondez de la cima, en medio de los ramilletes de altos rododendrons, la huella de un pie, el de Adán, el primer hombre, dicen los cristianos y los mahometanos; el de Budha ó de

un dios, piensan las gentes de los antiguos cultos, y no sólo entre los devotos, sino también entre los adoradores de la fortuna se ha hecho célebre aquella altura á causa de su riqueza en piedras preciosas, granates, zafiros, topacios y rubíes; al sud de la montaña, la playa ondulada de Ratnapura ó «Ciudad de los Rubíes» está formada del polvo de las gemmas rotas por las olas. Hacia el norte de la isla, en la colina á cuyo pie se extendía la ciudad capital de Anaradjapura, existía en otro tiempo un templo, dice la leyenda, que terminaba por un carbunclo color de fuego que iluminaba el espacio como un faro. Otras narraciones nos hablan de un prodigioso imán hacia el cual eran atraídos los barcos por fuerza á través de las olas del Océano: este imán es la isla misma, la admirable tierra de los cristales y de las perlas.

N.º 229. Ari. Atoll de las Maldivas.



1 : 800 000

0 10 20 40 Kil.

Las cifras indican las profundidades en metros.

Pero la belleza de Ceylán consiste principalmente en su vegetación maravillosa, comparable á la de Java y de Borneo. Uno de los sitios más admirables y más admirados del mundo es el jardín fron-

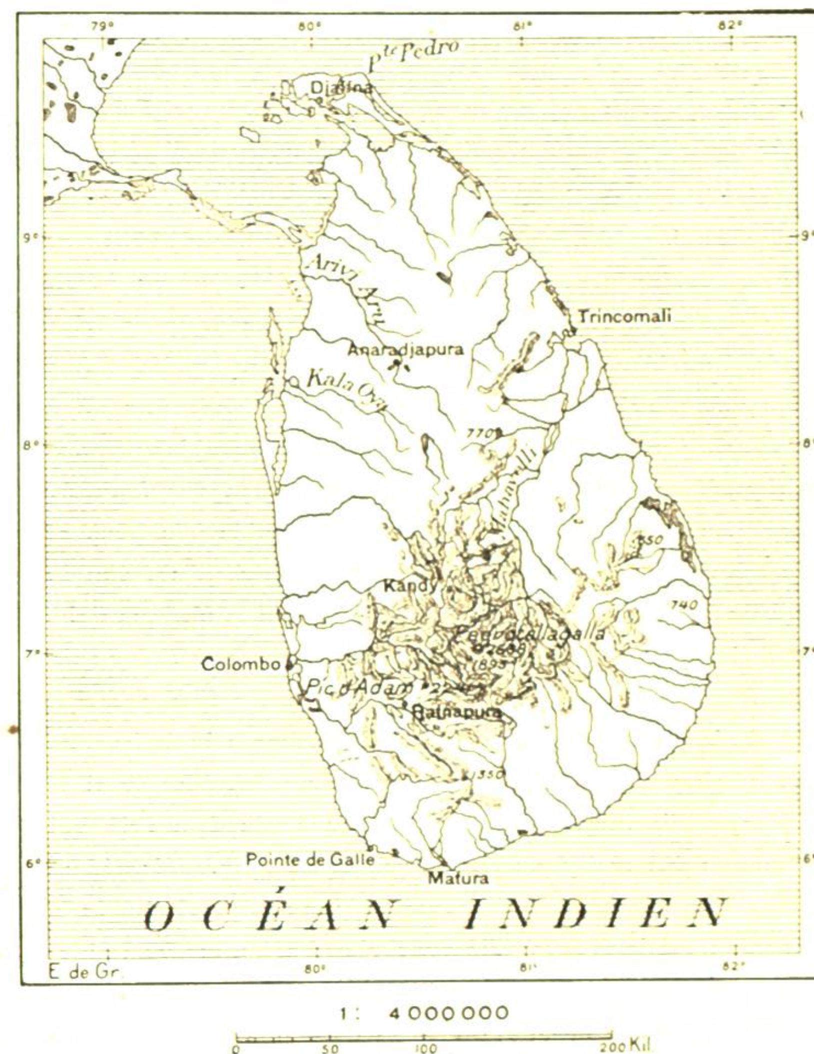
doso de 200 kilómetros de longitud que se despliega sobre la curva sud-occidental de la isla entre Colombo, la capital, y Matura, la ciudad situada á la extremidad terminal de Ceylán. Miles de cocoteros elevan su ramaje sobre bajas plantas aromáticas y floridas; otros palmerales contrastan con los cocoteros, entremezclando sus hojas, y entre ellos el maravilloso talipot *(Corypha umbraculifera)*, cuya flor, admirada de todos, suele desarrollar á los cincuenta años de existencia de la planta, su estipe de diez á doce metros de longitud con millones de florecillas. ¡Y cuántas otras flores no menos bellas! ¡Cuántas ramas, bejucos y enredaderas entrelazadas, á través de los cuales se ven las azuladas vertientes de las montañas! ¡Cuántas frutas deliciosas inclinan el ramaje de los árboles, ofreciendo el sustento á los hombres vestidos de ropas talares, que se pasean con lentitud por las arboledas, conversando graciosamente! La Naturaleza es allí admirablemente bella y los hombres que habitan aquel país parecen imitarle. «Ninguna comarca del mundo da impresión más profunda de la felicidad»[1], y ninguna, como lo atestiguan las leyendas antiguas, ejerció mayor atracción sobre los visitantes extranjeros. He ahí por qué, desde la más remota antigüedad, adquirió la isla de Ceylán una importancia de primer orden: la población era de una densidad extrema, como lo atestiguan las prodigiosas ruinas de las ciudades actualmente cubiertas por la maleza.

En la imaginación de los pueblos lejanos, deslumbrados por las relaciones que se les hacía de la maravillosa tierra, la isla de Taprobana ó Tamraparni, «Resplandeciente como el cobre», era amplificada de una manera desmesurada. Se la consideraba como diez ó veinte veces mayor de lo que es en realidad: el mapa de Claudio Ptolomeo la presenta tal como se la imaginaba; era la India por excelencia. ¿Fué un centro de emigración? Indudablemente, puesto que toda civilización produce una irradiación de fuerza. Un autor, A. de Paniagua, trata de probar en los *Tiempos heroicos*, que la Dravidia, comprendido Ceylán, fué, por sus mercaderes pacíficos, la gran educadora del mundo, hasta en la Europa occidental, en una época anterior á la invasión aria.

[1] Ernest Haeckel, *Lettres d'un Voyageur dans l'Inde*, Paris, 1884.

Por famosa que fuese en las leyendas y narraciones de viajes, en las épocas lejanas de la protohistoria era una rara aventura haber podido visitar la isla «resplandeciente». Los viajes se hacían con lentitud y los accidentes de todas clases les interrumpían con fre-

N.° 230. Isla de Ceylán.



cuencia: el mercader que veía perderse á lo lejos las playas de su país apenas sentía en el fondo de su corazón más que una vaga esperanza de volver á verlas. Varaduras sobre los arrecifes; largas estancias sobre bancos de arena donde el náufrago sólo se alimen-

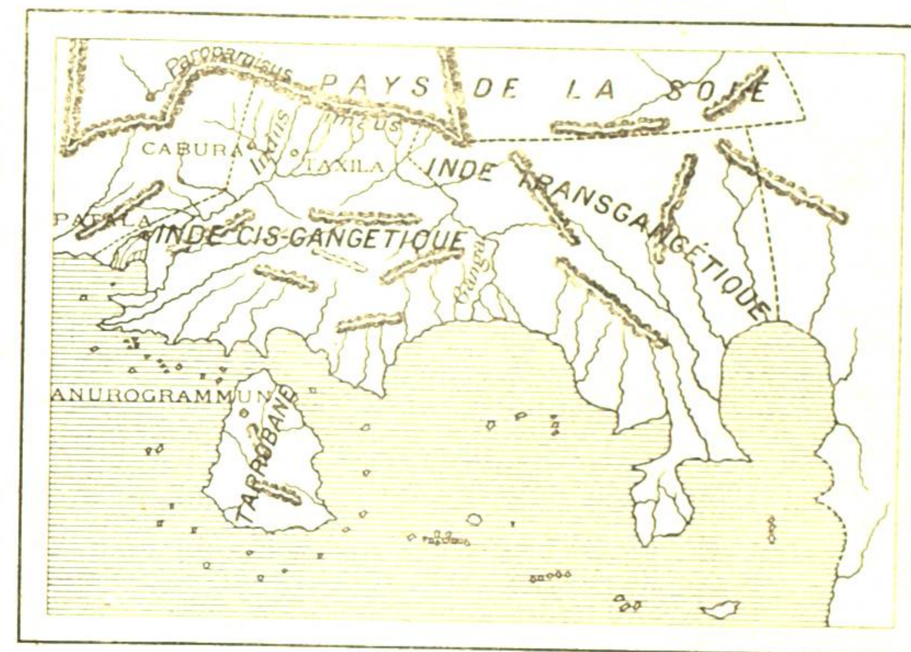
taba de cangrejos, conchas y algún fruto casualmente traído por las olas; abordaje en países desconocidos poblados por antropófagos, largos cautiverios, tormentos, sufrimiento de todas las miserias, práctica de todos los oficios, batallas con piratas ó marineros enemigos, alternaban con los hallazgos felices, con los sucesos extraordinariamente afortunados y los deslumbradores espectáculos de los mundos lejanos: de ahí esa mezcla de admiración y de terror que presentan los relatos de los primeros navegantes que se aventuraban sobre los mares índicos. Hasta el fin de la Edad Media nos hablan los geógrafos de las Laquedivas, la cortina de islas avanzadas que defienden en alta mar la gran Ceylán, como de unas tierras que viven á la manera de las plantas y recorren todos los estadíos de la vida orgánica: nacimiento, crecimiento, vejez y descomposición. «Cuando los habitantes se dan cuenta de la inseguridad del suelo que les sostiene, eligen una isla joven que vaya creciendo para trasladar á ella sus cocoteros, sus cultivos y sus utensilios para establecer en ella sus viviendas»[1]. Las *Mil y una Noches* reproducen las fábulas y las impresiones de los navegantes bajo una forma relativamente muy moderna, pero las narraciones primitivas repetidas de boca en boca, datan ciertamente de muchos miles de años, y quizá, con los proverbios y los cuentos, fueron la obra literaria más antigua del mundo, muy anterior á los Vedas y á las Biblias.

Un conjunto tan extenso de comarcas como la India meridional con sus dependencias insulares, hubo de recibir, durante el curso de las edades, poblaciones muy diferentes unas de otras: la naturaleza del suelo, su relieve y su clima así lo exigían. Considerando la reunión del vasto triángulo de mesetas y montañas, limitado al Norte por las llanuras sindo-gangéticas, se observa que se compone de dos vertientes opuestas, una pendiente rápida, hasta brusca en ciertos puntos, que domina el mar de Arabia, y una contra-pendiente de lento declive, casi insensible, que desciende al golfo de Bengala. La distribución de los pueblos en el gran territorio se hizo naturalmente en conformidad con esta disposición geográfica. Las tribus aborí-

[1] Albirouny; Jos. T. Reinaud, *Relations des Voyages des Arabes*, t. I, Paris, 1845.

genes se conservaron en islotes en los macizos escarpados de montañas que dominan la meseta ó en las profundidades de los bosques, donde les era más fácil resistir las invasiones; las naciones cultas que disponían de medios considerables para la extensión de su poder, se establecieron sobre las partes regularmente inclinadas de la meseta, en tanto que los puertos de la costa occidental y la estrecha faja

N.º 231. Territorio índico, según Claudio Ptolomeo.



Anurogrammun es actualmente Anaradjapura, Cabura es Kabul, Patala se piensa que es Haiderabad, las ruinas de Taxila todavía son visibles.

á que dan acceso, recibieron los extranjeros de toda procedencia conducidos desde lejanos países por el soplo de los monzones.

En la época en que comienza la historia para las comarcas de la India meridional y de Ceylán, las tribus indígenas que tenían un carácter distinto eran seguramente más numerosas que en nuestros días, después de tres mil años de evolución que contribuyeron al trabajo de asimilación y de unidad. Es, pues, probable que, á pesar de las repulsiones y apartamientos producidos por las colonizaciones y las conquistas, las tribus todavía rebeldes á las costumbres de sus vecinas, las grandes naciones de la India, ocupen las mismas

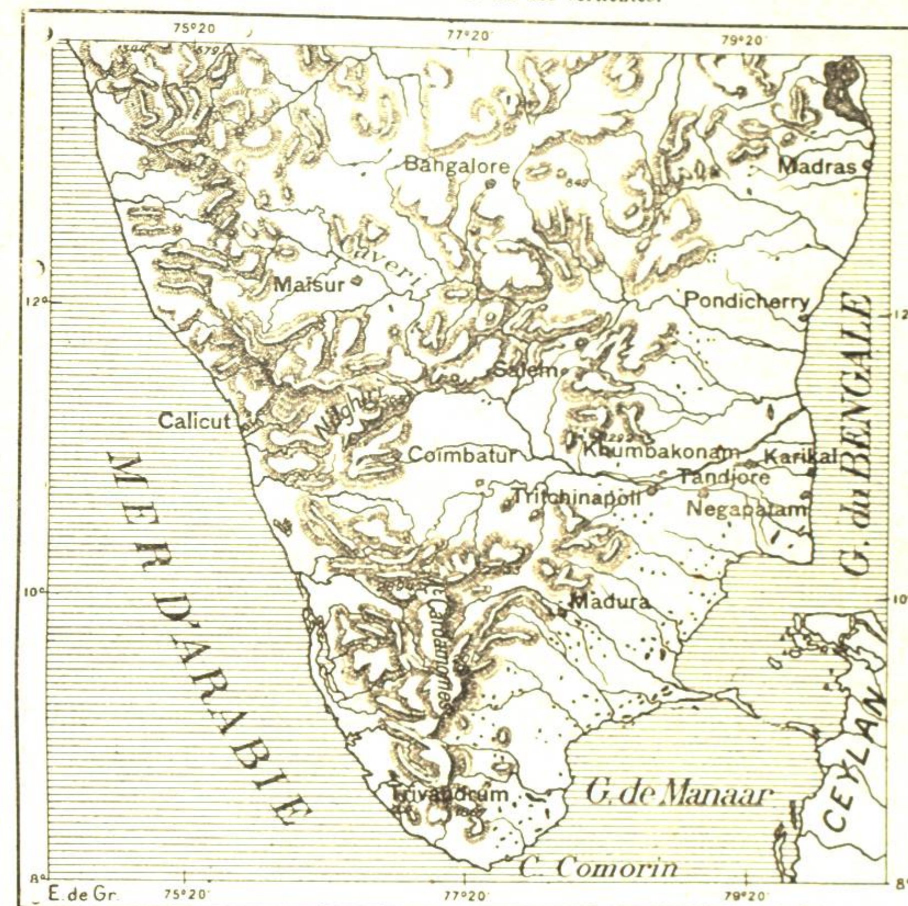
regiones que sus antepasados: el territorio se ha estrechado, pero las condiciones del medio, que ahora les permiten defenderse, protegían tanto mejor esas tribus cuanto mayor era su fuerza numérica. Las tradiciones locales atestiguan la antigua extensión de pueblos, antes poderosos, y reducidos en el día al estado de *pariah* ó de fugitivos. Pero la sangre de esas poblaciones, cuyo nombre resuena cada vez más débilmente y cuya importancia histórica fué muy mínima, no deja de correr por las venas de los Hindos actuales, designados por denominaciones diferentes.

La mayor parte de las tribus de la India central y meridional, comprendidas en nuestros días por los Ingleses bajo el nombre colectivo de *Hillmen* «gentes de los montes», parecen pertenecer á una antigua raza rechazada á las alturas por las grandes naciones conquistadoras de los Dravidianos y de los Arios. Una de esas tribus, los Kohls del Orissa, ha sido escogida como tipo de todos los congéneres, que se designa bajo el nombre de Kohlarianos. Hablan lenguas aglutinantes, sin otra relación con los idiomas de las razas dominantes que el uso de palabras que se han introducido para nuevas necesidades, y los etnólogos que penetran entre ellos encuentran allí todavía notables ejemplos de los tiempos primitivos.

En primer lugar el aspecto de las poblaciones. En muchos puntos el sendero tortuoso no conduce directamente á los grupos de viviendas. Vigilado por torrecillas de acecho, por andamiajes donde existen centinelas, se dobla y se curva de modo extraño, á fin de que el enemigo, si se presenta, se halle expuesto á las flechas y á las javalinas de los indígenas: de ese mismo modo todavía el genio militar de la actualidad hace describir las curvas más extravagantes á los caminos y vías férreas que atraviesan ó circundan las plazas fuertes. Por lo demás, para esos desgraciados primitivos, amenazados por un peligro incesante, el mayor cuidado, el de todos los instantes, es el de la defensa; pero cuando el extranjero sin mala intención ha franqueado los obstáculos de troncos de árboles, de malezas espinosas y las trampas que guardan la entrada de una villa, es acogido como un hermano en la «larga casa» que sombrea el *(Ficus Indica)*, el *(Shorea robusta)*, ó cualquier otro árbol sagrado.

Entre esas tribus que tan penosamente conservan su existencia distinta en medio de las naciones dominantes de la India, las hay, como los Djangalis ó «Silvestres» de los ríos altos, los Brahmanis

N.º 232. Contraste de las dos vertientes.



Madras es actualmente una ciudad de cerca de 500 000 habitantes, las aglomeraciones de Bangalore y de Pondicherry cuentan cada una cerca de 150 000, las otras ciudades indicadas tienen una población que excede de 50 000 ó les falta poco para llegar á ese número.

y los Baitaranis, que todavía no se han elevado en la industria hasta la fabricación de cacharros ni de telas, ni tampoco conocen el uso del hierro [1]. Las viejas religiones animistas y chthonicas domi-

[1] Dalton, *Ethnology of Bengal.*

nan todavía en esas poblaciones salvajes, «hijas del suelo», conscientes de haber sido los primeros ocupantes de la comarca y de celebrar en ella siempre los antiguos ritos. Los Kohlarianos no tienen templos, ni aun altares rústicos: invocan los primeros dioses, el sol, padre de los hombres, la luna, el mar, los ríos, las rocas y los árboles, la gran serpiente primitiva símbolo de la tierra, sobre todo el tigre, comedor de hombres, y las almas de los muertos. Los Kharrias del Singhbuhm, en el ángulo nor-oriental de la meseta, derraman la sangre de sus víctimas — hombres antiguamente — en un hormiguero.

En parte alguna se cumplía la espantosa ceremonia de los sacrificios de una manera más terrible que entre los Khonds del Bustar y del Orissa, poseídos todavía de terror infantil ante los dioses malos. Por medio de chalanes que recorrían toda la comarca, compraban hombres, niños y principalmente muchachas, destinados á ser *meriah* ó mediadores entre la Tierra y el pobre pueblo que procura sacar de ella el pan para su sustento. Se acogía bien aquellas futuras víctimas: se les cuidaba con esmero, se les proporcionaba padres, mujer ó marido; se procuraba hacerles dichosos por todos los medios posibles, porque todo sacrificio, para ser valedero, ha de ser voluntario, y con frecuencia lo era en efecto, tanto influye una voluntad colectiva para determinar los impulsos individuales. Algunos meriah, fanatizados por la idea de fecundar la Tierra que necesitaba su sangre, de atraer el favor de los dioses hacia la tribu que les amaba, se entregaban con alegría al cuchillo de los sacerdotes, ó al menos con una apariencia de alegría dictada por el punto de honor; pero ordinariamente los victimarios lograban simular el consentimiento de la víctima por medio de una droga que le privaba de sensibilidad. Según las tribus y las modas, — porque también la moda se introdujo en esas feroces costumbres, — los suplicios variaban de forma y de refinamiento; pero cualquiera que fuese el procedimiento, ya fuese el degüello ó la decapitación, la tierra abierta absorbía el líquido caliente y humeante, y todos los espectadores se precipitaban sobre el cuerpo palpitante para cortar con el puñal ó desgarrar con las uñas ó los dientes un pedazo de carne, que se enterraba en seguida en los campos para



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

CABAÑA DE TODAS, MONTAÑAS AZULES (NILGHIRI)

Los individuos de la tribu de los Todas, casi ya extinguida, llevan la amplia sábana que el gobierno indiano les impuso en 1870 [1].

asegurar una cosecha abundante, ó bajo el suelo del hogar para obtener la prosperidad de la familia [2].

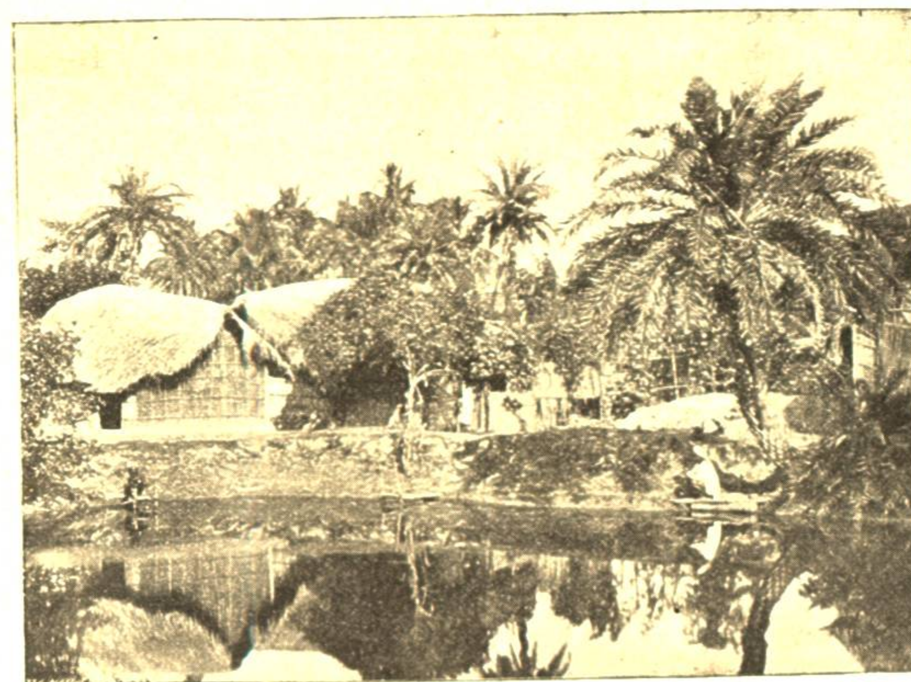
Las tribus rechazadas á las montañas y los bosques, que, por temor y horror al extranjero, han logrado mantenerse en el aislamiento más completo, llegan á vivir casi fuera de toda evolución y conservarse semejantes á sus abuelos durante miles de años, encontrándose, por decirlo así, enquistadas en el organismo general de las naciones vivientes. Había tribu de las montañas, entre los Santal y los Oraón, que evitaba por todos los medios posibles encontrarse con los hombres de las razas civilizadas y hasta verlos. «La vista de un Hindu, dice uno de sus proverbios, es más espantosa que la de una serpiente ó de una pantera» (Hunter). Antes los

[1] Elie Reclus, *Les Primitifs*, p. 311.
[2] Elie Reclus, *Les Primitifs*, ps. 357 y sig., según Arbuthnot, Macpherson, Dalton, etc.

Veddah de los bosques orientales de Ceylan hasta evitaban ser vistos por los mismos extranjeros con quienes traficaban. Cuando esos mercaderes se habían anunciado al son del cuerno ó del tambor en la proximidad de un campamento de Veddah, éstos preparaban la pacotilla de objetos y la depositaban durante la noche á la entrada del bosque; á la noche siguiente volvían á buscar los productos que habían pedido por medio de algunos extraños signos que constituían su escritura. Puede dudarse en verdad que los Veddah sean, como antes se imaginaba, verdaderos primitivos no salidos aún de la ignorancia rudimentaria; quizá haya de considerárseles más bien como inmigrantes degenerados que hayan olvidado sus antiguos oficios y ni siquiera sepan construirse cabañas, tejer telas ni cocer la arcilla al fuego. Según la mayoría de los antropólogos y aun los mismos Cinghaleses, esta última opinión es la verdadera: los insulares dicen que los Veddah pertenecieron en otro tiempo como «Hijos de reyes» á una casta superior. Quatrefages [1] ve en ellos los descendientes de los Negritos cruzados con unos conquistadores de raza aria. Ollivier Beauregard cree que los Veddah son el resto de una antigua colonia malaya que, después de haberse mezclado con los indígenas dravidianos y haber aprendido su lengua, fué gradualmente rechazada á los bosques por los invasores arios, y habrían conservado su amor inveterado al comercio por su herencia malaya.

Como quiera que sea, el estudio de los primeros anales de la India nos lleva á un período de la historia durante el cual las poblaciones de la península no eran menos diversas que lo son en la actualidad y hasta lo eran más. Aparte de las tribus salvajes y de las hordas degeneradas que se habían retirado á una ciudadela de montañas ó á la espesura de los bosques, las razas civilizadas tenían también sus representantes. Casi todos los tipos humanos se encuentran en la India meridional: hay indígenas que parecen Negros, Australianos, Malayos ó Judíos portugueses ó polacos: del negro al blanco se observan todos los matices de la piel. Pero, á juzgar por los idiomas, la gran masa de la población parece componerse de naciones parientes las unas de las otras á las cuales se

[1] *Introduction à l'Etude des Races Humaines*, ps. 347 á 349.



Cl. Frish's.

ALDEA HINDU, CERCA DE CALCUTA

ha dado el nombre de Dravidianos ó Dravirios. Los antropólogos se hallan generalmente de acuerdo en decir que no ha de verse en ellos aborígenes de la Península, y que emigraron de las comarcas del Noroeste, como lo hicieron después de ellos los Arios; se unirían á los Brahui del Balutchistan, pero en los tiempos de la protohistoria hindu estaban ya establecidos mucho tiempo antes en las provincias del Sud, rodeando como un mar los islotes de los kohlarianos y otros vencidos. Es probable que antes de las invasiones arias, los Dravidianos más poderosos fueran aquellos cuyos descendientes hablan el telugu, «el italiano de la India», en el Maisur y el Coromandel, y que poseen la más rica literatura de la India meridional en canciones, cuentos y proverbios; son aquellos á quien los misioneros católicos dieron en los primeros tiempos el nombre colectivo de Gentoux, como si fueran los «gentiles» ó paganos por excelencia. El estudio de su lengua ha probado á los historiadores que mucho antes de la acción modificadora del sanscrito, el telugu poseía un vocabulario riquísimo en términos relativos á las indus-

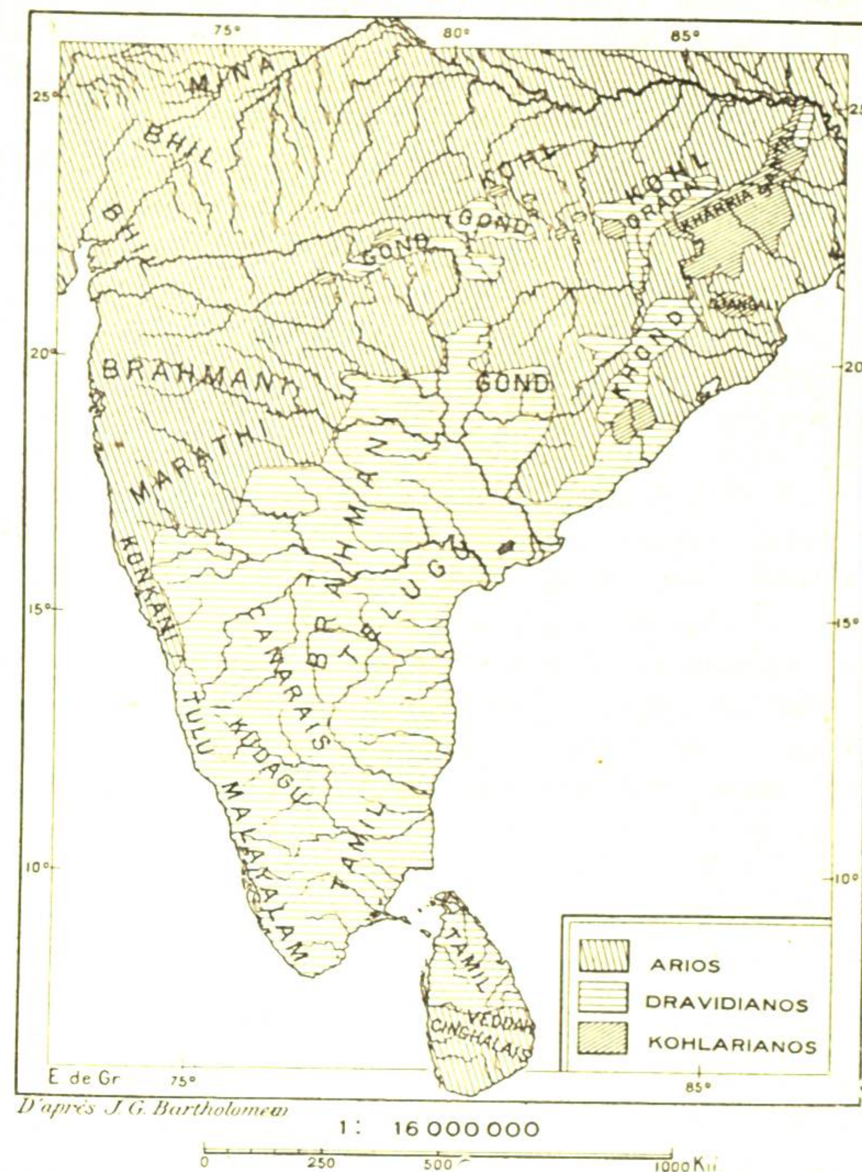
trias. Muy civilizados ya, los Dravidianos sabían tornear y cocer las ollas de arcilla, tejer y teñir las telas, construir barcas y aun naves con puente, emplear los metales, á excepción del estaño, del zinc y del plomo, edificar ciudadelas y templos, trazar caracteres sobre hojas de palma [1]. Tengan ó no sangre de negrito en sus venas, como piensa Quatrefages, ó que se les considere emparentados con razas asiáticas, los Dravidianos no dejan de pertenecer hace miles de años al conjunto de los pueblos civilizados, y por las invasiones arias que se produjeron algunos siglos antes de las primeras edades de la historia escrita, se unen indirectamente á todos los pueblos que los cruzamientos de lenguajes han asociado á los Indo-Europeos.

La India del norte, especialmente la alta cuenca del Indus, unida estrechamente al mundo del Irán y de Europa por las afinidades de lengua y de civilización, entró antes que la India del sud en el círculo de la historia escrita, y, por consecuencia, se ha atraído de tal modo la atención de los escritores, que frecuentemente se le ha considerado como representando históricamente la India en su conjunto. El Veda, es decir, la recopilación de cantos y oraciones de los emigrantes establecidos en el ángulo nor-occidental de la India actual, el Veda, «es un sol central cuyos rayos iluminan los orígenes de la vida hindu: Persas en Oriente, Arios-Helenos en Occidente, Slavos-Germanos al Noroeste y Turanios al Nordeste» [2]. ¡Pero qué estrecho es aquel territorio en que brilla ese sol en el nacimiento de nuestro mundo de civilización! No hay un solo pasaje de los 1028 himnos védicos por el cual pueda inferirse que los autores habian tenido el menor conocimiento de las bocas del Indus; sólo mencionan los «Siete ríos», altos afluyentes del río, el Satledj, el Gangâ y el Djamna. Hace, pues, tres mil setecientos años, fecha probable del establecimiento del canon de los Vedas, que los inmigrantes iranios ocupan sólidamente el noroeste de la península gangética; pero en aquella época no se habían desbordado todavía en las otras provincias [3].

[1] Julien Vinson.
[2] Hermann Brunnhofer, *Vom Aral bis zur Gangâ*, p. xxv.
[3] *Ibid.*, p. x.

Las cronologías mitológicas de los Brahmanes dividen en cuatro edades la serie de los tiempos que, siguiendo la perspectiva natural

N° 233. Lenguajes del Dekkan.



Algunas tribus, los Bhils entre otras, que hablan actualmente una lengua aria, son consideradas como de origen dravidiano.

de todas las civilizaciones anteriores á la nuestra, se supone que han degenerado gradualmente. En la primera edad, que corresponde

á la «edad de oro» de los autores griegos, el hombre era más virtuoso, más feliz y gozaba más tiempo de la existencia; en la segunda, la vida se acorta, el vicio y la infelicidad hacen al mismo tiempo su aparición; en la tercera hace grandes progresos la corrupción física y moral; por último, en la cuarta, que es el período actual, el mal ha triunfado de tal modo que las gentes buenas se han visto obligadas á retirarse del mundo. Por ser así no se toman la molestia de narrar los acontecimientos, demasiado humillantes para la dignidad del sabio, limitándose á indicarnos la fecha inicial: según los Brahmanes, que se han entregado á estas especulaciones, nuestra edad cuenta ya unos cincuenta siglos [1], lo que probablemente querrá decir que los más antiguos escritores de la India hacían remontar hasta esa fecha, comparable á las de la cronología bíblica, acontecimientos posteriores á la venida de los inmigrantes iranios.

¿De dónde venían esos cantores de himnos védicos, en tan íntima comunión de genio con los Iranios del Oeste? Los caminos están trazados por los valles y collados á través de las grandes montañas del Asia central. El aspecto del mapa muestra de una manera evidente cómo la colonización aria referida por el *Vendidad*, capítulo del *Avesta* de los Iranios, debió hacerse sobre todo del norte al sud del Paropamisus, por la gran brecha por donde pasa el río de Herat, entre la Arachosia y la Margiana; pero otros caminos más directos habían sido facilitados por la Naturaleza al este de ese gran corredor de comunicación: los diversos collados del Hindu-Kuch, que permiten dirigirse directamente desde los altos valles de la cuenca del Oxus hasta las de los afluentes superiores del Indus, ofrecían hartas ventajas á los pueblos emigrantes para que no procuraran aprovecharse de ellas, y, en efecto, las dos vertientes de los montes presentan en esta región del diafragma del Asia poblaciones arias de tipo muy caracterizado, unas sólidamente agrupadas, otras dispersas entre tribus de distinto origen.

Uno de esos pasos de los montes, el collado de Bamián, tuvo tanta importancia en la antigüedad, que se le puede considerar como un punto vital por excelencia en el organismo del Mundo Antiguo;

[1] Jos. T. Reinaud, *Mémoire sur l'Inde*, leída en 1846. Comienzo de la era actual 4948 años antes de esa fecha.



MUJERES KULUS, VALLE ALTO DEL BIAS

De una fotografía.

además adquirió un valor especial por haber servido de vía mayor para establecer una comunicación activa entre las dos ramas principales de las naciones de lengua aria, las que tuvieron en el curso de miles de años la mayor iniciativa en el desarrollo humano. Durante dos mil quinientos años á lo menos, es decir, en todo el período histórico anterior á la conquista del mar por los Portugueses, y probablemente también un número indefinido de siglos en las edades prehistóricas, este paso de Bamian, continuado hasta el Indo por el valle de Kabul y el desfiladero de Kaiber, fué, al oriente de Herat, la puerta casi única seguida por las caravanas de mercaderes, por los peregrinos, por los soldados y por los pueblos

en marcha. La travesía de la cortina de montañas, representa, como es consiguiente, un gran esfuerzo; desde la altura de 2 000 metros en el alto valle de Kabul, la distancia que ha de recorrerse para volver á bajar á ese mismo nivel en uno de los valles afluentes del Oxus es de más de 150 kilómetros; varios collados secundarios, el Hadjikak al Sud, el Karakotal al Norte, flanquean la brecha suprema; pero ésta es relativamente poco elevada, puesto que se encuentra á 3 715 metros de altura solamente, entre los paralelos 34 y 35 — es decir, á cerca de un millar de metros bajo el límite inferior de las nieves perpetuas; — y ofrece además la gran ventaja de un acceso fácil sobre las dos vertientes, de tal modo que los Ingleses, siguiendo la senda trazada por centenares de generaciones, pudieron, sin grandes esfuerzos, en dos años sucesivos, 1839 y 1840, franquear la cima con la artillería [1]. Otras escotaduras de mayores alturas, el Irak, el Tchibr, el Thal y el Kawak recortan la cresta de Hindu-Kuch al nordeste del Bamian, todas más difíciles á causa de su elevación ó de sus nieves, pero todas se inclinan directamente hacia el río de Kabul y se unen así al hilo de unión entre la India y el Irán occidental.

Esos lugares de paso, tan importantes en la historia del mundo, por su misma posición, adquieren además un valor excepcional por sus recursos mineros. Sabida es la estimación en que las poblaciones occidentales tenían en tiempos remotos las armas y los instrumentos de bronce; pues los yacimientos de estaño donde se hallaba el metal necesario para las aleaciones escasean en la superficie del globo, y muchas de las regiones mineras más abundantes eran desconocidas de los Griegos. Antes que los Fenicios conocieran el camino de las islas Casitéridas, los únicos lugares productores de estaño frecuentados por los mercaderes eran los de la Iberia caucasiana y del Paropamisus, el moderno Hindu-Kuch. En el país de Bamian se hallan numerosos yacimientos donde todavía se reconocen los restos de pozos y galerías de extracción cerca de la cima divisoria entre los afluentes del Oxus, del Indus y del Helmend (Fr. Lenormant).

[1] Kaye, *Proceedings of the Geographical Society of London*, Abril 1879.

La vía histórica del Bamian ha sido tan frecuentemente seguida por los ejércitos conquistadores, que el geógrafo podría inclinarse á ver allí ante todo un gran camino de guerra. Por allí pasaron los ejércitos de los Medas y de los Persas y después descendieron los Macedonios de Alejandro, seguidos por tantas otras bandas guerreras durante los siglos de la historia escrita. Sin embargo, la vida pacífica, representada por el comercio, tomaba también esta vía: las industrias y las ideas se comunicaban así de una á otra vertiente. Los otros pasos del Hindu-Kuch se utilizaron también sin malas intenciones por las poblaciones vecinas, y no hay duda de que la muralla occidental de la India, la cadena llamada hoy de «Salomón» (Suleiman-dagh), haya sido atravesada también por muchos caminos que ponían en relaciones los habitantes de la India con las poblaciones de las altas tierras de la Drangiana y de la Arachosia. A consecuencia de una división del trabajo que se había operado espontáneamente entre las naciones limítrofes, uno de esos pasos, el puerto de Gomal, que apenas excede de 2100 metros, aunque contorneando al Norte el alto pico de Takht-i-Suleiman, fué empleado siempre por los caravaneros, hábiles para evitar los caminos de guerra: era la vía pacífica por excelencia. Dícese que á veces hasta diez mil *Povindah* ó «corredores», que salían juntos de las campiñas del Indo, ascendían en largas filas los sen-



TIPO HINDO

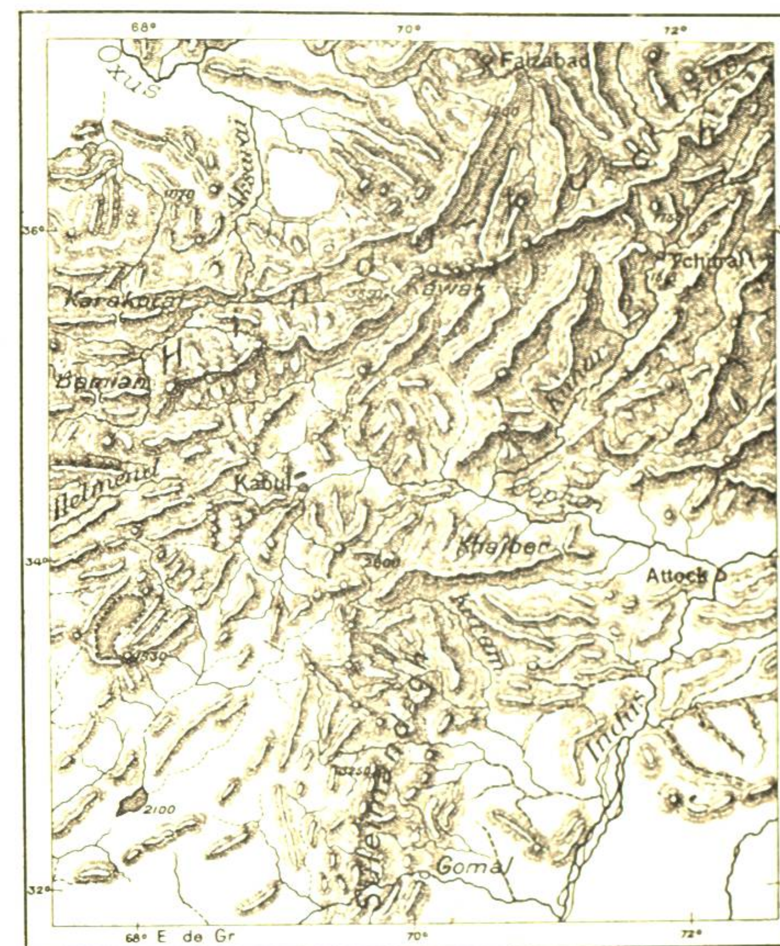
De una fotografía.

deros de las montañas que conducen á esa puerta de las mesetas. Resguardados por tratados con las poblaciones afganas del interior, pero velando también prudentemente por su seguridad, los caravaneros establecen su campo en lugares donde pueden dominar el espacio á grandes distancias; en las comarcas peligrosas se convocan las tribus amigas para prestarse mutua ayuda en caso necesario. De siglo en siglo se renovaba el largo viaje de comercio por el pueblo guía de los Provindah. El camino que escogían esos «viajeros francos» no es el más cómodo de todos los que conducen de una á otra vertiente; pero ha de considerarse que las vías más fáciles son también las que siguen los ejércitos conquistadores y se hallan jalonados de fortificaciones, vallas de detención, sobre todo de aduanas «protectoras» y otros apostaderos de soldados y de funcionarios, de que huye el comercio por temor de ser regido, vigilado y defraudado de todas maneras. Es, pues, muy natural que los viajeros pacíficos que llevan sus productos á pueblos lejanos, prefieran á los grandes caminos las sendas discretas que unen entre sí poblaciones hospitalarias: escogen los pasos menos frecuentados por los merodeadores con patente, y que, á ser posible, sean completamente ignorados por los jefes de Estado cuyos territorios recorren.

Precisamente la vía histórica por excelencia, la que bajando de las aristas del Hindu-Kuch se prolonga por la orilla del río de Kabul, la antigua Cophen, encuentra el Indo en un lugar que, por el hecho mismo de la detención forzada de las caravanas y de los ejércitos, había de adquirir una importancia considerable como punto estratégico. Attock, — es decir, la «detención», — es el nombre mismo de la ciudad guerrera situada sobre la orilla izquierda del río, en el punto de paso. Una ciudad había de surgir necesariamente en aquel punto vital. La llanura, antes lacustre, en que vienen á reunirse las aguas del Indo y las del Kabul á su salida de las montañas, forma como una especie de atrio del gran templo de la India. Antes que el arte de los ingenieros hubiese enseñado á los beligerantes á rodear las posiciones por caminos y ferrocarriles rápidamente trazados, ese circo de tierras aluviales, bien limitado por todas partes por las montañas, aun al Sud y al Sudoeste, donde se

perfilan las aristas pintorescas de la «Cadena Salina», dominaba el camino mayor de la India septentrional, que, por un lado conduce á los pasos más frecuentados de los montes occidentales, y por otro,

N.º 234. Del Oxus al Indo.



al Oriente, continuando por la cuenca del Ganga, paralelamente á la base de las grandes aristas himalayas. En esta llanura rasa de tierras de aluvión recorrida por los altos afluyentes del Indo, el itinerario de los pueblos en marcha se halla trazado de antemano por la Naturaleza: este camino se aparta de la zona pantanosa y

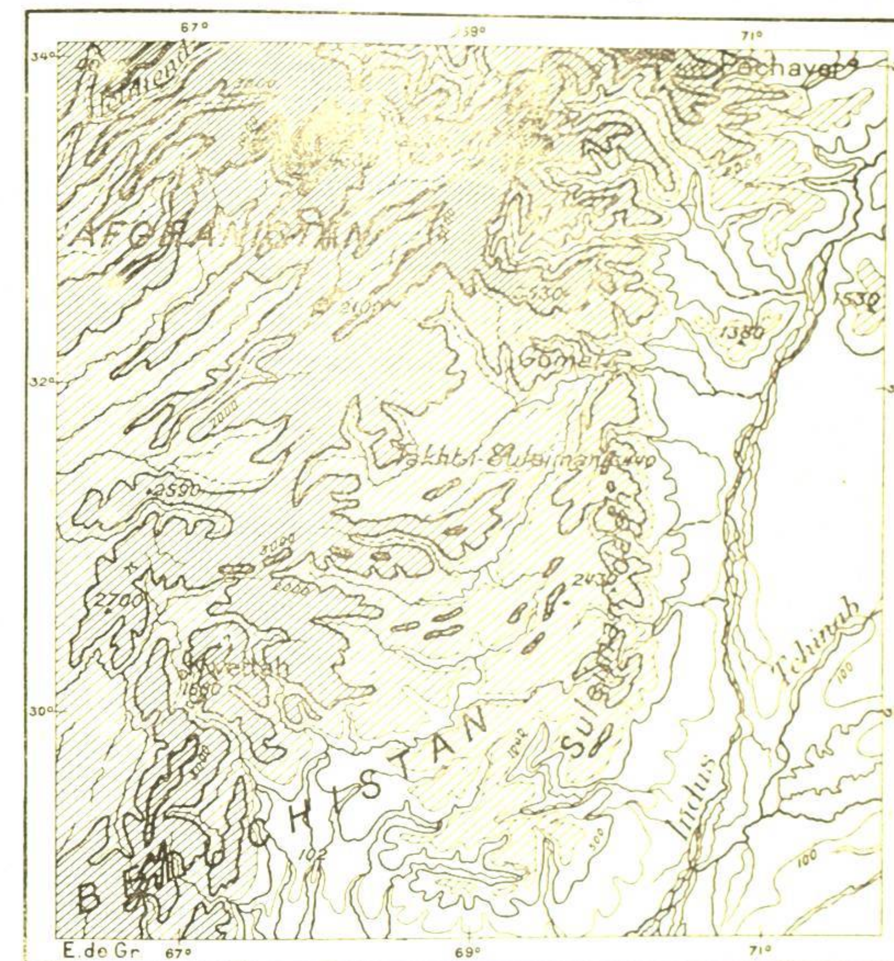
palúdica que se prolonga al pie de las montañas y evita igualmente la región inferior donde los ríos carecen del caudal de agua suficiente para regar toda la comarca en una campiña continua: en cuanto al emplazamiento de las ciudades, que en él han de edificarse como lugares de etapa y de comercio, está indicado por los puntos de paso de los ríos. La línea media de llanura, de mayor fertilidad y más salubre es forzosamente el eje de la población más densa: al otro lado, hacia el Este, el eje se ramifica siguiendo el curso de los ríos de la cuenca gangética; su dirección es paralela á la del vaivén de las poblaciones, en tanto que en el Pendjab los ríos atraviesan normalmente este río.

La región noroccidental de la India, que despliega su hermoso golfo rayado de verdura entre los montes del Afganistán y los del Kachmir, es la que llegó á ser famosa en la historia de la humanidad bajo el nombre de País de los «Siete ríos». De todos los ríos de la península, el más poderoso por la masa líquida fué en otro tiempo el que dió el nombre á toda la India y que hasta transmitió su denominación al dios que era entonces más adorado y temido, el feroz y majestuoso Indra. Pero los ríos, como los dioses, tienen su destino: Indra yace ahora destronado, otras divinidades le han reemplazado desempeñando su papel en la Naturaleza y ocupando su lugar en el cielo; así también el Sindh perdió su rango entre los ríos de la Tierra y en la península India ya no es sino el tercero: algunos de sus afluentes se han secado; hasta se busca su antiguo cauce sin tener la seguridad de haberle descubierto. El nombre de la comarca que atraviesa ha cambiado forzosamente durante el curso de los siglos hasta proclamar la caducidad del Indo. Hace treinta siglos la llanura del alto río era el Septa Sindhu ó las «Siete Indias», los «Siete ríos»; actualmente no se habla más que del Pendjab, los «Cinco ríos» ó Pentapotamia.

Los cursos de agua que mencionan los Vedas y de que hablan los escritores posteriores, se encuentran en su mayor parte, aunque bajo otras denominaciones: Djelam-Hydaspes, Tchenab-Akesines, Ravi-Iravati-Hyarotes, Bias-Hyphasis, Satledj-Hesydrus ó Satadru — el río de los cien canales; — pero ¿en qué se ha convertido la diosa Sarasvati, que el Rig-Veda nos dice haber sido «La más bella, la

más amable, la más honrada entre las siete hermanas», la que fué por excelencia el «río de aguas abundantes, superior á todas las otras corrientes por su estruendo?» Los cantos le dicen haber sido

N.° 235. Alineacion del Suleiman-dagh.

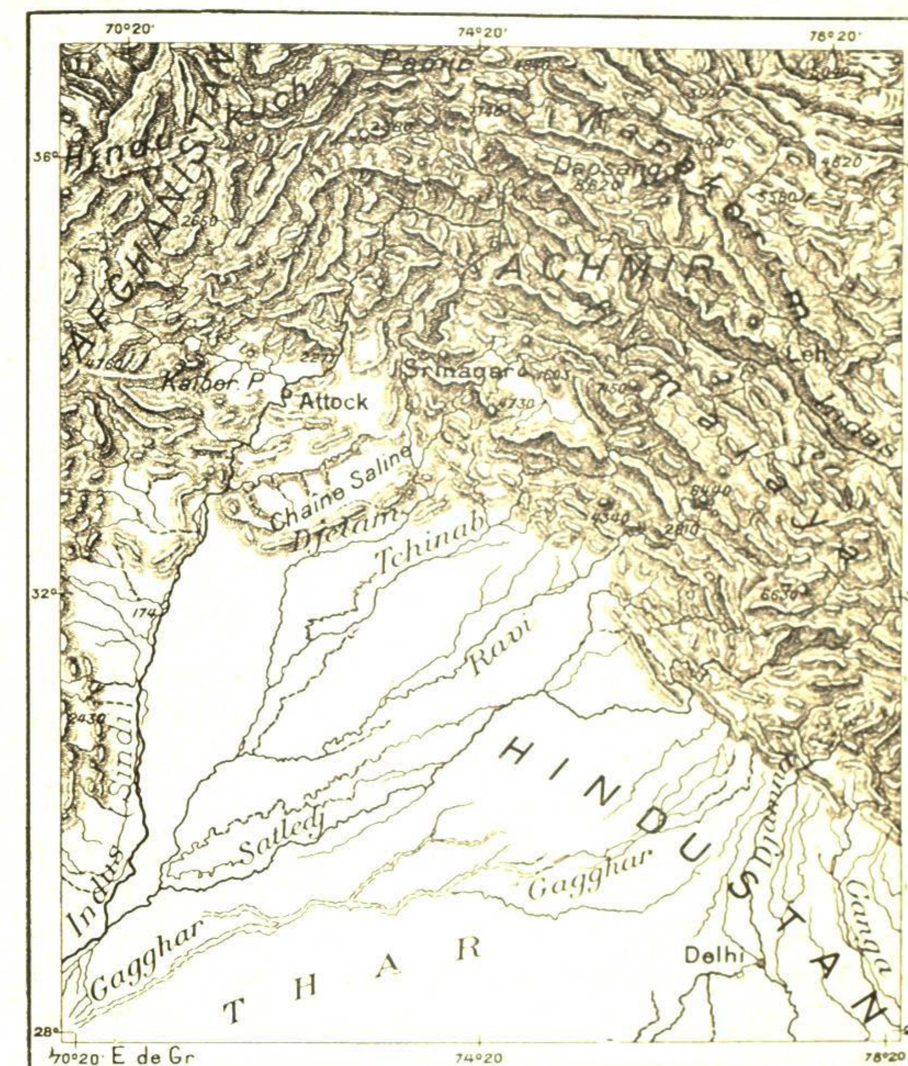


«más rápido que un carro triunfal, más difícil de atravesar que una muralla de hierro». Trátase de explicar la desaparición de este río santo, referida como la «huida de la diosa», por los poemas posteriores al Rig-Veda. Verdad es que un arroyo llamado Sarasvati ó Sarsout se escapa de una de las puertas del Himalaya, pero es tan

poco considerable, que los canales de riego no han tardado en bebérsele por completo; y es evidente que un río tan grande como le describen los primeros cantos védicos, no podría agotarse por las sangrías hechas en él por algunos labradores. No puede explicarse el misterio del Sarasvati más que por un cambio de curso en el régimen himalayo. Parece probable que el río Djamna (Djemna), que actualmente se une al Ganga, desembocaba en otro tiempo en el Indo y doblaba su volumen. En efecto, en la parte alta de la llanura hindu, el curso del Djamna no se ha separado de la cuenca del Indo más que por un terreno de aluvión de unos 20 metros de altura, y se cree reconocer á través de este umbral las huellas de una cortadura que se continúa hacia Occidente por el cauce del Gagghar, serpenteando á lo lejos en el desierto: el foso se halla actualmente seco, pero es bastante para contener todo un río Indo en toda aquella parte de su extensión que no ha sido obstruído por las arenas de las dunas. Así, gracias á la Sarasvati-Gagghar, que fué en realidad la poderosa Djamna, el enorme Indo, mayor que el Ganga y el Brahmaputra, descendía, majestuoso y formidable, hacia el mar. Por lo demás, desde 2 000 años hasta el presente, han sido muchas las modificaciones hidrográficas ocurridas en la llanura hindu; todos los ríos se han desplazado algo, la confluencia del Bias y del Satledj estaba entonces mucho más lejos del pie de la cadena; el mismo Indo, en la parte baja de su curso seguía un cauce diferente del que sigue en la actualidad: desembocaba en el golfo de Rann por la depresión de la Narra.

Es cierto que en la misma época en que se cantaban los himnos del Rig-Veda en honor de la divina Sarasvati que rodaba sus bulliciosas aguas, solían producirse sequías parciales en las campiñas situadas á alguna distancia de los ríos en los Doab ó «Entre dos aguas»; las rogativas, cuyas antiguas fórmulas nos han conservado los Vedas, atestigua esa falta de agua que espantó más de una vez á los antepasados arios de los Hindos. Preocupábanles demasiado los fenómenos de la tempestad y de la lluvia para que no sufrieran por la sequía, y que los aguaceros bienhechores no fueran, en las estaciones favorables, la condición esencial de su existencia. Más dichosos en muchos conceptos que los pueblos del Asia semítica,

N.º 236. País de los Cinco Ríos.



El nombre de Bias falta en este mapa; es el río que corre al este del Ravi y se une actualmente al Satledj por la orilla derecha de este último. En otro tiempo pudo alcanzar el Tchinab ó Tchenab sin mezclarse al Satledj.

veían con más frecuencia las luchas grandiosas de los vientos y de las nubes, y su mitología se enriquecía con el espectáculo de esos prodigiosos combates á los cuales prestaban una atención apasio-

nada á causa de las futuras cosechas. La abundancia de las lluvias tropicales, la riqueza en agua que acarreaban los ríos alimentados por las nieves del Himalaya, les habían permitido cubrir los campos con una red de canales de riego mucho más extensa que la que riega actualmente la comarca. Toda la región arenosa del Thar ó «desierto» fué en otro tiempo país fértil, donde se hallan, junto á canales destruídos, bosques petrificados, ciudades aun no destruídas, pero abandonadas á las fieras. La ciudad de Brahmanabad ha quedado entera con sus calles, sus palacios, sus avenidas, sus estanques y depósitos sin agua, pero ya no hay hombres para habitar las cámaras de piedra: según la leyenda, un pueblo, condenado á la vida subterránea, yace dormido bajo los cimientos de la ciudad, hasta el día en que le despierte la trompeta del juicio final.

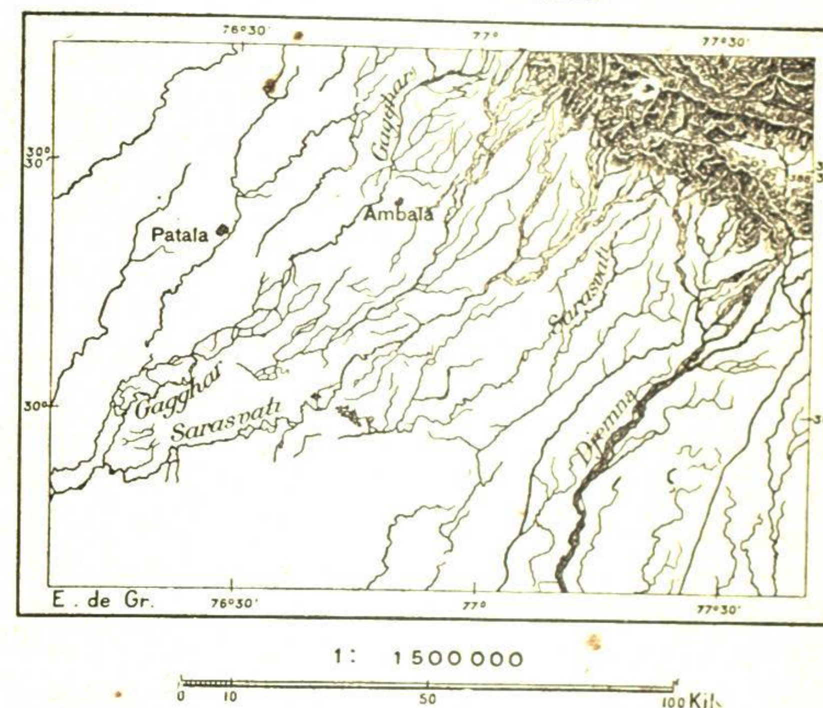
Muy cercanos de los Iranios por la lengua, la religión y las costumbres, los Arios que descendieron á las llanuras de la India se modificaron por efecto de su nuevo medio, pero sin que el parentesco original pueda ser puesto en duda. Algunos cantos del Rig-Veda hindu se hallan también en ciertos textos del Avesta persa; no solamente la idea y el corte de los versos son casi idénticos, sino que hasta las mismas palabras apenas difieren[1]: la divergencia no es mayor que la que existe entre el modo de hablar francés de dos provincias yuxtapuestas; hay posibilidad de entenderse mutuamente desde las riberas del mar Caspio hasta las campiñas que riegan los Siete Ríos. Verdad es que la unidad de lenguaje fué artificialmente conservada por los cantores errantes, los trovadores de la época, que caminaban de corte real en corte real para recitar las mismas epopeyas, adornadas de las mismas groseras alabanzas en honor de su señor y terminadas por las mismas cínicas peticiones de dinero ó de joyas. El oficio de poeta viajero fué siempre muy floreciente en Asia.

Pero el tesoro de cantos que se transportaban así de un país á otro, gracias al parentesco de las lenguas, se mezclaba también con elementos extraños muy diferentes de los que constituían el haber primitivo y que el impulso del sentimiento había hecho brotar es-

[1] Ch. Bartholomæ, *Handbuch der alt-iranischen Dialekte Einleitung*; Hermann Brunnhofer, *Urgeschichte der Arier*, Erster Band, passim.

pontáneamente. Ha sido preciso escoger con cuidado los himnos del Rig-Veda, y, en cada uno de los himnos, las estrofas y los versos, para percibir en ellos la poesía sencilla que nació en el pueblo niño á la vista de los bellos astros del cielo, de las nubes que corren en el espacio, de las montañas del horizonte que cambian de

N.° 237. Curso actual del Sarasvati.



matiz á cada hora del día, de los torrentes que se precipitan con estrépito á la llanura y de los animales que saltan alegremente en la pradera. Á este fondo de origen han venido á unirse muchos detalles impuestos por el aspecto y los fenómenos de una naturaleza diferente: los ecos de los poemas recitados por otros pueblos, aliados ó vencidos, les han penetrado gradualmente, después los sacerdotes han desnaturalizado su sentido, transformándolos en plegarias y en encantamientos, reduciéndolos á vano formulario y dando carácter sagrado á las bajas peticiones de los cantores ambulantes.

«La poesía de los Vedas, dice Brunnhofer, es ante todo una

poesía de los Alpes y sus tempestades»; mas para los Arios emigrados en la India, esos Alpes no eran ya el Elvend ni el Demavend, eran el Himalaya, y las palabras dirigidas á unas formas diferentes debían tomar un sentido nuevo. Para los ribereños de los «Siete ríos» los Alpes se elevaban con toda su enorme altura sobre una llanura baja, y no tenían en su base, como en el Irán, un ancho zócalo de mesetas: se les veía dos y tres veces más elevados, y ceñidos en bandas sucesivas de sus cultivos, de sus flores diversas, de sus hielos y de sus nieves. Contemplando esos paisajes grandiosos y nuevos para ellos, los emigrantes arios, que llevaban consigo sus leyendas y sus himnos, habían de adaptarlos del mejor modo posible á las condiciones cambiadas. Las montañas sagradas, los paraísos se mostraban bajo otros aspectos y era necesario describirlos en otros términos.

El monte más cantado de la historia poética y religiosa de la India es el monte Meru, cúpula ó pico central, que se ha visto ciertamente, según las residencias de sus adoradores, en diversas partes de la arista himalaya, pero que las descripciones posteriores á los Vedas colocan fuera del Himalaya de los geógrafos é identifican con una cima de la cadena del Gang-dis-ri, invisible desde la llanura hindu [1]. Aunque sepamos hoy que es muy inferior á muchos de sus vecinos, era considerado á la vez como el punto culminante de la Tierra y como el punto central del cielo visible. De ahí le vino su nombre de Kailas, que pertenece al mismo radical que el griego κοῖλον y el latín *cœlum*. Los dos mundos, el de arriba y el de abajo, se confundían en ese pistilo primitivo y daban nacimiento por su unión al producto por excelencia, es decir, á la tierra de la India, el Djambu, el «Arbol de Vida». Sobre los cuatro contrafuertes del monte, donde se imaginaba la existencia de un paraíso porque era inaccesible, crecían también árboles maravillosos, los «Arboles de los deseos», correspondiente al «Arbol del bien y del mal» que se elevaba en el Edén de los Caldeos y de los Hebreos. Un manantial supremo, el Ganga celeste, que descendía del cielo y especialmente de la mansión de los «Siete Sabios» ó Richi de la Osa Mayor, describe siete veces la vuelta del monte Meru para alimentar cuatro lagos de donde se exparcen los cuatro ríos terrestres: por este último detalle el mito hindu repite una vez más el mito caldeo [2], pero la imaginación oriental añade todo su lujo al cuadro.

[1] Véase el Meru en el mapa n.° 242, p. 161.



Museo Guimet. SARASVATI Ó VATCH Cl. Giraudon.

Hija y esposa de Brahma, diosa de la palabra, de la ciencia y personificación del río del mismo nombre.

[2] Burnouf, A. de Rémusat, Lassen, Wilford, etc.

Las cuatro fases del Meru de donde brotan los manantiales, consisten en materias diferentes: la primera es de oro, la segunda de plata, la tercera de rubíes, la cuarta de piedra azulada. Lo que equivale á decir: la luz, reflejándose sobre las altas nieves, los hielos y las rocas chispeantes, sea al amanecer, al sol del medio día ó al crepúsculo, juega y se combina allí en colores y en matices maravillosos, más bellos que las gemas y los metales. Sobre los flancos del Kailas, los peregrinos designan las grutas de donde salen saltando los cuatro animales míticos, el león, el caballo, la vaca y el elefante, — otros dicen el pavo real. Esos cuatro animales son los símbolos de los cuatro ríos, el Satledj, el Indo, el Ganga y el Tsang-bo, divergentes, que se dirigen hacia los cuatro puntos del espacio. Por lo demás, la leyenda se ha modificado frecuentemente desde que el Ramayana citó por primera vez el nombre de la divina montaña Meru. Cuando la sociedad hindu se hubo momificado en la estrechez de las castas inviolables, quiso verse en los cuatro animales y en las cuatro fuentes de colores y licores diferentes los arquetipos de las cuatro castas, según el orden de procedencia[1].

La leyenda del paraíso y los ríos divergentes no fué la única importación caldea; la tradición del diluvio se presentó también en el país de los Brahmanes bajo una forma que no es originaria de la comarca de los «Siete ríos» y que indica una procedencia mesopotámica. Hubo indudablemente adaptación, aunque los ríos de la península gangética tuvieran á su vez sus inundaciones diluviales y que, en consecuencia, se haya podido ingertar sobre recuerdos locales la historia introducida del exterior. Manu, el personaje hindo, es, como el Chasi-Adra caldeo, advertido del cataclismo que va á producirse; también se construye un barco en el que cuida de poner semillas de todas las especies; después, cuando empiezan á bajar las aguas, se detiene igualmente sobre la cima de una montaña, la más alta de la comarca: en este país es un gran pico del Himalaya; en tanto que entre los ribereños del Eufrates y el Tigris, el punto de parada fué uno de los picos superiores de los montes Carducos[2].

[1] F. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, p. 20.
[2] Burnouf; R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, trad. por O. de Meulenaere, ps. 217 y sig.

Aunque la leyenda sea de importación extranjera, no podía nacionalizarse sino acomodándose á la mitología y á la geografía locales.

Los documentos se aglomeran cada vez más para establecer con evidencia indiscutible que la civilización hindu fué influída en una proporción notable por la de Mesopotamia, no indirectamente, como ocurre entre naciones alejadas cuyas relaciones mutuas se producen por contacto individual á través de una sucesión de intermediarios, sino de manera directa por los mismos representantes de las poblaciones caldeas. No hay documento explícito legado por los antiguos que atestigüe este hecho, pero no por eso deja de ser indudable, apoyado como está por el conjunto de la historia. Una primera prueba surge de la división de los meses y del año en fases de la luna, semanas ó duración de siete días que han conservado sus nombres babilónicos. Esta coincidencia es tal que no puede verse en ello el efecto de la casualidad: hay que admitir, pues, que los marinos y los comerciantes procedentes de las bocas del Eufrates fueron bastante numerosos é influentes para imponer su división del tiempo á los indígenas con quienes estaban en relación, y también de la misma



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

INDRA

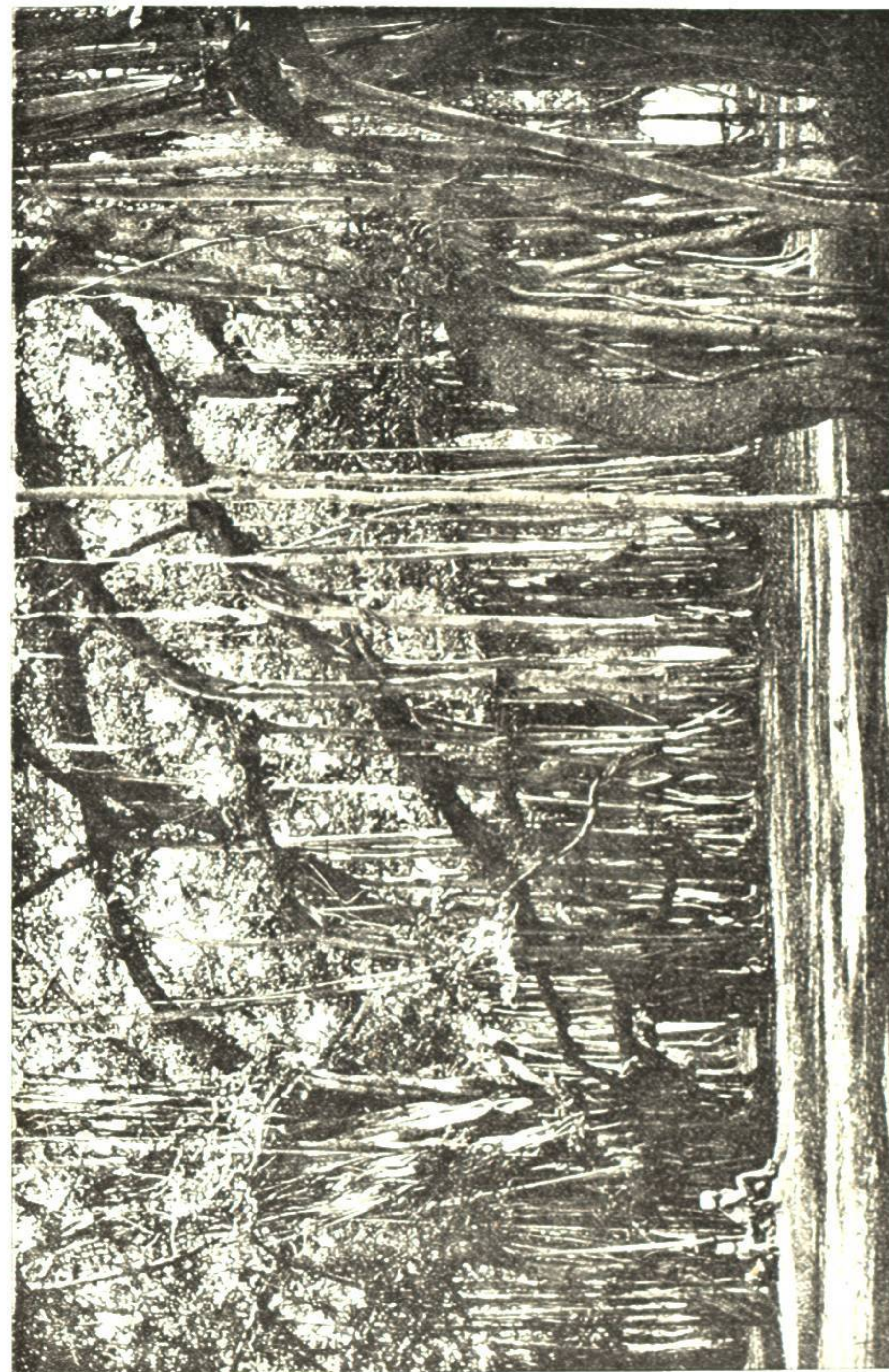
Antiguo dios védico del cielo y de la atmósfera; como también dios guerrero protector de los Arios.

manera les enseñaron para las necesidades del comercio el uso de la moneda con sus múltiplos del sistema duodecimal: acerca de este pueblo debió de haber cierta lucha, puesto que los Arios contaban por docenas. Así también respecto del lenguaje hubo conflicto y después cambio. Los términos pasaron de uno á otro idioma modificándose según los respectivos modos de hablar: las palabras que designan el toro, el león, el cuerno, el oro y la vid en la lengua aria primitiva parecen ser de origen semítico, es decir, babilónico; mientras que el pavo real, el mono, el elefante, la madera de sándalo y la canela tienen en semítico nombres de origen hindu [1].

El estilo arquitectónico de los Hindus concuerda también en sus rasgos primitivos con el de los Babilonios: los más antiguos templos de la India septentrional son pirámides con pisos, que sólo difieren por su coronamiento de las montañas artificiales de la Mesopotamia, y esta semejanza, que no se encuentra en igual grado entre los monumentos de las llanuras de Irania y los de las de Caldea, ha de explicarse también por relaciones de navegación comercial entre los puertos del golfo Pérsico y los de las costas índicas. Comparado el camino de tierra, tan difícil de seguir en las regiones desiertas y en los territorios montañosos, con el camino de mar que podían tomar fácilmente ingenieros y albañiles, con sus herramientas é instrumentos, sus planos y sus materias primeras, es evidentemente el que mejor se prestaba al transporte de los procedimientos de arte y de construcción. La vía histórica por la cual se hizo la unión entre el mundo babilónico y el de la India es el camino de agua que une las bocas del Eufrates á las del Indo.

Pero cuando los transmisores de los cantos védicos descendieron á la llanura de los Siete Ríos, en una época de treinta y seis ó treinta y siete siglos anterior á la nuestra, no conocían todavía las vías comerciales que unían el mar Pérsico al del Indo; hasta ignoraban el curso inferior del río á cuyas márgenes acampaban. Y, no obstante, ellos también cantaban el mar y los combates de los marinos contra la violencia de las olas. Los himnos del Rig-Veda hablan con frecuencia de la *samudra*, en memoria del mar Caspio, cuyas

[1] Fritz Hommel, Von Ihering, etc.



HIGUERA BANIAN EN LA INDIA

De una fotografía

riberas habían habitado sus antepasados. Verdad es que durante el largo tiempo empleado por las generaciones sucesivas de emigrantes en su viaje de Ircania hacia la India, los Arios orientales, por haber perdido el mar de vista, no podían ya formarse de él ninguna idea real, y le confundían en sus nuevos cantos con el «mar» de las nubes, agitado por la tempestad; sin embargo, los himnos antiguos, transmitidos de padres á hijos, son demasiado explícitos para que su sentido preciso pueda ser dudoso. En esos venerables documentos, con una antigüedad de más de cuarenta siglos, se trata indudablemente de la samudra caspia, destinada, en la imaginación de los Hindus, á ser reemplazada por el mar mucho más extenso que se extiende al Sud para ir á unirse en los grandes recipientes oceánicos.

Cuando el sabio Colebrooke, iniciado por los brahmanes al principio del siglo XIX, hubo revelado al mundo la existencia de esos himnos del Rig-Veda, cuyos primeros elementos remontan quizá á cuatro ó cinco mil años, todos los que se ocupan de los orígenes de la humanidad experimentaron grandísima sorpresa. Considerándose dichosos por haber hallado unos poemas de tan alta antigüedad, indudablemente los monumentos más venerables por la edad de nuestras lenguas arias, se entregaron fácilmente á un vértigo de admiración, justificado además por las grandiosas imágenes de algunos de esos poemas. A ese primer sentimiento se unió, sobre todo entre los eruditos alemanes, una especie de reivindicación patriótica. Parecía que querían monopolizar el genio ario, al cual uno de los suyos[1] había dado el nombre de «indo-germánico» y, complaciéndose en descubrir en los Vedas todo lo que atribuían de grande á su propio tronco étnico, no distaban mucho de ver en esos viejos cantos obras casi sagradas, «escrituras santas», como todavía lo son para los brahmanes. Es cierto que el Rig-Veda es uno de los tesoros más preciosos de la historia humana; sin embargo, conviene juzgarle y estudiar su verdadero sentido fuera de todo espíritu de raza y de nación.

Para los comentadores actuales es evidente que esa recopilación presenta un doble carácter: por su parte más antigua, transmi-

[1] Fried Schlegel, Franz Bopp, Jakob Grimm? Término popularizado por Aug. Schleicher, *Compendium der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen*, 1861.

tida de boca en boca, pertenece aún á los puros Arios montañeses; por numerosas adiciones, data de una época en que los invasores, habiendo conquistado ya la llanura, habían modificado profundamente su civilización primera. Tal himno, dirigido á la Aurora, asciende en soberbio impulso hacia la gloriosa Naturaleza, que surge, gradualmente iluminada, de las tinieblas de la noche, y elevándose de la vista del espacio á la contemplación del tiempo, recuerda las auroras que ya no existen, evoca las que no han llegado todavía. Tal otro himno, mucho más reciente, no es sino la mezquina y baja petición de un sacerdote cortesano, que, por la corrupción de sus amos, quiere conquistar gradualmente la fortuna y el poder. Otros presentan estados de costumbres y de mentalidad muy diferentes unos de otros, según que proceden de edades iranias muy anteriores á la época de la conquista, ó son debidos á la influencia profunda y ascendente de los pueblos vencidos.

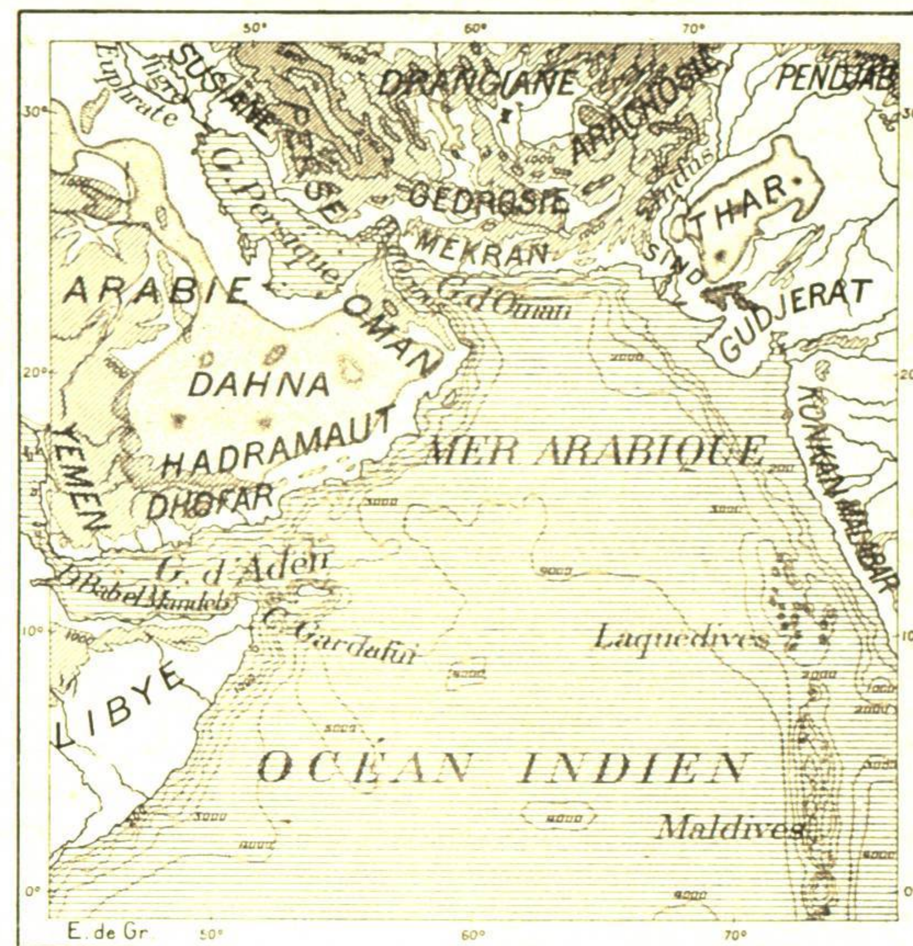
A este respecto, los cantos más curiosos son los que se refieren al matrimonio. La forma más antigua de la unión es la que nos es descrita en el Rig-Veda y que se practicaba, por lo tanto, hace lo menos treinta y cinco siglos. En aquella época las costumbres dominantes habían sido determinadas por el medio geográfico sobre las mesetas montuosas del alto Irán y en los valles del Indo-Kuch. En esas regiones de pastores, la mujer había de ser libre para administrar y cuidar la familia y para defenderse en caso necesario contra los osos y los ladrones en su cabaña aislada, para criar y educar sus hijos en la ausencia del padre, de los hermanos ó del marido: el mismo nombre, *dam*, que la designaba, se ha transmitido hasta nosotros. Todos los documentos antiguos nos muestran que era respetada, considerada por sus hijos y hermanos con un amor lleno de veneración; no sólo se la consideraba igual, sino que la ternura de todos la rodeaba de una especie de santidad; el marido era el *deva*, ella la *devi*, ambos eran dioses; sin embargo, el matrimonio era patriarcal, y el esposo, encargado por la costumbre de pronunciar palabras sagradas, era el verdadero sacerdote de la familia; pero ¡con qué encanto de expresión acogía la esposa en su morada! «En la casa todo prospera bajo tu mirada, seres humanos y animales; tú nos das la alegría. ¡Que Indra te conceda diez

hijos, y que tu marido, yo que te hablo, pueda ser el undécimo!» ¿Puede haber lenguaje más cariñoso en boca de un amo?

Hasta en pleno brahmanismo, el sencillo matrimonio de amor es

N.° 238. Mar Arábigo

(Véase pág. 140)



1 : 32000000
0 500 1000 2000 Kil.

considerado de origen celeste por las leyes de Manu, y los poetas le designan como habiendo sido practicado por los Gandharva ó «Músicos del cielo». Nace simplemente del amor de los dos cónyuges, sin que el padre ó la madre ni los sacerdotes ó magistrados

tengan que intervenir. Los novios se asocian espontáneamente por sus afinidades electivas; sin embargo, antes de unirse, invocan la Naturaleza como para atestiguar que aun forman parte del Gran todo. Juntos se dirigen al sol, á la luna, á los astros de la noche; hablan á los animales del bosque y de los campos, sobre todo á los corzos, á las ciervas, á las aves, á las pequeñas nevatillas que revolotean y saltan delante de los bueyes de labor. La gran ceremonia, la que se supone da al matrimonio su virtud principal, es el testimonio de la antigua amistad con los árboles y las hierbas. En ese simbolismo primitivo los capullos y las flores de loto, los frutos, los ramilletes, las guirnaldas, las plantas bajas ó gigantescas son invocadas como teniendo sobre el hombre una acción simpática y fraternal: la doncella se cree verdaderamente hermana de tal ó cual arbusto, y su amado es hermano del árbol frondoso. Todavía en muchos puntos de la península se cree que el mangle y el naranjo no dan fruto si la doncella no acaricia el tronco con su pie ó con su mano: por ese dulce contacto se extienden las hojas, brotan los capullos y maduran los frutos. La joven es necesaria á la vida de las plantas, pero éstas son también necesarias á la suya. Cuando la joven se casa se presenta coronada de flores, trae hojas y frutos en su mano y da varias vueltas en torno del árbol sagrado, mientras que por su parte el novio vivifica otro árbol con sus acciones y sus besos. Solidarios de la Naturaleza, los dos saben que por su amor contribuyen al desarrollo de la vida universal. En diversas fórmulas antiguas, reproducidas por las epopeyas, el novio habla de sus dos esposas, la «Tierra querida que rodea el Océano, y la mujer bien amada». En el maravilloso drama de *Sakountala* [1], el matrimonio, que se celebra al modo de los Gandharva, no puede efectuarse hasta que un cervatillo haya venido á beber en la mano de la joven, abierta como una copa.

En las últimas capas de la vida social se encuentran las mismas costumbres. El sentimiento de la vida universal ha quedado tan poderoso entre los Hindus, que la religión y la costumbre admiten perfectamente el matrimonio de una mujer con un árbol considerado

[1] Publicado en 1789 por Will. Jones, quien fué el primero que proclamó el común origen del sanscrito, del griego y del latín.



ENCANTADORES DE LAS SERPIENTES DE ANTEOJOS

Documento comunicado por la Sra. Massieu

hembra. De ese modo, siendo de rigor el matrimonio de la mujer según la opinión pública, las niñas destinadas por sus padres á la prostitución están casadas con un árbol, y tomando el nombre de esposas, se exceptúan de la deshonra. Así también en las familias poligámicas, el hombre que tiene ya dos mujeres y desea una tercera, escoge primeramente una esposa intercalar entre las plantas «hembras», y la deseada toma el nombre de cuarta mujer, por ser tenido el número tres como destinado á producir desgracia [1].

La larga costumbre mental que dan las prácticas de monogamia

[1] W. Crooke, *The popular Religion and Folklore of Northern India*. Westminster, 1896.

oficial, de hecho reemplazada muchas veces por la poligamia, ha hecho admitir en Europa como una verdad moral absoluta la inmoralidad de toda clase distinta de unión; pero no es menos cierto que en todas las relaciones familiares, en todas las relaciones sociales entabladas entre los seres humanos, éstos presentan sus cualidades naturales; en cada medio se desarrollan virtudes correspondientes. Aunque en nuestros días los severos monógamos se imaginan ser los únicos depositarios de la moral, Draupadi, la esposa poliándrica de los cinco hijos de Pandu, no dejaba de ser un tipo de noble virtud y podía hablar de su felicidad conyugal con la misma dignidad que las más castas matronas contemporáneas. He aquí con qué amoroso orgullo presenta sus excelentes maridos: «No, dice, no me asusta la presencia de Yudichthira. Su cara tiene el color del oro pálido; tiene grandes ojos, nariz prominente, figura esbelta; es el mejor de los hijos de Pandu: ¡es mi esposo! Ese otro de largos brazos que ves en pie sobre su carro, alto como el árbol Sala, de labios estrechos y cejas unidas, ¡es Vrikodara, es mi esposo! Ese hábil arquero, de alma firme y constante, respetuoso con los ancianos, ¡es mi esposo Ardjuna! Este otro, célebre por su belleza, protegido por los Pandava, firme en sus resoluciones, me es más querido que la vida; ¡es el héroe Nakula, mi esposo! Este, finalmente, brillante como la luna y el sol, orador hasta entre los sabios, lleno de saber, ese héroe todo ardor y prudencia, ¡es Sahadeva, mi esposo!»

Las transformaciones operadas entre los Arios de la India, en su género de vida y en sus ideas, por el cambio de la naturaleza ambiente y por el contacto con pueblos nuevos, se muestran también claramente por el contraste de las religiones. Indudablemente el culto védico es hermano del de los Iranios, pero en las épocas de la historia en que uno y otro se nos presentan, están de tal modo diferenciados, que la evolución gradual, separándolos, ha acabado por hacerles enemigos. Del mismo modo que el catolicismo aplicó á los demonios, á los genios malos nombres que antes habían pertenecido á los dioses venerados, así la terminología religiosa del Avesta fué pervertida por los sacerdotes de las confesiones védicas. Así el Ahura de los Iranios, que es el «Señor» por excelencia, Ahur-a-Mazda ú Ormuzd, el «Señor grandísimo», no es ya más que un

Asura, un mal espíritu entre los brahmanes hindus, mientras que los deva ó diablos del Irán se han convertido en genios favorables para los Arios orientales [1]. Cuando se compara la religión del Irán, que llegó á la enseñanza del Avesta, tan noble, tan elevada, de una moralidad tan grandiosa, con la evolución divergente de la fe que se produjo entre los Arios orientales, se observa ante todo que los inmigrantes de la India habían cesado de ser pastores y agricultores pacíficos para hacerse conquistadores, y que se habían dado jefes de guerra, reyes, que comenzaban ya á rodearse de sacerdotes, de bardos, de cortesanos, en una palabra, de toda la turba de parásitos.



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

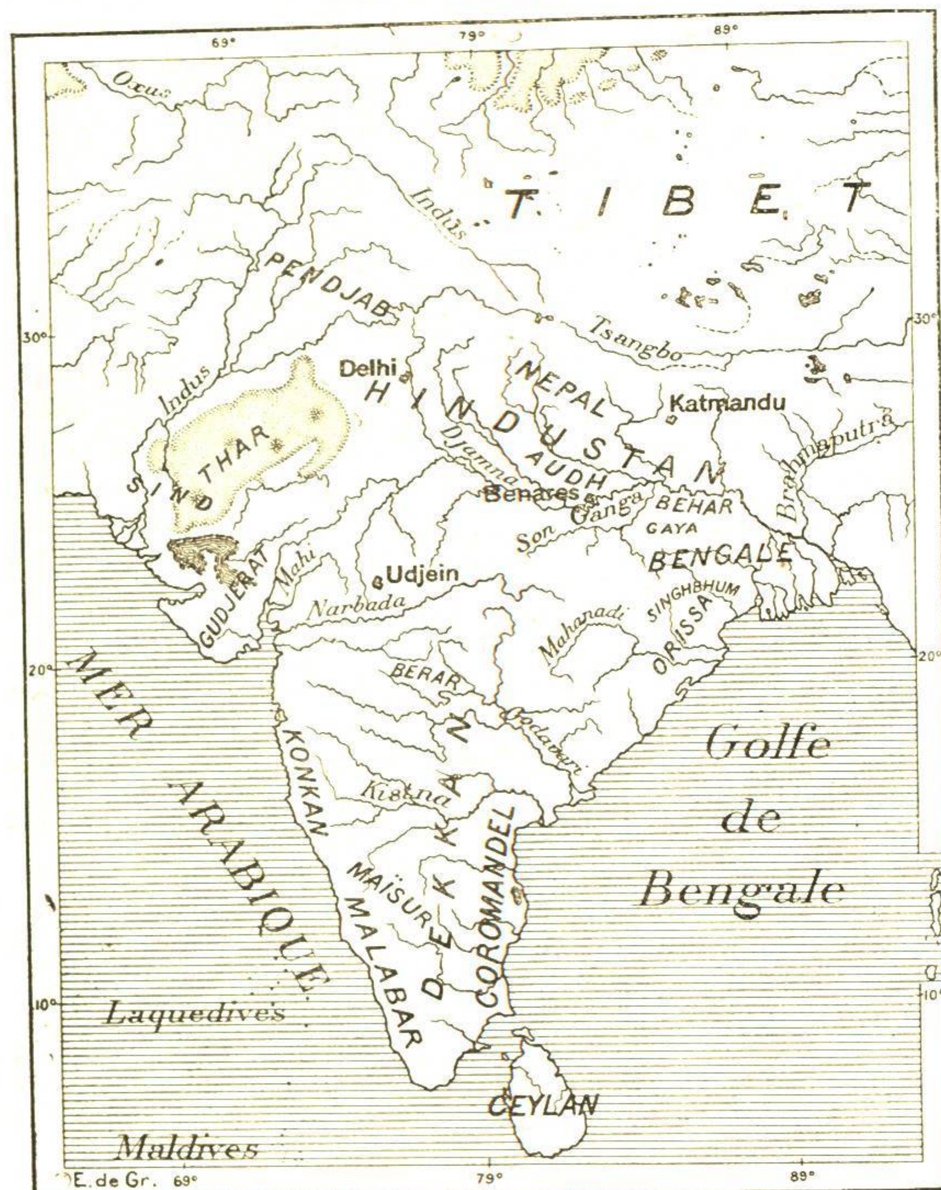
BRAHMA

dios creador del mundo, considerado además como primera persona de la Trinidad ó *Trimurti* y como una emanación de Vichnu ó de Siva.

Sobre las mesetas del Irán oriental, los Arios parecen haber oficiado al aire libre, rodeados de sus familias. No necesitando intermediarios cerca de sus dioses, ellos mismos eran sus propios

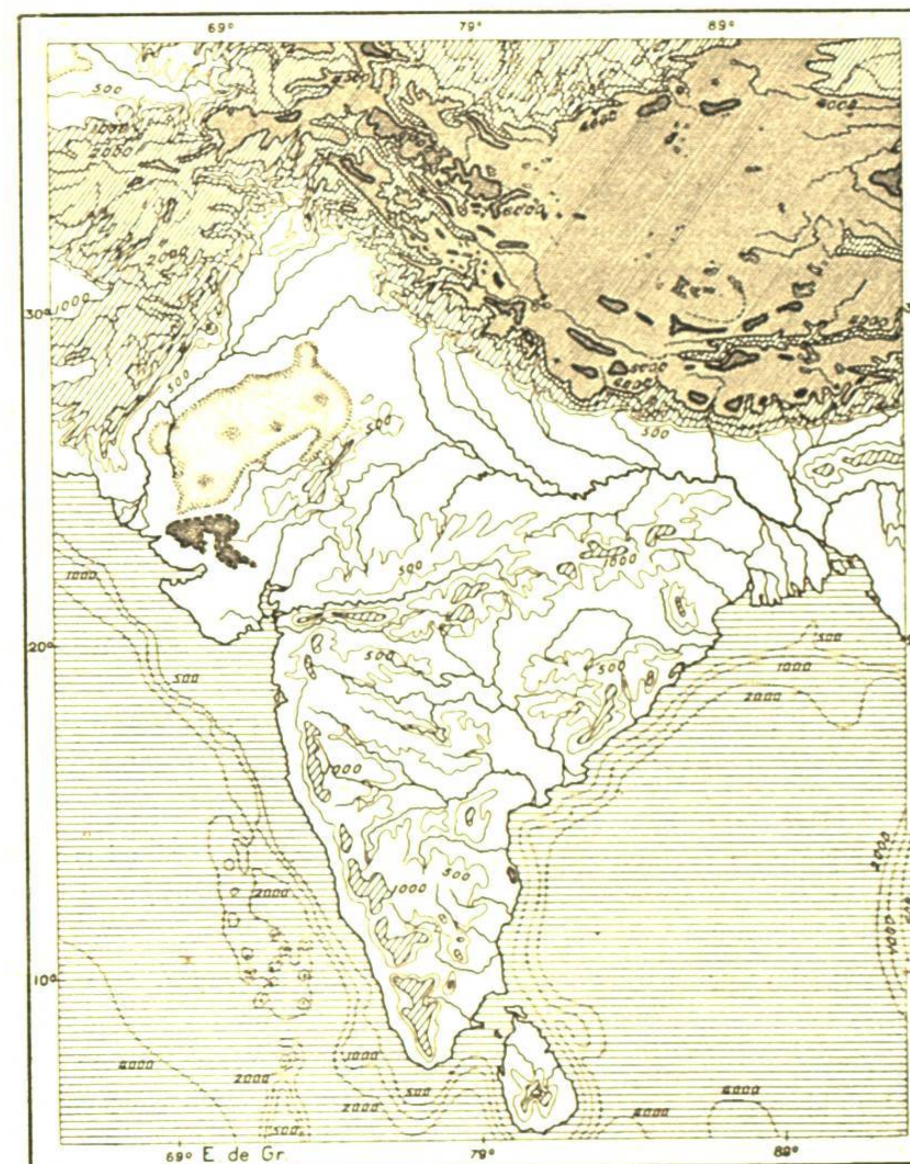
[1] Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, vol. I, p. 141.

N.° 239. Provincias de la India.



sacerdotes, y su teología, muy sencilla, se revelaba por un conjunto de ritos poco complicados. No tenían templos ni altares, bastábales un cerrillo cubierto de césped. El padre de familia se dirigía

N.° 240. Relieve de la India.



directamente á la aurora que levanta el velo de la noche, al sol que disipa los vapores del espacio, á la nube en que se forma la lluvia, á la luna que camina en el cielo entre las blancas nubes, á la amada

estrella de la tarde y de la mañana. Indudablemente esos Arios montañeses no se habían despojado del terror primitivo que transformaba en espíritus malignos ó al menos temibles cada objeto próximo, cada ruido repentino, cada soplo del aire; su religión, sin embargo, era ya un naturismo grandioso, que atestiguaba en ellos una concepción rudimentaria de la ordenación del Universo. Sus sacrificios de propiciación á los manes y á los dioses celosos se verificaban con sencillez: manteca, leche y bebidas fermentadas eran sus principales ofrendas, y, terminada la fiesta, se complacían en beber el «divino soma», el licor fermentado que produce «la alegría de los hombres y de los dioses», como la produjo también el jugo de la vid á Hebreos, Griegos y Romanos, como lo produce en el día, á lo menos simbólicamente, la comida de la Eucaristía cristiana. En la primera época de la religión védica no se trataba de una simple copa con la «sangre de los dioses», sino de grandes odres, de toneles enormes. En los versos de los viejos bebedores arios, el soma, que da la fuerza á los dioses, es por eso mismo más poderoso que los dioses. Ningún beodo alemán ó polaco celebró con más elocuencia ni con mayor embriaguez poética, el vino y la cerveza que la que inspiraba á los Arios de los Siete Ríos cantando el divino soma. Indra lanza sus rayos contra los bebedores de agua, entregándoles á la muerte en la corriente de los ríos desbordados. Él mismo se ha dado dos vientres, con objeto de poder llenar uno cuando el otro está ya lleno, digiriendo la bebida.

Y hecho que parece extraño, este licor del soma, que hizo delirar los bacantes y las bacantes de la India, nos es desconocido actualmente: se han publicado volúmenes sobre este asunto por sabios, historiadores y botánicos, pero las aserciones no concuerdan. En los diccionarios de botánica, la palabra *soma* se traduce por numerosas denominaciones latinas: *Asclepias acida*, *Sarcostemma viminale*, *Sarcostemma brevistigma*, *Periploca aphylla* y otras. Es probable, en efecto, que los licores sagrados fuesen de origen diverso' porque el viaje de los pueblos de la Atropatena y de la alta Irania es larguísimo, extendiéndose hasta las llanuras de la India septentrional y á las mesetas del Sud. Todavía en la actualidad, los brahmanes del Dekkan, los Parsis de Bombay y los de Yezd y de

Kerman, en Persia, preparan el soma de diferente modo. La opinión general es que esta palabra tiene simplemente el sentido de licor «fermentado» y que se aplica á toda clase de bebidas clarificadas por la acción de los microbios. En los cantos védicos se trataba probablemente de una especie de cerveza hecha con arroz ó trigo, semejante á la que se bebe todavía en el país.



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

SOMA

Antiguo dios védico del sacrificio, personificación del licor fermentado que se derramaba sobre el fuego naciente para darle más vigor. Se ha convertido en el dios de la luna.

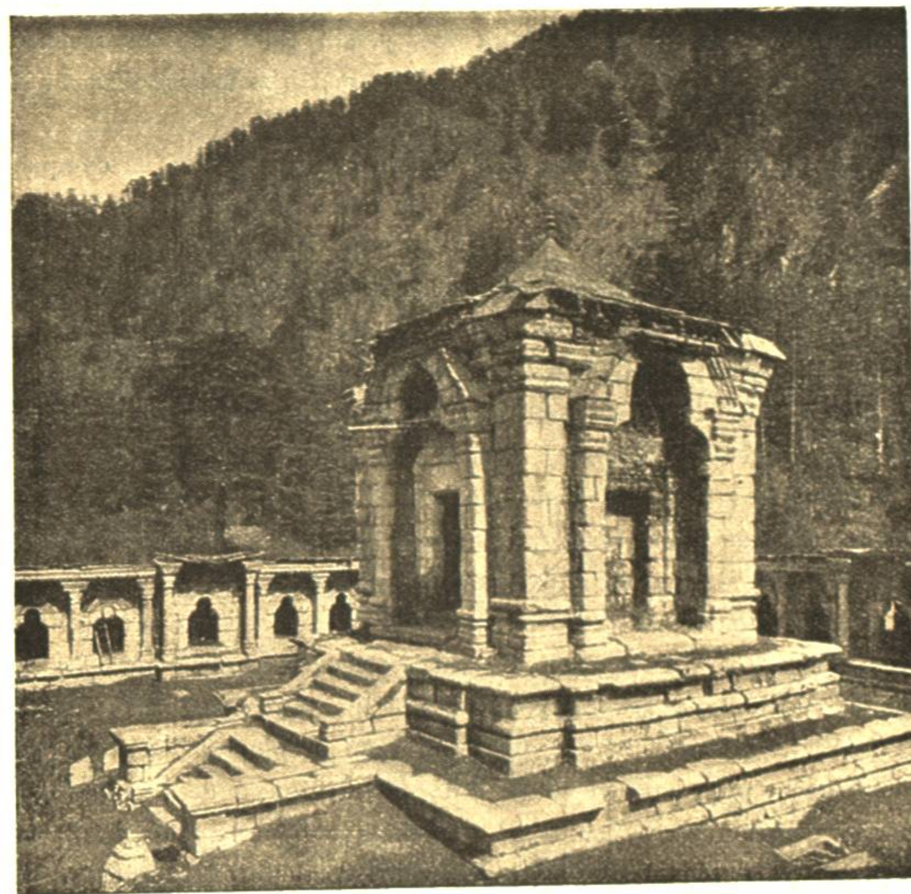
Otra gran alegría de los Arios, los de la India como los de Irania, consistía en hacer nacer el fuego, con ocasión de los sacrificios, y ver las llamas agudas dirigirse hacia el cielo. Su adoración por Agni parecía mezclada de reconocimiento, como si recordasen aún la época lejana en que sus antepasados desconocían el pedernal, cuando ningún Prometeo había traído aún la preciosa chispa robada al dios del trueno ó del día. Según ciertas consideraciones, Agni era para ellos más que un dios, era un hermano: «Padre Día, Madre Tierra, Hermano Fuego»[1], así comienzan ciertos

[1] Zenaide A. Ragozin, *Vedic india*, p. 157.

encantamientos. En las ceremonias santas no dejan nunca de encender el fuego según la práctica antigua, ó sea por medio de dos palitos de madera diferente, haciendo girar el uno en una escorchadura del otro.

Pero cuando los inmigrantes arios de la India llegaban á pueblos que cultivaban pacíficamente sus campos, les desposeían de ellos violentamente, robándoles mujeres, hijas y bienes, perdían al mismo tiempo su libertad, porque tales acontecimientos no pueden cumplirse sin que el conquistador pierda la sencillez primera de sus costumbres. Los jefes de guerra se engrandecían hasta convertirse en reyes ó emperadores que conducían sus hombres á la batalla y al botín, pervirtiéndoles gradualmente hasta convertirlos en súbditos y en esclavos. Paralelamente á la casta de los reyes se desarrollaba otra, la de los sacerdotes sacrificadores, que eran también los cantores y los bardos, ó á lo menos pertenecían á la misma clase. Los padres de familia, los patriarcas, no celebraban ya su culto aisladamente: como simples fieles tomaban parte en las ceremonias de la nación, en las cuales oficiaban gran número de sacerdotes, desempeñando cada uno una función especial: sujetar la víctima al poste, blandir el cuchillo de piedra, abrir las entrañas, verter la grasa, recoger la sangre, murmurar las oraciones, recitarlas en voz alta, declamarlas ó cantarlas. Una nueva casta, y de todas la más peligrosa, porque había de obtener un día la dominación de las almas, acababa de constituirse. La palabra *andjira* — significando una especie de sacerdote ó de anacoreta, — que se encuentra ya en el primero de los 1028 himnos del Rig-Veda, parece ser de origen extranjero al aria primitivo, y que quizá habría que atribuir á la introducción de un nuevo culto en el de la primera civilización aria. Se ven en la recopilación como dos corrientes religiosas que caminan juntas en el mismo cauce.

Después de Rig-Veda, la evolución religiosa de los Arios de la India se continúa por una observancia cada vez más estricta de los ritos; los cantos, los himnos, las oraciones, el todo repetido en un viejo idioma cuyo sentido se va haciendo más confuso, se acompañan de fórmulas inflexibles que atestiguan una constitución definitiva de la casta eclesiástica. Mientras los sacerdotes consolidaban así su poder, triunfando hasta del de los reyes, el movimiento de conquista



TEMPLO DE BHANIYAR, VALLE DEL ALTO DJELAM

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

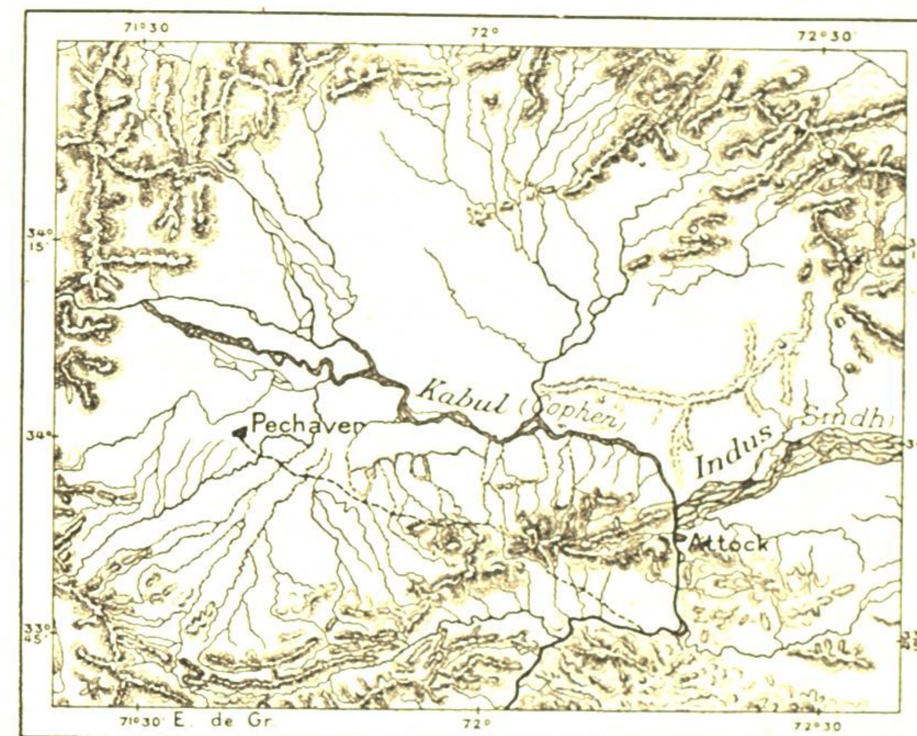
continuaba extendiéndose en la dirección del Este y pasaba de la cuenca del Indo á la del Djamna y del Ganga: los descendientes de los primeros invasores arios se hallaban así en contacto con un número ascendente de tipos, de razas y de religiones, de que se siguieron cruzamientos de toda clase; los diversos cultos bhutaneses, dravidianos y kohlarianos entraron en el torbellino de las creencias arias, como aguas afluentes en la corriente de un río. La práctica de los sacrificios humanos, que quizá había existido en casos de peligro nacional entre los Arios montañeses, créese que se hizo general, y llegó á degollarse á centenares los cautivos: la guerra incesante suministraba abundantes riquezas y era fácil siempre satisfacer el ape-

tito de los dioses. La esclavitud ó el exterminio había de ser necesariamente la suerte de los vencidos, y, sin embargo, como sucede siempre en tal caso, los esclavos y los martirizados modificaron la mentalidad de los amos y opresores.

La cuarta recopilación de las Santas Escrituras, que se compuso en aquella época, el Atharva-Veda, ya sólo es aria por escasos rasgos, por algunos versos del Rig-Veda que contienen fórmulas de magia, recetas adivinatorias, encantamientos y sortilegios. El fondo Atharva es en realidad un puro chamanismo como la religión de los Tchuktchi y de los Samoyedos; es debido precisamente á los Dasyu, es decir, á los «Enemigos», que era el nombre que los invasores arios dieron á los aborígenes cuando no lograban hacer de ellos Dasa ó «Esclavos». En sus poemas no dejan nunca los Arios de expresar su aversión hacia esas gentes que vienen á privarles de sus tierras, hacia todos esos individuos de piel negra ó amarilla, hacia todos esos monstruos de nariz aplastada ó hasta desnarigados, hacia esos carnívoros ó comedores de carne cruda y otras gentes sin fe, sin rey y sin ley: así trataron siempre los vencedores á los vencidos. El término de Dasyu, que significaba simplemente «enemigo», acabó hasta por tener el sentido de «demonio» ó de «monstruo». Y, sin embargo, esos seres abominables habían llegado á ser los inspiradores de los libros sagrados y las costumbres religiosas. El Atharva contiene los dogmas y el ceremonial de varias religiones sucesivas y contemporáneas, de modo que los sacerdotes tenían á su disposición, para dominar á los fieles, todos los argumentos posibles, hasta aquellos que se contradicen. Los Brahmanes encontraron tanto más fácilmente en los Vedas las buenas razones necesarias y suficientes á la justificación de su poder, cuanto que, á la manera de aquellos que evocan los dioses en la oración, les hicieron también hablar según su conveniencia. Convertido en la religión triunfante, el brahmanismo absorbió los otros cultos y los adoptó parcialmente, del mismo modo que después, en el Occidente, el cristianismo se asimiló los ritos y las divinidades de las religiones paganas. Así se infiltró la práctica terrible del sacrificio de las viudas en el ceremonial mortuorio de los Brahmanes, pero no sin lucha, porque se citan varios pasajes que prueban la introducción gradual de esta costumbre

en el mundo brahmánico. Si la condenan formalmente antiguos textos, es debido precisamente á la urgencia de combatirla. Un comentario se expresa así: «Levántate, mujer; la mujer se levanta y sube para seguir á su marido difunto. El hermano menor del muerto lo

N.° 241. Llanura de Attock.



1 : 1000000

0 10 30 60 Kil.

Entre Pechaver y el Indo, al sud de Attock, se ven todavía los restos del antiguo camino real. El río que atraviesa la llanura al noroeste del mapa es el Sivat ó Swat, cuyo valle forma el país de Udyena ó «Jardín».

impide, y el sacerdote si no hay cuñado; pero seguir al muerto está prohibido, así lo quiere la ley de los Brahmanes. En cuanto á las otras castas, puede aplicarse ó no esta ley» [1].

La quema de las viudas no era, pues, extraña á las poblaciones bárbaras en medio de las cuales habían descendido los Arios, pero

[1] Max Müller, *Essais de Mythologie Comparée*, trad. G. Perrot. p. 48.

no prevalecieron las costumbres de éstos, los civilizadores, sino que los sacerdotes arios, encontrando en la costumbre indígena un medio poderoso de dominación, acabaron por acomodarse á ella, y no temiendo falsear los libros sagrados, interpolaron en ellos pasajes contrarios á la enseñanza primitiva. De ese modo, las tradiciones de los salvajes Dasyu, bajo el nombre de los «augustos» Brahmanes, presidieron durante más de dos mil años á los sacrificios «voluntarios» de las viudas.

Ya las divinidades helénicas, nacidas en las comarcas del Oriente mediterráneo, de formas tan precisas, resultan seres de contornos indecisos, que cambian frecuentemente de atributos y de nombres. Los dioses hindus, invocados por un pueblo en vía de emigración lenta y exparciéndose en un mundo tan extenso que para él no tenía límites, eran todavía más flotantes y á menudo se confundieron; parecían nubes y brumas de formas cambiantes que se persiguen en el cielo. Á los mismos indianistas les cuesta gran trabajo reconocer la misión exacta de cada uno de los dioses védicos, porque sus funciones cambiaban con el tiempo y los adoradores; solamente los iniciados pueden seguir las transformaciones de un Indra ó de un Soma y distinguir entre los dos Brahma ó los dos Açvin.

En la India brahmánica, los mil fragmentos sociales de las familias, los clans y las tribus están representados por otros tantos dioses locales. La tierra es allí viva: no hay roca ni árbol que no sea adorado. Pero cada soberano victorioso, cada reino invasor tenía un dios mayor, y muchas veces, antes y después, Rama, el conquistador que descendió del Himalaya y atravesó victoriosamente la India hasta la isla de Ceylán, el sueño de la monarquía universal haría nacer en el espíritu de un «gran rey» la idea de un dios único semejante á él, de un dueño del Cielo y de la Tierra, con el cual quizá se confundía. Así nacieron las religiones monoteístas en Occidente de Asia, inspiradas por la ruda ambición de un pueblo que aspiraba á ser el único elegido para la posesión de la riqueza y para el dominio universal. Pero en las Indias no podía manifestarse ese movimiento religioso con el carácter simplista, concreto, preciso en su dogma, que había tomado en las regiones monótonas, rocosas y que tienen á trechos una aridez repugnante, del Asia Anterior. El

mundo prodigioso de la India, con los contrastes tan numerosos de su naturaleza, la riqueza exuberante de su flora, las multitudes entremezcladas de sus poblaciones, no se acomodaba á una fórmula



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

VICHNU

antigua divinidad solar, segunda persona de la Trimurti, creador, conservador y destructor del mundo, presente en todo y en todas partes, omnipotente, omnisciente y protector del sacrificio. Á sus lados están sus dos esposas, las diosas Lakchnu y Satyabhama.

tan sencilla, tan precisa como la de la estrecha civilización judaica. También la India tuvo su monoteísmo, pero ¡cuán pálido resulta en comparación al del terrible Yahveh! Brahma, cuyo nombre significa

«Oración», el alma universal, que no ha de confundirse, dicen los especialistas, con Brahma el demiurgo, encarnación de Vichnu, Brahma no tiene otro origen que un simple soplo; no es más que una sombra, una apariencia, un espejismo, una especie de abstracción que simboliza la virtud mágica de los Brahmanes: ellos mismos se abstienen de adorar ese principio ideal de todas las cosas, y su culto se dirige á unos dioses inferiores de naturaleza más concreta. «Brahma no es honrado por los hombres», dice, en el siglo XII de la era vulgar, un escritor de Kachmir, Soma deva Bhatta, «porque es insolente»; no hay duda que por hallarse demasiado elevado, no conoce los hombres, y éstos le corresponden. Brahma no tiene templo, — uno solo, según parece, en toda la extensión de la India, — en tanto que Siva y Vichnu, bajo sus diversas denominaciones, los tienen á cientos y á miles.

Así, de una manera completamente ideal, independiente de toda realidad popular, es como el conjunto de las divinidades hindus se supone que obedece á una especie de «Trinidad», ó Trimurti, en la que Brahma sería el creador, Vichnu el conservador y Siva el destructor. Sin duda ese género de clasificación de los dioses sería del agrado de los teólogos comentadores, pero, nacido en los libros, sólo en ellos permaneció. El fiel, por el contrario, atribuye al dios ante el cual se prosterna todas las fuerzas á la vez: llegado á este punto le exalta sobre todas las otras divinidades, dándole lo mismo el poder de crear que el de conservar y destruir; en su templo, á la hora de la oración, cada dios se convierte en el dios único, pero en el santuario inmediato se halla destronado.

El hecho capital de las religiones hindus es la incesante transformación. Los dioses cambian de nombres y de atributos: nacen, crecen, disminuyen y mueren, dejando herederos. Todos son próteos, se desvanecen y reaparecen como cuadros cambiantes. Aparte de las nueve ó veintidós encarnaciones oficiales de Vichnu, ¡cuántas encarnaciones locales ó temporales podrían contarse que no han tenido bastante celebridad para entrar en el canon teológico! De antemano todos los dioses son admitidos en el Panteón de la India como lo estaban en el de Roma en la época de los Antoninos: no les faltaron fieles en mucho tiempo, pero bajo su mismo nombre la



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

SIVA

dios solar, alma universal, esencia y creador de todos los otros dioses y de los seres, tercera persona de la Trimurti.

mayor parte de ellos no tardaban en desaparecer de la memoria de los hombres.

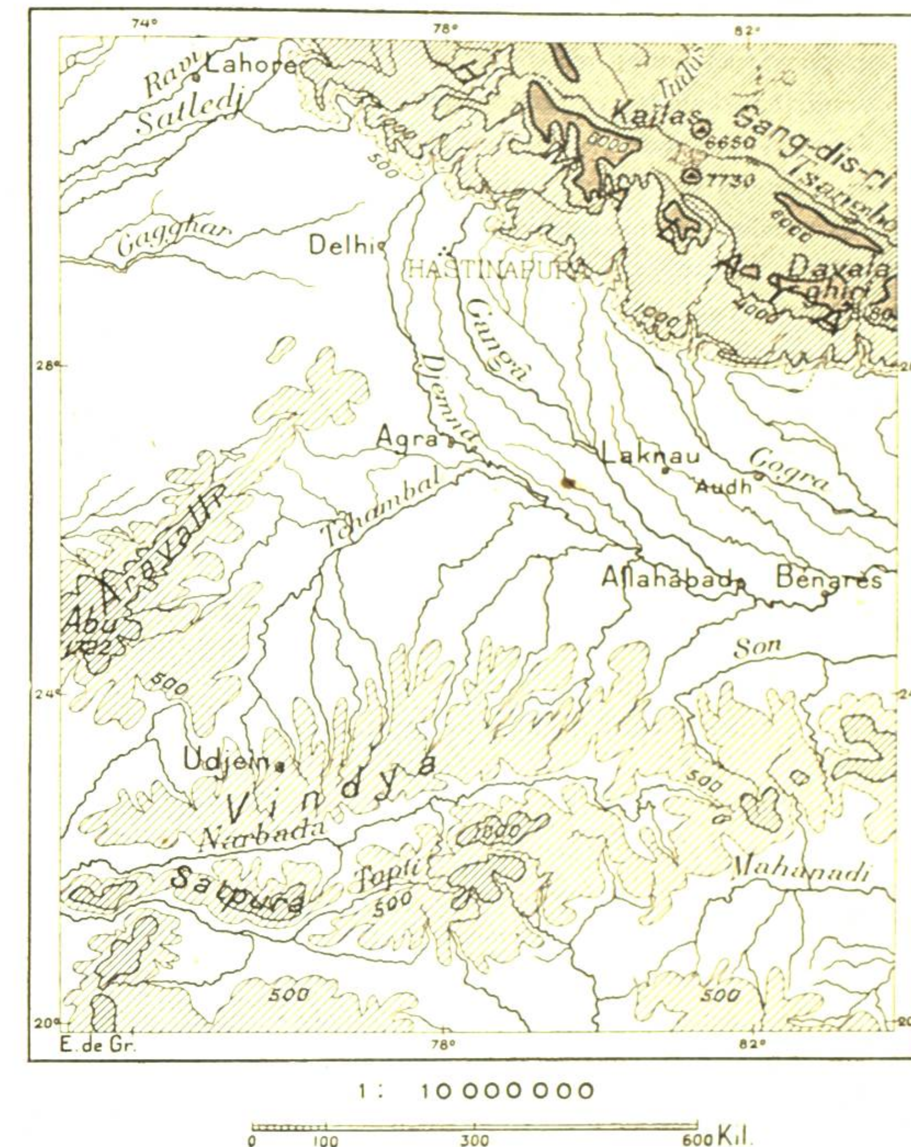
Tal es esa religión esencialmente móvil y cambiante, que ha

tomado el nombre de Brahmanismo según el dios simbólico de sus innumerables manifestaciones, y sobre todo según la casta sacerdotal á que el pueblo está reverenciosamente esclavizado. Traída por los invasores de toda raza, Arios, Dravidianos ó Kohlarianos, penetró casi en todas las partes de la península, excepto en los valles cerrados de las montañas ó en los bosques desconocidos que servían de retiro, y en esa difusión general del culto de los brahmanes, los nuevamente convertidos, «regenerados, nacidos una segunda vez», se imaginaron que eran infinitamente superiores á sus abuelos, y muy sinceramente representaron á éstos como estancados en una profunda barbarie y viviendo como verdaderos animales, sin moral ni conocimientos de ninguna clase. Unidos por la religión á los Arios del Norte, Dravidianos y Kohlarianos llegaron á maldecir sus propios antepasados con el nombre de «Demonios» y otros términos infamantes. Del mismo modo, en otras épocas de conversiones en masa, los cristianos, destructores de museos y bibliotecas, no vieron en los paganos de quienes descendían más que un montón de condenados, y los Arabes musulmanes representaron á sus padres del Hedjaz y del Nedjd como otros tantos monstruos.

Los movimientos de toda clase que se producían durante el curso de los siglos en la vida moral y religiosa, política y social de las poblaciones hindus, debieron propagarse, siguiendo naturalmente las líneas de menor resistencia, es decir, á lo largo de las vías cuya mayor facilidad de acceso transformó por esto mismo en caminos históricos, jalonados de distancia en distancia por grandes ciudades, centros de atracción naturales para el comercio y la industria. El famoso camino del Noroeste, formado por la convergencia de las sendas que descienden de los pasos del Hindu-Kuch, se orienta por sí mismo hacia la zona de ricas campiñas que riegan las aguas que salen de los valles himalayos; y después franqueando el dintel de aluviones tantas veces removido por los ríos donde se paseaba la antigua Sarasvati, unas veces corriendo hacia el Indo, otras hacia el Ganga, entra en el territorio donde se enseñorea este poderoso río. Esta parte del trayecto entre el Pendjab y las fértiles llanuras del Este, de la cuenca del mar de Arabia á la del mar

del Bengala, hubo de tener en todo tiempo una importancia histórica y especialmente militar de primer orden, porque en esos luga-

N.° 242. Dintel del Hindostán.



1 : 10 000 000

0 100 300 600 Kil.

res la región fértil es estrecha, y el camino, encerrado entre las estribaciones del Himalaya, al Norte, y los primeros promontorios de las altas tierras del Sud, no podía separarse mucho á derecha ó

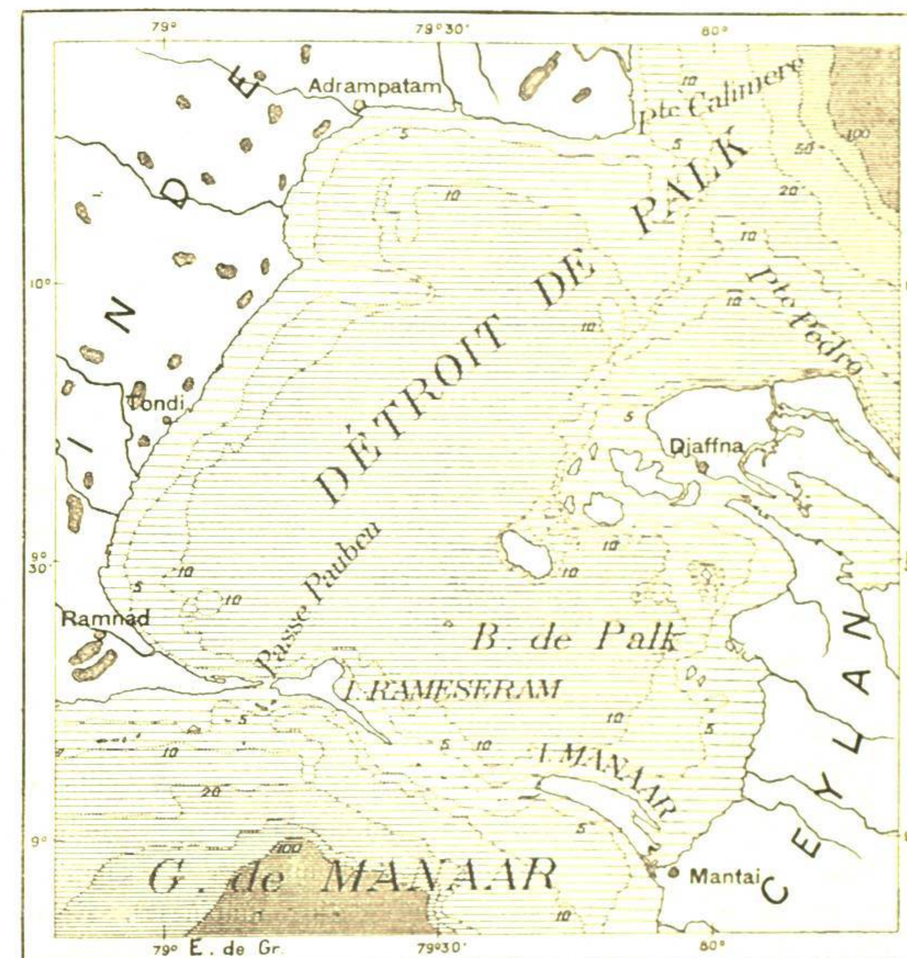
á izquierda: allí se encuentra el punto de contacto entre las dos grandes mitades divergentes del Hindostán septentrional, y, por consiguiente, el centro de dominación por excelencia.

Debido á esas circunstancias, ¡cuántos choques se produjeron en esta región entre los reyes ambiciosos del poder! Allí, según las antiguas tradiciones recogidas por el Mahabharata, se libraron las formidables batallas entre los hijos de Kuru y los de Pandu, que decidieron de la suerte de la India. Por las mismas razones, conquista, posesión del poder, llamamiento del comercio al pasaje más fácil de mundo á mundo, hubieron de elevarse grandes ciudades á la proximidad de esos campos de batalla. Allí mismo se levantaban hace treinta y cuatro siglos, y probablemente también en época anterior, las murallas de la «Ciudad de los Elefantes», Hastinapura, esa Troya hindu que se disputaron los héroes de la leyenda y que el Ganga acabó por cubrir con sus aguas. Más al Sud, sobre las orillas del Djamna, brilla Delhi, la ciudad siete veces santa, que los hijos de Pandu conquistaron sobre el pueblo de las Serpientes y donde plantaron una columna bañada en la sangre de las naciones vencidas. En la parte inferior del Delhi, los puntos vitales donde se concentraron los movimientos de la historia se suceden á lo largo del Ganga hasta el golfo de Bengala.

Otro camino histórico, indicado de la manera más evidente, se desprende de la vía principal del valle gangético para dirigirse al Oeste y al Sudoeste por el río Son, continuado, al lado opuesto de una arista poco elevada, por el río Narbada: de ese modo los dos golfos que bañan la península están unidos por un camino natural que contornea fácilmente las montañas. La cresta de la meseta, que se termina bruscamente por precipicios ó pendientes rápidas sobre las campiñas costeras del Konkan y del Malabar, constituye también una vía mayor á la cual se unen, por una parte, los caminos en cornisa ó en grados bruscos que descienden por las brechas ó «ghât» hacia los puertos del litoral, por otra parte, los largos caminos de pendiente suave que van á unirse á la costa de Coromandel. En todas partes ciertos rasgos del relieve primitivo han indicado el punto donde debían trazarse las primeras sendas, destinadas á ser un día amplios caminos. Por último, la isla de Ceylán estuvo evidentemente

unida al continente por una vía trazada ya por la nación durante las edades prehistóricas: el «puente de Rama», que la fábula nos dice haber sido echado á través del estrecho por los monos de Hanuman, aliados del ejército de los Arios conquistadores.

N.° 243. Puente de Rama.



Hay que tener en cuenta que la red de los caminos históricos de la India se halla absolutamente separada del resto del Asia por las aristas de montañas que se suceden al Norte, limitando las altas mesetas del Tibet. Sin duda esas aristas no fueron un obstáculo

infranqueable, y en todo tiempo pasaron de una á otra vertiente mercaderes, peregrinos y hasta viajeros curiosos de saber; pero ese movimiento de vaivén no tuvo bastante importancia para que pueda atribuirse á esas vías precarias de comunicación un carácter histórico en las relaciones de pueblo á pueblo y en el equilibrio general de la civilización. La última vía mayor de las naciones, al este de la garganta de Bamian y de los pasajes próximos, es la que pone en relación el alto valle del Indo con el del Tarim, en Kachgaria, sobre las peligrosas y estrechas aristas del Kara-Korum: allá al menos la travesía de las nieves y de los hielos es relativamente corta, hallándose indicado el sendero que siguen penosamente las caravanas por el vuelo de las aves de paso. Al otro extremo de las cadenas himalayas, es preciso ir hasta las regiones septentrionales de la Barmania, limítrofes de la provincia china de Yun-nan, para hallar otra vía histórica, el «camino de oro y de plata» que pone en comunicación normal los dos mundos de la India y de la China: entre los dos caminos divergentes del Este y del Oeste no hay menos de 3000 kilómetros á vuelo de pájaro. Tal es la longitud del muro que tuvo tanto tiempo casi completamente separadas las dos civilizaciones principales del Asia.

Demasiado elevadas para que se las franquease fácilmente, las aristas himalayas lo eran también para que las gentes de las llanuras bajas y las de los montes elevados pudiesen entrar en conflicto. Respecto de este punto, el Himalaya constituye una excepción entre las montañas de la Tierra. En todos los países del mundo donde las llanuras ó las «faldas de los montes» están dominadas por cordilleras ó mesetas de una altura moderada, los habitantes de las campiñas inferiores tienen que temer las incursiones de los montañeses. Estos, avecindados en las rocas, como los cuervos, amenazan siempre á los productores despreciados, pastores ó labradores que vigilan sus ganados ó se inclinan sobre los surcos. Pero los montes del sistema himalayo se elevan demasiado hacia el cielo para que las poblaciones de las campiñas gangéticas hayan de temer á los Tibetanos y otros habitantes de la mesetas superiores. Así es como los animales chicos y grandes del Ecuador, que viven en las llanuras y en vertientes de los montes á menos de 2700 metros de altura, se ven

libres de las garras del condor: la poderosa ave que vuela sobre los Andes no puede descender al aire pesado de las tierras inferiores, y hasta muere cuando se le lleva en jaula al litoral. Es verdad que los Tibetanos, acompañados de soldados chinos, descendieron al Nepal en 1792, pero su vanguardia no llegó á la llanura baja: se detuvieron en los jardines de Nayakot, cerca de Khatmandu, á 700 metros de altitud, y luego se apresuraron á remontarse á sus alturas. No sería probablemente ésta la única incursión realizada en la corriente de los siglos; pero, en resumen, los salteadores temidos por los campesinos de abajo no son los de las altas cumbres, sino los vecinos inmediatos de las estribaciones. Como en el curso de la vida, en que los porta-luz se transmiten la antorcha de mano en mano, sobre las pendientes del Himalaya los choques de guerras se propagan de arriba abajo por mediación de pueblos diferentes.



MUJER MERWARI VESTIDA DE FIESTA (DESIERTO DE THAR)

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

El centro de gravedad de las poblaciones arianizadas no estaba ya en la cuenca del Indo y se había trasladado á la del Ganga, en el Audh y el Bengala actuales, cuando, en una época evaluada por la mayor parte de los cronólogos á treinta ó treinta y un siglos antes de nuestro tiempo, tuvieron lugar en la India meridional y Ceylán las grandes campañas de invasión que sojuzgaron, al menos temporalmente, los habitantes kohlarianos y dravidianos á los Arios del Norte. Una nueva generación de dioses reinaba ya en el cielo: Indra se retiraba á un segundo término, mientras que Vichnu y Siva llenaban el mundo con sus milagros. Unos pueblos hasta entonces desconocidos se

muestran en la historia, pero las narraciones, transmitidas de boca en boca durante siglos, han perdido toda precisión histórica: los enemigos vencidos reciben nombres de diablos y de dragones; hasta los aliados de los nobles Arios son tenidos por animales, harto dichosos con ser iluminados por los rayos emanados por la faz del soberano, Rama, el rey de la dinastía solar. Los «monos» de Hanuman fueron seguramente una de esas naciones asociadas á las expediciones arias de conquista. Un viajero[1] se pregunta si no ha de verse en esos compañeros cuadrumanos de Rama unos pueblos de la Indo-China que se distinguen por la forma de los pulgares de sus pies, distintos y oponibles. El nombre antiguo del Annam fué durante mucho tiempo la denominación china de Van-Lang, «Reino de los Pulgares sueltos». Como quiera que sea, la conquista aria terminó triunfalmente: la ciudad legendaria de Lanka, donde la divina Sita se hallaba encerrada, recibió, no sólo los guerreros, sino también los inmigrantes procedentes de las regiones arianizadas del Ganga, porque las lenguas de origen ario, el pali y el sanscrito, han influído mucho más sobre el lenguaje de los insulares que sobre los lenguajes de la India peninsular continental. El cinghalés está clasificado por todos los etnólogos entre los idiomas de la gran familia irania.

Después de las guerras de conquista vienen las guerras civiles. La dinastía solar y la dinastía lunar entraron en lucha por la posesión del imperio, y si se ignora el detalle de los acontecimientos durante el terrible conflicto, porque la epopeya de Mahabharata puede ser interpretada de muy diversas maneras por la geografía y la historia, al menos se sabe que entonces se hicieron grandes cambios en el equilibrio de las naciones hindus. Una leyenda muy curiosa desde el punto de vista de la geografía histórica refiere que el dios Agni Vaiçvanara, el «Fuego del Sacrificio», camina al oriente de la divina Sarasvati y alumbra triunfalmente sobre todos los ríos; pero llegado al río Sadanira, que desciende tumultuosamente de las gargantas de los montes septentrionales, se detiene mucho tiempo, incapaz de franquear la rápida corriente. Según Weber, el Sadanira es el río Gandaki, que sirve actualmente de límite entre el Audh,

[1] Paul d'Enjoy, *Les Pédimanes*, «Revue Scientifique», 28 Mayo 1899.



CARRETA INDIA PARA LAS MUJERES

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

el antiguo reino de Rama, y el Bengala, que habitaron durante largo espacio de tiempo unos pueblos paganos y donde se hallan aún numerosas tribus no arianizadas. Pero después de esta detención temporal, el fuego tomó nuevo impulso para ir á purificar las tierras orientales, porque en la India, dicen los sacerdotes, el suelo ingrato se vuelve fecundo, no, como en el resto del mundo, por la actividad del campesino que labra y cerca con fosos sus campos, sino por los sacrificios purificadores de los brahmanes[1].

En esta sociedad de los Arios de la India, adoradores del Fuego, y sobre todo observantes de las fórmulas, todo, hasta la guerra, estaba regido por las órdenes de los sacerdotes. Antes de la batalla, los combatientes habían de recitar los «deberes del soldado», tales como se hallan reproducidos en las leyes de Manu y en un tratado militar que se cree posterior al Mahabharata. Por lo demás, preciso es decirlo, el «código del honor» era más humanitario entonces

[1] Hermann Oldenberg, *Buddha*, ps. 10 y 11.

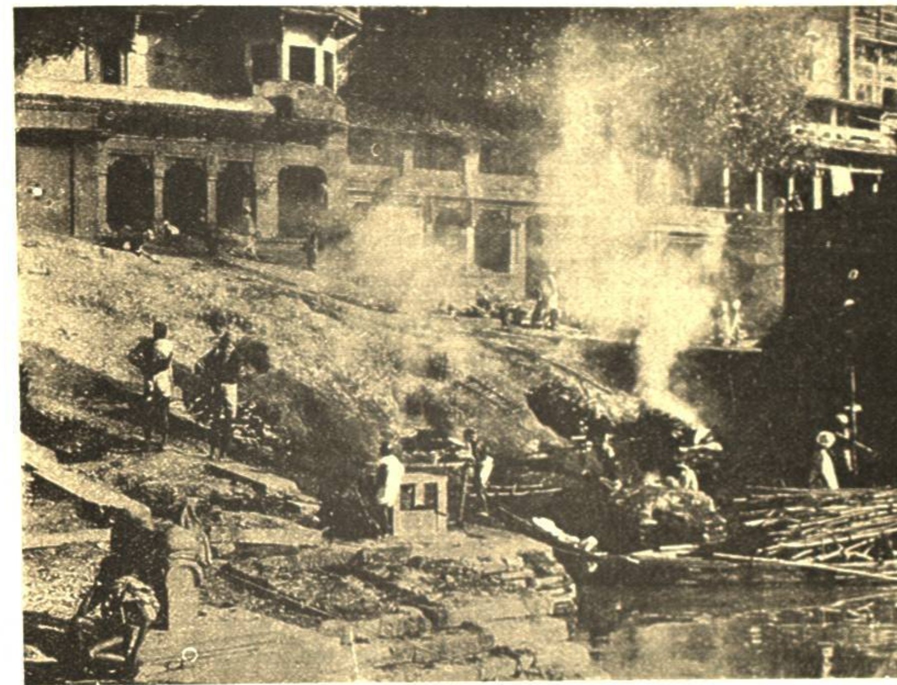
que el de nuestros días. El rey que se digna combatir no tiene derecho á herir por medio de cañas con estilete, con flechas dentadas ó envenenadas, ni con tiros inflamados. «Que no hiera enemigo que huye sobre una altura, ni un eunuco, ni un suplicante, ni un escapado, ni á un hombre sentado, ni al que exclame: «Yo soy tu prisionero». Que no hiera tampoco al que duerme, ni al guerrero que ha perdido su cota de malla, ni al hombre desnudo; ni tampoco al que está desarmado, que mira el combate sin tomar parte en él ó que ha sido sorprendido por otro enemigo. Que no hiera al hombre á quien se le han roto las armas, ni al que está debilitado por el dolor, ni al que está gravemente herido, ni al que tiene miedo; acuérdese siempre del deber de un leal guerrero... Sólo aquellos que tienen armas iguales pueden combatirse: el hombre que lucha en carro no puede atacar á otro adversario que no sea un guerrero que lucha también en carro; el caballero puede dirigirse únicamente contra otro caballero; los infantes deben batirse contra los infantes»[1].

Á pesar de las violencias que dominan naturalmente en el estado de guerra, esos preceptos eran generalmente observados, no por bondad de alma, sino porque la diferencia de las castas había entrado en la substancia misma del pensamiento. Los Griegos que visitaron la India después de la invasión de los Macedonios se admiraban de ver al labrador dirigir tranquilamente el arado cuando cerca de él dos ejércitos enemigos estremecían el suelo[2]. Pero esta filosofía práctica del humilde campesino era debida á que no tenía el menor interés en la victoria ni en la derrota del uno ó del otro partido. Hombre de casta inferior, fatalmente extranjero á todos, no tenía patria, y todos aquellos á quienes veía luchar por la posesión del suelo eran para él igualmente enemigos. Jamás en ningún otro país de la tierra se había producido tan claramente la división de los hombres en especies artificiales esencialmente distintas.

Se ha querido explicar el nacimiento de las castas por la preocupación prudente de legisladores que editaban prescripciones para

[1] E. W. Hopkins, *The social and military Position of the ruling Caste in India*, p. 227; Ernest Nys, *l'Inde Aryenne*, p. 24.

[2] Megasthènes; Irving, *Theory and Practice of Caste*, p. 75, citado por Oldenberg, *Buddha*, p. 12.



INCINERACIÓN DE LOS CADÁVERES EN BENARES

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

conservar la pureza de la sangre: «la higiene de la raza», tal hubiera sido la razón de ser de esa rigurosa institución; de ese modo habría perfecta coincidencia entre las medidas de preservación ordenadas por la ley de Manu y los consejos dados por los higienistas modernos[1]. Sin embargo, las reglas formuladas por las leyes respecto de los matrimonios, se refieren, no á las uniones contraídas de una casta á otra, sino á las que se hacen en una misma casta, y en cuanto á los cruzamientos de pueblo á pueblo, de raza á raza, ¿no prueba sobradamente el experimento practicado en el mundo entero que la mezcla de las sangres puede hacerse en muchas circunstancias, no sólo sin inconveniente, sino también con resultados muy favorables para el mejor desarrollo de la especie? ¿No son las naciones más civilizadas precisamente aquellas que han atraído á su seno más hombres de todo origen y que, por consecuencia, han sido más ínti-

[1] Sir J. Fayrer, *Preservation of Health in India*.

mamente removidas y refundidas hasta constituir en cada hombre todas las razas del universo? Pero esas mezclas se realizan al azar, y puede preguntarse cuáles son las mezclas justificadas por la excelencia de los resultados, y cuáles, por el contrario, las que la Naturaleza reprueba. Sobre este punto, la ciencia dista mucho de estar hecha; sin embargo, puede decirse que es á lo menos audaz y contrario á la experiencia general, pretender que, estableciendo las castas, los Arios de la India se daban cuenta razonada de las consecuencias étnicas que producirían los cruzamientos.

Pero dejando á un lado las hipótesis de «nacionalistas» y patriotas, defensores de una supuesta pureza original de su raza, es necesario estudiar los hechos mismos. Así considerados, los orígenes de las castas son múltiples. Es indudable que la conquista entró en gran parte en la formación de ese régimen: el nombre mismo de las castas — *varna* ó color, — parece indicar que, cuando la invasión de los Arios, las clases se superpusieron según el color de la piel entre los conquistadores y los conquistados. Los primeros eran los blancos; á continuación é inferiores á ellos venían los rojos, los amarillos y los negros, y, aunque esta división sea bajo muchos aspectos muy arbitraria, responde, no obstante, de una manera general á la realidad: los invasores se distinguían, en efecto, por el matiz blanco ó blanquecino de la piel, en tanto que las poblaciones dominadas presentaban en su gran mayoría tipos de matices más obscuros, y los vencedores no dejaban nunca de exagerar las diferencias de esa clase en provecho de su vanidad. Pero la conquista no fué sino el principio del régimen de la casta: la opresión del amo, continuando durante siglos y siglos, hizo de ella una institución aceptada por todos, la transformó en un dogma religioso, en una especie de fatalidad de apariencia ineludible y acabó por modelar la sociedad toda entera siguiendo un plan jerárquico cuyas líneas pudieron creerse definitivamente fijadas.

Según los comentadores clásicos, la sociedad hindu se dividió desde sus orígenes en cuatro castas bien concretas y limitadas: los sacerdotes Brahmanes, los guerreros Kchatryas, los pastores ó agricultores Vaiçyas, y, por último, los Sudras, gentes de orden inferior que se ocupaban de diversos oficios reputados sin nobleza. Esas

cuatro castas de desigual dignidad eran, no obstante, «puras», puesto que salían todas de diversas partes del cuerpo de Brahma. Debajo de ellas bullía la multitud de los «impuros», de los bárbaros y de los diablos que ni siquiera merecían ser clasificados entre los hombres. Sin embargo, esta división es puramente teórica y no corresponde en manera alguna á la realidad, porque cada pueblo de la India ofrece siempre una diferencia en el número y la jerarquía de las castas según las diversidades de origen, de emigración, de oficios, de tradiciones, de costumbres y de religión; los escritores griegos y latinos, en vez de enumerar cuatro castas, cuentan siete, y su número varía en cada provincia, elevándose en algunas á decenas y en otras á centenas; en el Bengala, país de conservadorismo á todo trance, se hallan inscritas más de mil castas en los documentos oficiales, y con las subdivisiones existirían muchos miles; rigurosamente circunscrita en sus límites alguna casta, se compone solamente de dos individuos, de tal modo ha sido llevado al extremo y al absurdo el tra-



Cl. Giraudon.

AGNI

dios del fuego, sus dos cabezas representan el fuego doméstico y el fuego del sacrificio. Lleva á los dioses el humo de los altares y las oraciones de los hombres.

bajo de escisiparidad [1]. Hasta los animales fueron divididos en castas: la rata de las palmeras, que trepa á la cima de los árboles y se nutre de alimentos escogidos, pertenece á buena casta; el cuervo, ave lúgubre de la muerte, es considerado como ser de clase impura y vil.

Las primeras edades de la raza aria en la India no fueron ciertamente, á pesar de cuanto digan los Brahmanes interesados en el asunto, un período caracterizado por la dominación de los sacerdotes. Durante la conquista, el poder supremo perteneció sin duda á los guerreros, y los sacerdotes que les acompañaban sólo tenían un derecho secundario, el de rogar para que descendiera el favor de los dioses sobre las armas de sus señores: no se habla de una manera formal de las castas más que en un solo pasaje del Rig-Veda [2], aunque el conjunto de los textos hace constar ciertamente la existencia de grandísimas desigualdades sociales. En aquella época, la casta superior era aún la de los Kchatryas, pero con el ejercicio del poder, los hijos de los antiguos jefes de bandas, corrompidos por el goce de privilegios hereditarios, cayeron en la red de las maquinaciones y de las intrigas sabiamente tejidas por los astutos Brahmanes, aduladores de la monarquía. Haciendo gran ostentación de moralidad, comprendiendo en ella la benevolencia y la caridad hacia los pobres, los cantores, los poetas y los sacrificadores brahmanes terminaban siempre sus himnos por una petición de una franqueza casi cínica: «¡Dadme una casa rica en caballos, en vacas, en oro! ¡Dadme dos, diez vacas! ¡Dadme doscientas diez vacas! ¡Dadme diez millones de vacas! ¡Dadme por centenas, por millares, presentes sólidos!» [3] Así fué como acrecentando sus bienes, aquellos mansos hombres, aunque no reinando en persona, llegaron á ser, no obstante, los dueños del país y repartieron estrictamente la masa de la población hindu en esa extraña jerarquía de clases claramente separadas las unas de las otras, y obligadas á abandonar toda idea de derecho personal y de iniciativa, para no tener otro ideal que el de «guardar sus distancias».

Del Audh, que fué el centro del arianismo dominador, el sistema

[1] Nelson, *Madura Country*.
[2] Z. A. Ragozin, *Vedic India*, p. 281.
[3] *Rig-Veda*. Trad. de Langlois.

de las castas se extendió por toda la India hasta la extremidad meridional de Ceylán. No existe palabra en ningún lenguaje dravidiano para expresar la idea de la separación absoluta de los hombres en grupos irreductibles: el término *jati*, empleado en el país, es, como la cosa misma, de importación aria. ¡Regalo terrible de los «civilizadores!» [1] Los invasores procedentes del Norte fueron quienes, colocándose á la cabeza de la sociedad para vigilarla en silencio, atribuyeron á cada clase, en la división del trabajo, una tarea constante, inmutable, unida al individuo como su osamenta y su piel. En cuanto á los Brahmanes, están por encima de toda casta; llevan sobre el hombro el hilo de cuatro hebras que los hace «dioses sobre la tierra». Ellos son los depositarios de la voluntad y del poder; «ellos quienes tienen las llaves del paraíso y del infierno». «En mi voluntad, dice el brahmán, en mi voluntad tomo tu corazón y tu pensamiento sigue mi pensamiento». «Hasta mendigando el brahmán es superior á los reyes». El soberano que han consagrado los sacerdotes como dueño del pueblo no es su dueño; los sacerdotes no



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

BRAHMÁN Y BRAHMINE EN TRAJE DE SACRIFICIO

Fragmento del carro sagrado destinado al paseo de los dioses.

[1] William Logan, *Malabar*, Madras, 1887-1891.

obedecen más que al soma [1], es decir, á su inspiración. El licor sagrado era para ellos, no la bebida que embriaga al pueblo, sino su voluntad, su puro é infalible capricho.

Gracias al aislamiento relativo en que se hallaban los Arios de la India sub-himalaya, viviendo alejados del mar y careciendo de relaciones, altaneros y reservados como eran, sino con las poblaciones despreciadas de los contornos, su evolución moral y religiosa se iba efectuando, por decirlo así, en vaso cerrado: así había de llegar plenamente á su término lógico, puesto que no había tenido ocasión de mezclarse con elementos extraños, y en efecto, la casta de los sacerdotes no tomó en parte alguna tan gran imperio, aun sin haber de apoyarse sobre el «brazo secular», por la pura ilusión de la autoridad divina que les aseguraba el consentimiento universal.

El aislamiento absoluto de los Brahmanes, adquirido no solamente por el nacimiento, sino también por el estudio, por la obediencia á los profesores y la sumisión á las fórmulas, frecuentemente por el desprendimiento y las maceraciones, no llegaba, no obstante, á hacerles dichosos, y, aun siendo dioses, tenían que buscar esa felicidad que había huído de ellos. Tal fué ciertamente una de las causas de la gran revolución religiosa que se produjo bajo el nombre de budhismo, aunque esta causa sólo obrase sobre los hombres que estaban en condiciones necesarias para entregarse á las especulaciones intelectuales: una revolución profunda que remueva la masa entera de la nación, no podía hacerse sin que brotara del fondo mismo de las condiciones sociales. Si los orígenes esenciales del movimiento búdhico han sido olvidados y hasta ignorados, débese á que los historiadores á quienes faltan datos precisos del tiempo se inclinan á contentarse con los únicos vestigios auténticos y seguros que tienen á su disposición: estudian solamente los dogmas y las enseñanzas religiosas, la organización eclesiástica, los mil detalles subsiguientes de las luchas que siguieron á los acontecimientos desconocidos de la explosión primera. Y esta manera de proceder les expone á engañarse por completo, es decir, á confundir el fin con

[1] H. Oldenberg, *Buddha*, ps. 14. 15, etc.

el principio, á ver la evolución regresiva en lugar del período de formación, á estudiar las instituciones salidas del movimiento y no las razones mismas que le determinaron. Se hallan en la situación de un pintor que, no habiendo penetrado jamás en una ciudad espléndida, se ingeniase en representar su aspecto en vista de las callejuelas y los senderos de los arrabales.

En esas condiciones, la ilusión de la óptica intelectual es fatal, con mayor motivo si se considera que por el desarrollo mismo de las ideas en fermentación, la lucha de las fuerzas toma caracteres muy diferentes en el origen de los acontecimientos, en el corazón del conflicto y hacia el período de retroceso que sigue á la crisis. Lo que se hubiera presentado al principio como una revolución social no parece ser al final más que una simple restauración del antiguo estado de cosas.

Se ha podido hacer constar ese contraste de las ideas de una manera notable á propósito del budhismo hindu. Ordinariamente no se estudia más en este acontecimiento capital que la persona legendaria ó hasta completamente mítica de su fundador, que la significación precisa de los dogmas ó hasta de tal ó cual palabra empleada por sus codificadores ó comentadores; pero el budhismo tiene su importancia como revolución mayor, moral y social, y para darse cuenta de ello es necesario evocar el pasado de las edades que precedieron á este período, exponer cuáles eran los elementos sociales existentes á la sazón y de qué manera se establecía el equilibrio.

Sabido es que las poblaciones dominadas eran entonces muy desgraciadas en la India y que la clase dominante había logrado, sistematizando la división por castas, hacer que se aceptase su servidumbre por la mayor parte de los vencidos. La triste multitud de los «diablos», de los «cerdos», de los «perros», como se denominaba á los autóctonos envilecidos, se colocaba, dolorosa y resignada, en las gradas inferiores de la gran pirámide jerárquica; pero hubo rebeldías en que la transición de la independencia á la esclavitud fué demasiado brusca, y es un hecho notabilísimo que el punto de origen de la religión búdhica fué precisamente la comarca situada al oriente de ese río Sadanira, durante tanto tiempo infranqueable

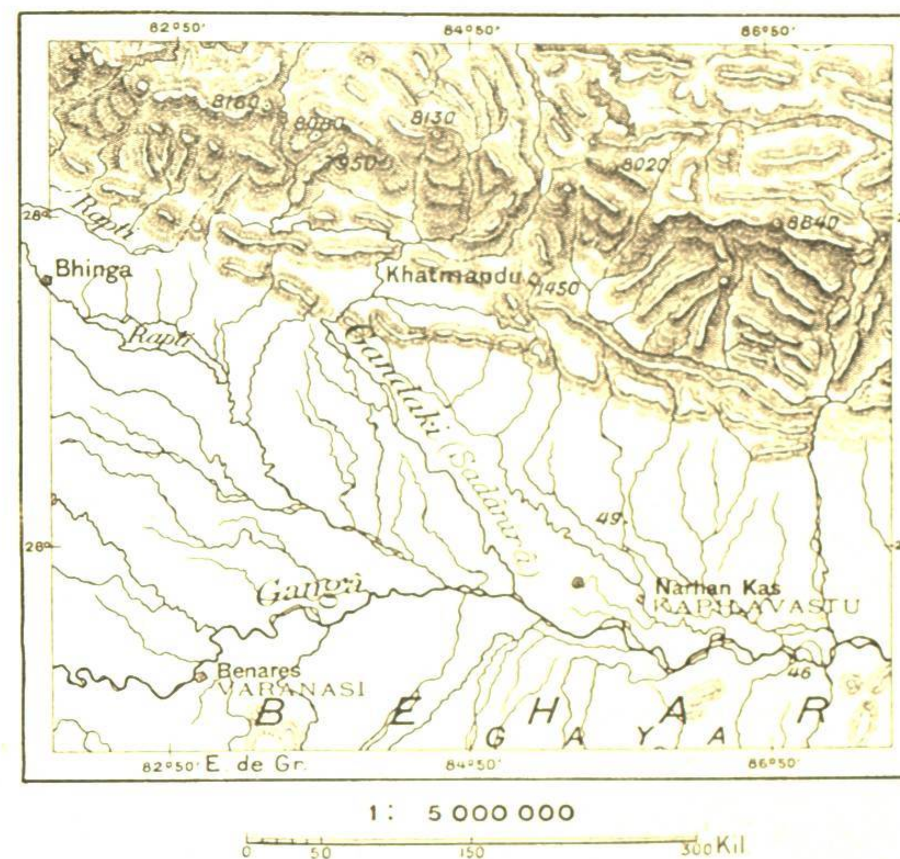
á los invasores arios [1]. Después de haber resistido primeramente por las armas, los habitantes de esos países opuestos á la servidumbre continuaron la lucha en otro terreno, el del pensamiento y de la voluntad. Tal fué la génesis de la revolución búdhica que tendía hacia un ideal de igualdad, hacia la supresión de las odiosas castas. Verdad es que después se constituyó gradualmente una nueva casta, la de los sacerdotes budhistas, que se esforzó en representar esa revolución como una sombra sin cuerpo, para despojarla de todo carácter económico y social, dándole una significación puramente ideal y mística: toda Iglesia cuida piadosamente de ocultar sus orígenes revolucionarios.

Conócese la leyenda: en una época indeterminada, pero evaluada por término medio en unos veinticuatro y medio ó veinticinco siglos antes de nuestro tiempo [2], cuando, por un movimiento paralelo se hacían con Pitágoras y otros filósofos tentativas de sociedades ideales en las comarcas ribereñas del Mediterráneo, nació en Kapilavastu, al borde de un torrente que desciende del Himalaya hacia el río Ganga, un noble, quizá un príncipe, Siddhartha, de la familia de los Çakya ó de los «Poderosos». Se casó y tuvo un hijo, tradición que favorece la idea de la existencia real del personaje Budha, porque los discípulos dejados á su libre inventiva, seguramente hubieran elevado su maestro por encima de esos estados, reputados como inferiores, matrimonio y paternidad. Hasta la edad de veintinueve años vivió en su palacio gozando de todo el bienestar aparente de una existencia suntuosa, pero la vista de todas las desigualdades sociales á las que él mismo contribuía por el solo hecho de su poder, y que imposibilitaba toda fraternidad humana, le roía como un remordimiento, y, saliendo de su rica casa, despidió todos sus chambelanes y servidores, vistióse con un traje de lo más pobre entre los pobres, abandonó el país de los Arios vencedores, atravesó el Ganga para dirigirse á los bosques del Sud, en medio de los Dasyus, desterrados y perseguidos, y allí vivió en la meditación y el desprendimiento. Algunos discípulos le acompañaban, brahmanes probablemente. Pero en vano buscó la paz durante seis, siete ó diez años,

[1] Hermann Oldenberg, *Buddha*, p. 11.
[2] *Ibid.*, p. 97.

según las leyendas: muchas veces debió luchar contra su desesperación, figurada en las imaginaciones populares por el dios de la Muerte.

N.° 244. India de los orígenes búdhicos.



Según Cunningham, la ciudad actual de Narhan Kas, está en el sitio que ocupó la antigua Kapilavastu; otros la buscan en la gran revuelta del alto Rapti.

Dícese que Gautama recorrió los campos y las ciudades del Ganga medio antes de llegar á Benares. Proclamaba la buena doctrina durante los ocho meses de estación seca, y, de Junio á Octubre, durante las lluvias, se ocupaba en formar discípulos para el apostolado.

Katmandu es la capital del Nepal donde un budhismo muy mezclado es, todavía en la actualidad, la religión oficial de una gran parte de la población.

Al fin comprendió que el hombre no se debe á su tristeza y que rumiar sus pesares, sus virtudes, su orgullo, su propia justicia, y saborear cómodamente una melancolía poética, olvidando sus hermanos que padecen allá lejos, que luchan y que sufren en el gran

combate por la existencia, es una forma vergonzosa y cobarde de egoísmo. Solicitado de rodillas por Brahma, que bajó del cielo para implorarle, abandonó las selvas de Gaya, y solo, porque sus discípulos escandalizados continuaron en su aristocrático desprecio del género humano, apareció en la gran ciudad de Benares predicando en las calles, en las plazas públicas y en las gradas que descienden hasta el río, la buena nueva de la fraternidad. No más reyes, ni príncipes, ni jefes, ni jueces; no más brahmanes ni guerreros; no más castas enemigas que se odien recíprocamente; ¡hermanos todos, camaradas, compañeros de trabajo en común! Todos los seres se equivalen según el Budha, las plantas, los animales, los hombres, lo mismo los viciosos que los virtuosos, y cada uno de nosotros no debe tener otra ambición que la de hacer bien á todos. Nadie debe enorgullecerse, nadie ha de humillarse, cada uno está en su lugar, toda jerarquía está suprimida: ya no queda papel para que lo represente la autoridad, ese hecho brutal que los amos consideran como un «principio».

Se ha querido negar al Budha y aun á todo Hindu, hijo de Ario ó hijo de Dravidiano, toda veleidad revolucionaria dirigida contra el mismo sistema de la casta, es decir, contra la desigualdad social. Según Oldenberg, «todo pensamiento de reforma en la organización del Estado, todo sueño de un ideal terrestre, de una piadosa utopia referente al derrumbamiento de las instituciones, es absolutamente extraño al budhismo»[1].

Esta afirmación sería indudablemente justificada si nos atuviéramos á las enseñanzas que nos han transmitido los discípulos de los discípulos de Budha; porque después que hubo desaparecido la primera veneración de los entusiastas, y que, por la fuerza de gravedad, la sociedad removida en sus profundidades hubo recobrado su equilibrio, poco diferente del que había precedido la crisis, ¿no era inevitable que la interpretación se hiciese de manera que diera el sentido de los acontecimientos anteriores de conformidad con la contrarevolución que después se había realizado? Se negó toda intervención consciente y voluntaria de parte del pueblo despre-

[1] Obra citada, ps. 155 y 156.

ciado; no se quiso admitir que la multitud de abajo hubiese atacado las nobles instituciones de las castas superiores, y, por una operación de alta alquimia en que se reconoce perfectamente la habilidad de los sacerdotes, trató de darse un sentido puramente moral y mítico á la igualdad tal como la comprendía Siddhartha. En un discurso de los intérpretes, la revolución toma un carácter estrictamente espiritual: «Así como los grandes ríos, por muchos que sean, el Ganga, el Djamna, el Aciravati, el Sarabhu, el Mahi pierden sus antiguos nombres cuando entran en el Océano y no tienen otra denominación que la de «Vasta Mar», así, oh, discípulos, esas cuatro castas, los Nobles y los Brahmanes, los Vaiçyas y los Sudras pierden el nombre y la raza cuando, conformándose con la doctrina y con la ley proclamada por el Budha, renuncian á la patria y se desprenden de la tierra».

Por una sutilización análoga de todo lo que se refiere á la desigualdad social, á la pobreza y á la enfermedad, los comentadores budhistas no han visto en los «cuatro deberes» de la enseñanza inicial más que deberes puramente morales, en tanto que el sentido natural de esta enumeración parece haberse circunscrito á lo que se llama en nuestros días la «cuestión social». Estos cuatro deberes son: «conocer el sufrimiento, estudiar sus causas, querer su supresión y hallar el remedio».

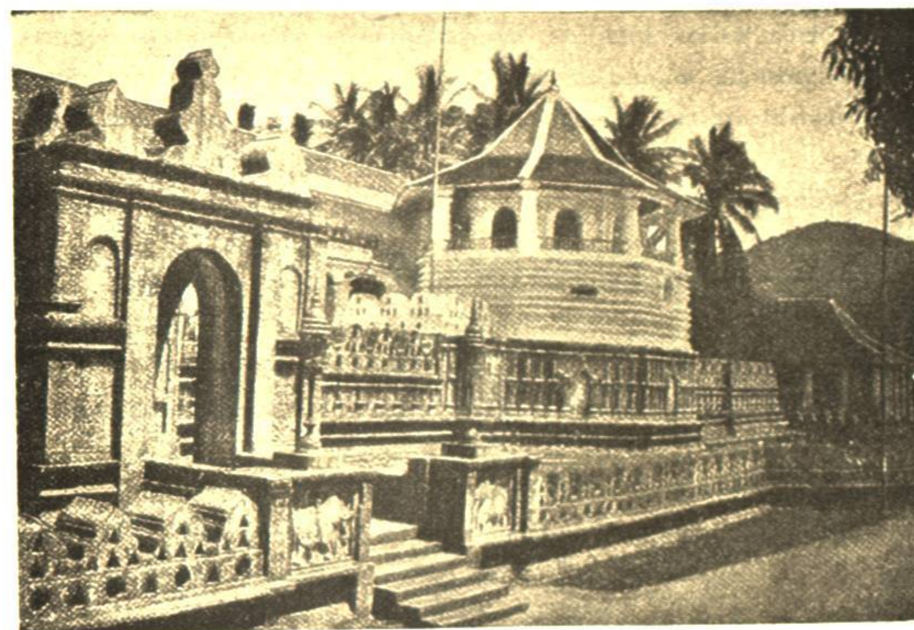
Más aún: como el equilibrio moral trae consigo la supresión de todo deseo, se inclinó fácilmente la enseñanza búdhica hacia el pesimismo, hacia la muerte voluntaria y la supresión de la familia. «El asceta Gautama ha venido, dice un comentario, para traer la falta de hijos, la viudedad, el fin de las generaciones»[1]. La humanidad misma hubiese sido condenada á muerte. Resultaba de esta tendencia, derivada del budhismo primitivo, cierto rebajamiento de la mujer, considerada como la tentadora temible; las mujeres no eran admitidas tan fácilmente como los hombres en el número de los sectarios del Budha: sus conventos se tenían como inferiores en dignidad á los que habitaban los frailes. Hasta el dogma llegó á establecer que la mujer no podía elevarse al rango de Budha sino á condición de renacer en el cuerpo de un hombre[2].

[1] Max Schreiber, *Buddha und die Frauen*.
[2] *Ibid.*; — G. Oppert, *Globus*, 10 Diciembre 1903, p. 352.

La reacción era fatal por varias razones, unas inherentes al mismo budhismo, otras procedentes de los ataques del exterior. En primer lugar una rebeldía dirigida nada menos que á la abolición de las castas debía por consecuencia lógica llegar hasta la desaparición de los seres imaginarios que pueblan el cielo. En lo sucesivo el prudente había de buscar el móvil de sus acciones, no en la voluntad de los clérigos considerados como intérpretes de la divinidad, sino en sí mismo, en su anhelo de justicia y de bondad, haciendo consistir su religión, no en la obediencia, en la esclavitud del juicio, sino en la dignidad de su propia vida y en el amor perfecto de sus semejantes, de todos los seres animados.

El ideal era grande ciertamente, pero no podía realizarse sino muy parcialmente en una sociedad fundada sobre una concepción tan diferente de las cosas. Levantar todo el peso del pasado, derribar á la vez todas las instituciones malas, renovar el concepto mental y la práctica de los hombres, era obra demasiado grande para unos propagandistas á quienes faltó rápidamente el entusiasmo del principio, y, por tanto, hubo de manifestarse necesariamente un doble movimiento de reacción: en unos sencillamente por traición, por el paso interesado al campo de los brahmanistas enemigos; en otros por la claustración miedosa, el cenobitismo, la huída del individuo fuera del mundo.

En el sitio mismo de la selva donde Siddhartha se había refugiado, se elevaron templos en honor del «anacoreta» por excelencia, designado desde entonces bajo el nombre de Çakya-Muni. El país donde el rey convertido en mendigo había proclamado la igualdad de los hombres, no tardó en convertirse en comarca de parásitos privilegiados que vivían en los monasterios: de ahí el nombre de Vihara «Tierra de los Monasterios», nombre que subsiste aún. Esa tierra es la provincia de Bahar. Por la renuncia á las luchas del mundo miles de hombres pensaban alcanzar ese equilibrio del Nirvana que el Budha quería obtener por el continuo y triunfante esfuerzo. Parece, en efecto, natural á los débiles sustraerse al combate de la vida, del cual se sale siempre, si no vencido, al menos mortificado; paréceles bien confiarse en su melancolía, en la tristeza de las cosas, ó sino en la satisfacción de su justicia. Vivirán en lo sucesivo en su retiro, en medio de los ár-



TEMPLO DE BUDHA EN LA CUMBRE DEL PICO DE ADAM

De una fotografía.

(Véase página 185)

boles y de las flores, lanzando sobre la extensión del mundo una mirada desdeñosa, haciéndose una nueva armonía de las cosas por la evocación solitaria, ó buscarán el reposo infinito del pensamiento, pero sin exponerse al espectáculo, al drama del suicidio, que necesita cierta actividad: se dejarán morir. ¿No es esa renuncia del que antes era revolucionario, una traición, equivalente á la del tunante que se coloca entre los satisfechos?

Además, el odio de los enemigos directos hizo el resto para la destrucción del budhismo. Los privilegiados de la raza, del nacimiento y de la fortuna que no querían rozarse con la turba de los Sudras y de los Tchandalas, con los «perros» y los «cerdos», no podían tolerar las nuevas ideas de igualdad. Pero de pronto se apresuraron á conceder á los discípulos la glorificación del apóstol, en cuanto éste hubo desaparecido y no hubo ya temor de verle terminar su obra. Se le transformó en un personaje más que divino, se hizo de él un «Budha», es decir, «despierto», «ilustrado», «sabio». Se pretendió que era la novena encarnación de

Vichnu, una de las divinidades supremas; todos los actos de su vida fueron otros tantos milagros, sus palabras se cuajaron en dogmas, y nació todo un mundo de sacerdotes para codificar su doctrina y para reconstituir las instrucciones del pasado bajo nuevas denominaciones. Así vemos el budhismo fundirse gradualmente en el antiguo brahmanismo, hasta cuando triunfa en apariencia.

Porque, en efecto, hubo un momento de triunfo oficial, trescientos años de la fecha probable del nacimiento de Çakya-Muni; así como después, por un movimiento paralelo, el emperador Constantino había de matar el cristianismo inaugurándole como religión del Estado, así también un rey de Behar, Açoka, dió el carácter oficial al culto de Budha, nombrando 64 000 sacerdotes, verdaderos funcionarios religiosos con sueldo regular del presupuesto. Él también, como lo hicieron sus imitadores inconscientes, los emperadores de Bizancio, reunió concilios para fijar los dogmas, para determinar el valor preciso de las palabras y quitarles todo carácter que no fuese puramente místico, hizo revisar el canon de las «Buenas Nuevas» ó Evangelios para no recopilar más que las ideas aceptadas en alto lugar; estableció un ministerio de inquisición para velar por la pureza de la fe, y, como los misioneros españoles en el Nuevo Mundo, lanzó edictos á los pueblos bárbaros para obligarles á seguir su culto.

Sin embargo, preciso es hacer constar que aún quedaba en el mundo búdhico algo de los principios de dulzura y tolerancia que había profesado el Budha, y que desde luego correspondía perfectamente á los sentimientos naturales de la población agrícola, habituada á la vida dulce y pacífica de los campos, rimada por la cadencia de las estaciones. Aunque las castas hubiesen sido restablecidas, todas las proclamaciones reales hablaban de la fraternidad humana y del deber de esparcir la instrucción entre las mujeres y los niños lo mismo que entre los hombres. Á lo largo de los caminos se construyen fuentes y se plantan filas de árboles frutales para los viajeros. Todas las ciudades tienen sus hospitales para los hombres y para los animales enfermos. Los reyes, en grandes fiestas convidaban á su pueblo y á los extranjeros, y el inmenso banquete era presidido por el rey revestido de harapos; pero aquel hombre ha-

raposo no dejaba de ser el amo, y aquella comida en común no procedía de la cosecha colectiva, sino del impuesto cobrado por los exactores.

Cuarenta inscripciones grabadas sobre pilares y rocas á la entrada de las cavernas tenidas por santas recordaban sus deberes al pueblo y le excitaban á la propaganda religiosa, no por la espada, sino por la palabra. Todavía existen algunos de esos sermones lapidarios y atestiguan el celo que animaba en aquella época á los misioneros encargados de esparcir la verdadera fe, y en verdad que habían de ser impulsados por una fuerza singular aquellos apóstoles que supieron adaptar quinientos millones de hombres á las formas exteriores del budhismo. Hasta en el Pamir, en Tach-kurgan, el «Pierre-mont», donde en todo tiempo se han detenido los viajeros y peregrinos, se han descubierto los vestigios de un antiguo *stupa* que se supone constituído por Açoka [1].



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

SURYA

también llamado Savitar ó Savitri, dios del Sol.

Pero en la misma península de la India desapareció casi completamente el culto de Budha, sin duda por medio de algunas pe-

1. A. Stein, *Report on a Journey of... Exploration in Chinese Turkestan.*

queñas persecuciones, aunque efectuadas de una manera muy pacífica. Sin embargo, los efectos de la revolución social y moral producida por el quebrantamiento temporal de las castas habían sido tan poderosos, que renovaron la sociedad entera. En virtud de aquel enérgico llamamiento á la individualidad humana, se vió por todas partes erigirse hermosos templos ornados con estatuas, y elegantes dagobas coronaron las cimas de las rocas y de las montañas. La poesía y la ciencia tuvieron entonces su gran época: Panini compuso su gramática, que llegó á ser el modelo de todas las otras obras del mismo género, y los rapsodas empezaron á cantar los 220 000 versos del inmenso Mahabharata. El mismo hálito de dulzura infinita que había inspirado al Budha también penetró en los poetas, quienes nos presentan á Yudichtira forzando á los dioses á que admitan su perro en la mansión de los bienaventurados: se niega á entrar en ella sin él, prefiriendo continuar la vida en su compañía en el mundo de las luchas y de las angustias humanas. Más aún, Yudichtira, en su maravilloso poder de bondad libertadora, ¿no llega hasta conseguir que desciendan los dioses del cielo para iluminar las tinieblas del infierno y cambiar en goces los suplicios de los malos? Gracias á él el mismo lugar de las eternas torturas se convierte en la mansión dichosa [1].

En cuanto Budha fué admitido en el panteón brahmánico, acabó su misión sobre la tierra: no hubo ya razón alguna para conservar en su nombre unas ceremonias especiales que, por otra parte, se confundían con las de los mil cultos de la India, y que los teólogos libres podían explicar á su fantasía en uno ó en otro sentido. Allí está el ejemplo del Nepal para demostrarnos que hasta la supuesta religión búdhica, enseñada por misioneros pertenecientes á la raza privilegiada, no es otra cosa que el brahmanismo gangético. Sin embargo, la isla de Ceylán, que contrasta naturalmente con la India peninsular, á la vez por diversos rasgos del suelo, de los habitantes, del lenguaje y de las costumbres, difiere también de la gran tierra por la conservación de antiguas formas religiosas tenidas por búdhicas, pero comparables por la autenticidad de ori-

[1] Eichhoff, *Poésie héroïque des Indiens*, ps. 295 y sig.

gen al famoso «diente de Budha», simple canino de carnívoro que se conserva en el templo del pico de Adam.

El mismo movimiento de emigración que había hecho descender los Arios primitivos de las altas tierras del Afganistán á la cuenca del Indo, continuó igualmente de siglo en siglo, modificando incesantemente los cultos y las costumbres. Unicamente desde ese punto de vista puede concederse valor histórico á la leyenda referida por Ammien Marcellin, según la cual Hystaspes ó Vistaçpa, padre de Darío, penetró en la India superior «para explorar sus comarcas secretas» y visitar los Brahmanes en el «silencio augusto de los bosques»; con ellos estudió el movimiento del mundo y de los astros», escrutó el «ritual de los sacrificios», aprendió los «misterios de la magia» [1]. Esta leyenda indica al menos que no habían cesado de existir relaciones entre los Arios de las mesetas de Occidente y los de las llanuras orientales, y que los dos cultos llegados á su desarrollo eclesiástico, el zoroastrismo y el brahmanismo, tuvieron ocasiones de compenetrarse mutuamente [2].

Se puede citar otro indicio de estas relaciones. Está generalmente admitido — aunque no por todos los indianistas, — que poco tiempo después de Budha, la escritura estaba á punto de esparcirse entre los pueblos de la India; una recopilación, verdaderamente de la época, el *Lalita Vistara*, enumera 64, y, en una traducción china, 65 especies de escrituras. Entre ellas hay una que lleva el nombre de Kharosti, es decir, de «labios de asno», probablemente un equívoco que suscita el recuerdo de Ciro, el Khusrau de la historia persa, considerado en su propio país como un «mulo» porque su madre, que era Meda, era esposa de un Persa [3]. Es un hecho constante que cuando se introducen nombres propios en una lengua extranjera, el pueblo los altera gradualmente para darles una significación. Sería, pues, en los tiempos en que Ciro extendió su dominación sobre las comarcas limítrofes de la India nord-occidental cuando los Persas introducirían en la Península su forma de escritura con una parte de su civiliza-

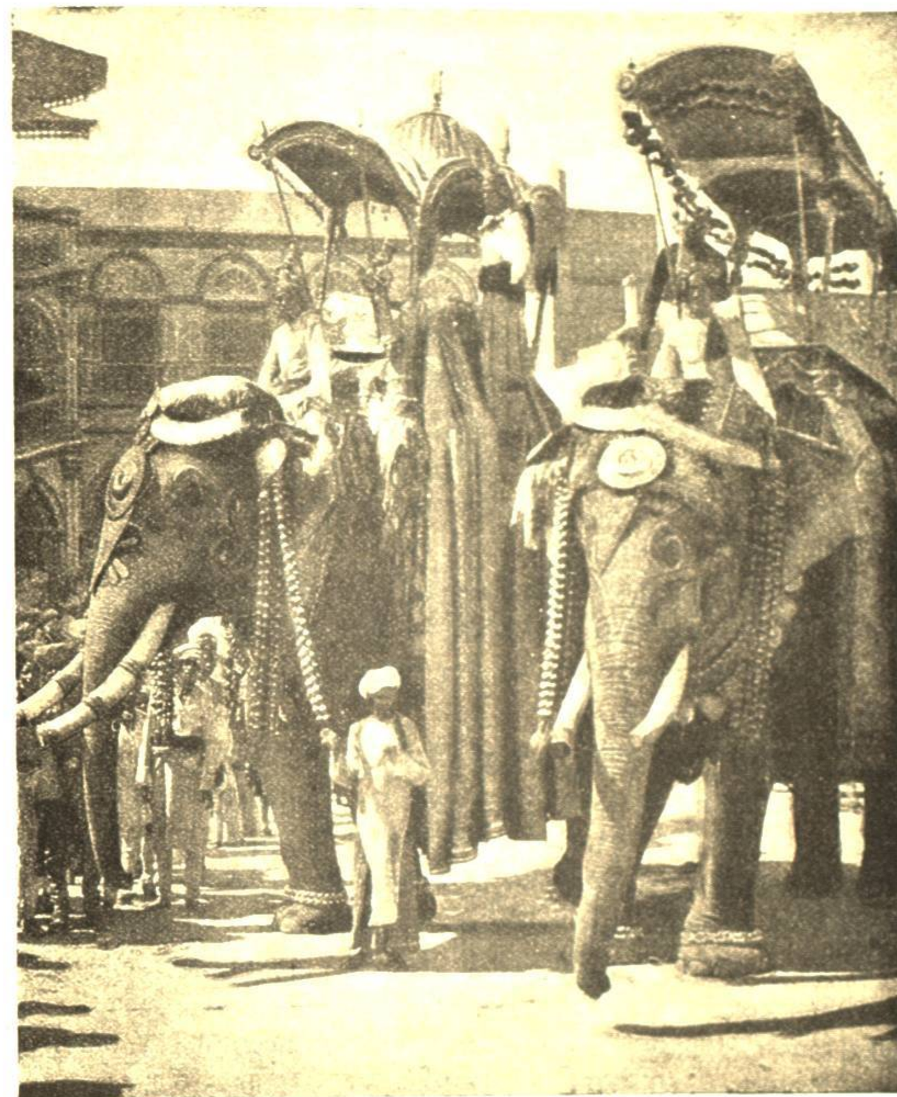
[1] Ammien Marcellin, lib. XXIII, c. VI, §§ 32 y 33.
[2] Brunnhofer, *Vom Aral bis zur Ganga*, p. 164.
[3] Herodoto, *Historias*, I, I, 55.

ción [1]. Por lo demás, no sería dudoso, dice Weber [2], que el alfabeto hindu, con sus variantes, sea de procedencia caldea, origen todavía más lejano que si la escritura hubiera nacido sobre las mesetas de la Irania.

No solamente continuaban las emigraciones de Oeste á Este, hacia el sol levante, sino que los emigrantes se presentaban, como sus antepasados, en forma de conquistadores y dominadores. Los primeros invasores arios fueron rechazados hacia Oriente por sus sucesores de la misma raza, especialmente hacia el país de Ayoda ó Audh, donde los Brahmanes ocupan el primer rango entre sus consanguíneos de casta; el hecho es que esta misma comarca de los Siete ó de los Cinco Ríos, que, en la época de los Vedas, había sido celebrada como la tierra de bendición por excelencia, acabó por ser considerada como una región impura que los poetas hindus cubren con sus maldiciones. Un largo pasaje del Mahabharata, perteneciente probablemente á la época de la redacción definitiva del gran poema, antes ó después de Alejandro, se refiere á los Arattas, los habitantes réprobos de esta parte del Penjab, y la descripción que hace de ellos parece indicar que el grueso de la población se componía entonces de indígenas que habían bajado de los valles del Himalaya. Lo que indigna sobre todo al poeta es que en las familias de los Arattas prevalece la regla del matriarcado, según la cual la herencia pasa á los hijos de las hermanas [3].

Si se concede un fondo de verdad á la leyenda, reproducida por Ctesias y Diodoro de Sicilia, que nos muestra á Semíramis haciendo la conquista de la India, los Asirios se contaron quizá en el número de los invasores de la península. En todo caso es cierto que los Persas penetraron en las llanuras que se extienden más allá del Paropamisus. Herodoto describe los ribereños del Indo como súbditos fieles de Darío. Aunque el país ocupado por ellos fuese poco considerable en proporción de los otros territorios inmensos del «Gran rey», la parte de impuestos que pagaban, 760 talentos de oro, debía representar próximamente la tercera parte de la renta total de Persia. Es probable que esos tesoros no fuesen aportados

[1] Terrien de la Couperie, *Babylonian and Oriental Record*, vol. I, n.º 4.
[2] *Indische Skizzen*, p. 77.
[3] Vivien de Saint-Martin, *Géographie grecque et latine de l'Inde*, ps. 402 á 410.



ELEFANTES REALES

De una fotografía.

en tributo solamente por los habitantes de la Heptapotamia, y que los habitantes de las campiñas más lejanas contribuyeran también á esos envíos de ricos presentes para comprar el favor del poderoso soberano [1]. De ese modo la parte de la India que atravesó el ejército de Alejandro estaba ya sometida á la Irania, al menos atraida

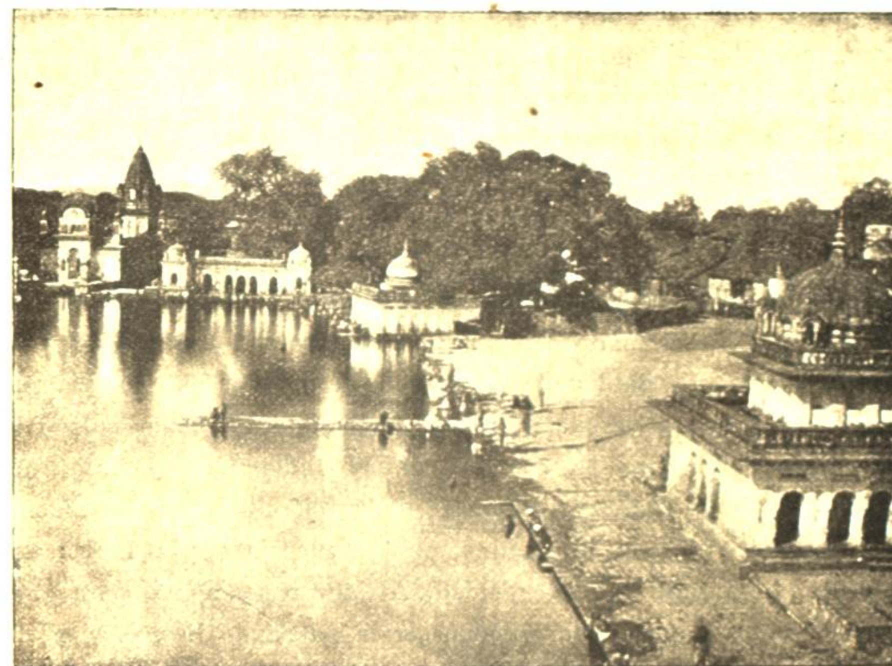
[1] E. H. Bunbury, *History of ancient Geography*, vol. I, p. 226.

en su «esfera de influencia», como dirían los diplomáticos modernos: el conquistador macedonio no hacía más que reemplazar á Darío apoderándose de esta comarca.

Tal es la razón por la cual la expedición de Alejandro, que aumentó prodigiosamente los conocimientos de los Occidentales extendiendo el mundo de su pensamiento, fué completamente desconocida de los Hindus mismos: no ha quedado rastro de ella en los anales históricos ni en las leyendas transmitidas por la literatura, debido á que su equilibrio político y social no sufrió cambio alguno. Alejandro, á quien solamente vieron pasar como aparición fugitiva, no fué para ellos más que un lugarteniente de Darío, como muchos otros que habían visto en el espacio de dos siglos. Reinaud da otra razón de este hecho: los Brahmanes dominaban entonces. Alejandro, por grande que fuese, sólo era para ellos uno de esos seres impuros de los que no conviene hacer mención [1]. El rey macedonio quería obscurecer la gloria de los mismos dioses; por él había de olvidarse Hércules y Baco, pero no logró hacerse nombrar por los orgullosos Brahmanes.

El itinerario seguido por el Macedonio en su expedición de conquista prueba que todas esas comarcas montañosas y difíciles al norte y al sud del diafragma del Asia, eran muy bien conocidas. Alejandro jugaba allí como un niño corretea en medio de los árboles: verdad es que la duración total de su viaje de conquista, al norte y al oriente de Persépolis, no duró menos de siete años. Llegado en persecución de los fugitivos persas ante una de las «Cien puertas» caspias, descendió á las llanuras del Turán para seguir fácilmente al Norte, sea la base, sea un largo valle intermedio entre las montañas limítrofes de la Irania hasta la brecha que atraviesa la cadena de parte á parte, allá donde se halla una de las «llaves del mundo», la famosa Herat, á la que para su propia gloria denominó Alejandría in Ariis. Después, en lugar de dirigirse directamente á Bactres, donde residía Bessus, el asesino de Darío y su sucesor como rey de los Persas, Alejandro, seguro al parecer de su victoria futura, se dirigió al Sud para volver sobre

[1] Jos. T. Reinaud, *Mémoire géographique, historique et scientifique sur l'Inde.*



SAGAR Y SU LAGO ARTIFICIAL, ENTRE UDJEIN Y ALLAHABAD

De una fotografía.

la Bactriana por un inmenso rodeo á través de la Drangiana y la Aracosia. Tomando el camino que tantos otros conquistadores siguieron después de él, descendió al territorio de las hondonadas y de los lagos, llamado actualmente el Seistan, y remontó al Nordeste por el valle del Etymander, el Hilmend, para alcanzar la base del Hindu-Kuch en la región de Kabul: ese es exactamente el camino que tomó, en la última guerra del Afganistán, el ejército del general Roberts. Obligado á esperar al pie de las montañas que la primavera derritiera las nieves del invierno, Alejandro empleó su tiempo en construir una de esas ciudades á que tanto se complacía en dar su nombre: una Alejandría ad Caucasum se elevó en la proximidad de la actual ciudad de Kabul, en un punto donde vienen á juntarse los senderos que bajan de las principales gargantas de la cordillera. Se han designado ruinas en más de un lugar como restos de la antigua ciudad [1]; por lo demás, desde que diferentes

[1] Wilson, Cunningham, Vivien de Saint-Martin, B. Haussoulier; Bunbury, *History of ancient Geography*, passim.

pueblos se movieron á través del diafragma del Asia, hubo de elevarse un centro de población en aquel encuentro de los caminos.

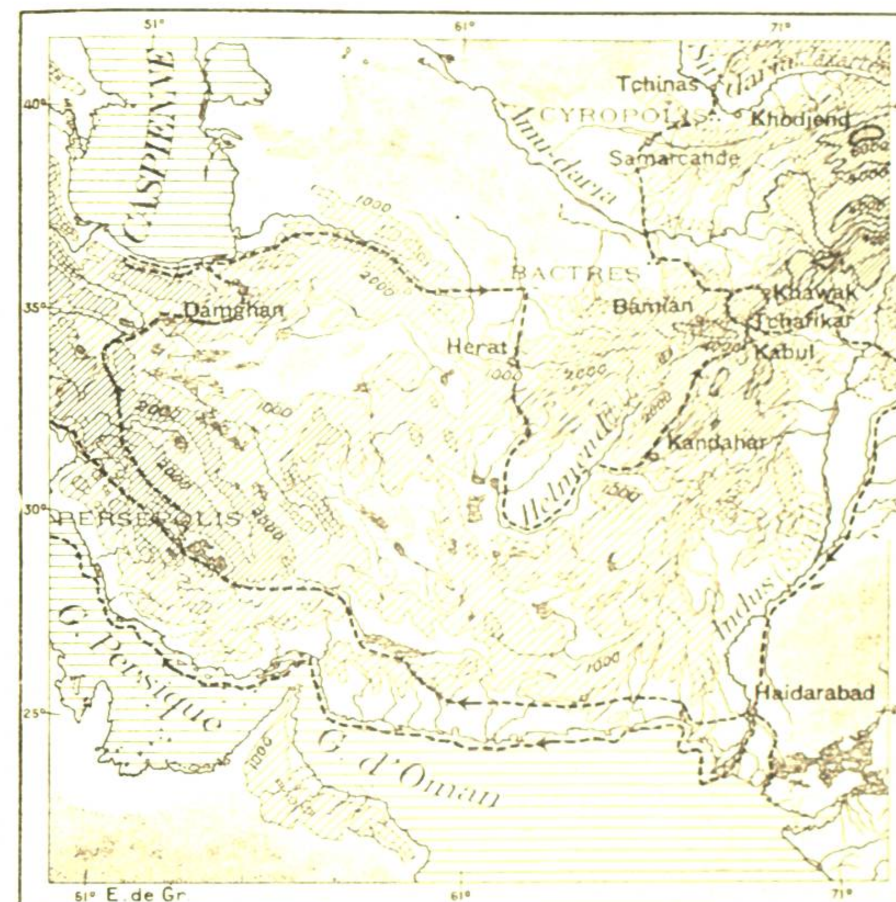
Llegado á la vertiente septentrional del Hindu-Kuch, probablemente á la bajada del collado de Kawak (Khawak), Alejandro realizó su proyecto que era á la vez destruir toda insurrección y ascender hasta los últimos límites del reino de los Acheménides en la dirección del Norte. Franqueó, en efecto, el Oxus y el Iaxartes y fundó la «última Alejandría», no lejos de Cirópolis, que pasaba entonces por ser el límite del mundo civilizado á la entrada del país de los bárbaros. Habiendo atravesado de nuevo los montes que llamaba el Cáucaso, esta vez por el collado de Bamian, sólo faltaba descender hacia las llanuras de la India por el valle del Kophen ó río de Kabul. Una parte de su ejército tomó, en efecto, este camino histórico, el camino por excelencia de la India; sin embargo, impulsado por su vanidad, Alejandro se detuvo para guerrear en el país que se imaginaba ser la patria de Dionysos y de Hércules porque la viña silvestre crece allí en abundancia [1]. Allá se elevaba la misteriosa roca de Aornos, «Sin aves», que era tan alta que el ala del águila no podía alcanzarla ni el poderoso Hércules pudo llegar á su cumbre; pero de la cual Alejandro, «más grande que los dioses», no dejó de triunfar.

Los conocimientos geográficos de los compañeros de Alejandro eran demasiado imperfectos para que sea posible reconstituir los itinerarios de esta parte de la famosa expedición; pero al extremo á que llegó en el interior de la India, al otro lado del gran río, no podía llegarse más que por el mismo camino superiormente indicado por la Naturaleza y que fué seguido en todo tiempo por los predecesores del Macedonio, como lo fué también por todos sus sucesores. Necesitó franquear el Indo inmediatamente bajo la confluencia del río de Kabul, en el punto en que la ancha corriente que viene del Este reune sus aguas errantes en la llanura para penetrar en una estrecha sima de inabordables acantilados [2]. Hacia el origen de la angostura indicada, ya que no por un trazado riguroso é inflexible, al menos en su dirección general por el movi-

[1] Wilson, *Ariana*, p. 193.
[2] Véase el mapa n.º 241, p. 155.

miento del suelo, la agrupación de las poblaciones y la posición de las ciudades, el itinerario de la expedición debía ser sensiblemente

N.º 245. Alejandro en Irania.



Comparando este trazado de las campañas de Alejandro con el del mapa n.º 176, pág. 335, tomo II, pueden notarse algunas pequeñas diferencias. Ciertos autores encuentran las ruinas de la Alejandría del Cáucaso en Kerinan (15 kilómetros al oeste de Kabul), otros, y son el mayor número, en Tcharikar (60 kilómetros más al norte). La Alejandría más lejana está en el valle del Iaxartes, sea en Khodjend, sea en Tchinas, sea hasta, según algunos, en Marghinan (200 kilómetros al este de Khodjend).

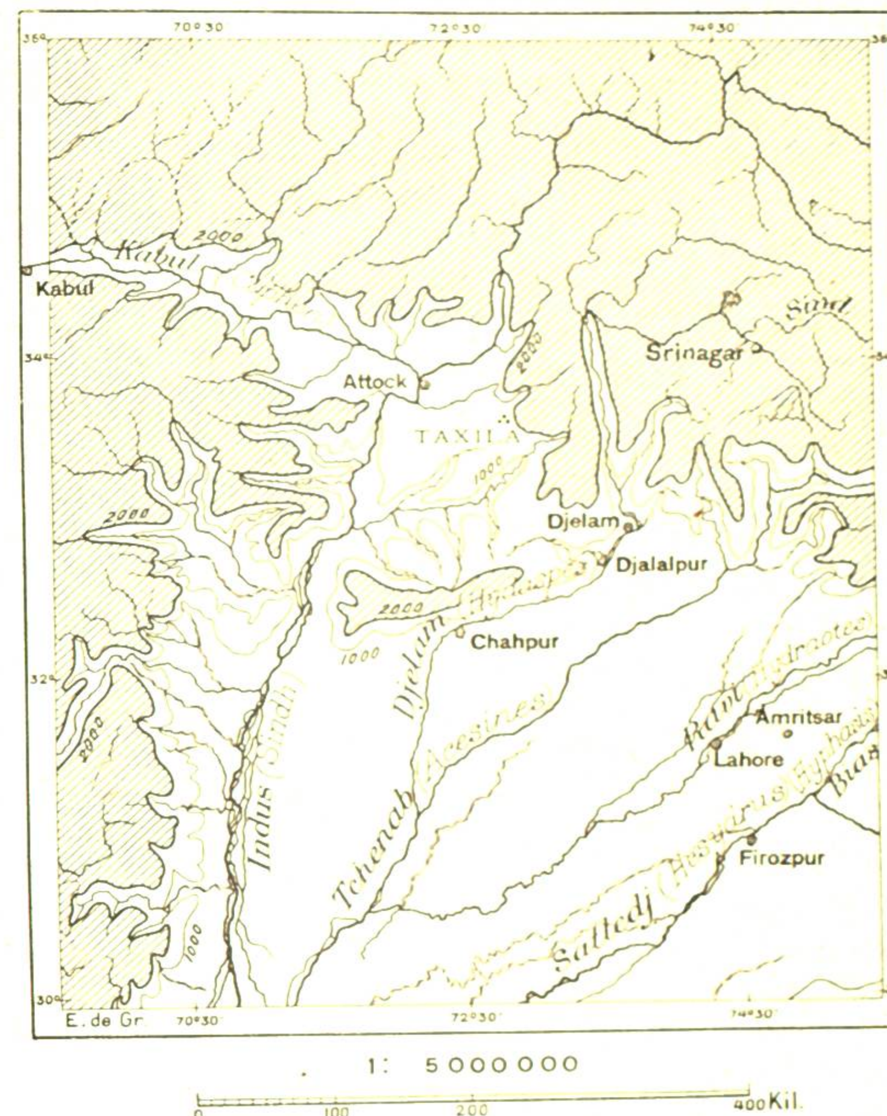
paralelo á las aristas del Himalaya y á todo el conjunto orográfico de las ante-montañas, de los taludes, de las corrientes que se espar-

cen en la llanura y de los espacios desiertos incultivables que se prolongan al Sud. Los caminos que se trazaron bajo los pasos de las caravanas y de los ejércitos, el antiguo «Camino real» y, desde la mitad del siglo XIX, la línea del ferrocarril siguen todas esa dirección normal, impuesta por la misma arquitectura y el clima de la India.

Cunningham ha encontrado las ruinas de la primera ciudad atravesada por Alejandro al este del Indo, que tenía entonces el nombre de Takchasila (Taxila). Medio siglo después fué la residencia del famoso rey budhista Açoka, el ferviente constructor de monasterios y de stupas, el celoso propagandista que enviaba los apóstoles de la fe nueva hacia todas las comarcas de los contornos. Al este de Takchasila, el camino del ejército macedónico encuentra el río Hydaspes ó Djelam (Djhilam), pero sobre sus orillas los arqueólogos sienten la duda de la elección para designar, según su interpretación de los autores, el sitio probable donde estuvieron situadas la ciudad de Nicea, edificada á la gloria de Alejandro, y de Bucéfalo, erigida en recuerdo de su caballo. Después el ejército macedónico atravesó sucesivamente otros dos de los «Cinco Ríos», el Acesines ó Tchinab, el Hydraotes ó Ravi, luego se detuvo ante la corriente del Hyphasis ó Bias, donde erigió doce altares para conmemorar para siempre sus victorias; es probable que el río errante derribara esos monumentos en una inundación, porque no se encuentra resto alguno de ellos.

Sin haber pasado de la comarca del Indo, ya conocida de los Persas, los Macedonios daban á conocer un itinerario bastante preciso, que permitía fijar aproximadamente algunos puntos geográficos. Acerca de esto el regreso fué todavía más instructivo. Navegando sobre el Hydaspes, cuya corriente, uniéndose por la parte inferior con el Indo, llevó al conquistador hasta la proximidad del mar, Alejandro empleó nueve meses enteros para un viaje que podría realizarse en quince días, pero dos cuerpos de ejército le acompañaban por tierra, uno á derecha, otro á izquierda, y de vez en cuando descendía para guerrear contra las poblaciones que no se sometían al paso. Llegado á la cabeza del delta fluvial, exploró sucesivamente los dos brazos principales hasta el mar, para contemplar el Océano Índico y presenciar el fenómeno, terrible para él, de

N.° 246. Alejandro en el país de los Siete Ríos.



Los únicos puntos del itinerario de Alejandro en el Pendjab que se hayan fijado con grandes probabilidades son Attock y Taxila. Respecto del resto todo son conjeturas. El punto de paso del Hydaspes se ha buscado en Djelam y en Djalalpur, pero podría estar en otra parte. La ciudad de Sangala ha sido identificada con Lahore, Amritsar y muchas otras ciudades entre el Hydraotes y el Acesines. Se ignora si el punto extremo de la expedición fué en la parte superior ó inferior de la confluencia del Hyphasis y del Hesydrus, la cual, antes de 1796, se hallaba en la proximidad de Firozpur.

la marea, porque la corriente de flujo causó graves averías á muchos de sus barcos. Antes de bajar por el Indo, Alejandro se for-

maba una idea tan confusa de la geografía de los países que atravesaba, que creía ver en el río indio una rama del Nilo, y esto porque vivían cocodrilos en una y otra corriente de agua. Es de presumir que no deba atribuirse al gran Aristóteles la responsabilidad de esta crasa ignorancia de su pupilo, porque á lo menos él sabía que dos siglos antes, Scylax de Caryanda, por orden de Darío, descendió por el Indo y navegó en el mar Rojo [1].

Alejandro quería que se olvidaran las expediciones anteriores de los Persas en la India, y asimismo procuró que quedara en la sombra toda expedición marítima anterior á la de su lugarteniente Nearco: en todo había de ser el primero. Y, lo que pudiera parecer extraordinario, si las multitudes no fueran fácilmente subyugadas por quien las violenta, ¡la posteridad creyó mucho tiempo á Alejandro sobre su palabra! Los historiadores están todavía casi unánimes en celebrar al rey macedonio como el conquistador que abrió á los Occidentales las puertas de la India; también descuidan la mención del viaje de Scylax para atribuir el mérito de la navegación primera á un compañero de Alejandro; asimismo se atribuye á Nearco, que navegó solamente algunos meses en el mar de Omán y en el golfo Pérsico, el descubrimiento del régimen de los monzones [2]. Según los autores, se hubiera dicho también que la travesía de la estéril Gedrosia era una hazaña sin ejemplo, toda vez que la soberana legendaria, Semíramis, y luego Ciro, habiéndose aventurado en esa terrible comarca, perdieron en ella las multitudes que les seguían.

Después de Alejandro, bajo la dominación de los Seleucidas, se hicieron más frecuentes las relaciones entre los Griegos y los Hindus; también es cierto que no hubo solución de continuidad desde el punto de vista histórico, y que las satrapías instituídas por Alejandro sobre el Indo fueron conservadas por su sucesor al occidente del gran río [3] y provistas de nuevos titulares. Pero una modificación profunda acababa de producirse en el equilibrio político de la India septentrional. Un monarca poderoso, Tchandra-Gupta,

[1] Herodoto, *Historias*, IV, 44.
[2] Leop. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, p. 213.
[3] Bunbury, obra citada, p. 554.

el Sandracottus de los Griegos, que residía en Pataliputra (Palibothra), la moderna Patna, en la confluencia del Ganga y del Son, había reunido bajo su poder todas las poblaciones de la cuenca gangética y sus ejércitos avanzaban hacia la cuenca de los Cinco Ríos: Seleuco comprendió que había de luchar contra un enemigo muy poderoso y trató de defender las conquistas de Alejandro. Hizo evacuar la región del Pendjab y cedió todos los distritos de la llanura al sud de los pasajes del Paropamisus, en cambio de la amistad de Tchandra-Gupta y de un regalo de quinientos elefantes, precioso auxilio en sus guerras contra los otros herederos del Macedonio. A título de aliado, envió su embajador Megasthenes á la corte de Pataliputra, y gracias á ese griego inteligente, que residió muchos años en las riberas del Ganga, y que parece haber sido menos inclinado á las exageraciones que la mayor parte de sus compatriotas, los Occidentales de Grecia y Roma aprendieron casi todo lo que podía saberse de la India y de sus habitantes hasta el viaje de Vasco de Gama: sus descripciones, reproducidas por Arrien y Strabon, comentadas por Eratósthenes con la ayuda de la relación de otro viaje, el de Patroclo, fueron durante dieciocho siglos el documento clásico por excelencia. En la época en que Megasthenes era el huésped de Tchandra-Gupta, la casta de los brahmanes era todavía soberana, pero los filósofos sarmanes, es decir, los Sramana, como se designaba á los budhistas, eran muy considerados: el pueblo los miraba como sus salvadores.

Las relaciones directas que se establecieron entre la India y las tierras ribereñas del Mediterráneo y que pusieron en movimiento grandes masas de hombres, produjeron sin duda alguna progresos considerables en todos conceptos. «¡Los Yavana saben todo, se dice en un versículo de los Mahabharata, y su fuerza es superior á la de los otros hombres!» La influencia helénica se manifestó directamente hasta en el terreno de la ciencia, puesto que existen tratados astronómicos hindus que, fechados en los primeros siglos de la era cristiana, reproducen palabras griegas, tales como «centro», «diámetro», «hora», bajo formas poco modificadas [1]. El texto

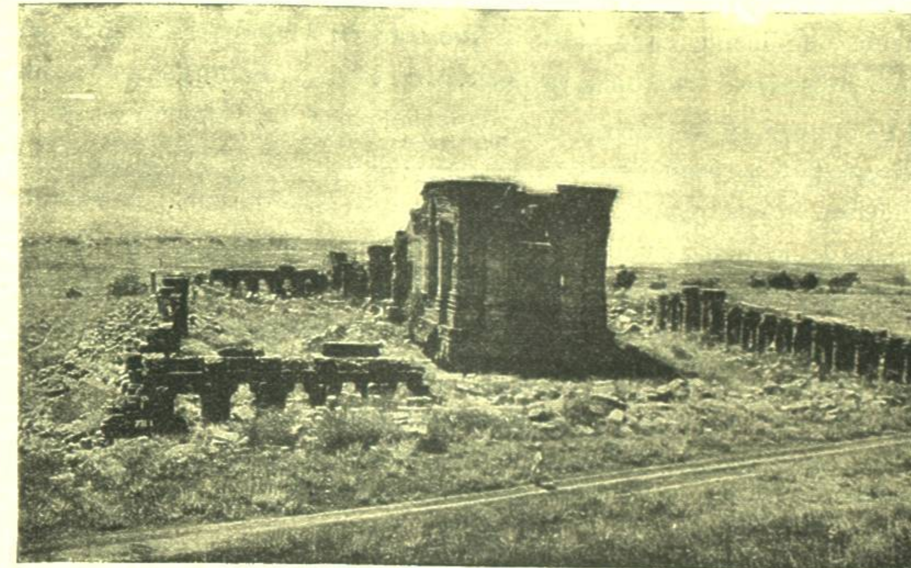
[1] Vivien de Sain-Martin, *Traité sur la Géographie grecque et latine de l'Inde*, p. 192.

de esas obras demuestra con toda evidencia que las teorías de origen occidental habían sido importadas por la vía de Alejandría, «Yavanapura», que era entonces la ciudad helénica por excelencia. Aparte de la astronomía, no parece que la India haya recibido mucho de Occidente en aritmética y en álgebra: sin intervención de los Griegos los Hindus parece que habían hallado el sistema de numeración llamado «árabe», caracterizado por la posición respectiva de las cifras en columnas distintas como las filas de bolas en el abaco, y por la figuración del punto ó cero, que representaba primeramente el vacío intercalar de las columnas, así como la falta de las unidades finales[1].

La influencia griega se ha manifestado principalmente en la escultura y en la arquitectura. Las formas regulares del stupa búdhico, casi semejantes á las de una campana y probablemente inspiradas por un simbolismo análogo, no podían ser modificadas, puesto que la costumbre las imponía, pero las estatuas figuradas sobre esos monumentos atestiguan el estudio de las obras del arte griego; probablemente trabajaron escultores helenos para los soberanos de la comarca, porque se sabe que después de la embajada de Megasthenes, los altos personajes de la cuenca gangética llamaron á su corte gran números de actrices y de bailarinas[2], á quienes acompañaron otros Griegos distinguidos por sus conocimientos ó sus prácticas de arte. En el país de Kachmir, que se halla en una cuenca de las montañas muy apartada del camino histórico de la India, pero donde, por consecuencia, los edificios han tenido la probabilidad de conservarse intactos, se cuentan más de setenta templos cuyo estilo es evidentemente greco-bactriano, y, entre esos santuarios, hay uno, el de Martand, cuyas columnatas y bajos relieves son de la más alta elegancia: todos los viajeros están conformes en ver en ellos una obra de los arquitectos helenos[3]. El arte del grabado hizo también grandes progresos bajo la influencia occidental: lo prueban numerosísimas medallas.

Si el nombre de Alejandro el Macedónico no se menciona en

[1] Goblet d'Alviella, *Ce que l'Inde doit à la Grèce*, p. 109; Eugenio Monseur, *Inde et Occident*, p. 30.
[2] A. Weber, *Indische Skizzen*, p. 85. [3] Cunningham, Fergusson, Lejean, etc.



RUINAS DE MARTAND

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

ningún documento hindu, se citan otros personajes griegos de las épocas posteriores: primero un Alikasunari (Alejandro) de la corte de un Seleucida, Antioco, y un Menandro, que avanzó victoriosamente por un lado hasta la Djamna, y por otra parte hasta la península de Gudjerat. El nombre de Dattamitra, un Demetrio, es también conocido, y el Mahabharata entra, por último, en la historia hablando de Turamaya — Ptolomeo, — el matemático y geógrafo que intentó fijar las formas precisas del contorno peninsular[1]. Hasta desde el punto de vista religioso hay un cierto cambio de ideas, como lo atestigua un pasaje del Mahabharata (libro 18), introducido, según Weber, hace unos dieciséis siglos, en el gran poema indio. Esta narración refiere la leyenda de un peregrino brahmán que se había dirigido hacia el país de los «Hombres Blancos», donde existe una ciudad en que se reconoce Alejandría, y allí fué iniciado en los misterios del culto de Krichna, tal como se practicaba en ese país lejano.

Produjéronse allí ciertamente infiltraciones recíprocas entre los cultos búdhico y católico, pero no existe analogía, como han preten-

[1] A. Weber, *Indische Skizzen*, p. 96.

dido algunos, entre el nombre de Christos y el de Krichna, la encarnación de Vichnu, cuyo culto se propagó en la India hace unos mil quinientos años. Krichna, es decir, «el negro», es una palabra que se pronuncia Kœerchna's, cuyo enunciado han querido expresar los griegos por la forma Κορδανης, muy diferente de Χριστός, como resulta evidente. Pues además ha de añadirse, dice E. Monseur, que los cristianos de la India, habiéndose relacionado siempre con las iglesias sirias, no han debido servirse de la palabra griega, sino del vocablo semítico de que la lengua francesa ha hecho *Messie*, Mesías.

Leyenda del mapa n.° 247.

Debido á la multiplicidad de los reinos hindus, centenares de ciudades podrían reclamar el título de capital; sólo citaremos algunas con los períodos ó personalidades que evocan.

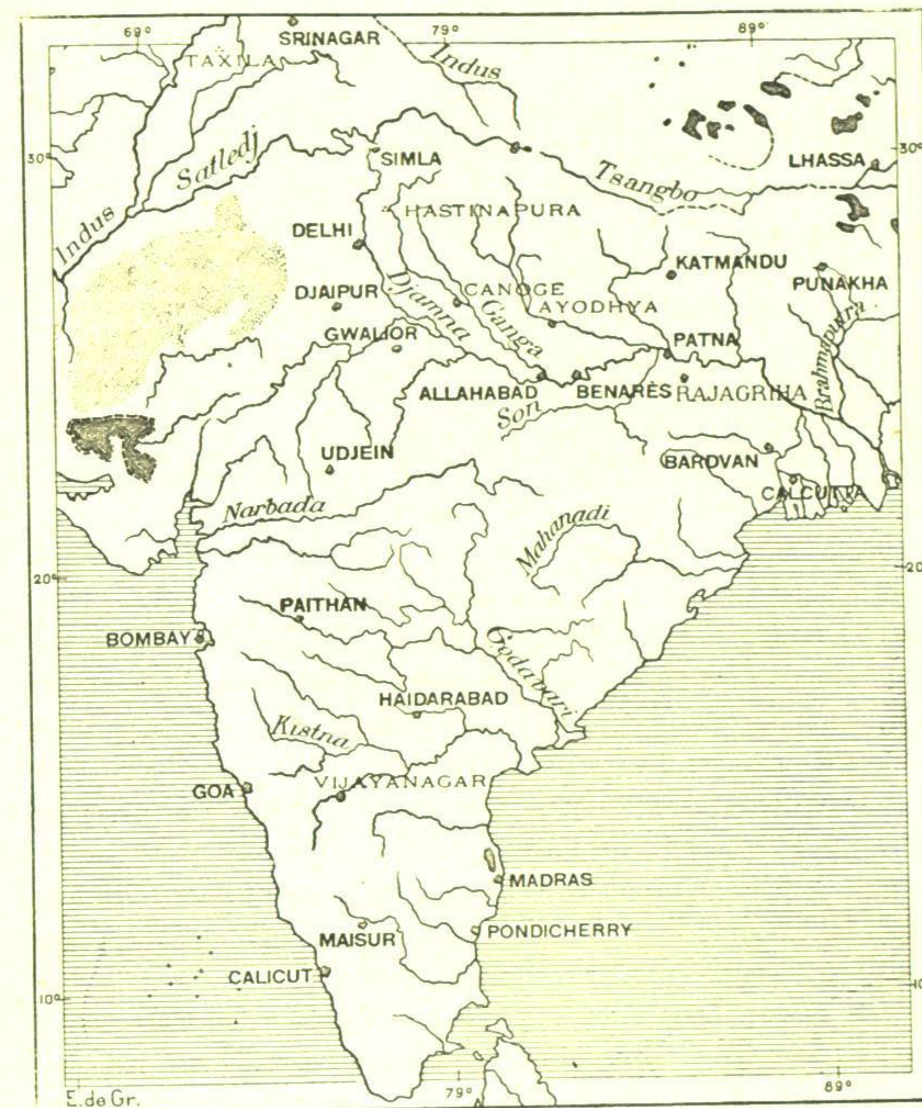
Hastinapura, dinastía lunar; Ayodhya (Audh), dinastía lunar.
Delhi (Indraprastha), varias veces capital de la India, de Yuditchthira á los Mogoles.
Benares, capital búdhica; Rajagriha, lugar del primer concilio.
Patna (Pataliputra), capital de Tchandra-Gupta; Taxila, capital de Açoka.
Allahabad (Prayaga), confluente sagrado; Paithan (Pratichtana), Bardvan (Vardhamana), Udjein, capitales de los primeros siglos de la era vulgar.
Vijayanagar, Canoge (Kanudj); Gwalior, capital en la Edad Media.
Calicut, Goa, recuerdan los Portugueses; Pondicherry, los Franceses.
Djaipur, Haidarabad (Golconda) y Maisur son capitales recientes.
En nuestros días, Bombay y Madras son residencias de gobernadores, Calcutta es la capital del virrey en invierno. Simla la residencia de estío.
Lhassa, Srinagar, Katmandu y Punakha son las capitales respectivas del Tibet, del Kachmir, del Nepal y del Bhutan.

Las dos civilizaciones, la de Oriente y la de Occidente, se compenetraron, pues, mutuamente durante los siglos greco-romanos. El retórico Crisóstomo, que visitó la India gangética después que Megasthenes, nos dice que los Hindus habían oído hablar de la guerra de Troya y se recitaban los grandes hechos de Aquiles y de Héctor, las lamentaciones de Andrómaca y de Hécuba [1]. Evidentemente los cambios de ideas y las nuevas adquisiciones de conocimientos hubieron de producirse por ambas partes hasta con mucha mayor actividad que la que atestigua la historia escrita, porque los hechos son de tal modo complejos y mezclados en sus orígenes,

1 A. Weber, *Indische Skizzen*, p. 162.

que no pueden distinguirse todos sus elementos: muchos fenómenos que parecen puramente hindus no están exentos de influencias occidentales.

N.° 247. Capitales de la India.



Por otra parte el helenismo no corría á raudales de un manantial puro: si en aquella época se establecían algunas relaciones directas entre las orillas del Ganga y las grandes ciudades griegas de

Antioquía y de Alejandría, casi todas las comunicaciones se hacían con comarcas que sólo eran griegas oficialmente por el origen de sus dinastías. La Bactriana era á la sazón el principal intermediario, y los ejércitos pasaban y repasaban incesantemente de una á otra vertiente por las gargantas del Hindu-Kuch: ya no era, pues, el arte de Atenas el que los griegos bactrianos aportaban de aquellas regiones lejanas. Mucho más todavía se perturbó el helenismo de Bactres, cuando, hace dos mil años, los «Scitas» ó Çaka, que en realidad eran Turcos de las fronteras de la China, cruzados de Dsungares, de Mongoles y de Chinos, conquistaron la Bactriana y se apoderaron de los territorios griegos en Irania y en la India nord-occidental.

¿Hasta qué punto esos Asiates se convirtieron en Griegos? En tanto grado como los Ingleses se convirtieron en Franceses después de haber sido conquistados por los reyes normandos. Los soberanos conservaban el idioma que había de asegurarles mayor ascendiente, aunque quizá le ignoraban ellos mismos. Durante más de dos siglos figuraban palabras griegas sobre las monedas hindus hasta el Ganga y en todos los puertos de la costa occidental. Mas perdidos en un medio étnico absolutamente diferente de aquel en que se habían desarrollado sus padres, los altos personajes entre los dominadores de la India que se decían todavía Helenos se transformaban en Hindus de las altas castas por sus preocupaciones y sus costumbres. Las inscripciones de las monedas más antiguas eran puramente griegas; después se presentan como traducciones de palabras iránicas, y, por último, se hacen bilingües hasta que el griego desaparece por completo. También cambian el traje: la diadema de los monarcas griegos es reemplazada por el gorro de cabeza de elefante con la trompa levantada. El budhismo triunfa igualmente sobre los antiguos dioses, aunque por evoluciones lentas y sin cambio brusco [1].

Si la invasión de los conquistadores hubo de descender á la India por caminos relativamente fáciles, como anteriormente lo hicieron los Arios de Irania, y como después los Parthans de los altos valles afghanes, los Bactrianos habían de franquear obstáculos mu-

[1] Goblet d'Alviella; Darmesteter; Eugène Monsieur, *Inde et Occident*, ps. 20 y 21.

cho más difíciles: para sustraerse á un ataque de flanco de los Partos y otros habitantes de la meseta, necesitaban salvar las múltiples murallas del Paropamisus. Antes de penetrar en la India los Scitas, venidos de la parte opuesta del Oxus y del Iaxartes, habían de cruzar las aristas divisorias que separan las vertientes de los dos mares interiores: de un lado las arenas de la Mongolia; del otro, las aguas lacustres del Aral. Es un fenómeno histórico del más alto interés la existencia de un camino de emigración de la China á la India por el inmenso rodeo de la Bactriana, siendo así que, por la parte del infranqueable Tibet, son limítrofes esas comarcas; pero se comprende bien que el largo camino de rodeo no se halló siempre libre al paso de los emigrantes. Con frecuencia el imperio bactrio-índico, obedeciendo por decirlo así á la fuerza de una doble atracción, se descompuso en dos mitades distintas, claramente delimitadas por las altas aristas nevadas del Hindu-Kuch: la geografía lo imponía así [1].



Museo del Louvre. Cl. Giraudon.

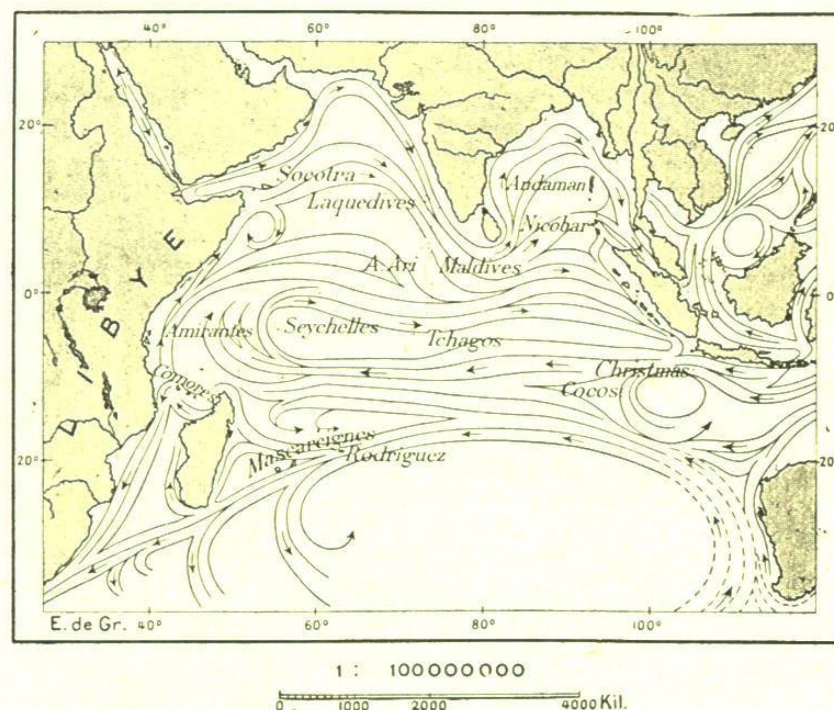
ESTATUA GRECO-HINDU

A pesar de todos los acontecimientos de guerra que se realizaron en las comarcas nord-occidentales de la India, sobre los caminos que á ella conducen por la Irania, el comercio directo, confiado en gran parte á trajineros neutros, se conservaba desde las riberas del Mediterráneo á las del Océano Indico. Se juzga de la importancia de ese tráfico por vía terrestre en vista de las nume-

[1] E. H. Bunbury, *History of ancient Geography*, t. II, p. 102.

rosas monedas romanas, acuñadas en el período que separa el fin de la República y el reinado de Caracalla, que se hallan en la región de Pechaver: allí era donde las caravanas que bajaban de las mesetas afghanas cambiarían el oro romano por los productos de la India. Hacia la mitad del siglo III, las guerras interrumpieron brus-

N.° 248. Corrientes del Océano Índico durante el monzón de estío.



1 : 100000000

0 1000 2000 4000 Kil.

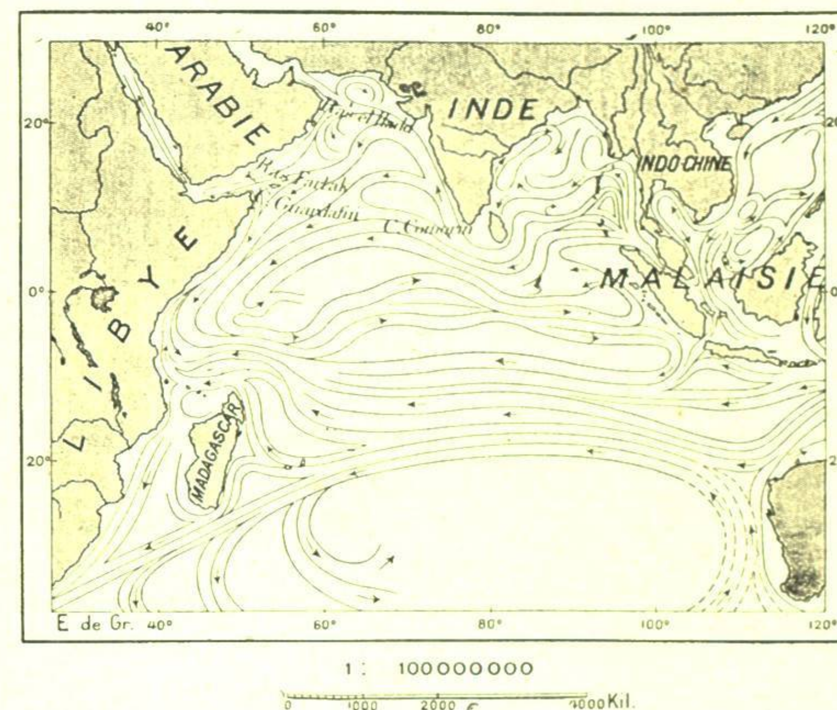
Los dos mapas n.os 248 y 249 se fundan en datos suministrados por J.-G. Bartholomew.
De Junio á Octubre sopla el viento del Sudoeste hacia la India y la Indo-China; los movimientos de la atmósfera, lo mismo que las corrientes marinas, facilitan los viajes de Oeste á Este.

camente ese tráfico y los viajes sólo pudieron continuarse por mar, pero en condiciones infinitamente superiores á las en que se habían hallado los Scylax y Nearco seis ú ocho siglos antes, porque los marinos que servían mal el movimiento de los cambios greco-romanos habían acabado por descubrir ó más bien habían aprendido de los marineros árabes un secreto de geografía física que había de facilitar singularmente su tarea.

Este descubrimiento capital que aproximaba entre sí la India y

Europa, era el de los monzones ó vientos alternados que fluyen y refluyen á través del mar Índico, empujando á los barcos durante una estación y devolviéndolos durante otra. Probablemente fué un marino griego, á juzgar por su nombre, Hippale, el que unió su memoria á esta conquista comercial, y se supone que su fecha ha de fijarse

N.° 249. Corrientes del Océano Índico durante el monzón de invierno.



1 : 100000000

0 1000 2000 4000 Kil.

De Octubre á Mayo sopla el viento del Nordeste sobre los golfos, que encuadran el Indostán. Es la época de los viajes de la Malasia hacia Ceylán y de la India hacia el golfo Pérsico, el mar Rojo y la costa de Africa.

en la segunda mitad del primer siglo del cómputo vulgar, puesto que Plinio, que la menciona el primero, se sirve de la expresión *his annis comperta* (VI, 23). Hippale escogió primeramente como punto de partida el promontorio Syagrius de la costa meridional de Arabia, el ras Fartak de los ribereños actuales, y se lanzó directamente hacia la costa de la península hindu; pero, enardecidos por el éxito, otros navegantes aparejaron en puertos más próximos á Egipto, á la salida del mar Rojo, ó en el promontorio de los

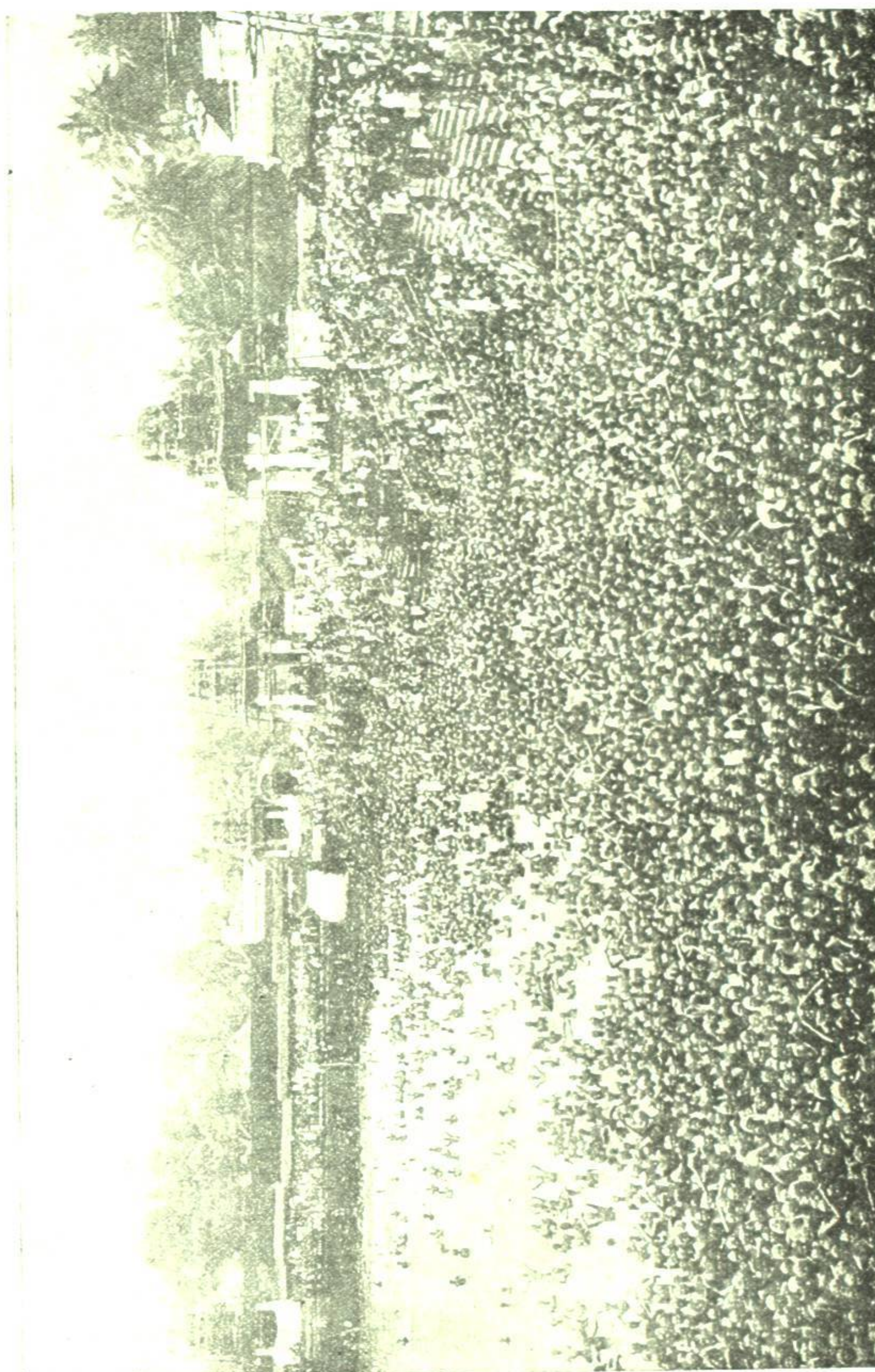
Aromas (cabo Guardafui) y se propusieron llegar á tal ó cual mercado de la costa de Konkan ó del Malabar, según las clases de mercancías que llevaban ó los géneros que se proponían cargar.

Se podrían identificar los puertos donde abordaban por la naturaleza de los objetos que pedían á los traficantes: de ese modo la pimienta y las perlas provenían seguramente de la India meridional, mientras que las sedas de la China no podían obtenerse sino sobre los mercados del Norte, abastecidos por los mercaderes «scitas» de la Bactriana. Algunos testimonios directos, entre otros el de Marinus de Tiro, nos dicen que el término más habitual de los viajes era un puerto de la costa occidental; pero los navíos doblaban también el cabo Comorín, el «Kumari» de la geografía sanscrita, y remontaban hasta el emporio del Ganga, poblado por los «Gangaridas»: la capital de la comarca era entonces Varddhamana, la «Floreciente», la Bardvan de nuestros días [1].

Se evalúa en más de una centena el número de barcos que un año con otro pasaban el estrecho de Bab-el-Mandeb para ir á traficar sobre las costas de la India, y varios documentos hablan de los pasajeros griegos que fueron así transportados en gran número á la India, médicos, arquitectos, pintores, escultores, artesanos de todos los oficios, pero sobre todo músicos, músicas y cortesanas para los harenes de los radjahs. Sobre el litoral de la península dravidiana se fundaron colonias de mercaderes judíos, y después de mercaderes cristianos. Plinio [2] trata de cifrar el valor del comercio que se hacía entre el Imperio Romano y la India. Las exportaciones del Occidente representaban un haber lo menos de cincuenta y cinco millones sestercios, á cambio de géneros revendidos al centúplo del precio de compra.

Es probable que el desplazamiento del centro de gravedad de la potencia política fuera debido á la prosperidad comercial de los puertos de la costa occidental y de toda la región próxima al mar «Eritreo». El movimiento de conquista de los Arios y de todos los demás invasores debía propagarse naturalmente hacia el Este por el «camino real», que continúa el mismo curso del Ganga, y

[1] Vivien de Saint-Martin, *obra citada*, ps. 293, 312.
[2] Plinio, VI, 23, 7, 110.



LOS BAÑOS SAGRADOS EN BENARES

De una fotografía

el centro de resistencia no podía hallarse sino en las regiones más populosas donde vienen á unirse los grandes afluyentes, regando las campiñas hasta perderse de vista. Después, cuando los conquistadores arios, ó al menos los que gobernaron en su nombre y fundaron la dinastía solar y luego la dinastía lunar, disputándose el imperio en espantosas guerras, hubieron adquirido la supremacía en toda la India, el foco de su poder debía quedar igualmente en la comarca de los Prasianos ó Prachya, es decir, de los «orientales» que vivían en la cuenca del Ganga, desde el Audh al Bengala. Cuando Alejandro penetró en la India, el centro del poder hindu estaba en Patna, pero pocas décadas después de este acontecimiento, se ve desplazarse la sede del imperio y acercarse al sitio que ocupa en la actualidad el campo inglés de Rawal-Pindi. Tres ó cuatro siglos después, en la época en que el comercio greco-indio tomaba un vuelo rápido merced al descubrimiento de Hippale, otro soberano, Vikramaditya, el rey que tiene la «Fuerza del sol», hizo de su ciudad real y santa, Udjein, cerca de la arista divisoria de los dos mares, una ciudad esplendorosa, cuyas ruinas sombrías y floridas se admiran todavía al norte de la ciudad moderna del mismo nombre. Udjein era considerada como una metrópoli: la era de samwat [1], fundada en honor de Vikramaditya, fué en otro tiempo la más extendida en toda la India del Norte, y el meridiano que pasa por el monte Meru se suponía que atravesaba la ciudad de Udjein para terminar en la isla de Lanka, es decir, en Ceylán [2]. Los astrónomos hindus se engañaban, pero sus errores eran, no obstante, notablemente menores que los de Eratóstenes y Ptolomeo.

En esta época de la historia hindu, que fué la de la gran expansión de la fe búdhica, la India se desbordaba sobre el mundo circundante por su propaganda religiosa. La región nord-occidental entre el Indo y el Sivat, país que constituía entonces el reino de Udyena — palabra á que se ha dado una significación aproximada á Edén [3] — ó el «Jardín», era el centro del proselitismo [4]. Pero

[1] El año 1900 de la era vulgar occidental corresponde al año 1843 de la era samwat.
[2] Jos. T. Reinaud, *Mémoire géographique, historique et scientifique sur l'Inde.*
[3] E. Renan; F. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, II, p. 59.
[4] James Burgess, *Journal of Indian Art*, 1894, 1899, etc.

esta propaganda era esencialmente pacífica, y, por lo demás, la misma naturaleza del suelo así lo exigía: se hace irrupción en la India descendiendo de las montañas que la rodean, mientras que desde la India se sube presentándose como huésped. En general puede decirse que, sobre el contorno de la India, los movimientos de conquista se hicieron siempre de arriba á abajo, desde la región alta de las ásperas montañas á la baja llanura del río Indo; en tanto que las expansiones pacíficas obraban en sentido inverso, de abajo á arriba. Pero por la parte del Este, donde el hemiciclo de los montes no opone los mismos escarpes, y donde se presentan numerosas brechas por los dos lados de los macizos, los acontecimientos de acción y de reacción, de flujo y reflujo pudieron producirse igualmente de diversos modos, violento y pacífico; sin embargo, la naturaleza tranquila de las poblaciones agrícolas que pueblan ambas vertientes, de un lado las cuencas del Ganga y del Brahmaputra, del otro el de Irrauadi (Iravadi, Airavati), fué ciertamente favorable á la expansión pacífica de la civilización hindu con sus religiones y sus costumbres.

Es indudable que los puntos de contacto hubieron de ser muy numerosos sobre los caminos de Occidente entre el culto de Budha y el que, sucediendo á las religiones greco-romanas, se desarrolló bajo la forma de cristianismo. Se citan ejemplos raros de ese movimiento de extensión del budhismo en el mundo occidental, operado, sea directamente por los misioneros, sea por contacto individual, por la vía lenta de los cambios. Así se explica que en un *lauza*, una de esas tumbas de piedras toscas esparcidas en Languedoc, se haya descubierto una cabeza de Budha, existente actualmente en Rennes; y se ha comprobado que esta efigie pertenece á una época, no prehistórica para la Galia, sino preromana cuando menos, puesto que los lauza no han facilitado á los investigadores ningún objeto de los tiempos que siguieron á la conquista de César [1].

Por lo demás, no faltan las pruebas directas de penetración mutua de las dos religiones. Era preciso que la veneración de los

[1] Colección Lapouge-Cavalier, *Congrès des Sociétés Savantes*, París, 1896.

filósofos alejandrinos hacia la religión búdhica fuese muy profunda para que, en medio del siglo III, Plotino acompañase el ejército de Gordiano contra los Partos, en la esperanza, que resultó defraudada, de ir á Oriente en busca de los hermanos en la fe (Lassen).



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

SÍMBOLO SOLAR BÚDHICO
idéntico á muchas custodias católicas.

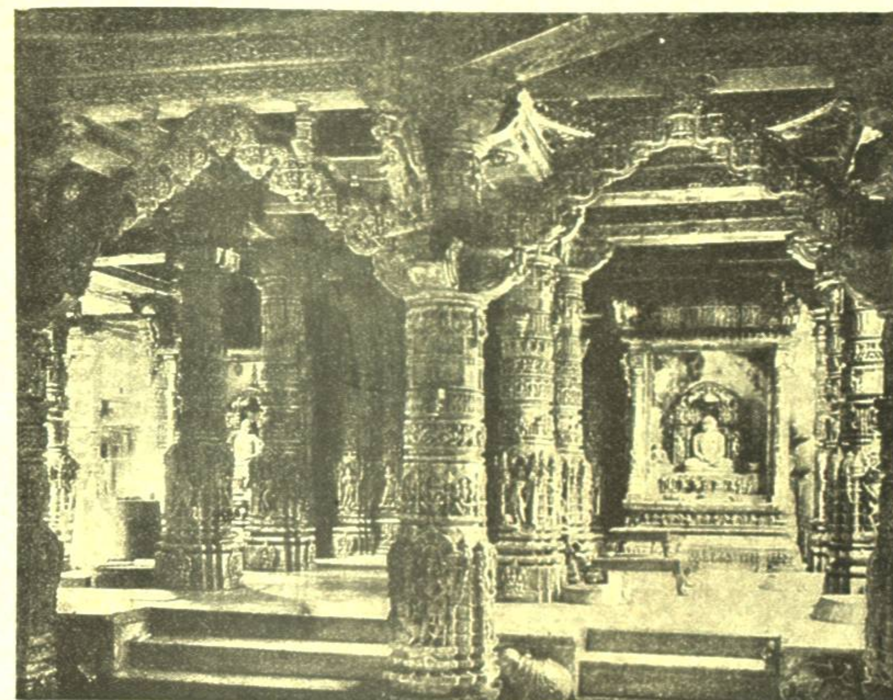
La analogía sorprendente de trajes y de ritos, que se observa entre el culto católico romano y el de los budhistas del Tibet, sería completamente inexplicable si no se admitiese un origen común á esas dos herencias cuyas formas son casi idénticas. Hay adversarios de la Iglesia romana que han visto en esta semejanza de ambas religiones un testimonio de sencillos préstamos tomados del ceremonial búdhico, mientras los católicos celosos han querido explicar el hecho por el plagio de sacerdotes budhistas, que, habiendo sorprendido á los católicos en la India, ó mejor aún, por artificio milagroso del demonio, han tratado de imitar la obra de Dios [1]. Como quiera que sea, no puede pretenderse que las bellas vestiduras de brocado y de oro que las pomposas ceremonias y las procesiones solemnes de los sacerdotes de Roma y de Lhassa hayan sido recibidas como herencia

[1] Huc, *Souvenirs d'un Voyage en Tartarie, en Chine et au Thibet*.

de los sacerdotes de Jesús ni de los monjes retirados en la selva de Gaya: en otra parte, pues, han de buscarse los fastuosos modelos de los prelados de nuestros días de Oriente y de Occidente. ¿No habrá de volverse aún hacia Babilonia, hacia Suza y Ecbatana para descubrir los orígenes de ese ritual conservado de una parte y de otra con tan fiel respeto? ¡Cuántas veces la diferencia de los nombres ilusiona relativamente á la semejanza de las cosas!

El movimiento de propaganda del hinduismo por la parte del Norte, con sus ideas y sus religiones diversas, sólo podía hacerse con extrema lentitud, á causa de que la alta muralla de las montañas paralelas, de frialdad insufrible, se elevaban como obstáculo casi infranqueable. Sin embargo, el trabajo se iba realizando por contacto individual, y sus efectos eran por eso mismo más duraderos, ya que se producían entre poblaciones á las que su medio daba un carácter más lento y más tenaz. Así resultó que el país del mundo en que la religión búdhica, aunque bajo una forma muy diferente de la de las primeras comunidades de Benares, está más sólidamente arraigada, el Tibet, no recibió los primeros misioneros sino mil años después de Budha, y no erigió el primer templo sino doscientos años más tarde. Pero donde la Naturaleza no ponía barreras tan difíciles, el impulso de vida fué mucho más rápido. Si las montañas eran casi imposibles de franquear en el punto donde oponían su masa en toda su amplitud, la garganta de Bamian ofrecía un paso relativamente fácil, y los peregrinos budhistas se agolpaban allí para ir á la conversión del mundo. Mucho antes del período cristiano ese paso era frecuentado por los misioneros que se dirigían hacia los países lejanos de la Tartaria: numerosas dagobas muestran de trecho en trecho su fino perfil de campana á lo largo del camino, considerado á la sazón como sagrado. Esa garganta parecía una brecha providencial practicada por los buenos genios de un mundo para otro mundo.

Pero en tanto que la nueva religión se propagaba en los países lejanos, dejaba de existir en la India continental, al menos en sus formas oficiales. Quizá se podría, no obstante, clasificar entre los budhistas á los Djainas ó «triunfadores», que cuentan poco más de un millón de individuos, que viven casi fuera de la India pro-



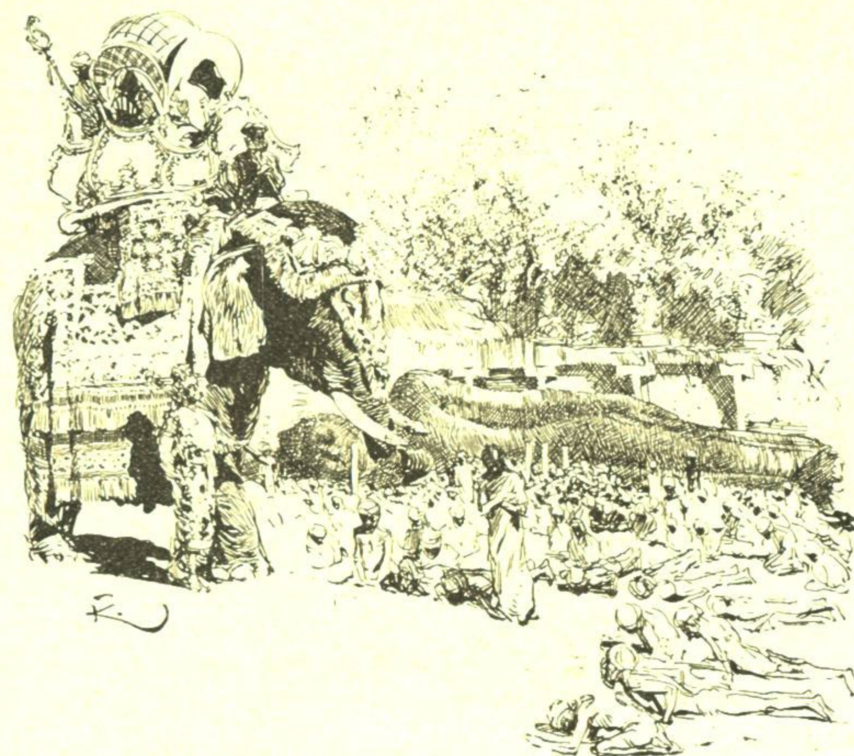
INTERIOR DE UN TEMPLO DJAINA SOBRE EL MONTE ABU

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

piamente dicha, en la península del Kattyavar ó del Gudjerat y en las montañas apartadas, principalmente sobre el monte Abu y sobre las vertientes del Arawali. Los Djainas, hijos de perseguidos, han hecho como los Parsis, los Armenios, los Judíos y los protestantes: prosperando en sentido material, se han enriquecido y han edificado ciudades; muchos de ellos se han hecho acaparadores de oro y plata y grandes conocedores de alhajas; sus templos son como grandes depósitos de joyas primorosamente cinceladas. Conservan escrupulosamente los dogmas de la religión tradicional; afectan también ser perfectamente solidarios con los animales y se guardan mucho de verter la menor gota de sangre. En sus habitaciones asisten á los monos enfermos y tienen ardillas, palomas, loros, pavos reales y tórtolas, y para evitar todo daño á los animales invisibles por su pequeñez, limpian cuidadosamente el sitio donde van á sentarse, se frotan suavemente en vez de lavarse; temiendo destruir algún infu-

sorio sólo beben agua filtrada, respiran á través de un velo y echan harina en el suelo para que coman las hormigas. Sus «cuatro deberes» consisten en ejercer la beneficencia; pero por sus prácticas y por su talento para enriquecerse á costa del pueblo se han convertido en una casta feroz, compuesta de enemigos públicos y se les detesta justamente.

Tal es la suerte de las religiones: cuando se fijan, niegan su punto de partida, sistematizan la traición y son la negación de sus propios fundadores. Si Jesucristo y Budha reaparecieran hoy serían abominados precisamente por los cristianos y los discípulos de la «Verdadera Fe». La misión del buen combate ha pasado á otros.





¡Cuántas pequeñas humanidades distintas han perecido antes que naciera la gran humanidad!

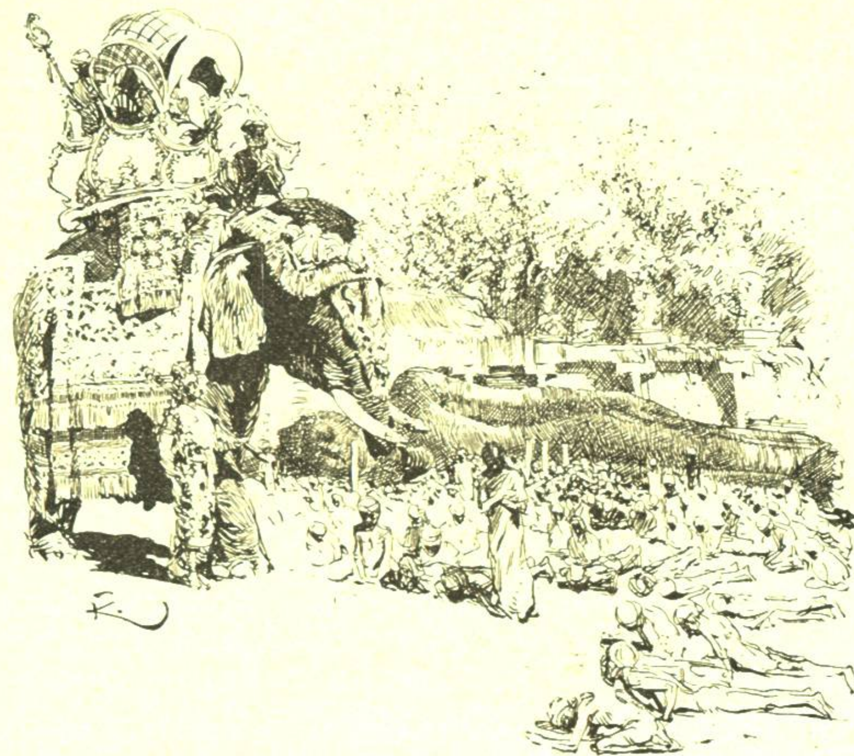
CAPÍTULO XIII

Indo-China. — Civilización Khmer. — País de Tchampa.
Las dos Javas. — Población malaya.
Navegación polinesia. — Metalanim. — Madagascar.

Comparando las afinidades respectivas de las diversas comarcas del Asia oriental durante el curso del tiempo, se observa que el conjunto de la Indo-China ha cambiado completamente su orientación social desde hace dos mil años: en tanto que ahora sigue el impulso de la China, y parece haber de regirse pronto por el Japón, antiguamente tuvo la India por modelo. Algunas expediciones de conquista, pero sobre todo la

sorio sólo beben agua filtrada, respiran á través de un velo y echan harina en el suelo para que coman las hormigas. Sus «cuatro deberes» consisten en ejercer la beneficencia; pero por sus prácticas y por su talento para enriquecerse á costa del pueblo se han convertido en una casta feroz, compuesta de enemigos públicos y se les detesta justamente.

Tal es la suerte de las religiones: cuando se fijan, niegan su punto de partida, sistematizan la traición y son la negación de sus propios fundadores. Si Jesucristo y Budha reaparecieran hoy serían abominados precisamente por los cristianos y los discípulos de la «Verdadera Fe». La misión del buen combate ha pasado á otros.





¡Cuántas pequeñas humanidades distintas han perecido antes que naciera la gran humanidad!

CAPÍTULO XIII

Indo-China. — Civilización Khmer. — País de Tchampa.
Las dos Javas. — Población malaya.
Navegación polinesia. — Metalanim. — Madagascar.

Comparando las afinidades respectivas de las diversas comarcas del Asia oriental durante el curso del tiempo, se observa que el conjunto de la Indo-China ha cambiado completamente su orientación social desde hace dos mil años: en tanto que ahora sigue el impulso de la China, y parece haber de regirse pronto por el Japón, antiguamente tuvo la India por modelo. Algunas expediciones de conquista, pero sobre todo la

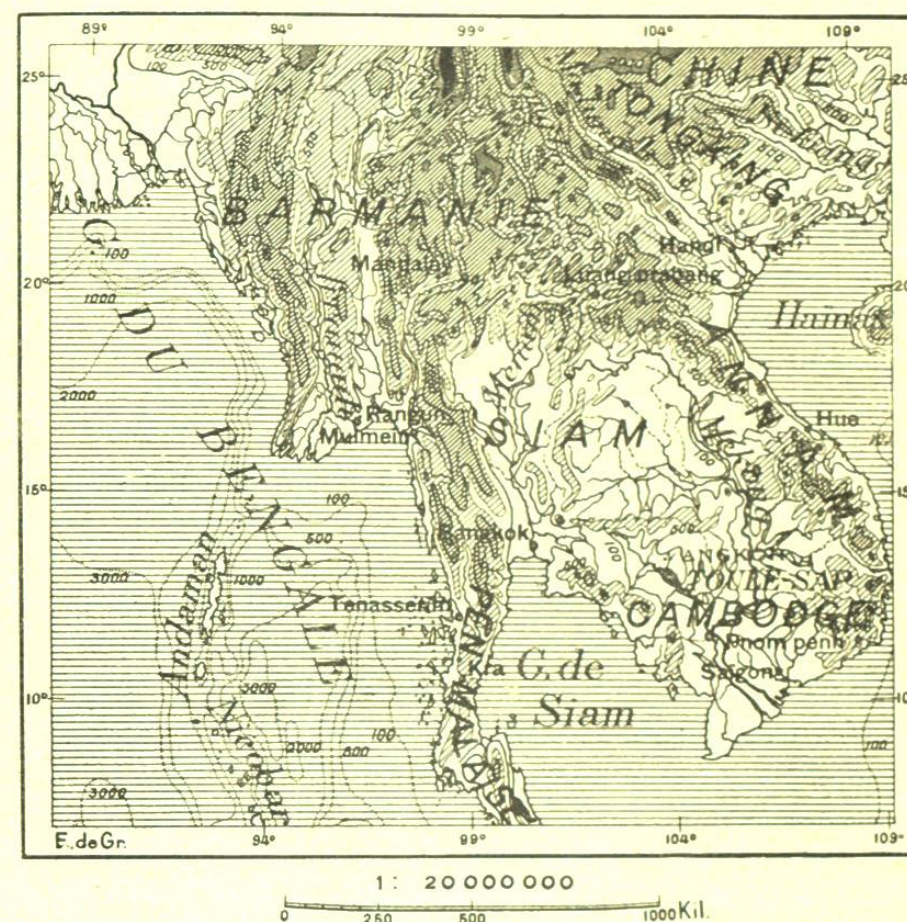
inmigración y la influencia pacífica de una civilización superior, han «chinizado» gradualmente á Siam, Camboya y Annam; hace unos veinte siglos, cuando la propaganda búdhica, esos países se encontraban, por el contrario, casi «indianizados».

A este respecto las influencias hindus tenían completa facilidad de penetración en la Barmania, á pesar de que se hallan bien separadas las dos grandes penínsulas por cadenas de montañas, bosques, ríos caudalosos y pantanos. Los movimientos de emigración y de conversión religiosa y moral no se hicieron directamente sino por un punto muy reducido, pero la navegación, ayudada por el vaivén de los monzones y de las corrientes marinas, ponía en comunicación el delta gangético y el del Iravadi, y de ese modo las poblaciones barmanas del río bajo recibieron plenamente durante el curso de los tiempos las enseñanzas venidas de la India. Sin embargo, la misma Barmania está separada de Siam por una gran cordillera que había de retardar, impedir quizá en ciertos puntos, la extensión de las formas de civilización hindu. Hasta ocurre que las dos vertientes de la arista poco elevada que se prolonga sobre una distancia de unos 1500 kilómetros en la estrecha península malaya, desde el Siam continental hasta la punta de Djohor, se hallan en muchos puntos privadas de relaciones fáciles el uno con la otra, á pesar de que los collados de paso sean en su mayor parte de una corta altura media.

En el cuerpo mismo de la Indo-China, las múltiples cadenas de montañas, revestidas todas de bosques, son de acceso verdaderamente difícil, aunque no pasan de la zona de las nieves temporales, pero no impiden las relaciones de comercio ni las expediciones guerreras: la historia menciona gran número de invasiones que se hicieron por un lado y por otro, de la Barmania hacia el Siam ó del Siam hacia la Barmania. Pero los obstáculos son suficientes en esta parte del territorio para que la influencia china, descendiendo del Sud por los valles paralelos que recorren los ríos, pueda contrabalancear la acción de la India, ejercida por el Bengala y el Assam: puede decirse que en la línea divisoria de las aguas entre el Saluen y el Menam comienza la verdadera «Indo-China». La Barmania, cuyo nombre se ha relacionado, no sin causa, al de

Brahma [1], como si ese dios hubiese tomado posesión de ella cuando la introducción de su culto, ha sido sustraída al ascendiente de la civilización elaborada sobre las riberas del Río Amarillo.

N.° 250. Indo-China continental.



La forma tan notable de la irradiación de los ríos indo-chinos y de las cadenas de montañas divergentes explica por qué esta península, tan favorecida por el clima, aun comparándola con su vecina hindu, y por los recortes de sus costas, no pudo jamás alcanzar la dignidad de nación única. No contiene una cuenca suficientemente extensa para que una población numerosa sirviese allí de vehículo á una idea

[1] Eugène Burnouf, *Journal des Savants*, 1837, p. 120.

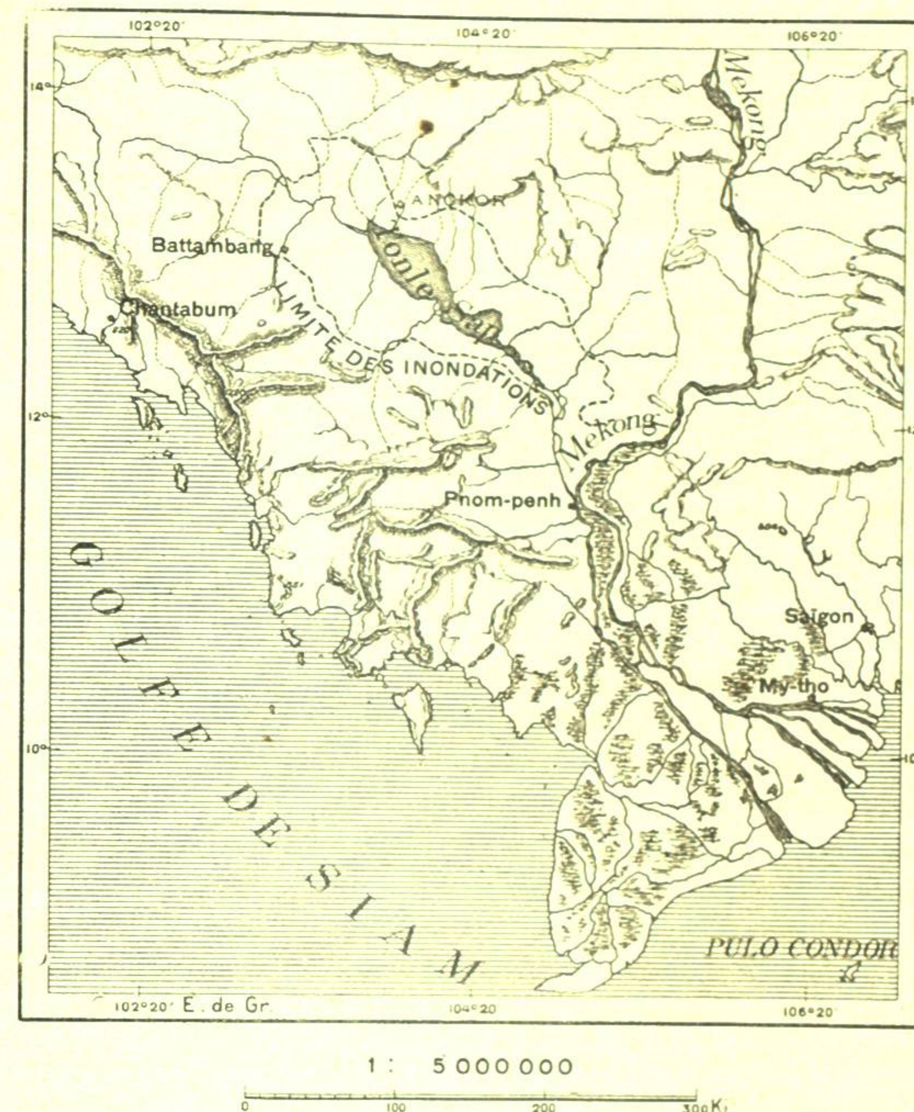
nueva; por otra parte está rodeada de sociedades demasiado desarrolladas para haber podido luchar contra su genio propio. La Indo-China sirvió de campo de experimentación á los conflictos y á las amalgamas entre Malayos, Hindus, Chinos y los pueblos autóctonos ó que bajaron del Norte, como los Thais del Siam; tuvo ciertos períodos de trabajo glorioso en que los elementos más activos influyeron triunfalmente sobre sus vecinos, — por ejemplo, la lengua usada actualmente en el Siam contiene más de una quinta parte de expresiones camboyanas [1], — pero de esas acciones múltiples no brotó una síntesis brillante que se irradiara á lo lejos.

La obra de indianización, á que la Naturaleza no oponía obstáculos, pudo continuarse fácilmente á través de las edades durante tanto tiempo como duró en el país de origen el impulso de una civilización progresiva, y la cultura hindu con sus religiones y sus costumbres, con su lengua misma, se extendió desde las orillas del Ganga hasta el Océano Pacífico. Hacia la época en que, del otro lado de la India, se producía la influencia helénica, el brahmanismo y luego el budhismo fueron llevados por esa corriente, del mismo modo que habían sido llevadas anteriormente otras religiones de carácter menos complejo, más aproximado al naturismo primitivo. Los Khmers del Camboya, los Tchampas del litoral pertenecían al mundo indio mucho más que las poblaciones indígenas de las mesetas de la India propiamente dicha.

El centro de la civilización khmer, notable por el gran número de sus monumentos arquitectónicos, ocupa, en efecto, uno de los lugares mejor situados para recibir y conservar en el bienestar una población muy densa. Los dos valíes principales de la Indo-China oriental, el Menam y el Mekong, que constituyen las dos grandes vías históricas de la península, en la dirección de Norte á Sud, se reunen en su curso inferior por una larga depresión transversal paralela al litoral marítimo, formando entre los dos ríos una soberbia avenida; un hermoso lago, el Tonle-sap, que parece haber sido un golfo marino hace algunos miles de años, completa los caminos de tierra, muy fáciles de seguir por sus vías de navega-

[1] Raquez, *Bulletin du Comité de l'Asie française*, 1903, p. 431.

N.º 251. Centro de la civilización khmer.



Las ruinas de Angkor están dispersas en una extensión de varios kilómetros cuadrados; se distingue el Nakhor-Tom ó Gran Capital, el Nakhor-Vat ó Pagoda de la Capital, y numerosas construcciones diseminadas. Según M. Aymonier, los principales monumentos han sido edificados de 850 á 950 de la era vulgar.

ción hacia el Mekong. Entre esa cuenca lacustre y la arista divisoria elevada de donde se derraman las aguas, al Noroeste hacia el Menam, al Sudeste hacia el Mekong, se agruparon, durante los

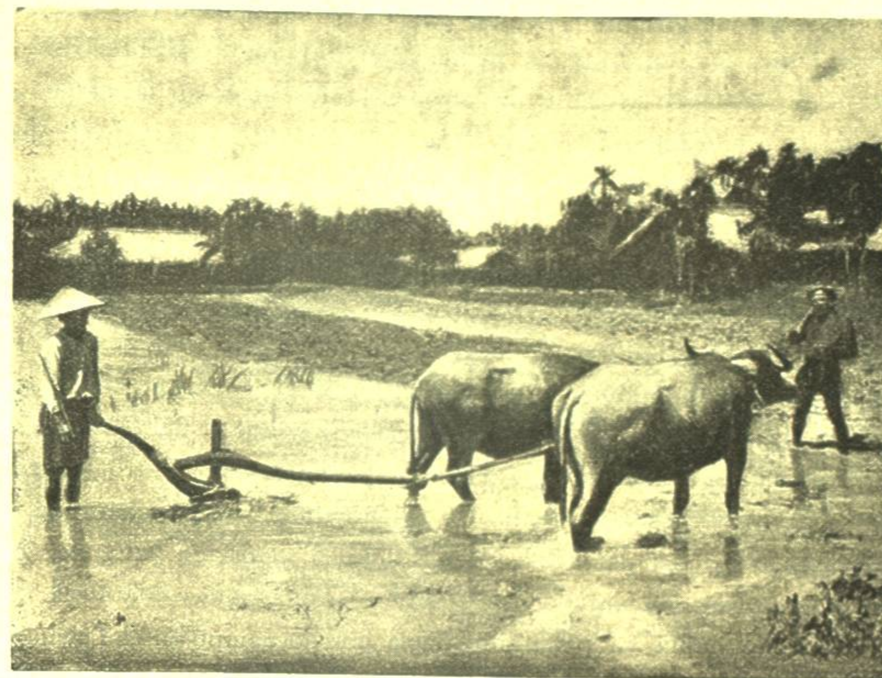
períodos pacíficos, el mayor número de habitantes, á quienes los lagos, ríos y golfos suministraban pescado en cantidades prodigiosas; allí fueron encontrados por M. Jammes los montones de conchas que contienen los vestigios lo menos de tres civilizaciones prehistóricas, allí donde, hace diez ó doce siglos, el arte y la industria de los khmers alcanzaron su más alto desarrollo, hasta el punto de equilibrio natural del conjunto de las comarcas conocidas hoy bajo los nombres de Siam, de Camboya y de Annam. Era la etapa principal de los misioneros entre las ciudades gangéticas y el archipiélago indonesio.



UN TONKINÉS SOBRE SU BÚFALO

De una fotografía.

Los indígenas tienen conciencia plena de su antigua gloria, y se suponen descendientes de colonos venidos de la India septentrional. Según una leyenda, que los Camboyanos consideraban, antes de la llegada de los Europeos de genio más escrutador, como la expresión de la historia pura, un príncipe hindu, acompañado de «diez millones» de sus súbditos, vino hace veintitrés siglos á poblar la cuenca del Tonle-sap. La relación designa hasta la antigua Indraspathi, la ciudad de Indra, convertida en la moderna Delhi, como el lugar de origen del fundador del poderío khmer; la familia reinante actual parece procedente de otra ciudad santa, Varanasi ó Benares. Sin embargo, el abandono de la fe búdhica por los habitantes de la cuenca del Ganges no debió tardar en romper las comunicaciones entre la India septentrional y el país khmer, uno de los más ardientes focos de la religión nueva. Por eso se establecieron relaciones seguidas con Ceylán, la antigua Lanka, otra ciudadela de la verdad, según Çakya-Muni, de tal manera, que se creyó durante mucho tiempo que el budhismo indo-chino resultaba de la propaganda de los habitantes de la isla maravillosa.



LABRANZA DE LOS ARROZALES EN EL TONKIN

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

Así como todo buen musulmán ha de hacer á lo menos una vez en la vida el viaje á la Meca, todo celoso budhista entre los Camboyanos se entrega á una farsa religiosa, por la cual se transforma en peregrino de Lanka. ¿Ha acabado de construir la choza, siguiendo las ceremonias prescritas que deben conciliarle una suerte favorable; ha metido en ella el gato, futuro guardián de la paz doméstica? Pues no puede él mismo penetrar en ella sin haber forzado la puerta con una piadosa mentira: — «¿De dónde vienes?» se le pregunta. — «Vengo de Lanka, — responde; — he naufragado en el mar, y encontrándome ahora sin albergue, me he refugiado con los míos y mi pequeño haber en esta vivienda deshabitada»[1].

[1] Moura, *Société de Géographie Commerciale de Bordeaux*, 17, VIII, 1882.

Sin embargo, es probable que las relaciones de amistad con Ceylán, rara vez directas, se hicieran principalmente por mediación de los navegantes malayos y calingas, porque la distancia es larga (2500 kilómetros) entre Lanka y las bocas del Mekong por la parte superior del istmo de Krah, y el rodeo es muy grande á través del archipiélago de la Sonda. Por un extraño fenómeno geográfico, la isla de Java servía de etapa á la mitad del camino entre Ceylán y la Indo-China oriental.

Al otro lado del país khmer, el litoral del mar chino, que se desarrolla siguiendo una doble curva, primero convexa y después cóncava desde el cabo de Santiago hasta las bocas del Río Rojo, fué también un país indianizado; se denominaba en otro tiempo Tchampa, nombre seguramente de origen hindu; en la actualidad es el Annam, el «Sud pacífico». Hace dos mil años, en la época en que ya habían comenzado las grandes propagandas búdhicas, el brahmanismo había ya penetrado hacía mucho tiempo en el Tchampa (Tsiampa), como lo atestiguan numerosas inscripciones. Todos los nombres geográficos de ese litoral, citados por Ptolomeo, son de origen sanscrito[1]. Los reyes tenían también denominaciones hindus. Siva era el dios más frecuentemente invocado; la diosa Bhagavasi tenía también muchos fieles, y aun le quedan en nuestros días, aunque se haya olvidado por completo su origen hindu. En algunos campos se encuentran aún diseminados estelios y piedras con inscripciones; las oraciones sanscritas no cesaron de ser esculpidas hasta el final del siglo XII, hace setecientos años. Entre otras costumbres, se había extendido al país de los Tchampas el sacrificio de las reinas sobre la hoguera de los soberanos.

En cuanto á la parte del litoral situada sobre el contorno del golfo tonkinés, como un extenso semicírculo trazado alrededor de la isla de Hai-nan, se halla demasiado bajo la dependencia natural de la China para que su historia no esté principalmente ligada á la de la gran nación limítrofe. Por lo demás, ya había sido conquistada hace veintiún siglos por Chi-Hoang-ti, y durante una larga serie de siglos perteneció al imperio chino, aunque con diversas intermi-

[1] Barth; Bergaigne; Et. Aymonier, *The History of Tchampa*, ps. 5 y 6.



ALDEA LACUSTRE EN SINGAPUR

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

tencias de separación, causadas por la presencia en el Sud de otro foco de atracción. Delgado y prolongado entre la montaña y el mar, este territorio había de romperse sobre algún punto débil siguiendo la fuerza mayor ó menor de la atracción ejercida por el Sud ó por el Norte. Pero la doble influencia fué siempre visible.

Según la leyenda, los Annamitas contaron entre sus ascendientes un genio del cielo y un dragón en el mar: procedentes á la vez de los tres elementos, aire, tierra y agua, eran aves, hombres y pescados, es decir, poseían todas las cualidades físicas y morales pertenecientes á cada ser viviente[1]. Podría decirse también que participaron en las diversas civilizaciones ambientes, las de la India y de la Malasia como de la China.

Fuera del continente, la isla de Java fué el país que se benefició más ampliamente de la civilización de las Indias, lo que al pronto y antes de estudiar las causas, puede causar admiración, porque la isla de Sumatra parece mucho mejor situada para entrar de lleno en el círculo de la cultura hindu. No dejó de sacar su

[1] Paul d'Enjoy, *Revue Scientifique*, 27 Mayo 1899, p. 655.

parte de beneficio, aunque en menor grado: su mismo nombre, que se identifica con la palabra sanscrita Samudra en el sentido de «País del mar», atestigua esta primera influencia [1]. Se le llamaba también Java ó Djava, como isla de menor extensión que la continúa hacia el Este; mas para distinguir una de otra, se designa la tierra grande como la «Pequeña Java», mientras que gracias á su población más numerosa y á la abundancia de sus producciones, la isla de menor dimensión era la «Gran Java». La estructura de las dos islas explica ese contraste.

Sumatra presenta en toda su longitud — 1700 kilómetros del Noroeste al Sudeste — una cadena de montañas elevadas que interrumpen por todas partes las comunicaciones entre las dos vertientes y se apoyan en muchos sitios sobre extensas mesetas donde viven poblaciones independientes, parcialmente salvajes, que rompen toda clase de relaciones directas entre los habitantes cultos de los valles divergentes. Otra desventaja desde el punto de vista de la población consiste en la gran abundancia de las lluvias que inundan la isla y dan á sus ríos, frecuentemente desbordados y ramificados en mil corrientes, orillas pantanosas que se extienden hasta el mar en infranqueables charcas.

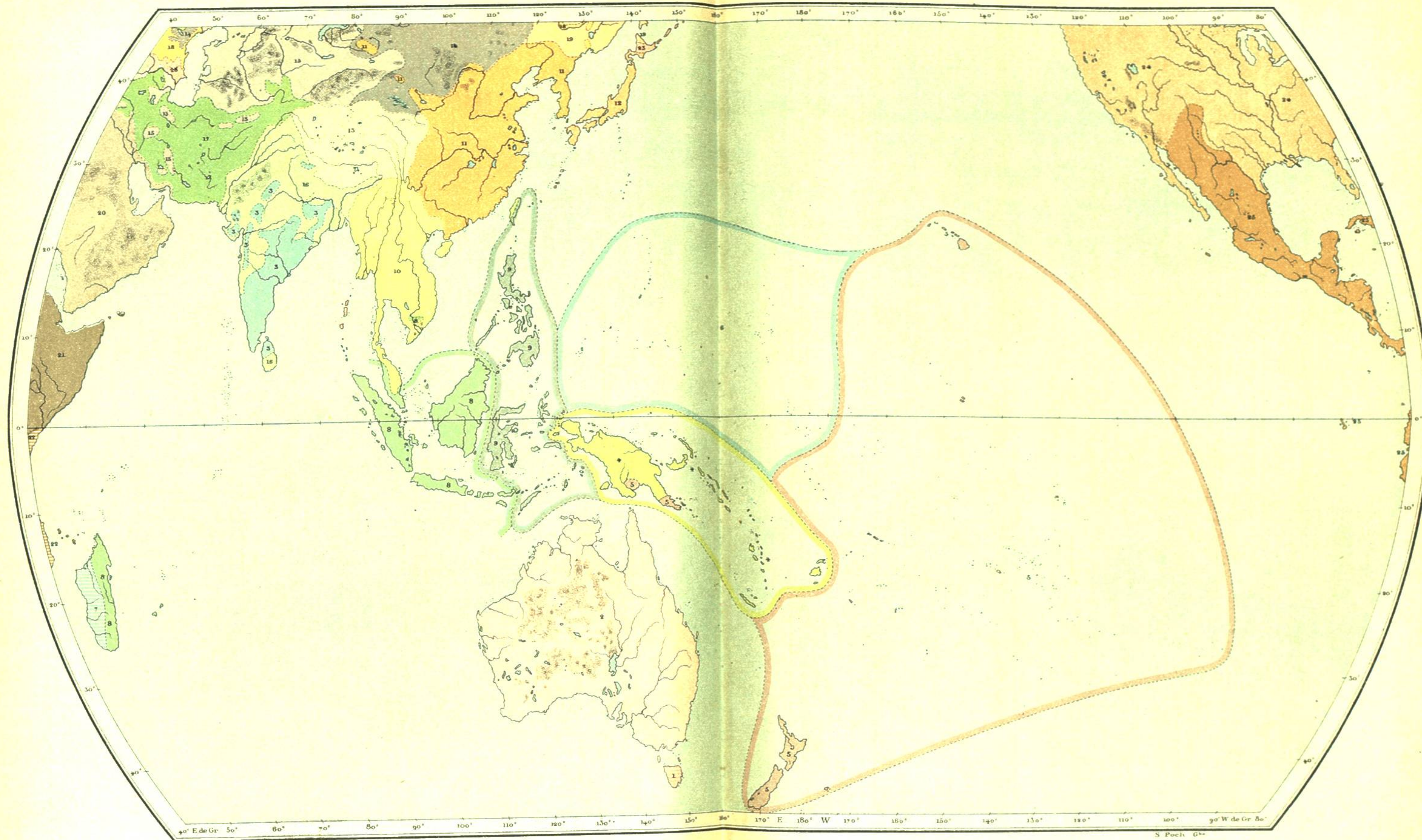
Muy larga, muy montañosa, cubierta de frondosa vegetación, la isla de Java por excelencia, «Java la Grande», podría parecer á primera vista de acceso tan difícil como Sumatra y su otra vecina la maciza Borneo; pero el estudio detallado de la geografía local demuestra cuán grandes son en realidad las diferencias. Dos terceras partes más pequeña y disfrutando en todas partes de una humedad suficiente que en ningún punto se resuelve en río ó en pantano, Java está también mucho mejor organizada que Sumatra, y se halla dispuesta de manera que presenta en toda su longitud una serie de anillos ó artejos independientes, entre los cuales se puede pasar fácilmente de la orilla septentrional á la meridional. En diversas partes de la isla, la distancia es solamente de un centenar de kilómetros de una costa á la opuesta, y las depresiones de las aristas divisorias son muy profundas; mientras los conos de los volcanes se

[1] Henry Yule, *The Book of ser Marco Polo.*



HANOI, FABRICACIÓN DEL PAPEL
Documento comunicado por la Sra. Massieu

ETNOGRAFIA DE LOS MUNDOS LEJANOS



Tasmanianos	1	*Melanesios*	4	*Madecasios*	7	*Indo-Chinos*	10	*Tibetanos*	13	*Hindos*	16	*Hiperbóreos*	19
Australianos	2	*Polinesios*	5	*Malayos*	8	*Chinos*	11	*Mongoles*	14	*Iranios*	17	*Arabes*	20
Dravidianos	3	*Micronesios*	6	*Tagalos, Alfuros, etc*	9	*Japoneses*	12	*Turcmenios*	15	*Eslavos*	18	*Etiopes*	21

Negros 22

Andamanes, Ainos, Caucasianos 23

24 *Pieles rojas*

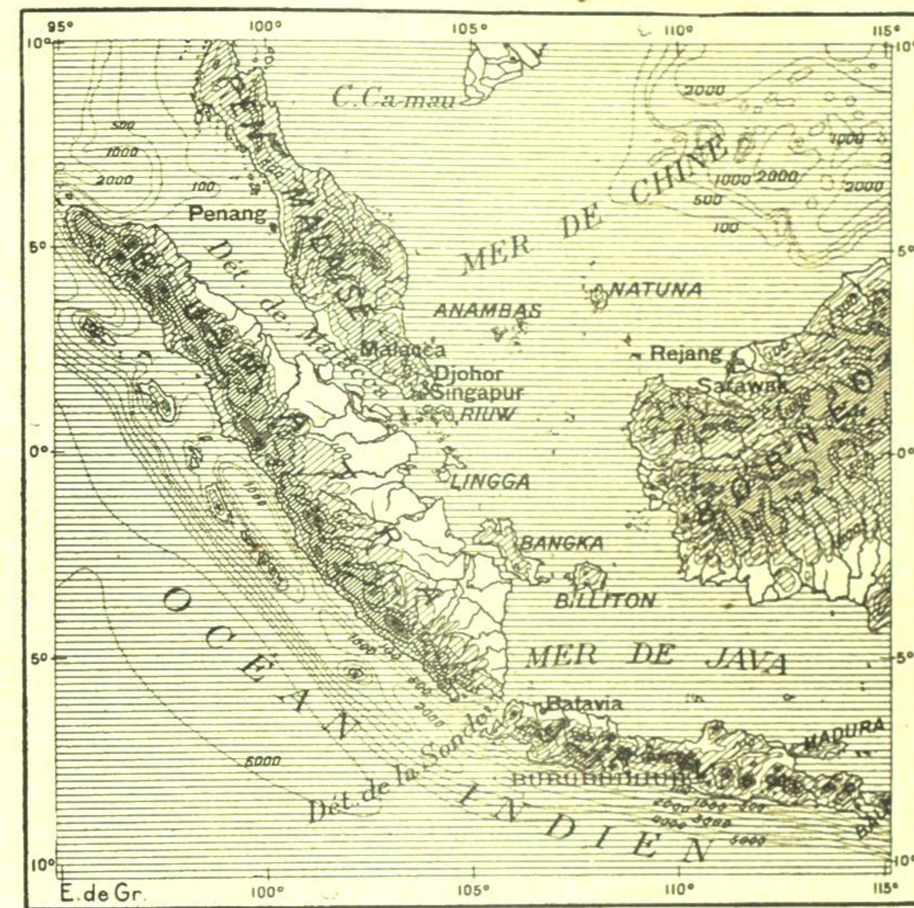
25 *Indios de America central*

Escala 1:80000000

0 1000 2000 4000 Kilom

elevan á dos mil ó tres mil metros y aun más, los pasajes intermediarios alcanzan alturas sólo de algunos centenares de metros: son como otros tantos estrechos que separan macizos insulares. Las

N.° 252. Las dos Javas.



1 : 20 000 000

0 250 500 1000 Kil

islas que continúan al Este la hilera volcánica javanesa, Bali, Lombok, Soembava, pertenecen al mismo género de formación que los grupos de cumbres ó de picos solitarios que se elevan en la gran isla; al Oeste las aristas sobresalen, pero al Este se bañan aún en las aguas del Océano. Esta disposición de los montes en artejos distintos fué una de las principales causas de haberse poblado Java:

de cualquier parte que viniesen los viajeros, del Norte ó del Sud, podían penetrar sin gran dificultad en las campiñas del interior, entre los gigantescos volcanes; estos mismos contribuyen — por paradójica que parezca la aserción, — á hacer el acceso comparativamente cómodo, quemando los bosques antes impenetrables de los valles intermediarios: las cenizas que fecundaban el suelo servían de caminos á los inmigrantes.

No hay vacilación posible respecto de las poblaciones que hacían el oficio de agentes para el transporte de los hombres y de las mercancías entre la India continental y la India insular. Por lejos que remonte la historia hacia los orígenes del mundo oriental, siempre hace constar la parte de influencia considerable ejercida por el grupo de naciones comprendidas bajo la denominación de «Malayos», aplicada, según se dice, por la primera vez á unos ribereños occidentales de Sumatra. Actualmente, la mayor parte de los individuos que se consideran como pertenecientes á la raza malaya son sedentarios y agricultores, pero, en casi todas las islas y penínsulas, sus tradiciones recuerdan que han venido de otra parte. Sus vecinos toman con mucha frecuencia el nombre étnico de «Malayos» en el sentido de «Vagabundos, Errantes, Extranjeros». Una antigua costumbre, impuesta por la división de las tierras en islas, islotes y archipiélagos, ha acabado por darles atávicamente el genio especial de la navegación. En todos los países costeños ocupados por ellos designan las orillas de los ríos de una manera que parece ilógica á las gentes de tierra firme: mientras éstos indican la «derecha» y la «izquierda» colocándose en sentido de la corriente fluvial y siguiéndola, los Malayos proceden de la manera opuesta: la orilla «derecha», es para ellos la que está á su diestra remontando la corriente. Este lenguaje sólo puede ser natural para los marinos que viven del mar; asimismo en Francia los navegantes de alta mar impusieron el nombre de embocadura á las entradas fluviales, cuando desde un punto de vista lógico, el hecho de verterse las aguas en el mar hubiera debido hacer que se adoptara un nombre que indicase el movimiento de salida. En las Filipinas, el nombre de *balanhay* ó «barca» dada en nuestros días á las villas malayas, recuerda los tiempos antiguos donde toda la «tripulación» se instalaba sobre la

costa, conservando las costumbres de á bordo, como si tuviera aún que remar sobre las ondas [1].

No hay región del mundo mejor dispuesta que la Malasia para

N.° 253. Malasia oriental.



las facilidades de las comunicaciones y de los cambios; si la palabra «predestinada» pudiera aplicarse á una parte cualquiera de la superficie terrestre, habría que aplicarla á esas islas y penínsulas

[1] Olivier Beauregard, *Bulletin de la Société d'Antropologie de Paris*, 7 Julio de 1887.

del mundo malayo. Abundan en productos de toda especie, minerales y piedras preciosas, cortezas y gomas, plantas y frutas; cada isla tiene sus riquezas particulares; en parte alguna se ve mayor diversidad de formas vivas, vegetales ó animales. Sabido es que, según las observaciones de R. Wallace [1], el estrecho de Lombok, continuándose al Norte por el canal de Macassar, le parecía separar con precisión las floras, las faunas, los pueblos de origen y de lengua diferentes, en una palabra, dos mundos completamente distintos: los naturalistas que han sucedido á ese gran viajero no han hallado que el contraste resultase tan vigorosamente manifiesto; es cierto, en todo caso, que las tres tierras principales del Oeste, Sumatra, Java, Borneo y de otra parte Celebes, lo mismo que sus vecinas orientales del archipiélago malayo, poseen también riquezas naturales de una extremada variedad, fáciles de utilizar por el hombre.

Los troncos fuertes de los árboles desarraigados de la orilla suministran á las poblaciones ribereñas vigas ya preparadas, que basta descortezar y atar firmemente con los cordajes formados de bejucos entrelazados; de ese modo, el constructor, práctico en su oficio, encontraba sobre el litoral las maderas más sólidas y resistentes para la construcción de barcos. Amplias radas y calas bien resguardadas interrumpen el perfil exterior de las islas, preséntanse innumerables puertos atrayendo de aquí y de allí los barcos de los navegantes. También los Malayos, en épocas muy remotas, fueron los intermediarios naturales del comercio entre las diversas comarcas del Asia oriental, hasta la India y hasta el Japón; favorecidos por los vientos alisios y por los monzones, que los llevaban de orilla en orilla, aprendieron á doblar todos los cabos que se avanzan en el mar de las Indias y ganaron hasta las costas de Madagascar y de Africa. Su civilización se propagó hasta la extremidad opuesta de la redondez terrestre, á corta distancia del continente americano, si es cierto, como piensan muchos geógrafos, que la isla de Pascua pertenece al área de la antigua expansión de los Malayos. El sistema de numeración que prevaleció en todos los lenguajes

[1] *Malay Archipelago.*



VENDEDORAS JAVANESAS EN LAS INMEDIACIONES DE BATAVIA

Documento comunicado por la Sra. Massieu.



BARCO DE BALANCÍN DE LOS MALAYOS, DE LOS POLINESIOS, ETC.

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

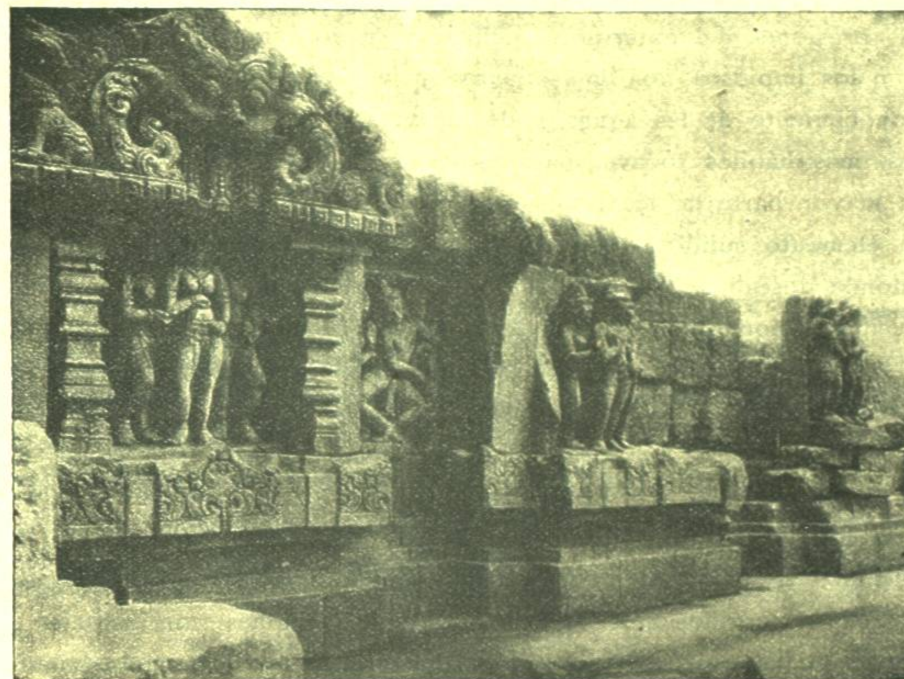
polinesios es una prueba suficiente de la enorme extensión conquistada por la influencia malaya en la superficie del Océano. Hasta en nuestros días, á pesar de la superioridad que la ciencia y la industria han dado á los navegantes europeos, una gran parte del cabotaje en los mares de la Insulinda pertenece á las flotillas de francos Malayos. Uno de los mares más vivientes de barcos, con el estuario del Támesis, los del Elba, del Mersey y del Hudson, es la región que comprende, al sud de Singapur, los archipiélagos de Riouw y de Lingga. Según la tradición, este último grupo de islas fué la cuna de la raza malaya: en parte alguna tienen los indígenas un tesoro más abundante de poemas y de cuentos.

Los insulares malayos, de quienes sus propios viajes y emigraciones habían hecho los principales agentes de la mezcla entre los pueblos, debían ser por eso mismo los intermediarios de toda narración y de todo saber, y esas transmisiones se propagaban hasta las

extremidades del mundo, mucho más allá de los limites de su dominio particular de expansión nacional: por contacto personal se esparcían las tradiciones. Su participación en el fondo primitivo de las *Mil y una Noches* excede muy probablemente á la de los Hindus, de los Cingaleses y de los Arabes; de todas partes contaban las historias maravillosas, las leyendas extraordinarias, los hechos milagrosos. A ellos ha de atribuirse la primera mención de muchos prodigios que continuaron dominando las creencias hasta el fin de la Edad Media. Entre otros podría citarse la leyenda de los «Orejones», como se dice en español, que tenían á su disposición en forma de orejas dos mantos amplios de carne, uno que extendían en el suelo para dormir sobre él, y otro con que se cubrían para abrigarse. Tal es la forma bajo la cual se encuentra en todas partes la leyenda, y no puede suponerse que semejante fantasía haya nacido espontáneamente en todo lugar, sino que debió proceder de un centro común y de un mismo pueblo [1]. Quizá los habitantes de la isla de Pascua tenían la costumbre de estirarse las orejas, como los representaban en sus groseras estatuas, y los navegantes malayos, que hicieron de ellos una descripción irónica, la esparcieron en la Nueva Guinea, en la India, hasta el interior de Africa: como la historia venía de lejos podían exagerarla á capricho.

Ricos de memoria y de imaginación, á causa de sus viajes, los Malayos debían también á su experiencia de los pueblos diversos una gran variedad de cultura tomada de los hombres con quienes habían estado en contacto. Así, en Java, visitada y parcialmente habitada por los Hindus, los Malayos recibieron las formas sucesivas de la religión de los inmigrantes peninsulares y se dejaron penetrar por ella bastante profundamente. En los mismos orígenes de la historia javanesa hubo misioneros brahmanes que propagaban su religión entre los habitantes de la isla. Luego éstos se convirtieron al budhismo, y en el fervor de su fe elevaron cerca de Magelang el templo de Boeroe-Boedhoer [2], el monumento más majestuoso y más rico en esculturas que todavía existe de aquel período del

[1] Joshua Rutland, *The Big-Ears*, «Journal of the Polynesian Society», 24 Diciembre 1897.
[2] Boro-budor ó Buru-budur; el diptongo holandés *œ* equivale á la vocal compuesta francesa *ou* y á la *u* española.



LAS TRES GRACIAS DEL TEMPLO DE SIVA EN BRAMBANAN (JAVA)

Documento comunicado por la Sra. Massieu.

arte. Pero ya la vuelta ofensiva del brahmanismo, bajo la forma del culto de Siva, comenzaba á producirse, como lo atestiguan los bajo-relieves esculpidos sobre las gradas del templo. Algunos Sivaistas existen todavía establecidos alrededor de los temidos volcanes de Java y en medio de la población musulmana.

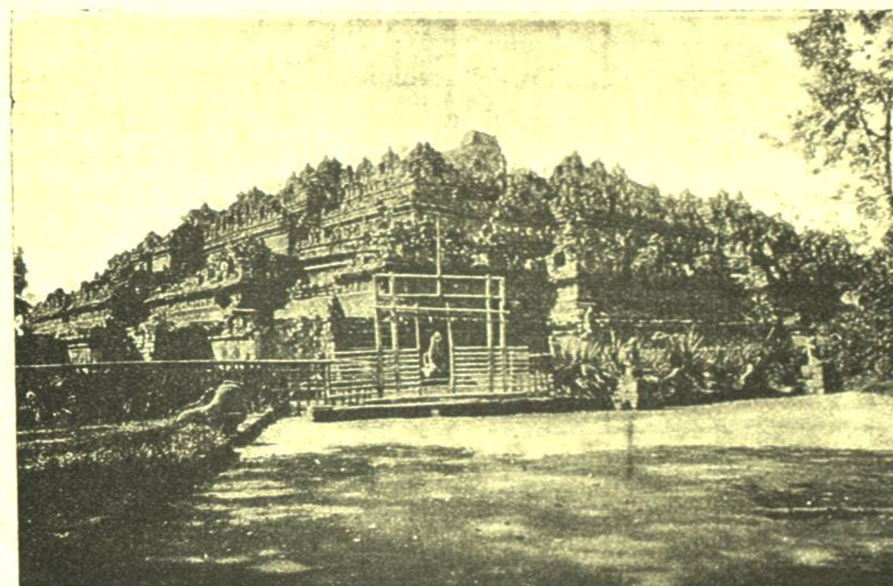
Como dice el viajero Christian [1], las agrupaciones étnicas designadas en su conjunto bajo la voz de «Malayo-polinesios», constituyeron una raza especial formada por incesantes cruzamientos entre «mercaderes, viajeros, fugitivos, desterrados y piratas, entrecruzándose por olas sucesivas en corrientes y en contracorrientes, en reflujo y en remolinos». Pero hubo también en diversas épocas emigraciones en masa, causadas por guerras ó invasión, terremotos ó choques de mareas: lo mismo que los habitantes de las tierras

[1] *Geographical Journal*, Febrero 1899.

continentales, los de las tierras oceánicas habían de ceder á todas las presiones del exterior é inclinarse en un sentido ó en otro, según los impulsos, los llamamientos y las atracciones. El medio, el conocimiento de las aguas y de los vientos les habían hecho hábiles, más hábiles todavía para moverse en el mar que lo que eran la mayor parte de las poblaciones de tierra firme para viajar sobre el elemento sólido: les bastaba conocer la dirección de las islas adonde deseaban dirigirse, si no las veían perfilarse como una nubecilla al horizonte, el vuelo de las aves, el movimiento de las olas y mil otras indicaciones fugitivas que adivina el ojo del marino, les guiaban á través de las aguas.

Por lo demás es posible que se hayan hecho diversas emigraciones por tierra en épocas remotísimas, si es cierto que, según una hipótesis emitida por muchos geólogos, gran parte del fondo oceánico se halla en una área de hundimiento (Darwin): hay espacios sumergidos hoy que habrán sido regiones continentales á través de las cuales la población se habría extendido gradualmente y por contacto. Como quiera que sea, es inútil recurrir á suposiciones relativamente á la antigua extensión y á la repartición de las islas de la Oceanía, porque las actuales condiciones bastan para explicar las emigraciones que han podido producirse en todos sentidos en la semi-circunferencia planetaria que se desarrolla desde las costas de Asia hasta las de América. Hasta los hechos de «diseminación accidental» [1], á falta de emigraciones voluntarias, podrían explicar la población gradual de todas las islas, porque pudo suceder que barcos cargados con hombres y mujeres fueran impulsados por la tempestad á playas desconocidas. La gran corriente ecuatorial que en la zona tórrida arrastra las aguas y las cosas flotantes en dirección de Este á Oeste, y la contracorriente, mucho más débil, que en la proximidad de la línea ecuatorial refluye en sentido inverso de Occidente á Oriente, debieron ayudar frecuentemente á esa emigración involuntaria de los Malayo-polinesios. Hale y después Quatrefages han trazado un mapa [2] de las emigraciones oceá-

[1] A. de Quatrefages, *Introduction à l'Etude des Races Humaines*, p. 146.
[2] Véase el mapa n.° 44, página 315 del tomo I, y el mapa n.° 227, página 95 del tomo III.



TEMPLO DE BORO-BHUDOR (JAVA)

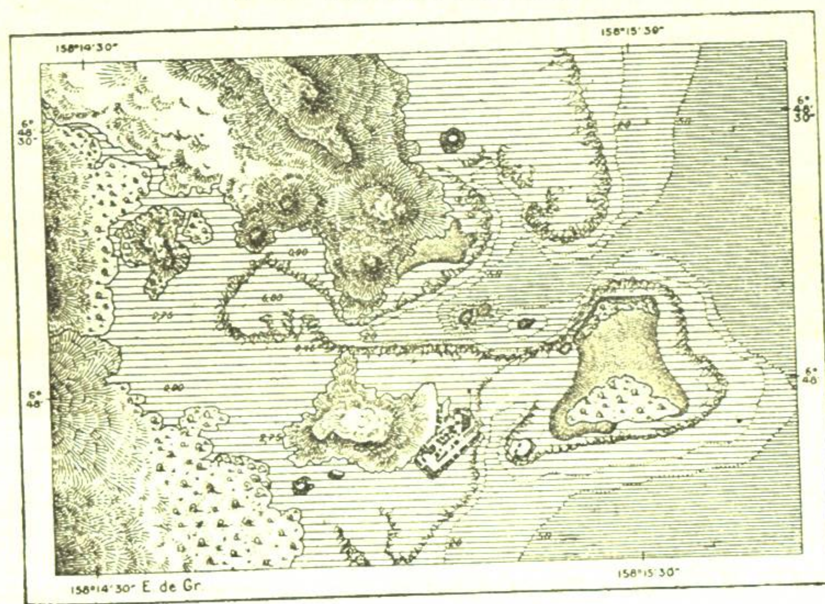
Documento comunicado por la Sra. Massieu.

nicas cuyos principales rasgos están fuera de duda por las tradiciones locales y por la historia.

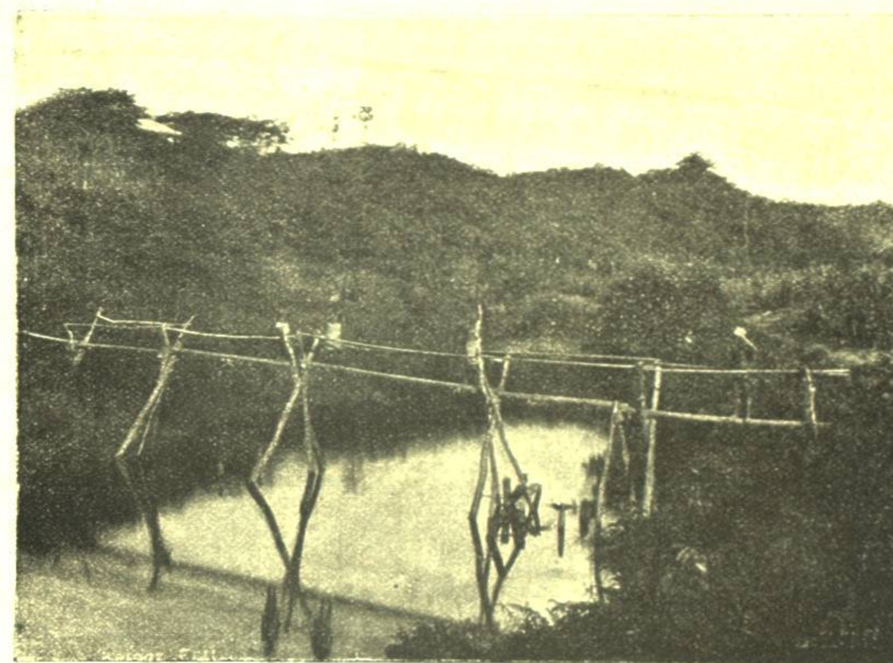
Pero semejantes documentos no pueden tener más que un valor de indicación, porque, en el transcurso de las edades, el vaivén de los hombres, aunque regulado por ciertas leyes generales, ha descrito ciertamente una red de mallas muy numerosas que parece imposible de desenredar á primera vista. En la mayor parte de los archipiélagos, los viajeros que se han informado cerca de los indígenas nos traen el eco de emigraciones y contraemigraciones diversas: se les trazan mapas sumarios sobre la arena para indicarles la dirección seguida por los antepasados ó por los desterrados; se señala hacia los vapores del horizonte lejano ó hacia las estrellas del cielo para indicar los lugares del espacio donde se vió por primera ó por última vez la flotilla de arribada ó de partida. Los naturales de Ponapé, en las Carolinas, hablan en sus tradiciones de tres razas sucesivas que dominaron el país: los enanos, los gigantes y los caníbales. Los enanos, de los que existen aún algunos descendientes sobre la costa occidental de la isla, fue-

ron muy probablemente negritos, hermanos de los Aetas y de los Mamuanas filipinos, de los Sakais y de los Semangs de la península malaya, de los Minkopios del archipiélago andamano. Sus vecinos los describen como individuos pequeños, de piel negruzca, parecidos á ciertos pescados, de máscara repugnante formada por un

N.º 254. Puerto y ciudad de Metalanim.



disco redondo de donde no resaltan más que los ojos. Christian no visitó esos enanos ó Chokalais, pero pudo explorar una de sus necrópolis, cuyas tumbas, construídas en basalto, tienen un hueco por término medio de 120 centímetros de longitud: el reducto más largo no tiene más que 135. En cuanto á los «gigantes» ó Konas, que triunfaron de los enanos y les reemplazaron en la dominación de la isla, se les considera como Malayos venidos de Occidente, mientras que los caníbales ó Liots serían Melanesios, emigrados en una época reciente de la Papuasia al Sud ó de las Nuevas Hébridas al Sudeste. Se señala también una inmigración de habitantes de las Marianas que, al final del siglo XVI, se supone que invadió cierto número de islotes carolinos.



PUENTE EN LAS ISLAS FIDJI

De una fotografía.

La importancia de las antiguas civilizaciones de la Polinesia no ha dejado testimonio más elocuente que las ruinas de Metalanim, situadas sobre la orilla oriental de esta misma isla Ponapé. Estas ruinas, en parte desescombradas por Christian, ocupan una bahía poco profunda en que se hallan islotes diseminados. Metalanim es una «Venecia» polinesia. El conjunto de las lagunas está defendido al Sud, al Este y al Norte por gigantescos rompeolas, compuestos de columnas basálticas, algunas de las cuales tienen enormes dimensiones. En algunos puntos las escolleras tienen cerca de diez metros de altura y tres metros de espesor, y los montones de escombros rodados prueban que en otro tiempo algunas murallas eran todavía más elevadas. En las partes bien conservadas del dique, los prismas, algunos de los cuales pesan más de tres toneladas, están colocados alternativamente á lo largo y á lo ancho, como los troncos de madera en las izbas rusas; acá y acullá el fondo de las lagunas está cubierto de fragmentos de basalto, desprendidos de los esquifes que los traían de las canteras situadas á más de treinta kilóme-

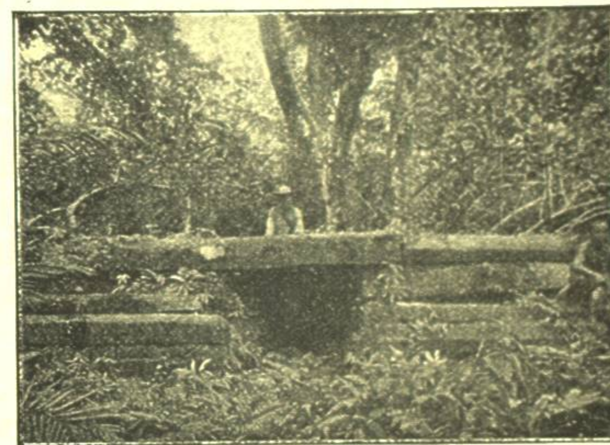
tros. ¿Qué podía ser esta gran ciudad ciclópea, de la cual hablan los insulares de Ponapé con tímida reserva, y en cuyos reductos se encierran á veces condenados para causarles un terror inmenso? [1]. A cuatrocientos kilómetros de Ponapé, otra isla, la más oriental de las Carolinas, Ualan (llamada también Strong ó Kusaie) contiene en una rada las ruinas de Sele, ciudad de un carácter más caótico que Metalanim, pero igualmente extraordinaria.

La «tierra del Este» por excelencia, la Australia, isla ó continente, parece haber tenido una representación mínima en la historia del hombre. Es indudable que sus habitantes han desarrollado allí una civilización cuyo estudio no cede en interés á ninguna otra, pero no puede decirse que haya reaccionado jamás sobre las civilizaciones circundantes. El territorio es demasiado extenso y la naturaleza demasiado diferente de las pequeñas tierras polinesias; absorbía sin devolverla por decirlo así la población que allí se presentaba. Los Australianos se han adaptado á las inmensas extensiones, se han hecho hermanos del kanguro, pero la experiencia que han hecho de la lucha por la vida no ha servido á otras poblaciones. C. Haddin reconocía en la población australiana varias capas sucesivas: Negritos, Papuas, Dravidianos y Malayos han invadido alternativamente la tierra austral; sin embargo, el suelo les ha modelado; la acción resultante del clima, de la alimentación y de la ocupación ha dado á los Australianos un carácter especial que permite clasificarlos como raza aparte, por la misma razón que tantos otros pueblos procedentes de elementos heterogéneos, Tasmanios desaparecidos, Melanesios, Dravidianos, etc. [2].

De todas las emigraciones humanas, la de los Malayos navegando hacia Madagascar es la más extraña. A primera vista del mapa parecería natural atribuir á la próxima costa africana la procedencia de las poblaciones malgaches, pero aparte de que los indígenas del Africa sud-oriental son malísimos marinos, los vientos y las corrientes son contrarios al viaje que habría que emprender para viajar desde las bocas del Zambeze hacia el litoral de la gran isla; por otra parte, la evidencia de un origen lejano es tal que no

[1] *Geographical Journal*, Febrero 1899.
[2] Véase el mapa de colores n.° 5.

es posible detenerse un momento ante las dudas de algunos escritores. Los Hovas son Malayos: se ve en su rostro, se reconoce en sus costumbres, se comprende en su lenguaje; la lengua que resuena en las orillas de la costa oriental, entre los Betsimisaraka, y cuyo íntimo parentesco con el malayo de la península meridional de la Indo-China y de Sumatra se comprueba á 4000 ó 5000 kiló-



METALANIM

Entrada de la cueva llamada sepulcro de Chantelem.

Según F. W. Christian.

metros de distancia, es la que se ha esparcido en toda la isla, de un extremo á otro, y que se ha impuesto á los insulares de todo origen, hasta los que vinieron del continente inmediato, y, después, de la Arabia y de la India. Algunos procedimientos de trabajo ofrecen el mismo carácter y los mismos detalles en el mundo malayo y en la gran isla vecina del continente africano. Los morteros para moler el arroz tienen idéntica forma, los trabajos de forja se hacen de la misma manera; los Sakalaves de la costa occidental tienen barcos de balancín construídos sobre el modelo de los esquifes polinesios.

Hubo, pues, emigración, y muy probablemente las hubo en gran

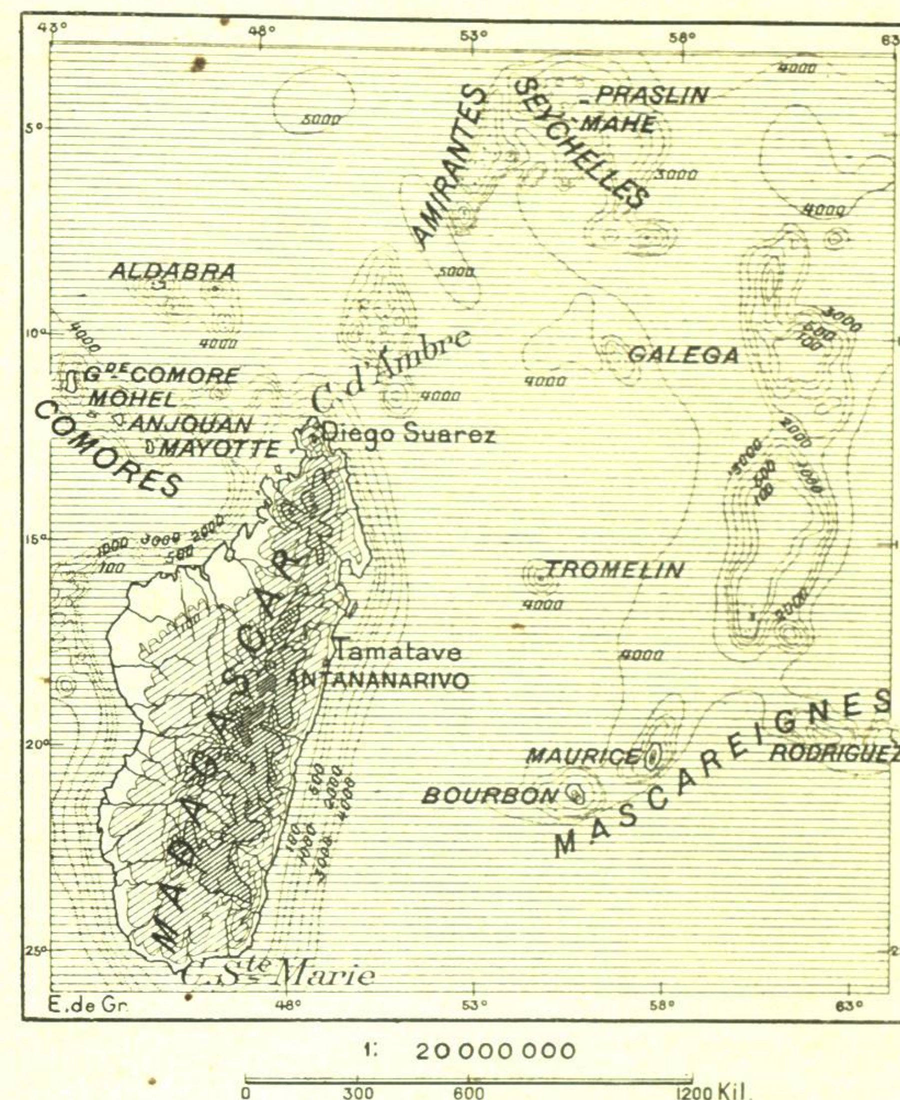
número. Los Hovas ó Andrianas, que en nuestros días constituyen la población dominante, gracias á la posición central que ocupan y á su superioridad de civilización, son de puro origen malayo; no tuvieron, sin embargo, jamás sino una parte del gran dominio insular, y su influencia quedó completamente nula sobre comarcas de Madagascar donde se hablan dialectos del mismo origen lingüístico, muy emparentados por el vocabulario y por la construcción de las frases. Parece admisible que antes de la llegada de las Hovas, otros pueblos congéneres hubiesen establecido ya su dominación en el conjunto de la isla, y que elementos étnicos diferentes, bantu, árabe ó hindu hubiesen venido sucesivamente sobre aquellas costas para destruir la unidad primera de cultura á que los Malgaches debían la comunidad de lenguaje [1]. Es muy probable que los residentes negruzcos de la isla no fueran Negros africanos, sino Melanesios llegados del Extremo Oriente en una época desconocida, muy anterior á la historia [2].

Pero si las emigraciones han sido numerosas, y aun es posible que otros Malayos, hasta Polinesios, hayan precedido á los Hovas en la población de la isla, una hipótesis se presenta con gran fuerza de probabilidad: los viajes no se han hecho inconscientemente como los de la piedra pomez de los volcanes de Java, llevada por las corrientes sobre las costas malgaches; con pleno conocimiento de la dirección de los vientos y de las corrientes y de la posición de las tierras codiciadas los marinos de Oriente largaron sus velas. En una palabra, los ribereños del mar de las Indias habían explorado suficientemente poco á poco las riberas de la inmensa extensión oceánica para dirigirse allí con seguridad, para conocer las escalas y marcar las etapas. De que los Griegos y los Romanos, nuestros educadores, no conocieran esos mares, no se deduce que los Malayos no fuesen sus audaces exploradores. Los relatos legendarios de las *Mil y una Noches* nos traen como un eco lejano de sus aventuras.

Cualquiera que sea la serie de preguntas actualmente sin respuesta que el historiador de los mundos lejanos tenga que proponerse, una cosa es cierta, á saber: que no sólo unas tribus y unos

[1] Max Leclerc, *Les Peuplades de Madagascar*.
[2] Alfredo Grandidier, *Histoire physique, naturelle et politique de Madagascar; l'origine des Malgaches*.

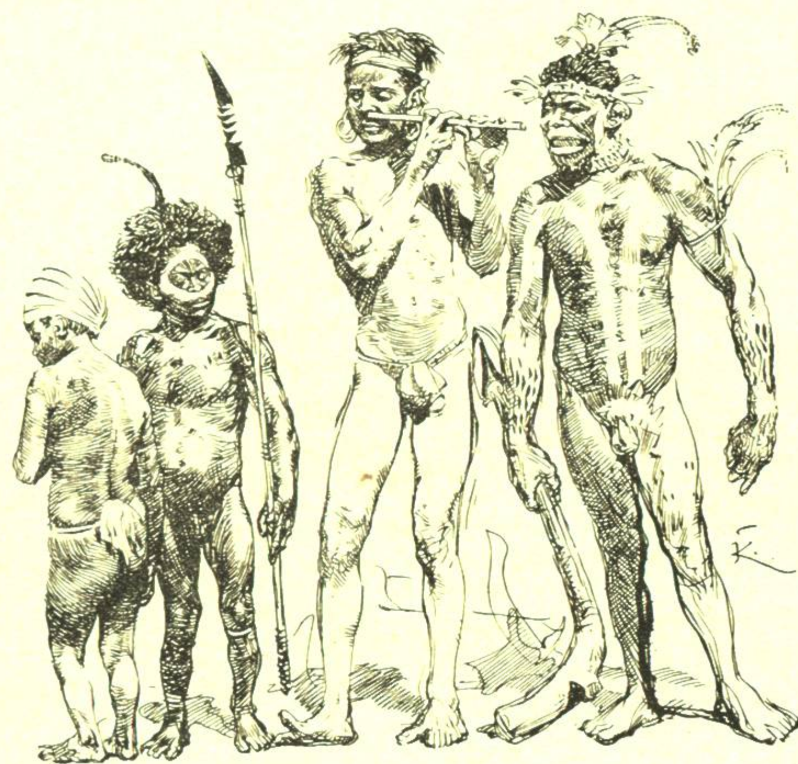
N.° 255. Madagascar y las Mascareñas.



pueblos, sino también unas civilizaciones diversas se han sucedido en esas vastas extensiones marítimas que separan el Antiguo y el Nuevo Mundo.

¡Cuántas humanidades distintas, creyendo constituir por sí solas

un mundo completo, han perecido antes que naciese la gran humanidad que tiene una conciencia colectiva y abraza la superficie entera del planeta, iluminada de Oriente á Occidente por el mismo sol en su circuito cotidiano !

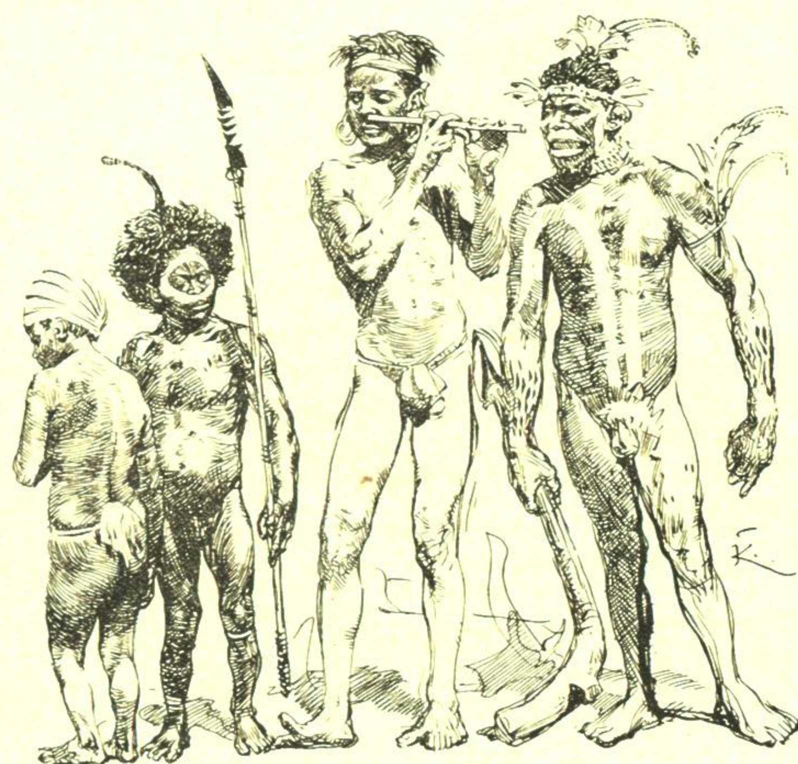


LIBRO TERCERO

HISTORIA MODERNA

Cristianos. — Bárbaros. — La segunda Roma.
Arabes y Bereberes. — Carlovingios y Normandos.
Caballeros y Cruzados. — Municipios. — Monarquías.
Mongoles, Turcos, Tártaros y Chinos.
Descubrimiento de la Tierra. — Renacimiento.
Reforma y Compañía de Jesús. — Colonias. — Rey Sol.
Siglo XVIII. — Revolución. — Contra-revolución.
Nacionalidades. — Negros y Mujiks.

un mundo completo, han perecido antes que naciese la gran humanidad que tiene una conciencia colectiva y abraza la superficie entera del planeta, iluminada de Oriente á Occidente por el mismo sol en su circuito cotidiano!



LIBRO TERCERO

HISTORIA MODERNA

Cristianos. — Bárbaros. — La segunda Roma.
Arabes y Bereberes. — Carlovingios y Normandos.
Caballeros y Cruzados. — Municipios. — Monarquías.
Mongoles, Turcos, Tártaros y Chinos.
Descubrimiento de la Tierra. — Renacimiento.
Reforma y Compañía de Jesús. — Colonias. — Rey Sol.
Siglo XVIII. — Revolución. — Contra-revolución.
Nacionalidades. — Negros y Mujiks.

LIBRO TERCERO



CRISTIANOS. — NOTICIA HISTÓRICA

El Jesús de los Cristianos no es mencionado por ningún escritor profano, excepto Celso que, ciento cincuenta años después de la existencia supuesta del Hombre-Dios, compuso el *Discurso verdadero,* en que se critican la vida de Jesús y los Testamentos desde el punto de vista histórico y racional. Ese trabajo nos es conocido solamente por los extractos que Orígenes insertó en su escrito *Contra Celso.* La vida de Jesús, reconstituída según Celso, es muy plausible, pero como se ignora el origen de los informes que da, es preferible no considerarlos como históricos. Por lo demás, el hecho principal está fuera de discusión: la creencia de los primeros cristianos en la personalidad de Jesús.

La existencia de Pablo no es dudosa; pero la autenticidad de todas las epístolas que le atribuye el Nuevo Testamento dista mucho de estar probada. Pablo nació en Tarso hacia el año de Roma 752, ejerció en Palestina su celo anti-cristiano, — participó en la condenación á muerte del diácono Esteban, lapidado en el año 790 (37 de la era vulgar), — pero «encontró su camino de Damasco», y recorrió el Oriente predicando la Buena nueva. De Antioquía á Corinto, de Galacia á Macedonia, fundó iglesias y llegó á Roma en el año 805 (62 era vulgar). Fué ejecutado cuatro años después, dícese que en la misma época que Pedro.

La lista de los Arsacidas, ó reyes partos, entre Arsacio, muerto en el año de Roma 497 (— 254 era vulgar) y Artaban IV, muerto en el año de Roma 978 (+ 226 era vulgar) es complicadísima y obscura. Entre los monarcas Sasanidas anteriores á la toma de Roma por Alarico, citamos Ardechyr, que reinó de 978 á 992 (226 á 240 era vulgar), Chapur I (Sapor) (241-271), y Chapur II (309-380).

Odenath, príncipe de Palmira, murió en 267, y Zenobia en 272, poco tiempo después de su derrota por Aureliano.

Para la sucesión de los emperadores romanos hasta los Antoninos, véase la página 420, tomo II. Después de Marco Aurelio, muerto en 180 (era vulgar) y Cómodo (180-193), nos limitamos á

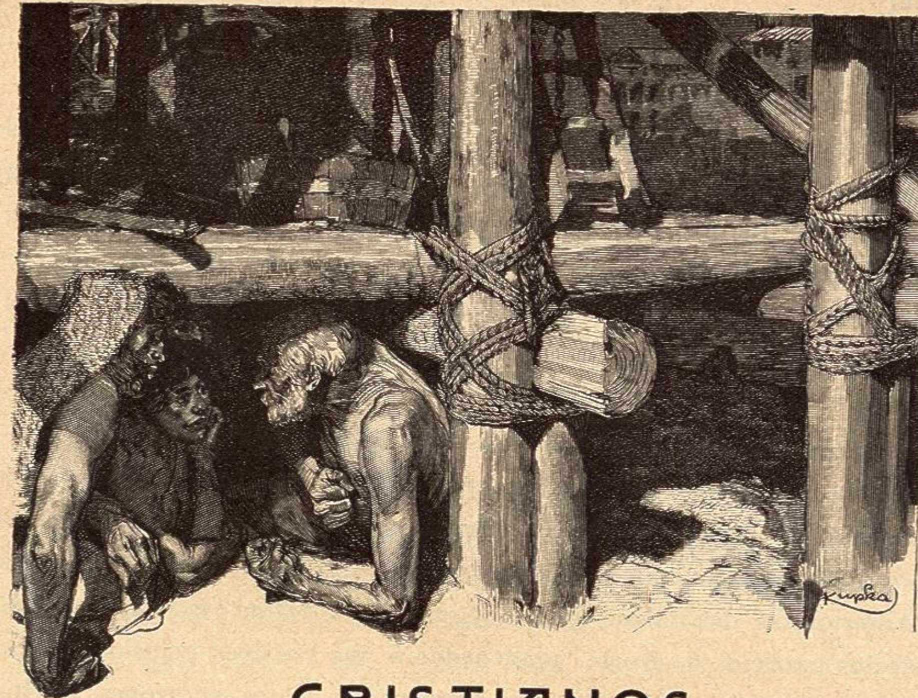
citar algunos de los sesenta y tantos titulares de la dignidad imperial en Occidente:

Septimio Severo (193-211), Caracalla (211-217), Heliogábalo (218-222), Alejandro Severo (221-235), Valeriano (253-260), Galiano (260-268) — es la misma época en que los «Treinta tiranos» se disputaban el poder, — Aureliano (270-275), Probo (276-282), Diocleciano (284-305), Constantino (309-337), Juliano (360-363), Valente y Valentiniano (364-379), Teodosio (379-395), Honorio (395-424).

He aquí algunos nombres de escritores y de filósofos:

	Era vulgar
HILLEL, profeta judío. . . . . siglo I antes de J. C.	
FILÓN, filósofo alejandrino, año de Roma 732-806.	54
Flavio JOSEFO, historiador nacido en Jerusalem.	37-90
QUINTILIANO, nacido en España, muerto en Roma.	42-120
TÁCITO, nacido en Umbría	54-130
IRENEO, nacido en Esmirna, obispo de Lyon.	125-200
TERTULIANO, nacido en Cartago.	160-240
ORÍGENES, nacido en Alejandría.	185-254
MANI, reformador persa.	240-274
ARRIO, nacido en Alejandría, muerto en Constantinopla.	280-336
EUSEBIO, nacido en Palestina, obispo de Cesárea	267-340
MARTÍN (San), nacido en Pannonia, obispo de Tours	316-396
INOCENTE, nacido en Albano, papa desde el año 404.	417
JERÓNIMO (San), nacido en Pannonia, muerto en Belén	331-420
Pablo OROSIO, nacido en Tarragona, muerto en Hipona. . . .	fin del siglo IV
AGUSTÍN (San), nacido en Tagaste, muerto en Hipona.	354-430
SALVIO, nacido en Colonia, muerto en Marsella.	390-484
SIDONIO APOLINARIO, nacido en Lyon, obispo de Clermont.	430-489





CRISTIANOS

Las pasiones religiosas han sido en todo tiempo secundarias comparadas con la aspiración del pueblo hacia el bienestar.

CAPÍTULO PRIMERO

JESÚS. — NECESIDAD DE JUSTICIA. — FILÓN.
INFLUENCIA DE LOS CULTOS OCCIDENTALES SOBRE EL CRISTIANISMO.
DECADENCIA DE LAS ARTES. — EL IMPERIO Y LOS EMPERADORES.
EL ESTADO, LA RELIGIÓN Y LA ENSEÑANZA. — LUCHA CONTRA LOS BÁRBAROS. — RÁVENA. — TOMA DE ROMA POR ALARICO.

EN la época en que los navegantes del mar de las Indias traían al mundo occidental las primeras nociones de los pueblos que viven en el extremo de Asia y en los océanos inmediatos, el imperio romano contenía en la inmensa extensión de sus fronteras un número tan grande de naciones ansiosas de romanizarse por completo, presentaba un conjunto tan poderoso y tan majestuoso, que se identificaba, por decirlo así, con el universo, y pa-

recía haber realizado la unidad del género humano. Y, sin embargo, el movimiento de descomposición había comenzado ya en las capas profundas; si la avalancha de los bárbaros acabó por destruir la estructura política del inmenso territorio, se debió á que la ruina se preparaba hacía ya mucho tiempo en el interior del gran cuerpo: se agitaba, crujía, se desmoronaba en todos sentidos, esperando el trabajo de zapa que debía socavar un día sus cimientos y derrumbarle con estrépito.

Sobre las fronteras del Norte no se mezclaba ninguna preocupación religiosa á las guerras cuyo objeto era la conquista ó la defensa de las provincias fronterizas; pero hacia Oriente, mientras los Partos disputaban á los Romanos la posesión material del Asia Anterior, se deslizaban sutiles dogmas á la vez en las imaginaciones de los patricios de Roma, condenados á una fastuosa ociosidad, seducidos por todas las novedades extrañas, y en los corazones de los esclavos y de los proletarios, ávidos de toda doctrina que les hablase de justicia y de reparación. La misma conquista romana rompía los antiguos cuadros y hacía entrar las creencias monoteistas en la circulación mediterránea.

De todas las religiones orientales que acarrearon la disgregación gradual de la sociedad romana y la mezclaron con las masas invasoras de los bárbaros, la más eficaz en su obra destructora fué la religión cristiana, cuyo triunfo llegó hasta hacer que desaparecieran todos los demás cultos, sea incorporándoles, sea extirpándoles por el hierro y el fuego. Como es natural, esta religión, lo mismo que todas las que le han precedido y todas las que le han seguido, tuvo múltiples orígenes en los diferentes pueblos que participaron en su evolución, pero la leyenda fija su nacimiento milagroso en un solo punto de la Tierra, Belén, y en un solo hombre, Jesús, que por otra parte no es un personaje histórico. Ningún documento auténtico atestigua su existencia; sin embargo, el apostolado de Pablo, siguiendo tan de cerca al período atribuído á Jesucristo, y rasgos muy personales, ciertas palabras muy humanas y de una evidente sinceridad que nos refieren los Evangelios, no permiten casi la duda de que haya habido en Judea un profeta Jesús que llevó tras sí muchos discípulos.

Ó más bien, no hubo un Jesús único, sino que probablemente hubo muchos: todos aquellos cuyo nombre y vida se acomodaban fácilmente á ser representados en una figura legendaria, en ella fueron unificados. El personaje de Yechou, es decir, del «Salvador», representa todo un ciclo, como el Carlomagno de los libros de caballería. Reune en sí las acciones de individuos diversos, y especialmente de otros Judíos que llevan el mismo nombre. Diversas versiones nos hablan de la familia de Jesús viviendo en Egipto[1]; no es imposible que un predicador procedente de Alejandría haya contribuído á la formación de la leyenda; hasta es este uno de los detalles menos dudosos de la vida de Jesús glorificado después como Hombre-Dios[2]. Asimismo los Evangelios nos hablan mucho de la estancia de Jesús en las riberas del lago de Tiberiades y de los milagros que practicó allí. Ahora bien, parece que las leyendas locales atribuídas por los cristianos á su Mesías se referían primitivamente á un caudillo popular, llamado Jesús, que combatió las tropas romanas mandadas por Vespasiano, y que, como general hábil, listo, rápido é incoercible, logró «alimentar con nada» su ejército de cinco mil hombres y escapar «invisible» sobre las aguas del lago: he ahí los dos «milagros» de la multiplicación de los panes y la marcha de Jesús y de Pedro, el discípulo de «poca fe» sobre el agua de Genezareth[3]. Se reconoce también el Jesús que gritaba: «¡Ay de vosotros, fariseos!» «¡Ay de ti, Jerusalem!»[4] en ese Jesús, hijo de Ananos, que cuando el sitio, recorría las calles gritando: «¡Ay de la ciudad! ¡Ay del pueblo! ¡Ay del Templo!»[5].

Si diversos personajes que hayan realmente existido se han fundido en un solo individuo, creado por la leyenda, del mismo modo ese ser colectivo incorpora en sí concepciones ideales muy distintas y frecuentemente contradictorias: así Jesús abarca un conjunto de dogmas y de filosofías procedentes de todas las comarcas circundantes: Irania, Babilonia, Egipto, Asia menor y Grecia. Al principio es indudablemente judío, puesto que se ha visto en él el Mesías,

[1] Evangelio según S. Mateo, cap. XI, v. 13, 14; Dos Apócrifos.
[2] G. Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Enero 1899.
[3] Evangelio según S. Mateo, cap. XV y XVI.
[4] Evangelio según S. Lucas, cap. XI y XIII.
[5] Flav. Josefo, VI, 31; G. Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Diciembre 1899.

el vengador de las ofensas pasadas, el reivindicador de la gloria futura del pueblo elegido, puesto que ha entrado en Jerusalem montado en una burra blanca, y que hasta sobre los brazos de la cruz había una inscripción que le saludaba como «rey de los Judíos». En calidad de Judío nació en Belén, y las genealogías, por otra parte discordantes, no dejan de unirle á David por intermediación de José, el esposo de María. Pero si es judío de la pura Judea, otra leyenda le hace también Galileo, hijo de la ciudad despreciada de Nazareth, lo que permitía á los semi-paganos, á los indefinidos extranjeros que se convirtieron, reivindicarle como uno de los suyos, y lo que autoriza en nuestros días á los antisemitas para ver en la persona de Jesús un ario auténtico [1]. Por otra parte, ¿no tiene algo de Egipcio el hijo de María? Merced á su estancia sobre las orillas del Nilo durante toda su infancia pudo volver lleno de ciencia y confundir á los doctores del templo desde su primer encuentro con ellos. Según el Evangelio de San Juan, Jesús es también un filósofo platónico: él es el Verbo, la palabra creadora, el «mundo, representación de la voluntad».

En su persona, Jesús es el tipo contradictorio de los extremos: es á la vez el «Hijo del Hombre» y el «Hijo de Dios». Desde que el cristianismo se convirtió en religión oficial, no es sólo como Hijo de Dios, es como Dios, como Amo universal y Juez de los Vivos y de los Muertos como aparece el supuesto fundador del culto que lleva su nombre. Su imagen irradia ya desde lo alto de los cielos: los sacerdotes que le adoran y que tienden naturalmente á hacerse adorar no han tenido otro cuidado que engrandecerse infinitamente por su ascensión divina. Pero en el primer período de la evolución cristiana, Jesús era ante todo el Hijo del Hombre, un hombre pobre y humilde, un hijo de carpintero, condenado á morir como morían los esclavos, un compañero de los vagabundos y de los abyectos, que «no sabía dónde reposar su cabeza» [2]. A causa de que conocía las miserias y las humillaciones del pobre, los pobres escucharon sus palabras, tuvo con él las mujeres despreciadas á quienes se quería lapidar y de quienes apartaba las piedras, y todos los que sufrían

[1] Edmond Picard.
[2] Evangelio según S. Mateo, IX, 11, VIII, 20

hallaban en él su intérprete cerca de Dios, porque era uno de los suyos. Con él tomaban cuerpo las reivindicaciones sociales, se convertían en un individuo vivo, de carne y hueso, y concentraban en él todas las esperanzas de justicia acumuladas durante el curso de los siglos entre todos los desgraciados, judíos ó gentiles. Porque en todo tiempo las pasiones religiosas sólo han sido secundarias comparadas con la aspiración del pueblo hacia el bienestar: los portadores de la «Buena nueva» eran aquellos que prometían á los pobres la posesión de la tierra y la paz en abundancia. Los cantos sibilinos, lo mismo que los gritos de los profetas, anunciaban la revolución social para un día muy cercano, para mañana, para hoy mismo quizá. «La tierra será el bien de todos. No se la dividirá por límites; no se la cercará con murallas. No habrá ya mendigo ni rico, amo ni esclavo, pequeño ni grande, no más reyes, no más jefes; todo pertenecerá á todos... ¡Ah! si la tierra no estuviera tan lejos del cielo, los ricos se hubieran arreglado de modo que la luz no fuese repartida por igual para todos. El sol, comprado á precio de oro, no luciría más que para ellos, y Dios hubiera sido obligado á hacer otro mundo para los pobres» [1].

La necesidad de justicia y de equidad que se encuentra en el origen de todas las transformaciones sociales se hacía sentir en todo el mundo romano, lo mismo en la Italia de los vencedores que en la Palestina de los vencidos: en todas partes la religión nueva recibía, pues, desde el principio el alimento necesario. Pero, en todas partes también se hallaba en presencia de elementos que le ayudaron á formular su doctrina y á darse un ceremonial definitivo: el cristianismo se extendió rápidamente sobre un inmenso territorio porque un movimiento íntimo de los espíritus le había preparado en todo lugar y porque los legionarios de todas las provincias se habían convertido en sus propagandistas. En un principio, la Palestina, país oficial, por decirlo así, del nacimiento del neo-judaísmo de los gentiles, tuvo una gran parte en su génesis profunda. La sociedad de justicia, tal como la habían soñado los profetas judíos, no había podido nacer bajo el régimen impuesto por los diversos

[1] Cantos sibilinos, II, 320; VIII, 3, citados por Gastón Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. II, p. 25.

conquistadores, seleucidas y romanos, y, bajo la dura prueba de los acontecimientos, los desgraciados, esperando en vano el milagro, habían debido tomar el único partido que les quedaba, y resignarse á la miseria, á las iniquidades triunfantes de este mundo odioso en que vivían. Separándose de la multitud frívola de las gentes de placer y de negocios, se habían puesto al lado de los infelices cubiertos de úlceras, como Job, ó que, á ejemplo de Lázaro, se sentaban á la puerta del rico para recoger las migajas caídas de su mesa: sin embargo, ellos se prometían una vida futura, en la cual, á su vez, gozarían de las beatitudes infinitas, y se darían contra los injustos de la vida terrestre la perfecta satisfacción de la venganza.

De este período de la evolución judaica data la creencia activa, poderosa, en una resurrección corporal, que sería al mismo tiempo una glorificación, una apoteosis para todos los que habían sufrido injustamente aquí abajo. Los Judíos primitivos, lo mismo que todos los otros pueblos, habían creído ciertamente en la persistencia de la vida más allá de la tumba, puesto que temían, y á veces invocaban, las almas de los muertos, pero los negros antros funerarios les parecían una mansión triste, y en la vida primera del aire libre y del claro sol suplicaban á Yahveh les concediese sus gracias. Las decepciones constantes, hereditarias, de los hambrientos de justicia hicieron nacer una idea nueva del ultra tumba. La invencible necesidad de reparación exigió que el Eterno hiciese amplia compensación á sus fieles haciéndoles sentar á su lado, que les revistiera de su propia gloria y les asegurase la inmortalidad bienaventurada. Esa mansión celestial, pura ilusión, espejismo sin substancia actualmente para muchos de nosotros, nació, sin embargo, de lo que á cada hombre parece la verdad fundamental, su derecho personal á la felicidad, y el desgraciado, viéndose obligado á renunciar á ella sobre la tierra, en la sociedad de los vivos, quiso realizarle á todo trance, y para esto imaginó una segunda vida en las alturas del espacio. ¡Cuántos que en nuestros días han abandonado las enseñanzas de la Iglesia, no pueden, sin embargo, abandonar la idea de que «se hará Justicia». Así se precisó, aun antes de Cristo, uno de los dogmas del Cristianismo, pero aparte de la sociedad oficial

de los amos y de los doctores, entre los pobres y los vagabundos despreciados, principal origen humano de toda renovación.

Por lo demás, todos los dogmas de la religión judía habían de entrar en el cristianismo con modificaciones diversas, causadas por cambio de medio político y social: así es como, según una palabra de los Evangelios, Jesús había venido «no para abolir la ley: sino para cumplirla» [1]. Sin embargo, la nueva evolución religiosa, destinada á extenderse sobre todo el mundo romano, debía prepararse menos en la pequeña Judea que en la comarca limítrofe que era entonces el verdadero foco de los estudios y del pensamiento. Alejandría era á la vez la heredera de Egipto y de Grecia. Por lo mismo ha de verse allí con seguridad el lugar de nacimiento, si no del cristianismo popular, al menos del movimiento general de las ideas de donde ha salido: los acontecimientos pasan por un período de gestación profunda antes que tomen cuerpo y reciban de los historiadores la confirmación oficial de su existencia.



Museo Guimet. Cl. Giraudon.
EXCAVACIONES DE ANTINOE, CABEZA DE ANACORETA
Los ojos están cubiertos de una hoja de oro.

Anteriormente á los cristianos de Judea y de Antioquía, y relacionándose con las sectas esenias, la escuela judeo-griega de Filón había intentado realizar su ideal por el Instituto de los Terapeutas

[1] Evangelio según San Mateo, v. 17.

ó «Curadores», que se estableció á la orilla del lago María (Mareotis, Mariut). Los novicios que se encontraban allí reunidos querían á la vez «curarse» personalmente de la vida material desprendiendo su alma por la oración de la grosera servidumbre del cuerpo, y «curar» los hombres ofreciéndose á Dios como víctimas voluntarias para la salvación de los otros. ¿Qué diferencia había entre esos hombres y los religiosos que después tomaron el nombre de cristianos? A pesar de las condiciones del medio histórico, los Terapeutas de Egipto eran realmente cristianos antes que el Cristo, y con justicia, Eusebio de Cesárea, el historiador de la Iglesia primitiva, vió en ellos fieles de su culto [1]; por lo demás, debían convertirse después explícitamente, tocados por la palabra del apóstol Pedro. Como ha dicho Ernesto Havet [2], «Filón fué el primer padre de la Iglesia»; hasta puede preguntarse con Lejeal si la palabra griega *mesitas* ó «mediador» que empleaba Filón para designar el intermediario entre Dios y el mundo no es el que prevaleció más tarde bajo la forma de «mesías», palabra que se deriva ordinariamente de un término arameo, Machiach ó el «ungido»; también puede admitirse como muy plausible una desviación análoga en otro título del Hombre-Dios: antes de ser denominado «Cristo», cuya significación es también la de «ungido», Jesús era simplemente «Chrestos», es decir, «el Bueno».

Es incontestable que la doctrina de Pablo, seguida por el cristianismo naciente, reproduce con singular fidelidad la enseñanza de Filón de Alejandría; éste, apóstol por excelencia de la igualdad, sería, pues, en realidad, el hombre á quien debería atribuirse la mayor parte en la redacción de la fórmula definitiva traída por la gran revolución religiosa. La fraseología del filósofo judío y la del apóstol cristiano apenas difieren. Para el uno y para el otro el Cristo es el «hijo de Dios», el «creador» y el «mediador», el «heredero», el «pontífice» y el «sacrificador»; es la víctima que se encarna en un hombre para expiar los pecados ajenos por sus propios sufrimientos [3]. ¿No son las formas verbales que se hallan en

[1] Gustave Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Enero 1899.
[2] *Le Cristianisme et ses Origines*, II, p. 247.
[3] Gustave Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Diciembre 1899, ps. 657 á 669.

el Evangelio según San Juan absolutamente las mismas que las empleadas por Filón? El origen común es evidente.

Bajo el impulso de la civilización greco-romana que unía los pueblos y les avergonzaba de su antiguo aislamiento político y religioso, los mismos Judíos trataban de ensanchar el sentido de su culto estrictamente nacional: uno de ellos, que llevaba el nombre griego de Aristóbulo, llegó á pretender que Yahveh era idénticamente el personaje representado por los Griegos bajo la forma de Zeus. Por otra parte la idea de un Dios único, menos estrechamente rencoroso y celoso que el dios de los Judíos, la idea de un soberano padre, de un ser que extiende la justicia y la bondad sobre todos los hombres, no era extraña á los Romanos, puesto que ya, en tiempo de los Tarquinos, se invocaba á Júpiter por los pontífices con estas palabras: «¡Oh, Dios muy Bueno, muy Grande, Júpiter, ó con cualquier otro nombre con que quieras ser llamado!» El templo del Capitolio, único en Roma y que simbolizaba por excelencia la fuerza de la nación, tenía esta dedicatoria: *Deo Optimo Maximo Sacrum*, á la cual los sacerdotes de la segunda «Iglesia romana» no hallaron nada que modificar y conservaron respetuosamente en sus monumentos religiosos [1].



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

CRUZ CON ASA, SÍMBOLO CRISTIANO

Antes que los Cristianos, los Egipcios usaban la cruz con asa, que para ellos simbolizaba la inmortalidad del alma.

Judío, egipcio, griego y romano por sus orígenes, el cristianismo se unía igualmente al mundo iranio: sus raíces penetraban hasta el corazón de Oriente. Ningún acontecimiento podía producirse sin que de rechazo no se hiciese sentir en seguida en el conjunto del mundo conocido, comprendiendo en él hasta los países

[1] Jules Baissac, *Société Nouvelle*, Mayo 1896, p. 628.

como Persia, que se hallaban fuera del imperio, aunque participaban del mismo remolino histórico. Toda religión, para llegar á ser «ecuménica» en el verdadero sentido de la palabra, había de tener elementos persas, lo mismo que griegos, en su duradera organización.

La individualidad de Irania reapareció inmediatamente después de la muerte de Alejandro. Seleuco Nicator, aunque griego por su origen, á los ojos de sus pueblos era principalmente el dueño de Babilonia, que tenía bajo su mando setenta y dos sátrapas cuyo centro de gravedad era el antiguo imperio de los Persas. Pero ese dominio era demasiado extenso para que Seleuco pudiese subyugarle sólidamente, y la nación más enérgica de la comarca, la de los Partos, logró pronto, bajo el dominio de los príncipes arsacidas, reconstituir en su provecho la Persia propiamente dicha. Esos Partos pertenecían sin duda al mismo tronco que los Turcomanos de nuestros días [1], pero la dominación del mundo iránico, en el que no eran más que una ínfima minoría, los mezcló gradualmente con la raza que constituía la masa de la nación, y pronto se convirtieron en verdaderos Persas. Arrastrados en un movimiento de guerras incesantes, primero contra los lugartenientes griegos de los Seleucidas, después contra los procónsules romanos, tuvieron que desplazar frecuentemente su capital, en un principio instalada cerca de las «Puertas Caspianas»; pero cada victoria contra sus rivales del Oeste les permitía avanzar hacia la Mesopotamia, y los últimos soberanos partos, sostenidos por la masa de la nación irania, frecuentemente aliados á pueblos del Asia anterior, pudieron fundar sus palacios no lejos de las ruinas de Babilonia, en las dos ciudades de Seleucia y de Ctesiphon, que se miran una á otra sobre la corriente del Tigris; se les conoce hoy bajo el nombre árabe de Madain, es decir, «las Dos».

No obstante, bajo el gobierno de los Partos, el pueblo más puro de raza irania, los Persas ó Parsi, había conservado su preponderancia en el reino, y, finalmente, con Ardechyr ó Artaxerxes, ayudado poderosamente por el elemento religioso mazdeo, recobró

[1] A. Keane, *Man, Past and Present*, p. 319.

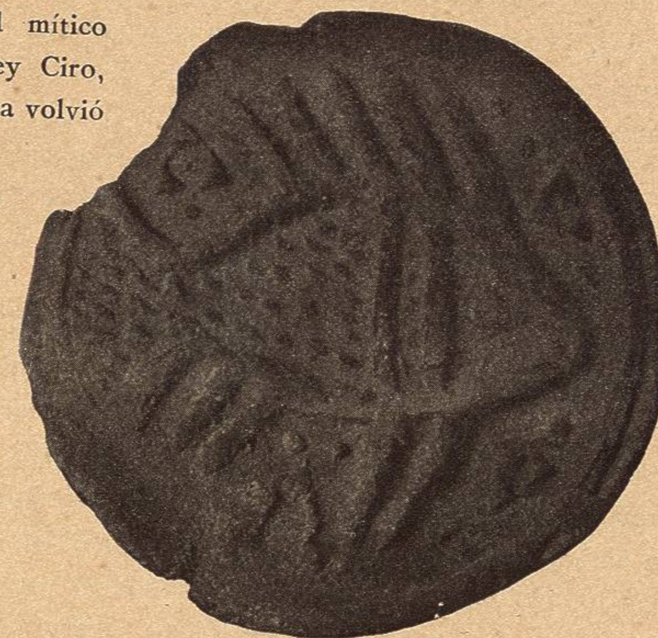


Museo Guimet Cl. Giraudon

EXCAVACIONES DE ANTINOE.—DAMA CRISTIANA
PINTURA EN TELA DEL SIGLO III

el poder. El antiguo imperio, tal como había existido bajo los Acheménidas fué, si no restaurado, al menos imitado bajo sus primeras formas; desaparecieron los grandes feudatarios, no tuvo ya frente á frente más que el Rey de los Reyes rodeado de sacerdotes y el pueblo, «pobre para que las bases del edificio político permanezcan inmutables»[1].

En recuerdo del mítico Dejoces y del rey Ciro, la antigua Ecbatana volvió á ser la capital de estío, quedando Ctesiphon como residencia de invierno. El nuevo Rey de los Reyes, fundador de la dinastía de los Sasanidas, en memoria de su padre Sasan, queriendo obrar en grande, comenzó por enviar á Roma cuatrocientos señores para intimidar al emperador Alejandro Severo que retirara sus tropas de toda el Asia menor, antigua posesión de Darío. A esa intimación respondieron los Romanos por preparativos de guerra, y puede decirse que durante cuatrocientos años fué incesante la lucha entre los reyes sasanidas y los emperadores de Occidente, primero los de Roma, después los de Bizancio.



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

EXCAVACIONES DE ANTINOE, MOLDE DE HOSTIAS

Símbolo cristiano de los primeros siglos; las iniciales de las palabras Jesucristo, hijo de Dios, Salvador, forman la palabra que significa pescado.

Cuando comenzó el rudo conflicto era ya visible la decadencia de Roma; las ideas nuevas, representadas por el cristianismo, debi-

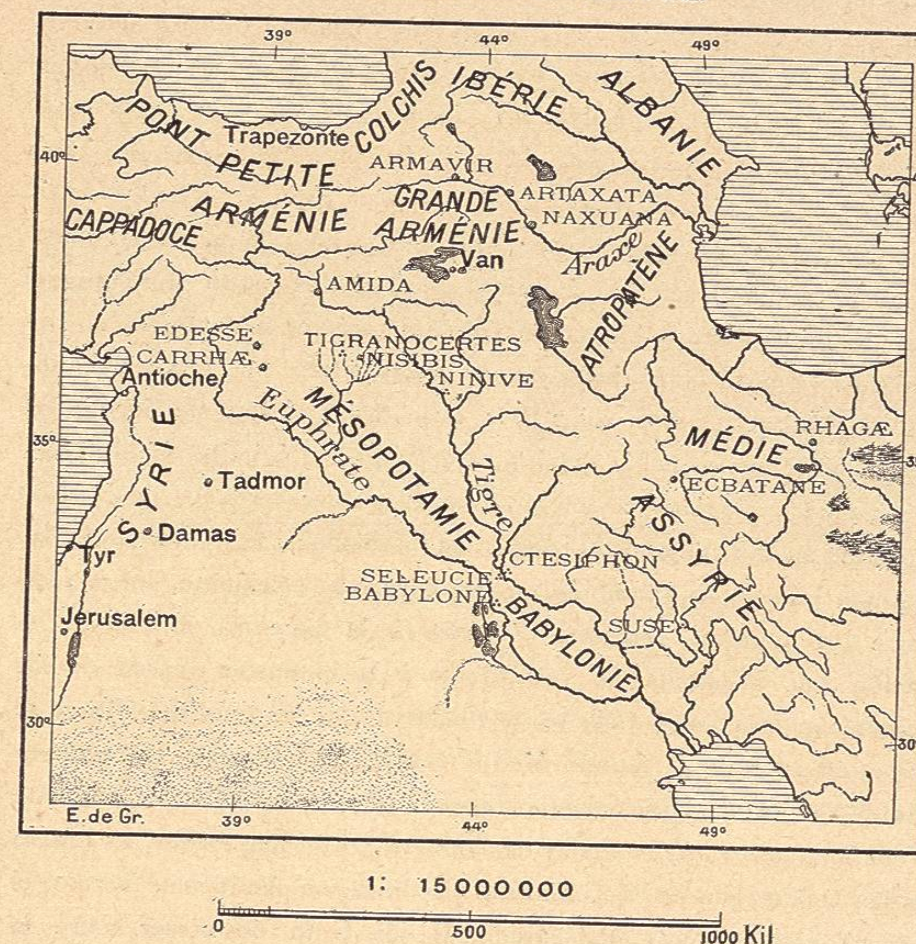
[1] A. Gobineau, *Histoire des Perses*, t. II, p. 626.

litaban la antigua religión de la patria; un viento de locura pasaba sobre todo el mundo romano. El ejército había traído de Asia un joven sacerdote del Sol, Heliogábalo, que para arreglar armónicamente la vida de su inmenso imperio, danzaba, vestido de oro y pedrerías, alrededor de una piedra sagrada. La turba de los eunucos y de los hieródulos rodeaba al señor, á la vez sacerdote, emperador y dios, lanzando gritos en lenguas desconocidas, y entregándose á ademanes y contorsiones que parecían obscenas á los mismos Romanos, celosos de las ceremonias antiguas.

Pero esa disgregación del imperio favorecía la penetración de las ideas del exterior. A pesar de la guerra furiosa que ensangrentaba la frontera, los pueblos de Persia y los de Occidente se hallaban unidos en el mismo mundo intelectual. Por una contradicción aparente, la Persia parecía querer aislarse absolutamente en el momento mismo en que el impulso del pensamiento le hacía entrar en comunión profunda con sus vecinos occidentales. En esta época los reyes sasanidas, sostenidos evidentemente por la opinión pública, trataban de restaurar las oraciones y las enseñanzas tradicionales de la antigua religión. Pero la lengua en que los preceptos sagrados habían sido formulados primeramente estaba entonces casi olvidada; hasta el nombre preciso de este idioma antiguo de los Iranios nos es desconocido, puesto que la voz *zend* con que se le designa está tomado del título actual de la «Biblia» persa, y no tiene otro sentido que el de «interpretación». Zend-Avesta significa sencillamente «Comentario de la Palabra»; no es más que una recopilación de oraciones y de formularios redactado en pehlvi, la lengua común á la época de los Sasanidas, una especie de misal para el uso de los sacerdotes, donde se busca en vano, lo mismo que en los otros libros más recientes, tales como el Bundahach, una descripción detallada de la antigua religión de los Iranios. Lo más que pueden hacer los investigadores es buscar en ellos, como en la Biblia y en otras obras que se llaman sagradas, los filones de las enseñanzas diversas de los cultos primitivos que contienen. El Zend-Avesta dista mucho de ser una obra original, es una interpretación hecha por gentes del templo interesadas en presentar los libros religiosos de otro tiempo como el código de su autoridad, la justificación de su despotismo.

«El bien y el mal no están en la conciencia, dice un pasaje del libro, sino en la obediencia ó la rebeldía á la palabra del sacer-

N.º 256. Teatro de la lucha entre Roma é Irán.



La posesión de la gran Armenia fué una eterna manzana de discordia entre Roma y el Irán, y cambió de poseedor más de una vez.

En la llanura la frontera atravesaba generalmente la Mesopotamia: Carrhae recuerda la muerte de Craso, Edesa la derrota de Valeriano; Madain fué tomada varias veces por los Romanos, especialmente bajo Marco Aurelio, después por Séptimo Severo y últimamente por Juliano.

Pero á veces salieron los límites de este territorio. Antes de la batalla de Accio, los Partos, con ayuda de los republicanos romanos, tomaron toda la Siria y sitiaron á Antioquía; poco después, Antonio hizo una expedición á Atropateno que acabó de una manera desastrosa. Trajano logró también subir los primeros contrafuertes del Zagros é instituyó una provincia de Asiria, que no duró más que dos años.

dote». «Y ahora que he orado, añade otro pontífice, espero mi recompensa». Y en otro lugar: «He predicado tu doctrina, dame

la fortuna». A este respecto, el Zend-Avesta no vale más que ciertas partes de los Vedas; es también una obra de lucro.

Pero lejos de poder constituirse un culto completamente nacional, independiente de todos los demás, Persia participaba cada vez más de los movimientos de la fe en las comarcas occidentales. El cambio de las religiones se hacía de mundo á mundo y sobre el pie de igualdad. Es posible, no obstante, que Persia tuviera que dar más. En aquella época, la religión mazdeana, que se había tenido la pretensión de resucitar sin cambiar nada en ella, hubo, sin embargo, de transformarse por completo. La pompa de las ceremonias era difícil referirla á puras abstracciones como el Bien y el Mal, los dioses reales habían tomado un carácter más tangible. Los antiguos Ormuzd y Ahriman habían retrocedido en la ola del infinito, y Mithra, el dios solar por excelencia, el hijo de Zervan, es decir, del Tiempo, había destituído á su padre, á imitación de Zeus, el dios de los Griegos: colocándose en primer término, desempeñó durante mucho tiempo el papel de mediador, no sólo sobre las mesetas iranias, sino también en los países de Occidente, sobre todo entre los ejércitos romanos. Gracias á la potencia militar de la nación que le servía de vehículo y á la extensión rápida de las comunicaciones entre Oriente y Occidente, la religión de Mithra se extendió en todo el mundo Mediterráneo, neutralizando los progresos de la otra religión, el cristianismo, procedente también del Este y confundiéndose frecuentemente con ella. En todas partes, lo mismo en las Galias que en la península hispánica, se sacrificaba el toro, el animal especialmente consagrado al sol, á fin de atraer sobre el pueblo los favores de Mithra, la divinidad de la Luz y de la Fuerza, el «Dios invencible».

Al mismo tiempo, el cristianismo, salido de Judea, de Siria, de Alejandría y de Grecia, se infiltraba en el Irán, en cambio del mithraismo. De esta mezcla nació el maniqueismo, que se introdujo en todo el Mundo Antiguo hacia la China y hacia el Occidente, y cuya influencia se encuentra hasta en las doctrinas albigenses. Mani, con cuyo nombre se designó la nueva religión, como verdadero persa, se atuvo á la idea del dualismo, el bien eterno y el mal eterno, como principios irreductibles, pero aplicando esta doctrina al hom-



RUINAS SASANIDAS EN HAUCH-KURI, EN EL ZAGROS

Según una fotografía de J. de Morgan
(Misiones arqueológicas en Persia).

bre, vió en él un rayo de luz pura, una partícula de bien, rodeada de tinieblas y de mal por el intermedio impuro de su cuerpo. Para volver á la inocencia primera, el fiel había de luchar incesantemente contra sus pasiones, hasta abdicar el trabajo como cosa procedente del imperio del mal: resultaba de ello forzosamente que la sociedad se dividía en dos clases, la de los «puros», que se daban á la oración como única labor, y la de los «impuros», que trabajaban para alimentar á los sacerdotes. Acerca de este punto puede decirse que la práctica de los católicos occidentales no ha diferido de la práctica maniquea: si los dogmas son diferentes, una y otra religión producen el mismo resultado social.

¿Tuvo también el budhismo más allá de Persia alguna influencia sobre la religión del Cristo? Mucho se ha discutido el asunto, pero es cierto que esta influencia fué considerable, menor sin embargo, que la del mazdeismo, y hasta se posee un testimonio de los más raros de esta influencia, puesto que el mismo Budha, aunque

con un nombre prestado, figura en la hagiografía de la Iglesia cristiana. Juan Damasceno, un fraile del siglo VIII, reprodujo una narración búdhica, dando á sus personajes los nombres de Barlaam y de Josafat, y estos dos seres de la leyenda fueron colocados en el rango de los Santos, y resulta que Josafat no es otro que Budha; en la Iglesia de Oriente, su fiesta se celebra el 26 de Agosto, y el 27 de Noviembre le invocan los fieles romanos [1]. No solamente el budhismo y el cristianismo presentan semejanzas de culto que, por muchos detalles, van hasta la identidad, sino que las enseñanzas dadas por los discípulos de una y de otra se coinciden en parte hasta en las palabras; sin embargo, no hay que admirarse de esto, porque los sacerdotes son esencialmente conservadores y formalistas; puede suceder muy bien que frailes budhistas y sacerdotes católicos hayan guardado con perfecta escrupulosidad las costumbres, los ritos y las palabras que un clero de las épocas anteriores les había transmitido.

Una de las afirmaciones más frecuentemente repetidas por hábito irreflexivo de lenguaje se refiere á la «bondad» de la «moral evangélica», como si todas las máximas morales, excelentes, indiferentes ó funestas que se hallan en los Evangelios, no hubiesen sido anteriormente formuladas por los pensadores más antiguos de Asia y de Europa. Todos los preceptos que pasaron después por esencialmente cristianos habían sido ya expresados en los mismos términos ó bajo formas todavía más precisas ó más comprensibles [2]. ¡Qué diremos de esta sentencia de Hillel: «No juzgues á tu adversario hasta que te halles en su posición», ó de esta otra: «¡Allí donde falten los hombres, sé tú uno!» ó también: «¿Quién soy yo para no pensar más que en mí solo?» ¿No se ha podido sostener que el Sermón de la montaña se encontraba más bello y más completo en el Pirke Aboth (Máximas de los Padres) talmúdico? No es tanto la doctrina lo que hace una religión como la conducta de sus sacerdotes; además el cristianismo no comenzó á dar sus pensamientos por revelados hasta después de su victoria definitiva, cuando pudo imponer silencio á sus contradictores por la prisión y la hoguera.

[1] Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, traducción de G. Perrot, ps. 464 y sig.
[2] Fréret, *Examen des Apologistes de la Religion chrétienne:* Havet, Rosière, etc., etc.

La renovación de fervor que se ha inclinado recientemente hacia el budhismo ha demostrado de una manera para siempre indiscutible que el encanto del afecto mutuo entre los hombres, que el espíritu de solidaridad en toda su extensión y el perdón de las injurias en toda su nobleza y grandeza de alma habían encontrado en los primeros budhistas defensores que no fueron jamás excedidos en elocuencia y en profundidad de convicción; pero ¿no residen todos esos sentimientos en el fondo mismo de la naturaleza humana, lo mismo que los sentimientos contrarios? ¿No se han amado unos en todo tiempo, y no se han odiado los otros desde los orígenes del mundo animal, y no han tenido origen en las relaciones naturales de hombre á hombre, en sus atracciones y repulsiones mutuas las morales y las religiones para desarrollarse de modos diversos en la superficie del mundo?

Si las semejanzas son grandes entre las dos doctrinas nacidas en la India y en Palestina con un intervalo de seis siglos, y si se produjeron penetraciones recíprocas de una á otra, existe, sin embargo entre esos dos grandes movimientos de la humanidad una diferencia esencial: el budhismo, nacido del sentimiento del dolor humano, tiene por objeto supremo llegar á destruirle, mientras que el cristianismo predica la resignación á las miserias de este mundo, considerando que Dios lo quiere á guisa de compra de las alegrías futuras del cielo. Las «cuatro verdades saludables», bases de la enseñanza búdhica, son «conocer el sufrimiento, estudiar sus causas, buscar su supresión y hallar su remedio». ¿Puede hoy un hombre de corazón y de inteligencia tener otro ideal? ¿Puede resignarse cuando ha comprendido que la unión de las buenas voluntades bastaría para destruir las principales causas del sufrimiento entre los hombres? [1]

Otro contraste fundamental entre el cristianismo y el budhismo consiste que entre los cristianos, inmediatamente después de sus primeros y pasajeros ensayos de comunismo entre discípulos judíos, mantuvieron explícitamente las diferencias de clases, desde la de los soberanos hasta la de los esclavos. Es evidente que el cristianismo contribuyó á la emancipación de estos últimos, pero sola-

[1] «Mithra», por Alexandra David, *Etoile Socialiste*, n.º 20, 18 á 25 Abril 1895.

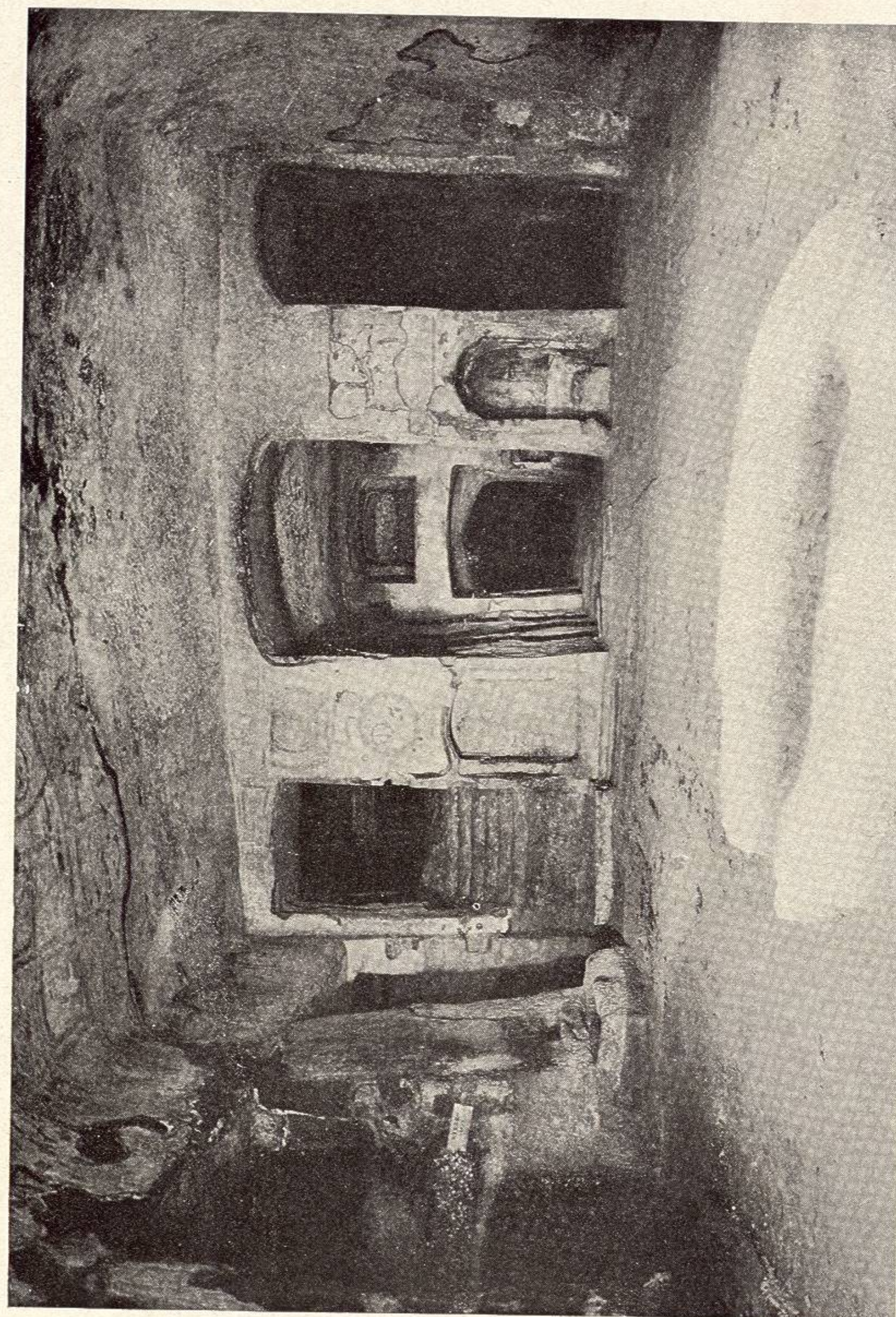
mente por su movimiento normal, venido de abajo; al contrario por sus autoridades, por su gobierno, por el movimiento de arriba, trabaja para consolidar la esclavitud. Peor aún, la fe predicada por San Pablo y llegada á ser la de toda la Iglesia, crea todavía una distinción nueva y terrible, la que separa eternamente los elegidos y los réprobos. En el budhismo son rechazadas las condenaciones irremisibles: todo lo que palpita consciente ó inconscientemente goza de una perfecta igualdad con todos los otros seres por el solo hecho de su existencia. «Ni superiores, ni inferiores; no hay otro lazo que el de la fraternidad universal». Nadie debe arrodillarse delante de otro por grande que sea; que nadie se yerga con orgullo delante de quien quiera que sea, aun ante el más vil. En la religión cristiana, por el contrario, hay hombres por los cuales no se debe rogar; los hay que han de ser siempre maldecidos [1].

En definitiva, ¿qué hay que pueda ser considerado como específicamente cristiano? La doctrina de San Pablo, su teoría de la Redención por la Gracia. El pecador es perdonado, justificado, santificado por decreto especial que le atribuye los méritos de un inocente; es absuelto, no por ningún mérito propio, ni siquiera porque él mismo lo haya pedido, sino porque le place al juez divino. Es una justicia manifestada por una triple arbitrariedad, es el reinado del Capricho [2].

El Imperio romano, gracias á su majestuosa unidad, se prestaba á la extensión de un culto único: un solo emperador, una sola ley implicaba la existencia de una sola fe; pero era preciso librar batalla. El conflicto entre las diversas religiones de Oriente, que trataban de obtener la supremacía sobre las almas, se terminó en favor de los Nazarenos, cuya fe se confundía sobre tantos puntos con la filosofía griega; sin embargo, faltaba adaptarle perfectamente al medio de las instituciones y de las costumbres: lo que no podía cambiar se resistía á aceptarlo. Y ante todo, ¿cómo establecer relaciones normales con el gobierno?

Una generación de rebeldes podía bien entrar en lucha, confiada en las promesas de su profeta ó de su Dios, y viéronse, en efecto, numerosas comunidades cristianas constituirse libremente sin confor-

[1] I Corintios, XVI, 22.
[2] Elie Reclus, *Notas manuscritas*.



CATACUMBAS DE SAN GENARO EN NÁPOLES
Las paredes y el techo están cubiertos de pinturas



CATACUMBAS DE SAN GENARO EN NÁPOLES

marse con las leyes, debido á que se esperaba el próximo fin del mundo: los fieles no dudaban del cumplimiento de las predicciones anunciadas. El cielo iba á desgarrarse y la tierra á entreabrirse; todas las cosas visibles iban á desaparecer en un inmenso incendio; luego, después del gran estrago de la muerte universal, iba á ser pronunciado el juicio final sobre todo lo que vivió. En vísperas del cataclismo supremo en que habían de hundirse los malos para toda una eternidad, era fácil responder con energía: «¡Primero desobedecer á los hombres que desagradar á Dios!»

Pero el día de la gran cólera que había de anonadar la tierra se hacía esperar de año en año y de década en década, mientras que los emperadores continuaban reinando en Roma. Convenía proceder con prudencia para no arriesgar inmediatamente la libertad ó la vida, porque una multitud, aunque elevada sobre sí misma por una idea moral ó por un fanatismo colectivo, jamás se compone en su conjunto de hombres que arriesgan heroicamente su existencia: la mayor parte se esfuerzan para conservarla buscando acomodamientos entre su conciencia y la necesidad de los tiempos. He ahí

por qué la Iglesia proclamaba bien alto su respeto á las autoridades, que «tienen el cuchillo en la mano»; todo fiel se complacía en declararse estricto observante de las leyes, súbdito obediente á sus señores. Sin embargo, la Iglesia no podía evitar las persecuciones, puesto que inspirada por el «espíritu de Dios», aspiraba necesariamente por eso mismo á la dominación absoluta y se hallaba en conflicto con otra potencia soberana, la de los emperadores: ocultaba sus designios, mas por su propia humildad continuaba preparando su realización. Si la «locura de la cruz» hubiera animado á todos los confesores de la fe cristiana, como lo refieren los martirologios, redactados mucho tiempo después, cuando el cristianismo á su vez se había convertido en religión dominante, el poder hubiera procedido contra ellos por un exterminio metódico, y Tertuliano no hubiera tenido jamás ocasión de lanzar su apóstrofe famoso sobre la presencia de los cristianos en todas las partes del Imperio, en los ejércitos, en los pretorios y en los palacios; porque el hecho es que si habían podido deslizarse por todas partes, es que en todo lugar se habían acomodado á instituciones reprobadas por sus convicciones íntimas. Excepto en algunos períodos excepcionales, los súbditos cristianos no tuvieron que sufrir la opresión sistemática de los grandes, y las persecuciones que se produjeron fueron más determinadas por odios de raza ó de clase que por disensiones religiosas. En los ejércitos, los emperadores y sus lugartenientes persiguieron á los cristianos no en su calidad de depositarios de la fe y de reguladores de las ceremonias religiosas, sino como jefes de legiones: cuando algunos soldados que profesaban el nuevo culto se negaban á hacer sacrificio ante las enseñas y las águilas, los dioses del gran cuerpo militar, se hallaban en una posición análoga á la de los reclutas anarquistas de nuestros días que niegan su saludo á la bandera [1].

La adaptación, ó al menos cierto acomodamiento á las costumbres nacionales en cada parte del Imperio, era tan indispensable al cristianismo como el favor ó la tolerancia del poder. Esta evolución no dejó, pues, de hacerse. Primeramente el cristianismo,

[1] Eugène Guillaume, *Revue des Deux Mondes*, 15 Julio 1897.

tomando su forma definitiva, se presentó de modo que se hiciera muy aceptable á los ojos de la sociedad romana. Aunque la mayor parte de sus miembros fuesen pobres, humildes, esclavos é hijos de esclavos, se desprendieron pronto de sus primeras prácticas de comunismo, que les hacían sospechosos á los mercaderes y proveedores de toda especie y que habían sido probablemente la causa del primer «martirio de la fe»: si la multitud fanática de los Judíos lapidó al «diácono» Esteban, fué precisamente porque era el gerente, el personaje más visible de la pequeña comunidad cristiana que tendía por la asociación de las fuerzas á socavar las bases de la sociedad «tradicional». Los cristianos aprendieron pronto á no atraerse la cólera de los vendedores al por menor. Cuando el apóstol Pablo, predicando en Efeso, quiso atraer la multitud hacia un dios nuevo, los industriales interesados se amotinaron contra él, sobre todo los plateros, «fabricantes de templecillos de plata, con que ganaban su subsistencia». Vivían del culto de la diosa local, y para salvar su pan diario gritaron de concierto durante dos horas: «¡Grande, grande es la Diana de los Efesios!» [1]. Trescientos años después habían cambiado las industrias, pero el espíritu de lucro había permanecido el mismo, porque habiendo proclamado los concilios que la Virgen María conservaría su título de «Madre de Dios», y que las medallas que tenían ese nombre conservarían siempre su carácter de santidad, el pueblo de Efeso se llenó de júbilo, y se precipitó en las calles á los pies de los obispos para abrazar sus rodillas [2].

La organización interna de la Iglesia se modeló también sobre la del Imperio; los sucesores de los apóstoles se hicieron sacerdotes, y poco á poco se estableció la jerarquía entre los obispos, los sacerdotes y los simples catequistas: los fieles hubieron de habituarse á la obediencia, y los ágapes fraternales de los primeros años de amor y de entusiasmo fueron abandonados so pretexto de escándalo. Mientras los creyentes fueron iguales y constituían la «asamblea», comían fraternalmente en común; pero en cuanto la Iglesia tuvo vigilantes y superiores se hizo necesario que se sentasen á mesas diferentes. Los sacerdotes se distinguieron del común de los convertidos

[1] *Hechos de los Apóstoles*, XIX, 24 á 34.
[2] Montesquieu, *Esprit des Lois*, l. XXV, c. 11.

y comieron aparte: hasta sus alimentos tomaron carácter divino, conveniente á seres que habían llegado á ser sagrados. Así fué como en la Iglesia católica, la «cena», que suele imaginarse haber tenido por modelo la Pascua de Jesús con sus discípulos, resultó reproducir con mucha mayor exactitud la comida sagrada de los sacerdotes mazdeos. El sacerdote del Cristo bebe el licor de la vid ante los fieles, lo mismo que el *dsjondsj* bebía la savia del homa; traga la hostia lo mismo que su predecesor iranio tomaba el *darun*, ruedecilla también de harina cocida sin levadura [1].

Una de las causas asignadas por Tácito al relajamiento del lazo nacional y á la decadencia de la personalidad romana, la afluencia de los bárbaros á Roma, tuvo ciertamente una importancia capital: la historia ha suministrado frecuentes ejemplos de ello y continúa suministrándolos. Los extranjeros cambian rápidamente la vida de una aglomeración urbana, aun cuando disten mucho de igualar en número á los habitantes de origen local, porque impulsados por el amor de las aventuras ó alguna ambición tenaz, sobresalen por lo común sobre los indígenas por la energía de las pasiones y el poder de la voluntad. Cuando la llegada del apóstol Pablo á Roma ya se contaban allí de 25000 á 30000 Judíos, y como los Cristianos se mezclaban entre ellos á los adoradores de la antigua fe, estallaban luchas sin cesar, de modo que el emperador Claudio lanzó contra ellos un decreto de destierro colectivo. Pero volvieron, y la propaganda, el malestar presente y el deseo de mejorar multiplicaron sus multitudes. Por las ideas, las tradiciones, los deseos y los odios, los Judíos cristianizados y los Gentiles de toda raza que aceptaron la fe de Cristo, se hicieron completamente extraños á la religión de la ciudad romana, de tal modo que bien se les pudo acusar con alguna verosimilitud de haber encendido, en tiempo de Nerón, aquel terrible incendio que, de los catorce distritos de Roma, destruyó completamente tres, y de siete no dejó más que paredones ennegrecidos. El hecho es que la multitud, persuadida de la culpabilidad de los Cristianos, aplaudió su suplicio en los jardines de Nerón. Si no se hallaba ningún incendiario entre aquellos hombres

[1] R. C. d'Ablaing van Giessenburg, *Evolution des Idées religieuses dans la Mésopotamie et dans l'Egypte*, ps. 149 á 151.

que predecían constantemente la destrucción de Roma como el preliminar de la venida del Cristo Redentor y del principio de la nueva edad de oro, el «Reinado de Mil Años» al menos debían regocijarse de aquel acontecimiento en el que veían el cumplimiento de las profecías, y esa alegría del triunfo experimentado de antemano, no podía menos de hacerles pasar por cómplices: en tiempo de lucha suele bastar una prueba de complicidad «moral».



Cl. Alinari.

ESTATUA DE SAN PEDRO EN ROMA

Esta estatua en bronce, cuyo pie derecho besan los fieles, se considera generalmente que data del siglo V, pero algunos especialistas le creen muy posterior, quizá del siglo XII.

Desde el fin del siglo II después del nacimiento de Jesús, el Cristianismo tenía, si no la forma que presenta en nuestros días, á lo menos todos los rasgos bosquejados que hacían de él un cuerpo bien definido y cuyas modificaciones se han operado después gradualmente. Los Cristianos, que se acomodaron lo mejor que pudieron á la filo-

sofía griega y á las exigencias de la sociedad romana, se separaron terminantemente de los Judíos, sus iniciadores: á partir de aquel momento «el odio más sombrío se encendió entre la madre y la hija»[1].

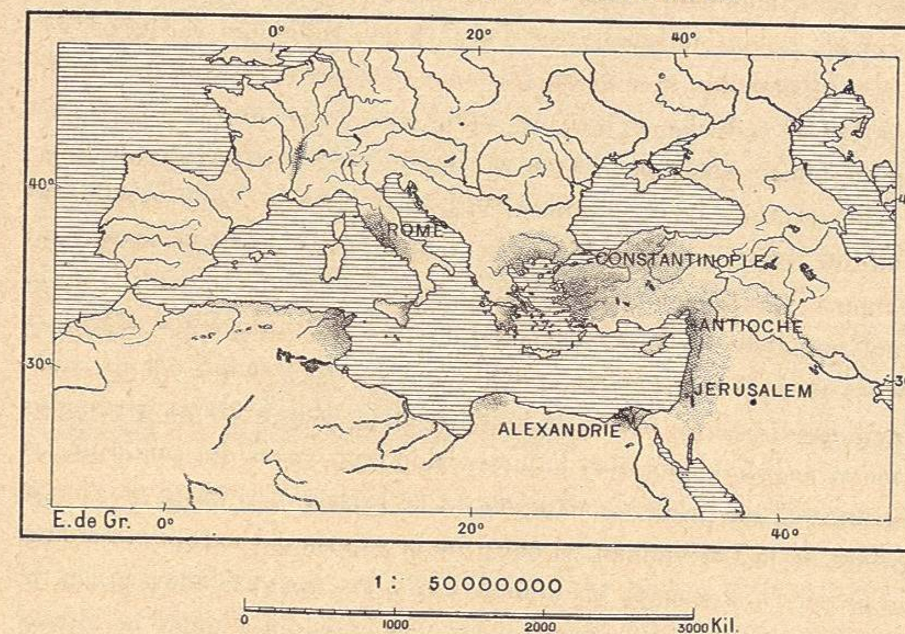
La execración mutua tomó proporciones tanto mayores cuanto que el origen de los Cristianos era incontestablemente judaico: los Judíos, quedando fieles á su fe, veían renegados y blasfemos en los Cristianos, y éstos consideraban á los Judíos como los verdugos de su Dios. Entre los dos hermanos enemigos la enemistad no tuvo límites. Fué costumbre durante mucho tiempo, dice la leyenda, poner algunos guijarros en el ataúd de los hijos de Abraham para que los tirara contra «el hijo del carpintero», si tenía ocasión de encontrarle en los caminos de ultratumba. Tal era todo el bagaje del muerto, junto con algunas monedas y el báculo de viaje sobre el cual había de apoyarse para «subir» á Jerusalem. Se acusaba, se acusa todavía á los Judíos de las infamias más graves, puesto que frecuentemente la opinión les atribuyó el asesinato de niños cristianos cuya sangre debía servir á la preparación del pan de la Pascua. Es curioso que esta acusación sea precisamente un antiguo recurso empleado en otro tiempo por los Paganos contra los Cristianos mismos[2]. Las calumnias feroces son de todos los tiempos y sirven á todos los partidos. Que se hayan cometido de una parte y de otra iniquidades, infanticidios y otras, no puede dudarse, pero no es menos cierto que fueron sobre todo ejecutadas por los Cristianos, puesto que éstos han dispuesto casi siempre de la fuerza y fueron los perseguidores.

Mientras que el cristianismo se divorciaba violentamente de los Judíos, reemplazaba los antiguos cultos paganos cuanto lo permitía la rigidez de los dogmas: el clero reconstituído se ocupaba ya de introducir el orden en el caos y de interpretar todas las cosas del modo más conforme á su interés. Hizo una elección entre los Evangelios canónicos y los otros, rechazados como «apócrifos», bien que de valor sensiblemente igual en cuanto á la autenticidad de los hechos que refieren esos libros[3]; el Nuevo Testamento está cerrado. Habiendo detenido la emisión de la «palabra divina», la autoridad

[1] Ernest Renan, *Les Evangiles et la seconde génération chrétienne*, p. 111.
[2] H. L. Strack, *Le Sang et la fausse Accusation du Meurtre rituel*, ps. 28 y sig.
[3] G. Lejeal, *Humanité Nouvelle*, Febrero 1898.

eclesiástica sólo ha de cuidar de fijar su sentido, de explicar los pasajes obscuros, de conciliar las contradicciones. En el torbellino de los comentarios, en el conflicto de las opiniones que han ido presentándose sucesivamente y que se entrechocan de una parte y de

N.° 257. Distribución de los Cristianos hacia el año 180.



Este mapa está trazado según E. Renan: *Index général de l'Histoire des Origenes du Christianisme.*

Durante el siglo III se vieron surgir nuevas iglesias en Italia, en la España meridional, lo mismo que en Sicilia y Tripolitania. En cuanto á las Galias, si se exceptúa Lyon, que tuvo una iglesia en el año 168, no había todavía á la mitad del siglo III ningún signo serio de cristianismo; en realidad la evangelización allí data de San Martín (Remy de Gourmont).

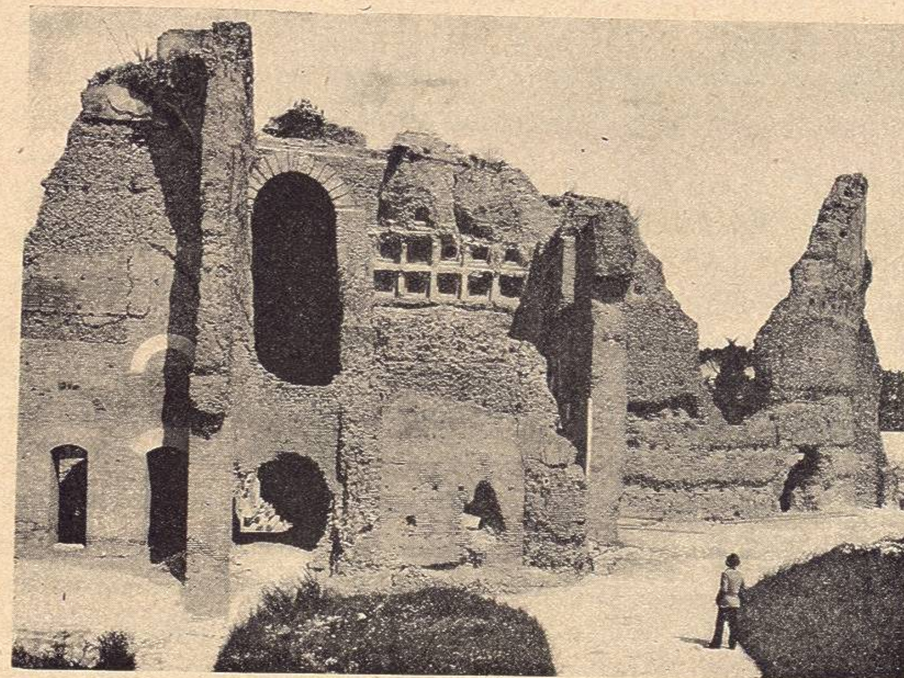
otra, se trata de escoger qué será la ortodoxia y qué será el error. Al menos podía creerse en la apariencia de la unanimidad y ocultar las divergencias bajo frases sacramentales y convenidas.

La unidad de fe había sido proclamada. «¡Un solo Dios en tres personas!» tal era el dogma; pero lo cierto es que los antiguos cultos locales se conservaron bajo diferentes nombres y con las modificaciones indispensables reclamadas por el cambio del medio. Los ritos cambiaron algo, ciertas ceremonias cayeron en desuso, mientras que otras, importadas ó formadas sobre el terreno, acabaron por dominar; acá y acullá se produjeron revoluciones bruscas, á

consecuencia de invasiones, de emigraciones y de guerras civiles, pero en el conjunto hubo transición gradual de un culto á otro culto. Muchos santos, como San Hermes ó Santa Eleuteria, se crearon por la sencilla introducción de las denominaciones de antiguas divinidades en el ritual de la Iglesia. Las tres personas de la Trinidad, cuya definición teórica representándoles como espíritus puros, iguales en potencia, igualmente infinitos en el tiempo y en el espacio era inadmisible al espíritu humano, tomaron una realidad tangible á los ojos de los fieles, de modo que se sobrepusieron á los grandes dioses antiguos. Aquí el Dios Padre reemplazaba á Júpiter; allá el Dios Hijo sucedía á Mithra, á Baco, á Febo Apolo; en cuanto al Santo Espíritu, era por definición de esencia demasiado sutil para concrecionarse en un dios popular. Si el culto de la Virgen adquirió tal importancia en la religión católica; si María, la «Madre de Dios», acabó de constituir el cuarto término del ser múltiple y uno, aunque todos los relatos milagrosos á María atribuídos en los Evangelios apócrifos hubiesen sido rechazados del canon de las Escrituras en los primeros tiempos de la Iglesia [1]; si hasta en ciertas regiones de la Cristiandad, el culto de la esposa del carpintero sobrepujó al del Dios mismo, fué debido á que las antiguas adoraciones se habían perpetuado. Era preciso dar una heredera á todas las diosas paganas de los tiempos pasados. Las Afrodita y las Artemisa, las Demeter y las Pallas Atenea habían recibido durante mucho tiempo los homenajes de los fieles, y continuaron recibiéndolos, aunque bajo otros nombres, y ni siquiera perdieron los vocablos ordinarios con que el pueblo los invocaba: siempre fueron las Panagias ó Santas por excelencia, las «Nuestra Señora» y las «Buena Madre». Sin duda la Iglesia, al cambiar oficialmente los dioses y la jerarquía celeste, no llegó á ver mil diosas antiguas en la augusta Madre de su liturgia, pero los adoradores se dirigían cada uno á la potencia diferente, á la diosa especial que se había reservado tal ó cual parte de gobierno en los negocios humanos: los hijos invocaban la patrona que había socorrido á sus abuelos.

Lo mismo que los dioses, también los símbolos religiosos se

[1] Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, II, p. 11.



Cl. Alinari.

ROMA — RUINAS DEL PALACIO DE LOS SEVEROS SOBRE EL PALATINO

habían conservado y no se modificaron sino por la lenta evolución. Lo que los escritores indicaban antes como símbolos particulares á la religión del Cristo le habían sido transmitidos por los cultos paganos. La lámpara del fuego solar eterno ardía en los templos de Minerva, de Apolo, de Júpiter, como arde en los de la Virgen; el vapor del incienso flotaba alrededor de las estatuas de los dioses lo mismo que asciende en nuestros días hacia el santo tabernáculo. Minerva, como María, tenía celadoras y les hacía distribuir el pan bendito. Los sacerdotes tenían también su tonsura y se entregaban también á los mismos balanceos de cuerpo y genuflexiones. Las tumbas de los primeros mártires tuvieron una decoración puramente mitológica: los Cristianos habían aceptado todo de sus antepasados paganos, las victorias, los amores, los dioscuros, Icaro, Psiquis, pero dándoles poco á poco una significación diferente. Orfeo, el cantor divino, se transformó á los ojos de los fieles en la persona augusta del Cristo, el hijo de Dios. Representado primeramente en medio de animales á los que encanta con el sonido de su lira, acabó por

no tener más que un solo cordero por auditorio; se identifica con el buen Pastor, y finalmente el simbolismo cristiano le representa bajo la sola forma del cordero: la evolución se ha realizado [1].

Esta religión de los proletarios rebeldes, que comenzó al grito del apóstol San Pablo, por la destrucción de los libros y de las obras de arte, permaneció durante mucho tiempo fiel á sus orígenes por su odio á la ciencia, siempre calificada de «falsa» y de «pretendida», y por su impotencia para manifestarse bajo una forma artística que no fuera la vehemencia oratoria. Los primeros poetas cristianos son de una lamentable medianía. Los escultores cristianos no tardan en hacerse incapaces de reproducir decentemente las formas humanas. Pronto no labran ni siquiera groseras efigies: se limitan á representar vagamente palomas ó á tallar monogramas del Cristo y acaban por no saber esculpir más que la cruz; la ignorancia de los artistas, su impotencia, se resume por decirlo así en la incesante reproducción de ese símbolo. «La barbarie en el arte precedió á los bárbaros» [2]. Por lo demás el cristianismo fué desde su origen tan contrario á la figuración de la forma humana como después lo fué el Islam; observaba sobre este punto el precepto de Moisés, que condenaba la práctica de «tallar imágenes». Los rigoristas se complacían en repetir que Jesús había sido feo, condenando así en su persona el culto de la belleza; después, cuando la veneración religiosa se inclinó hacia la madre de Jesús, los fieles que se oponían á esta idolatría profesaban también que la Virgen había sido escogida especialmente entre las humildes y las feas. Al principio del siglo IV, Eusebio, uno de los más ilustres padres de la Iglesia, reprueba como profano el deseo de poseer «santas imágenes», y hasta en plena Edad Media, hay concilios y doctores autorizados que condenan el arte y los artistas [3]. Habiéndose conservado los antiguos trajes funerarios como los otros hábitos sociales, las imágenes que se reproducían sobre las tumbas de los cristianos habían de ser por eso mismo copiadas del arte pagano: los artistas de las catacumbas eran continuadores de los pintores de Pompeya.

[1] Remy de Gourmont, *Revue Blanche*, 1.° Abril 1898.
[2] Gastón Boissier, *Revue des Deux Mondes*, 15 Junio 1866, p. 98.
[3] Ernest Renan, *Marc-Aurèle*, ps. 540 á 545.

El arte llamado cristiano fué en realidad arte pagano hasta la época en que la herejía forzó las puertas de la Iglesia, y aun de ese arte en que se inspiraba, sólo tomaba lo viejo y corrompido. Los cristianos no imitaban más que imitaciones y no copiaban sino copias.

Del mismo modo todos los conocimientos y refinamientos del espíritu fueron despreciados por los neófitos. La educación de los mismos cristianos era forzosamente pagana, puesto que los que profesaban la «locura de la cruz» eran ignorantes. La escuela quedaba así de una manera indirecta enemiga del cristianismo: contrarió durante



Museo del Louvre. Cl. Alinari.
ROMA — EL BUEN PASTOR
Estatua cristiana de los primeros siglos.

mucho tiempo á la religión nueva, del mismo modo que en nuestros días la educación católica está subyugando todavía á los hijos de los pensadores libres. Instituciones, costumbres, lenguaje, la vida entera estaba impregnada del espíritu del pasado y penetraba, transformaba el cristianismo aun cuando éste hubo conquistado el poder material. Sofocados por el régimen político, los ciudadanos no tenían ya voluntad ni franqueza, y sus artes habían perdido la sinceridad de la expresión, la literatura se había vuelto retórica y fórmula convenida, el pensamiento no era más que un reflejo y la filosofía había cedido el puesto á los sueños místicos.

La inferioridad patente de los cristianos desde el punto de vista de la ciencia, de la poesía y de las artes plásticas, contribuyó por una parte á fortificar entre los conservadores romanos el sentimiento de desprecio que les inspiraba la religión nueva, ya tenida por vergonzosa á causa de su origen oriental y del medio donde se reclutaban sus adeptos, esclavos, libertos, proletarios y pobres pecadoras. Y no obstante, este origen popular, con todas las condiciones de un medio semejante, fué precisamente lo que permitió al cristianismo desarrollarse y triunfar á la larga, á pesar de la aversión que los refinados de la civilización greco-romana le profesaban. Es cierto que los nobles estoicos, que vivían separados de la sociedad corrompida de arriba y que trataban de vivir conforme á su bello ideal con los pocos amigos que les comprendían, formaban un grupo admirable, que contrastaba con la multitud ignorante y envidiosa de los cristianos. Religión de cabeza, el estoicismo, por más que exaltaba la pobreza, glorificaba el espíritu de sacrificio, elevaba el duro trabajo sobre la riqueza y los placeres y exigía la «caridad» del corazón que trata de hacerse perdonar el beneficio, el pueblo permaneció sordo á esta enseñanza, á la par que faltaba la sanción grosera y tradicional de las recompensas y de las penas. El estoicismo era demasiado sincero y puro y no podía, por tanto, prometer á sus fieles la colocación á la derecha de Dios ni atraerse á los crueles y vindicativos imaginando un infierno «cuyo fuego no se extingue» [1].

[1] Jules Baissac, *Le Dieu sémite et le Dieu aryen*, *Société Nouvelle*, Mayo 1898.

Pero si la multitud no comprendía el estoicismo, éste mostraba la misma ceguedad, no discernía la fuerza que arrastraba las masas populares hacia un nuevo ideal; sólo creía asistir á una disputa entre sectas judaicas [1]. Esta aristocracia del pensamiento despreciaba la ignorancia, desdeñaba las pasiones, los entusiasmos y los odios, no sabía descender al pueblo, y éste, á justo título, no le distinguía de la turba de los gozadores: tanto como se ignoraban, estoicismo y cristianismo se detestaban. ¡Cuántos siglos pasaron antes que fuera posible una síntesis entre elementos tan diversos y que la razón iluminada pudiera tener como vehículo la humanidad entera!

El cristianismo, bajo sus diversas formas, y especialmente la que, después de haber triunfado, tomó el nombre de ortodoxia, continuó propagándose en las masas profundas de las naciones reunidas bajo el poder de Roma. A medida que la unidad parece hacerse más sólida por la terminación de la obra de irradiación de los caminos entre Roma y todos los puntos estratégicos del contorno del Imperio; á medida que aumentaba el número de ciudadanos, hasta el punto de englobar, desde el principio del siglo III, todos los hombres libres, el desorden moral producido por la diferencia de los cultos, de las ideas y de las ambiciones se generalizó en todas las partes del mundo romano. El poder central representado por el emperador, no pudo, pues, apoyarse ya sobre el consentimiento universal de los súbditos, á causa de quedar éstos en lo sucesivo divididos en naciones y en clases que se odiaban recíprocamente: para conservarlos en estado de dócil rebaño fué preciso servirse del ejército como principal instrumento del reino. Pocos años después del gobierno pacífico de los Antoninos, Séptimo Severo, victorioso de dos poderosos competidores, se aprovechó de sus victorias para reorganizar completamente el ejército constituyendo un cuerpo de pretorianos escogidos entre todas las legiones y principalmente entre las que habían estado de guarnición en las provincias orientales del Imperio: los nombres transmitidos indican sobre todo ese origen [2].

[1] Anatole France, *Sur la Pierre blanche*.
[2] Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, III Teil, Erste Abteilung, p. 367.

Evidentemente Séptimo Severo había constituído una fuerza militar sobre la cual podía contar personalmente, sea en las guerras civiles, sea en las extranjeras; pero esos pretorianos que le eran adictos y que le hubieran servido de buen grado contra la misma Roma, puesto que sólo eran romanos de nombre, eran tanto más peligrosos para los ciudadanos y para el conjunto de la nación; cuando no tuvieron ya que emplear su fuerza en las guerras exteriores sobre las fronteras del Rhin, del Danubio y del Eufrates, se ocuparon en saltear y robar á través de las provincias y en disputarse Roma como una presa; vióse entonces, á la mitad del siglo III, hasta treinta candidatos, — los treinta tiranos, — sostenidos por otros tantos grupos militares distintos, disputarse el Imperio.

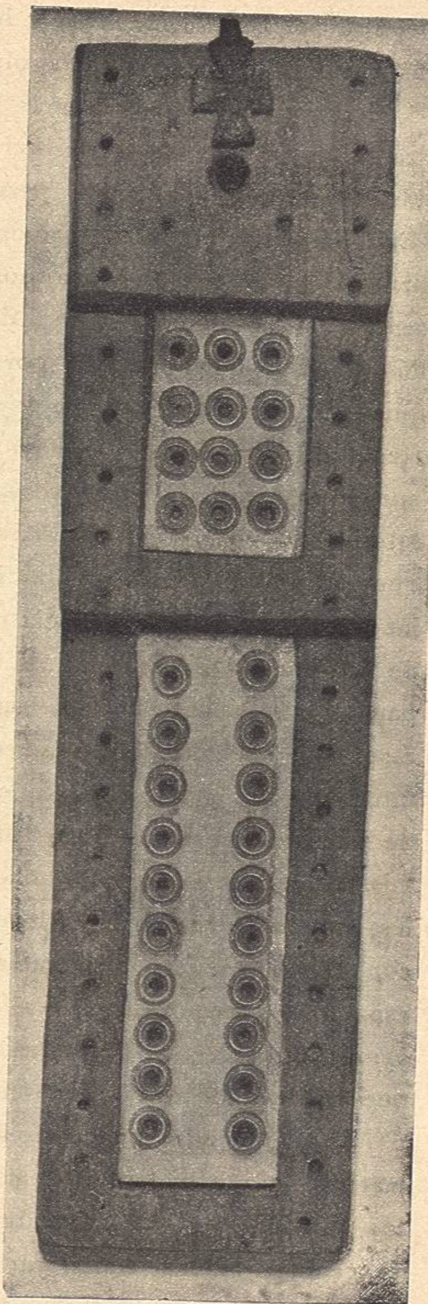
Esta división profunda, esencial, entre Roma y su ejército había comenzado ya bajo la República. Muchos bárbaros, alistados como soldados por los triunviros, habían recibido el título de ciudadanos y participado en las grandes distribuciones de tierras en los campos de la Italia septentrional. Mientras los extranjeros entraban en el ejército, los Romanos salían de él. Los jóvenes de Roma, después los de las ciudades italianas, se habían aprovechado de sus privilegios para eximirse del servicio militar: se contentaban con la gloria de sus abuelos y se abstenían de conquistarla por sí mismos [1]. Las gentes del campo tomaban el cuchillo en mano y acababan por convertirse en amos. Ya no había Romanos propiamente dichos entre los pretorianos que nombraban y derribaban los emperadores y trataban la «ciudad eterna» como ciudad conquistada [2].

Bajo Diocleciano, los soldados ni siquiera son ya súbditos de Roma, son mercenarios reclutados fuera de los límites del Imperio: los bárbaros, futuros conquistadores, son de ese modo introducidos por el mismo soberano, y causa admiración que hayan permanecido tanto tiempo sin emplear por cuenta propia la fuerza que poseían. La veneración de la santa Roma les contenía en el ejercicio de su poder.

La nación cuya misma impotencia había acabado por desinteresarse completamente de sus propios destinos políticos, no tenía ya

[1] Virgilio, *Eglogas*, II, 72.
[2] Eduard Meyer, *Die wirthschaftliche Entwickelung des Alterthums*, ps. 54 y 55.

pasión más que para los juegos sangrientos del circo. El arte en el asesinato, tal había llegado á ser el refinamiento por excelencia, y la turba romana, ávida de espectáculos, discurría con inteligencia sobre el asunto: matar un hombre con elegancia conducía á la riqueza y á la gloria, como lo hace hoy una estocada plantada con aire distraído en el cuello de un animal por la infalible mano del torero. Los príncipes que asistían sin interés á los juegos del circo se hacían rápidamente impopulares, y si los cristianos permanecieron durante tanto tiempo aborrecidos por la multitud romana, se debió á que se les atribuyó la idea de abolir los espectáculos sangrientos; se pensaba que si llegaban al poder seguirían fieles á sus principios, como si la conquista del trono no tuviera siempre por efecto consolidar los abusos. El hecho es que después del triunfo de la «cruz», los emperadores cristianos se guardaron bien de tocar á las horribles fiestas; éstas se conservaron hasta la destrucción del Imperio, y aun mucho tiempo después hasta el reinado de Teodorico [1]. Dícese que entonces fué precisa la iniciativa de un fraile revolucionario para poner término á los combates de gladiadores: un tal Telémaco, africano de origen, se


Museo Guimet. Cl. Giraudon.
EXCAVACIONES DE ANTINOE
CUENTA ORACIONES

[1] Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, ps. 94 y sig.

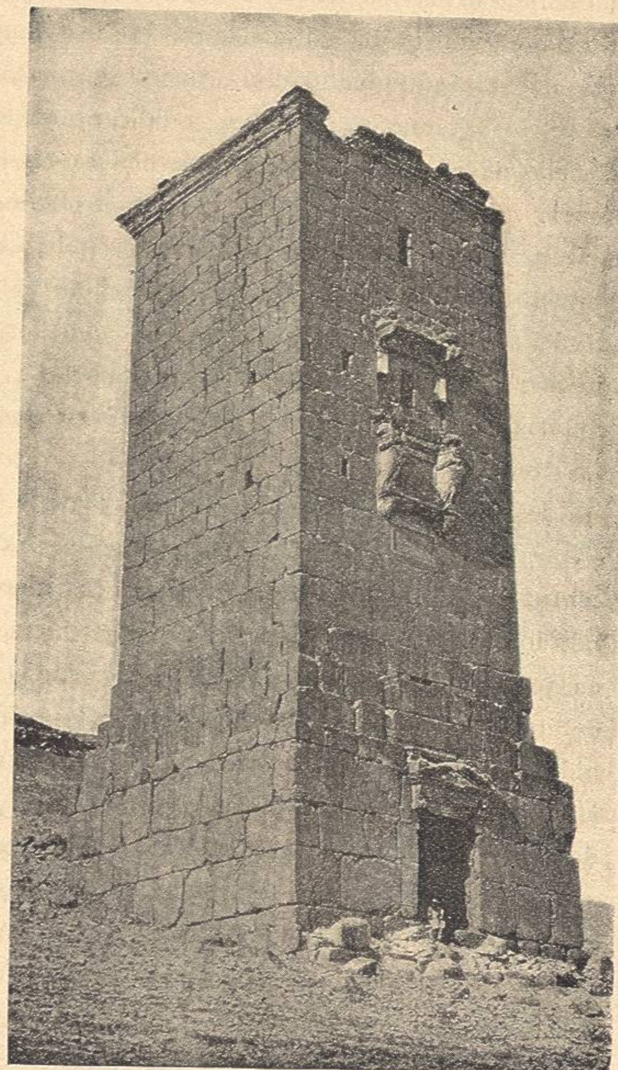
precipitó al circo para separar los combatientes; murió allí, pero la institución había recibido el golpe de gracia [1].

La necesidad de ver sufrir había llegado á tal punto, que todo drama debía ser, no figurado, sino realizado materialmente. Para dar algún interés al viejo personaje de Hércules sobre el monte Œta, necesitaban los estragados Romanos que se quemase un condenado á muerte sobre una hoguera verdadera. Cuando se representaba un proceso seguido de un suplicio, el principal personaje del drama era reemplazado por otro hombre que se le parecía y á quien se crucificaba realmente, regocijándose el pueblo con el espectáculo de su agonía. El puro capricho bastaba á veces para determinar matanzas sin otra excusa que el diletantismo del arte por el arte. Así, cuando Caracalla, el κοσμοκράτωρ ó «amo del mundo» que celebraban bajamente las inscripciones de los templos de Alejandría, tuvo la complacencia durante varios días y varias noches de ordenar la matanza de la población que le adulaba, no tenía para ello más motivo que el gusto del asesinato, quizá también el resentimiento causado por algún rasgo de ingenio, ó la conciencia íntima de su fealdad ó de su cobardía; en el fondo era la necesidad de rechazar por una infamia sin nombre la comparación que él mismo había establecido públicamente entre su baja persona, Aquiles, el más bello de los Griegos, y Alejandro, el más ilustre de los conquistadores. La vida humana era tan poca cosa, que la peste espantosa acaecida hacia la mitad del siglo III, pareció un fenómeno normal: con las guerras, las invasiones, las matanzas, dícese que se llevó la mitad de los habitantes del mundo romano.

Por lo demás, puede decirse que, aun desde el punto de vista material, no había muchos más Romanos en Roma cuando vinieron los bárbaros á poner fin al Imperio. En primer lugar los generales vencedores habían traído turbas de esclavos que, emancipados después y luego convertidos en ciudadanos libres, cambiaron la sangre de la raza; vinieron en seguida los especuladores, los aventureros, los letrados, los sabios y todos los que buscaban fortuna, contribuyendo también á modificar gradualmente los elementos étnicos de la

[1] Hartpole Lecky, *Rationalism in Europe*, p. 37.

población. Por otra parte, se había producido un movimiento en sentido inverso: soldados romanos á los que se habían concedido tierras en sus propias conquistas, se habían establecido lejos de Italia sin ninguna esperanza de regreso; un círculo inmenso de colonias se había formado á expensas del foco central; lo mismo que los soldados veteranos, los generales y otros personajes de la clase patricia habían abandonado Roma para establecerse en las provincias como procónsules, llevando consigo todo un pueblo de legistas, de escribas y de bajos oficiales [1].



PALMIRA

MAUSOLEO ENTERAMENTE LLENO DE SARCÓFAGOS

Durante ese período crítico de la historia romana, la tendencia del gran cuerpo ecuménico del Imperio á dividirse tanto administrativa como políticamente en sus dos mitades naturales, el Oriente y Occidente, se hacía cada vez más imperiosa; el cisma se había ya preparado antes del fin de la República, pero en aquella época, la creencia

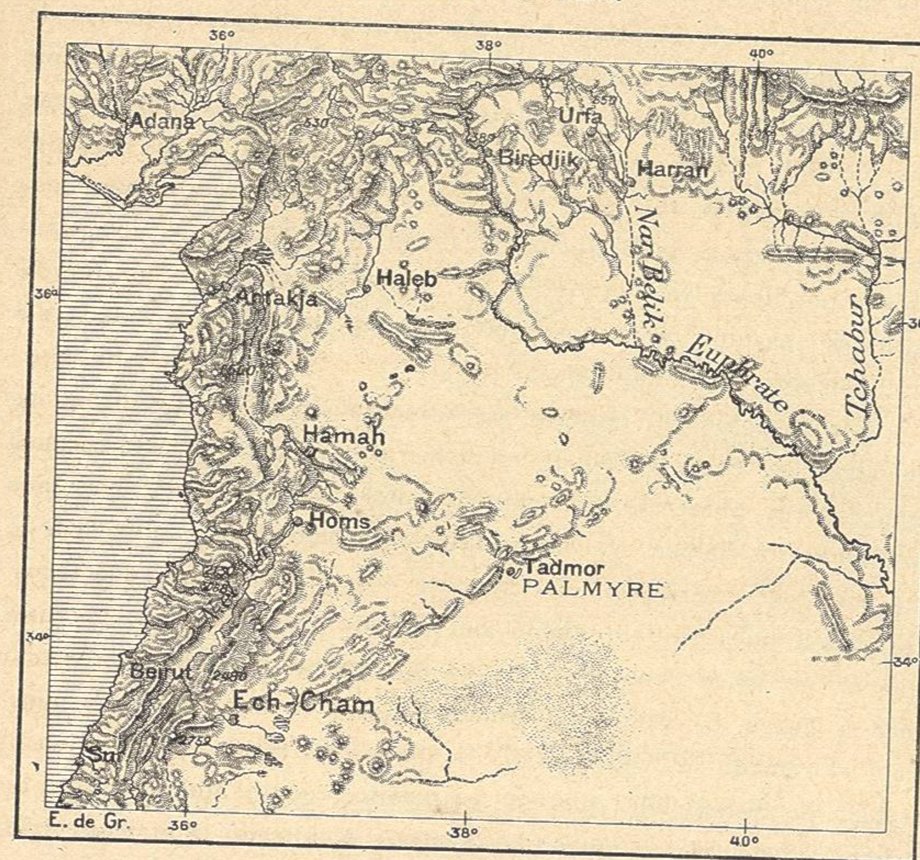
[1] Théodore Duret, «*Études critiques d'Histoire*», *Revue Blanche*, VIII, 1899.

casi religiosa en la gloria siempre creciente de Roma y el fervor de un imperialismo naciente habían disimulado el contraste; cada territorio geográfico iba adquiriendo, no obstante, poco á poco conciencia de su individualidad, la fusión se hacía cada vez más difícil entre los elementos diversos y la ruptura era inevitable. Era de temer que el desprendimiento se hiciera en beneficio de alguna potencia no romana, como la de los Armenios ó de los Persas, que amenazaban las fronteras orientales; pero el peligro se produjo de repente más acá de los límites, á la mitad del camino del Eufrates, y desde allí al Mediterráneo; se vió con sorpresa un simple lugar de mercado, Tadmor, ó la «Palmeraia», la Palmira de la Historia, convertirse en una capital de imperio y contrabalancear la fortuna de Roma.

Desde un tiempo inmemorial, Tadmor había sido lo que la Naturaleza le había hecho, un punto de cita para las caravanas, un centro de cambios donde se reunían los mercaderes fenicios del litoral, los negociantes de Damasco, portadores de productos recogidos en todos los valles del Líbano y del Anti-Líbano, los comisionados del tráfico del Eufrates y los compradores del Taurus armenio, venidos por el valle de Chapur. Gracias á su situación entre río y mar, en la proximidad de un gran desierto, difícil y hasta peligroso de atravesar, Tadmor era la etapa obligada sobre el camino más avanzado hacia el Sud, entre todas las vías de comunicación naturales abiertas de oasis en oasis. Util á todos sus vecinos, y aun, por la irradiación de su comercio, á todos los habitantes del inmenso hemiciclo de montañas que forma curva desde el golfo de Arabia al golfo de Persia, Tadmor tenía, pues, un interés capital en vivir en paz con todos, á fin de no inquietar á los traficantes y desviarles hacia los caminos del Norte por Halepo y el gran codo del Eufrates. De ese modo fué durante muchos siglos la ciudad hospitalaria por excelencia. Allí se acogía cordialmente á las gentes de toda raza, y su mercado presentaba la más curiosa reunión de tipos y de costumbres. Ninguna religión era allí desechada: todos los dioses se adoraban en Tadmor, y cuando el culto del Cristo comenzó á extenderse, los nuevos religionarios se colocaron en el oasis al lado de los Judíos, de los adoradores de Júpiter y de Mi-

thra y de los filósofos helenos sin ninguna filiación religiosa. La «ciudad de las Palmas» constituía una república, una ciudad libre, sin aliados, que no atacaba á nadie y por consiguiente no necesitaba defenderse: permaneció mucho tiempo sin historia, á pesar de las importantes transacciones pacíficas que se realizaban en su recinto.

N.º 258. Oasis de Palmira.



Desgraciadamente Tadmor se había llenado de tesoros por efecto de los beneficios seculares realizados sobre todo el mundo del Asia anterior, incluso Chipre y Egipto. Además la república comercial cayó bajo el dominio de un hombre de guerra, Odenath, cuyos intereses políticos se extendían mucho más allá de la región del Eufrates y del Orontes: ese personaje ambicioso se aprovechó de sus enormes

rentas para reclutar numerosos ejércitos y guerrear, primeramente para la mayor gloria de Roma, su señora feudal, después por su propia cuenta, como «emperador», aliado, pero rival. Su mujer, conocida en la historia bajo el nombre de Zenobia (Batzebinah), continuó las guerras de su marido y no temió hacer frente al Imperio. Reina de una ciudad judeo-griega, se cree que tuvo la ambición prematura de equilibrar el mundo occidental, y de crear, dos generaciones antes que Constantino, una agrupación oriental de provincias «de civilización y de religión griegas, anticipándose, por su sencillo monoteismo, al arianismo y al islamismo» [1]. Mas Palmira, aunque muy central relativamente al mar y á las cuencas de los dos ríos Eufrates y Tigris, no tenía una situación geográfica comparable á la de Babilonia ó de Bizancio, le faltaba un conjunto de tierras fértiles y populosas que sirvieran de punto de apoyo á sus fuerzas militares; bastaba cortar los caminos á su rededor para reducirla á la inanición y á la impotencia [2].

Ese desdoble del Imperio, cuya realización no fué posible á sus enemigos, se había hecho de tal manera necesario, que los mismos emperadores hubieron de realizarle. Por lo demás, ciertos signos premonitorios habían, ya hacía siglos, indicado la división futura de las posesiones de Roma. La inmensa elipse debía tener dos focos. ¿No había sido Antonio dueño del Oriente en Alejandría, y, antes que él, no había pensado César en transportar á aquella ciudad, ó bien á Troya, la capital del mundo romano? [3]. Tres siglos después, bajo el reinado de Diocleciano, estaba de tal manera adelantado el trabajo de disociación, que este emperador, genio administrativo de primer orden, tomó él mismo la delantera dividiendo la inmensa aglomeración de sus territorios en cuatro segmentos, enormes todavía, dos gobernados por Augustos y dos sometidos á Césares, con rango de emperadores pero de dignidad secundaria. Al mismo tiempo quiso sustraer el poder absoluto al resto de potencia que aun podía ejercer la tradición romana, puesto que, para reformar el Imperio, escogió dos capitales aparte de Roma descoronada, Milán, en la mitad

[1] E. Renan, *Histoire des Origines du Cristianisme*, *Les Evangiles*, p. 3.
[2] Eugène Guillaume, «*Les Ruines de Palmyre*», *Revue des Deux Mondes*, 15 Julio 1897
[3] Suetonio, *César*, 79; Horacio, *Odas*, III, 3, *Iustum ac tenacem*.

occidental del imperio, y Nicomedia, en la mitad oriental. Su obra, sin embargo, sólo fué provisional; cada emperador no podía tender más que al dominio sin división, y la unidad nominal fué restablecida,

N.º 259. División del Imperio bajo Diocleciano.



Bajo Diocleciano, el Imperio estaba dividido en doce diócesis, administrada cada una por un *vicarius;* esta división apenas fué modificada después.
En cuanto á las provincias, su número no cesó de aumentarse durante todo el curso del Imperio Romano. A la muerte de Augusto había 29, á la de Marco-Aurelio 42, en tiempo de Diocleciano 96 y 120 en el de Honorio. (Paul Guiraud).

por cierto tiempo, después de la victoria de uno de los sucesores de Diocleciano sobre los otros coparticipantes de la dignidad imperial.

Constantino fué el más fuerte: se halló sostenido por una potencia que dió de repente al Imperio una renovación de cohesión y de unidad. Esta potencia fué la religión cristiana, más unida y más

solidaria en sus manifestaciones que lo que eran, desde el Eufrates al Océano, los diversos cultos paganos, civilizados y bárbaros. Por otra parte, resulta claramente de la lectura de los autores de la época, que la lucha de la que salió la proclamación del cristianismo como religión de Estado no tuvo ningún carácter religioso: los dos antagonistas, Constantino y Majencio, no tenían otro objetivo que la dominación política del mundo. Ninguna discusión teológica había tenido lugar entre los emperadores enemigos: uno y otro sólo habían consultado á la magia. Majencio, muy espantado del porvenir, había consultado á los adivinos y á los oráculos, conforme á los antiguos ritos; por su parte, Constantino, no menos ansioso, y sabiendo que su adversario se había asegurado el apoyo de las divinidades paganas, se veía compelido á dirigirse á dioses nuevos. La magia de éstos fué la más eficaz [1].

Sin embargo, Constantino, de quien las leyendas católicas han hecho un ardiente campeón de la fe cristiana, no se manifestaba muy seguro, no sabiendo si tenía en su favor el elemento más fuerte. Como por un fenómeno de mecánica y bajo el imperio de leyes análogas, las dos formas religiosas, paganismo y cristianismo, en conflicto el uno con el otro, se encontraron durante cierto período en estado de equilibrio, y sutiles políticos, tales como Constantino, podían preguntarse con vacilación cuál de los dos acabaría por triunfar. Entonces se dió el caso de que, por temor al porvenir, se vino, de una parte y de otra, á pedir para todos los creyentes plena libertad de pensamiento y de fe. La idea de tolerancia germinó en algunos espíritus prudentes, y hasta se oyeron palabras que son verdaderos pensamientos anarquistas pronunciadas por emperadores: «Nadie debe molestar á otro, y cada uno debe hacer lo que quiera». Así se expresaba Constantino cuando había ya vencido á los paganos por el símbolo de la cruz, pero con pleno conocimiento de la poderosa fuerza de inercia que quedaba á sus adversarios.

Cuando su poder quedó al fin consolidado, cuidó bien de ser al mismo tiempo el gran maestro de las dos religiones enemigas, como un soberano moderno del que sacerdotes, pastores y rabinos

[1] Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, p. 38.

dependen administrativamente los unos como los otros y al mismo título le deben plegarias, bendiciones y acciones de gracias. Constantino supo mantener en equilibrio los temores, las esperanzas y las rivalidades celosas de sus súbditos paganos y cristianos, conservadores é innovadores. Así, en el mismo año publicó dos edictos, en uno ordenaba la celebración del domingo, en el otro recomendaba la consulta regular de los auspicios. Y el domingo coincidía en ser al mismo tiempo el «día del Señor» y el «día del sol», *Dies solis*. Constantino elevó iglesias, pero con una generosidad análoga, reconstruía y enriquecía los templos.



Museo del Louvre. Cl. Giraudon.

EL EMPERADOR CONSTANTINO

Hacía acuñar medallas en honor de Júpiter y de Apolo, de Marte y de Hércules y no descuidó su deber de hijo reconocido que le ordenaba colocar á Constancio, su padre, en el rango de los dioses.

Sólo se trataba, pues, de establecer la alianza entre el trono y el altar; pero cuando el cristianismo se hizo la religión verdaderamente dominante y que la observancia de la antigua fe llegó á ser casi un acto de rebeldía, cuando los soberanos creyeron poder disponer de la fuerza sin ningún reparo, usaron el lenguaje que les

dictaron los padres de la Iglesia: «Desarraigar de la tierra al que sacrifique á los dioses. No haya piedad para él: es preciso lapidarle, matarle, aunque sea tu hermano, tu hijo ó la mujer que duerme sobre tu seno!» Así es como el piadoso Firminus Maternus exhorta á los hijos de Constantino al cumplimiento de sus deberes de perseguidores conscientes [1]. Y San Agustín, el doctor por excelencia, habla también del «cuchillo de las leyes justas» contra el error, y traza el terrible código en cuya virtud los inquisidores quemaron después los herejes con toda tranquilidad de conciencia.

Ese derecho de castigar al pagano y al cismático, ambos enemigos del dios de los ortodoxos, pertenece sin duda á éstos, puesto que se imaginan obedecer á las órdenes precisas venidas de lo alto, y este derecho se convierte fácilmente en un deber; pero conviene sobre todo á los nuevos amos vengarse de las persecuciones antiguas, de los terrores de la víspera. «El Señor es celoso y vengativo», asimismo lo es el rebaño de sus fieles. «Bienaventurados serán los santos, nos dice uno de los suyos, Tomás de Aquino, puesto que tendrán la alegría de ver los sufrimientos de los condenados». Las enseñanzas del Evangelio y los comentarios de sus intérpretes responden á la misma idea. Hasta el dulce Jesús habla en sus parábolas como lo haría un déspota de Asiria: «Todo árbol que no lleve buen fruto sea cortado y arrojado al fuego», — «Lanzad el servidor inútil á las tinieblas de fuera: allí será el lloro y el crujir de dientes», — «Traed aquí los enemigos que no han querido que yo reinase sobre ellos y matadlos delante de mí», — «La verdadera piedad consiste en ser despiadado», añade San Jerónimo [2].

Las persecuciones se aplicaron mucho menos á enemigos paganos que á hermanos en la fe, rivales por la conquista del poder. La primera ley que castigaba con la muerte la herejía fué promulgada por Teodosio contra alguna secta de los Maniqueos; es el primer texto en que se hace mención de la Inquisición de la Fe [3]. De lejos, las disputas teológicas parecen haber sido inspiradas solamente por el ardor de las convicciones y la pasión del dominio

[1] Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. I, p. 80.
[2] Mateo VII, 19; XXV, 30; Lucas, III, 9; XIX, 27. — Raoul Rozière, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, ps. 23 y 24.
[3] Hartpole Lecky, *Rationalism in Europe*.

religioso, pero mirando las cosas de cerca se observa la coexistencia de otras causas. Resulta, pues, que en la época en que el cristianismo subió al trono con Constantino, los miembros del clero, sobre todo en Oriente, discutían acaloradamente sobre la naturaleza de Jesucristo: las influencias persas, egipcias, judaicas y griegas se cruzaban de diversos modos, mezclando hasta lo infinito sus argucias teológicas: ¿había sido Cristo creado por su padre, como sostenía Arrio? ó ¿había existido en toda eternidad, igual al Padre por su esencia? ó ¿no le igualaba más que por la voluntad? Todas esas cuestiones apasionaban á la multitud, aunque no pudiera comprenderlas: se maldecían ó se mataban unos á otros, pero sin conocer el pretexto, porque las razones verdaderas eran el empeño de alcanzar las riquezas y el poder consistentes en las propiedades, los palacios, los capitales; los intereses económicos se ocultaban bajo un aspecto religioso [1]. Durante más de medio siglo prosiguió la lucha con oscilaciones diversas: concilios y emperadores decidieron el pro y el contra, pero la victoria fué obtenida por el «símbolo de Nicea» promulgado por el primer concilio, bajo el reinado de Constantino; la opinión de Arrio se convirtió, pues, en una «herejía» y su doctrina, desterrada del Imperio, sólo encontró refugio durante algún tiempo entre los bárbaros, Godos, Vándalos y Lombardos. La unidad de fe fué proclamada en el Imperio: gran ventaja para los dominadores que querían imponer á sus súbditos la unidad en la obediencia.

En la misma época, también los reyes de Persia habían obtenido por la persecución la unidad de la fe, al menos en apariencia, en su religión oficial, el mazdeismo: los maniqueos del reino habían sido condenados á la prisión ó á la muerte, quizá el mismo Mani fué desollado vivo. A eso se llamaba el «suplicio persa»; las pieles de los ajusticiados, llenas de aire ó de paja, estaban destinadas á balancearse delante del palacio de los soberanos.

La dirección de la fe religiosa, que asumía en lo sucesivo el gobierno, dando al culto un carácter oficial, implicaba también la dirección moral; es decir, el poder tendía á atribuirse el carácter de educador. Antes, bajo la República, los censores velaban por que

[1] J. Novicow, *Conscience et Volonté sociale*, p. 253.

cada ciudadano conformase su vida á las costumbre generales y á los mandatos de los magistrados, encarnación del Estado romano: quinientos años después, bajo la administración de los funcionarios imperiales, cuando el escepticismo había disuelto las antiguas leyes morales, los dominadores se imaginaban que podrían dictar otras nuevas. El Estado moderno, con su pretendida misión de Providencia, encargándose de la felicidad de los súbditos y dictándoles conducta y pensamiento, había nacido ya antes que Diocleciano y Constantino. Por la primera vez, bajo Vespasiano, la enseñanza se había unido vagamente al Estado. Los retóricos se habían convertido, si no en funcionarios, al menos en pensionistas como bajo los Ptolomeos. Especialmente Quintiliano había profesado la retórica á expensas del emperador. Adriano, Antonino y Marco Aurelio fundaron también cátedras para los gramáticos y los retóricos; Alejandro Severo edificó escuelas y subvencionó á los niños pobres, ó más bien decidió que las ciudades mantuvieran á los discípulos designados por ellas como dignos de una instrucción completa. El primer paso estaba dado, y de ese movimiento había de proceder el sistema de enseñanza que prevalece en todo el mundo civilizado.

El emperador que avanzó más en esta vía, y que á este respecto fué un completo innovador, fué Juliano, á quien la Iglesia cristiana continúa designando con el sobrenombre del «Apóstata», porque representó la reacción de los paganos letrados contra la dominación de los cristianos ignorantes y groseros. Pero en realidad Juliano no quería volver al paganismo antiguo: cristiano á pesar suyo, quería instaurar lo que en el paganismo le parecía bueno y mezclarlo á una religión de su elección que hubiera conservado la forma pagana, aunque la moral hubiera sido nueva. Esta religión es la que él mismo llamaba «helenismo» y que, en efecto, habría sido completamente griega por su filosofía y por su alta moral. Impulsado por ese proyecto de realización imposible, ese emperador que deseaba el bien, pero que no dejaba de obrar el mal, porque estaba provisto de la terrible prerrogativa del poder absoluto, fué el primero que utilizó la poderosa organización administrativa del Imperio para constituir en provecho del Estado la unidad de la enseñanza. Impuso á las ciudades la obligación de someterle la elección de los

profesores, después dictó á éstos el programa de lo que habían de enseñar y de las doctrinas que habían de prescindir, prohibiéndoles además profesar opiniones diferentes de las creencias populares. El



EXCAVACIONES DE ANTINOE: MUJER EN ORACIÓN ACOMPAÑADA DE HORUS Y DE ANUBIS
Mezcla de religiones cristiana y egipcia.

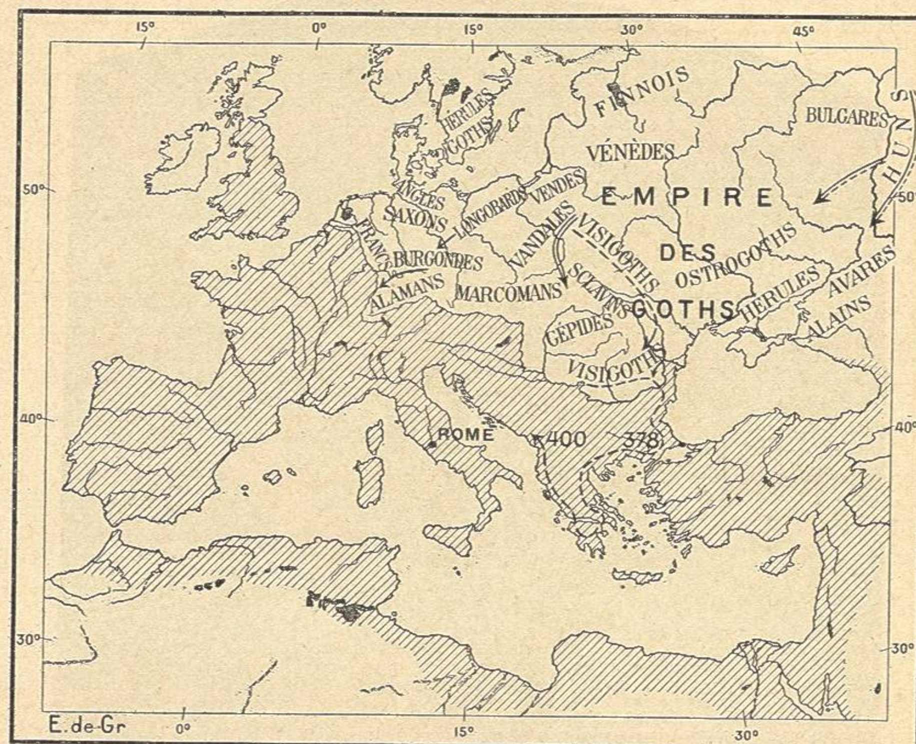
Estado se convirtió en maestro de escuela. La libertad quedó perdida para mucho tiempo [1]. Esta organización centralizada de la enseñanza, imaginada contra los cristianos por el paganismo moribundo, había de servir á los cristianos contra toda herejía, contra toda

[1] Albert Harrent, *Les Ecoles d'Antioche*, ps. 52 á 59.

novedad, contra la libertad misma del pensamiento, y sirve todavía á todo gobierno para emplearla contra aquellos á quienes teme.

Un edicto de 370, dirigido por Valentiniano, Valente y Gra-

N.º 260. Europa de 375 á 400.



1: 40 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

La superficie rayada es la del Imperio Romano hacia el año 380.

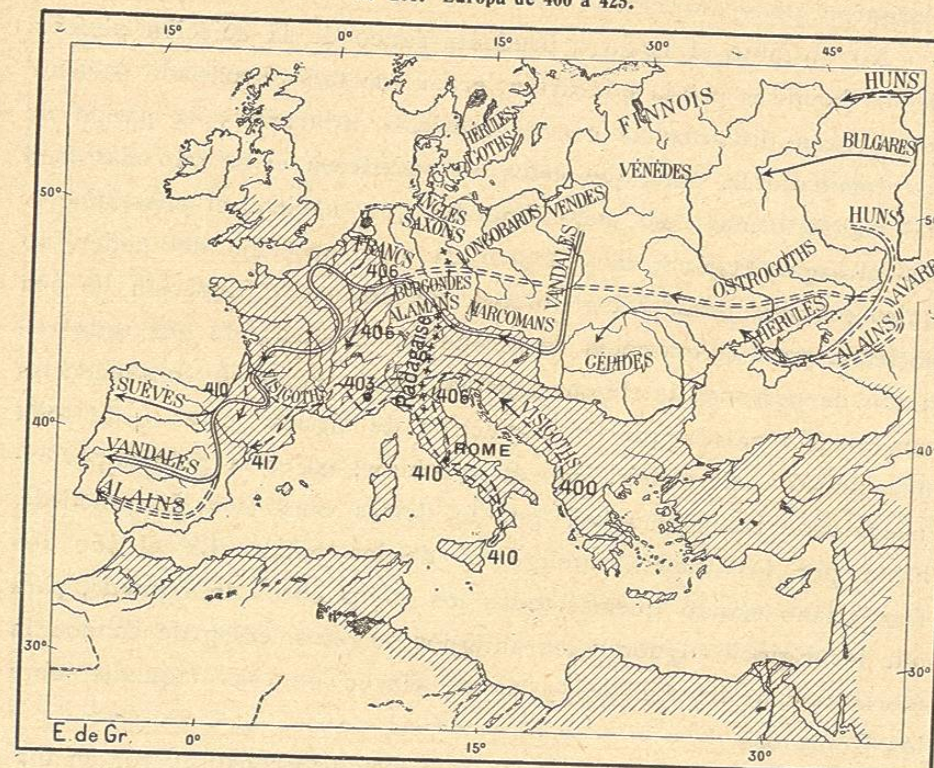
Los Godos habían constituído en el siglo IV un imperio que se extendía desde el Mar Negro al Báltico. Bajo la presión que hicieron sufrir al reino los Hunos, que aparecieron en 372 sobre las orillas del Volga, la parte occidental de la nación se puso en marcha. En 378 el emperador Valente pereció en Andrinópolis tratando de detenerlos, y todo lo que pudo hacer Teodosio fué tomar una parte de ellos á sueldo y acantonar los otros á lo largo del bajo Danubio. Pero algunos años más tarde, conducidos por Alarico, los Visigodos se ponen otra vez en marcha, atraviesan Grecia y se dirigen hacia Italia.

El trazado de sus movimientos está tomado de André Lefèvre (*Germains et Slaves*), lo mismo que el de los desplazamientos que efectuaron, entre otros, Burgondios, Longobardos y Vándalos.

ciano á Olibrio, prefecto de Roma, pone de manifiesto con qué espíritu de despotismo fué interpretado ese derecho de intervención del gobierno, considerado como director de la instrucción pública: todos los que querían estudiar en Roma habían ante todo de pre-

sentar al «jefe del censo» ó prefecto de policía las cartas de los gobernadores de provincia dándoles permiso para estudiar y declarando su naturaleza, edad y cualidades. Después de haberse

N.º 261. Europa de 400 á 425.



1: 40 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

La superficie rayada es la del Imperio Romano hacia el año 420.

Continuando su movimiento, los Visigodos atraviesan el valle del Po. Un vándalo, general de los Romanos, Estilicon, secundado por 60 000 Hunos, los bate en Polencia (403). Pero algunos años después Alarico toma á Roma, continúa su marcha hacia la Italia meridional y muere cerca del estrecho de Mesina. El jefe que le reemplaza se pone al servicio del gobierno romano; parte en persecución de los Vándalos y llega al valle del Ebro en 417.

En 405 Estilicon destroza cerca de Florencia una multitud, que, conducida por un rey sacerdote, Radagasto, había bajado por el valle del Adige.

Los Vándalos arrastrados por los Alanos, remontan el valle del Danubio; empujan ante sí los Suevos y otras poblaciones, desembocan en la Galia en 406 y atraviesan los Pirineos en 410.

El trazado de sus movimientos está tomado de André Lefèvre, lo mismo que el de los desplazamientos que efectuaron Burgondios, Hérulos, Búlgaros y Hunos.

inscrito en el curso, habían de hacer estrictamente los estudios indicados, obedecer los reglamentos de policía so pena de azotes, y partir después de haber cumplido la edad de veinte años: «si des-

cuidan de irse por sí mismos, el prefecto cuidará de despedirlos, aunque sea contra su voluntad»[1]. No les faltaba más que suprimir las iniciativas de las ciudades y de los individuos para la enseñanza, lo que los emperadores bizantinos, siguiendo la lógica de las ideas, realizaron poco después.

No obstante el largo y prudente rodeo de la sujeción perfecta de los hombres por la educación, era un método demasiado paciente y en gran discordancia con el capricho ordinario y la pasión de los dominadores, para que éstos no prefiriesen el método más fácil del mando brutal: era mejor impedir que naciera el pensamiento. Así el sagaz Trajano, muy lógico en su concepción del poder, no quiso permitir jamás á los obreros nicomedios la fundación de una sociedad para la extinción de incendios, considerando que toda reunión de personas inteligentes podía tener, según él, consecuencias mucho más graves que la destrucción de algunas casas ó de toda una ciudad[2]. Reprimir, impedir, prohibir, tal es la política por excelencia de los soberanos; por lo demás muy fácil de practicar, hasta por los menos inteligentes de los amos. En el año 290 Diocleciano mandó quemar todos los viejos libros de alquimia, para que los Egipcios ignoren los antiguos secretos, cesen de conocer la fabricación de los metales y no se eleven por sus riquezas sobre los Romanos[3].

Después de las victorias de Teodosio, que reconstituyeron en apariencia y por pocos años la unidad del Imperio, el desdoble en dos mitades del Oriente y del Occidente se realizó por último de una manera definitiva hacia el fin del siglo IV de la era vulgar. Pero las dos mitades no representaban en extensión y sobre todo en fuerza el conjunto del mundo romano tal como había existido bajo los Trajano y Marco Aurelio. Los bárbaros habían penetrado en el Imperio. La nación de los Godos, una de las que menos merecían el nombre de «bárbara» y que se había civilizado gradualmente por su contacto con las poblaciones de la Dacia y de la Tracia, se había adelantado al sud del Danubio, después de haber franqueado los

[1] Albert Harrent, *Les Ecoles d'Antioche*, ps. 215 y 216.
[2] Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. I, p. 422.
[3] Marcellin Berthelot, *Collection des anciens Alchimistes grecs*, Introducción, p. 4.

Balkanes y librado una batalla victoriosa con los Romanos de Bizancio, cerca de la ciudad de Andrinópolis. Sus jinetes alcanzaron por un lado el mar Egeo, por el otro el mar Adriático. Verdad es que Teodosio logró cerrar el camino á esta inundación de hombres, pero participó del daño aceptando las nuevas condiciones económicas creadas por la irrupción de los Godos. Les dió tierras con la esperanza de arraigarles al suelo, haciendo así de jóvenes y belicosos salteadores otros tantos soldados labradores; así reclutó para su propio ejército cuarenta mil Godos convertidos en Romanos.

Por lo demás, á pesar de la decadencia cuyos evidentes testimonios llenaban de amargura á los ciudadanos de buen juicio, la «Ciudad Eterna», encarnando el Imperio, conservaba tan bien su prestigio que hasta los mismos bárbaros invasores apenas pensaban en la destrucción de su potencia; no querían sino participar en sus riquezas y en su gloria, y creían en su eternidad. Los extranjeros de todas razas englobadas en la inmensa extensión del mundo romano aspiraban sobre todo á convertirse en ciudadanos, en formar parte del pueblo por excelencia. Ninguna provincia antiguamente conquistada intentó recobrar su individualidad política, ninguna nacionalidad reivindicó su independencia para aislarse de nuevo del œcumeno universal. El Imperio Romano se conservaba por su masa poderosa y por su majestad, como uno de esos pesados arcos de triunfo que elevaron sus constructores y que subsisten aún roídos por el tiempo. No bastaron los miles de hombres esparcidos por las Galias para contener las poblaciones durante cinco siglos si la dominación del Romano hubiera sido verdaderamente execrada, si los hijos de los vencidos hubieran guardado la injuria de la derrota. No: por pesada que fuese la ley del extranjero, venía de tan alto, que parecía divina. Para humildes súbditos sin cohesión, conscientes de su debilidad, ¡qué potencia augusta emanaría del solo nombre de Roma, considerado como el símbolo de la fuerza por excelencia, casi como la del Destino! ¿Qué extraño es que los pueblos del inmenso œcumeno se prosternaran voluntariamente ante las estatuas de los emperadores y que creyeran realmente en la divinidad de aquellos dominadores? Lo contrario hubiera sido más difícil de comprender. El instinto de adoración que corresponde

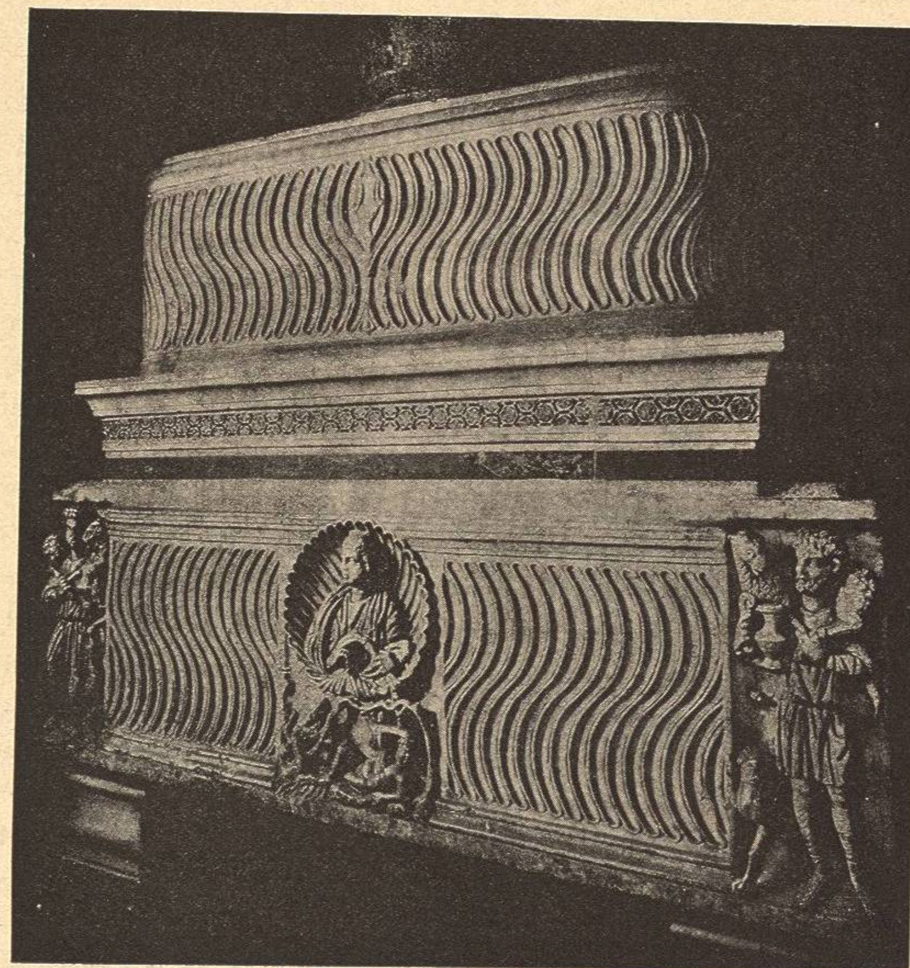
en el hombre al sentimiento de su propia debilidad y de su impotencia, está siempre á punto de manifestarse respecto de todos los detentadores de la fuerza, sobre todo cuando parece inmutable, como lo era hacía ya tanto tiempo la dominación romana. Después de la caída, la reverencia supersticiosa por el Santo Imperio Romano duró siglos, y aun no se ha extinguido.

Sin embargo, todas las luchas intestinas y exteriores acabaron por debilitar el sentimiento de intangibilidad romana (Fustel de Coulanges): la conciencia nacional desapareció en los ciudadanos mismos, aunque sobreviviendo todavía en las fórmulas y tradiciones. Cuando Bizancio reemplazó por fin á Roma como centro de la potencia imperial, ya no fué aquello la nación romana, sino una aglomeración de pueblos semi-bárbaros que apenas se conocían los unos á los otros y que los emperadores habían reunido bajo su autoridad [1]; aunque continuase existiendo la idea de la unidad romana, la escisión se realizaba sin que interviniera la voluntad. Se creía todavía en la persistencia de la gran Roma cuando existían ya dos emperadores con intereses esencialmente distintos. Los dos, iguales en poder y en prestigio, no eran sino la doble representación del poder soberano considerado como único. Vana ilusión, porque cuando Roma fué atacada, Bizancio, que continuaba teniendo su existencia propia y sus fuerzas especiales de vitalidad, había llegado á ser incapaz de ayudar al Imperio occidental contra el enemigo común.

El trabajo de desagregación, debido en gran parte á la presión del exterior que ejercían los pueblos inmigrantes, se determinaba igualmente por causas interiores, en cuyo número se contaba el cristianismo como la más activa. La propaganda cristiana sobresalía de los límites del Imperio, dirigiéndose á los Godos y á los Vándalos no menos que á los Romanos, y hasta con una positiva preferencia, porque más fácil era á los evangelistas convertir los extranjeros cándidos que introducir la fe en las almas escépticas de civilizados que tenían conciencia de la antigua superioridad romana. ¿Se podía á la vez confesar á Jesús y venerar los héroes que habían hecho la grandeza de la ciudad?

[1] Víctor Arnould, *Histoire sociale de l'Eglise*, «*Société Nouvelle*», Junio 1895.

Del mismo modo que al nacer el cristianismo se había librado del círculo estrecho de la sinagoga judía para dirigirse á los Griegos y á los Romanos, así también franqueaba á la sazón los límites del



SARCÓFAGO CRISTIANO CON OSAMENTAS DE VERDADEROS MÁRTIRES
(Iglesia de San Presedio)

inmenso imperio para dirigirse á las multitudes bárbaras hasta las extremidades del mundo: no reconociendo fronteras, la religión cristiana disminuía por eso mismo su fuerza convencional y contribuía en parte con la filosofía á desarrollar la noción de una humanidad superior á cada pueblo, grupo ó Estado particular.

Toda revolución es un fenómeno complejo, y esta misma religión

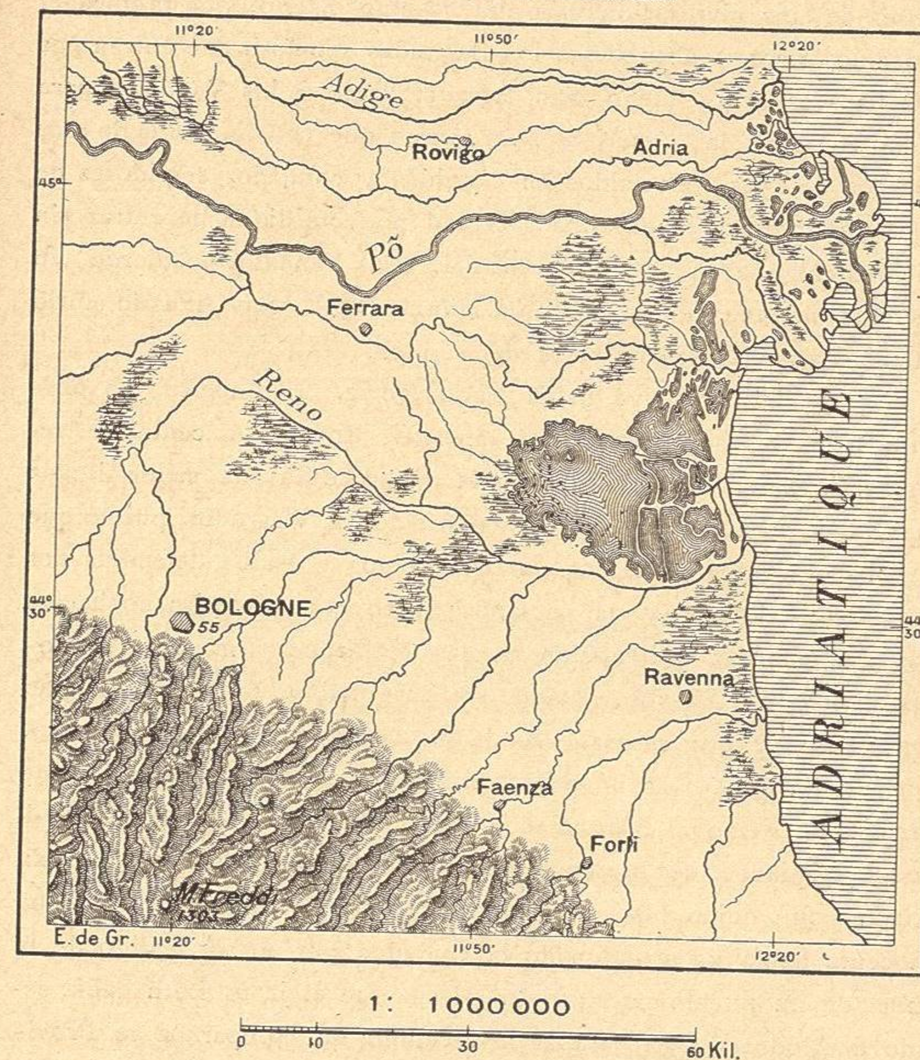
que ayudaba á la ruina de Roma por la amplitud universal de su ideal, apresuraba igualmente la descomposición de la sociedad romana por la importancia exclusiva que daba al individuo. Cada hombre, entregado jadeante á la mano vengadora de Dios, no tenía de común con los otros hombre más que la solidaridad del pecado en la falta original, amenazado con las penas terribles del infierno, sólo tenía esperanza en las maceraciones y en la plegaria. Cada uno debía tomar su propia salvación por objetivo esencial, trabajar á cada instante del día en librar su alma. Pero hasta el último momento podía temer no lograrlo, porque «si muchos son los llamados, pocos son los escogidos». De tal modo es personal la obra de la salvación, que para agradar á Dios, hasta conviene «odiar» los más próximos parientes: «Si alguno viene á mí y no odia á su padre y á su madre, no puede ser mi discípulo»[1]. Si, no obstante, la religión manda al hombre ayudar á su prójimo, es en Dios y por el amor superior de Dios. Entre dos personas, hasta entre los esposos, la divinidad omnipresente, permanece siempre entera[2].

Al final del Imperio, el dogma cristiano había llegado á tomar su forma definitiva bajo la influencia del verdadero continuador del apóstol Pablo, San Agustín, el teólogo que, durante más de mil años, había de inspirar á los ortodoxos católicos, luego á los reformadores protestantes. Al menos en la Iglesia de Occidente, la doctrina de aquel obispo imperioso se confundió con el mismo dogma: mientras que la enseñanza helénica familiarizaba el pensamiento del hombre con la virtud, la religión cristiana le puso frente á frente con la conciencia humillante del pecado original[3]. El hombre aprendió á no contar ya consigo mismo, á esperar todo de la Gracia, es decir, de la voluntad caprichosa del amo desconocido y todopoderoso que reside más allá de las nubes. Y, por una chocante coincidencia, la época precisa en que Agustín proclamó la caducidad absoluta del hombre, significándole por decirlo así su sentencia de muerte, fué también el período de la historia en que los bárbaros se encargaron de ejecutar esta sentencia, arruinando á fondo su país, des-

[1] Mateo, xxii, 14.
[2] Michel Bakounine, *Le Principe de l'Etat*, «*Société Nouvelle*», Noviembre 1898.
[3] Hartpole Lecky, *Rationalism in Europe*.

truyendo la civilización local y poniendo el Africa para siglos fuera de la historia[1].

N.° 262. Rávena y sus inmediaciones.



El trazado de las aguas es el que dan los mapas del fin del siglo xix. Por la época en que Rávena se hizo capital del imperio, el delta del Po y la línea de las costas avanzaban menos en el mar y la zona pantanosa era más extensa que en nuestros días. El curso inferior del Reno es un antiguo brazo del Po.

Los condenados van siempre delante de su destino. Los Romanos de la decadencia se preocupan de los bárbaros y con fre-

[1] Víctor Arnould, *Histoire Sociale de l'Eglise*, «*Société Nouvelle*», Octubre 1895, p. 417.

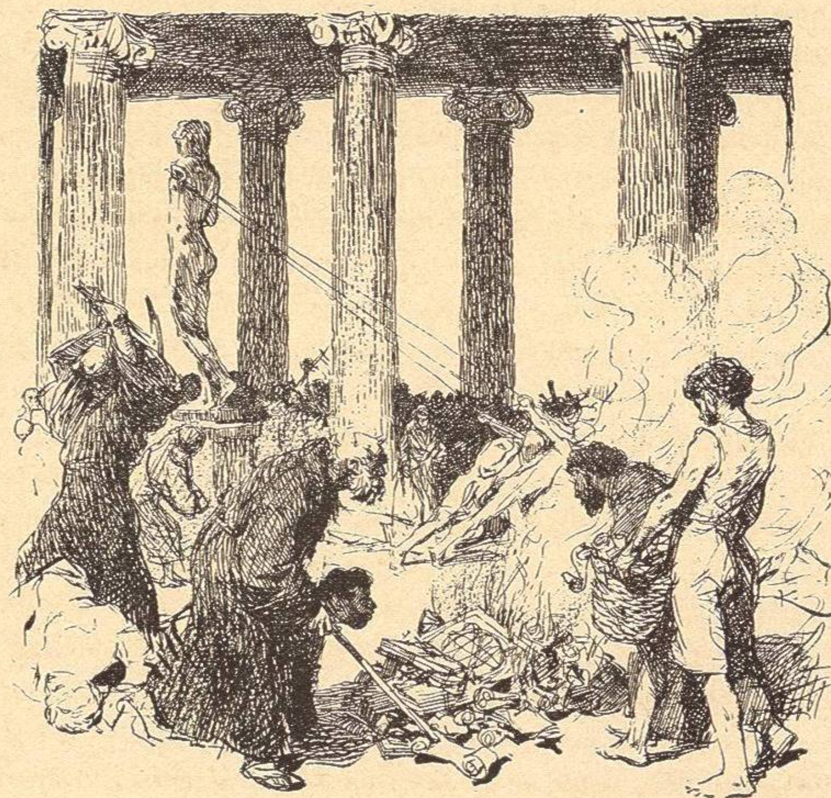
cuencia tratan de imitarlos en sus modas. Los cristianos sobre todo, satisfechos de ver en ellos convertidos á su fe, los presentan como ejemplo á los Griegos y á los Romanos como si fueran portadores de una civilización más alta. Como Salvio, que predica el odio á los ricos y absuelve á los Bagaudas rebeldes que entran por la Galia á sangre y fuego, San Agustín llama á los Vándalos para fundar con ellos la *Ciudad de Dios*: creía que con la ayuda de esos bárbaros de ayer convertidos en cándidos y confiados servidores de la Iglesia, lograría fundar una sociedad perfecta digna de entrar sin dificultad alguna en la gloria celestial. Los Vándalos acudieron, en efecto, á su invitación y sitiaron á Hipona (430). San Agustín murió antes de asistir á los horrores del saqueo.

En aquella época ya había caído Roma. El Imperio, no obstante, había luchado con mucha valentía. En 403, el centro de resistencia se había desplazado hacia la ciudad de Rávena, mejor situada que Roma para rechazar las invasiones de los Visigodos, puesto que se hallaba más cerca de los pasajes alpinos y estaba defendida por una cintura de ríos y de pantanos; pero esas victorias no hacían más que retardar la irrupción de las multitudes armadas. Visigodos, Vándalos, Suevos, Alanos y Burgondios, todos se dirigían contra Roma, que permanecía siendo la capital á pesar de todo. Por último, en 410 acabó por realizarse el atentado esperado desde hacía tanto tiempo. Alarico, cristiano y jefe de un ejército de Visigodos cristianos, se presentó delante de Roma, y una noble dama cristiana fué quien hizo abrir una puerta á los asesinos. El Papa Inocente había ya abandonado la ciudad «para no ser testigo de la ruina de un pueblo pecador, lo mismo que el justo Loth había salido de Sodoma para escapar al incendio que preparaba la Providencia». Después de su obra de devastación, Alarico encontró entre los cristianos el panegírico á que tenía derecho. Pablo Orosio, discípulo de San Agustín, glorifica en estos términos al devastador: «Alarico ha sido el enviado de Dios... Ha sido el más dulce de los defensores, puesto que era cristiano: ha respetado las iglesias, no tocando á los Romanos que en ellas se habían refugiado, no ha matado más que fuera de las basílicas, y solamente idólatras: era su destino».

Algunos años antes de la toma de Roma, el mismo Alarico se

presentó delante de Atenas, pero resistió á la presión de los «hombres impíos vestidos de negro», — es decir, de los frailes, — que le exhortaban furiosamente á destruir esa «última morada de los demonios». Quizá no se atrevió á atentar al esplendor del Partenón; menos tímido ante Eleusis, cedió á las excitaciones de esos mismos hombres negros que le acompañaban á todas partes y les dejó aplicar la tea á uno de los templos más bellos que haya levantado el hombre. Se canonizó á esos Erostratos cristianos [1], pero á despecho del triunfo que celebraba la fe vengadora, satisfecha de ver cumplirse sus profecías, la sacudida moral producida por la caída de Roma resonó en el mundo civilizado como un derrumbamiento de todas las cosas. Uno de aquellos que maldecían la «Babilonia» romana con más vehemencia, San Jerónimo, exclamó desde el fondo de su convento de Belem, en los confines del desierto: «La antorcha del mundo se ha extinguido, y, en una sola ciudad que cae, perece todo el género humano».

[1] Jules Baissac, *Société Nouvelle*, Agosto 1896, ps. 165 y sig.



BÁRBAROS. — NOTICIA HISTÓRICA

A la muerte de Teodosio, sus dos hijos hicieron una partición que fué definitiva: Honorio tomó el Occidente, Arcadio el Oriente. En Constantinopla, los principales soberanos anteriores á Justiniano fueron: Arcadio (395-408), Teodosio II (408-450), Pulquerio y Marcio (450-457), León I (457-474), Zenón (474-491, con un interregno), Anastasio (491-518), Justino (518-527).

En Rávena reinaron á veces sobre un territorio muy restringido, Honorio (395-424) y Valentiniano III (424-455), después se sucedieron rápidamente una decena de titulares de la púrpura imperial, el último de la cual, Rómulo Augústulo, fué depuesto por Odoacro en 476.

Entre los generales nominalmente romanos, ha de mencionarse Aecio, vencedor en Chalons, después Bonifacio, que llamó los Vándalos al Africa y fué muerto más tarde por el precedente; por último Ægidio ó Gillio, de 457 á 464, defensor de la cuenca del Sena contra los francos, y su hijo Siagrio, que resistió hasta 486.

Resumimos aquí por nación las principales fechas relativas á las invasiones bárbaras, así como algunos nombres de reyes; dos mapas del capítulo precedente y seis de éste indican esos mismos movimientos por época.

Los HUNOS aparecen hacia 372 en las orillas del Volga; se les encuentra en 441 en la península balkánica, diez años después en la Galia (batalla de Chalons, 451), en la Italia septentrional en 452; en 453, el cuerpo principal vuelve hacia las llanuras del Don. Atila es su jefe de 427 á 453.

Los VÁNDALOS pasan el Rhin en 406 con los Alanos y otros; llegan á España en 410, á Mauritania en 429, toman Hipona en 430, después Cartago y las islas, saquean á Roma (455); son sometidos por Belisario en 453. Sus reyes del período de conquista fueron Gonderico (406-427) y Genserico (427-477).

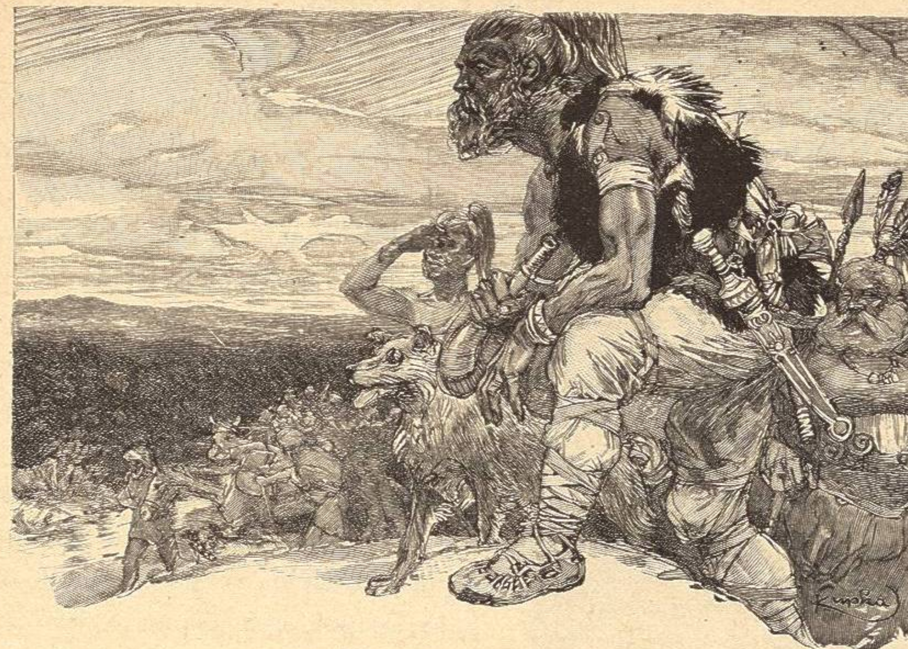
Los VISIGODOS pasan el Danubio (375), son vencedores en Andrinópolis (378), después entran en Grecia (395). Batidos en

Pollencia (403), toman á Roma (410), ocupan á Tolosa (412) y Barcelona (417). Alarico les conduce de 395 á 410, después Ataulfo (410-415), Valia (415-420), Teodorico I (420-451) y Teodorico II (453-465). Eurico (465-484) conduce la potencia visigoda á su apogeo: Limoges fué ocupada en 471, la Auvernia en 475, Arles en 480. Después vinieron Alarico II (484-507), muerto en la batalla de Vouillé, Amalarico (507-531), Recaredo (586-601), etc.

Los OSTROGODOS quedaron bajo la tutela de los Hunos hasta 451, después mandados por Teodorico llamado el Grande (474-526), atraviesan el Oriente, toman á Rávena (493) é Italia. A Teodorico suceden Atalarico (526-534), después, entre otros, antes de la conquista fugitiva de Italia por los generales de Justiniano, Vitigis (536-540) y Totila (541-552).

FRANCOS. Clodio (428-448) toma á Tournay en 431, Clovis (481-511) es vencedor en Soissons (486), en Tolbiac (493?), en Estrasburgo? (496), en Dijón (500), en Vouillé (507). De la historia fastidiosa de los príncipes merovingios, limitémonos á recordar la partición de 511 y la de 561 á la muerte de Clotario; durante doscientos años todavía la raza ocupa el trono, hasta 752, pero desde 638 el poder no está ya en sus manos.

	Era vulgar	
PABLO (San), eremita de la Tebaida	228	341
ANTONIO (San), nacido en el Alto Egipto	251	356
HIPATÍA de Alejandría	370	415
PATRICIO (San), nacido en Armórica	387?	465?
BŒCIO, nacido en Roma, ejecutado en Pavía	470	525
BENITO (San), nacido en Umbría	480	543
PROCOPIO, nacido en Cesárea	500	565
GREGORIO, nacido en Roma, papa en 590	540	604
JORNANDES, historiador de los Godos	siglo VI	
GREGORIO, nacido en Auvernia, obispo de Tours	538	593
COLOMBÁN (San), nacido en Irlanda	540	615



BÁRBAROS

Por mucho que se apresuraran las tribus germanas á hacer resonar su grito de guerra en el hueco de sus escudos, preferían, no obstante, siguiendo la ley del menor esfuerzo, recibir tierras gratuitamente en cambio de un homenaje hipócrita.

CAPÍTULO II

CAMINOS DE ASIA Y DE EUROPA. — GERMANIA Y GERMANOS.
CONOCIMIENTOS, ARTE Y MITOLOGÍA DE LOS BÁRBAROS.
SACUDIMIENTO DE LOS PUEBLOS.—HUNOS, VÁNDALOS, GODOS Y FRANCOS.
FIN DEL IMPERIO. — VÍAS DE FRANCIA. — MEROVINGIOS.
INVASIÓN DE INGLATERRA Y SUS CAMINOS.
PAGANOS Y CRISTIANOS. — MONAQUISMO. — IRLANDA.

CIERTAMENTE la caída de Roma no había de traer consigo la caída de la humanidad, y la ciudad misma había de resurgir para altos destinos; ¡pero cuántos siglos habían de transcurrir antes que todos los elementos nuevos introducidos en el mundo romano por la invasión bárbara se compenetrasen mutuamente para participar con todo conocimiento en las adquisiciones del pensamiento común! Tan distante era el lugar de origen de

algunas de las naciones que concurrían á la participación, que los Romanos hasta ignoraban en qué parte del mundo y hacia qué punto del espacio se hallaba. Ese caos aparente, ese derrumbamiento del género humano, fué obra de pueblos pertenecientes á todas las razas de Europa y Asia, porque los límites del mundo ecuménico quedaban rotos para lo sucesivo, y el período de la historia que comenzaba había de englobar poco á poco toda la humanidad en su evolución.



Museo de Namur.

JOYA FRANCA

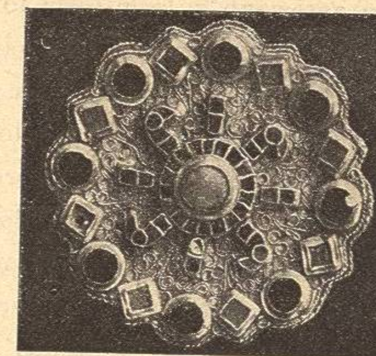
encontrada en los Ardenes.

Al trabajo de disolución que se había efectuado en el interior del Imperio, por la incesante acción de una sociedad nueva que trataba de desprenderse de las instituciones del mundo antiguo, respondía desde hacía mucho tiempo el trabajo de destrucción directa: los asaltantes del exterior, venidos por irrupciones sucesivas de las partes más lejanas de la tierra habitable, habían franqueado varias veces las fronteras. Doscientos cincuenta años después del «tumulto» galo, los Cimbrios y los Teutones habían penetrado muy adentro en el corazón de las posesiones romanas, y se había temblado ante ellos como ante Aníbal, pero después de ese gran espanto pasaron cinco siglos hasta llegar á la catástrofe final. Los generales de Roma conservaron mucho tiempo la parte del ataque, franqueando el Danubio ó el Rhin; después de los Antonino y los Severo el reflujo se hizo cada vez más amenazador, y, sea por ataques directos sobre un punto indefenso del contorno del Imperio, sea por rebeldías de soldados mercenarios ó por la aglomeración demasiado indiscreta de pueblos famélicos que venían á pedir tierras, el Imperio se vió obligado á estar á la defensiva.

Es cierto que los «bárbaros» merecen bien el nombre con que se les designa, comparándolos con los Romanos y con las naciones

que se habían romanizado bajo su influencia, tal era la nación de las Galias, sin embargo, se cometería un gran error imaginando que los invasores del Imperio Romano ignorasen todos los oficios y que las artes de la paz no estuvieran representadas entre ellos. Cuando se estudia el museo franco de Namur y otras colecciones análogas, se admira la belleza de ejecución á que se habían elevado los artesanos de la población germánica establecida en el país del Mosa. Ante todo debe apreciarse la bella hechura de sus armas, hachas, cuchillos, espadas. Un pueblo guerrero como lo eran los Francos tenía empeño especial en poseer una fiera y temible armadura; pero hay que admirar también los ornamentos esmaltados, las hebillas y cierres, los broches y brazaletes, los peines elegantes con vainas de marfil grabado, y diversos objetos que atestiguan la experiencia y el gusto del artista. En la época en que los Francos asolaban las ciudades, las granjas y los talleres de los Galo-Romanos, no eran, sin embargo, simples destructores: tenían también en cierta medida el conocimiento y el gusto de las artes. Llevaban consigo la herencia de pueblos orientales, cuyo saber y procedimientos se habían transmitido, por vías desconocidas, desde Grecia y Roma hasta el norte del Cáucaso y del Ponto Euxino, y, estudiando los hallazgos recogidos sobre el suelo de las Galias, sólo los especialistas pueden distinguir los objetos manufacturados por los invasores de los trabajados durante la ocupación romana. Los bárbaros habían también obtenido su débil parte de ciencia, puesto que sus adivinos poseían ya *runas* ó secretos cuando los Romanos entraron por primera





Museo de Namur.

JOYAS FRANCAS

halladas en los Ardenes.

Las joyas en forma de ave, los famosos supuestos loros de las tumbas francas no son otra cosa que las cabezas de rapaces representadas tan frecuentemente sobre los bronces escitas ukranios, sobre los bronces «tchoudes» del gobierno de Perm y sobre los bronces siberianos del Altai [1].

[1] De Baye, *Mémoires de la Soc. nationale des Antiquaires de France*, vol. LVI, 1907.

vez en contacto con ellos. Esas marcas grabadas sobre madera ó sobre piedra parecen derivadas de un antiguo alfabeto itálico: si de una parte y de otra los pueblos se ignoraban, no habían cesado de viajar entre ellos trajineros intermediarios.

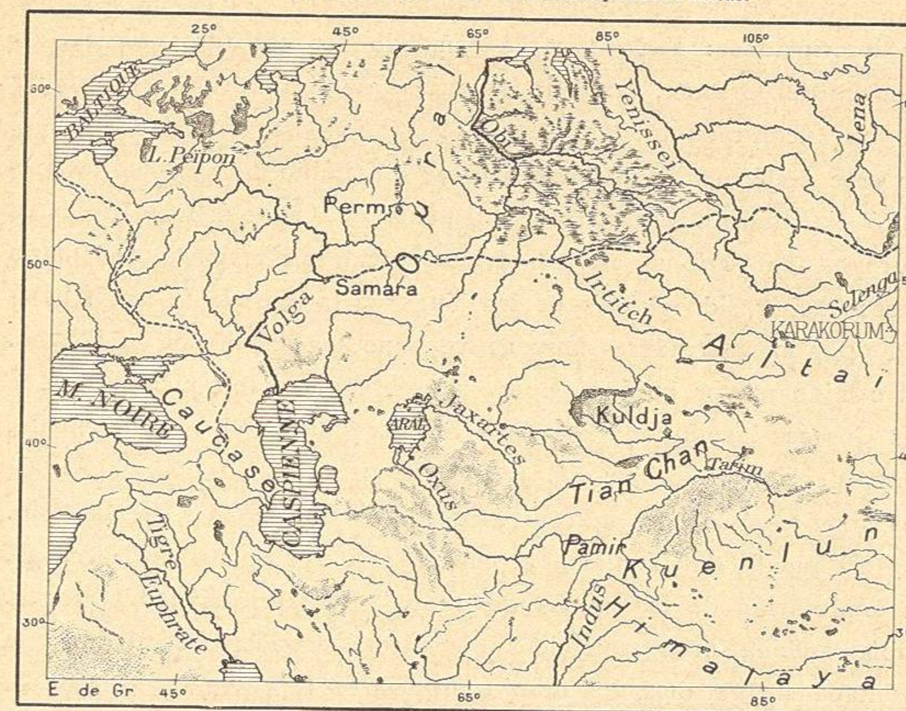
Según las indicaciones suministradas por el relieve continental, el lugar de paso más importante entre Asia y Europa, aquel por donde se cambiaban las mercancías, las tradiciones y los cultos, fué indudablemente la garganta del Darial, que corta hacia su mitad la cadena del Cáucaso, al oriente del Kasbek. La geografía le muestra de antemano y la historia lo atestigua. Los Osses, Ossetas, de los cuales una tribu se llama «Irón», es decir, Iranios, ocupaban los dos lados de esta brecha de las montañas y fueron los intermediarios de un gran tráfico entre los habitantes de las mesetas asiáticas y los de los espacios hiperbóreos. Ahora bien, esos Osses, á quienes Chantre propone asimilar los Ases (padrinos del mar Asov?), y perteneciendo según d'Ohssun y otros á la confederación de los Alanos, esos Osses se parecen singularmente por las costumbres y las leyendas á los antiguos Escandinavos; tenían la misma concepción del mundo, las mismas formas míticas, y este parentesco de las naciones debe atribuirse á la frecuencia del contacto y de la residencia en país amigo [1].

No hay duda que es considerable la distancia entre el Cáucaso y las orillas del Báltico, entre el Darial y Upsala ú Odense, pero en esa grandísima extensión no hay obstáculos naturales, y las poblaciones tenían interés en favorecer el comercio pacífico. Sobre aquel camino iban y venían bandas de mercaderes, y hay historiadores que se preguntan si Odin, es decir, el «Andador», según una de las numerosas etimologías de ese nombre [2], sería el tipo de esos jefes de caravana [3]. Las mercancías que se trataba de transportar eran objeto de gran precio, que ocupaban poco espacio y podían, en consecuencia, reportar grandes beneficios. Del Mediodía aportaba el Andador el oro, la plata y el cobre; del Norte, el estaño, el ámbar y las pieles. Pero no se limitaba á transportar los productos

[1] Gustave Geyer, *Svea Riker Hafder*, t. I, p. 40. — *Histoire de Suède*, Upsala, 1825.
[2] Anderson, *Mythologie Scandinave*, p. 50. Este nombre, según Adam de Brema y otros, significa el «Furioso», y, según Kluge, el «Impío».
[3] Ph. Champault, *Le Personnage d'Odin*, etc., *Science Sociale*, Mayo 1894, p. 398.

de una comarca á otra, se hacía también creador de riquezas explotando los prodigiosos yacimientos de hierro que sobresalían en medio de los bosques escandinavos. Las armas de acero reempla-

N.º 262. Extensión siberiana de las inscripciones rúnicas.



1 : 50 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

Las líneas de rasgos interrumpidos representan, una la vía del Darial al Báltico, otra el camino del Baikal á Samara, siguiendo el trazado de la vía férrea transiberiana.

La forma tan inusitada del fondo sudoeste del lago Baikal está copiada, como el resto del mapa, del Atlas Stieler, 1905.

El lago al sud del golfo de Finlandia es el Peipous ó Peipus y no el Peipon.

Véase también el mapa n.º 29, p. 193, t. I, para las vías comerciales del mar Negro al Báltico.

zaron á las espadas de bronce de que se habían servido los guerreros, y eso es lo que valió al caravanero y minero Odin ser elevado al rango de los dioses.

Otras leyendas y otros vestigios de un antiguo comercio atestiguan también la existencia de una vía histórica muy frecuentada entre las montañas de la Siberia, especialmente el Altai, y las comarcas que han venido á ser hoy Rusia, Finlandia y Suecia: las gargantas del Ural y el ancho paso facilitado al sud de los montes

y al norte del Caspio abrían caminos fáciles á los viajeros. Sobre los bordes del alto Yenissei se han descubierto inscripciones rúnicas ó al menos runiformes que evidenciaban las relaciones étnicas de los Altaianos y de los Escandinavos. Hasta mucho más allá hacia el Oriente, se ha reconocido el camino seguido por los grabadores de inscripciones: Yadrintzev ha señalado las escrituras rúnicas en el valle del Orkhon, cerca de las ruinas de Karakorum, y Klementz las ha encontrado todavía más al Norte, al este del alto Salenga. Se cree poder en lo sucesivo jalonar el camino por el cual se propagó ese alfabeto rúnico, probablemente de Oeste á Este, desde la Europa septentrional al Asia oriental: la gran etapa intermediaria parece haber sido el país de los Yugor ó la Biarmia (Perm), habitado por los mercaderes muy activos que traficaban con el Báltico. El camino mayor hubiera, pues, sido precisamente aquel por donde los Cosacos invadieron después la Siberia y que sirvió recientemente, antes de la construcción del ferrocarril transiberiano, al vaivén de los hombres y de las mercancías entre las dos mitades del imperio.

El pueblo del Yenissei, al cual se atribuye el uso de las runas, la explotación de las minas de cobre y la fabricación del bronce, sabía también criar animales domésticos. Conocía el caballo y le montaba sin estribos, los dibujos rupestres representan siempre al jinete con el pie libre, y, entre los mil objetos descubiertos en las excavaciones, no se ha visto aún ningún estribo. Este pueblo era agricultor y pacífico: sus armas estaban fabricadas más con intención de emplearlas en la caza que en la guerra. Practicaba la magia, y los chamanes de la época se servían de grandes calderas de cobre para sus encantamientos de los genios. Enterraban los muertos bajo torrecillas poco elevadas, rodeadas de losas dispuestas de modo que formaban dibujos hieráticos y cubrían las cavidades funerarias y sus tesoros, casi todos saqueados hace ya mucho tiempo por los colonos rusos. Se han dedicado grupos de excavadores al descubrimiento de esos terromonteros sepulcrales para vender los bronces prehistóricos hallados á los fundidores, que los transforman en cascabeles, en candeleros y hasta en campanas de iglesia[1]. El nombre de

[1] J. Deniker, *Tour du Monde*.

Tchoudes ha sido aplicado en general á todas las poblaciones de la antigua Siberia donde se hallan galerías mineras y las tumbas: también se aplicaba el mismo nombre á las tribus de Europa que han dejado huellas de su estancia, sin que se conozcan sus descen-



Museo de Cluny. Cl. Giraudon.

BRAZALETE GALO DE ORO MACIZO
encontrado en Cavaret (Aisne).

dientes actuales. En Esthonia, al sud del golfo de Finlandia, el lago Peipus, que se hallaba rodeado de indígenas esparcidos en los pantanos y en los bosques, era particularmente llamado «mar de los Tchoudes.»

De todos los caminos naturales al oeste del Altai, del Ural y del Cáucaso, el más fácil fué indudablemente el de la Europa Central, que, principiando en las orillas del mar Negro, en el punto donde desembocan el Danubio y el Dniester y donde existió en otro tiempo la ciudad milesiana de Olbia, rodea al Este el gran muro semi-circular de los Carpatos, después gana por algunas aristas bajas

el valle del Vístula para terminar en el mar Báltico. Desde las edades prehistóricas, esta vía, tan cómoda, fué muy frecuentada, como lo atestiguan numerosos escondrijos llenos de objetos de tráfico entre Mediterráneos y Septentrionales: entonces, como en nuestros días, el puerto de Olbia transportaba los trigos de la región de las «Tierras Negras»[1], mas por importante que haya sido esta vía para el comercio local y el movimiento de los pueblos orientales de Europa, no podía tener valor capital en la gran historia, porque en vez de comunicar directamente con el Mediterráneo y los espacios oceánicos, no los unía sino por mediación de dos cuencas marítimas casi cerradas, el mar Negro y el Báltico.

La vía transeuropea que comienza en la extremidad septentrional del golfo Adriático, formada por los caminos convergentes de dos riberas, una procedente de las bocas del Eridan ó Po, y otra del Timaro, desembocadura supuesta de un Ister ó Danubio subterráneo, fué también uno de los caminos frecuentados: ciertas brechas y líneas de relieve relativamente fáciles guiaban allí los pueblos á través de las múltiples murallas de los Alpes. Después de haber llegado al Danubio rodeando los altos valles del Sara y del Drave, este camino de caravanas debía pasar no lejos de la Viena actual para entrar en las llanuras del Norte por la depresión de doble vertiente por donde corren, por un lado el Morava, afluente del Danubio, por otro lado el alto Oder. Los mercaderes que seguían esta vía llevaban á los Germanos, Lituanios y Escandinavos los objetos fabricados por los Asiates ó por los Etruscos, y en cambio entregaban al comercio mediterráneo el precioso ámbar recogido en las playas del Báltico. Durante mucho tiempo creyeron los Griegos que esta resina transparente provenía de las llanuras bajas del Eridan, porque los jefes de las caravanas guardaban cuidadosamente el secreto de sus viajes[2]. Es verosímil que á lo largo de ese camino y de sus ramificaciones occidentales sirviera la moneda de oro en discos ligeramente combados de que tantos ejemplares se han hallado en las cuencas del Rhin, del Elba y del Danubio, en la Galia, en Hungría y hasta en Lombardía. Estas piezas, generalmente mudas,

[1] Herodoto, *Historias*, IV, 17.
[2] Fr. Lenormant. *Les premières Civilisations.*

que los arqueólogos alemanes designan con el nombre de *Regenbogen Schüsselchen*, platitos de arco iris, se atribuyen á los Boiis y á los Helvecios, y su fabricación es anterior á la invasión de los Cimbrios en Italia[1].

Desde el punto de vista puramente geográfico, esas dos vías orientales de Europa, que cortan el continente de Sud á Norte, que unen la una el mar Negro y la otra el golfo Adriático al mar interior de Escandinavia, son evidentemente muy inferiores al camino principal que atraviesa las Galias, desde las bocas del Ródano al estuario del Sena, y que une también por la vía más corta las orillas del Mediterráneo y las del libre Océano. La mayor parte de los pasajes alpinos practicados por los conquistadores y los mercaderes de Italia no eran por el Durance, el Isere ó el Leman, más que caminos tributarios del eje mayor formado por el Ródano, el Saona y el Sena, y, por consiguiente, aumentaban su importancia. Por último, los pasos de los Alpes centrales, que se abrían más al Oriente para descender al Norte en los valles del Rhin ó del Danubio, tenían por primer inconveniente oponer á la marcha una sucesión de cordilleras en su más ancho espesor colectivo y conducir á regiones de curso más difícil y más tortuoso. Por esos caminos de la Germania, la extensión continental que había de atravesarse es mucho mayor que por la vía de las Galias, y la parte del mar adonde se llega consiste en comarcas oceánicas que se prolongan sin límite hacia los hielos del Norte.

Pero los rasgos exteriores del planeta se han utilizado y valorado de muy diverso modo según las edades: diferenciándose mucho las circunstancias de la civilización ambiente, pueden unas obrar sobre un punto, mientras que en otro quedan sin efecto; una pira maravillosamente preparada no arde hasta que se le acerca la chispa. Las grandes vías transeuropeas tuvieron cada una su período de actividad correspondiente á la iniciativa y á la cultura de los pueblos que habían de emplearlas y á la apropiación del planeta. Así como en nuestros días las líneas férreas no temen ya sub-franquear el muro de los Alpes y desplazan el eje nord-sud del comercio europeo hacia el

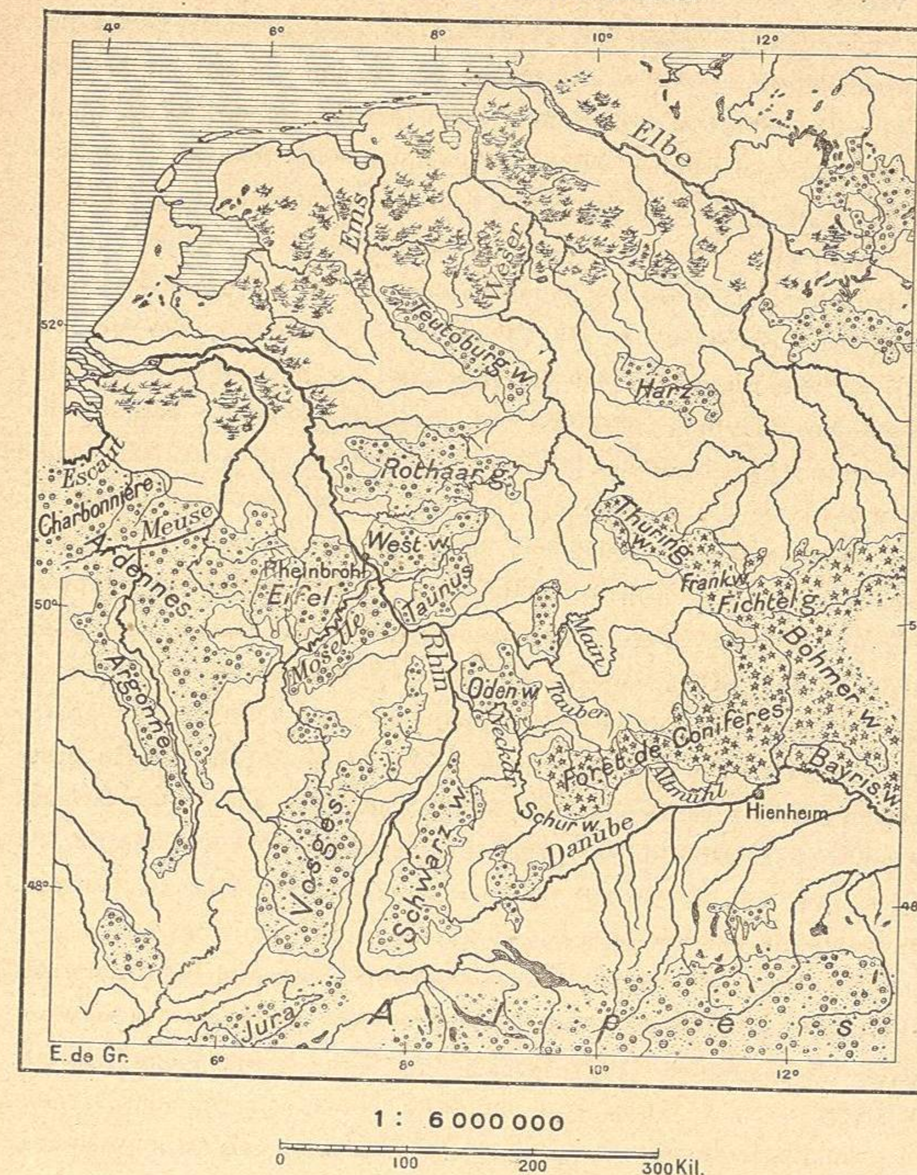
[1] Ch. Robert y Al. Bertrand, *Ac. des Inscriptions*, Enero 1884.

este del territorio de las Galias, en los tiempos del Imperio Romano una substitución análoga hizo pasar el tráfico del valle del Don hacia el del Ródano. Cuando el centro del movimiento humano se hallaba en las orillas del mar Egeo, en Grecia y en Asia menor, los caminos orientales de Europa habían adquirido por eso mismo una virtud económica de primer orden, que faltaba entonces al camino occidental de las Galias, relativamente abandonado. Las vías de la Sarmacia servían el tráfico de los trigos, lo mismo que el de los metales, del ámbar y de las pieles, y toda la existencia política de esas comarcas orientales reposaba sobre ese equilibrio económico de vaivén de los géneros entre el Norte y el Sud. Pero cuando el núcleo de la potencia política se desplazó hacia el Oeste, de Grecia hacia Roma y hacia las Galias, debió producirse fatalmente una ruptura. Las caravanas que habían sido divinizadas en la persona de Odin, se hallaron desposeídas de los beneficios que les había procurado el comercio de transporte durante muchas generaciones; los Godos ú otros pueblos que habían tomado parte en esa industria se consideraron como despojados de un derecho hereditario, y, obligados á cambiar de oficio, retrocedieron en cultura y se hicieron bandidos, sea á sueldo de los Romanos, sea agrupados en derredor de jefes escogidos por ellos mismos. Esa fué una de las causas de la prodigiosa conmoción de los hombres que se llama la «irrupción de los bárbaros» [1].

Cuando ocurrió ese gran acontecimiento, las vías longitudinales de Europa, las que corren de Este á Oeste, tuvieron más importancia que las transversales que tenían Italia y principalmente Roma por objetivo. Las Galias, con su dulce clima, sus caudalosos ríos, sus inmensas llanuras y sus graciosos ribazos eran entonces una tierra casi tan deseada como Italia y los caminos de acceso á aquéllas eran mucho más fáciles. Desde las llanuras que recorre el Volga hasta los valles del Soma, del Sena y del Loira, parece, á la vista del mapa, que no haya obstáculo alguno: existían, sin embargo, y hasta muy numerosos; en un lado pantanos, en otro bosques, amplios estuarios ó lechos fluviales; pero los mercaderes y otros via-

[1] Ph. Champault, *Science Sociale*, 1894, p. 53.

N.° 263. Obstáculos silvestres en Germania.



Las principales regiones forestales de Francia y de Alemania están copiadas de los mapas especiales de los dos países. El bosque de coníferas al norte del Danubio está reconstituído según R. Gradmann, *Peterm. Mitteilungen*, 1899. La Charbonnière está conforme con las indicaciones de Duvivier, *Le Hainaut ancien*.

El trazado de las costas es el del período actual. En la época de la invasión de los bárbaros no existía el Zuiderzee, pero la costa del mar del Norte avanzaba menos hacia el Oeste que en nuestros días.

jeros se presentaban como amigos y encontraban sin dificultad guías que les mostraban los terrenos secos, los claros de los bosques y

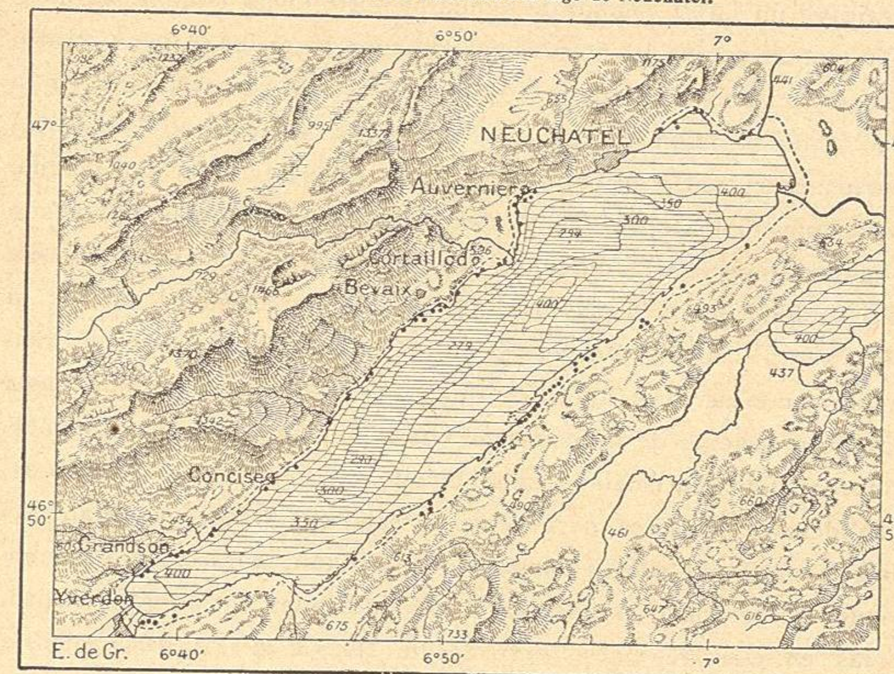
los vados. En cuanto á los pueblos conquistadores y destructores que emigraban en masa, habían de abrirse paso á través de las poblaciones, llevándolas frecuentemente por delante, pero siempre fué en la zona de los terrenos poco elevados de la Germania septentrional donde su camino estuvo más ampliamente abierto, y también fué allí donde el saqueo de los campos les procuró más víveres.

En aquellas antiguas épocas que precedieron al conflicto de las legiones romanas y de las tribus germánicas, el vasto territorio que se convirtió en Alemania distaba mucho de hallarse igualmente ocupado en toda su extensión: la repartición de las tribus presentaba allí muchos mayores contrastes que la distribución de los *pagi* en las Galias. En el sud de las regiones litorales del Norte, los macizos y las cadenas de montañas, de una escasa elevación media, no eran en sí obstáculos suficientes para impedir por completo la población de una y otra vertiente; pero los bosques que cubrían enormes espacios, montes, mesetas y llanuras, separaban los colonizadores y las tribus en marcha de una manera mucho más eficaz que las breñas, las rocas y los precipicios: los relieves y las aristas que servían de eje á la inmensidad de los bosques permanecían hasta desconocidas, y la atención popular no se fijaba sino sobre la masa negra, impenetrable de los grandes bosques; la montaña desaparecía á sus ojos bajo el espesor de la vegetación que la cubría, y hasta nuestros días muchas regiones montañosas sólo están designadas por sus nombres de bosque. Schwarzwald, Odenwald, Böhmerwald, Thüringerwald, Frankenwald, Bayrischerwald, Westwald, Schurwald, ó por el nombre de las esencias que les cubren: Fichtelgebirge. A través de esas extensiones de bosque existían ciertamente senderos, como el de Rennsteg, pero no podían servir más que para caminantes pacíficos.

Como lo atestiguan las expresiones de los autores latinos relativas á los bosques de Germania, esos matorrales, «horribles», «espantosos», eran entonces muy diferentes de lo que son en nuestros días las nobles asambleas de los grandes árboles cuidadosamente despojados de sus exuberancias, de las ramas muertas y de las raíces podridas, escurridos en las hondonadas, atravesados por caminos sinuosos y cortados de distancia en distancia por anchos pretiles.

Eran espacios donde ramajes, hojarasca, troncos vivos y hierbas secas se entremezclaban con las aguas. Los mismos cazadores apenas se aventuraban hasta allí en busca de la caza, y la población de agricultores no era todavía bastante densa para apartarse de las pra-

N.° 264. Estaciones lacustres del lago de Neuchatel.



En 1887, el nivel del lago de Neuchatel había bajado 2m 50 y su altura es actualmente de 432m 30 próximamente. La orilla antigua está indicada por rasgos discontinuos.

De las setenta, y algunas más, estaciones lacustres conocidas al presente, cuarenta y cinco pertenecen á la edad de la piedra, las otras á la del bronce. La villa situada más cerca del río que corre al Norte hacia el lago de Bienne estaba todavía habitada durante la edad de hierro, lo menos hasta el primer siglo antes de la era vulgar.

deras naturales y de las estepas para abrirse claros en el espesor de los bosques. Las vías naturales de las emigraciones se hallaban, pues, indicadas á la vez por los ríos navegables y por las llanuras herbosas; rodeaban las grandes regiones selváticas que quedaban casi completamente deshabitadas, y los lugares de choque entre las poblaciones en conflicto estaban de antemano indicados en los ángulos de las regiones negras.

La Germania meridional tenía también su vía mayor natural en el sentido del Este al Oeste: los diferentes escalones por donde desciende el Danubio, desde la Selva Negra al Ponto Euxino, marcan las grandes etapas de ese camino longitudinal. No hay duda que está cortado en varios puntos de su curso, pero en el conjunto constituye un largo camino de ronda al norte de la muralla de montañas que se prolongan desde los Balkanes hasta los Alpes occidentales; especialmente en toda la parte de la cuenca danubiana en la parte superior de Presburgo y de Viena, la vía histórica está perfectamente trazada, y principalmente en esta dirección se han movido las naciones y los ejércitos, marchando hacia las Galias ó refluyendo en sentido inverso en Germania. La extremidad occidental del valle del Danubio apunta hacia las brechas que se abren al sud de la Selva Negra y de los Vosgos, y se continúa hasta el centro de Francia, formando así una abertura que conservó su importancia hasta una época reciente de la historia. Los caminos danubianos de comercio fueron también caminos para los devastadores Germanos, Eslavos, Finlandeses, Mongoles ó Turcos, y sabido es con qué matanzas llenaron unos y otros su camino: ha parecido, pues, muy probable á muchos historiadores que las grutas excavadas en las galerías profundas en esas regiones servirían de refugio á los descendientes aterrorizados de las poblaciones que vivían en el rico valle danubiano desde la época de Hallstatt hasta la de Roma [1]. Las villas sobre estacas, los palafitos fueron ciertamente habitadas en parte durante la invasión bárbara.

Las cuencas casi cerradas donde las naciones pueden recogerse y fortificarse como en una ciudadela, son uno de los rasgos característicos de la Europa central. Al Oeste la primera de esas cuencas está formada por el antiguo golfo que recorre el bajo Danubio antes de desembocar en el mar Negro. El río divide este anfiteatro oval en dos mitades casi iguales, al Norte el de la Valaquia, dominada por la alta muralla de los Cárpatos; al Sud la Bulgaria, que se levanta por grados hacia la cadena de los Balkanes. Al Oeste, la puerta del circo estaba como cerrada por las escarpas de las orillas

[1] O. Graewe, *Globus*, 10 Marzo 1904.

y los escollos del Danubio: difícil hubiera sido penetrar en el desfiladero tortuoso, desprovisto de sendas, sin poblaciones de refugio ni campos de cultivo; antes que Trajano construyera en esa garganta un camino tallado en plena roca, era peligroso aventurarse en ella; tan eficaz era la barrera, que las poblaciones comunicaban entre sí desde la parte superior á la inferior del río por los valles tributarios y por los altos collados que de una parte y de otra recortaban la cadena de montañas.

Del otro lado de esas «Puertas de Hierro» se desarrolla un segundo circo de llanuras, ceñido también por un círculo de alturas y atravesado en su mitad por el Danubio: es la región actualmente ocupada por los Magyares y por otros pueblos asociados de grado ó por fuerza en un mismo estado político. Su cierre de la parte superior, inmediatamente debajo del confluente del Morava, dista mucho de presentar los mismos obstáculos que el cierre de la parte inferior, y los hombres se han visto obligados á ayudar á la Naturaleza á hacer imposible el paso: por otra parte, las brechas de las montañas, relativamente fáciles, permitían el acceso del gran circo interior, y hacia el Sudoeste del lado del mar Adriático, la fuerza de atracción ejercida por el rico valle del Po, por el sol y la civilización del Mediodía solicitarían fuertemente á los pueblos y excitarían las veleidades de emigración y de conquista; sin embargo, la disposición geográfica del vasto recinto tuvo siempre una influencia considerable sobre la distribución de los pueblos danubianos.

Una tercera comarca de la Europa central, y hasta la que á buen derecho puede considerarse como el medio geográfico del continente de Europa, ofrece ese carácter de reducto cerrado por todas partes: tal es la Bohemia. Por tres lados al Sudoeste, al Noroeste y al Nordeste las murallas son elevadas, constituyendo cadenas de ringleras múltiples y de escalo penoso por la extensión de sus bosques; únicamente la cara del Sudeste no presenta más que un levantamiento del suelo sin carácter montañoso. Este último lado del gran cuadrilátero está más indicado que francamente practicado, pero es suficiente para dirigir las aguas y los hombres al Oeste hacia el Elba, al Este hacia el Morava y el Danubio. Esta ciudadela central de Europa no por eso deja de quedar abierta al Este hacia

el mundo eslavo, y de ese lado vinieron los habitantes actuales del país, forma un terrible tajo en el área germánica, y hasta nuestros días, á pesar del movimiento nivelador de la civilización moderna, á pesar de la construcción de los caminos y la penetración de las razas y de las lenguas sobre las fronteras, el relieve del suelo ha conservado toda su importancia en la repartición y el equilibrio de las poblaciones de origen diferente.

La llanura de Baviera forma una cuarta cuenca. Es en verdad poco clara hacia el Norte y el Oeste, pero está suficientemente indicada. Collados de escasa altura unen el valle del Danubio á los del Main y del Neckar y á la cuenca del lago de Constanza; sin embargo, las poblaciones que viven entre los Alpes y la línea de altura llamada Schwäbischer y Fränkischer Jura, después Bayrischerwald, han tenido siempre cierto sentimiento de su independencia geográfica.

En la época de la emigración de los bárbaros, lo mismo que en nuestros días, la Europa central estaba habitada en su mayor extensión por pueblos llamados de raza germánica, fundándose en su lengua y en la tradición. En realidad casi nada sabemos sobre los caracteres somáticos que diferenciaban los pueblos que generalmente se han dividido en grupos sármata, godo, germano y celta. Así los Vándalos se han clasificado entre los Germanos padres de los Alemanes; por otra parte los Vendos, Venedos, Vénetos, se cuentan incontestablemente entre los grupos sármatas, parientes de los Eslavos, y cuyo nombre ha persistido en el de Wendes de Lausitz; ¿habrá de considerarse como simple coincidencia verbal la analogía de las palabras Vendo y Vándalo, como se ha hecho respecto de Cimbrios y Kimri? Dificultades semejantes se encuentran en el estudio de los orígenes de los Burgondios, de los Alanos, etc. [1]. Todo indica que en las épocas de la prehistoria la noción de raza no tenía mucha más autoridad que en nuestros días [2].

No considerando, pues, más que grupos lingüísticos, los historiadores han tratado de reconstituir sus territorios respectivos y de

[1] André Lefèvre, *Germains et Slaves*. — Emile Eude, *Cosmos*.
[2] Van Gennep.

presentar su mapa aproximado antes de la era de las emigraciones; de donde resulta que, de una manera general, la división en Altos y Bajos Alemanes existía desde esta época y se ha mantenido en su conjunto, á pesar de los desplazamientos de toda clase que se han producido. Pero en ningún tiempo, desde que Pitheas los



EL DANUBIO EN EL PASO DE LAS PUERTAS DE HIERRO — Cl. Champagne.

menciona por primera vez hace veintidós siglos y medio, los Germanos habían constituído una nación coherente, con conciencia de su unidad étnica y considerándose como obligados entre las diversas poblaciones á la práctica de cierta solidaridad. Tampoco parece que se hayan dado un nombre genérico, porque el término de «Germanos» no era empleado por ellos y no se sabe cuál era su verdadero sentido: «Hombres de guerra», «Hombres de espada», «Orientales», «Aulladores» ó «Vecinos» [1]. Aunque las tribus germánicas conociesen la agricultura, practicada principalmente por las mujeres y que la consecuencia natural del trabajo agrícola fuese inducir las poblaciones al

[1] Mahu, *Ueber den Ursprung und die Bedeutung des Namens Germanen*.

amor de la tierra y al establecimiento de residencias fijas, las frecuentes guerras, las incursiones súbitas y las huídas precipitadas habían hecho persistir entre los Germanos un régimen semi-nómada. Todavía en plena Edad Media, el derecho germánico colocaba la casa entre los bienes mobiliarios, supervivencia de los tiempos en que la vivienda no era más que un carro que rodaba siguiendo á los ejércitos en los campos de batalla del Occidente [1] y en que la mujer con la espada en la mano hacía volver á los fugitivos hacia la pelea, dispuesta á matar su progenitura y matarse ella misma si los hombres no salían vencedores en la lucha.

La guerra, siempre la guerra, tal era el ideal del germano: el repertorio de los nombres propios que prevalecía entonces en las familias es de ello prueba irrecusable. La mayor parte de las apelaciones son dictadas por la vanidad ó por el furor guerrero: como Sigidegun, «Espada Victoriosa», y Plechelm, «Casco resplandeciente», y también Gundulf, «Lobo de los combates», y Walramm, «Cuervo de la Matanza», y un nombre que persiste, Eitel, Atila, como recuerdo admirativo de la ferocidad de aquel hombre sanguinario. ¡Cuántos nombres y apellidos cuyo significado primitivo queda ignorado de los que los usan, perpetúan en nuestras lenguas modernas la memoria de aquellos tiempos de sangre!

Aunque emparentados con los Griegos y con los Romanos por el lenguaje, y muy probablemente también por el origen, los Germanos contrastaban con ellos por el estado de las costumbres, las instituciones civiles ó políticas y estaban respecto á ellos retrasados un millar de años por el hecho de la vida guerrera á que se habían dedicado. Tácito, que descubrió sus hábitos y costumbres, lo hizo con intención evidente de oponerles irónicamente á las de sus conciudadanos afeminados. Podían alabarse, en efecto, de las cualidades que poseen los pueblos que viven en medio de constantes peligros: sabían soportar alegremente las fatigas, prestarse valientemente ayuda mutua en los combates, sacrificarse noblemente por el compañero escogido; hablar y obrar con ruda franqueza; tenían también el sentido íntimo y profundo de la naturaleza que les rodeaba y les pene-

[1] Godefroid Kurth, *Les Origines de la Civilisation moderne*, I, p. 70.

traba, asociándose á todos sus actos. Pero ese género de vida desarrollaba necesariamente en ellos el espíritu de autoridad y de violencia. El hombre era el dueño absoluto de mujer, hijos, servidores, y, en la guerra al menos, debía obedecer estrictamente á un jefe que tenía también sobre él derecho de vida y de muerte.

El acto de adopción de los niños entre los Germanos caracterizaba de una manera notable el grado de civilización que habían alcanzado. En el fondo, el derecho germánico era el mismo que el derecho romano y las mismas razones le habían dado nacimiento: el padre, no estando seguro de poder mantener su progenitura, se había reservado el derecho de no acogerla en el número de los vivos sino cuando la madre acababa de darle á luz; pero si el acto era idéntico entre las dos naciones, estaba acompañado de formas diferentes, como resultado de que los hombres del Norte, no «urbanizados» aún, vivían más íntimamente en la Naturaleza y se veían constantemente rodeados de genios y de seres misteriosos que había que tomar como testigos. Según las tribus, el niño tenía derecho á la vida desde que había tocado con sus labios miel ó leche, desde que una gota de agua había purificado su cuerpo ó había lanzado su grito hacia las cuatro paredes de la cabaña ó mirado la viga del techo [1]: desde los cuatro rincones había oídos inclinados hacia él para oir sus vagidos. Sin embargo, el niño no entraba en el mundo de los hombres sino por una adaptación formal, cuando el padre, levantándole en sus brazos, le daba un nombre, le insuflaba, por decirlo así, un alma. Después del cumplimiento de esta práctica, la vida del niño ó de la niña estaba á salvo y el derecho de muerte ó de abandono en el padre no reaparecía más que en los tiempos de miseria extrema. Pero respecto del esclavo y de su progenitura, todo estaba permitido. Cuando un emancipado moría sin recursos, sus hijos eran encerrados en una caverna, y el amo anterior únicamente tenía la obligación de salvar una sola existencia, la del más resistente, «la supervivencia del más apto», tal era la divisa dos mil años antes de Darwin.

Como ejemplo de las antiguas costumbres, deben citarse las de

[1] Grim, *Rechtsalterthümer*.

los Hérulos, el más «conservador» de todos los pueblos germanos por sus costumbres, el tipo representativo de los otros «bárbaros» antes de la época en que se les ve entrar en la luz de la historia. Originarios de las orillas meridionales del Báltico, habían permanecido mucho tiempo encerrados en su territorio, cortado de ríos, de lagos y de pantanos. Cuando fueron admitidos en el Imperio de Oriente por Anastasio, al principio del siglo VI, como aliados y mercenarios, practicaban todavía sus ceremonias paganas: eran los únicos entre los Germanos invitados á la defensa del Imperio que, nominalmente al menos, no se habían convertido á la fe cristiana. Procopio los considera como completamente diferentes de los otros hombres á causa de la costumbre que tenían de matar sus ancianos y sus enfermos. En cuanto uno de éstos quedaba completamente inválido, sus amigos y parientes levantaban una gran pira sobre la cual colocaban la víctima, que uno de los Hérulos presentes, extraño á la familia, hería con un puñal, y después se encendía la leña amontonada. ¿Pero no es ese mismo rito, bajo una forma algo diferente, el que practicaban también los Mamertinos, los Judíos, los Escandinavos [1], y que no hace mucho se perpetuaba todavía entre los Tchuktis de las orillas del Océano Artico? Entre los Hérulos, nación guerrera por excelencia, la falta de recursos alimenticios, que había sido indudablemente la primera razón del asesinato caritativo de los inválidos, no se invocaba ya como la justificación del sacrificio: era para agradar á los dioses, se moría para rescatar por su muerte la vida de los jóvenes. Extinguirse de muerte natural era considerado por el guerrero como un acto, no sólo vergonzoso, sino además antisocial. Del mismo modo, la mujer que no subiera á la hoguera del marido para seguirle al más allá, tendría una vida deshonrada.

La mitología de los Escandinavos, que se aproximaba á la de los Germanos y que hasta reivindica la epopeya de Wagner como el tesoro nacional por excelencia, nos muestra también cuál fué el género de vida de las antiguas poblaciones guerreras. Cualquiera que sea el origen primero de Odin, los terribles batallones que cons-

[1] H. M. Chadwick, *The Cult of Othin.*



Museo del Louvre — Cl. Giraudon

PRÍNCIPE BÁRBARO PRISIONERO

tituían los cazadores y piratas del Norte le transformaron á su imagen. Primeramente un forjador del acero se hizo el dios de los amos, de los nobles y jefes de ejército, mientras que Thor, divinidad más antigua, continuaba guardando bajo su protección las clases inferiores de la masa de los esclavos. Por brutal que fuese, Thor, el dios del martillo, era un amo pacífico en comparación de aquel al que se habían sometido todos los guerreros nobles: vencedores, éstos «daban» sus enemigos á Odin, vencidos «iban» á él; pero de todos modos, siempre que la sangre fuese derramada en batalla, apagaban la sed del dios y merecían ir á un *Val-hu*, el «palacio de los Degollados». Los prisioneros eran ofrecidos siempre en sacrificio, sea que se les arrojase á los espinos ó se les desollase vivos, sea, como se hacía ordinariamente, que se les colgase de un árbol, hiriéndoles al mismo tiempo con un puñal; después solían venir los brujos y trazaban runas sobre su cuerpo para evocar el alma y profetizar el porvenir. Entre las diversas denominaciones que los sagas dan á Odin, «Señor de los Cadalsos» es la que se usa con más frecuencia. Cada nueve años se le ofrecía un gran sacrificio, en el cual se mataban en su honor, no prisioneros, sino hombres de la nación; había hijos que mataban á su padre para prolongar su propia vida; también se sacrificaban con las víctimas humanas animales, sobre todo halcones, sin duda símbolos del alma alada.

Las batallas eran precedidas á veces de un acto simbólico de significación terrible: se lanzaba una javalina sobre un grupo de enemigos, como para tomar posesión de ellos en nombre del «Señor de las Horcas». Cuando se hacía eso todo quedaba dedicado á la muerte, los hombres se daban á Odin, y también el botín se le entregaba; de ahí proceden esos montones de armas y de objetos que los arqueólogos han encontrado en los pantanos del Norte, especialmente en el Sleswig y el Jylland [1]. Los Cimbrios y los Teutones, pertenecientes al mismo ciclo de civilización que los Escandinavos, dedicaban también el ejército enemigo á sus dioses; los Germanos de Armenio se inspiraron en el mismo espíritu religioso para sacrificar las legiones romanas. Hasta el fin del siglo X, entre 960 y 970,

[1] Engelhardt, *Denmark in the early Iron Age.*

se cita una batalla precedida del lanzamiento de la javalina, signo de exterminio completo. Los sacrificios humanos, bajo forma religiosa, lo mismo que la muerte de las viudas sobre la tumba de los esposos, tuvieron lugar todavía al principio del siglo XI, aunque en aquella época, los Normandos, gradualmente cristianizados por sus relaciones con las poblaciones de la Europa occidental, hubiesen ayudado á cambiar poco á poco las costumbres de su patria de origen [1].

Esos pueblos del Norte y del Este se estrechaban sin cohesión, sin acuerdo mutuo y hasta sin conciencia de los movimientos étnicos en que tomaban parte, contra la áspera frontera del mundo romano para pedirle asilo y víveres, atreviéndose después á tomar tierras y finalmente á apoderarse de las ciudades y del poder. Del lado del Norte, donde los Alpes y sus estribaciones se levantaban en una muralla continua, Trajano había añadido á las defensas del Imperio el foso del Danubio y la cresta ondulada de los Carpatos, pero esos límites fueron franqueados con frecuencia. Del lado del Oeste, las legiones romanas tuvieron que abandonar la ofensiva después del desastre de Varo, pero la frontera quedó claramente limitada durante cuatro siglos. Del Rhin al Danubio, de Rheinbrohl á Hienheim, se prolongaba una sucesión de murallas de tierra y de empalizadas, franqueadas de torres, de ciudades y hasta de campos atrincherados: el todo formaba una «gran muralla» de 500 kilómetros de longitud, comparable á la de la China, si no por la importancia arquitectónica, al menos por el valor estratégico. Investigaciones continuadas han permitido indicar claramente toda su extensión [2]: en muchos sitios el césped que le ha revestido la ha conservado con sus aristas vivas desde hace mil ochocientos años, y se reconocen aún vestigios de construcciones en muchos valles transversales donde el hombre ha removido profundamente el suelo para la cultura de sus campos, la edificación de sus ciudades y el trazado de sus caminos.

La dirección general de esta frontera se explica fácilmente por la convergencia de los esfuerzos de la potencia romana que, produciéndose de un lado por el camino de las Galias, del otro por los

[1] H. M. Chadwick, *The Cult of Othin*.
[2] Véase mapa n.° 202, pág. 511, tomo II, y mapa n.° 263, pág. 311, tomo III.

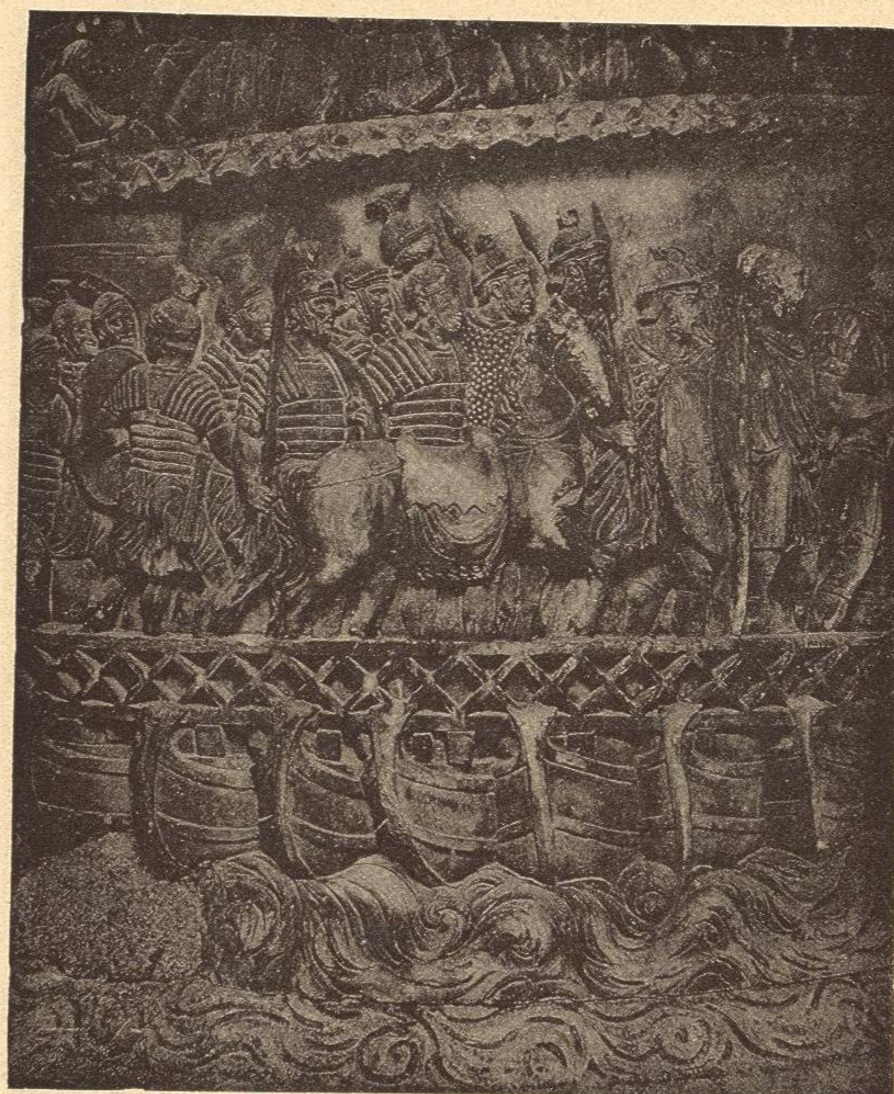
pasos de los Alpes rhetianos, obraba á la vez por el Este y por el Sud, lo que le permitió aislar fácilmente el ángulo sudoccidental de la Germania; pero ocurre preguntarse por qué el *limes* había sido trazado de una manera tan extraña en la parte de su curso comprendida entre el Main y el Danubio. En esta región, la dirección normal de la muralla parece indicada por la Naturaleza: podría creerse que una línea recta trazada de río á río por los valles del Tauber y del Altmühl hubiera constituído un límite político natural, y además tanto más fácil de defender, cuanto que hubiera seguido un surco divisorio entre las dos cuencas. En vez de hacerlo así, los Romanos desarro-



Museo de San Germán. Gl. Sellier.

THOR, HIJO DE ODIN, DIOS DEL MARTILLO

llaron su muralla sobre una longitud doble, de modo que le hicieron describir un ángulo agudo hacia la Schwäbische Alb, con un lado paralelo al Neckar, el otro al Danubio. Un historiador alemán explica



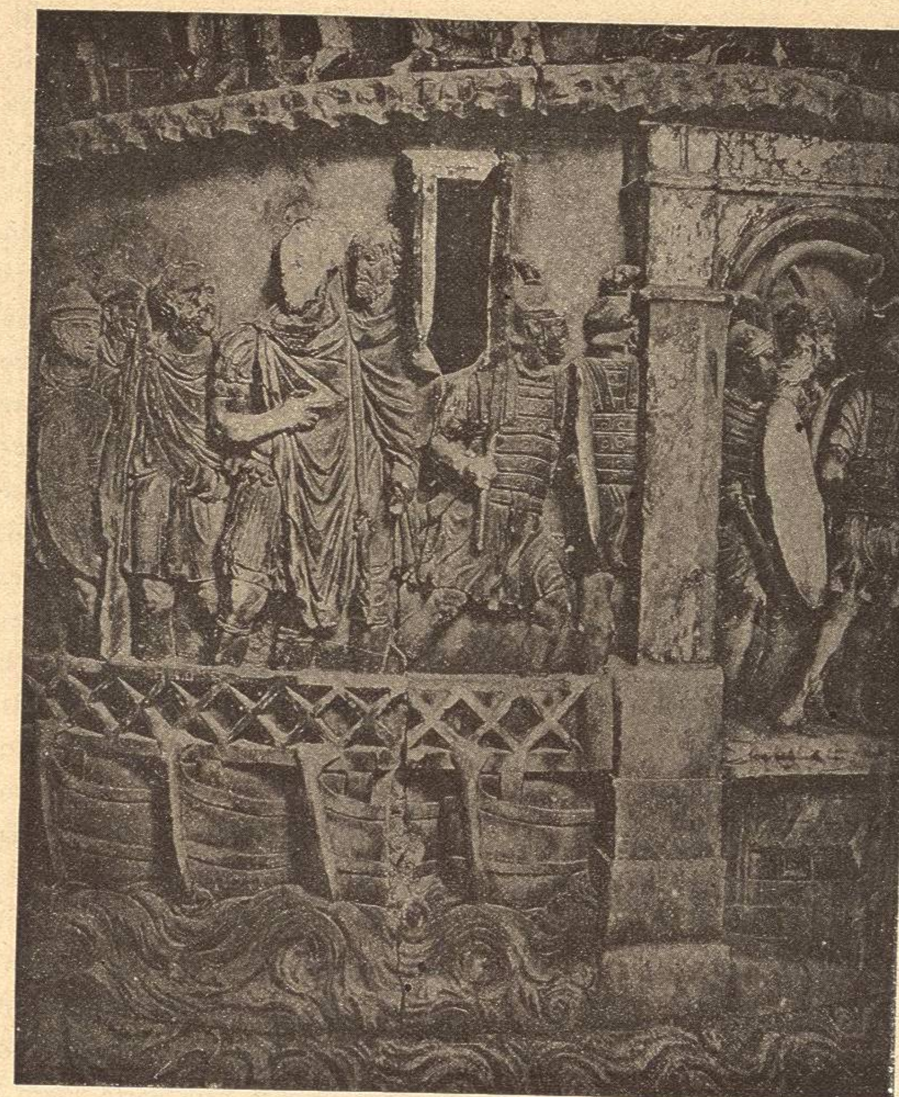
Cl. Sellier.

FRAGMENTO DE LA COLUMNA TRAJANA

El ejército romano pasando el Danubio sobre un puente de barcas.

este raro resalto de la muralla diciendo que casi coincide con el límite de los bosques de coníferas, tales como existían en aquella época y como las revelan de una manera precisa los restos de bosque

y los nombres de las villas y de las aldeas. En parte alguna se despojaron los constructores romanos del «horror» del bosque de pinos; no invadieron los bosques sino en los sitios donde se com-



Cl. Sellier.

FRAGMENTO DE LA COLUMNA ROMANA

El ejército romano pasando el Danubio sobre un puente de barcas.

ponían de árboles de hojas caducas, en los claros numerosos, en el suelo graso y fértil productor de esencias apreciadas. Hasta después de la ruina del Imperio, la frontera marcada por la muralla constituyó

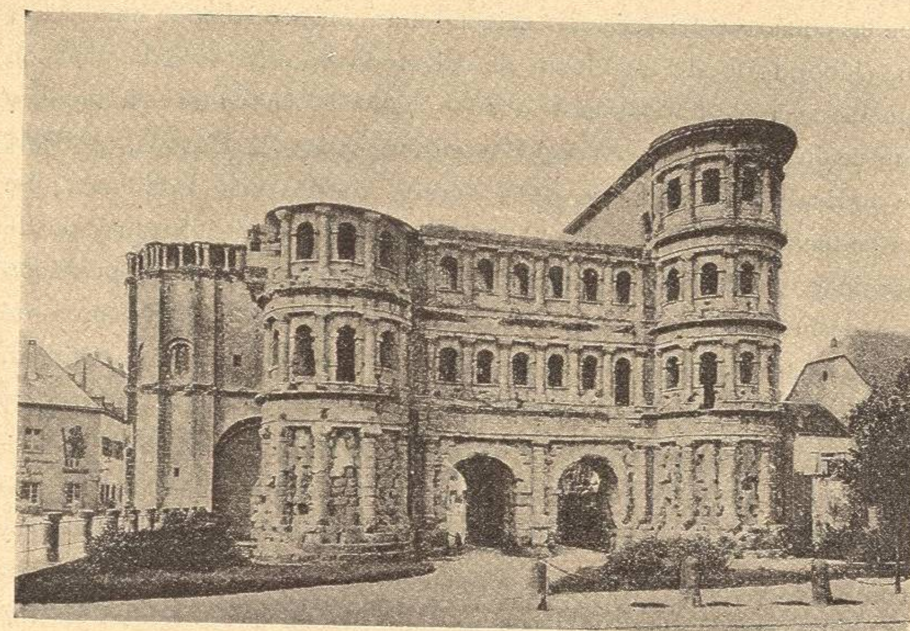
durante siglos una línea de división étnica: como que había sido trazada por la naturaleza geológica del suelo y por la vegetación espontánea que de la misma había resultado. Los grandes desmontes y la población de la comarca que había quedado fuera del territorio de la expansión imperial, se realizaron con lentitud durante los siglos de la Edad Media. Los bosques de coníferas fueron siempre los últimos atacados por el hacha de los leñadores [1]; todavía son esos bosques el coronamiento familiar de los montes germánicos.

Se ha solido emitir la hipótesis de que grandes acontecimientos ocurridos en la vida planetaria habían sido la causa de la conmoción general de las naciones en esta época crítica [2]. Aunque esta teoría no haya sido aún demostrada, es harto plausible para que la atención no se fije en seguida en ella. Las relaciones de causa á efecto que se observan en los mil pequeños movimientos de la historia entre las condiciones cambiantes del medio y las reacciones de este ambiente sobre las poblaciones en el mismo comprendidas, deben encontrarse en proporciones tanto mayores en la influencia de los fenómenos principales de la vida del globo sobre la vida de las naciones. Una crecida fluvial, el incendio de un bosque, la invasión de las arenas en una ensenada ó el hundimiento imperceptible del suelo causan la ruina ó la prosperidad de aldeas y de villas, obligándoles á desplazarse ó atrayendo la multitud de las inmediaciones; del mismo modo, todas las revoluciones de la tierra y del mar, todos los poderosos meteoros, vientos, tempestades, lluvias y principalmente las sequías prolongadas que hacen evaporar los lagos, precipitar las eflorescencias salinas, secar y quemar las hierbas, tienen por consecuencia inevitable cambios profundos y rápidos en el destino de los pueblos.

Se sabe hasta no quedar la menor duda que el área habitable de la Kachgaria, entre Tian-chan, Pamir y Kuen-lun, se ha estrechado considerablemente desde una docena de siglos á esta parte, pero la cuenca del Tarim es una pequeñísima fracción del mundo asiático y se necesitaría un conjunto mayor de hechos geográficos y sociológicos extendiéndose sobre un período más largo para sentirse con

[1] R. Gradmann, *Petermann's Mitteilungen*, 1899, p. 57 y sig.
[2] Véase especialmente Pierre Kropotkine, *The Dessication of Eurasia*, the *Geographical Journal*, 1904, I, p. 723.

derecho de referir el exodo de los Hunos á algún fenómeno terrestre. Cualesquiera que hayan sido las causas y las peripecias diversas de esos amplios movimientos étnicos, no deja de resultar el hecho constante de que, según los impulsos recibidos, los pueblos debieron desplazarse en un sentido ó en otro, para encontrarse con otras naciones en sus emigraciones forzosas, y determinar así por contacto y de un extremo á otro del mundo una transformación completa en el equilibrio general.



Cl. Sellier.

PUERTA ROMANA EN TRÉVERIS

Por la naturaleza misma de las cosas, las comunidades humanas más movedizas, las menos ligadas á la tierra, habían de ser las que, en esos grandes remolinos de hombres, se desplazaban más rápidamente y recorrían las mayores extensiones: las poblaciones nómadas comenzaban y apresuraban el movimiento de emigración, en el cual los agricultores residentes acababan á pesar suyo por tomar parte. Fué, pues, la región de los pastos sin límites, el «Mar de las Hierbas», que comprende, desde el Pamir al Pacífico, las inmensas comarcas de la Kachgaria, de la Dsungaria, de la Mongolia y de la Mandchuria, la que llegó á ser naturalmente el punto de equilibrio inestable

desde el cual se propagaban las ondulaciones en la masa de los pueblos. Allí comenzaban todos los grandes exodos destructores.

También los Occidentales que hubieron de sufrir ese espantoso diluvio de pueblos conquistadores, se imaginaron que aquellos bárbaros que venían en multitudes del fondo del Oriente pertenecían á una raza prolífica como la de la langosta. Un cronista antiguo [1] dice que las comarcas del Asia nor-oriental eran una «oficina de hombres», un «laboratorio de pueblos», de tal modo se espantó á la vista de aquellas masas devastadoras que se avalanzaban sobre el imperio que se hundía. Pero en aquella misma época, la Europa, poblada de agricultores, tenía sin duda alguna muchos más habitantes que las extensiones del continente asiático. Si, no obstante, se puede imaginar que las estepas del Asia central eran un «taller de pueblos» que desbordaban sin cesar, es debido á que los movimientos de exodo comprendían á la vez casi toda una gran comunidad nacional, arrastrada en una misma corriente como el agua de un río ó como la nieve de una avalancha. El inmenso espacio uniforme de las llanuras había determinado la reunión innumerable de hombres en una sola masa de apariencia homogénea, constituyendo como un solo y prodigioso individuo. Gracias á esa cohesión nacional y á su extrema movilidad, esas masas humanas se desbordaban en corrientes irresistibles, sea de un lado hacia la China, sea del otro hacia Europa, destruyendo ó sometiendo las poblaciones agrícolas que encontraban en su camino. No ha de olvidarse tampoco que Europa al oeste del Dniepr sólo tiene una superficie pequeña comparada con Asia: un grupo humano desaparece invisible si se halla esparcido sobre un gran territorio y parece innumerable si se concentra en un territorio estrechado.

¡Cuántos diluvios de hombres han debido producirse así durante el curso de las edades! Mientras la historia, puramente local, no pudo abarcar un extenso conjunto de pueblos, los grandes acontecimientos quedaban inexplicados, viéndose aparecer de repente extrañas multitudes, choques terribles lanzaban grandes masas humanas unas contra otras, comarcas enteras se despoblaban y después el silencio y el olvido se extendían sobre el horrible acontecimiento. Cuando las naciones llegaron á ser bastante conscientes por sí mismas para estudiarse en sus relaciones con el resto de la humanidad, la memoria de esos hechos se conservó cada vez más precisa; así es como los historiadores de Roma han podido referirnos las incursiones de los Galos, las de los Cimbrios y de los Teutones, pero sin poder seguir á través del continente las idas y venidas de los pueblos en marcha.

[1] Jornandès (Jordanis), *Histoire des Goths*, cap. IV.

Cinco siglos y medio antes de la toma de Roma por Alarico, una gran conmoción de pueblos nómadas del Asia septentrional propagaba ya sus ondulaciones en dirección de Europa. Los Hiung-Nu, antepasados de los Hunos, habían desalojado de sus territorios á las poblaciones nor-occidentales de la provincia actual de Kan-Su, y éstas emigraron en masa en la dirección del Tian-Chan. Fugitivos respecto de aquellos que les perseguían, conquistadores cerca de aquellos á quienes rechazaban delante de sí, esos pueblos, conocidos bajo el nombre de Yue-tchi, y probablemente de origen turco, invadieron toda la región de los pastos relativamente poco elevados, que constituye actualmente el país de Kuldja, después, expulsados de la comarca por los primeros habitantes, se esparcieron más allá de las grandes llanuras del Turkestan, hasta el Oxus, cuyos ribereños, de procedencia irania, sometieron. Estos acontecimientos tuvieron lugar hace más de veinte siglos, pero es imposible fijar la fecha precisa, toda vez que las emigraciones de hordas acompañadas de rebaños han solido durar varias décadas sucesivas. Convertidos en dueños de un pueblo civilizado, hábil en la cultura del suelo y en las diversas industrias urbanas, los Yue-tchi se civilizaron á medias ellos mismos y se hallaron pronto en relaciones de comercio con los Occidentales por mediación de los Arsacidas de la meseta de Irania. En la época en que el Imperio Romano tomaba su gran extensión en el mundo occidental, los Yue-tchi, dueños de toda la vertiente del Tian-Chan y de los Pamir en el Turkestan actual, poseían también las altas tierras del Afghanistan y los caminos de la India; sus monedas muéstranlos influídos sucesivamente por civilizaciones diversas, á medida que se alejan de su punto de partida en el Nan-Chan: son helenizados en la Bactriana, después sivaizados en el país de los Cinco-Ríos y, finalmente, se convierten en

budhistas bajo el reinado de Kanisfa, el contemporáneo de Vespasiano, habiendo provocado el príncipe mongol, por su conversión, un desplazamiento de influencias análogo al que produjo Clodoveo cuando se hizo cristiano. Los Yue-tchi, que se intitulan Ku-chan en sus monedas, según la provincia de Koei-tchang ó Bactriana, que fué el centro de su imperio, se cuentan, con los Ça-ka establecidos principalmente en el Kachmir, en el número de esos invasores turcos, que ordinariamente se designan con la denominación de «Escitas» y que, como hemos visto, pusieron fin á las relaciones del mundo heleno con la India.

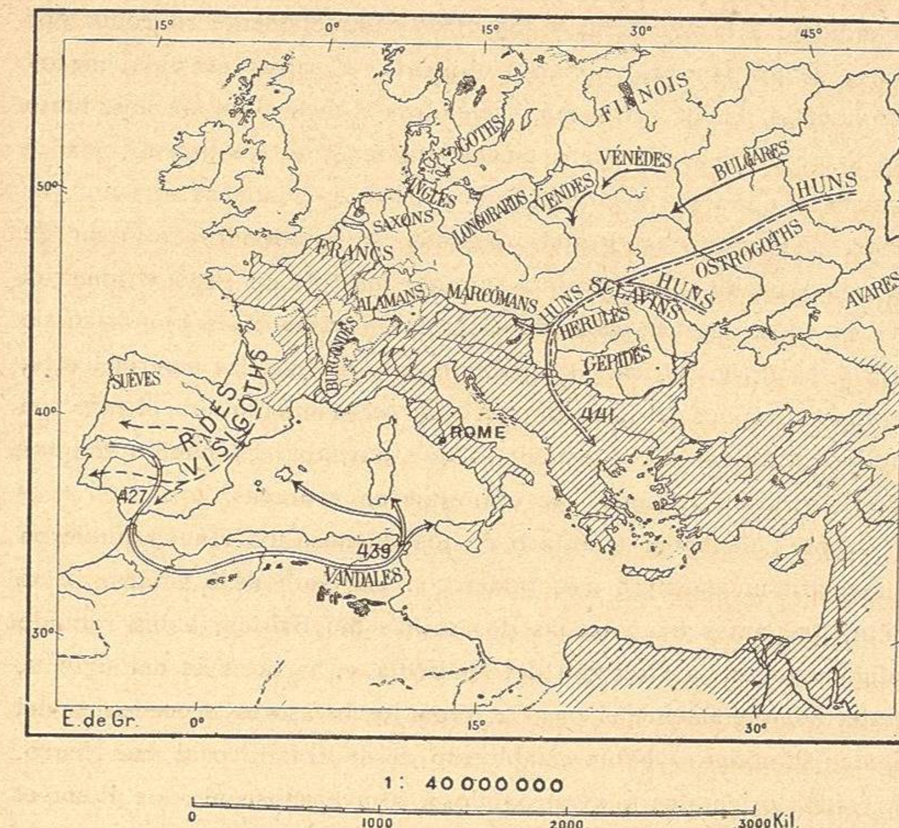
No se ven las huellas de grandes emigraciones turcas en las regiones meridionales de la Kachgaria, en la base septentrional de los montes Kuen-lun: los pastos eran allí harto escasos, la tierra demasiado árida para que la tribu pudiese arriesgarse con sus rebaños; el viajero rápido que tomaba sus precauciones en vista de una pronta expedición, podía únicamente aventurarse en esta peligrosa comarca donde las arenas caminan sobre oasis sumergidos. Las grandes vías naturales pasan en los «paraísos» del Tian-Chan en los «youldouz» (Iulduz) ó «estrellas», no menos bellas á los ojos de los nómadas que los astros del cielo [1]. Más al Norte, las grandes llanuras de la Dsungaria donde nace el Irtitch y, por más allá el Altai, las altas tierras mongólicas en las cuales se forman los primeros afluentes del Yenissei, eran también caminos indicados para las grandes emigraciones, puesto que ofrecen pastos continuos para los animales. Por esas amplias puertas de la Mongolia desembocó el diluvio de los Hunos que cubrió una gran parte de Europa.

Los caminos de Europa estaban tan bien indicados para los Hunos como lo habían estado los de la India para los Yue-tchi. La zona más ancha de las estepas herbosas, y en esta zona las bandas de territorio de verdura más fresca, las que ofrecían más hierbas que pastar y más campamentos ó poblados que destruir indicaban la dirección. Las hordas húnicas no retrasadas sobre los confines de Persia y del Afghanistán abordarían el territorio de Europa por la extremidad meridional de los montes Urales, ó, más al Norte, por una de las depre-

[1] De Saint-Yves, *Revue scientifique*, 19 de Febrero de 1900.

siones que cortan la cadena uraliana; después de haber penetrado en las campiñas bajas, se hallaron en el inmenso hemiciclo limitado al Oeste por el curso del Volga, entre los puntos en que están situa-

N.º 265. Europa de 425 á 450.



Entre otros movimientos, este mapa señala la marcha de los Hunos á través del imperio de los Godos, su paso por el Alfœld y una primera incursión en la península balkánica.

Los Vándalos han tomado posesión del África del Norte y se apoderan de las islas. Los Visigodos constituyen su imperio del Poitu á la Andalucía.

Los pueblos eslavos y otros, Vendes, Venedos, Búlgaros, etc., se extienden hacia el Oeste, ocupando los territorios dejados vacíos por los emigrantes precedentes.

Este mapa, lo mismo que los números 262 y 263 que preceden y los números 266, 268, 269, 274 y 275 que siguen, se han formado de conformidad con los trazados por André Lefèvre. Los trozos desprendidos del Imperio Romano están cubiertos de un rayado.

das actualmente las ciudades de Samara y de Tzaritzin, y no les faltaba más que pasar el río sobre sus pellejos inflados y apoderarse de los fortines de madera que se levantaban sobre el alto ribazo.

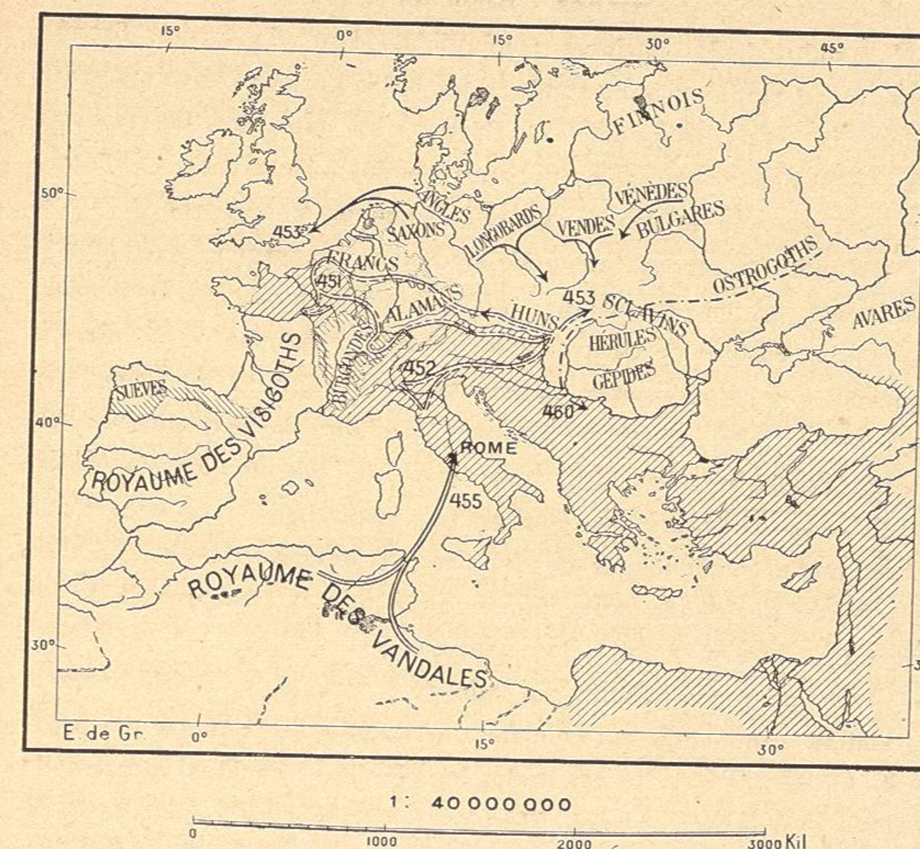
En 372, cuando los Hunos aparecieron en las orillas de la cauda-

losa corriente, chocaron allí contra los Alanos, pueblo conquistador que bajó de los valles del Cáucaso; mas por valientes que fuesen aquellos bárbaros sármatas, adoradores de la espada desnuda, no pudieron hacer frente á las multitudes asiáticas, y los unos huyeron para pedir apoyo á alguna nación más poderosa ó para hacer vida de bandidaje á la aventura, y los otros completamente rodeados por la masa de los Hunos, se vieron obligados á salvar su vida engrosando la masa de los invasores, haciéndose Hunos ellos mismos, tanto como lo permitió la diferencia de las lenguas y de los tipos. Pero el contraste era tan grande que, á despecho de la alianza forzada, los Alanos, dispersados en grupos diversos, se mantuvieron á pesar de todo como nacionalidad distinta durante más de un siglo y tomaron parte en todas las campañas de emigración hasta en la península de Iberia y hasta en Africa. Por último, las guerras, las enfermedades, el cambio de clima, las mezclas con cien otros pueblos en el inmenso remolino acabaron por consumir lo que quedaba del pueblo traqueteado: sus últimas familias se extinguieron retiradas.

Después de haber triunfado de los Alanos, los Hunos hubieron de combatir un enemigo más poderoso: los Gothons ó Godos. Esta nación, que antes ocupaba las dos orillas del Báltico, había refluído gradualmente en la dirección del Mediodía y, hacia el fin del siglo II, cerraba completamente el paso á todos los invasores procedentes del Oriente: su poder se había establecido desde el Báltico al mar Negro. Los Godos orientales ú «Ostrogodos» se avanzaban al Este hasta el Don, mientras que los Godos occidentales ó «Visigodos» alcanzaban el Danubio. Estos, los más expuestos en la proximidad del Imperio Romano, los más solicitados por la fascinación de sus riquezas, que trataban constantemente de penetrar en él como mercenarios, como aliados ó como devastadores, debían por efecto de ese mismo deseo desplazar frecuentemente su centro de ataque, y unas veces avanzando, otras siendo rechazados, se conservaban en movimiento de emigración á lo largo del Danubio, de los Carpatos y de los Alpes. Los Ostrogodos, más sólidamente acampados, en medio de pueblos harto débiles para emanciparse, constituían un Estado semi-civilizado que, hacia mediados del siglo IV, igualaba con el de Roma en extensión y trataba de lejos de imitarle: el rey de los Ostrogodos, Ermanarico,

el Amaliano ó el «Sin Tacha», era respetado como dueño de todo un mundo, y, anciano de más de cien años, resplandecía como una gloria casi divina.

N.º 266. Europa de 450 á 475.



Se ha indicado aquí el vigoroso ataque de los Hunos á la Galia, en la que, según A. Lefèvre, penetraron á la vez por el Norte y por el Este, la reunión de los dos bandos, su vuelta sobre Orleans y el final de la mayor parte de ellos cerca de Troyes, después, en 452, su incursión en Italia y por último su unión hacia el Este.

El reino de los Visigodos se completa hacia la meseta central; los Vándalos visitan á Roma; los Sajones comienzan la invasión de la Gran Bretaña; los Ostrogodos atraviesan el Danubio; los Vendos y los Longobardos se acercan al Mediodía.

Una banda estrecha de rayado limita el territorio de los Suevos, Cántabros y Vascos, otro rayado el de los Burgondios, un rayado general señala el Imperio Romano.

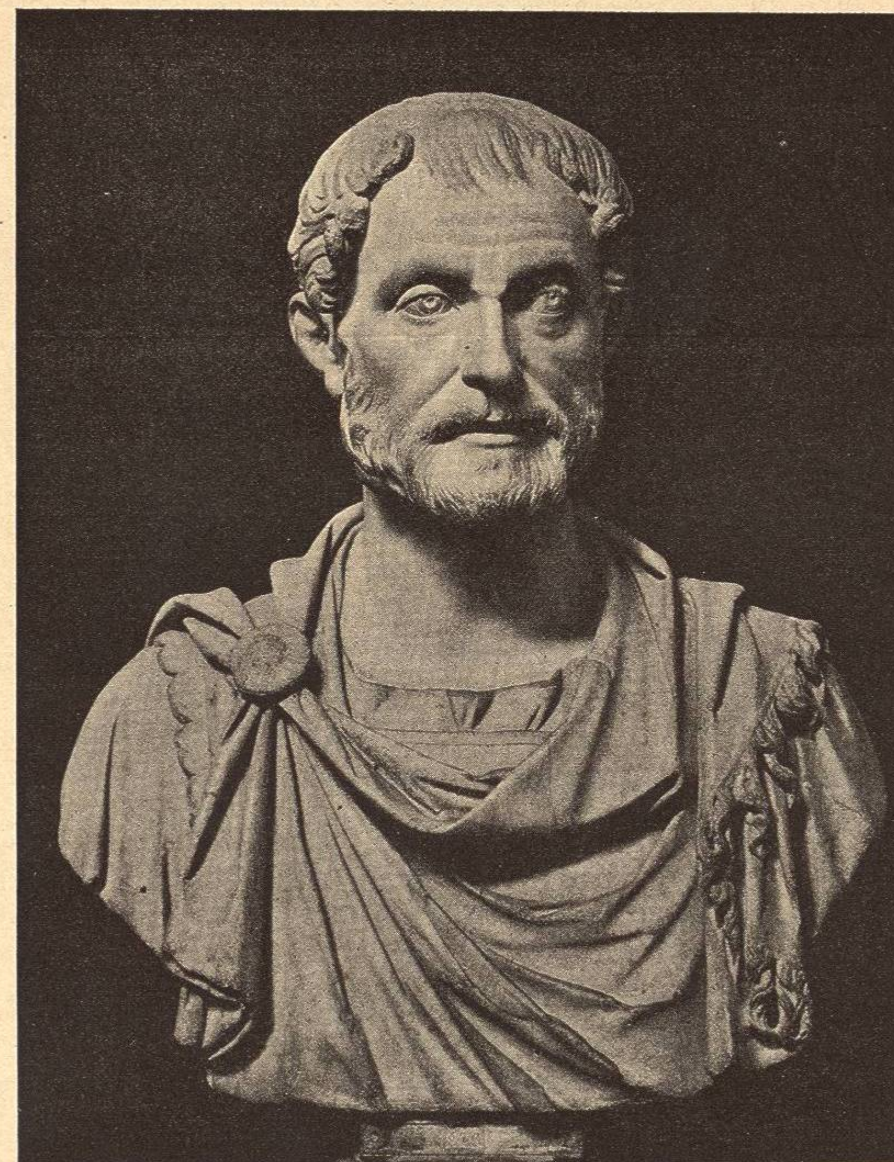
Contra él vino á chocar la marea ascendente de los Hunos. Como los Alanos, fué empujado por el torbellino con todos sus ejércitos. La muralla exterior de defensa que el imperio ostrogodo constituía para el Imperio Romano se halló rota en toda su amplitud, pero el

trabajo de destrucción había sido tan laborioso, que los Hunos fueron casi agotados en él y no avanzaron sino con lentitud, dispersando los pueblos delante de sí. No tomaron parte en el ataque de Roma, pero contribuyeron á él por el empuje dado á los errantes Visigodos y á las cien tribus germánicas. Hubieran seguramente desaparecido en el tumulto de las naciones confundidas si por los rasgos fisonómicos, el ademán y las costumbres no hubiesen sido absolutamente distintos de todos los pueblos de Europa: los contrastes de raza con raza, determinados por miles de años vividos bajo climas diferentes, aparecen con una evidencia tal, que Romanos y Bárbaros, frente á los Asiáticos, se reconocían como hermanos de origen. Los Hunos eran descritos como monstruos [1], con sus gruesas cabezas aplastadas, sus mejillas cosidas de cicatrices, su cuerpo rechoncho y sus piernas arqueadas por la costumbre de montar á caballo: se les llamaba y hasta se les creía «hijos de brujas» é «hijos de demonios». Así sus hordas diseminadas continuaron constituyendo una misma nación por el hecho de la aversión general que inspiraban, y sus jefes Bleda y Atila pudieron fácilmente conducirles á la unidad y servirse de ellos para fundar un Estado muy efímero, pero más extenso que el de los Romanos, entre el Altai y los Alpes.

Atila quiso completarle del lado de Occidente y se dirigió hacia las Galias, saqueando las ciudades, arrasando los campos y engrosando su propio ejército con todos los ejércitos vencidos, arrastrando consigo Ostrogodos, Alanos, Hérulos y Gépidos, pero delante de sí encontraba también, unida á los Romanos y á los Galos romanizados, la nación de los Visigodos, quizá igualmente la de los Burgondios y una tribu franca conducida por Meroveo [2]: era un nuevo choque entre Europa y Asia. Esta fué rechazada. Atila no pasó de Orleans, y en el gran codo del Loira, replegándose sobre el grueso de sus fuerzas, libró la batalla decisiva en las llanuras blancas de los «Campos Cataláunicos», el *Campus Mauriacus* de Gregorio de Tours que se piensa haber reconocido en Moirey en el Aube [3]. Libró la batalla y la perdió: cadáveres por centenas de millar quedaron abandonados

[1] Ammien Marcellin, lib. XXXI, c. 3.
[2] André Lefèvre, *Germains et Slaves*, p. 70.
[3] Paul Guiraud en el Atlas Schrader.

en la espantosa extensión, y el rey de los Hunos, despojado ya de la aureola que hacía de él el señor de los pueblos, hubo de conten-



Museo de Nápoles. Cl. Alinari.

EL EMPERADOR PROBO

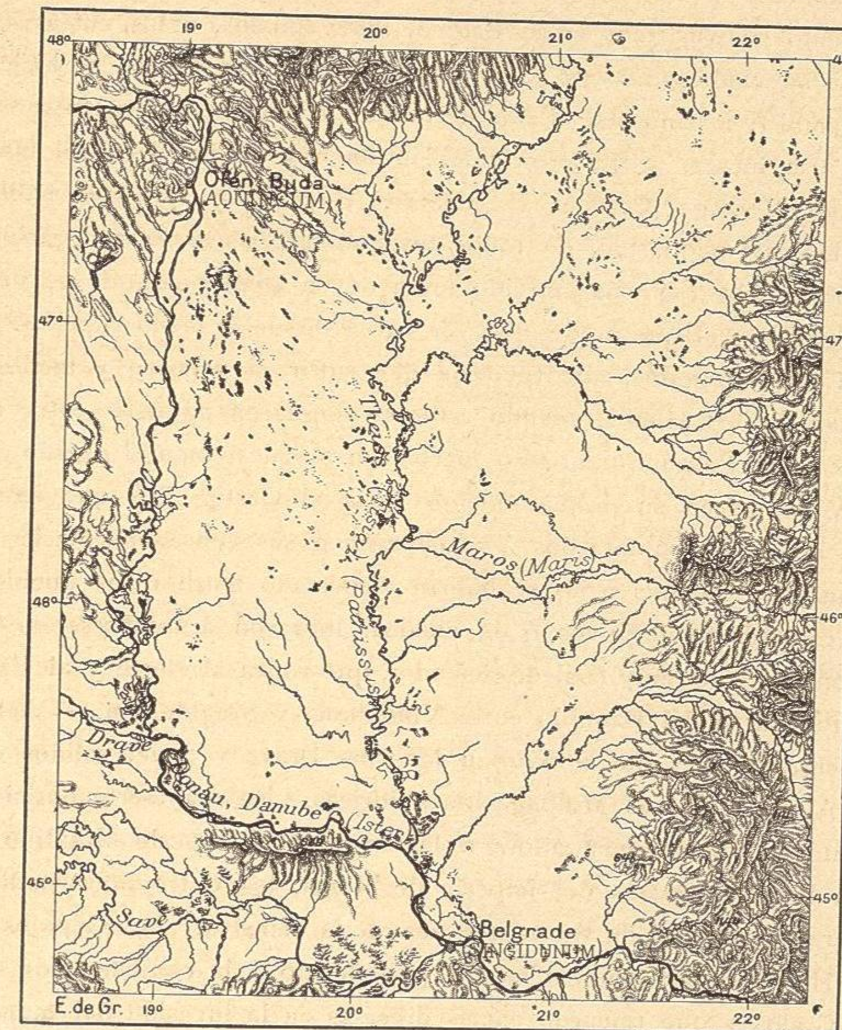
tarse con recorrer como jefe de bandidos Alemania é Italia. Logró todavía destruir Aquileya, que durante algunos siglos había sido como el centinela vigilante de los pasos alpinos en el ángulo adriático, y

murió poco después, dejando en todo el mundo romano la fama de haber sido el más atroz entre todos los terribles destructores de hombres que entonces se disputaban el territorio de Europa. Tal vez la preeminencia en el crimen fué atribuída al «Azote de Dios» á la circunstancia de no haber aceptado la fe cristiana, como la mayor parte de los otros asaltantes del Imperio; el hecho es que entre los suyos se formó una leyenda completamente diferente. Los Magyares de Hungría, que todavía se llaman sus hijos, alaban su amor á la justicia y hasta su bondad; pero fuera de Hungría, la memoria de los Hunos queda asociada en la imaginación de los pueblos de la Europa central á la idea de exterminio y de muerte. Todos los montículos funerarios que todavía se encuentran en Alemania y que fueron tan numerosos antes que el arado los nivelara con el suelo, se designan uniformemente bajo el nombre de *Hunengräber*, Tumbas de los Hunos.

Al día siguiente de la gran batalla que no dejaba ya á las hordas de Asia más que un estrecho territorio de conquistas, todos los pueblos guerreros de Europa, pasando sobre las desgraciadas plebes agrícolas, se desplazaban en la dirección del Oeste y del Mediodía. Un solo pueblo, el de los Vándalos, habiendo ya terminado su movimiento de traslación hacia la extremidad del continente de Europa, refluía hacia el Este sobre el litoral mediterráneo. Los Vándalos, pueblo de lengua germánica, que durante el período de equilibrio anterior á la decadencia de Roma había vivido sobre las orillas del Báltico, al norte del Warthe, se habían encontrado en primera fila cuando la emigración de los pueblos. Vanguardia de los Godos con quienes los Vándalos se habían confederado, una de sus bandas invadió la Galia antes del fin del siglo III, pero batida por Probo, fué deportada á la isla de Bretaña. Otros Vándalos tomaron también parte en las invasiones directas de Italia; después, al principio del siglo V, la gran masa de la nación, pasando el Rhin, se puso en camino, y siguiendo la vía natural que por el Loira medio y el Charente rodea las altas tierras centrales de Francia, no se detuvo hasta España. Llegados á la península Ibérica, los Vándalos pronto tuvieron que luchar contra los conquistadores rivales, los Visigodos, y se hallaron en muy escaso número para disputar el terreno á tan

poderosos vecinos, á pesar de su alianza con otros pueblos emigrantes, Alanos, Suevos ó «Soñolientos». Estos se fijaron en las pro-

N.° 267. El Alfœld, reposo de los Normandos.



La mitad occidental de Budapest es muy anterior á la edificada sobre la orilla izquierda. La fundación de Pest data del siglo XIII.

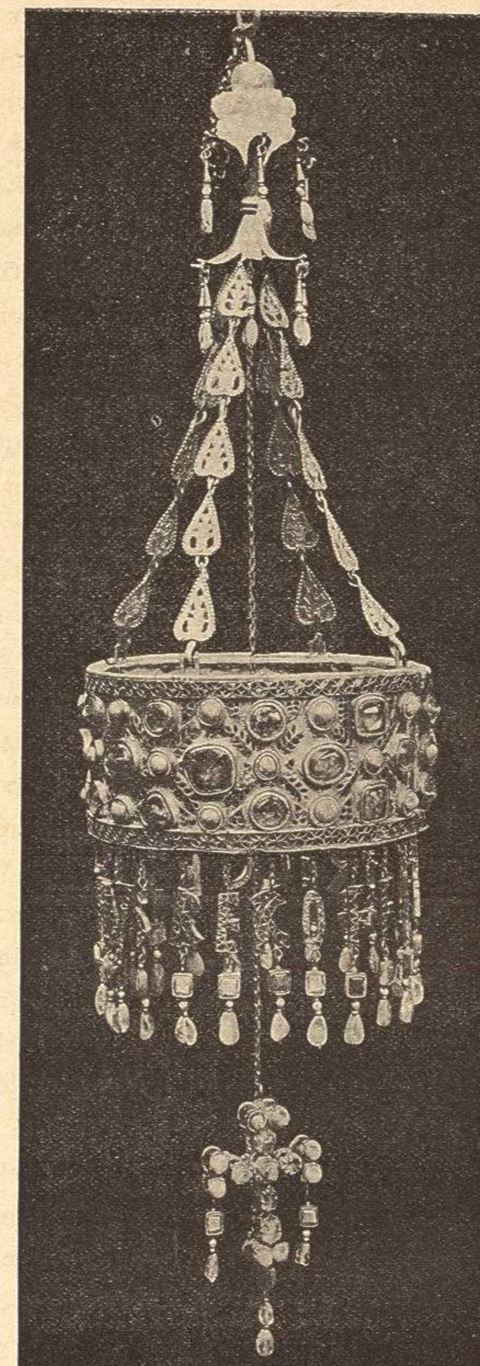
Según A. Lefèvre, el campo de Atila estaba establecido en Jasz Bereny, precisamente al oriente de Buda, sobre un pequeño afluente del Theiss ó Tisza.

vincias convertidas en Portugal y Galicia y allí se conservaron; aquéllos, permaneciendo durante cierto tiempo en Andalucía, se unie-

ron de nuevo á los Vándalos cuando, bajo la presión de los Visigodos y ayudados por la disensión de los generales romanos, pasaron al Africa. En diez años, de 429 á 439, terminaron la conquista de la Mauritania y de nuevo una Cartago enemiga se levantó ante Roma. Habiendo sido marinos en el Báltico, los Vándalos, á los cuales se habían mezclado gentes de toda raza y de todos los oficios, se hicieron también marinos en el Mediterráneo, y, como sus predecesores los Cartagineses, se hicieron también dueños de las islas del mar Tirreno, Córcega, Cerdeña y Baleares. Su reinado, que sólo había de durar un siglo, fué, de todos los que hizo nacer la emigración de los pueblos, el más atrevido fuera de su medio natural, y, por consiguiente, el que al desaparecer había de dejar menos huellas.

Los Ostrogodos, que tuvieron que sufrir el primero y terrible choque de los Hunos, cuando éstos se fraguaron un paso entre el Báltico y el Ponto Euxino, no fueron tan móviles como el pueblo de los Vándalos en su desplazamiento hacia el Oeste. Los que entre ellos no se vieron forzados á acompañar á sus vencedores hacia la matanza de Chalons ó no se habían dispersado entre otros pueblos con carácter de fugitivos ó de aliados, lograron acantonarse en la Panonia, región muy fácil de defender, que rodea al Norte y al Este la gran curva del Danubio entre Vindobona y Singidunum, — Viena y Belgrado, — y que atraviesan los ríos Drave y Save, salidos de los Alpes y de sus prolongaciones ilíricas. En esa fuerte posición estratégica, muy amenazadora á la vez para el imperio bizantino y para lo que quedaba del imperio de Roma, los Ostrogodos podían esperar la ocasión de tomar nuevamente la ofensiva. Los Gépidos y los Hérulos, que también habían pertenecido á la confederación de los Godos y que tomaron partes diversas en la invasión del mundo romano, estaban sólidamente establecidos en la vecindad, los Gépidos al oriente del Danubio, en las comarcas llamadas hoy Alfœld, Transilvania y Valaquia, los Hérulos en el hemiciclo septentrional de los Carpatos. Pero esos pueblos inquietos no esperaban, como los Ostrogodos, sino el momento de lanzarse contra las ricas ciudades del Mediodía, llenas de botín.

En cuanto á los Visigodos, esos bárbaros que habían estado el mayor tiempo en contacto con los civilizados de las comarcas mediterráneas, debían á sus invasiones hasta en Tracia, en Grecia, en Iliria y en Italia, comenzadas desde los tiempos de los Antoninos, una notable dulcificación de sus costumbres, al mismo tiempo que la adquisición parcial de las industrias y de las ciencias del mundo romano: destructores de la Ciudad Eterna, tuvieron la ambición de continuar su obra. Un rey de los Visigodos, Ataulfo, que llegó á ser cuñado del emperador Honorio, se puso también á la cabeza de sus ejércitos para reconstituir el imperio de Occidente. Los Visigodos, en nombre de Roma, reconquistaron en efecto Provenza, la Narbonense, Aquitania y España, y pronto después de su triunfo sobre Atila, bajo el reinado de Eurico, constituyeron un reino grandísimo que se extendía desde el curso del Loira hasta las columnas de Hércules, que les pertenecía en perfecta propiedad, á pesar del señorío aparente de Roma: únicamente los Suevos lograron, durante algunas décadas, conservar su independencia contra los Visigodos en la Iberia oriental. El ideal de romanización era tan vivo y sincero en los reyes de los Godos, que habían hecho recopilar las


Museo de Cluny. Cl. Giraudon.

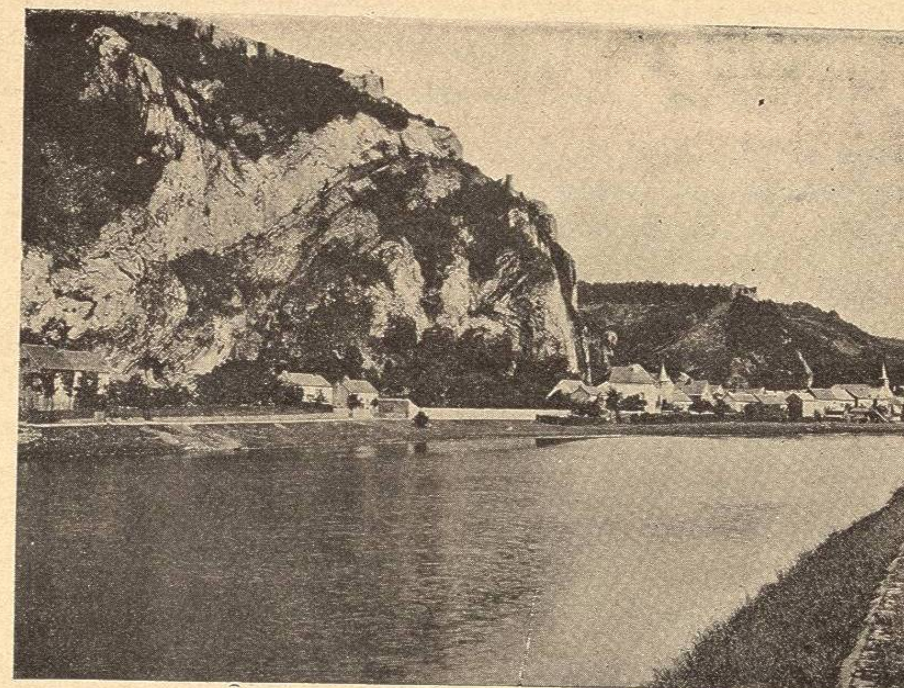
CORONAS DE ORO DE LOS REYES VISIGODOS
SIGLO VII

leyes romanas para gobernar á sus súbditos según el ejemplo del imperio vencido, y tal había sido su celo ignorante, que conservaron en ese código *(Lex Romana Wisigothorum)* unas disposiciones injuriosas para sí mismos. Puede citarse, entre otras, la «ley Honorio», que prohibía el matrimonio entre Romanos y Bárbaros [1].

También los Burgondios, que ocupaban entonces la cuenca del Ródano, desde el Oberland hasta la Camarga, se acomodaron lo mejor posible á las exigencias de la majestad romana. Después del exodo más de dos veces secular y cortado por batallas y matanzas, que les condujo á las orillas del Vístula y á las del Rhin, acogieron con alegría la fortuna de poder entrar pacíficamente en su nuevo territorio, respetando, conforme á la justicia, los intereses establecidos. Por mucha prisa que sintieran las tribus germanas de hacer que mugiera su grito de guerra en el hueco de sus escudos, preferían, sin embargo, siguiendo la ley del menor esfuerzo, recibir gratuitamente tierras en cambio de un homenaje pronunciado con los labios. En cuanto á los Alamanes ó Alemannen, «gentes de toda raza» que impulsaban los Burgondios y se establecieron en el valle del Rhin, al sud del Main y del Mosela, no se habían hecho conceder esas tierras por la munificencia de Roma, sino que las debían al hierro de sus espadas.

Los Francos, que en la sucesión de las edades dieron á las Galias el nombre de «Francia» y á los Galos el de «Franceses», no ocupaban á la mitad del siglo V más que una ínfima parte del territorio actualmente así denominado. Eran dueños de las comarcas que atraviesan el Rhin, el Mosa y el Escalda en su curso inferior, y penetraban al Sud en el país que fué después el Artois. Durante la segunda mitad del siglo III las poblaciones residentes de la Bélgica actual habían visto esas bandas germánicas aparecer al oeste del Mosa; la primera mención que de ellas hace la historia data del año 240. El emperador Maximino, rodeado de diversos lados por enemigos, recurrió al medio usual concediendo á los Francos, convertidos en colonos militares, las partes no cultivadas del país de los Morins y de los Menapios; la germanización se hizo hasta la

[1] Godefroid Kurth, *Les Origines de la Civilisation moderne*, I, p. 338.



VALLE DEL MOSA EN LAS INMEDIACIONES DE NAMUR

De una fotografía.

En nuestros días el Mosa está canalizado, una vía férrea y dos caminos siguen su curso, pero en la época de los movimientos de los Francos, era difícil el paso al pie de esas rocas cuya doble línea se extiende más de cien kilómetros, desde Mezières á Lieja.

El río separaba el bosque Charbonnière del de los Ardenes.

proximidad de Boulogne [1], pero la costa no tenía entonces el dibujo que nos es familiar y que no recibió hasta el siglo X: seiscientos años antes, el agua del mar, destruyendo las antiguas colonias belgo-romanas, había invadido las tierras bajas desde Brujas á Dunkerque [2]. También Juliano permitió á los Salios vencidos establecerse en las soledades de la Toxandria, la Campine actual; pero esos nuevos súbditos de Roma eran de carácter instable, y cuando, al principio del siglo V, las legiones romanas abandonaron Bélgica para ir á defender Italia contra la invasión bárbara, los Francos siguieron el movimiento en la dirección del Sud. Su camino está todavía claramente indicado en nuestros días por la frontera de las lenguas flamenca

[1] H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, p. 9.

[2] A. Rutot, *Esquisse d'une comparaison des couches pliocènes... de la Belgique... et du sud-est de l'Angleterre*, Brux. Soc. belge de Géolog., 1903.

y walona, y esa misma frontera estaba determinada por las condiciones físicas de la comarca. El bosque «Charbonnière», que prolongaba al Oeste la gran selva de los Ardenes, y del cual el bosque de Soignes, cerca de Bruselas, y el parque de esta ciudad son escasos restos, contenía á los invasores y les obligaba á caminar hacia Occidente: la «muralla de bosque» permaneció mucho tiempo infranqueable; los pasos se hicieron poco á poco á lo largo de los ríos y de los arroyos durante el transcurso de la Edad Media; hasta la mitad del siglo IX el bosque conservó su carácter de límite natural, ya mencionado en la ley sálica [1]. Al Norte se hallaban los guerreros y colonos germánicos; al Sud, los claros y los valles estaban ocupados por los Celtas Wala, antepasados directos de los Walones.

El empuje de la invasión franca se hizo primeramente de una manera muy pacífica con el asentimiento de los Romanos, quienes á pesar de ello no hubieran podido impedirla. De esa primera época datan la mayor parte de las villas flamencas cuyos nombres, terminados en *hem*, *ghem* ó en *ingem* — quizá esta última forma es más bien debida á los Alamanes, — el *heim* germánico, recuerdan todavía los fundadores francos. Gracias á ese sufijo de los nombres de lugares, pueden seguirse fácilmente las huellas de las emigraciones de los Francos desde las bocas del Escalda hasta las colinas del Bolonesado: las palabras indican el paso de los guerreros cultivadores que sientan solemnemente la piedra del hogar [2]. A la mitad del siglo V el romano Aecio, que todavía gobernaba una provincia gala al norte del Imperio virtualmente difunto, vino á colocarse á través de las olas humanas para defender contra ellas la alta cuenca del Escalda. Entonces hubo de producirse un choque violento: de pacífica, la invasión franca se hizo militar, bajo la dirección de Chlodio — Clodión, — el primer rey de los Francos cuyo nombre queda fijo en la historia con certidumbre. La solidez de las tropas disciplinadas le retuvo al norte del Somma, pero esperaba la ocasión de dirigirse á los campos que fueron después la «isla de Francia». Ciertamente los Francos no penetraron en las Galias «para libertar allí á los Galos del yugo de los Romanos», como imaginaba toda una escuela histó-

[1] H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, ps. 10 á 13.
[2] Godefroid Kurth, *Origines de la Civilisation moderne*, t. II, p. 59.

rica en el siglo XVIII [1]; venían como dueños para substituir á otros dueños, y el nuevo régimen había de ser más duro aún que el antiguo. Como Freret lo dejó sentado hace ya mucho tiempo, el nombre de «Franks» no significa en modo alguno «Hombres libres», como lo ha hecho entender el falso patriotismo de ciertos escritores franceses; en los documentos originales *frek*, *frak*, *frank*, *vrang*, según los diferentes dialectos, responde á la palabra latina *ferox*, de la cual tiene todos los significados, favorables y desfavorables, «noble, intrépido, orgulloso, cruel».



Museo de Artillería.

GUERRERO FRANCO

Detrás de los pueblos germanos que pesaban sobre la frontera del mundo romano ó que ya la habían franqueado, Ostrogodos y Visigodos, Suevos y Vándalos, Burgondios, Alemannen y Francos, se presentaban otros pueblos, ávidos de precipitarse al botín; tales eran los Longobarden ó Lombardos, los «Largas Barbas» ó «Largas Hachas», que durante el siglo siguiente habían de tomar una gran parte en la repartición de lo que fué el Imperio; pero en la época de Atila vivían aún sobre las fuentes del Oder, separadas por montañas y bosques del antiguo mundo ecuménico. En cuanto á las tribus germanas que ocupaban las orillas del mar, se ponían en movimiento para ir á la conquista de nuevos territorios al lado opuesto de las olas. Los

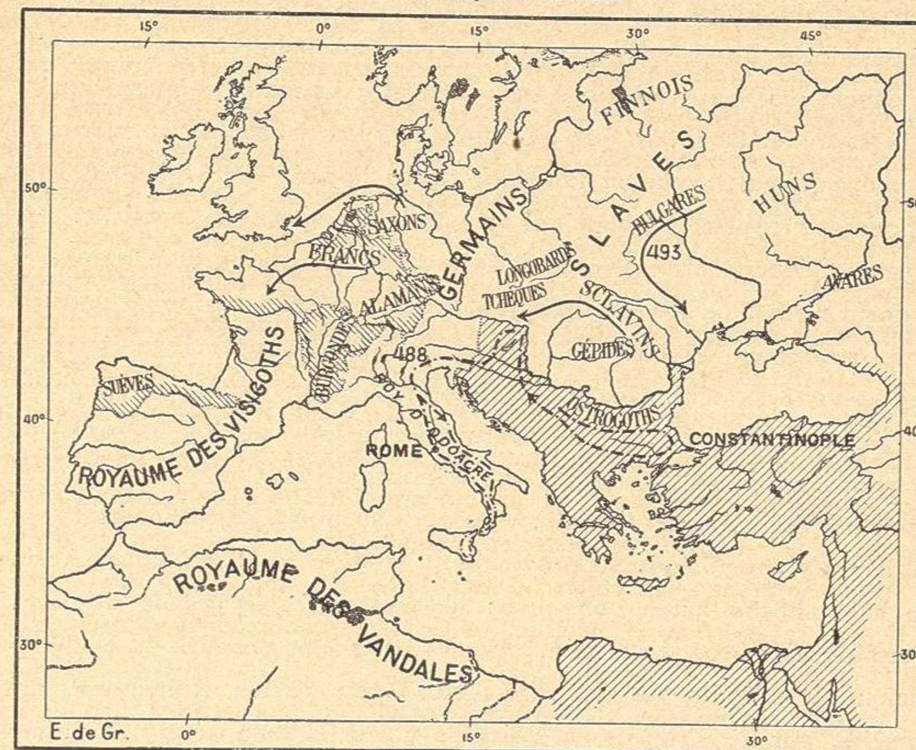
[1] Augustin Thierry, *Considérations sur l'Histoire de France*, c. II.

Jutes, que habitaban la península denominada indiferentemente Jylland ó Jutland; los Angles, que ocupaban la raíz de la península entre el Trave y el Elba; los Sajones, más poderosos, que dominaban el vasto territorio situado al Oeste y al Sudoeste, entre el mar y las primeras montañas, todas esas tribus, á la vez agrícolas, pastorales y marítimas tomaban parte en la gran conquista por tierra y por mar. Las flotillas de piratas sajones costeaban ya hacía doscientos años las riberas continentales del mar del Norte, depositando en distintos puntos colonias permanentes sobre las costas: pasando la Mancha se habían avanzado hasta la Armórica y el estuario del Loira. Las costas de la Bélgica actual habían tomado ya el nombre de *litus saxonicum*, y de allí los Anglo-Sajones, unidos á los Jutes, se lanzaron en 449 ó 453 para pasar el estrecho y desembarcar en la isla de Thanet, punta nord-oriental del país de Kent, actualmente transformada en tierra firme. Se dice que habían sido llamados por los vencidos de una guerra civil, y pronto aprendieron éstos á sus expensas que se habían dado amos y exterminadores. El país de los Bretones — Bretania — se convirtió en el de los Angles — Engel-land ó Inglaterra, — como el país de los Galos se había convertido en el de los Francos.

Y mientras que los bárbaros se disputaban así los jirones del Imperio Romano, éste conservaba todavía un resto de vida. Después del paso de Alarico, Roma había sido reedificada y unos emperadores tímidos se habían aventurado á sentarse en el trono, protegidos por algún lugarteniente bárbaro. Una especie de reverencia impedía á los impíos poner las manos sobre la Ciudad Santa, y aquellos mismos que saqueaban sus tesoros le dirigían sus homenajes y pretendían hablar en su nombre. Sin embargo, Genserico, rey de los Vándalos, aquel conquistador que había avanzado más que todos y que había sometido más pueblos diversos, no era hombre que se detuviera por respeto supersticioso hacia la majestad romana. Ya, por su dominio sobre la Mauritania, que fué antes la comarca más útil para el abastecimiento de Roma, hacía sufrir hambre á la Ciudad Eterna, y en cuanto la ocasión le pareció favorable (455), se dispuso á tomar la ciudad y saquearla á fondo. Durante catorce días y catorce noches se hizo la obra con método; nada de valor quedó

olvidado en los palacios y en las iglesias: hermosas telas, piedras preciosas, oros y bronces, todo fué cuidadosamente tomado, y cuantas personas podían pagar rescate, hasta los obispos, fueron á formar

N.° 268. Europa de 476 á 493.



Los principales movimientos étnicos, durante el período que comprende este mapa, fueron la invasión de Italia por los Visigodos, ocurriendo una docena de años después la supresión por Odoacro de la función honorífica de emperador romano, el descenso de los Francos hacia el centro de la Galia y la continuación del paso de las poblaciones sajonas á la Gran Bretaña.

Los Visigodos extendieron su dominio sobre la Provenza, los Búlgaros se dirigieron hacia el mar Negro, los Tcheques avanzaron hacia Bohemia.

Una banda estrecha de rayado limita los pueblos independientes de España, otra el país de los Burgondios y el de los Francos y Alamanes.

parte del rebaño de los prisioneros. No hay razón para que el nombre de «Vándalos» se haya aplicado después á ciegos destructores, que destrozan por placer y saquean sin discernimiento, porque los Vándalos sabían contar.

Después de tan terrible ejecución, el Imperio continuó que-

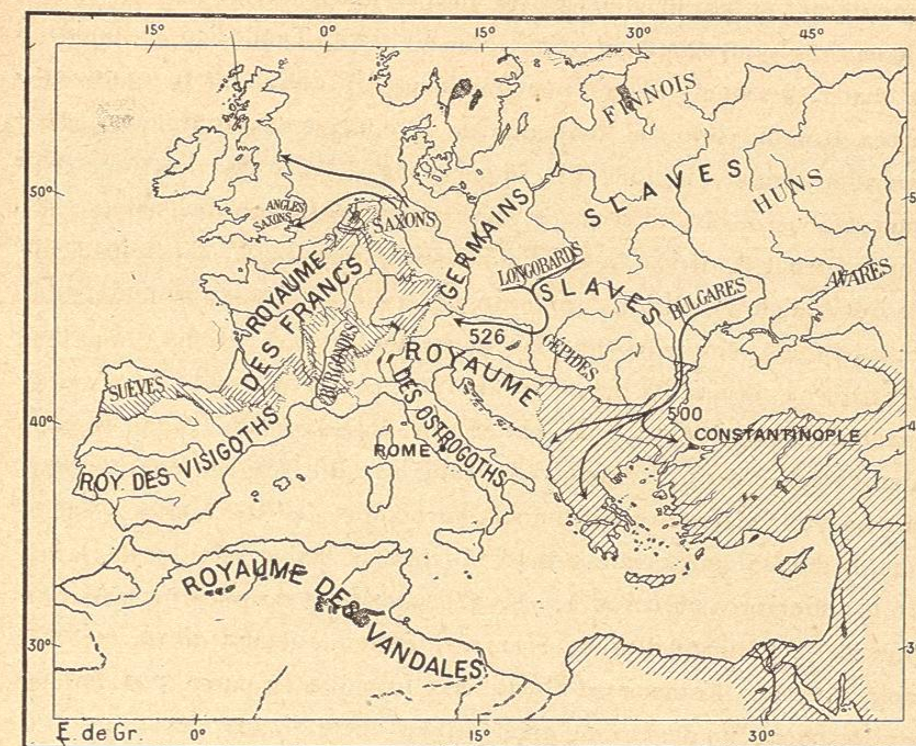
riendo vivir todavía, de tal modo es el hombre naturalmente conservador. Se reclutaron ejércitos, se reconquistaron provincias, se sucedieron emperadores en Roma y fuera de Roma. Hasta que un jefe bárbaro, comandante de la guardia pretoriana y después verdadero rey de Roma, Odovakar, Odoacro, puso fin á la farsa de los emperadores de parada, y con un desprecio benévolo depuso (año de Roma 1228) al Augusto ó más bien al «Augústulo» que ocupaba á la sazón el trono, y que por una singular ironía de la suerte se llamaba Rómulo como el fundador de la ciudad. Pero si no existía emperador titular, la idea del imperio no dejaba de persistir. El mismo Odoacro hizo ofrecer á Zenón, el emperador de Oriente, el señorío virtual de Roma, á condición de ser reconocido como patricio y de recibir en derecho el gobierno de Italia; aunque absolutamente rey, reconocía, sin embargo, las antiguas leyes de Roma, honraba el Senado y dejaba la magistratura en manos de los funcionarios romanos. Y lejos de Roma, en el norte de la Galia, unos lugartenientes del Imperio, Aegidio, y después su hijo Syagrio, continuaron rigiendo y defendiendo su provincia en nombre de Roma, como Aecio lo había hecho antes que ellos: el corazón había cesado de latir, pero los miembros vivían aún. En 486, diez años después de la deposición de Rómulo Augusto, Syagrio, «rey de los Romanos», fué vencido por los Francos en Soissons y con él desapareció el último jirón del Imperio de Occidente.

Pero la presión de las tribus bárbaras no había cesado sobre las fronteras. En 488, Teodorico, rey de los Ostrogodos, que había también revestido la dignidad de general al servicio del emperador de Oriente, descendió de su fortaleza de los Alpes á las llanuras de Italia. Vencedor en tres grandes batallas, logró, tras una campaña de cinco años, apoderarse traidoramente de Odoacro en Rávena, y, so pretexto de establecer la unidad del Imperio á beneficio del emperador de Bizancio, se hizo dueño independiente de Italia: comenzó la reconquista de las provincias apoderándose de las regiones alpinas, de Sicilia, de Provenza, ocupó el valle del Save en detrimento del Imperio de Oriente, y, por una estrecha alianza con los Visigodos, reconstituyó casi en provecho propio el Imperio de Occidente; cuatro ó cinco generaciones después de Ermanarico se desplazó el Imperio

de los Godos unos 2500 kilómetros hacia el Oeste, desde las llanuras sármatas hasta las penínsulas bañadas por el Mediterráneo occidental.

Convertido en romano por los pueblos que había sometido á su dominio, reemplazó á los antiguos dominadores en la defensa de

N.° 269. Europa de 493 á 526.



Este mapa, correspondiente á la época de Clodoveo y de Teodorico, demuestra la disminución sensible que sufrió el Imperio de Oriente bajo la acción de los Ostrogodos, lo mismo que el establecimiento de los Búlgaros en un territorio sometido nominalmente á Constantinopla.

El reino de los Visigodos ha cedido una gran parte de su territorio á los Francos, los Alamanes están más ó menos sometidos á la autoridad de Clodoveo, los Lombardos atraviesan el Danubio y se establecen en Panonia, la corriente que arrastra á los Sajones á través del mar del Norte no se ha agotado aún.

El rayado se emplea con el mismo fin que en el mapa n.° 268.

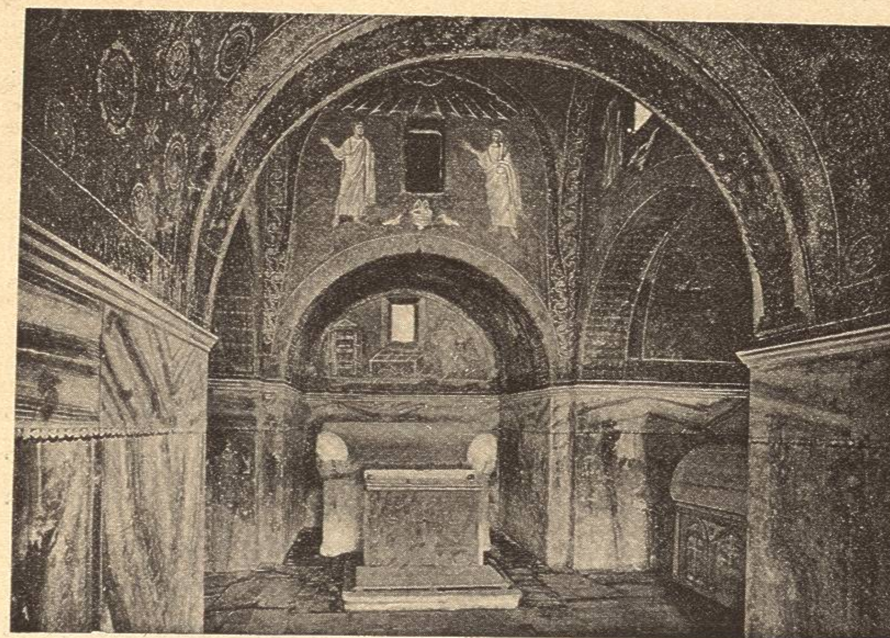
Roma, y, en vista de este fin, hubo de emplear los elementos de civilización que se habían conservado, rodearse de los hombres inteligentes é instruídos, uno de ellos Boecio, y continuar la tradición romana. Hasta emprendió el trabajo de restauración material, ele-

vando nuevos edificios, algunos de los cuales se cuentan todavía entre los más curiosos de Italia. Es notable que en aquella época de sangre se hallase un hombre capaz de detenerse en pleno impulso victorioso; en su edad más vigorosa Teodorico envainó su espada, y su reinado, que continuó durante treinta años, fué dedicado á los deberes del gobierno civil; hasta cuando su yerno Alarico pereció á manos de Clodoveo en la batalla de Poitiers, Teodorico se limitó á detener el poder de los Francos en Arles, sin continuar su éxito, protegiendo á su nieto de corta edad [1]. Así sus contemporáneos, semibárbaros y semi-civilizados, le admiraron á la vez como el conquistador ostrogodo y como el romano restaurador de las glorias del pasado. La leyenda germánica transformó Dietrich von Bern — Teodorico de Verona, — en un héroe casi divino que «atraviesa el mundo por la fuerza de su brazo» y recuerda al antiguo dios Thor por sus cóleras terribles cuando de su boca brotaba un hálito inflamado... La tradición latina fué muy diferente: el rey de los Godos fué considerado como un latino de la más noble antigüedad, y los eruditos se ingeniaron en construir genealogías que daban á los Godos orígenes comunes con los Romanos y los Griegos (Jordanis).

Teodorico, con otros reyes, y especialmente los soberanos visigodos, fué de aquellos que la civilización romana elevó sobre sí mismos. Del mismo modo que dos líquidos se unen por los dos conductos de un vaso que comuniquen entre sí, los elementos étnicos en contacto los unos con los otros se mezclan de manera que producen una nueva nación, tomando á cada mitad de sus componentes sus propiedades especiales para atribuirlas al otro. Así como toda aleación es diferente de cada uno de los dos metales asociados, toda civilización nueva transforma y desecha las que se han unido para darle nacimiento. Si la irrupción de los bárbaros considerada en su conjunto, tuvo por resultado romanizar los Godos y los Burgondios, los Francos, los Lombardos y hasta los Vándalos, también debía de rechazo rebajar singularmente el nivel intelectual y moral de los Romanos, y, por consiguiente, el conjunto de la civilización disminuyó en proporciones enormes y para una duración de siglos.

[1] Ed. Gibbon, *Décadence et Chute de l'Empire romain*; John Ruskin, *La Bible d'Amiens*.

Los mismos Greco-Romanos se convirtieron en semi-germanizados, y los nobles representantes de las filosofías griegas, los epicúreos y los estoicos, esos intérpretes penetrantes de la génesis humana, esos valientes de tan elevado valor moral y de tan noble resistencia, se entregaron á las supersticiones vulgares, á las prácticas bárbaras, á esa furiosa intolerancia que constituyó el cristianismo de la Edad Media.



RÁVENA — MAUSOLEO DE GALA PLACIDIA EN SAN NAZARIO

Sin embargo, por desagradable que fuese la sociedad intolerante, inquieta, loca, que sucedió á la paz romana, tenía un punto luminoso ante sí, un ideal hacia el cual dirigía su vida. Con el triunfo de los bárbaros, el ciclo de la historia había de comenzar de nuevo: casi todas las conquistas de la cultura antigua se habían perdido y la reconstitución de este haber no podía hacerse sino por el trabajo de los siglos: parecía que la humanidad se hubiese remontado hacia sus orígenes; pero á su segunda salida, el mundo europeo poseía, con algunos restos del tesoro literario y científico de los Griegos y de los Romanos, la ventaja de conservar cierto sentimiento de la unidad humana. Su horizonte geográfico era más amplio que el de la gran

multitud anónima de los antiguos civilizados. Sin duda la idea que se formaba de la Tierra había de ser fea y extraña: ya no estaba regulada y medida por el compás de Eratóstenes y de Ptolomeo, pero los bárbaros venidos del gran Norte y del Este todavía más lejano conservaban la vaga idea de inmensas extensiones, muy superiores á la del ecumeno greco-romano. Además, un alma se les aparecía indistintamente en ese gran cuerpo, puesto que el santo Imperio Romano no había cesado de existir para ellos, y creían en la universalidad de la «Santa Iglesia»[1]. El ideal era casi inconsciente; implicaba, no obstante, una futura unidad política y moral.

Antes de entrar en esta vía, que es la historia misma de la civilización progresiva, las multitudes entremezcladas, de todos orígenes y de todas lenguas, que se entrechocaban caóticamente en las diversas partes de Europa, habían ante todo de fijarse, de arraigarse en el suelo donde el exodo primitivo, los choques violentos, las presiones laterales y los remolinos les habían llevado, y á reconocer su territorio geográfico. Después, cada uno de los grupos constituídos de una manera más ó menos íntima y solidaria por la comunidad de las luchas, de los sufrimientos y de los intereses tenía que hacerse cargo de su individualidad colectiva, fundir completamente sus contrastes y sus diversidades para sentirse una nación, preparándose así una nueva evolución para cada uno de esos grupos distintos, la del equilibrio que había de buscarse con los otros grupos europeos, y del ideal que había de encontrarse, si no por sus gobiernos, al menos por sus pensadores.

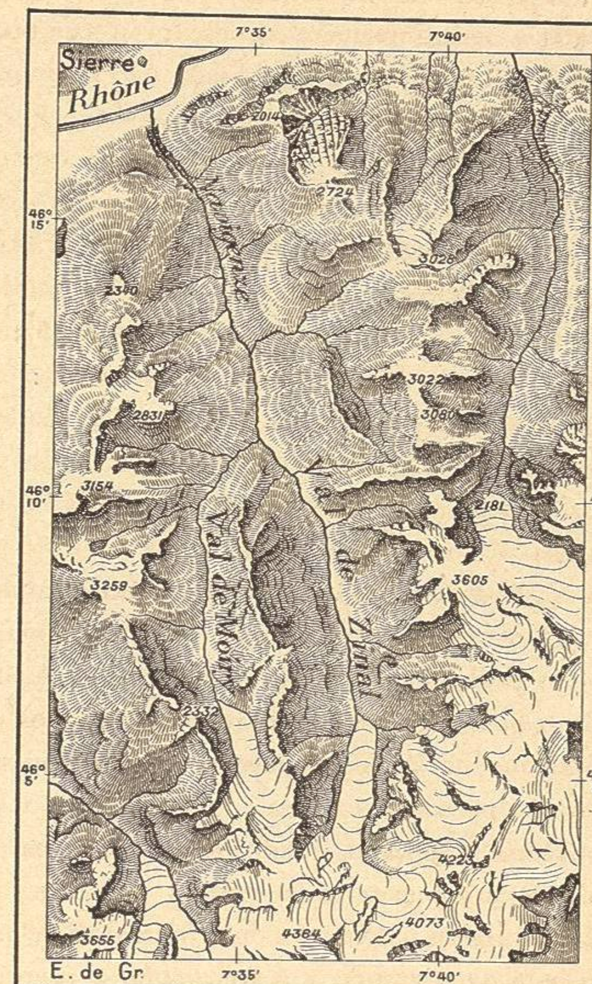
Pero la primera condición de todos los progresos ulteriores era la adaptación material al suelo y al clima. Los pueblos emigrados, al cambiar de patria, se habían visto obligados á modificar su comida, su bebida, su vestido y á arriesgarse á contraer enfermedades desconocidas. Los ancianos de la tribu sucumbían en masa, lo mismo que los débiles y los achacosos; los niños, particularmente sensibles al cambio, perecían casi todos. La colonización comenzaba siempre por una despoblación, aparte de la mortalidad causada por las batallas, los incendios y las matanzas. Una vez acomodada al nuevo

[1] Eduard Meyer, *Die wirthschaftliche Entwickelung des Altherthums*, p. 6.

ambiente la raza de los inmigrantes, no sólo se encontraba disminuida, sino también modificada en su esencia por los cruzamientos con los indígenas y con otros colonos de procedencia extranjera, aumentándose la mezcla de generación en generación, hasta que al fin el tipo originario llega á ser desconocido. Después de algunos siglos, ó tal vez sin tanto tiempo, había cambiado el aspecto de los individuos, con frecuencia hasta la lengua había desaparecido, y el nuevo pueblo resultaba muy distinto del antiguo.

N.º 270. Valle de Anniviers.

(Véase página 356)



1 : 250000

0 4 8 Kil.

Los peligros que habían de sufrirse por parte del medio y la rapidez de la transformación física y moral de los inmigrantes estaban naturalmente en proporción del cuadrado de las distancias entre la patria primitiva y el nuevo lugar de residencia. Los Vándalos son de ello un notable ejemplo. Reducidos al número de cincuenta mil guerreros cuando llegaron á Africa, no hubieran podido llevar á término sus conquistas si no hubieran tenido por aliadas todas las tribus oprimidas de la Mauritania, que ya habían comenzado á rebelarse

contra sus dominadores romanos: sobre el terreno religioso, una secta, la de los Donatistas ó de los «Montañeses», se oponía al clero ortodoxo, amigo del poder de los papas; contra los mismos propietarios de esclavos se agrupaban las bandas de vagabundos ó caminantes [1]. Esas mismas alianzas contribuyeron á cruzarles con elementos extranjeros, y, á pesar de su orgullo de raza, que prohibía á los jefes el matrimonio con las Romanas, las familias puras habían llegado á ser muy escasas al principio del siglo VI. Vinieron luego los infortunios militares: reducidos en número y en virtud, los Vándalos no pudieron ya sostener el choque de los Bizantinos, á los cuales se habían aliado mercenarios bárbaros; sus hombres jóvenes fueron asesinados ó reducidos á prisión y llevados á Constantinopla, y sus mujeres entraron de grado ó por fuerza en las familias romanas. El nombre de esos Vándalos que habían hecho temblar al mundo no se pronunció cien años después de Genserico: en vano se buscan las huellas de su paso en el continente africano, y debe considerarse como paradoja la teoría de Löher, que ve los hijos de los Vándalos en los antiguos Guanches de las Canarias [2]. ¿Cómo hubiera podido realizarse el misterioso exodo?

Las emigraciones de pueblos efectuadas en la península Ibérica habían conmovido multitudes más numerosas y sus consecuencias fueron más duraderas. En el año 600, bajo el reinado de Recaredo, los Visigodos continuaban siendo los dueños de la comarca, pero la fusión moral, correspondiente con seguridad á un cruzamiento efectivo de las razas, estaba ya muy avanzado entre los Godos y los Españoles latinizados. La lengua de Roma volvía á recuperar su dominio y el culto católico de la nación se imponía al rey, arriano hasta entonces. Durante más de un siglo, los soberanos pertenecieron á la raza de los conquistadores, pero los pasos de los Pirineos se habían cerrado de nuevo, ninguna otra banda de Germanos vendría á reforzar los ejércitos de los Visigodos, mientras que del otro lado del estrecho apareció repentinamente un nuevo pueblo invasor: el de los Arabe-Bereberes, arrastrados por una ardiente fe. El resto de los Visigodos iba á desaparecer en una guerra á muerte

[1] Fr. Martroye, *Une Tentative de Réveil social en Afrique.*
[2] F. von Löher, *Nach den glücklichen Inseln.*

después de tres siglos pasados lejos de los bosques de la Germania, sobre las ásperas mesetas de España. Los Ostrogodos habían sucumbido como nación ciento cincuenta años antes: se habían derretido como nieve al sol, en las llanuras de Italia, y no habían resistido á los Lombardos.



LOS GERMANOS VENCIDOS IMPLORAN AL EMPERADOR
COLUMNA ANTONINA
De una fotografía.

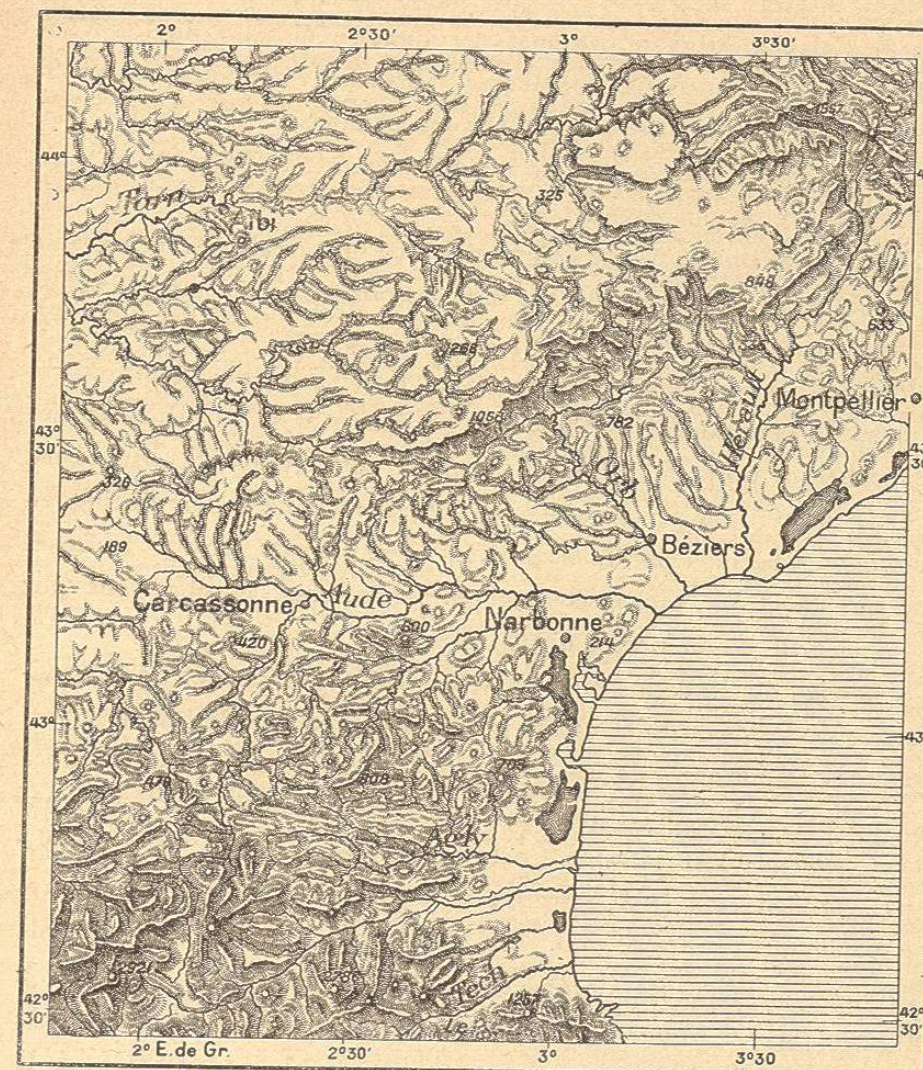
Si la magia del nombre de Roma había atraído sucesivamente todos los invasores bárbaros á la península Itálica, la posición geográfica de las Galias se había hecho también el punto de cita de las naciones. Ampliamente abierta al Este y al Nordeste, la rica comarca, cuyas poblaciones residentes carecían ya de la fuerza necesaria para rechazar á los invasores, se hallaba libre hasta el «fin de las Tierras»: los pueblos emigrantes, unos después de otros, se dirigían

hacia una de las provincias oceánicas, donde eran detenidos, sea por el mar, sea por otros pueblos en marcha, y, dispersándose fragmentariamente y asociándose de nuevo, entraban en otras combinaciones étnicas. Del mismo modo, las tribus, que después de haber recorrido la Galia, osaban atravesar los Pirineos, no franqueaban las montañas sin dejar rezagados detrás de sí.

Naturalmente, esa inmensa marea de pueblos que se desbordó sobre el mundo occidental, no pudo hacerlo sin que contracorrientes y desviaciones laterales dividiesen las bandas al infinito. No hay país en Europa donde no se señale la existencia de poblaciones heterogéneas ó «alófilas», como se dice en Rusia; pero en Francia la fusión de las razas y sub-razas está hecha hace siglos bastante íntimamente para que los caracteres distintivos, los nombres, se hayan perdido, y no se ve que las probabilidades de origen puedan cambiarse en certidumbre.

¿Qué fué de los Suevos, Alanos, Visigodos, Alemannen y Burgondios que quedaron fijos sobre el suelo de las Galias y que ciertamente no se han mezclado en todos los lugares de una manera íntima con las antiguas poblaciones aborígenes? Según las mil circunstancias que se han presentado, tal banda extranjera, después de haberse establecido en su domicilio actual por derecho de conquista, ha podido, gracias á su valor y á haberse habituado á su presencia sus vecinos, conservarse con seguridad en un medio hostil; tal otra permaneció en el país como aliada para combatir enemigos comunes y recibió como un presente el suelo que ocupa; por último, hubo tribus entre esas gentes venidas de lejos que no fué sino un hacinamiento de prisioneros ó de esclavos empleados en los diversos trabajos por los propietarios de las inmediaciones. Durante el curso de los siglos, esos descendientes de los emigrantes han vivido de muy diverso modo, sea mezclándose en paz con los indígenas, adoptando amistosamente el lenguaje, la religión y las costumbres de la nación ambiente, sea conservando su carácter distintivo, aunque obligados á someterse á las voluntades de sus amos. Pueden compararse esos pequeños grupos aislados á los quistes que se conservan aparte en el organismo; pero entre ellos era difícil distinguir la antigüedad del origen. ¿Habrá de reconocerse en el «país» de Alemania

N.º 271. Valles convergentes de la Narbonense.
(Véase página 358)



1: 1500000

0 10 50 100 Kil.

Al sud del río Tech, el punto marcado Le P. indica el sitio donde está situado el Perthus ó collado de Bellegarde (420 m.) por el cual penetraron los Arabes en Francia al principio del siglo VIII.

En aquella época Narbona era todavía una importante ciudad marítima y continuó siéndolo hasta el siglo XIV; desde entonces se ha modificado el trazado de las costas y de los ríos.

en Calvados (Nuestra Señora, San Martín de Alemania, etc.), los vestigios de una tribu de Alanos que un remolino hubiera lanzado

allí? ¿Pont-à-Wendin, Vandelicourt, Wandamme, Vandeville, Wandignies y otras localidades de los departamentos del Norte y del Pas-de-Calais atestiguan con más certidumbre el paso de los Vándalos [1] que el nombre de Andalucía? ¿Habrá de atribuirse la misma causa á los nombres de otras villas que comienzan por *Vand, Vend, Vind*, y que se encuentran diseminadas desde el Charente al Ain? Aún no se puede resolver.

Hay, sin embargo, un grupo del que una tradición persistente dice ser de descendencia húnica, filiación por lo demás tan aceptable como podría serlo otra genealogía céltica, germana ó sarracena: la población del pequeño valle de Anniviers (Einfisch), que recorre el *nant* de Navisanche ó Navigenze, saliendo al valle principal por una soberbia portada de rocas. Aunque convertidos al cristianismo y habituados á hablar francés-valasiano, sus habitantes se distinguen bien de sus vecinos por la fisonomía, el empleo de giros y de frases desconocidos, por muchas costumbres particulares, y sobre todo por la conciencia de su personalidad colectiva.

La emigración de los pueblos y la presión que esas oleadas humanas ejercían unas sobre otras produjeron una modificación en el orden de importancia de las vías históricas de la Galia. En la época galo-romana, el vaivén principal debería hacerse de Roma, por Lyon, hacia la cima divisoria de la Costa de Oro, entre Saona y Sena: por tanto, del lado del Este, entre Océano y Mediterráneo, se hallaba el eje mayor del territorio galo. La constitución del reino de los Visigodos en el valle del Garona, con Tolosa por capital, después la invasión de los Francos en la cuenca del Sena, con impulso en la dirección del Sudoeste, dieron por un tiempo la preeminencia á la vía histórica occidental, desde Burdeos al Sena por el curso medio del Loira. Desde la Guyena al Orleanesado, por la depresión por donde corren el Dronne, el Charente, el Clain y el Vienne, el camino es fácil: la comarca se abre ampliamente al vaivén de los pueblos, de los ejércitos ó de los mercaderes que viajaban entre la península Ibérica y el norte de Europa. En ninguna parte en esa avenida natural se presenta obstáculo, montaña, pantano ó soledad infértil.

[1] Emile Eude, *Cosmos*, según varios autores.

Ni siquiera una depresión apreciable marca el paso entre las vertientes de Gironda y de Loira. El Charente, el río intermediario, parece vacilar entre las dos vertientes. A derecha é izquierda se encuentran las regiones de acceso difícil: hacia el Este, las altas tierras graníticas y selváticas del centro de Francia; hacia el Oeste, los páramos, los pantanos, después las agrestes colinas del alto Poitou, formadas de granito, como el macizo de Bretaña. El paso había, pues, de practicarse por esta manga, donde, desde los orígenes de la historia, se ven los lugares de etapa transformarse gradualmente en ciudades considerables sin cambiar de sitio. De un río al otro se había trazado el camino mucho antes que los Romanos hubiesen pensado en construir su vía enlosada en la misma dirección. Sin embargo, esta vía histórica mayor no seguía un trazado rectilíneo entre las cuencas fluviales, sino que se replegaba, conforme las facilidades del paso, entre los bosques y en los valles; después, llegada á las campiñas que recorre el Loira, acompañaba al río por una ú otra orilla, tomando por objetivo la cima de la curva que describe la corriente hacia el Norte; este punto, ocupado en todo tiempo por una ciudad, la Orleans actual, es el forzado punto de encuentro de todos los viajeros que remontan ó descienden el río con



ESPADA, HACHA Y LANZA DE CHILDERICO HALLADAS EN SU TUMBA

(Biblioteca Nacional, gabinete de las medallas)

De una fotografía.

intención de llegar antes y por el camino más fácil á las campiñas donde se unen el Sena, el Marne y el Oise.

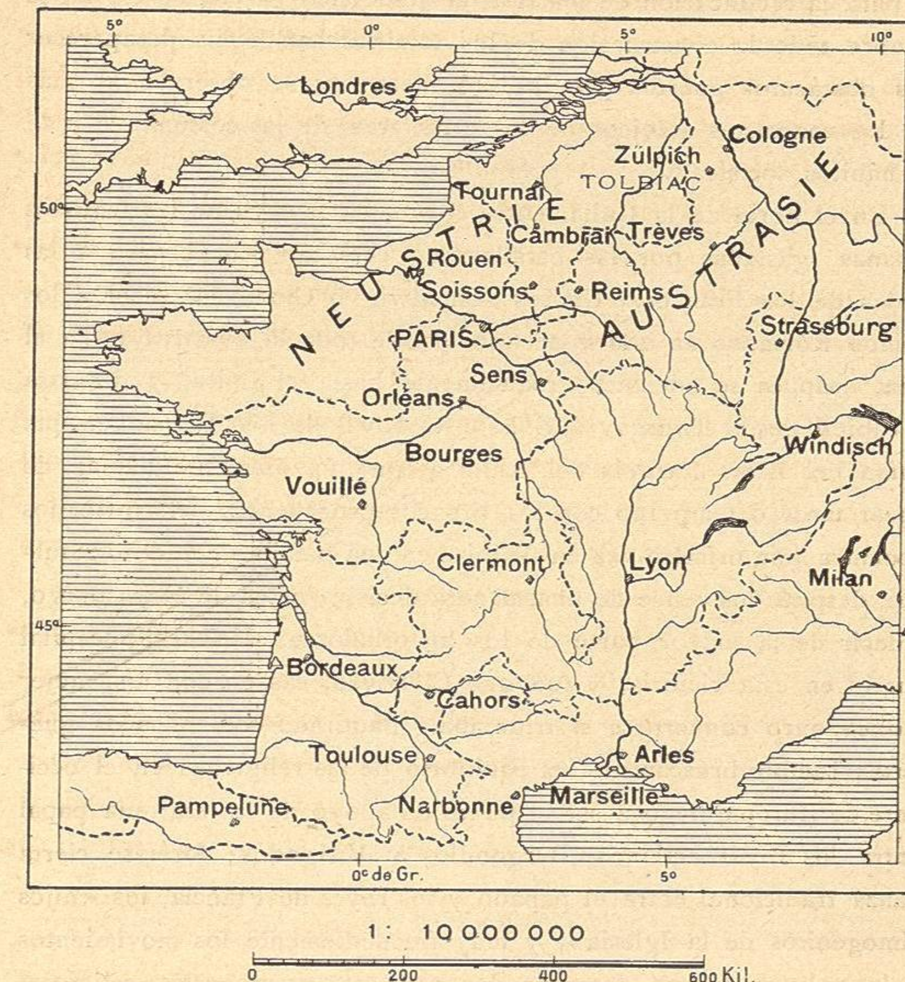
La vía de las naciones que, partiendo de la curva de Orleans, se prolonga por las sinuosidades del Loira para llegar al valle del Saona por los pasos de la Borgoña, está menos claramente trazada que la gran vía occidental de la Turena y del Poitou: ó por mejor decir, se descompone en numerosos caminos secundarios delante del bajo Saona, donde el gran corte rectilíneo separa de manera tan precisa de Norte á Sud las altas tierras de la Francia central y las dependencias del sistema alpino. Esta parte del gran triángulo de las vías históricas de Francia, es la más profundamente excavada, y los movimientos de los pueblos debían producirse en ellas como la corriente de las aguas en un foso.

El tercer lado del triángulo entre el Mediterráneo y el Océano, por el valle del Garona, está casi también regularmente indicado. La arista divisoria donde se opera la separación de las aguas, no presenta ningún obstáculo natural, pero en la época en que la Naturaleza tenía todavía sus rasgos primitivos, no modificados por el hombre, existía á lo menos un paso difícil. Los tres ríos llamados hoy Aude, Orb, Herault, formaban una especie de frontera natural, resultado de la convergencia de su curso á la salida de los ásperos desfiladeros de las Cevennes. Sus desembocaduras, rodeadas de pantanos y de lagos salinos ó salobres, se sucedían en un espacio de unos veinte kilómetros de ancho, y su laberinto de corrientes y de falsos ríos constituían un grave obstáculo para la marcha de las naciones.

He ahí por qué, cuando la historia de las Galias comienza á precisarse para nosotros, ese dédalo de ríos y de lagos separaba naturalmente dos grupos de poblaciones bien distintas, los Iberos al Oeste y los Liguros al Este. Después, bajo la dominación romana, los descendientes más ó menos mezclados de esas dos naciones conservaron sus territorios respectivos: de un lado los Tectosagos, cuyo centro estaba en Tolosa; del otro los Arecomices, que ocupaban las campiñas bajas de Nimes, limitadas por la orilla derecha del Ródano. Posteriormente, cuando la dominación de los Visigodos en el mediodía de las Galias, en esa frontera natural se detuvo su reino, y

más tarde aún, durante todo el curso de la Edad Media y hasta en el período de la terrible guerra de los Albigenses, cuando todas las

N.º 273. Reinos Merovingios bajo los hijos de Clodoveo.



Á la muerte de Clodoveo (511), Thierry, el primogénito de sus hijos, llamado también Teodorico I, heredó el reino de Reims (Austrasia), desde Troyes hasta las comarcas transrhenanas, como también la meseta central, desde Cahors á Clermont; Clodomiro tuvo el reino de Orleans, desde Sens al bajo Loira; el reino de París, extendiéndose á lo largo de las costas de la Mancha — la Neustria, — tocó á Childeberto, y á Clotario el reino de Soissons, que llegaba al Norte hasta las bocas del Mosa. Se ignora cómo se repartieron las ciudades del sudoeste de la Galia los hijos de Clodoveo.

Desde 524, la muerte de Clodomiro cambió la repartición de los territorios.

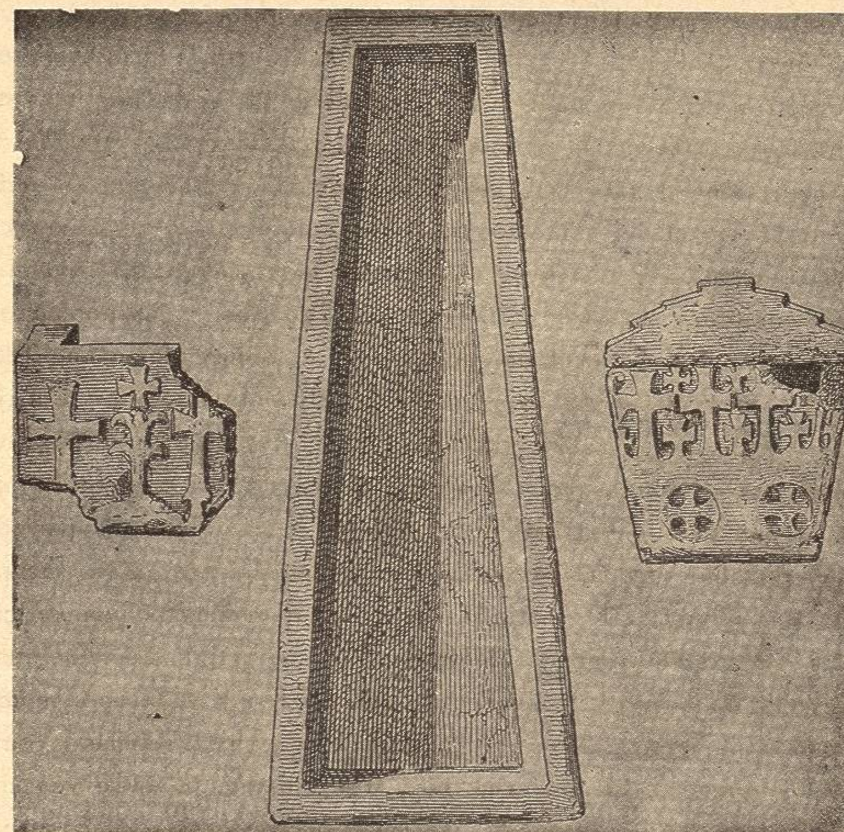
poblaciones se hallaron espantosamente confundidas, las divisiones originarias marcadas por la convergencia de los tres ríos se conservaron alrededor de centros políticos diferentes. Hubo tendencia latente

á yuxtaponer en este punto dos nacionalidades distintas, una regida por las costumbres provenzales y el derecho latino, otra perteneciente al grupo de civilización ibera, «al derecho gótico». La población del país, la rectificación de los ríos, la desecación parcial de los lagos y sobre todo la construcción de los caminos han hecho desaparecer esos obstáculos puestos por la Naturaleza; no se observan ya más que los contrastes atávicos de los caracteres, de las costumbres y de los hábitos sociales [1].

En el norte de la Galia, entre el Somma y el Sena, las legiones romanas, gastadas por las batallas, no cerraban ya el paso á las hordas de los Francos. Un rey, Chlodwig ó Clodoveo, rechaza los últimos Romanos en 486 y se apodera de toda la comarca hasta el Sena, después se adelanta gradualmente hasta el Loira, y desplaza su capital desde Tournay á Soissons. Rival de los Alemannen que venían del Este, á través del Rhin, y que forzosamente habían de chocar tarde ó temprano con los Francos procedentes del Norte, los encuentra por primera vez en Tolbiac en una batalla de dudoso resultado, después los vence de una manera decisiva cerca de Estrasburgo, al decir de la mayor parte de los historiadores. Un hecho capital ocurrió en esta victoria, y fué que Clodoveo, casado con una mujer católica, juró convertirse si triunfaba. Bautizado con miles de guerreros, cambió bruscamente el equilibrio de las religiones en el occidente de Europa, llegó á ser el punto de apoyo de la jerarquía papal contra los reyes arrianos, Burgondios y Visigodos: formóse cierta alianza tradicional entre el papado y los reyes de Francia, los «hijos primogénitos de la Iglesia», y muy frecuentemente los movimientos de la política fueron determinados por esa prerrogativa religiosa. Quince siglos después del bautismo de Clodoveo, el Vaticano recuerda aún como un triunfo decisivo la unión que se hizo entonces entre el trono y el altar, entre el Estado y la Iglesia, unión que, á pesar de terribles sacudidas, puede considerarse como existente aún (1905). Del poder espiritual originado en el mundo romano, y del poder temporal guerrero que trajeron los Bárbaros han salido gradualmente las monarquías de derecho divino que no puede decirse aún que

[1] A. Duponchel, *Géographie générale du département de l'Hérault*. Introduction, ps. xv y siguientes.

hayan desaparecido completamente. También se procura hacer remontar hasta aquella época las leyendas á la vez religiosas y patrióticas compiladas bajo el nombre de *Gesta Dei per Francos*. El orgullo de los Francos bárbaros era muy grande. El preámbulo de la ley sálica, cuya redacción data del reinado de Clodoveo, termina por un



Biblioteca de las Bellas Artes. De una fotografía.

TUMBA DE CLODOVEO HALLADA EN LA ABADÍA DE SANTA GENOVEVA

(A. Lenoir, *Statistique monumentale de Paris*)

canto de triunfo: «La nación de los Francos es ilustre; tiene á Dios por fundador: fuerte por sus armas, es firme en los tratados de paz, profunda en el consejo, noble y sana de cuerpo, de una belleza singular, atrevida, ágil, ruda en el combate; desea la justicia y conserva la fe».

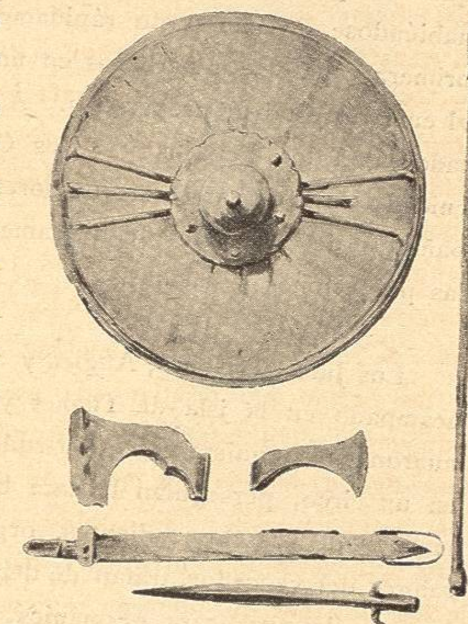
Campeón de la Iglesia, y sobre todo conquistador por su propio poder, Clodoveo pasó el Loira, yendo al encuentro de los Visigodos,

que derrotó cerca de Poitiers, precisamente en medio de la vía histórica existente entre Loira y Garoña, y ocupó la Aquitania y la Narbonense hasta el Ródano. Volviéndose en seguida hacia el nordeste, redondeó su reino haciendo perecer gran número de jefes secundarios por violencia ó por traición, porque aquel monarca parecía formado en el molde de los verdaderos conquistadores, entre los cuales por su ambición y la magnitud de sus crímenes ocupa preferente lugar [1]. Se apoderó, pues, de casi todo el territorio que lleva en nuestros días el nombre de «Francia». Sin embargo, ese vasto territorio, tan grande en comparación del pequeño reino paternal de Tournay, no presentaba la bella regularidad de un Estado bien administrado, como el del contemporáneo de Clodoveo, el gran Teodorico; muchas ciudades y distritos, si no eran independientes, estaban al menos en un estado mal definido de semi-libertad, y las poblaciones refugiadas en los valles ignorados de las montañas tenían buen cuidado de no despertar la atención. El rey no era poseedor más que de las tierras que pisaban sus guerreros. Respetuosos á pesar de todo de los civilizados, los Germanos bárbaros no pretendían en manera alguna imponer su modo de vivir y se mantuvieron apartados con cierta modestia. Se establecieron principalmente en los campos para vivir sobre sus territorios, aislados ó en grupos pequeños, lejos de las ciudades que dejaron regirse según sus antiguas costumbres [2]. De ese modo no parece que el antiguo pueblo haya echado mucho de menos el régimen anterior; no se ve que se haya rebelado contra los nuevos amos. La fusión se hizo muy lentamente entre vencedores y vencidos.

Por lo demás, el rey merovingio no tenía idea alguna de cierta unidad nacional para el conjunto de las regiones ocupadas, que no eran para él más que un grandioso botín, y cuando murió lo dividió como un tesoro de telas y de monedas entre sus hijos. Las divisiones se hacían por sorteo, y de la manera más rara, contando las ciudades una por una, sin conocer su importancia respectiva ni las relaciones económicas y políticas naturales. Así resultó en la partición de 561 entre los cuatro hijos de Clotario, Marsella fué dividida en dos, la

[1] H. Hallam, *L'Europe au Moyen-Age*, I, p. 20.
[2] Th. Duret, *Etudes Critiques d'Histoire*, «Revue Blanche», 1.º Agosto 1899.

ciudad de Soissons, capital de la Neustria, se encontró bloqueada, por decirlo así, entre cuatro ciudades, Senlis y Meaux, Laon y Reims, que pertenecían, las dos primeras al reino de París, las otras dos á la Austrasia [1]. Los lotes se habían mezclado de una manera tan extraña, que las insurrecciones y las guerras fueron indispensables para distribuirlas de nuevo de una manera más lógica: los juramentos más sagrados se convertían forzosamente en perjurios. Gracias, pues, al amontonamiento producido por continuas revoluciones, se introdujo cierto orden geográfico y demográfico en el caos de los hombres y de las cosas: á pesar de esas particiones, las monarquías francas de la Austrasia — Oster-Rike ó reino de Oriente, — de la Neustria — Neoster-Rike ó reino de Occidente — trabajaban incesantemente para equilibrarse de conformidad con las lenguas: de un lado el alemán, del otro el romance, de formación latina, contrastaban desde su origen y precisaban ese contraste de reino en reino.



ARMAS FRANCAS HALLADAS EN LONDINIÈRES
VALLE DEL EAULINE
(Clérigo Cochet, *Normandie Souterraine*)

Sin embargo, la primera demarcación hecha á través del país que después fué Bélgica, violó claramente la frontera natural de los idiomas, separó de Germania los Salios de Flandes para darlos á los Neustrios, é hizo entrar en ella, por el contrario, á Valones de los Ardennes, del Namurés y del Hainaut. Durante siglos, de Gante á Arras, Flandes y el Artois estuvieron reunidos bajo una misma dominación; la unidad del país se conservó á pesar del carácter bilingüe de las poblaciones, y no parece que la diferencia de idiomas hayan sido jamás causa de animosidad entre las secciones del norte y del sud [2].

[1] Augustin Thierry, *Récits des Temps Mérovingiens*.
[2] H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, ps. 20 y 21.

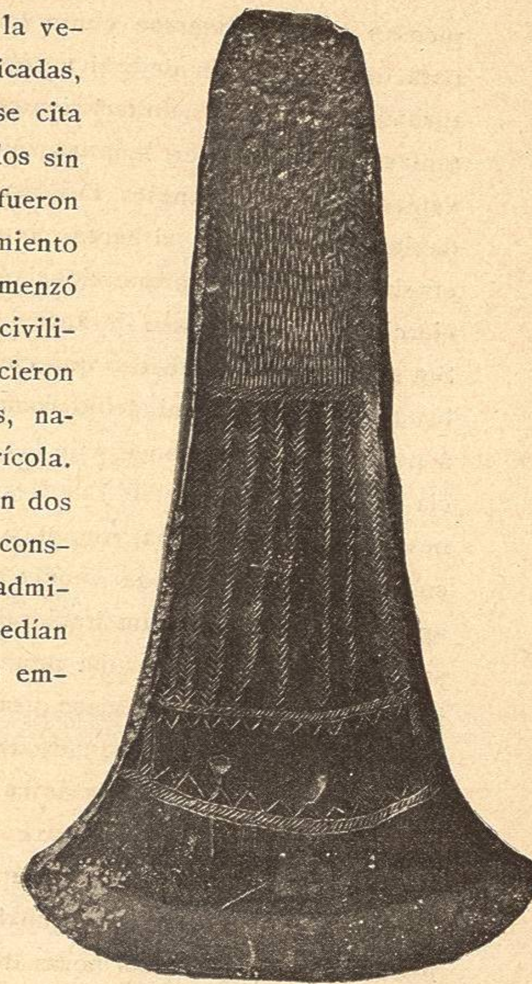
En el conjunto puede decirse que el período llamado «merovingio», de un rey Meroveo, que tal vez no ha existido, consiste por completo en un trabajo dos veces secular de acomodación política y social entre los diversos elementos de raza que no formaban ya la Galia romana y que no eran todavía Francia. Por lo demás, la invasión de los bárbaros no había cesado: no solamente continuaba, sino que reemplazaba á generaciones envejecidas con familias enérgicas, habiéndose descompuesto rápidamente, podrido, por decirlo así, la primera capa de los bárbaros en un medio de riqueza y de lujo para el cual no estaban preparados. Á la segunda serie de los conquistadores, á los Pepinos y á los Carlos, había de corresponder el cuidado de rechazar otros invasores, los musulmanes venidos de España, y de constituir definitivamente Francia contra el empuje de las poblaciones germanas.

Los Jutes, Frisones, Angles y Sajones que en un principio habían acampado en la isla de Thanet y en la península de Kent, continuaron su conquista con gran rudeza. Encerrados en una isla como en un circo, perseguían la caza humana con un método terrible, y muchos de sus descendientes, orgullosos de llevar en sus venas la sangre del vencedor, tratan de dejar afirmado que los Ingleses actuales son de pura raza germánica. Si verdaderamente fuera así, los Bretones hubieran sido sencillamente exterminados, excepto en Cornouailles y en el país de Gales. Sin embargo, la historia no refiere esas destrucciones en masa, y los escritores patriotas han calumniado con harta ligereza á sus antepasados. Como la mayor parte de los invasores, los Angles y los Sajones han sido mucho más utilitarios que feroces: la turba de los vencidos les suministraba principalmente mujeres y esclavos; en los códigos de los primeros reinos angles y sajones de Inglaterra, el nombre de «Bretón» (Weal) se emplea para designar el sujeto á servidumbre [1].

Privada de sus comunicaciones con la Galia, y no recibiendo más inmigrantes que conquistadores y bandidos, Inglaterra decayó rápidamente en civilización y perdió toda una serie de instrumentos de

[1] Godefroid Kurth, *Les Origines de la Civilisation moderne*, t. II, p. 12.

cultura que se le habían hecho inútiles. La vida rural de los invasores germánicos no tenía qué hacer de las ciudades, y, por tanto, fueron abandonadas, y muchas, devueltas al bosque primitivo, desaparecieron bajo la vegetación; otras, sólidamente edificadas, conservaron al menos su recinto: se cita Chester que permaneció cuatro siglos sin habitantes, pero cuyos muros no fueron demolidos. Con motivo del renacimiento de la cultura, cuando la nación comenzó á reconstituirse con su aparato de civilización restaurada, las ciudades aparecieron esparcidas en la superficie del país, nacidas del desarrollo de la vida agrícola. Pero entonces se observó que existían dos órdenes de ciudades: las que habían construído los Romanos como centros administrativos y militares y que se sucedían á lo largo de los antiguos caminos embaldosados, se habían despertado de su sueño, conservando hasta su nombre, desfigurado únicamente por la dificultad de pronunciación en lenguas extranjeras [1].



Cl. Giraudon.

HACHA CÉLTICA DE BRONCE HALLADA EN INGLATERRA

Esas antiguas estaciones renacían á la vida, mientras que de distancia en distancia, sobre todo al paso de los vados ó al principio de la navegación (Hull, Newcastle, etc.), se habían formado nuevos centros urbanos. Todas las ciudades del interior, nacidas antes del período minero é industrial de los últimos siglos, pertenecen á una ó á otra de las dos series (Chisholm).

Se ha discutido mucho sobre el grado de influencia que las ins-

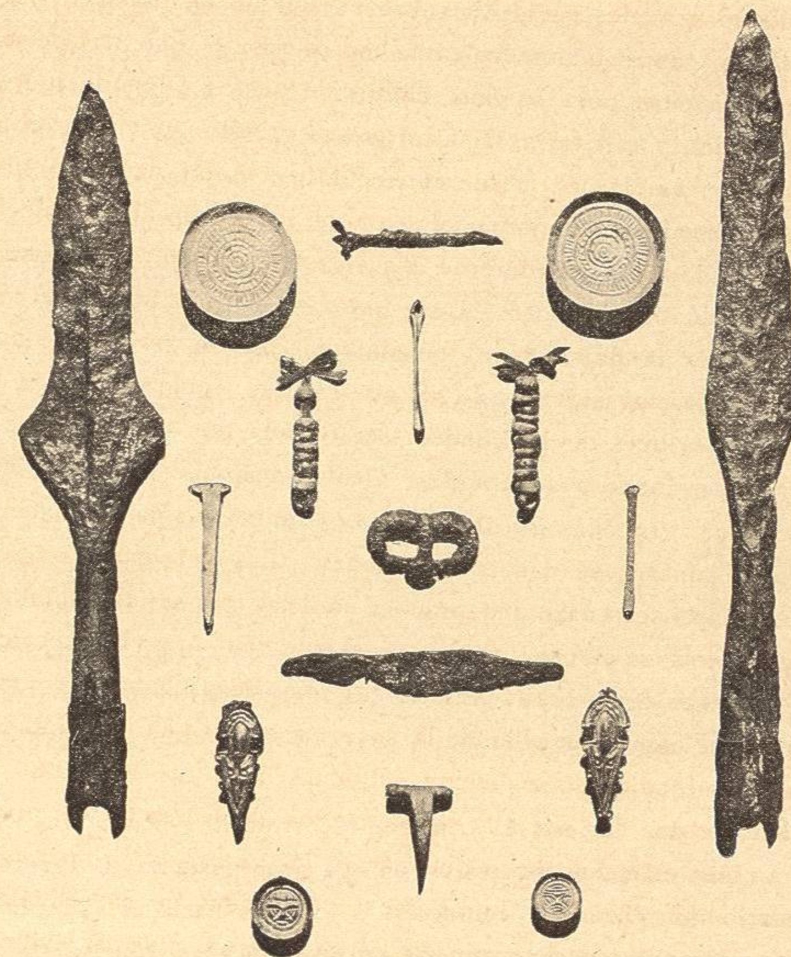
[1] Véase mapa n.° 206, p. 531, t. II.

tituciones romanas tuvieron sobre la Inglaterra de la Edad Media. Algunos autores, Seebohm en particular, consideran esta influencia como habiendo sido de importancia capital; otros, por el contrario, piensan que el poderoso genio romano no tuvo el tiempo necesario para dejar su huella definitiva sobre un pueblo de carácter original, turbado por tantos acontecimientos mortíferos, y que transformaron tantas invasiones por lenguas, modos de pensar é instituciones diversas: Sajones y Angles, Dinamarqueses y Noruegos debieron indudablemente cambiar el molde intelectual y moral de la población entera y disminuir proporcionalmente la fuerza primitiva que había ejercido la ley romana durante los siglos que contó de existencia. Sin embargo, no es dudoso que ciertos cambios operados en el mundo británico por la dominación romana tomaron un carácter constante á pesar de las invasiones y de las guerras que siguieron. A la estancia de las legiones debió Londres ser tratada por los invasores sajones como si fuera una república aliada, más bien que una ciudad conquistada. La *lex mercatoria* de Londinium no parece haber desaparecido jamás, y sus instituciones municipales no tomaron un carácter sajón. Hasta se señala una práctica judicial que sería absolutamente inexplicable si en ella se viese otra cosa que una supervivencia romana: cada «agente de la ley», *sergeant at law*, despachaba sus consultas apoyándose contra un pilar de la nave, en la antigua catedral de San Pablo: le estaba especialmente asignada para que escuchase á sus clientes, tomase sus notas y preparase los elementos de los procesos. ¿No es eso exactamente lo que hacían los *jurisperiti* romanos en el Forum, en las primeras horas del día, rodeados de sus clientes que se reunían en lugar determinado de antemano? ¿No es evidente la filiación de las costumbres[1]?

La importancia futura de Londres podía ya leerse en los lineamientos de las orillas y la forma de la comarca. En primer lugar el estuario del Támesis, en el ángulo sud-oriental de la gran isla, se abre de manera que conduce los barcos de cala en cala hacia la más segura, hasta la que penetra más en el interior de las tierras. Es como una puerta ancha que, á la misma entrada de la Mancha,

[1] Laurence Gomme, *Contemporary Review*, Mayo 1906, p. 694.

invita á las flotillas que de todos los puntos del Norte convergen hacia el estrecho. No había sitio alguno en todo el contorno de la Gran Bretaña tan bien indicado ni tan cómodo como lugar de acceso y de comercio con las tierras de la costa belga y germánica.



Museo Británico.

ANTIGÜEDADES HALLADAS EN HANNAM-HILL, CERCA DE SALISBURY

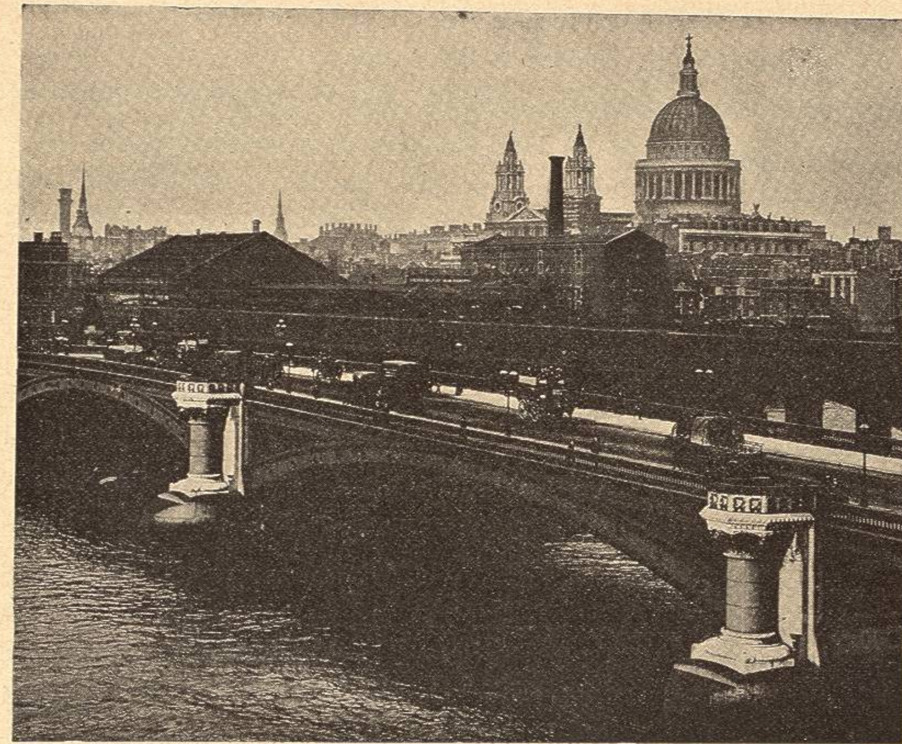
Y precisamente lo más cerca de ese puerto marcado por el vaivén del tráfico se encontraba también, en la punta de Kent, el lugar de paso rápido para los viajeros que de una orilla á la otra querían siempre tener la tierra á la vista. Las ventajas del estuario donde desemboca el Támesis eran, pues, evidentísimas y debían contribuir en gran parte á poblar ese litoral donde acuden millones de Londo-

nenses; pero entonces eran muy raras sobre el estuario las orillas de acceso limpio y fácil, no contaminadas por playas fangosas donde los barcos ni las personas podían acercarse. Un punto de la Londres actual, el pie de la pequeña colina donde está situada la catedral de San Pablo, y que seguía entonces el curso inferior de un arroyo, el *Fleet*, cuya desembocadura servía de abrigo, presentaba las condiciones necesarias para el desembarque de los marinos. El Londinium fortificado en tiempo de Constantino presentaba á lo largo del río un frente de 1500 á 1800 metros y una profundidad la mitad menor [1], pero antes de llegar á este resguardo propicio, ¿dónde hubieran podido los extranjeros amarrar sus barcos? Arenales y cenagales defienden la ribera, y pantanos y praderas inundadas ocupan una ancha banda de tierra ribereña. Hasta en la ciudad actual la orilla meridional es tan baja, que las casas tienen sus cimientos en el agua: el aspecto de Londres demuestra que reposa sobre un pantano conquistado gradualmente. Antiguamente las habitaciones de la región, agrupadas en aldeas y villas, se construían á gran distancia del río, de sus orillas inundadas, de las praderas y de los bosques húmedos mezclados de maleza: los indígenas buscaban sobre todo las alturas, cuya roca caliza, cubierta de un musgo corto, ofrecía á los constructores espacios libres, despojados de todo obstáculo y que permitían vigilar á lo lejos las tierras bajas donde quizá se ocultaba el enemigo.

Al norte del Támesis, la comarca recorrida hoy por tantos caminos, era completamente inaccesible en una gran parte de su extensión. El estuario del Wash se prolongaba á lo lejos hacia el sud por los espacios pantanosos reconquistados en nuestros días, que se conocen bajo el nombre de *fens*, y se ramificaba en todos los valles laterales en arroyos fangosos, donde nadie osaba aventurarse. Toda la parte de la Inglaterra oriental, que comprende hoy los condados de Norfolk y de Suffolk y que limitaban al Sud otros estuarios, donde otros pantanos se multiplicaban al infinito, era en realidad una gran isla en que los invasores se encontraron mucho tiempo como encerrados antes de poder penetrar en el resto de la comarca. Londres, antes

[1] *Mitteilungen der k. k. geog. Gesellschaft*, Wien, 7-8, 1903.

de nacer, ofrecía á sus fundadores la ventaja de hallarse sobre un pedúnculo de tierras dulcemente onduladas que unían al Támesis las regiones fácilmente accesibles del interior. Las vías naturales venían á unirse en este punto á la línea de navegación del río [1].



LONDRES — LA CATEDRAL DE SAN PABLO SOBRE LA ORILLA IZQUIERDA DEL TÁMESIS

El arroyo Fleet corría á la derecha del grabado hacia la izquierda, pasaba detrás de la colina de San Pablo y desembocaba en el Támesis más arriba del puente que se ve en primer término.

Los otros estuarios del litoral inglés que se vuelven en forma de embudo hacia las costas de Alemania y de Escandinavia, especialmente el Wash y el Humber, fueron también lugares de acceso naturales para los emigrantes germánicos del litoral opuesto. La marea favorable llevaba las embarcaciones hacia el interior, y los recién venidos acababan por descubrir sobre el contorno de la bahía fangosa la arena dura ó la roca cerca de los cuales podían establecer

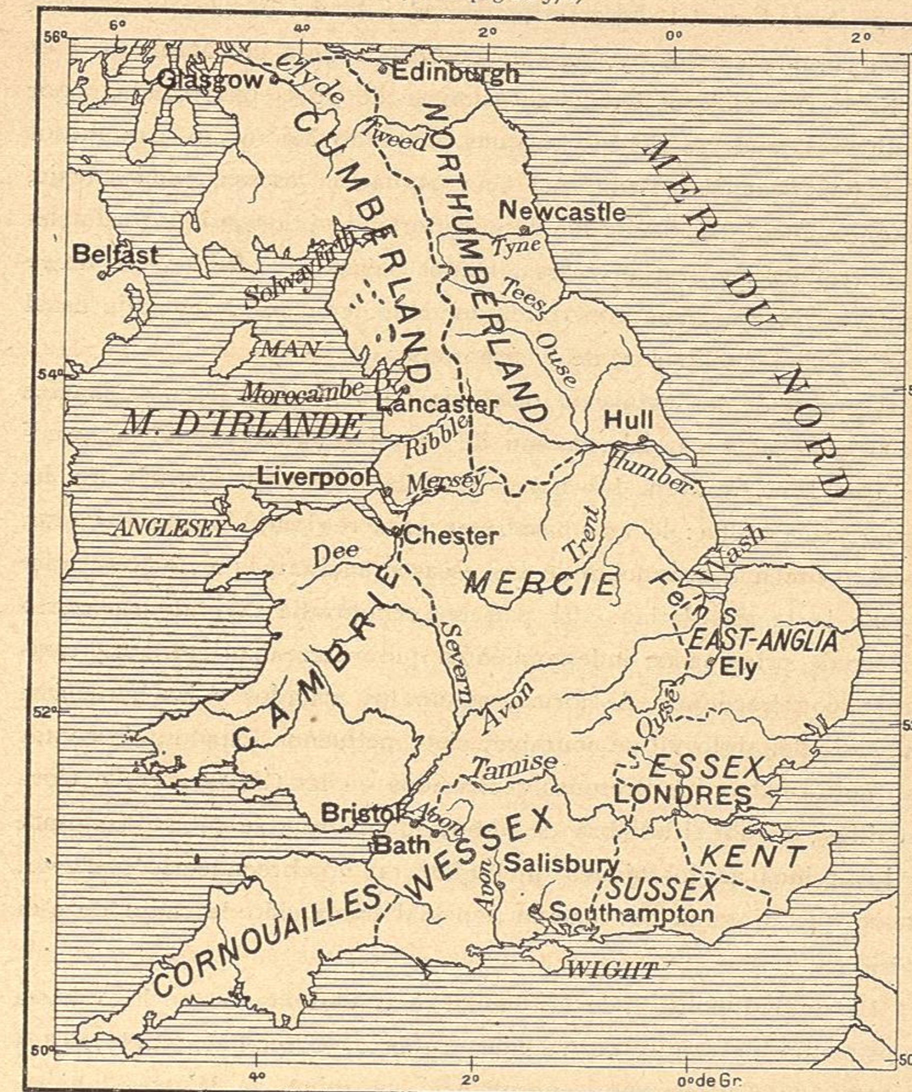
[1] John Richard Green, *The Making of England.*

el área del fondeadero: allí había de nacer el puerto al que se unía la vía de inmigración en el interior de las tierras. Las escotaduras de la orilla meridional, abiertas en frente de las Galias, habían servido también, con anterioridad á esta época de las emigraciones germánicas, al vaivén entre ambas costas, contribuyendo así á la población de la isla, lo mismo que al establecimiento de vías frecuentadas. Por último, sobre la orilla occidental de Inglaterra, los golfos profundamente recortados en las tierras, el del Severn, luego el estrecho de Anglesey, los estuarios del Dee, del Mersey y del Ribble, la bahía de Morecambe y la extensión triangular de las aguas que se llama Solway firth, eran los sitios indicados de antemano para los barcos de pesca y para los que traficaban con Irlanda en pleno Océano.

Naturalmente las vías históricas más importantes de la isla inglesa fueron las que hacían comunicar entre sí los estuarios más visitados. Hasta sobre un mapa mudo y sin trazado de caminos se ve cómo por sí mismas se dibujan las líneas que unen el estuario del Támesis al del Itchin, que oculta la isla de Wight; se reconoce á primera vista, y mucho mejor todavía, el camino natural, indudablemente frecuentado en la época galo-romana y hasta pre-bretona, que une el valle del Támesis á la desembocadura del Avón, cerca de la cual se eleva la ciudad de Bath desde los tiempos romanos, y la de Bristol desde la Edad Media. El mismo punto se unía también á la rada del Itchin, donde se halla actualmente la ciudad de Southampton, por la vía bien indicada que rodea las cordilleras sud-occidentales de Inglaterra por la llanura de Salisbury. Asimismo Wash y Támesis, Mersey, Dee y Severn estaban reunidas por caminos sinuosos que se prolongaban por una de las orillas de pantano y de tierras bajas, la otra por la base oriental de las colinas galas. Por último, había vías en diagonal que se cruzaban á través de la parte más maciza de la isla: algunas alineaciones de ciudades antiguas recuerdan el trazado primitivo de los grandes caminos.

Bien «tallada» entre Escocia é Inglaterra, la isla más prolongada de la Gran Bretaña presentaba en otro tiempo, más al Sud, otro istmo natural mejor caracterizado, no por la forma de las orillas, sino por las propiedades del suelo. Los estuarios, los pantanos á medio llenar, los *broads* ó sábanas de inundación se extendían á lo lejos en carrizales; las landas incultas y los bosques se desarrollaban desde el mar del Norte al mar de Irlanda en una amplia

N.º 274. División de Inglaterra en reinos.
(Véase página 372)



En este mapa están marcados tres ríos Avón y dos ríos Ouse. Un Avón es afluente de derecha del Severn, otro atraviesa Bristol y el tercero desemboca en la Mancha, al oeste de la isla de Wight. Un río Ouse desemboca en el Humber, el otro en el Wash.

Entre las divisiones territoriales mencionadas en esta carta, Essex, Sussex, Cornouailles (Cornwall), Cumberland y Northumberland han persistido como condados, pero considerablemente reducidos en superficie, excepto el primero nombrado.

zona, no dejando hacia el medio más que pasajes estrechos. Desde la desembocadura del Ouse septentrional á la del Mersey, Inglaterra estaba cortada en dos, y, para ir desde la región del Mediodía á la del Norte, los viajeros habían de servirse de guías para caminar por los difíciles senderos de los bosques, evitando los fondos pantanosos y las infranqueables turberas. Una población escasa, semi-salvaje, esparcida en islotes donde los recaudadores de impuestos los hallaban con dificultad, vivía en aquellos terrenos bajos; los términos de *fenny* y de *moorish* aplicados á esos «laguneros», eran en el lenguaje usual sinónimos de «zafios» y de «bárbaros» [1].

Venidos de los estuarios orientales, los Angles, Jutes y Sajones que penetraban en la isla, habían de establecerse siguiendo los caminos que la Naturaleza les había trazado. Pero la historia no ha seguido su marcha: lo que pasaba en esas regiones lejanas del gran Norte quedaba desconocido de los escasos analistas que todavía practicaban la lengua latina. El país se encontraba dividido en cierto número de principados independientes que guerreaban entre sí y cambiaban con frecuencia de forma, según los tratados y las herencias. En medio del siglo VII se contaban siete pequeños Estados, sin contar los que formaban los Bretones rechazados en las Galias y en la Cornouailles; de ahí el nombre de «heptarquía» que se daba al conjunto de los reinos anglo-sajones de Inglaterra, nombre además inexacto, puesto que ninguna convención especial había sido la causa de esta división.

La unidad política de las monarquías inglesas no se hizo hasta el principio del siglo IX, cuando Egberto, parcialmente elevado á la corte de Carlomagno, engrandeció su reino de Wessex uniéndole todos los otros Estados anglo-sajones. Lo que le ayudó quizá en esta obra fué que todos los hombres de su raza se encontraban entonces igualmente amenazados por otros invasores, los Dinamarqueses y Normandos. A su vez éstos seguían los caminos del mar que les habían enseñado los Angles y trataban de apoderarse de los mismos territorios, ó, á lo menos, á limitarlos en su provecho. Obligados á replegarse sobre sí mismos para hacer frente á los piratas

[1] W. Denton, *England in the ifteenth Century*, ps. 138 á 144.

que los atacaban por sorpresa sobre mil puntos de la costa, los Angles quedaban para lo sucesivo detenidos en su propia expansión; no podían ya continuar sus conquistas ni en Escocia contra los Bretones rechazados y los Gaels de los altos valles, ni en Irlanda contra los Scots y otras tribus célticas: para ellos comenzaba un nuevo período de la historia.

Así se terminaba definitivamente en las islas Británicas el período propiamente dicho de la emigración de los Angles, como se había terminado la de los Vándalos en Mauritania, la de los Suevos, Alanos y Visigodos en España, de los Ostrogodos en Italia y de los Francos en las Galias. La retaguardia de los invasores germánicos consistía en Lombardos y en Sajones, que, cerca de un siglo después de Odoacro, en 568, franquearon los Alpes y se apoderaron del valle del Po — la Lombardía actual, — así como de una gran parte del resto de Italia. El rey Antarico cabalga hasta Rhegium, frente á la Sicilia, y, siguiendo una antigua costumbre, toma posesión del suelo haciendo una raya con su lanza y diciendo: «¡Hasta aquí se extiende el reino de los Longobardos!» Pero ya los recién llegados estaban semi-civilizados, y bajo su gobierno, como antes bajo el de los Ostrogodos, la sociedad, continuando los trabajos de la agricultura y de la industria, pudo considerarse todavía romana. La península Itálica se hubiera vuelto completamente lombarda si los papas, nombrados por esos conquistadores, no hubieran llamado á los Francos de Austrasia que, bajo Carlomagno, se hicieron los amos de la Europa occidental.

Durante este período de la invasión y del establecimiento de los bárbaros, la Iglesia católica había conquistado una gran potencia material. Impulsada por lo que quedaba de la civilización latina, con la cual formaba cuerpo para lo sucesivo, había penetrado gradualmente por las vías históricas hacia todos los centros de comercio, y desde allí se había extendido á los lugares apartados. La leyenda se refiere de distinto modo, pero de una manera errónea. Según las narraciones de los hagiógrafos, los apóstoles, los compañeros y las compañeras de Jesús desembarcaron en las Galias desde los primeros años que siguieron á la crucifixión, y los habitantes del país merecieron, en cuanto fueron convertidos, el nombre de «hijos

primogénitos de la Iglesia», reivindicado por los católicos franceses. Respecto de los otros países, se refieren historias análogas: los discípulos del Salvador, repartiéndose el mundo, se dirige cada uno hacia la comarca cuya conversión le había sido asignada; hasta hubo



RÁVENA — LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO
Bajo-relieve de una urna bizantina.

uno de ellos, Tomás, que desembarcó en la India sobre la costa de Malabar. Pero la historia, tal como la han revelado las inscripciones y las crónicas, nos muestra que esas conversiones repentinas y milagrosas no existieron más que en la fácil imaginación de los frailes: el cristianismo se propagó de la misma manera que la lengua latina, siguiendo el aparato nervioso que le suministraban los caminos y los mercados. En la Galia se instaló primeramente en las ciudades semi-griegas y romanas de Marsella, Aix, Arles; remontó por el camino del Ródano hacia Vienne, y sobre todo hacia el primer centro, que ejerció en lo sucesivo una influencia positiva: Lyon, punto de

divergencia de los caminos que se dirigían hacia Helvecia, Germania, Bélgica y Bretaña; pero en tanto que se propagaba rápidamente á lo largo de los caminos activamente frecuentados, penetraba con mucha lentitud entre los *pagi*, los «paganos», separados de los grandes



RÁVENA — EL REDENTOR
Bajo-relieve de una urna bizantina.

centros de comercio y conservadores de las antiguas costumbres. El cristianismo naciente en la Galia encontró algunas individualidades cuyo entusiasmo dobló sus virtudes, tal fué San Martín, quien, merced á la influencia de su rectitud, de su justicia y de su bondad, hizo mucho por la unión de los primeros elementos de Francia, desde Tours á Amiens; sin embargo, cuatro siglos después del apostolado de Pablo, las provincias centrales de las Galias eran todavía paganas. El papyrus estudiado por Leopold Delisle nos relata la dedicación de una iglesia fundada en Ginebra, en pleno siglo XVI, sobre las ruinas recientes de un templo pagano, y, no obstante, la ciudad helvética

está situada sobre un camino seguido en todo tiempo por numerosos viajeros [1]. En aquella época se conservaba todavía el paganismo primitivo en alguna región aislada, y en nuestros días se observan prácticas incontestables de su existencia.

Puede afirmarse que, desde ciertos puntos de vista, las regiones de Francia que permanecieron más tiempo paganas son precisamente las que han mostrado más empeño en proveerse de santos patrones. Una octava parte de los municipios de Francia tienen el nombre de un «santo», sin contar los que tienen otra denominación religiosa, original ó alterada. De todos los patrones, San Martín parece haber sido el más popular, ya que cuenta con 238 pueblos bajo su protección: pues la historia del obispo Martín, que vivió al fin del siglo IV, es aquella cuyas fiestas, leyendas y milagros se confunden más con los cultos y los mitos de los dioses anteriores. La capa de San Martín sirvió de estandarte á los reyes francos, pero al asceta cristiano se atribuían también los prodigios del antiguo Wuotan. Las regiones de Francia donde los santos abundan más, son las de la vieja Galia, Bretaña, Vendée, Limousin y Périgord, Auvernia y Cévennes: el departamento que á este respecto se halla en primer término es el del Ardèche (30,5 por 100). Como antes hemos indicado, estas regiones son aquellas cuya vieja población de origen pre-romano y pregermánico representa el fondo conservador por excelencia de la nación: los santos patrones no son más que los antiguos dioses bautizados por la Iglesia.

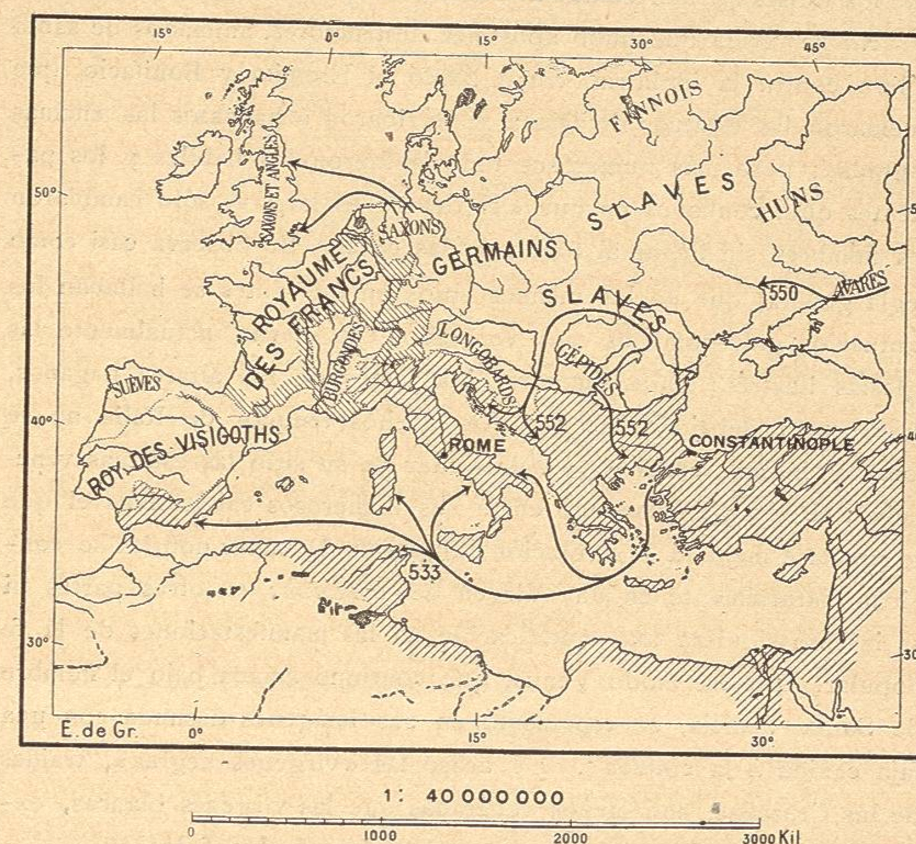
Sobre las fronteras del Nordeste y del Este, que sufrieron fuertemente la influencia de sus inmigrantes germánicos, los nombres de santos no se encuentran más que en la proporción de la vigésima á la quincuagésima parte en toda la serie de los pueblos [2].

Comprendése, pues, de qué modo la unidad aparente de la religión cristiana debía corresponder á una gran diversidad positiva de los cultos en el conjunto de los Estados que reemplazaban al Imperio: cada provincia, cada ciudad conservaba sus dioses, casi siempre disfrazados bajo nombres nuevos, ó al menos modificados por una nueva ortografía. Asimismo los mitos sólo tuvieron que cambiar de traje.

[1] Gaston Boissier, *Revue des Deux-Mondes*, 15 Junio 1866, ps. 998 y siguientes.
[2] P. Joanne, *Dictionnaire statistique et administratif de la France.*

Jesucristo nos aparece en Oriente como otro Mithra, como un Thor en Escandinavia. El árbol de Natividad, que simboliza la esperanza universal de la primavera á través de las nieves del invierno y que debió, en consecuencia, ser consagrado á los dioses paganos que representan las fuerzas victoriosas de la Naturaleza, figura actualmente

N.º 275. Europa de 526 á 552.



Bajo el reinado de Justiniano (527-565), el imperio de Oriente se reconstituye; desde Armenia á la Bética, desde Africa al valle del Po, se hacía sentir la dominación de Constantinopla; pero las invasiones de los pueblos eslavos hacia la península balkánica continúan — el trazado de sus emigraciones está copiado de Andrés Lefèvre, — y de nuevo una horda asiática, la de los Avares, se dirige hacia Europa.

en las fiestas juveniles el renacimiento del año al mismo tiempo que la «natividad» de Jesús en su establo, entre el asno y el buey, los dos ayudas y amigos del labrador pobre. Las leyendas por las cuales los místicos cristianos tratan de elevar sus almas hacia las concepciones elevadas, son también en su mayor parte de origen pagano,

muy anterior al sacrificio del Gólgota. La copa del Santo Grial que contiene las preciosas gotas de sangre divina fué buscada con el mismo ardor por los guerreros celtas de las Galias y de Bretaña, como lo fué después por los caballeros cristianos del ideal; el *pergedour* de Taliesen se ha convertido en el *Parsifal* de Wagner [1]. Alrededor del campanario bajo el cual se reza, las danzas lupercales significan que los dioses no han cedido al Cristo más que la mitad de su reino [2].

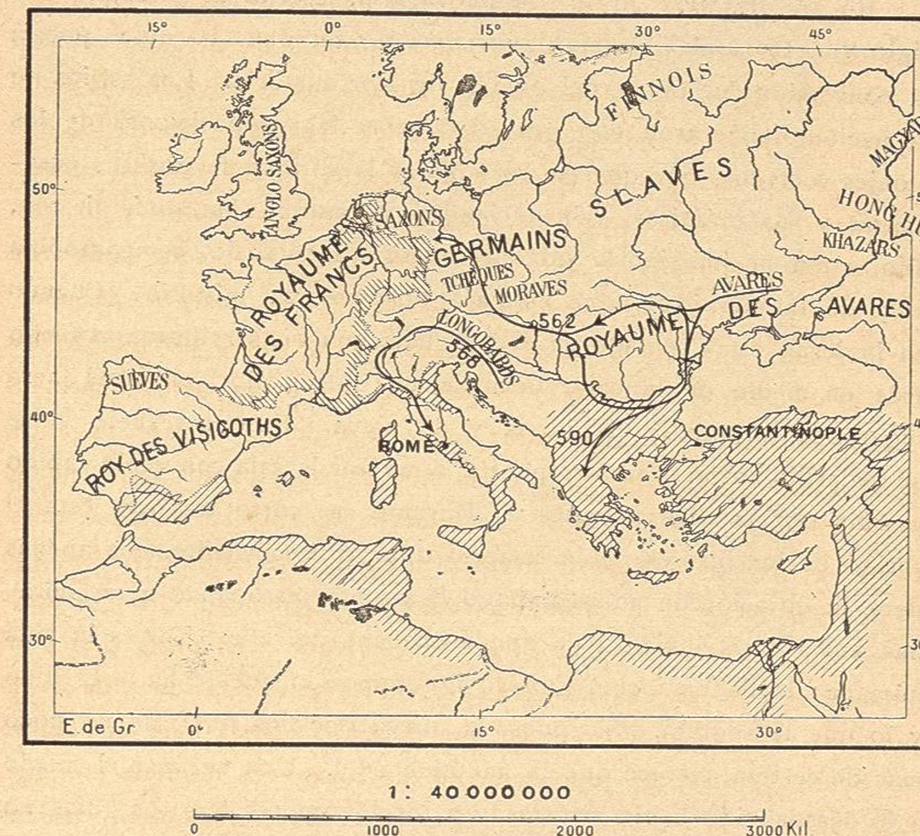
No hay duda que hubo apóstoles destructores, animados de santa cólera contra la idolatría, como Pablo el Eremita y Bonifacio, que quemaron las estatuas de Diana y derribaron á hachazos las encinas sagradas; pero más numerosos todavía fueron los hábiles y los pacientes que, confiados en que «el tiempo es largo», sólo cambiaron los nombres sin llegar al fondo de las cosas. Se observa casi como regla general que en los mismos sitios en que antes se hallaban los santuarios galo-romanos más venerados, se elevan actualmente las iglesias ilustres; para encontrar los restos de los altares paganos, basta cavar debajo del coro. En muchos templos de Italia no se tomaban la pena en el siglo V de quitar de su sitio las estatuas veneradas; se escogía solamente entre sus numerosos calificativos el que se prestase mejor á la evolución religiosa. Demeter nodriza se convirtió naturalmente en una Virgen del *bambino;* en otras partes ni se intentó siquiera una modificación en las manifestaciones de la fe popular. De ese modo Venus, que continuó amada bajo el nombre de Santa Venicia, se representa en sus imágenes desnuda con una faja ceñida á la cintura [3]. ¿Y acaso las «vírgenes negras», traídas de las Cruzadas, son menos veneradas que las vírgenes blancas, expuestas en todas las iglesias á la adoración de los fieles?

Por otra parte, los monjes cristianos encargados de trabajar en la conversión de los ingleses todavía paganos, recibieron del papa Gregorio el Grande la orden formal de facilitar con gran condescendencia la transición del paganismo al cristianismo. Siguiendo una conducta muy diferente de la que había prevalecido en los primeros tiempos de la Iglesia, habían de abstenerse de derribar los santuarios

[1] A. von Ziegesar, *Der heidnische Untergrund der Gralsage.*
[2] Remy de Gourmont, *Revue Blanche*, 1.º Abril 1898, p. 488.
[3] Dureau de la Malle, *Mémoire sur Sainte Venise*, Acad. des Inscriptions; Remy de Gourmont, *Revue Blanche*, 1.º Abril 1898, p. 489.

de los antiguos dioses y limitarse á su purificación, «á fin de que la religión cristiana pudiese celebrar en ellos sus fiestas y aprovecharse de la piedad ciega que impulsaba hacia esos sitios familiares á las multitudes idólatras. Asimismo no han de suprimirse totalmente sus

N.º 276. Europa de 552 á 590.



Según A. Lefèvre, están representadas en este mapa la invasión de Italia por los Lombardos, último movimiento de conjunto de una nación germánica, después la ocupación de la llanura danubiana por los Avares, con incursión hacia el Oeste y el Sud; en lo sucesivo los reinos de la Europa occidental han de digerir sus conquistas y las poblaciones han de acomodarse á su vecindad étnica y á su contorno geográfico.

El territorio del imperio de Occidente está cubierto de un rayado general, el reino de los Francos está limitado por un cordoncillo de rayas cortas.

sacrificios y sus festines sagrados, bastará que se les celebre en lo sucesivo en honor del verdadero Dios y de sus santos... El que quiere ascender á las más elevadas cimas sube paso á paso y no por saltos» [1].

[1] *Epístola XL*, citada y traducida por God. Kurth, t. II, ps. 38 y 39.

Esta prudencia de los propagandistas, ayudada por el movimiento general de las gentes, que veían en la religión cristiana el culto de Roma y sufría, á pesar de todo, bajo esta forma la influencia de la ciudadanía romana, tuvo los resultados más favorables para el éxito rápido de su propaganda.

En su *Historia de la Iglesia inglesa,* escrita al principio del siglo VIII, Beda el «Venerable» refiere en términos de dulce poesía la conversión del rey y del pueblo de Northumbria. Los sabios de la nación deliberaron con gravedad sobre las proposiciones de los monjes romanos, que querían reemplazar la antigua fe por sus enseñanzas y sus prácticas. Un anciano se levantó: «He aquí, oh rey, dijo, cómo me imagino la vida del hombre aquí abajo, comparándola á la de la eternidad, que es para nosotros un misterio. Cuando en invierno estás sentado en el banquete con tus servidores, el fuego arde en medio de la sala, llena de un dulce calor, mientras fuera rugen los torbellinos de lluvia y de nieve. Entonces suele verse un pajarillo entrar por una puerta, atravesar la sala con vuelo rápido y salir por la puerta opuesta. Durante ese corto trayecto está al abrigo de los furores de la tempestad, pero ese instante feliz apenas tiene la duración de un relámpago, y pronto, escapando á tus miradas, entra en el invierno de donde acababa de salir. Tal es la vida humana: brilla un instante, pero ignoramos lo que le ha precedido y lo que le seguirá. Si, pues, la nueva doctrina nos trae un poco más de certeza, merece que la adoptemos» [1]. Una vez más el miedo á lo desconocido había arrastrado á los ignorantes tras los guías no menos ignorantes, aunque sostenidos por una ardiente fe.

Los «portadores de buenas palabras» no dejaban de ejercer inmediatamente una gran influencia sobre los sencillos bárbaros cuyo culto dirigían; reemplazaban á los antiguos magos, á los adivinos y agoreros, y su valor aumentaba por la consideración de que gozaban de la confidencia de los nuevos dioses; su acción se hallaba singularmente engrandecida en las comarcas del antiguo imperio donde, por la fuerza de las cosas, habían llegado á ser los árbitros entre diversas partes de la población. Así fué que en las Galias, los indígenas

[1] *Hist. Ecc. Angl.*, II, 13, trad. G. Kurth, *Origines de la Civilisation moderne*, tomo II, páginas 18, 19.



Museo Guimet — Cl. Giraudon

ANTINOE.—ESQUELETOS DE THAIS Y DEL MONJE SERAPION

lo mismo que los bárbaros, veían en aquéllos administradores naturales y jueces imparciales. A la cabeza de la jerarquía cristiana, los obispos constituían el único organismo de la sociedad atormentada que funcionaba todavía con método y regularidad: eran los jueces, los escribas y los consejeros. Jefes reconocidos por residentes pacíficos entre los que repentinamente se presentaban como invasores bárbaros, llegaron á serlo también de los recién venidos, que necesitaban de intermediarios para regir un pueblo cuya lengua no hablaban y cuyas costumbres desconocían.

Aquel fué el «buen tiempo» de la Iglesia, desde el punto de vista del dominio espiritual. Durante esa primera parte de la Edad Media, las poblaciones bárbaras sólo estaban convertidas al cristianismo por confianza, por decirlo así: en el fondo eran tan poco cristianas que no sabían discutir su fe. Tan distantes se hallaban los neófitos de perderse en definiciones dogmáticas, como Teodosio proclamando la ortodoxia: «Yo quiero que todos mis pueblos sigan la religión que practican el obispo de Roma, Dámaso y Pedro de Alejandría» [1]. Entonces no había herejía, no se elevaba protesta alguna contra las interpretaciones de la voluntad divina, tal como los sacerdotes las promulgaban desde el púlpito. Todo era cándidamente admitido, aun sin darse la pena de creerlo [2]. El espíritu de examen y la rebeldía contra el dogma no habían de renacer hasta la resurrección del pensamiento, en gran parte bajo la influencia de los Arabes y de los Judíos.

Mas como resultado de esa tendencia á la unificación que trabaja incesantemente por nivelar las sociedades y las clases, hubo una mutua influencia entre los bárbaros que se romanizaban por el cristianismo y los cristianos que se germanizaban. Con la invasión de los bárbaros, la misma Iglesia católica se hizo bárbara. Por lo demás, ¿no habían acogido los obispos á los invasores, estipulando, como precio de su corretaje, que serían respetados los bienes eclesiásticos, y no debían tanto mayor reconocimiento á aquellos bandidos que consintieron en entregarles una parte del botín el día de su conversión? La destrucción del Imperio, el envilecimiento y luego el des-

[1] G. Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. II, p. 340.
[2] Raoul Rozières, *Recherches sur l'Histoire religieuse de la France*, ps. 34, 35.

tronamiento de los emperadores dejaban subsistente el poder de los obispos, abandonándoles un reflejo del esplendor imperial y allanaban el camino á esa reivindicación del poder supremo que constituye una parte tan grande de la historia de los papas durante la Edad Media. Sin embargo, cesando de considerarse unida á la civilización greco-latina y acomodándose al medio bárbaro, la Iglesia llegó á asemejársele por su ignorancia; aunque se haya supuesto con frecuencia, no conservó sobre sus altares la llama intacta de la antigua cultura para transmitirla en tiempos mejores á las futuras generaciones. La decadencia era tan completa, que ya no había en realidad lenguas: las de ayer no eran ya comprendidas, las de mañana estaban formándose [1].

Ya bajo la dominación romana, la Galia había sido privada de toda iniciativa intelectual. No impunemente había sido el pueblo decapitado por César, perdiendo un millón de hombres en las batallas y en las matanzas. Las ciudades poseían escuelas donde se enseñaba la gramática latina, y se ejercitaban en la retórica y en la poesía siguiendo los modelos romanos, y si bien es verdad que de esa fraseología no nacían obras originales que revelasen los verdaderos pensamientos de los autores en su lenguaje propio, al menos la palabra era todavía elegante y pura, mientras que después de la caída de Roma la literatura descendió hasta la barbarie; Sidonio Apolinario y Gregorio de Tours, que nos refieren la llegada de los bárbaros, son ellos mismos escritores bárbaros. Y sucede que el horror trágico de esas edades da á tales escritos un gran valor histórico, pero ¡qué diremos de las lucubraciones de los frailes, desprovistas á la vez de toda elevación natural y de todo estilo! Las naciones, privadas de su espíritu, debían rehacerse y preparar largamente nuevos frutos de la inteligencia y el arte: las letras no renacerían hasta la aparición de las novelas, los romances, los *fabliaux*, los cuentos, las sátiras de los laicos y las predicaciones de los heresiarcas.

¿Puede decirse que la Iglesia conservaba con piedad el tesoro de los conocimientos, cuando el papa Gregorio «el Grande», elegido en 560 por el Senado, el clero y el pueblo de Roma, utilizaba inmediatamente su poder para quemar la biblioteca del Palatino, destruir lo que quedaba de templos y de estatuas, expulsar los sabios de Roma y prohibir hasta la enseñanza de la gramática, conocimiento «repugnante» en un obispo y condenable en un laico? Casi todos los libros habían desaparecido. Pepino pidió libros al papa Paulo I, y éste sólo pudo enviarle una miserable pacotilla, algunos manuscritos desordenados é incompletos. Después del paso de los bárbaros y de los cristianos, que menospreciaban el arte bajo todas sus formas, el trabajo literario de seis ó siete siglos se redujo á casi nada: toda la poesía latina, desde Enio á Sidonio Apolinario, cabe en dos volúmenes en folio, pero casi todo el segundo tomo está dedicado á los poetas cristianos. Los Griegos no fueron menos maltratados, la literatura helénica — obras completas y hojas sueltas — ocupan actualmente 61 volúmenes en 16.° [2]. ¿Dónde están, pues, las 200000 obras

[1] Víctor Arnould, *Histoire sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Octubre 1895, p. 421.



EL MONTE CASSINO Y SAN GERMÁN — Cl. Alinari.
(Véase página 389)

[2] Remy de Gourmont, *Le Chemin de Velours*, p. 31.

griegas de un solo ejemplar que contenía la biblioteca de Pérgamo que Antonio regaló á Cleopatra?

El cuidado del estudio, tal como se halla en algunos misioneros, especialmente entre los evangelizadores de la Irlanda, fué un fenómeno muy excepcional, procedente de que en aquellas comarcas lejanas de Roma, la propaganda de conversión coincidía con la iniciativa hacia una cultura superior. Después, cuando el respeto de los manuscritos profanos, de las letras y de las ciencias se manifestó de nuevo en la Iglesia, entre los Benedictinos y otras órdenes religiosas, el movimiento del progreso había renacido en el mundo y se hacía sentir también en la sociedad civil, libre ya de la barbarie grosera de las edades de la invasión.

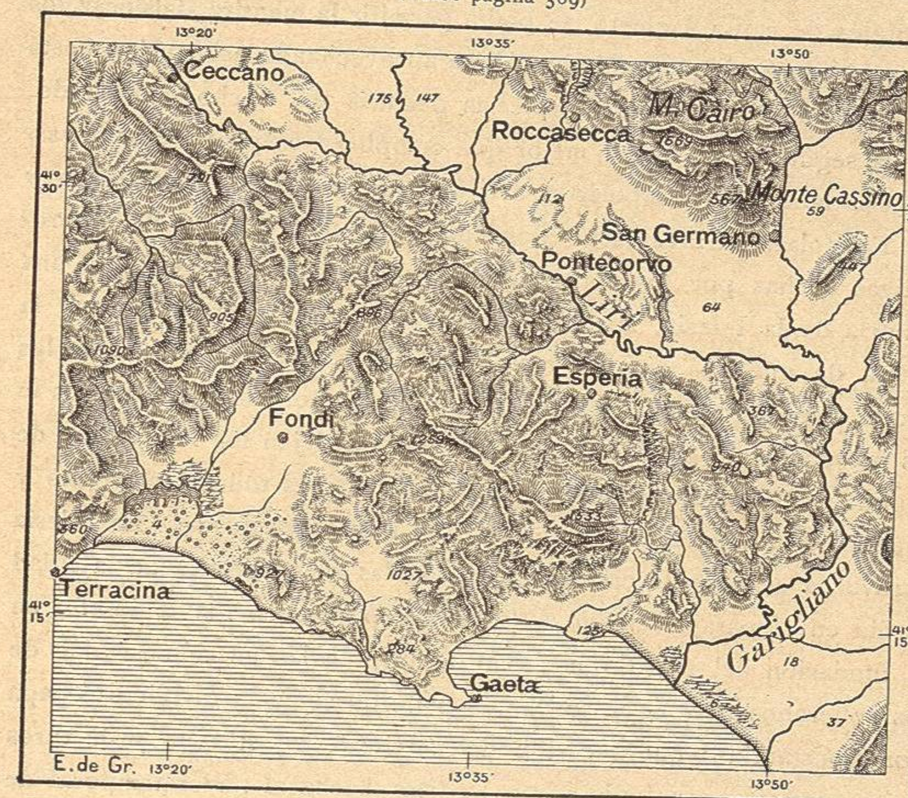
El retroceso enorme del pensamiento que se produjo con el triunfo del catolicismo bárbaro sobre la civilización greco-latina, se manifestó principalmente por la extraña perturbación de todo lo que es historia y geografía: los tiempos, los lugares, todo se vió no más que á través de una bruma de ilusiones y de confusión, hasta de mentira y de perversidad. Lo que los astrónomos y matemáticos griegos habían establecido, desde Tales y Pitágoras, lo que Aristóteles parecía haber aclarado definitivamente, la redondez de la Tierra, se ponía en duda: San Agustín, uno de los más instruídos entre los padres de la Iglesia, no osaba negarla en absoluto [1], mientras que Lactancio se mofa de la idea como ridícula. Respecto del movimiento de la Tierra alrededor del Sol, que á lo menos había sido sospechado por los Caldeos y los Alejandrinos, había caído en completo olvido. El Cosmos, el conjunto armonioso de los astros desenvolviéndose en el espacio infinito, era otra vez una jaula de hierro, un estrecho firmamento que aprisionaba nuestro mundo. Los compiladores no saben ya siquiera citar los autores griegos, Herodoto, Strabon, Ptolomeo: se limitan á reproducir el fárrago de Plinio y las enumeraciones de los autores romanos. Los monjes no tienen otro cuidado que construir la «geografía cristiana», es decir, adaptar groseramente los restos del saber antiguo á la religión revelada [2].

Y sin embargo, existían, tanto en aquella época como bajo la

[1] *Ciudad de Dios*, XVI, c. IX.
[2] Raymond Beazley, *The Dawn of modern Geography*.

dominación romana, hombres que recorrían el Globo; la invasión de los bárbaros no había suprimido el comercio sobre la tierra ni sobre el mar. Gregorio de Tours nos habla de mercaderes que iban de Francia á Siria y de un peregrino que venía de la India del

N.° 277. Desde el Monte Cassino al golfo de Gaeta.
(Véase página 389)



1: 500 000
0 10 20 30 Kil.

Sud á Francia (550), y de barcos indios que iban regularmente á Suez para cambiar mercancías [1]. Desde el siglo VI al VIII se hallan colonias de Sirios en varias ciudades: Marsella, Narbona, Burdeos, Tours, Orleans. Los Judíos comenzaban á penetrar en todas las comarcas de Europa; se señala una comunidad de ellos en Metz desde el año 222. No faltaban, pues, viajeros, sino los observadores y

[1] Raymond Beazley, *Mediæval Trade and Trade Routes*.

los pensadores capaces de sacar algunas deducciones de sus relatos.

La ignorancia universal permitía todas las audacias á los sacerdotes ambiciosos del poder. Puesto que todo prodigio encontraba almas cándidas que lo creyesen y lo atestiguasen con toda firmeza ante los enemigos, puesto que los milagros forjados que interviniendo en la vida diaria parecían fenómenos más normales que las consecuencias naturales de causa á efecto, se podía permitir la mentira, falsificar los textos á placer, jugar con las palabras aprovechando asonancias, hasta inventar mapas y redactar profecías después del hecho profetizado, con la seguridad de hallar, mejor que cómplices, creyentes entusiastas. De ese modo se interpolaron artículos de fe en los Evangelios y las Epístolas, se inventaron donaciones de territorios y de prerrogativas hechas por los emperadores y los reyes, y se escribió una historia de la Iglesia, falsa en todos sus puntos. Verdad es que la crítica de nuestros días ha restablecido la verdad escudriñando los textos, reconstituyendo las fechas, suprimiendo los anacronismos y los personajes imaginarios; pero no por eso dejan los interesados de continuar utilizando en favor de sus instituciones todos los errores y engaños de sus antecesores: en esto no hay prescripción. La Iglesia aprovecha siempre la creencia firme de las generaciones de la Edad Media en el pasaje relativo á Jesús interpolado en Flavio Josefo, en la fundación del papado por San Pedro, en la sucesión regular de los soberanos pontífices, en el homenaje de sujeción dirigido al papa por Constantino, en la cesión del territorio de Rávena y de otros vastos dominios, en Italia y otros países, hecha al poder temporal de la Iglesia por diversos conquistadores y potentados. Muchos herejes fueron quemados por haber expuesto dudas sobre el valor de esas afirmaciones, sostenidas con más empeño que los mismos dogmas de la religión. El historiador no los menciona ya, pero el fiel los cree todavía. Sucede en esto lo que en muchos edificios, en que toda una armazón de hierro se oculta en el espesor de esbeltas columnas, sobre las cuales parecen apoyarse las arcadas con el orgulloso coronamiento de su cúpula.

Al lado de los obispos y del más poderoso de todos ellos, cuya parte en el gobierno de los hombres aumentaba poco á poco, se desarrollaba una nueva institución eclesiástica, el monaquismo, que había de adquirir una autoridad moral mucho más fuerte todavía. Como en otro tiempo entre los Judíos, cuyos profetas, salidos libremente de la nación, participaban de todas sus pasiones, sus dolores y sus esperanzas, y ejercían una acción tan profunda sobre sus compatriotas, los frailes vivían con la multitud, se habían convertido en su alma, mientras que el alto clero hereditario formaba una clase aparte, con sus intereses especiales, que se confundían á veces con los del enemigo. Si en los comienzos de la Iglesia cristiana no se habla apenas de frailes, es que el clero no se había establecido aún de una manera definitiva: se hallaba todavía en el período del peligro y de las persecuciones; no se había verificado la separación de los testigos ardientes de la fe que se lanzaban á la obra de propaganda, y los sacerdotes á quienes su saber, la ilustración de su familia ú otras ventajas aseguraban una posición eminente. Pero en cuanto la Iglesia triunfó oficialmente y una clase eclesiástica aprendió á aprovecharse á sus anchas del dominio moral y material sobre el pueblo, hubo de hacerse una partición en el trabajo de la Iglesia: todo lo que en ella había de natural y de viviente había de surgir de abajo, del seno mismo de las comunidades ardientes y fanáticas.

El monaquismo, muy anterior en Oriente á la evolución cristiana, no había cesado de perpetuarse allí: así como se había transmitido por el vedismo al budhismo y luego al brahmanismo, así también pasó de los Judíos á los Cristianos y del desierto de Edom al de Egipto. Los ribereños del Nilo, á cubierto del sol en la orilla del río, á la sombra de los sicomoros, sienten generalmente un vivo sentimiento de horror hacia el desierto; imbuídos todavía de las mismas supersticiones que sus antepasados, le creen poblado por los genios del mal. Ni la certidumbre de descubrir un tesoro podría decidirles á pasar una noche en una de las infinitas cavernas de los montes arábigos [1]. Y sin embargo, en Egipto se vió á San Pablo y á San Antonio abandonar los placeres y las comodidades de Alejandría para macerarse y sufrir hambre, sed, el calor atroz de los días y el frío de las noches en algún áspero barranco del desierto. Se comprende, pues, la admiración sin límites que suscitó el valor

[1] Georg Schweinfurth, *La Terra incognita dell'Egitto*, p. 11.

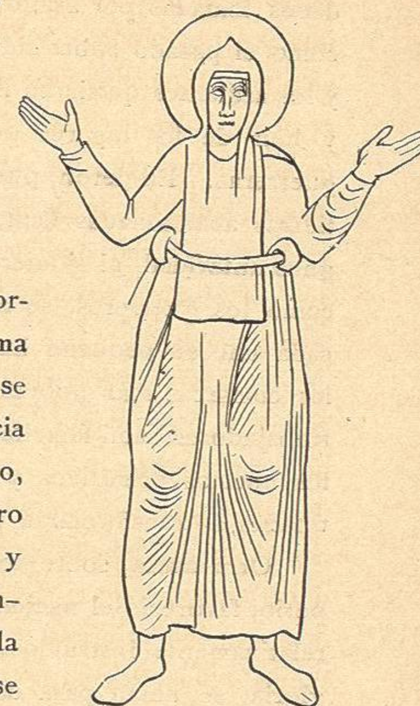
de los eremitas cristianos, que, saliendo del mundo de los vivos, iban en plena soledad á combatir al diablo en persona, sin otras armas que su fe y la eficacia de sus exorcismos. Los primeros fugitivos cristianos sólo emprendieron esa lucha terrible para asegurar la salvación de su alma mancillada por el pecado original y sin cesar amenazada por las tentaciones. «El que queda en su celda, decía San Antonio, escapa á la acción de tres enemigos, el oído, la palabra y la vista; combate solamente con su corazón». La historia legendaria de ese personaje nos muestra claramente cuán grande era su ilusión: cuanto más se quiere huir de los peligros de la vida exterior y más terrible se hace la lucha que ha de sostenerse contra sí mismo; si se libra uno de la dura realidad, las peores alucinaciones se presentan de un modo inevitable.

Esos anacoretas que huían en absoluto del mundo de las tentaciones y del pecado no fueron más que excepciones entre los cristianos: la mayor parte de los que se separaban de la sociedad alegre iban á buscar en común una vida nueva aceptable, y acababan por constituir sociedades populosas. Viéronse nacer en Egipto verdaderas ciudades de monjes que ejercieron considerable influencia sobre la evolución religiosa y política de la comarca. La destrucción de tantas obras del antiguo Egipto, destrucción en ciertos sitios tan completa que causa estupor, se debe á religiosos que obraban en grupos ó aisladamente: templos y ciudades incendiados, vasos de materia dura reducidos á menudos fragmentos, huesos humanos dispersos, triturados, imágenes de los dioses pulverizadas [1], no había nada lo bastante violento para manifestar el odio al cisma y á la idolatría. Más de una vez esos fanáticos religiosos invadieron en pandilla la ciudad de Alejandría y tomaron allí parte en las sediciones y en las matanzas. La bella y pura Ipatía, que fué lapidada en 415 por crimen de filosofía, había sido indicada por los frailes al odio del pueblo.

Las instituciones monacales se esparcieron poco á poco desde Egipto al Occidente; pero aun no tenían razón de ser, y los frailes que se presentaron no fundaron comunidades. Los primeros que se

[1] Albert Gayet, *Coins d'Egypte ignorés*, ps. 5, 20 y *passim*.

vieron en Roma fueron conducidos en visita en el año 340 por San Atanasio. Se les examinó con una curiosidad mezclada de desprecio, pero durante la generación siguiente habían de hallar imitadores en gran número. San Jerónimo, que era un fraile de Belén, dirigía llamamientos á los cristianos cansados de las mundanidades de las ciudades: «¿Qué hacéis en el siglo, vosotros que valéis más que él? ¿Hasta cuándo querréis permanecer á la sombra de las casas? ¿Por qué permanecéis presos á la sombra de las ciudades llenas de humo?» [1].



Bibl. Nac.

SAN BENITO

Dibujo al rasgo de un mosaico antiguo, por Camilli.

Desde los primeros tiempos del nuevo orden de cosas que siguió al régimen de la Roma imperial, en 529, los monjes de Occidente se crearon un centro de acción cuya influencia se hizo sentir poderosamente de siglo en siglo, frecuentemente al servicio del papado, pero también con no menor frecuencia contra él, y en la perfecta independencia que da la conciencia de su poder. Desde la época de la dominación de los Godos, fundó Benito ese monasterio de Monte Casino, que reina orgullosamente sobre su amplia colina sobre la ciudad de San Germano: es indudable que esa posición dominante contribuyó en gran parte al engrandecimiento de la santidad de los Benedictinos en la imaginación de los hombres. «Los monjes de Monte Casino morían todos en estado de gracia», decía la creencia popular, y de hecho la Orden no contaba menos de seis mil individuos que fueron canonizados, más de la cuarta parte de todos los que enumeran las listas hagiográficas.

Las órdenes monásticas del Occidente tuvieron en su mayor parte un origen muy diferente del que produjo el monaquismo oriental. Mientras que los eremitas egipcios no tenían más deseo que la salvación de su alma, y se mortificaban en este mundo, inspirados por

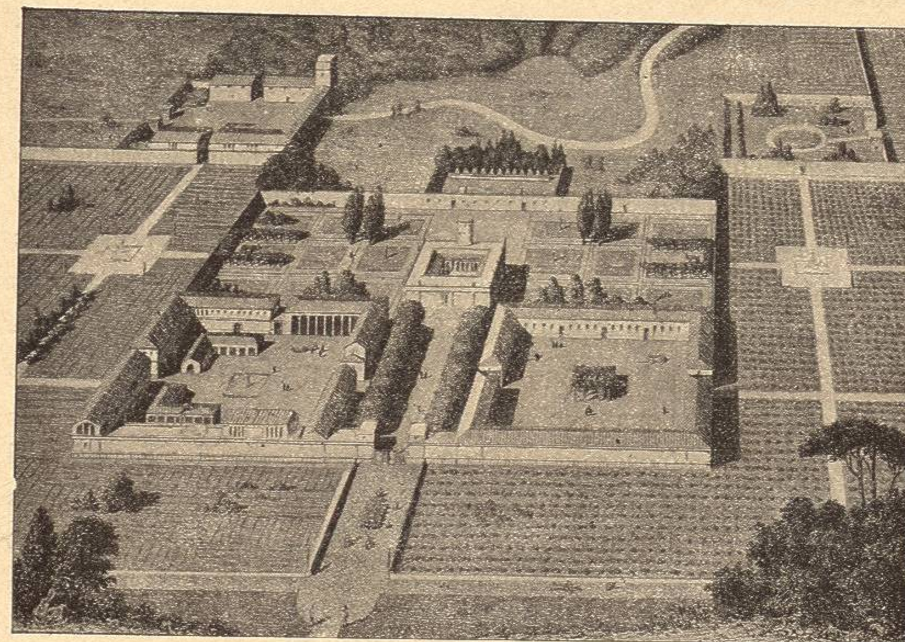
[1] Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. II, p. 418.

la torpe necesidad de sufrir, los frailes occidentales se apartaban de las multitudes urbanas, no tanto para orar y entregarse á la contemplación, como para sustraerse á los peligros de la guerra y de la opresión universal. Habiendo sido devastadas las tierras y las ciudades tomadas por asalto, el porvenir se presentaba tan amenazador como el pasado había sido desastroso, y era natural que los jóvenes y los ardientes quisieran librarse de la beata resignación de los débiles y huir de los lugares peligrosos de paso seguidos por las bandas guerreras. Eligieron, pues, lugares apartados para establecerse sobre tierras abandonadas fáciles de defender, y, sin pedir permiso á ninguna autoridad, ni siquiera á los obispos, grandes señores tan temibles como los guerreros, se agruparon en comunidades libres, aportando cada uno su pequeño haber. Viéronse surgir por todas partes, en las comarcas más pobres y desoladas de Occidente, monasterios de trabajadores semi-famélicos y de una ignorancia perfecta, que fueron los núcleos primitivos y populares de instituciones monacales, destinadas á transformarse profundamente después [1].

Otra causa, sobre todo en las partes más cultas del antiguo imperio, favoreció el nacimiento de las comunidades de frailes: hombres relativamente instruídos, dominados por el recuerdo de la pasada gloria, se unían para conservar lo que podía ser conservado de la antigua sociedad latina. Los monasterios fundados por ellos eran otras tantas Romas en pequeño que se constituían en recintos inaccesibles á los bárbaros, retenidos, por otra parte, fuera, por el respeto, quizá también por el temor, de los sortilegios y de las oraciones mágicas. El retiro escogido por los monjes tomaba entonces el carácter de una quinta romana, sólo que en vez de pertenecer á un patricio rodeado de esclavos, era propiedad de cierto número de socios que ponen en común su pequeño capital y sus esfuerzos para vivir en un bienestar relativo y conservar los goces delicados de la vida civilizada. No trabajaban sus tierras por sí mismos y las confiaban á colonos, mientras que en sus jardines umbrosos, bien protegidos por el recinto cuadrilátero de sus muros, platicaban sobre arte ó filosofía, recitaban estrofas, leían manuscritos que eran herencia del pensamiento

[1] Víctor Arnould, *Histoire sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Marzo 1896, páginas 349, 350.

antiguo. Esos monasterios religiosos fueron en su mayor parte simples transformaciones de las antiguas quintas galo-romanas, tales como las describe Fustel de Coulanges: cada una formaba una pequeña república una é indivisible, que se bastaba á sí misma y poseía todos los cuerpos de oficio [1]. Hasta siglos después de la caída del mundo romano, el convento conservó la arquitectura y la disposición interior de la quinta patricia [2].



QUINTA PATRICIA

Según Ch. Dezobry.

El amor del bien público, la solicitud por los intereses generales quizá tuvieron también su parte en la fundación de los monasterios. Tal comunidad fué sin duda en el origen la tentativa de realización de una sociedad con un objetivo económico que no se relacionaba con la religión más que por sus prácticas tradicionales, de que entonces no era posible prescindir. De ese modo los roturadores de bosques, aunque dándose una constitución monástica, se ocupaban ante todo de la apropiación razonada del suelo; así también los «hos-

[1] G. Tarde, *Les Transformations du Droit*, p. 24.

[2] Ch. Dezobry, *Rome au siècle d'Auguste*, t. III, lettre 81; Raoul Rozières, *Histoire religieuse de la France*, ps. 69, 70.

pitalarios» se asociaban para ayudar á los peregrinos y á los extranjeros: viviendo en el mundo y para el mundo, estaban animados por un espíritu muy diferente del que entregaba á las maceraciones al egoísta anacoreta. Pero la verdadera revolución religiosa y social se hizo por mediación de los monjes caminantes á quienes la «locura de la cruz» impulsaba á la propaganda de la conversión.

Los que más se ilustraron en esta obra fueron los religiosos originarios de la extremidad nord-occidental de Europa. Constituye una de las admiraciones de la historia que Irlanda, esa tierra rodeada por el Océano salvaje y que permaneció completamente fuera de la civilización griega y latina, haya tenido una parte tan considerable en la doble conversión de los Germanos á la religión cristiana y á unas costumbres más cultas. Ese fenómeno histórico se explica por el hecho capital que Irlanda se había librado de la conquista romana; los pueblos de Erin, no habiendo sido rotos ni envilecidos por la servidumbre, como los Galos y los Bretones, habían conservado más iniciativa y empuje, lo mismo que una mayor libertad que los otros cristianos en su manera de creer; fueron verdaderamente civilizadores, muy instruídos y anhelantes de renovación intelectual. El espíritu de libertad que animó á los misioneros y á los sabios de la verde Erin, contrasta con la rutina de servidumbre que se produjo en todos los demás países. Un irlandés, Scot, «Erigene», fué quien protestó contra el dogma del infierno y predicó la salvación final de todos, añadiendo estas palabras: «La razón procede de Dios, lo mismo que la autoridad de la Iglesia; toda autoridad que no se sostenga por la razón no tiene valor».

La independencia de la tradición irlandesa llega hasta sostener que la obra de la conversión de los indígenas á la fe cristiana se hizo, no por mediación de Roma, sino por apóstoles venidos directamente de Asia; según narraciones antiguas, San Patricio, el predicador y patrón de Irlanda, reconocía la supremacía del obispado de Efeso. Por algunos rasgos de su organización eclesiástica primitiva, la isla difiere completamente de los demás países de la Europa occidental. Había «tribus de santos», bandas viajantes de misioneros que trabajaban libremente para renovar la nación. La sociedad se había constituído en gran parte bajo la forma comunitaria;

numerosos conventos, habitados por matrimonios de agricultores y artesanos, formaban otros tantos centros religiosos, que mandaban jerárquicamente á sus obispos [1]. La ruptura con las antiguas instituciones paganas no se hizo tan bruscamente como en otras comarcas del mundo romano, y el mismo San Colomban, el célebre irlandés fundador de la abadía de Luxeuil, abogó con éxito por la conservación del orden de los bardos.

Los apóstoles de Irlanda, muy ardientes por la conversión de los indígenas, reemplazaron gradualmente los druidas sin violentarlos; sin embargo, «las palabras de los misioneros tenían fuerza suficiente para hendir las rocas y derribar los muros». Se cuenta que en 560 una procesión de frailes no necesitó más que sonar unas campanillas para derrumbar las murallas de Tara, residencia del rey de los reyes de Irlanda, así como la trompeta de Josué, dos mil años antes, derribó las murallas de Jericó.

[1] Arbois de Jubainville; — Ernest Nys, *Société Nouvelle*, Mayo 1896, p. 606.



SEGUNDA ROMA. — NOTICIA HISTÓRICA

A la muerte de Anastasio (518), Justino, aldeano tracio, que llegó á ser prefecto del pretorio en Constantinopla, fué elevado al trono; adoptó á su sobrino Justiniano, quien, nacido en 483, le sucedió en 527 y reinó hasta 565. Teodora, chipriota ó siria, se casó con Justiniano cuando era presunto heredero y murió en 548. Los principales generales del emperador fueron el eslavo Kibuld, el huno Mundo, nieto de Atila, el romano Germano (A. Lefèvre), defensores de la línea del Danubio, después Belisario (490-565), que operó en el Este contra los Persas y en el Mediterráneo occidental contra los Vándalos y los Godos, y el eunuco armenio Narsés (472-568), varias veces vencedor de los Ostrogodos y muerto en Roma, patricio de Italia.

Durante los cinco siglos y medio que separan la muerte de Justiniano del paso de los Cruzados á Constantinopla, se sucedieron más de sesenta emperadores, de los cuales sólo citaremos algunos:

Justiniano II, 565-578; Focas, 602-610; Heraclio, 610-641; Constante II, 641-668; Constantino IV, 668-685; León III, 717-741; Constantino V, 741-775; Nicéforo, 802-811; Miguel III, 842-867; León VI, 886-911; Constantino VII ó Porfirogeneta, 919-959; Constantino IX, 963-1028; Alejo Comneno, 1081-1118.

Cosroes el Justo (Khosru, Chosrav Anurchivan ó Anuchirvan, «aquel cuya alma es inmortal»), nacido al principio del siglo VI, sucedió á su padre en 531 y murió en 579. Hormidas III, 579-590; Cosroes II, 590-628; Yezdidjerd, 632-653 — el último de los Sassanidas, — son sus sucesores más importantes.

He aquí algunos detalles sobre otros personajes mencionados en las páginas siguientes:

	Era vulgar	
JUAN CRISÓSTOMO, nació en Antioquía, vivió de	347 á	407
FAHIAN, viajero, ausente de China entre 399 y 414	»	»
NESTORIO, heresiarca, nació en Siria.	380	440
MAZDAK, cismático persa	470	540
TRIBONIO, jurisconsulto, nacido en Panfilia	500	545
HIUEN-THSANG, viajero y escritor, nació en	603	»
estuvo ausente de China de 629 á 645, murió en.	»	688



LA SEGUNDA ROMA

En Bizancio, todo pensamiento libre, sólo por serlo, era una herejía.

CAPÍTULO III

ROMA Y RUM. — EVOLUCIÓN DIVERGENTE DE LOS DOS IMPERIOS. FUERTE POSICIÓN DE CONSTANTINOPLA. — ARMENIOS Y JUDÍOS. SOCIEDAD BIZANTINA. — JURISPRUDENCIA, ARTE, ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO. — CLAUSURA DE LA ESCUELA DE ATENAS. PORTADORES DE ANTORCHAS. NESTORIANISMO. — IMPERIO DE COSROES. — GRIEGOS Y BÁRBAROS.

CUANDO el primer Teodosio, al fin del siglo IV, dividió el imperio en dos mitades, su deseo, lo mismo que el de todos los Romanos, consistía en procurar la conservación para siempre de la unidad nacional para todos los ciudadanos del inmenso œcumeno, entre la desembocadura del Rhin y las del Eufrates; pero ese mundo era demasiado extenso, las provincias que contenía se habían diferenciado mucho las unas de las otras y sus habitantes se habían alterado mucho por infusión de sangre nueva

ó por contacto con naciones heterogéneas, para que el contraste de las dos Romas no aumentase rápidamente y no se transformase, hasta por oposición, en franca enemistad. La personalidad geográfica de cada una de las comarcas, el carácter específico de las poblaciones á las cuales se habían agregado nuevos elementos, la iniciativa del individuo, todos esos factores adquirían un valor de primer orden: á un período de agrupación más ó menos artificial y de unidad aparente, sucedía una era de cristalización local.

En pocos años cambió la lengua oficial del imperio de Oriente; el griego, lengua de los bizantinos, reemplazó al latín importado de Italia. Sin embargo, el genio áspero de Roma impresionó de tal modo á las gentes, que las naciones de Asia continuaron designando el imperio de Oriente bajo el nombre de Roma, «Rum», y todos los cristianos fueron englobados, primeramente por los Arabes, después por todos los Musulmanes, en la multitud de los Romanos ó «Rumi».

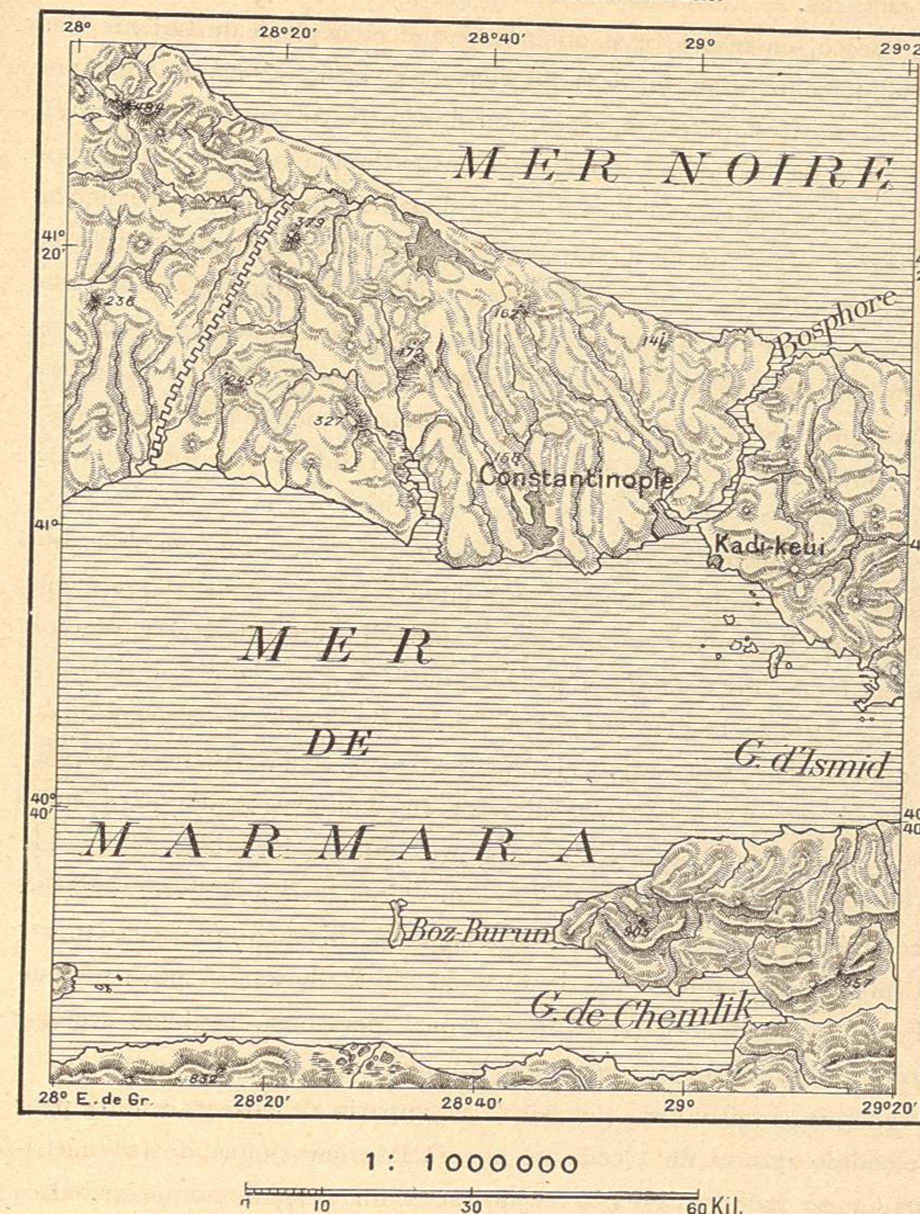
Hasta en China penetró la palabra mágica: los Mahometanos de Tatung-fu, al este de la península de los Ordos, dan todavía á la comarca de la Meca y de Medina, de donde les viene la luz religiosa, el nombre de Farsi (Persia) ó de Rum[1].

Así, aunque la pequeña Grecia hubiese perdido su libertad casi sin resistencia, poseía, sin embargo, un elemento de cultura propia que le permitió renacer y prolongar su existencia bajo una forma nueva durante un espacio de tiempo de más de un millar de años. Constantinopla representaba á Grecia, estaba animada parcialmente de su espíritu, en tanto que la Roma de Italia había cesado, por decirlo así, de ser «romana»: dejando de ser guerrera y dominadora, había perdido su razón de ser, ó al menos no debía recobrarla sino por una misión nueva, la de la preeminencia religiosa. Los Griegos, cuya actividad se hallaba concentrada en la ciudad del Bósforo, habían conservado toda su habilidad primitiva como artesanos, fabricantes, industriales y navegantes; habían continuado formando uno de los centros más útiles de la vida económica, contrastando así con los Romanos, que habían pasado los últimos siglos de su exis-

[1] W. W. Rockhill, *Journey through Mongolia and Tibet*, ps. 13, 14.

tencia en el parasitismo puro y no tuvieron ya siquiera la fuerza necesaria para conservar la prosperidad material en cuanto su ciudad

N.° 278. Constantinopla y el muro de Anastasio.



dejó de ser el foco político del mundo mediterráneo. Más de una vez, durante el curso de sus destinos, en los tiempos de la Edad Media, Roma no era más que una ruina cuando Constantinopla, situada en

la vía directa de Europa á Asia y sobre la vía forzada de los barcos entre el mar Egeo y el Ponto Euxino, se conservaba entre las ciudades poderosas. El trabajo le hacía conservarse á pesar de todos los peligros.

Parece, en efecto, casi milagroso que el imperio de Oriente, tan frecuentemente atacado, invadido, asolado hasta Constantinopla, se haya reconstituído tantas veces, surgiendo de nuevo de su desastre. A toda otra ciudad que no fuera Constantinopla hubiera sido imposible una resistencia de diez siglos á tantas causas de destrucción interiores y exteriores. Ante todo la segunda Roma, convertida en la única á los ojos de los pueblos orientales, adquirió rápidamente ese prestigio extraordinario que valió á la primera su larga duración como centro político, y perpetuarse después como capital religiosa, en virtud de su carácter augusto. Además, la ciudad dispuso siempre de grandísimos recursos en hombres y en riquezas. Por último, y principalmente, la posición geográfica de Bizancio la hacía casi inexpugnable; á menos de disponer de varios ejércitos á la vez, el invasor no podía pensar en bloquear una capital de esta extensión, que ocupa dos penínsulas, que prolonga sus arrabales sobre dos mares y sobre las orillas de dos continentes y dispone de numerosas salidas hacia el mar y hacia la tierra, segura de recibir siempre sus provisiones por uno ó por otro lado. Hasta en pleno sitio la población permanecía alegre y confiada al abrigo de sus murallas y del gran muro de dieciocho leguas de longitud que Anastasio hizo construir desde la Propóntide hasta el Ponto Euxino. Gracias á todas esas ventajas de vitalidad propia y de fuerza defensiva, Bizancio pudo continuar el Imperio Romano, y no siempre sin gloria, hasta la época en que el mundo occidental, principal heredero de Roma, se hubo reconstituído plenamente en un nuevo equilibrio.

Sobre sus fronteras del Norte, el imperio de Oriente estaba peor defendido que el de Occidente contra las incursiones de los bárbaros, y se hallaba además expuesto á un peligro particular. Los pueblos del Norte que, descendiendo de las llanuras de Sarmacia, querían dirigirse hacia el Oeste por el sud de los Carpatos, penetraban sin dificultad en el valle inferior del Danubio, pero se detenían en su marcha en cuanto llegaban á los desfiladeros llama-

dos actualmente «Puerta de Hierro». No hallando ya camino ni senda, habían de torcer á derecha ó á izquierda, y, de ordinario, procuraban tomar los caminos del Sud, que les conducían hacia las campiñas más fértiles, hacia las ciudades más ricas y populosas, hacia el litoral comerciante del archipiélago. Esta barrera colocada á través de la cuenca fluvial provocaba un remolino perjudicial á los



CONSTANTINOPLA — VISTA DEL CUERNO DE ORO Cl. Champagne.

ribereños del mar Egeo y de la Propóntide, porque los valles tributarios del Danubio se levantan en suave pendiente hacia las cumbres de los Balkanes, y tienen numerosos pasos que dan acceso á las llanuras de la Tracia y de la Macedonia.

Bajo la presión de los invasores que disponían de las regiones septentrionales del imperio, los dueños de Constantinopla vivían en continua alarma, y ordinariamente habían de comprar la paz á costa de onerosos tributos. Felizmente para los Griegos, los bárbaros del Norte y del Este que invadían las provincias del imperio no consti-

tuían un cuerpo de nación compacta, eran tribus diferentes, casi siempre enemigas, y era posible oponer las unas á las otras, como en el incendio de un bosque se lanza el fuego contra el fuego. No obstante, durante los períodos de tranquilidad política, algunos afortunados generales bizantinos pudieron rechazar los bárbaros, ó al menos defender valerosamente las fronteras. Bajo Justiniano, durante la primera mitad del siglo VI, fueron erigidas contra ellas ochenta plazas de guerra á lo largo del Danubio, entre Belgrado y el mar.

Al Este, el gran adversario, casi igual en poder, fué el imperio persa. Su posición geográfica era tan fuerte, sobre una meseta bien protegida al Oeste por la múltiple muralla del Zagros y por las fortificaciones avanzadas que se escalonaban al pie de los montes, en la llanura del Tigris, que el imperio de Oriente, todavía mal sentado, carecía de fuerza para tomar una actitud agresiva, que frecuentemente había dado mal resultado á la potencia romana cuando se hallaba en todo su esplendor: más bien se defendía. El premio del vencedor en las batallas era el país intermediario, la región montañosa del Asia Menor y el antiguo Cáucaso. La dinastía de los Arsacidas, destronada en Persia al principio del siglo III, unas veces protegida, otras traicionada por los príncipes de Constantinopla, pudo, á través de las mayores dificultades, sostenerse en Armenia durante más de doscientos años; pero en 428, el último de esos reyes, Varaztad, habiendo sido desterrado en las lejanas Shetland por orden de Teodosio[1], las dos potencias se confrontaron, y el reino, desorganizado y roto, se dividía por pedazos de que alternativamente se apoderaban los beligerantes. Indudablemente esta montuosa comarca, con sus múltiples cordilleras irradiando alrededor del Ararat, posee numerosos reductos y posiciones estratégicas muy buenas para la defensa, pero la historia atestigua demasiado cuán abordable era el conjunto del país de todos lados por valles divergentes.

Los frecuentes desplazamientos de las capitales ó centros principales de población en el Haiasdan, es decir, en Armenia, dan idea de las fluctuaciones que hubieron de producirse durante la sucesión de los siglos, á consecuencia de los ataques de los enemigos, de los

[1] Gobineau, *Histoire des Perses*, t. II, p. 511.

despojos de territorio y de las emigraciones forzadas. Respecto de los primeros tiempos, la leyenda nos dice que el patriarca Noé edificó la madre de las ciudades armenias, la famosa Nakhitchevan, situada en una cuenca intermediaria del Araxa y no lejos de los desfila-

N.º 279. Capitales de Haiasdan.



Además de las ciudades citadas en el texto, están aquí marcadas: Etchmiadsin, centro religioso de los Armenios; Tiflis, capital administrativa de la Transcaucasia rusa; Tabriz, importante ciudad persa, y Maragha, que, en la época árabe, fué un centro intelectual de primer orden.

El Ararat se eleva 5157 metros sobre la orilla derecha del Araxa.

deros á cuyo opuesto lado se halla la gran llanura de la Kura. Después el centro del poder se trasladó más al Oeste, hacia Armavir y su bosque sagrado, donde los iniciados oían su destino susurrado en el follaje de las encinas. Una tercera capital, en el valle del mismo río Araxa, sobre el camino que reune Armavir y Nakhitchevan, fué la ciudad de Ardachir ó Artaxata, cuyas fortificaciones, según ciertos relatos, se elevaron sobre planos trazados por Aníbal, el hombre de

guerra más grande de los tiempos antiguos, quien quiso oponer en este punto un obstáculo infranqueable á los detestados Romanos. Después, cuando las grandes luchas entre Roma y los Partos hicieron de la Mesopotamia el campo de batalla por excelencia, el centro de gravedad del Asia anterior se trasladó hacia los caminos del Tigris



CONSTANTINOPLA : SANTA SOFÍA (532-537)
Los minaretes son de la época turca.

y del Eufrates, y la Tigranocerta armenia — el Amid moderno, según se cree generalmente, — se erigió sobre uno de los montículos que dominan las llanuras fluviales. Las ciudades fuertes de Nisib, al Este, y de Edesa, al Oeste, que disponen de ventajas estratégicas análogas, sucedieron á Tigranocerta como las capitales de Armenia hasta la época en que los Haikanes, rechazados hacia el Norte, se vieron nuevamente obligados á instalar su ciudad principal en la cuenca que les había servido de cuna.

Hasta en la época en que Armenia no estaba ocupada por el imperio de Oriente más que en una corta extensión de su territorio

ó que no conservaba sus tropas sobre ningún punto del territorio, no dejaba de ser una dependencia natural de Constantinopla por el movimiento de emigración, sea temporal, sea permanente, que im-



CONSTANTINOPLA : INTERIOR DE SANTA SOFÍA
Cúpula de 31 metros de diámetro y de 55 metros de altura.

pulsaba á los montañeses hacia la gran ciudad. « Εἰς τὴν πόλιν » « Hacia la ciudad », expresión de que los Turcos han hecho « Stambul », era el grito de innumerables emigrantes. Como en nuestros días, la ciudad del Bóstoro, gran devoradora de hombres, alimentaba incesantemente

su trabajo por importaciones de materia humana procedente de todas las comarcas circundantes: Tracios y otros peninsulares, gentes del Archipiélago, marinos y obreros, montañeses del Cáucaso que vendían sus hijas, Lazes de Anatolia que hacían el servicio del puerto como bateleros y faquines, y sobre todo Armenios, que se prestaban á todos los servicios, desde el de barrenderos de las calles, hasta el de ministros y regentes del imperio.

Entre ellos, la proporción de los que llevaban el nombre de «Judíos» á causa de su religión, pero que no por eso dejaban de ser Arios de Armenia, era ciertamente muy numerosa, porque no ha de olvidarse que cuando la «cautividad» de Babilonia, los conquistadores asirios repartieron sus prisioneros judíos por centenas de millar en los altos valles del Tigris y del Eufrates, en las montañas de la Armenia y del Cáucaso. Los Semitas judíos se habían encontrado así puestos violentamente en contacto con los Arios de Armenia: las dos razas hubieron de participar en los mismos destinos, y por efecto de la propaganda religiosa, á los inmigrantes perteneció durante mucho tiempo la supremacía, y ellos dieron probablemente á este país el nombre de Armenia: era la «Tierra elevada» para los viajeros que llegaban del Sud. Hasta monarcas llegaron á ser los Judíos en toda la comarca del Haiasdan, inclusa la Georgia. Verdad es que la casa real judía, la de los Bagratides, acabó por convertirse al cristianismo tres siglos después del principio de la era cristiana, pero el judaísmo había existido en el país durante más de ochocientos años, y en un período de cuatrocientos treinta años tuvo el primer lugar entre las religiones nacionales. Los Arios de Armenia habían sido, pues, «semitizados» fuertemente desde el punto de vista religioso, y los que entre ellos continuaban practicando el culto de Yahveh, eran, por eso mismo, en Bizancio y en todas las otras ciudades donde les llevaba su vida errante, considerados como pertenecientes á la raza «judía». Así se explica cómo las Susana y las Judith, los Abraham y los David figurados por los artistas italianos de los siglos XV y XVI, presentan caracteres esencialmente arios: frente alta y espaciosa, nariz ligeramente aguileña, cara llena, barba abundante. Ese conjunto de rasgos no recuerda en manera alguna los verdaderos Semitas, tales como se presentan en su país de origen,

especialmente en la Arabia septentrional: cabeza estrecha y alta, nariz curva y barba lampiña.

Poblada de extranjeros que se reclutaban indefinidamente, de generación en generación, en el círculo inmenso del imperio, Constantinopla suministraba á los emperadores una población laboriosa, inquieta, inteligente, ávida, pero por su misma ambición dispuesta á todas las servidumbres; bastaba que se les permitiera enriquecerse. Los amos podían dominarla sin remordimiento, por no tener con ella los lazos que da la comunidad de la raza y de las tradiciones; así realizó Bizancio el ideal de la dominación absoluta. La monarquía tomó un carácter, no solamente sacerdotal, sino divino, por decirlo así. Según la teoría profesada oficialmente, su poder se extendía sobre el mundo entero, abarcando las tierras desconocidas lo mismo que las tierras conocidas y limítrofes; toda independencia era tenida por rebelión. Fuera de la sujeción, ningún pueblo podía esperar ni progreso ni salvación. La rebeldía declarada era el crimen de los crí-



RÁVENA
CAPITEL DE LA IGLESIA DE SAN VITALLI
TERMINADA EN 547

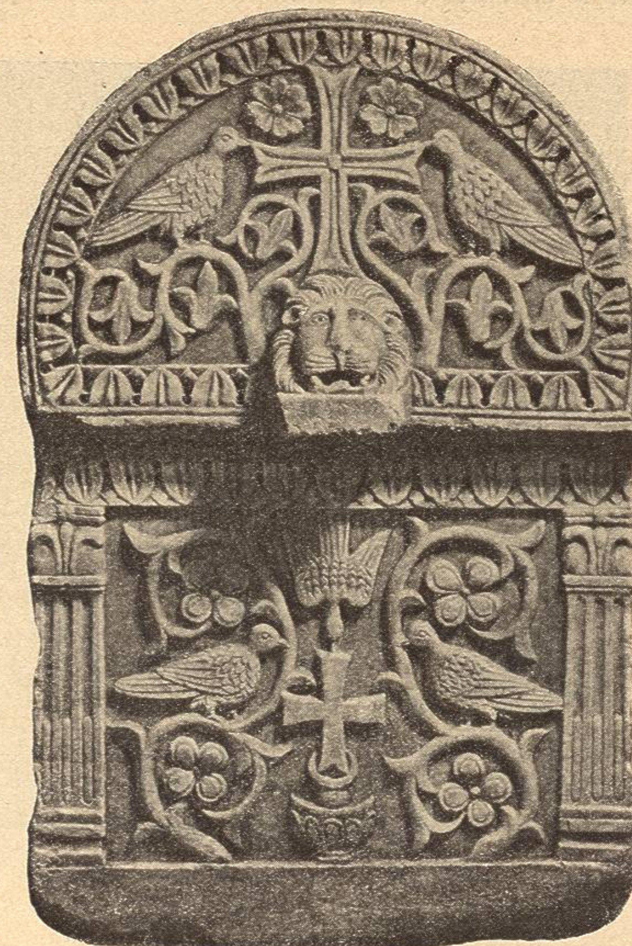
menes: el culpable era anatematizado y su acto se llamaba «apostasía». Los emperadores de Oriente se habían colocado muy por encima del «derecho divino», en virtud del cual se les consideraba como dueños de la tierra; ya no se decían representantes de Dios, sino «Dios» mismo, por su naturaleza y por el consentimiento general [1], y el reflejo del astro descendía sobre los que le rodeaban. Cada uno de los agentes del alto poder estaba investido de una función religiosa, reflejaba un rayo de la divinidad; obtener una situación pública era recibir un sacramento, y el elegido se preparaba por la oración y la comunión. Así se comprende que los monarcas de Occidente, fascinados por esa religión del imperio, hayan tratado de imitar á Bizancio y sufran de lejos su prestigio. Hoy todavía, las prácticas de la administración con sus reglas y sus procedimientos están inspiradas por el espíritu de los funcionarios de Justiniano [2].

Sin embargo, el vértigo se apoderó de aquellas cabezas colocadas tan alto sobre el nivel de los hombres, y los más prudentes de ellos llegaron á cometer actos de locura, de tal modo, que pareció necesario ayudar la imaginación de los bárbaros excitándoles á la adoración, sirviéndose de medios artificiales: á partir del siglo IX, los cortesanos se ingeniaron para presentar escenas mágicas que debían parecer sobrenaturales á los ojos de los extranjeros. A la entrada de un enviado en la sala de recepción, se oía una música misteriosa cuyos acordes acompañaban todos los movimientos de la persona divina: en un momento dado el emperador aparecía como suspendido en el aire y rodeado de una aureola; unos leones de oro se levantaban rugiendo sobre sus pedestales, el follaje de arbustos de metal precioso se agitaba como impulsado por un estremecimiento general y el canto de las aves resonaba en las ramas. No obstante, esos mismos príncipes, ante los cuales sus súbditos caían en adoración y que hacían perecer á los desgraciados culpables de haberles tocado salvándoles la vida, practicaban también gazmoñerías de humildad cristiana: el jueves santo lavaban los pies á los pobres y sobre su dalmática dorada llevaban una *rakakia*, saquito lleno de tierra que

[1] Milenko R. Vesnitch, *Le Droit international dans les Rapports des Slaves méridionaux au Moyen-âge*, p. 13.
[2] Ernest Nys, *Le Développement économique de l'Histoire*, p. 7.

había de recordarles que ellos también no eran más que polvo y polvo habían de volver á ser [1].

Entretenidos por sus cortesanos en el vicio y en la ociosidad, la mayor parte de los emperadores no se ocupaban más que de los escándalos de la corte y de las argucias teológicas. Cada uno de ellos se creía bastante fuerte para discutir las sutilezas del dogma y sondear la profundidad de los misterios; gustaban de reunir los concilios y dictar sus votos á los obispos; mas, como sucede siempre, los que creían guiar en su calidad de «dueños del mundo», en realidad no hacían más que sufrir la presión de abajo. La sociedad cristiana trataba entonces de conocerse, de darse cuenta de su dogma, de saber claramente lo que la distinguía de la sociedad pagana y de la filosofía. Pero, en aquella época, los pueblos de Occidente, arrastrados en la mezcla confusa de las razas que se entrechocaban, eran incapaces de llegar á la conciencia de los grandes problemas; en medio de ese torbellino, no se reconocían. En Oriente, y sobre todo en Egipto, en Siria



RÁVENA — SARCÓFAGO DEL ARZOBISPO TEODOSIO
IGLESIA DE APOLINAR IN CLASSE

[1] Godefroid Kurth, *Les Origines de la Civilisation moderne*, t. I, p. 287.

y en el Asia Menor predicaban y escribían los «Padres de la Iglesia» constituyendo la ortodoxia. Entre los nombres de esos elaboradores del dogma cristiano, el más famoso y al mismo tiempo el más digno de la memoria de los hombres, es el del monje y obispo Juan Cri-



Cl. Alinari.

RÁVENA — EL EMPERADOR JUSTINIANO, SU SÉQUITO Y SAN MAXIMINO
(Mosaico del siglo VI)

sóstomo ó «Boca de oro», que amaba á los pobres y supo permanecer pobre, denunciando heroicamente las malversaciones, las infamias y los crímenes de la corte imperial. Al lado de este gran hombre, otros padres de la Iglesia se hicieron célebres, sea por su valor, sea por su elocuencia ó su saber, pero muchos de ellos, aunque habiendo tenido la fortuna de conservarse bajo el manto de la catolicidad, y aun de figurar en el número de los santos en los anales eclesiásticos, habían introducido interpretaciones arriesgadas en algunos dogmas de la fe; aunque beatificados después, no han dejado de ser herejes. En ese sutil Oriente, heredero de la India, de Persia, de Siria, de

Egipto y de Grecia, comarcas todas en que los pueblos tenían el espíritu igualmente adaptado á los problemas del pensamiento y la palabra ejercitada á las delicadezas de la expresión, las discusiones habían de ser muy vivas y las interpretaciones infinitamente diversas.



Cl. Alinari.

RÁVENA — LA EMPERATRIZ TEODORA Y SU SÉQUITO
(Mosaico del siglo VI)

Las opiniones que diferían de las del rebaño de los obispos, las explicaciones contrarias á los textos que se habían votado ó creído votar en los concilios, brotarían á cientos y á miles. ¿No es todo pensamiento libre, por eso mismo, una herejía?

Así como la autoridad absoluta no podía comprender más que un amo y no admitía más que una forma religiosa, exigía una legislación única para todos los pueblos reunidos bajo su férula. Como heredera de Roma, Bizancio tenía por misión natural resumir las leyes de los Romanos y concentrarlas en un código definitivo. Tal fué la obra especial cumplida, bajo la dirección de Tribonio, por los juristas

de Constantinopla durante el reinado del tracio Justiniano. El código que lleva el nombre de este emperador, las *Institutas*, las *Novelas* y los *Digestos* ó *Pandectas*, constituyen una obra considerable que hace pesar todavía sobre los pueblos modernos todo el peso de la autoridad romana. En el pensamiento de Justiniano, la ley absoluta debía confundirse con la inmutable voluntad del emperador, y los pueblos que viven bajo el doble terror habían de obedecer en silencio; pero ese teórico del deber imperial sin límites estuvo á punto de huir ante su pueblo, con motivo de una revolución que se produjo en el circo entre los cocheros «azules» y los cocheros «verdes» (552): se dirigía cobardemente hacia el Asia, si no hubiera sido sostenido por la enérgica é inteligente Teodora, la famosa cortesana que hizo su esposa, y de quien quizá no haya de creerse todo el mal que refiere la tradición cristiana: incurrió frecuentemente en herejía, gran motivo de odio para el clero.

Intangibles se consideraba á los emperadores, pero la historia nos muestra que el feroz destino no les perdonaba. De ciento nueve personajes que, desde la división del Imperio Romano por Teodosio hasta la toma de Constantinopla por los Turcos, ocuparon el trono, sea como emperadores titulares, sea como colegas ó asociados, sólo cerca de la tercera parte murieron en su lecho; ocho perecieron en la guerra, doce abdicaron, otros doce murieron en la prisión ó en el claustro, tres perecieron de hambre, doce fueron mutilados, veinte envenenados, estrangulados, acuchillados ó precipitados desde una columna [1].

El ideal de Justiniano y de sus legistas consistía evidentemente en fijar la sociedad en la observancia perfecta de las cosas establecidas: todo cambia, pero todo debía permanecer inmutable. Un rey, una fe, una ley, tal era la divisa. Mucho más severo que los paganos de Roma, el emperador cristiano de Constantinopla había prohibido toda especie de emancipación: el esclavo de la tierra quedaba clavado al suelo, por decirlo así; á ningún precio le era posible ser libre. Sin embargo, el empuje griego era todavía bastante enérgico para manifestarse, á pesar de todas las prescripciones imperiales, y la emigración de los artesanos esparcía á lo lejos los conocimientos

[1] A. Rambaud.

y los procedimientos bizantinos en arquitectura, en pintura y en escultura, en el trabajo de los metales y de las gemas; á pesar de sus dueños, el imperio de Bizancio quedó «el intérprete único de la civilización general» [1]. Gracias al genio neo-griego, el arte bizantino, primeramente desarrollado en Siria, que cubrió de bellísimos monumentos [2], se esparció en Italia, sobre todo en Rávena, después en todas las ciudades lombardas, y por último en Francia, donde contribuyó en gran parte al renacimiento del arte ojival. Pero en tanto que la influencia neo-griega se manifestaba todavía poderosamente en los pueblos lejanos, la iniciativa acababa por ser completamente sofocada en el punto de origen. El Estado logró transformar la industria en una serie de monopolios sometidos á su comprobación y examen; los oficios y las artes tomaron un carácter obligatorio, constituídos en verdaderos servicios públicos, sustraídos á la marca personal del obrero. Así como lo atestigua el *Libro del Prefecto*, edicto del emperador León VI «el Filósofo», publicado al principio del siglo X, los colegios profesionales, las uniones de artesanos y de artistas se habían convertido en otras tantas ruedas administrativas. El gran maestre de todas las corporaciones era el prefecto de la ciudad, que representaba al emperador, designaba en su nombre todos los jefes, dictaba todas las resoluciones y pronunciaba todas las sentencias. Hacía las compras de las primeras materias, imponía el modo de fabricación, tarifaba los beneficios y los salarios y daba á todos la delación como el principio moral del buen funcionamiento de las empresas. A las penas ordinarias, confiscación, pérdida de la barba y de la cabellera, flagelación y prisión, se juntaba la prohibición de ejercer el arte ó el oficio [3]: un innovador, un Miguel Angel por el genio naciente, hubiese sido declarado indigno de esculpir y de ejercer la estatuaria.

Así estaban dirigidas las industrias «libres», porque algunas otras eran de monopolio absoluto del gobierno, y éste las ocultaba en sus talleres y en sus cárceles con esclavos por obreros.

Naturalmente el Estado debía pretender también la vigilancia de

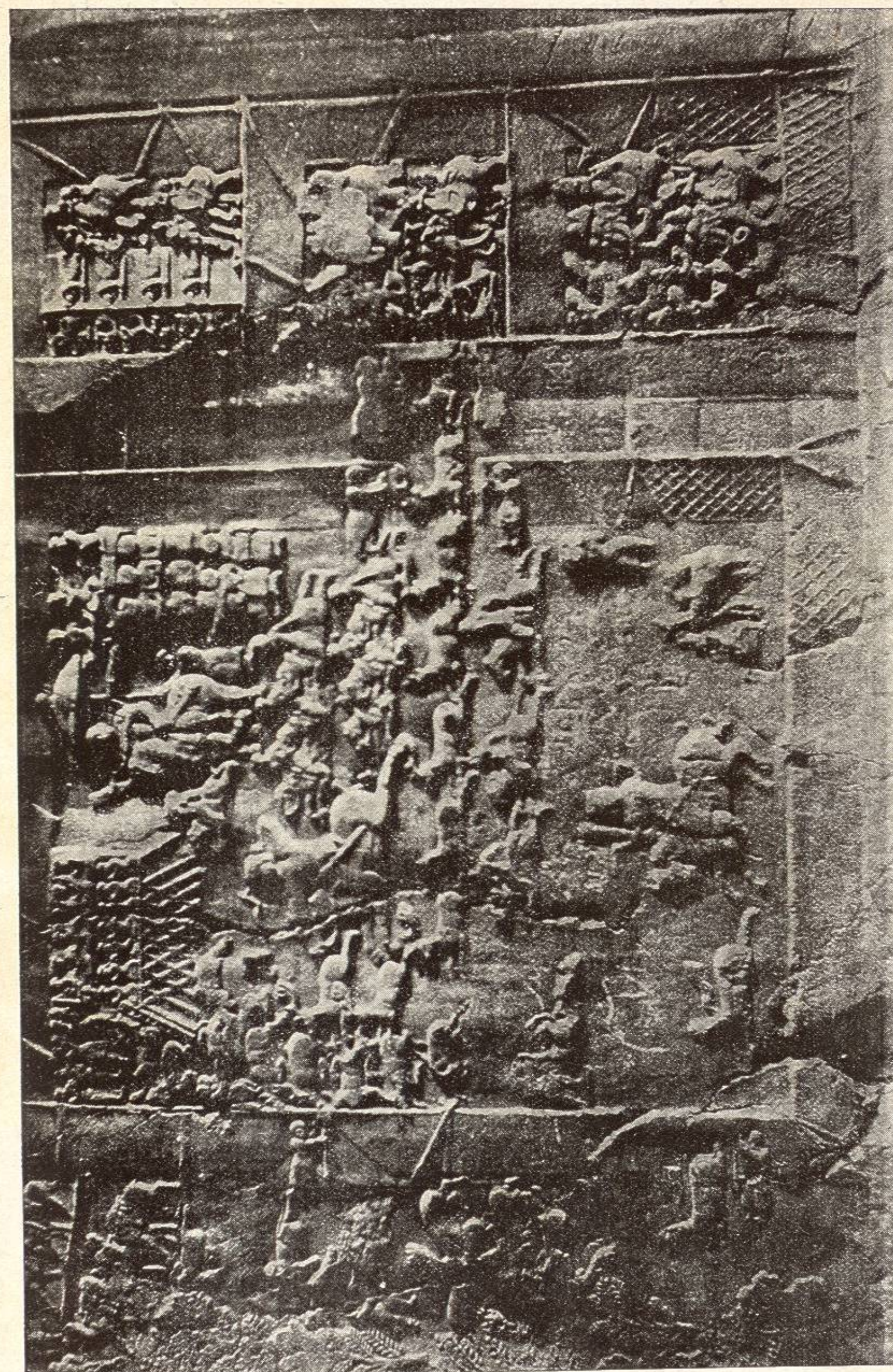
[1] Kondakoff, *Art byzantin*.
[2] Melchior de Vogüé, *La Syrie centrale*.
[3] Jules Nicole, *Livre du Préfet*; — Ernest Nys, *Revue de Droit international et de Législation comparée*, t. XXX, 1899.

la educación y la dirección del espíritu público. Ya uno de los primeros emperadores de Oriente, Teodosio II, estableció en Constantinopla, al principio del siglo V, la primera Universidad propiamente dicha, para la cual escogió treinta y un profesores: tres retóricos y diez gramáticos latinos, cinco retóricos y diez gramáticos griegos, un filósofo y dos jurisconsultos. Bajo la vigilante policía de los emperadores, la enseñanza tomó un carácter cada vez más clásico y tradicional. Gran perseguidor como todos los teólogos y juristas penetrados del sentimiento de su autoridad, el famoso Justiniano no quiso admitir siquiera que el estudio individual pudiese seguir otra vía que la señalada por él mismo; tratando de amoldar la humanidad á sus códigos, lo que logró parcialmente, de tal modo los hombres son de una pasta dúctil, decidió que en lo sucesivo no quedara nada del antiguo paganismo, y no quiso en modo alguno que cristianos sospechosos de respeto hacia los autores clásicos «no iluminados todavía por la fe» se dedicasen á la enseñanza sin su autorización y la de sus obispos.

Justiniano cerró, pues, las escuelas de Atenas que, por respeto al pasado, por veneración hacia los grandes nombres de Esquilo, de Sófocles, de Eurípides, de Herodoto, de Pericles y de Demóstenes, los emperadores de Roma, aunque cristianos, habían respetado siempre. Confiscó sus bienes y los profesores llegaron á temer por su libertad y por su vida; hasta los libros fueron amenazados. La fecha de este acto de autoridad, 529, que es al mismo tiempo la de la fundación del Monte Cassino por Benito, marca uno de los puntos culminantes que separan el mundo nuevo del mundo antiguo: la libertad de pensamiento dejó de existir y habían de transcurrir cerca de mil años en Europa antes que la iniciativa individual la restableciera en parte. Al lado de la destrucción de las obras maestras del arte antiguo por Teodosio (383), del asesinato de Hipatía (415), puede colocarse, como uno de los grandes hechos de la ortodoxia católica triunfante, el cierre de la Escuela de Atenas [1].

Justiniano, lo mismo que otros déspotas prendados de su propia idea, detestaba los «ideólogos», y quizá todas las obras legadas por

[1] God. Kurth, *Les Origines de la Civilisation moderne*, t. II, p. 40; — Hartpole Lecky, *Rationalism in Europe*.



ARTE SASANIDA.—CAZA DE LA GACELA

Según una fotografía de J. de Morgan (Misión arqueológica en Persia)

la antigüedad, la *Enciclopedia* de Aristóteles y los *Diálogos* de Platón hubieran sido quemadas por la mano del verdugo, acaso hubieran sufrido la suerte de Júpiter Olímpico y de tantos miles de otras efigies



Cl. Giraudon.

SACRIFICIO DE UN TORO EN HONOR DEL DIOS MITHRA

divinas que poblaban el mundo de la Grecia, si los fugitivos de Atenas no hubiesen sido protegidos por los embajadores persas y no hubieran encontrado asilo en la corte de Chosrav Anurchivan, «el Rey de los Reyes». En su país de refugio, los filósofos desterrados de Atenas llevaban consigo, por disminuído que fuese, el tesoro del pensamiento griego, agrupaban nuevos discípulos á su alrededor y tra-

dujeron en lengua pehlvie los preciosos monumentos del arte antiguo.

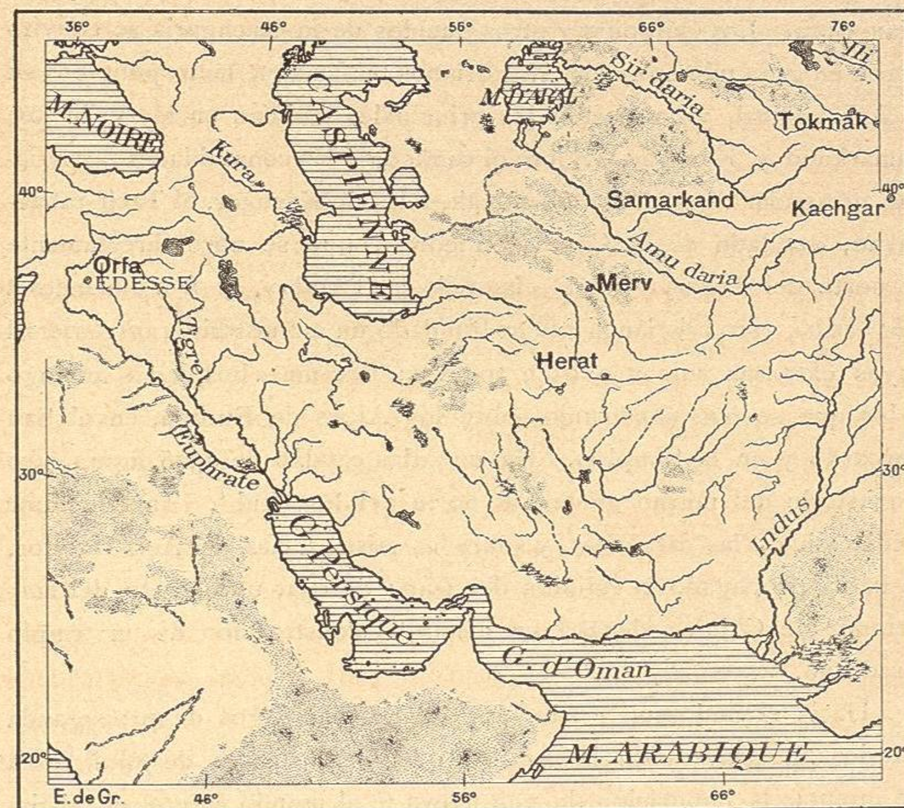
Por una singular ironía de los acontecimientos, á Persia, á los sucesores de Darío y de Xerxes, se transmitió directamente la herencia intelectual de los Helenos. Así fueron noblemente vengadas las derrotas de Salamina y de Maratón: Grecia, incapacitada de defender las obras de su genio, se vió obligada á confiarlas á los hijos de sus enemigos, y en las traducciones persas de Aristóteles y demás escritores griegos hallaron los Arabes la ciencia helénica: traduciéndolas á su vez, pudieron llevarlas á sus escuelas de Bagdad, de Damasco, del Cairo, de Granada, de Córdoba y de Sevilla, y, por esta mediación, las legaron al mundo occidental. Gracias, pues, á los Persas de la época sasanida fué posible el primer Renacimiento después de la gran noche de la Edad Media. Sin ellos, sin su colaboración en la gran obra de la cultura, el mundo de la civilización se hubiera retardado mucho, y, sin embargo, ¡cuán escasos son entre nosotros los que recuerdan con gratitud el servicio que nos han prestado!

Desde el punto de vista de la extensión territorial, el reinado de Justiniano fué la gran época del imperio de Oriente. El general Belisario logró conservar — más á costa de dinero que por la fuerza de las armas — los límites del mundo griego por el lado de Persia, mientras que conquistaba al Occidente toda la costa de Mauritania, poniendo un término á la agotada potencia de los Vándalos, cuya raza desaparecía para siempre de la historia: hasta se apoderó de algunas partes de la península hispánica, anexionó las islas del mar Tirreno y las Baleares á Sicilia, y, triunfo supremo, entró por dos veces en Roma: pudo creerse un instante que la unidad del imperio iba á ser restablecida. Pero las sectas religiosas continuaban disputándose el poder con encarnizamiento, sobre todo en Egipto, en Siria y en la Mesopotamia, y, por otra parte, los bárbaros pesaban siempre sobre las fronteras del Norte y penetraban por todas las brechas imprudentemente desguarnecidas; por último, la «paz eterna» concluída con los Persas era muy precaria y necesariamente habían de estallar conflictos en los puntos peligrosos de contacto.

Una de esas ciudades disputadas, Edessa, la moderna Orfa, era entonces la capital del Nestorianismo, esa secta cristiana que se acu-

saba de monstruosa herejía porque distinguía las dos naturalezas, divina y humana, de Jesucristo, y no reconocía á la Virgen María el nombre de «Madre de Dios». Perseguidos duramente por sus correli-

N.º 280. Centros de propaganda nestoriana.



1 : 30 000 000

0 500 1000 2000 Kil.

El Tchatyr-kul es un lago pequeño, en el primer tercio del camino de Kachgar á Tokmak, al sud del Naryn, afluente del Sir-daria; su altura es de 3410 metros.

El Issyk-kul se halla á 80 kilómetros al este-sudeste de Tokmak y á 1615 metros sobre el nivel del mar.

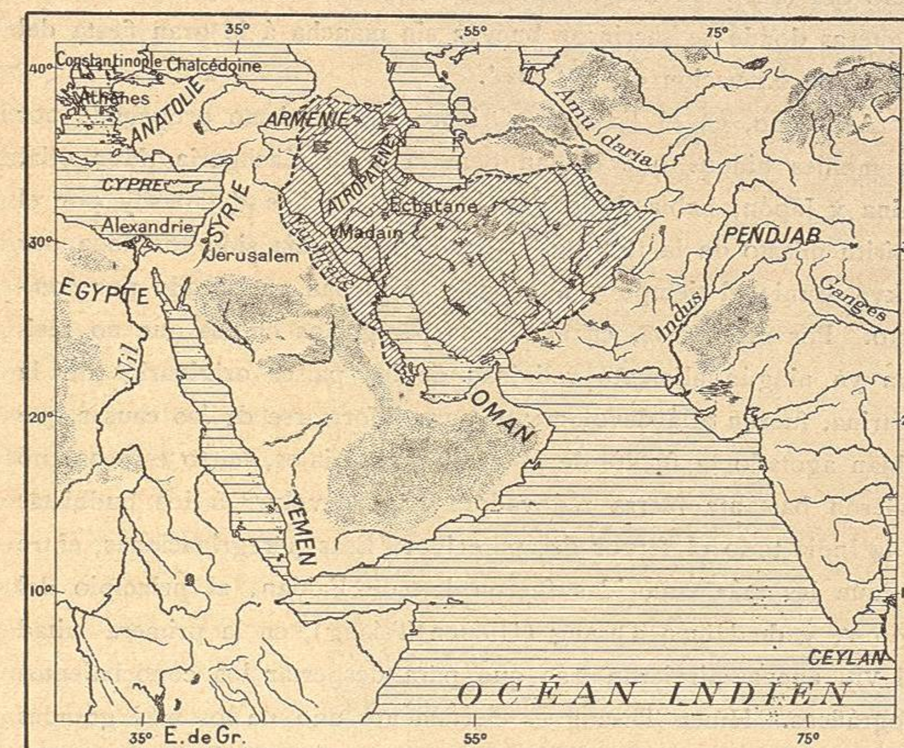
gionarios de la Iglesia «ortodoxa», los Nestorianos hubieron de emigrar, y, gracias á su habilidad en los oficios á que se dedicaban, á su inteligencia en el tráfico, á su espíritu de iniciativa aguzado por la necesidad, estimulados también por el celo de la propaganda, lograron fundar sus iglesias hasta en los extremos de Asia, en la India meridional, en Mongolia y en China. Así, mientras las masas guerreras se

desplazaban sobre todo del Este al Oeste, del Asia húnica y turca hacia las comarcas de Europa, el movimiento de conversión religiosa se cumplía en sentido inverso, de Occidente á Oriente. Llevado por los comerciantes, el culto nestoriano pasó del Irán al Turán, después hacia la vertiente oriental del continente por los collados del Pamir y del Tian-chan. Los Ouigours y otros pueblos de la Kachgaria se convirtieron en gran número. Los Nestorianos tenían siete metropolitanos en el Asia central, y entre ellos los principales residían en Merv, Herat, Samarkand y Kachgar. Sobre el camino de las comunidades nestorianas agrupadas alrededor de Tokmak, á las de Kachgar, al Tach-rabat-davan, «collado de la Casa de Piedra», que se abre directamente al norte del Tchatyr-kul ó «lago de la Tienda», y á 1300 metros más arriba, esos cristianos habían fundado un monasterio-caravanserail cuyas extensas ruinas existen todavía; era un «hospicio» análogo á los que se han construído sobre los Alpes de Europa, en el San Bernardo y en el Simplón. En un atlas catalán de 1375 figura otro monasterio del mismo género al norte del Issy-kul[1]. También por mediación de las caravanas, y sobre las mismas vías del Asia interior, se había propagado la religión del Irán: en 631, un decreto del emperador de China ordenaba, en efecto, la construcción de un templo mazdeano.

Hacia el Sud tuvieron lugar fenómenos análogos de propaganda religiosa. Atravesando la Arabia, que poco tiempo después había de intentar la imposición de una nueva fe al mundo entero, el cristianismo, acompañado de otros elementos de la cultura bizantina, seguía, para ganar las altas tierras de Etiopía, el mismo camino que siguió en otro tiempo el sabeísmo, el judaísmo y el culto de Mithra. Del ángulo sud-oriental de la Península entró, durante el curso del siglo IV, en el continente de Africa por el golfo de Adulis, no lejos del puerto actual que antes sirviera á los Italianos de punto de partida para su tentativa de conquista de las mesetas de la Erytrea. Después, en la época de Justiniano, el camino que por Egipto y el mar Rojo conducía de Constantinopla á Abisinia, fué usado de nuevo; se trataba entonces principalmente de abrir relaciones comerciales entre el Mediterráneo, la India y la China, aparte de los caminos de Persia, que seguía el tráfico de Occidente en Extremo Oriente; era un nuevo aspecto de la lucha que confrontaba los dos reinos sobre el Eufrates. El emperador de Oriente envió embajadores al rey de Abisinia para hacérsele favorable y jalonar la vía del Océano Índico, al mismo tiempo que entraba en negociaciones con los Turcos de la Sogdiana para asegurar al transporte de la seda la vía del mar Negro[1].

[1] G. de Saint-Yves, *Revue Scientifique*, 17 Febrero 1900.

N.º 281. Imperio de Cosroes.



A pesar de esas relaciones con el mundo occidental, la Abisinia no guardó bajo su forma primitiva la enseñanza de los misioneros que habían predicado la religión del Cristo; no había sido traída por suficiente número de emigrantes, ni sostenida por una polémica asaz

[1] Raymond Beazley, *Mediæval Trade and Trade Routes.*

ardiente. Las doctrinas actuales del cristianismo abisinio están evidentemente injertadas sobre un antiguo fondo pagano perteneciente al ciclo de las religiones solares. Esa es la causa por que todas sus iglesias son redondas y sus cuatro puertas se orientan hacia los puntos cardinales; las danzas religiosas se hacen todavía siguiendo el ritmo del sistro de Baal; humean siempre sobre ciertas colinas las hogueras donde se sacrifican bueyes sin mancha á la gran fiesta del Mascal, la Elevación de la Cruz [1].

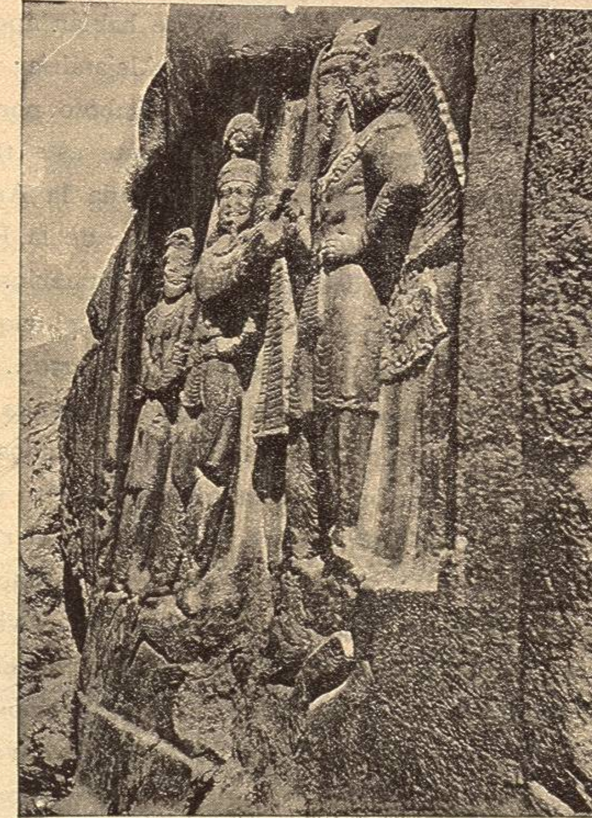
Asimismo, en el Extremo Oriente, el budhismo propagado por los monjes hindus que habían penetrado en Kachgaria, Mongolia, China y Japón, había de diferenciarse en muchos detalles y por el espíritu mismo de la fe primitiva, tal como había sido enseñada por Çakya-Muni: el tiempo y el espacio le habían modificado por completo. Por otra parte, cuando unos peregrinos chinos que no recibían ya ningún alimento religioso de los países originarios de la doctrina, fueron allá devotamente para informarse de las causas que habían agotado la fuente de la verdad, sus viajes, harto escasos, no tuvieron bastante fuerza renovadora para devolver á los budhistas de la India todo el fervor desaparecido. Esas peregrinaciones, entre las que las más conocidas fueron las de Fahian, al principio del siglo V, y de Hiuen-Thsang (Hiouen Tsiang), en la primera mitad del VII, apenas sirvieron más que para despertar los conocimientos geográficos. Hiuen-Thsang es ciertamente uno de los más grandes viajeros que hayan existido jamás. Los eruditos modernos han identificado cierto número de etapas de sus largas peregrinaciones [2].

Por una notable coincidencia, el reino de Persia llegaba al apogeo de su poder en la misma época en que el imperio de Oriente tenía su mayor extensión. Entre esos dos grandes Estados, cuyos pueblos profesaban religiones diferentes, la una y la otra en su período de propaganda agresiva, la rivalidad fatal debía con frecuencia exacerbarse llegando á ocasionar hasta la guerra. A mediados del siglo VI, la ventaja era de los Persas, que tenían entonces por rey al famoso Khosru (Cosroes) el «Justo», el soberano estudioso, el protector de los filósofos

[1] J. Theodore Bent, *Report on the 63 d. meeting of the British Association*, Nottingham, Septiembre 1893, p. 557 y sig.

[2] Véase A. Stein, *Report on a Journey... in Chinese Turkestan*, 1901.

atenienses y de los letrados hindus. Con justicia pudieron los artistas persas esculpir repetidas veces sobre las paredes del Zagros que miran á Occidente figuras colosales de Khosru, dominando con soberbia las llanuras de Mesopotamia. El «Rey de los Reyes» continuó la tradición de los Daríos, de los Artaxerxes y de Sapor, poniendo su pie sobre el cuello del emperador Valeriano. Khosru hizo también sentir su fuerza en la dirección de Oriente, y hasta mucho más lejos que ninguno de sus predecesores. Mientras que sus tropas penetraban en la parte inferior de la cuenca del Indo, una de sus flotas bogaba hacia las costas de Ceylán para vengar las injusticias de que habían sido víctimas unos mercaderes persas [1]. Al Sud, los ejércitos de Khosru, caminando á lo largo del mar Rojo, alcanzaron las montañas de la Arabia Feliz, tan pocas veces visitadas por los conquistadores. En aquella época crítica en que las diversas religiones y sectas cristianas, gnósticas y mazdeanas se disputaban la preponderancia, en que Mazdek predicaba sus reformas comunitarias sobre la meseta de Irán, esas campañas del rey de los Persas en Arabia contribuyeron mucho probablemente á la fermentación moral que preparó el nacimiento de una fe nueva, con admiración del mundo.



REYES SASANIDAS ESCULPIDOS SOBRE LAS ROCAS DEL ZAGROS
Fotografía de J. de Morgan. (Misión arqueológica en Persia).

[1] J. T. Reynaud, *Mémoire sur l'Inde*, p. 86.

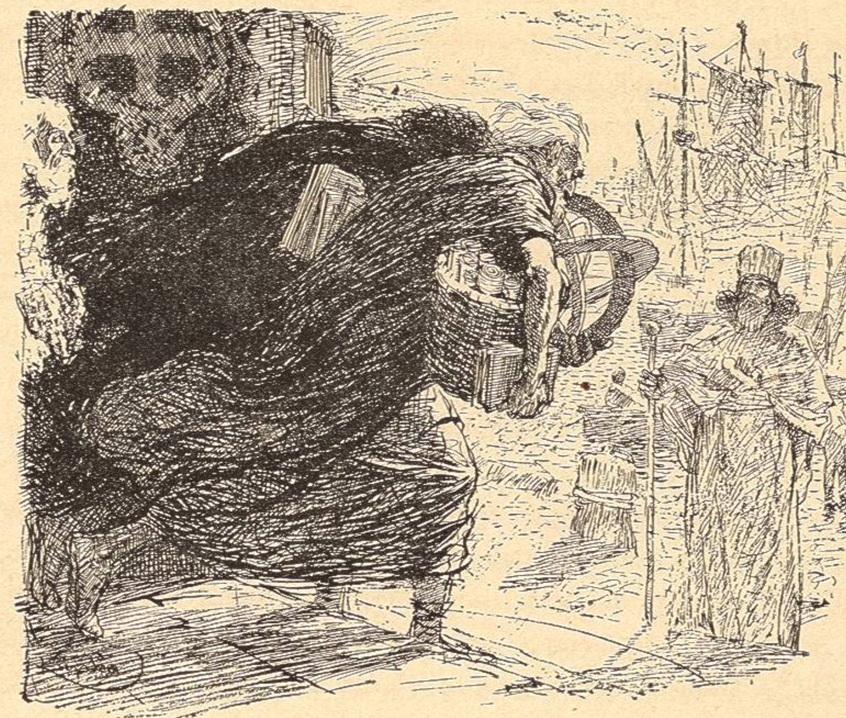
Al principio del siglo VII, los dos imperios, el de Bizancio y el de Persia, chocaban de nuevo, representados, al menos durante una parte de la lucha, por dos famosos campeones, Khosru, segundo de ese nombre, y el griego Heraclio. En 616 parecía inevitable la ruina de Constantinopla. Los Persas se habían apoderado del Asia Menor y de la Siria, y ocupaban hasta Alejandría; en Jerusalem se habían hecho dueños de la «cruz», el símbolo por excelencia del cristianismo, y se transportó triunfalmente este trofeo á una ciudad del Azerbeidjan; después atravesando toda la Anatolia, llegaron á establecerse en Calcedonia, casi enfrente de la Roma de Oriente, y navegaban á través del estrecho. Los pueblos del Norte, Búlgaros y Avaros, acudían ya para participar en el saqueo: Constantinopla se hallaba encerrada en un círculo de hierro...

Los Búlgaros, «la nación más censurada por la historia, ante la cual los Hunos pueden pasar por civilizados» (A. Lefèvre), habían hecho su aparición desde antes del año 500 sobre las orillas del Danubio [1] y casi cada invierno atravesaban el río en busca de esclavos y de riquezas; se cita especialmente la incursión de 538, en que, asolando la península hasta Corinto, se volvieron hacia los Cárpatos con 120000 prisioneros. Después, cuando el imperio de Oriente se fué habituando á esas depredaciones periódicas, sobrevinieron los Avaros, otro pueblo húnico. Hacia 550 atravesaron el Dniestr; veinte años después, en una especie de alianza con los Longobardos, pasando en aquella época á Italia, formaron, desde el Theis al Cáucaso, un vasto imperio con el cual tuvieron que contar más de una vez los príncipes del Bósforo.

Pero gracias á ese contacto íntimo Bizancio llegó á ser para el mundo húnico y eslavo lo que Roma había sido para el mundo germánico [2]; de hordas siempre en movimiento, hizo poblaciones sedentarias agrícolas; á los paganos sanguinarios enseñó las formas de la religión cristiana y dió una lengua literaria á todos esos ignorantes. Los Servios son un ejemplo de la influencia civilizadora de Constantinopla [3]. Obligado por el peligro, Heraclio apeló á esas tribus eslavas

[1] Véanse los mapas números 269, 270, 275, 276 y páginas 347, 351, 377 y 379.
[2] Fr. Harrison, citado por J. Morley, *Nineteenth Century*, 1904.
[3] Ad. Avril, *La Serbie chrétienne*.

que habían avanzado desde el Norte hasta el valle del bajo Danubio. Los Servios habían oído también hablar de los dulces países del Mediodía, de sus cosechas abundantes, de sus sabrosos frutos, de las riquezas de las ciudades, y naturalmente, trataban de disputar su posesión á los conquistadores de lengua avaria. Divididos en bandas independientes las unas de las otras, y demasiado débiles aisladamente para intentar la conquista del imperio en provecho propio, eran bastante fuertes para defender enérgicamente los territorios cuya concesión definitiva se les hacía, á condición de obrar de concierto con el emperador. Convertidas en aliadas y protectoras del imperio, las tribus eslavas se envanecieron pronto de la importancia de su participación en la civilización de la comarca, y se hallaron así favorablemente dispuestas para adoptar la religión cristiana que se profesaba en los territorios que les rodeaban. Así los Servios se hicieron Griegos.



ÁRABES Y BEREBERES. — Noticia histórica

Mahoma (ó mejor dicho, Mohammed, el «Alabado»), nació en la Meca en 571, se casó con la rica viuda Khadidja en 596, y comenzó á proclamar la nueva religión hacia 610. Ante la hostilidad de la poderosa familia de los Koraichitas, de la que sin embargo formaba parte, se retiró á Medina (la huída, *hidjret*, la hegira, fijada ulteriormente en el 11 de Junio de 622); después de una serie de luchas, apoyado por varias tribus de los alrededores, entró como vencedor en la Meca en 630; dos años después murió en Medina.

Después de Mahoma, Abu-Beker (632-634), Omar (634-644), Othman (644-656) fueron «kalifas» (sucesores) elegidos é insustituibles; pero Ali (656-661), como Othman, yerno de Mahoma, tuvo un competidor, Moaviya, quien, habiendo asesinado los hijos de Ali en 661, fué kalifa único hasta 680. Habiendo reemplazado el régimen monárquico al principio de elección, los Omeyas, miembros de la familia de Moaviya, reinaron en Oriente hasta el 750 y en España hasta el 1031. De 750 á 1258, la familia de los Abbassidas ocupó la dignidad de Comendadores de los creyentes al este de Egipto; entre ellos, Harun-al-Rachid (766-809) y Al-Mamun (813-833) son los más célebres.

La Arabia había abrazado el Islam antes de la muerte de Mahoma; los anales no están de acuerdo sobre el detalle de las marchas y contramarchas de los Arabes y de los Griegos y no pueden considerarse las fechas siguientes como indiscutibles. Parece que Damasco abrió sus puertas en 635; la batalla de Kadesiyeh (Kadesia), que decidió de la suerte de Persia, tuvo lugar en Febrero de 637, pero la meseta de Irán se ocupó progresivamente en los años siguientes. Este mismo año, 637, Jerusalem y Nisib aceptaban la dominación árabe. Amru se apoderaba de Babilonia de Egipto en 640, de Alejandría en 641 y de las riberas del Mediterráneo hasta Trípoli en 642, vigésimo año de la hegira.

ÁRABES Y BEREBERES. — Noticia histórica

Mahoma (ó mejor dicho, Mohammed, el «Alabado»), nació en la Meca en 571, se casó con la rica viuda Khadidja en 596, y comenzó á proclamar la nueva religión hacia 610. Ante la hostilidad de la poderosa familia de los Koraichitas, de la que sin embargo formaba parte, se retiró á Medina (la huída, *hidjret*, la hegira, fijada ulteriormente en el 11 de Junio de 622); después de una serie de luchas, apoyado por varias tribus de los alrededores, entró como vencedor en la Meca en 630; dos años después murió en Medina.

Después de Mahoma, Abu-Beker (632-634), Omar (634-644), Othman (644-656) fueron «kalifas» (sucesores) elegidos é insustituibles; pero Ali (656-661), como Othman, yerno de Mahoma, tuvo un competidor, Moaviya, quien, habiendo asesinado los hijos de Ali en 661, fué kalifa único hasta 680. Habiendo reemplazado el régimen monárquico al principio de elección, los Omeyas, miembros de la familia de Moaviya, reinaron en Oriente hasta el 750 y en España hasta el 1031. De 750 á 1258, la familia de los Abbassidas ocupó la dignidad de Comendadores de los creyentes al este de Egipto; entre ellos, Harun-al-Rachid (766-809) y Al-Mamun (813-833) son los más célebres.

La Arabia había abrazado el Islam antes de la muerte de Mahoma; los anales no están de acuerdo sobre el detalle de las marchas y contramarchas de los Arabes y de los Griegos y no pueden considerarse las fechas siguientes como indiscutibles. Parece que Damasco abrió sus puertas en 635; la batalla de Kadesiyeh (Kadesia), que decidió de la suerte de Persia, tuvo lugar en Febrero de 637, pero la meseta de Irán se ocupó progresivamente en los años siguientes. Este mismo año, 637, Jerusalem y Nisib aceptaban la dominación árabe. Amru se apoderaba de Babilonia de Egipto en 640, de Alejandría en 641 y de las riberas del Mediterráneo hasta Trípoli en 642, vigésimo año de la hegira.

La conquista de Chipre data de 647; las de Rodas y de Nubia, de 651; Ghadames fué ocupada en 668; un primer bloqueo de Constantinopla por los Arabes fué proseguido con más ó menos ardor durante siete años, 669 á 675; Cartago fué tomada en 699; Tarik atravesó el estrecho de Gades en 711; el encuentro de Carlos Martel y Abd-er-Rahman en las llanuras de Poitiers data de 752; de 831 á 878, las principales ciudades sicilianas se sometieron á los Arabes y varios puntos de la costa italiana al fin del siglo IX.

Kufa se fundó en 637, Basrah en 640, Kairouan en 670, Bagdad en 762, Fez en 808. La España mora no reconoció jamás los Abbassidas, el Maghreb se hizo independiente desde el año 800, y el valle del Nilo no depende ya de los kalifas de Bagdad desde 870.

Entre los poetas, escritores, sabios y viajeros árabes, solamente citaremos algunos de los más conocidos:

	Era vulgar
TABARI, historiador, nacido en Amol, Persia	839-922
MASSUDI, viajero é historiador, muerto en el Cairo	956
FERDUSI ó FIRDUZI, poeta persa, nacido y muerto en Thus	933-1025
AVICENA, filósofo y médico, Bokhara	980-1037
HARIRI, literato, nacido y muerto en Basrah	1054-1122
ALGAZEL, filósofo, vivió en Siria y en Persia	1058-1111
OMAR KHEYYAM, poeta y matemático, muerto en Nichapur	— 1124
EDRISI, viajero y geógrafo, nacido en Ceuta	1099-1164
AVERRHOES, filósofo y médico, nacido en Córdoba, muerto en Marruecos	1100-1198
ABU-EZRA, judío español	1119-1174
ABD-AL-LATIF, viajero, nacido en Bagdad	1161-1231
ABU-EL-FARIDH, poeta, Egipto	1181-1234
SAADI, poeta persa, nacido y muerto en Chiraz	1184-1291
ABULFEDA, geógrafo é historiador, nacido en Damasco	1273-1331
HAFIZ, poeta persa, nacido y muerto en Chiraz	1388
IBN-KHALDUN, historiador, nacido en Túnez, muerto en el Cairo	1332-1406



ÁRABES Y BEREBERES

Los límites desaparecían ante los Arabes; el suelo se convertía en el patrimonio común de la tribu, cuyos miembros quedaban hermanos y afiliados por la fe.

CAPÍTULO IV

EXTENSIÓN RÁPIDA DEL ISLAM. — PROPIEDAD COMUNITARIA.
CARÁCTER ANÁRQUICO DEL ÁRABE. — FATALISMO.
EFECTOS DE LAS VICTORIAS MUSULMANAS SOBRE BIZANCIO Y PERSIA.
CHIITAS, ICONÓDULOS, ICONOCLASTAS.
CONQUISTA DE MAURITANIA. — INVASIÓN DE ESPAÑA.
SARRACENOS EN FRANCIA. — CIENCIA ÁRABE. — FRENESÍ DE LOS VIAJES.
EQUILIBRIO DE LAS FUERZAS.

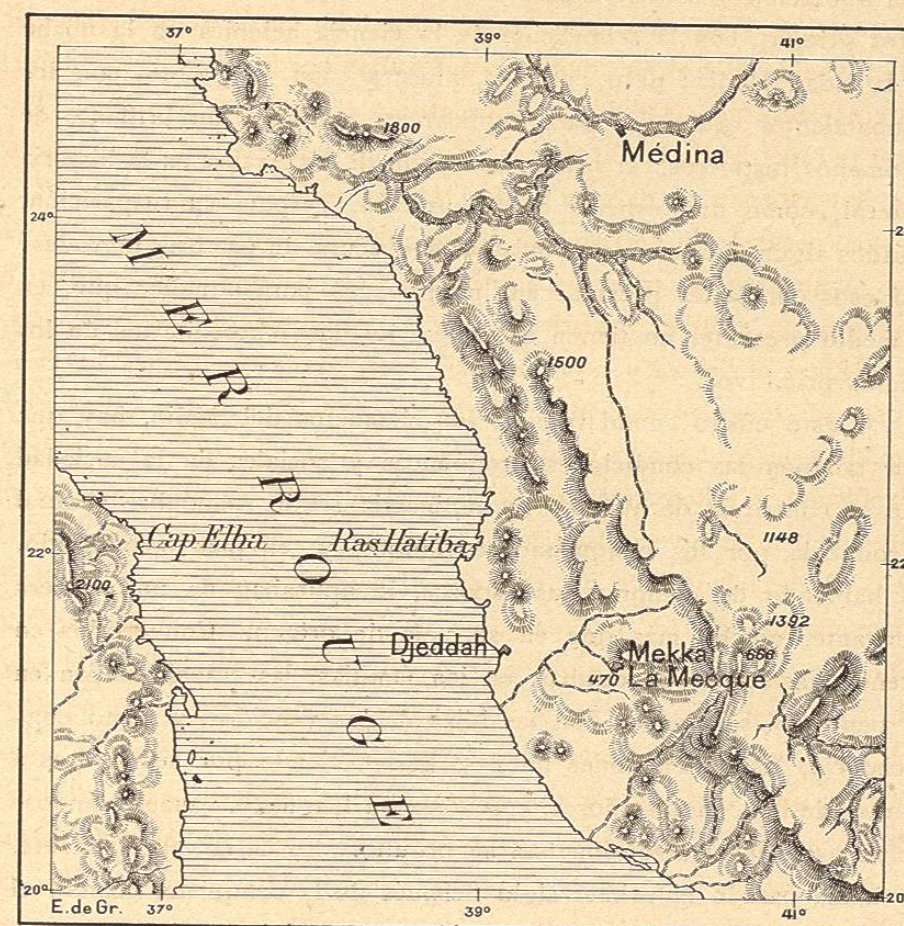
EL imperio de Oriente tenía entonces gran necesidad de consolidar su estructura en la mitad europea de su territorio, porque del lado del Asia surgía un nuevo enemigo, el Arabe, poco menos temible para los Bizantinos que para los Persas. En 632, diez años después de la hegira de Mahoma, y el año mismo de la muerte del profeta, salían los Arabes de su península para pro-

pagar por el mundo la fe en el único verdadero Dios, y Khaled, la «Espada de Allah», ganaba sobre los Persas la primera batalla campal. Las victorias se sucedían como por encantamiento. Toda la cuenca del Eufrates y después toda la Siria cayeron en poder de los Mahometanos; el templo de Jerusalem se transformó en mezquita. Húndese el imperio de los Sassanidas, y, como consecuencia, la dominación de los Arabes se hace sentir hasta en la India. Después fué invadido el Egipto, siendo pronto anexionado, y los vencedores, internándose al Oeste entre el desierto y el mar, avanzan hasta Trípoli por detrás de la Cirenaica. Nueve años bastaron para constituir un imperio más vasto que el de Constantinopla.

Á pesar de la persistencia de los odios y de las venganzas entre las familias y las tribus, las primeras conquistas del mahometismo tuvieron un carácter verdaderamente explosivo que le dieron las imaginaciones ardientes y las repentinas energías de los Arabes arrastrados desde luego en su órbita. Aquellos pastores, aquellos camelleros, aquellos mercaderes se convirtieron de golpe en ardientes propagandistas, y todos, por una sola voluntad, por un solo ímpetu, se precipitaban á la conquista del mundo para someterle á la verdadera fe. En la historia de las conquistas, nada iguala á la maravillosa campaña de Khaled, que parte de la Arabia con algunos miles de hombres, sin más víveres que un poco de harina contenida en el saco de cada guerrero, sin carros, sin municiones que dificultasen su marcha, y que, no dejando cadáveres ni rezagados en el camino, corre durante siete días y siete noches á través del desierto, en la anchura de un millar de kilómetros, para aparecer de repente ante Damasco y dispersar los Griegos de Heraclio. Semejante energía, que parece milagrosa, sólo puede explicarse por un fanatismo colectivo: todos los individuos en el ejército entero sólo tenían un alma. Y las conquistas musulmanas, en su prodigioso movimiento de expansión, al Oriente hasta las Indias, al Nordeste hasta en las estepas de los Turcomanos, al Norte en el imperio bizantino, al Oeste hasta las orillas del Atlántico y más allá de los Pirineos, ¿podrían explicarse si los invasores no hubieran estado poseídos de ese furor sagrado que da previamente la victoria? Sin duda habíanse elevado sobre sí mismos por una fe absoluta en el milagro; así fué como después, los Espa-

ñoles arabizados, en sus prodigiosas luchas contra los Aztecas, los Toltecas ó Quichúas del Nuevo Mundo, veían siempre un Santiago de Compostela ó una santa Virgen combatir delante de ellos en el cielo y excitarlos á la matanza.

N.º 282. País de la Hegira.

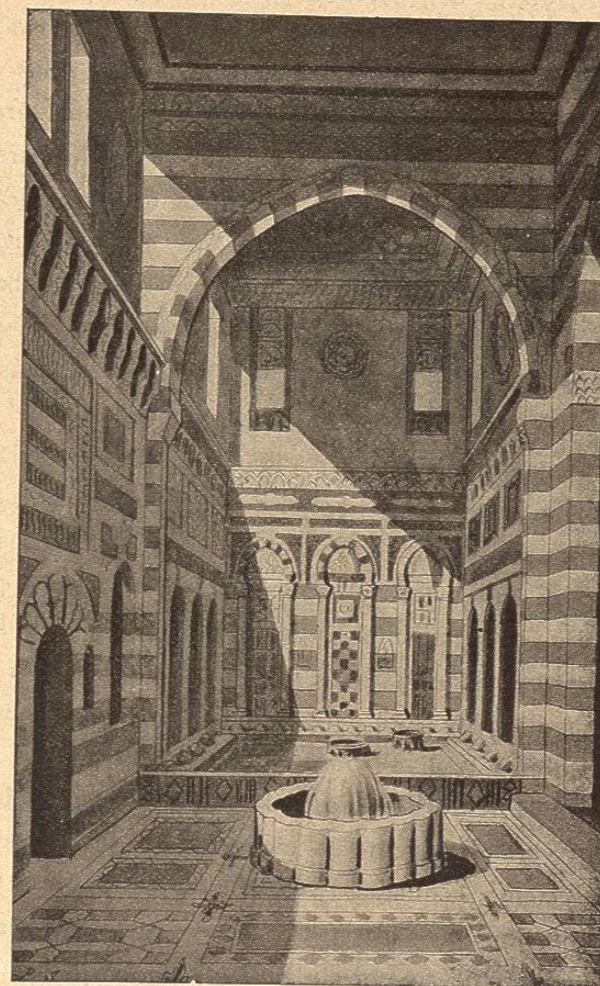


Los Arabes se creían guiados por el mismo Allah y se lanzaban frenéticamente á la pelea; pero en ese maravilloso impulso de lucha, una parte notable era ciertamente debida á su naturaleza de origen, al carácter y á la moral que les había dado la vida bajo un sol ardiente en los confines del desierto. Se ha comparado, al parecer

con razón, la intervención periódica de los Arabes en la historia á la floración súbita del áloe, planta del desierto que permanece gris ó polvorienta durante cincuenta ó cien años, después abre súbitamente su ancha flor escarlata é ilumina la llanura con su brillo. La civilización árabe fué para muchos pueblos conquistados una verdadera liberación y coincidió para nosotros con la traída de los manuscritos griegos, con la renovación de la ciencia helénica en la noche de la Edad Media; pero ¿no nos muestra cuán impotentes son los razonamientos ordinarios para explicar ese conjunto tan brillante de fenómenos históricos: la brusca aparición de los Arabes en la historia general, como una especie de fulguración, después su reaparición, pasados algunos siglos, en la existencia obscura de pastores nómadas? Así esos contrastes permanecen inexplicados para aquellos que, en el medio presente, no tienen en cuenta los datos hereditarios de los medios primitivos.

A este efecto cumulativo de los elementos del medio, hay que unir también las condiciones económicas y sociales de la sociedad que se constituía de nuevo. La poligamia era la costumbre general introducida por los conquistadores árabes, y, en país conquistado, no habiendo de comprar sus esposas, le aplicaban de una manera constante, mucho más que en su país de origen. Convertidos en dueños absolutos, penetraban en las familias, las transformaban en su beneficio, se casaban con las hijas de los vencidos, y como consecuencia, las generaciones nuevas, perteneciendo por sus padres á la raza de los conquistadores, aprendían su lengua y, vanagloriándose de su ascendencia, continuaban su orgullo. En Siria especialmente, no había pasado el primer siglo después de la conquista, cuando el conjunto de la población, á excepción de las tribus de las montañas y las sectas cristianas ó judías toleradas, se había arabizado en apariencia; la adaptación se había hecho con esa rapidez singular porque se cumplía en cada casa, bajo cada tienda, en los orígenes mismos de la vida. Pero las concepciones funestas de la poligamia, que, bajo su forma oriental, tiene por punto de apoyo el dominio absoluto del hombre, la transformación misma de la mujer en una simple posesión, como el caballo ó el perro, debían también hacerse sentir muy pronto en la nueva sociedad, disminuyendo de una manera física y moral

la energía de la raza. Después de la extensión repentina dada á la nación, hubo forzosamente un retroceso. Driesmans ha podido decir [1] que los Arabes fueron victoriosos en tanto que la mujer conservó entre ellos una posición preponderante en la familia y una parte activa en la vida social. Sus reinos sucumbieron en cuanto la religión hubo secuestrado la mujer en el harén para no ser en lo sucesivo más que una esclava destinada á la exclusiva satisfacción de su señor y dueño, quien se veía obligado á hablarla siempre en términos despreciativos. ¿Cómo, en tales condiciones, puede hacerse la educación de las generaciones nuevas?



INTERIOR DE UN HARÉN ANTIGUO EN DAMASCO
(*Civilisation des Arabes*, por G. Le Bon)

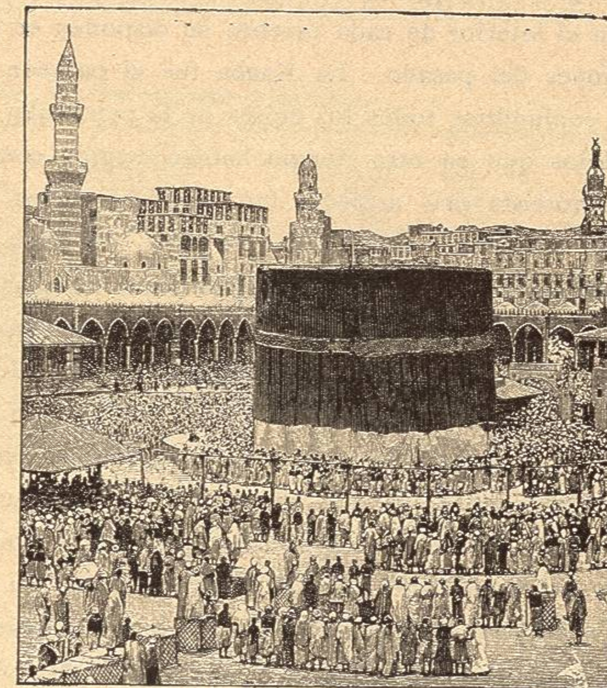
La cuestión de la propiedad se mezcló también á esos grandes acontecimientos. ¿No había en el furor del Arabe contra el mundo cristiano algo del odio del nómada, que ignora la existencia de linderos de los territorios apropiados, contra los propietarios individualistas que ponen dioses Términos en los cuatro lados de su suelo? [2] Es indudable que no hay una diferencia

[1] H. Driesmans, *Wahlverwandschaften der deutschen Blutmischung*.—Roorda van Eysinga.
[2] Pierre Kropotkine; — Ernest Nys, *Autour de la Méditerranée*, p. 5.

entre los pueblos que no sea causa de una aversión. Los Arabes habían de odiar á los Bizantinos y á todos los pueblos de civilización romana que se repartían el suelo en calidad de propietarios particulares con derecho personal de usar y de abusar. Traían otra forma de propiedad, el régimen comunitario de la tribu, y á ese régimen ha de atribuirse indudablemente las causas preponderantes de la prodigiosa rapidez de las conquistas árabes. En el fondo de toda revolución política durable ha de buscarse la evolución social: en las bases mismas de la sociedad se modifica el equilibrio. Si los Arabes triunfaron fácilmente, se debe á que, comparados con los mundos bizantino, persa y otros, representaban un principio superior. A todos los esclavos que proclamaban con ellos la gloria del Dios único, les otorgaban la libertad y además una igualdad religiosa completa y el fervor fraternal que da una fe común. A los trabajadores de la tierra, privados de su parte legítima del suelo cultivable, oprimidos por los grandes feudatarios, estrujados por el fisco, les concedían el derecho al cultivo y á la cosecha. Los límites desaparecían ante ellos: el suelo se convertía en el patrimonio común de la tribu cuyos miembros quedaban hermanos y afiliados por la fe. No hay duda que esta atribución de la tierra á la comunidad de los fieles constituía un gran peligro para el porvenir, puesto que amos y dueños absolutos podían sobreponerse un día á sus vasallos; pero mientras duró el fervor religioso, la nueva forma de la apropiación del suelo fué verdaderamente la emancipación para todas las multitudes anteriormente reducidas á servidumbre, y por eso acogieron con una explosión de entusiasmo al vencedor que les aseguraba á la vez la dignidad de hombre y el pan.

La unidad, la sencillez de la fe musulmana: «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta», ejerció gran influencia en las victorias de los Arabes, quienes no encontraban ante sí más que adversarios indecisos, sin bríos, sin fuerza sobrenatural que les impulsara. Sin embargo, el Islam mismo no resultaba tan claro como podría imaginarse según su doctrina. La imposibilidad de gobernar el mundo de conformidad con puras abstracciones, no fué nunca mejor comprobada que por las condiciones materiales del lugar de origen en que el mahometismo se cristalizó primeramente. La religión del

verdadero, del único dios que reina en la inmensidad, contemplando todas las cosas desde lo alto de los cielos, no parecía haber de sujetarse á un sitio preciso, como el templo de la Meca. Por el contrario, la infinita monotonía del desierto, con sus arenas que se extienden de un horizonte á otro, habla mejor de la omnipotencia de Allah que un lugar determinado donde hombres miserables se entregan á las ocupaciones triviales de la vida y á las transacciones del comercio. Y, sin embargo, rebajado por los fieles, fué obligado á descender sobre la Meca y á escogerla como su santuario preferido. Por penetrado que estuviese Mahoma el profeta de la omnipresencia de su Dios, no trasladó heroicamente el culto á alguna áspera montaña del desierto, sino que, obedeciendo á pesar de todo á las antiguas divinidades locales, á las alucinaciones de todo un pasado maldito, hubo de limitarse á destruir los ídolos de la Meca, y todavía fué á prosternarse ante el surtidor manantial de Zemzem y tocó con sus labios la piedra de la Kaaba: doblemente pagano, adorador de las fuentes y adorador de las piedras, comenzó por viciar, desde su primer movimiento, el culto del Dios puro espíritu, y, naturalmente, fué imitado por todo su pueblo de fieles.



LA MECA
LA ORACIÓN ANTE LA KAABA EN LA GRAN MEZQUITA
(De una fotografía de M. Gervais Courtellemont)

Los antiguos cultos se refunden gradualmente en las formas nuevas, pero no perecen; bajo el más estricto monoteismo vive todavía

el fetiche, lo mismo que entre el antiguo naturista ó politeista. El Arabe era ya un poco monoteista mucho antes que Mahoma [1], el Corán mismo lo declara expresamente: «En los momentos de gran peligro, los paganos invocaban siempre Allah y no los falsos dioses». En el interior de cada cerebro se disponen en estratos todas las religiones del pasado. La Kaaba fué el panteón árabe donde vinieron á confundirse todos los dioses de la península, los trescientos sesenta ídolos que en otro tiempo habían erigido otras tantas tribus [2], y el monoteista más ardiente fué, entre los fieles, aquel en quien todas las divinidades de familia, de clan, de tribu se confundieron más íntimamente en una sola personalidad soberana.

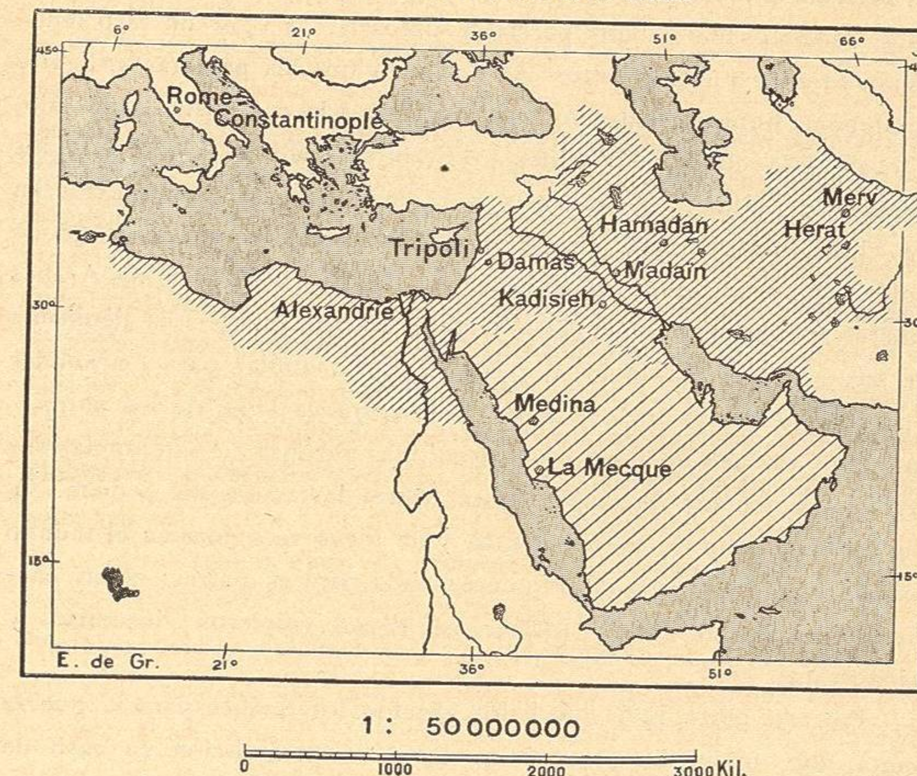
Durante los primeros tiempos de la expansión árabe, mientras los combatientes del Islam, animados por el fervor primitivo, fueron igualmente de origen bastante puro para que la herencia persistiera en el carácter y las costumbres de la mayor parte de entre ellos, se observó entre los más nobles de sus jefes una sencillez digna que recordaba la vida antigua bajo la tienda hospitalaria, y que los piadosos musulmanes del día tratan de imitar en cuanto les es posible. Todavía en la actualidad, los fieles, á cualquier rango que pertenezcan, deben tener cuidado de despojarse de todo objeto precioso, de toda moneda de oro, antes de prosternarse en la oración. Deben volverse pobres á sus propios ojos y á los de Allah, al menos durante el tiempo empleado en esa ocupación sagrada. Además hay que guardarse del «mal de ojo» en presencia de Allah, y nada como el oro atrae el deseo, origen del odio y de todo mal [3]. En el templo no hay preferencia ni sitio reservado: pobres y ricos, negros y blancos se juntan y se mezclan en una misma adoración.

Entre los Arabes puros la victoria no podía seguir á los creyentes sino durante el período del gran fervor religioso, uniéndoles en una sola masa irresistible, porque, por naturaleza, el hijo del desierto, habituado á la vida libre en el espacio inmenso, se acomoda mal con la autoridad: por eso se le ha podido calificar de «anarquista», en el sentido riguroso de hombre sin amo. En cuanto la fe le aban-

[1] J. Wellhausen, *Die Reste des arabischen Heidenthums.*
[2] R. Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*, p. 28.
[3] H. Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 20.

dona, se desbanda, recobrando su voluntad, siguiendo el camino de su elección. Y, cosa curiosa, un árabe fué, Ibn-Khaldun, quien parece haber formulado por primera vez la teoría de una sociedad anárquica, libre de todo gobierno. Según el sabio historiador del siglo XIV, la

N.° 283. Primeras conquistas de los Arabes.



La Trípoli de Berbería (Tarabolos-al-Gharb), sobre la costa de Africa, al sud de Sicilia, era lo que convenía indicar sobre este mapa y no la de Siria (Tarabolos-ech-Çham).

El rayado ancho se aplica á la península árabe, que se supone convertida al Islam antes de 632, los rayados estrechos cubren los territorios conquistados por los Mahometanos de 632 á 664, pero la mayor parte de esas comarcas estaban bajo la dominación árabe desde antes de la muerte del segundo sucesor de Mahoma, el kalifa Omar.

sociedad «perfecta», es decir ideal, se constituye fuera de toda dominación material, de toda ley, por el acuerdo de los sabios que buscan únicamente la perfección y á quienes dejan indiferentes las mezquinas consideraciones de interés político ó nacional [1].

[1] Ernest Nys, *Revue de Droit International et de Législation comparée*, t. XXX, 1898.

Por lo demás, el país nativo del Arabe no fué conquistado jamás: los antiguos Caldeos y Egipcios no hicieron más que poner el pie sobre las provincias exteriores de la comarca; los Hymiaritas no poseyeron nunca el conjunto peninsular; el general de Augusto, Aelio Gallo, que invadió la Arabia, fué detenido por una epidemia antes de internarse mucho; en cuanto á la sujeción política de los Arabes á los Osmanlis fué siempre parcial y precaria. Y, por un raro fenómeno, sucedió que doscientos años después que las palabras ardientes de Mahoma hubiesen lanzado á los Beduinos á la conquista del mundo, y cuando la civilización llamada «árabe» irradiaba á lo lejos, los verdaderos «hijos del desierto» han llegado á ser muy escasos en los ejércitos invasores; son en ellos reemplazados por Turcos, Mongoles y gentes de otras razas asiáticas. La mayor parte de los Arabes que no ha devorado la guerra triunfante, han vuelto á la península de origen; han escapado al gran Estado mundial para emprender nuevamente la vida libre y audaz en la pequeña tribu de los antepasados. Cada una de las hordas primitivas recobra su autonomía, sus tradiciones, su ley de sangre hasta contra la familia del profeta. Y del inmenso botín de conocimientos y de ideas recogidas en el mundo extranjero, los Arabes no adquieren nada para su patria: como partieron del Nedjd ó del Hedjaz, así mismo volvieron, insumisos y aristócratas.

Por otra parte, la fe que había armado los Arabes para la guerra santa, los condenaba por eso mismo á la resignación en caso de desastre. En el fondo, la religión del mahometismo puro, bajo su forma monoteista por excelencia: «No hay más Dios que Dios», es la fe ciega al invencible destino. Todo lo que sucede es irrevocable; todo acontecimiento es fatal, decidido de toda eternidad en el ciego querer de aquel sobre quien nadie puede influir. En el amable politeismo todo tiene su Dios, hasta la zarza florida: puede esperarse siempre, porque hasta la desesperación tiene sus divinidades. Y en el severo cristianismo, sobre todo bajo la forma católica, cada santo es un intercesor: el desgraciado puede dirigirse al ejército de santos, hasta á algún piojoso divinizado que se rascaba en un estercolero, y, si vierte una lágrima, los ángeles pueden recogerla y llevarla como un diamante á los pies de la purísima Virgen.

Así el carácter del árabe propiamente dicho tal como lo había determinado la comarca de origen, no era el de un guerrero de profesión. Después de sus marchas triunfantes, debidas á la exaltación de la fe religiosa, el hijo del desierto no se encontraba ya en su carácter natural en medio de las naciones agrícolas, y por esta causa, abandonando los ejércitos que mandaban auténticos descendientes del Profeta, se volvió á su península originaria. Así se explica



Museo Británico. De una fotografía.

MAHOMA SITIANDO LA FORTALEZA DE BAUN-AR-NADHIR
EL ÁNGEL GABRIEL LE PRESENTA UNA COPA Y UNA BOTELLA

(Miniatura, *Historia universal árabe*, siglo XIV)

que la conquista árabe, realizada por los compatriotas de Mahoma, no hubiese perseverado sino en los países que tienen semejanza geográfica con la Arabia por los montes rocosos, los desiertos de arena y de piedra, las aguas escasas y los grupos de oasis: los conquistadores no dejaron descendencia y no se perpetuaron al estado de tribus más que en comarcas análogas á las suyas, las que pudiera llamarse las «Arabias exteriores». En Persia, en Siria y hasta en Egipto no fueron más que extranjeros, mientras que bien lejos hacia el Oeste, al lado opuesto al desierto de Libia y hasta el Océano Atlántico, se hallaron como en su país, cerca de las sebtkas de Túnez y sobre las altas mesetas que dominan el Tell argelino en las montañas de Marruecos.

Es indudable que la aparición de los Arabes sobre el teatro del mundo tuvo como resultado felices consecuencias para la larga dura-

ción del imperio de Oriente, ya que no para su extensión territorial. Hiriendo á Persia que se hallaba en contacto inmediato con las multitudes semíticas acampadas sobre las riberas del Tigris y del Eufrates, los guerreros del Islam apartaban precisamente al más peligroso adversario de Bizancio; apoderándose de Siria, también le prestaban servicio, porque Constantinopla gastaba sus fuerzas manteniendo bajo su dominación ese baluarte de quinientos kilómetros estrechado entre el desierto y el mar. La segunda Roma pudo gozar de una larga pausa de que se aprovechó, si no para reconstituirse prudentemente y recobrar fuerzas para emanciparse de los monopolios, por la iniciativa del trabajo libre, al menos para reunir riquezas y reconquistar su prestigio. Gracias en parte á la disminución de los contingentes árabes, producida por el rápido derrame del lado del Este hacia Persia, y del lado del Oeste hacia Egipto, el centro perdió su poder de ataque en la dirección del Norte y fué un vecino menos peligroso que Persia, pero débese también á que Constantinopla estaba separada de la llanura mesopotámica por unas comarcas poco propicias al desarrollo del Arabe. Al mismo tiempo que guerreando contra el Estado que representaba por excelencia la religión rival, los kalifas no tenían ya en el entusiasmo de sus fieles suficiente empuje para salir de las llanuras y de las abrasadas tierras del Mediodía á través de las mesetas y las montañas del Asia menor.

Sin embargo, los Arabes hicieron tentativas frecuentes para sorprender la ciudad que personificaba en sí á la vez el mundo cristiano y el prestigio de la Roma antigua. Avanzando en Anatolia por la puerta de Cilicia, atravesaban la península á marchas forzadas para llegar rápidamente á Constantinopla; pero habían sido precedidas por las señales de hogueras encendidas de colina en colina y habían tomado las medidas necesarias para impedir el paso del Bósforo. Verdad es que cierto emperador Miguel, irritado porque hallándose en el anfiteatro se le anunciara la invasión de los Arabes, prohibió (859) que se le fatigase más con el uso de esa telegrafía molesta [1]; pero en aquella época ya habían perdido los Arabes su primera furia y por tres veces los ensayos de bloqueo hechos por mar termi-

[1] W. M. Ramsay, *Geographical Journal*, Octubre 1903, p. 101.

naron sin gloria y sin provecho. También Bizancio pudo continuar sirviendo de baluarte al Occidente contra el Islam durante seis siglos, y, cuando sucumbió, cayó bajo los golpes de una raza diferente de la de los Árabes.

Los cambios operados en Persia por la conquista árabe se llevaron á cabo con rapidez tan admirable, que puede calificarse de vertiginosa. Antes del formidable choque de Kadesiyeh, «la batalla de las batallas», que duró cuatro días, los Iranios profesaban por decenas de millones la fe mazdeana: algunos años después, todos los Persas, á excepción de pequeñas comunidades proscritas, se decían musulmanes. La fuerza brutal lo quiso así, había sido preciso convertirse á la fuerza ó morir, y como sucede siempre en semejante caso, los menos nobles se sometieron, en tanto que los mejores sufrieron la muerte, cumpliéndose una selección al revés. Los valientes, los hombres de convicciones fuertes, los que, según la expresión irania, «miraban con soberbia á los soberbios», cayeron en los combates, mientras el rebaño de los cobardes, obedeciendo las órdenes de los nuevos amos, renegando indignamente lo que había sido su fe, preparaba á las dinastías de los conquistadores y déspotas largas generaciones de súbditos envilecidos. Después de las matanzas, se pasaron muchos siglos en un prolongado silencio del pensamiento, y el genio persa refloreció en la poesía.

El último centro de resistencia contra el extranjero fué el país de Rai, la antigua Raga ó Rhaga, que ya bajo los Akheménidas constituía un pequeño Estado sacerdotal, independiente, como lo es en nuestros días el Vaticano en pleno reino de Italia. Un gran sacerdote, que se hacía pasar por sucesor de Zoroastro, edictaba allí en paz decretos religiosos. La veneración del pasado había mantenido ese poder eclesiástico durante el curso de los siglos, á pesar de los cambios políticos y las conquistas; pero el odio de los musulmanes se exasperó mucho por ello. Khaled vino á sitiar al jefe de los magos en la fortaleza de Ustunavand y la tomó por asalto: tal fué el último episodio de la resistencia nacional de los Iranios [1]. El Rey de los Reyes pereció

[1] Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, t. II, p. 520.

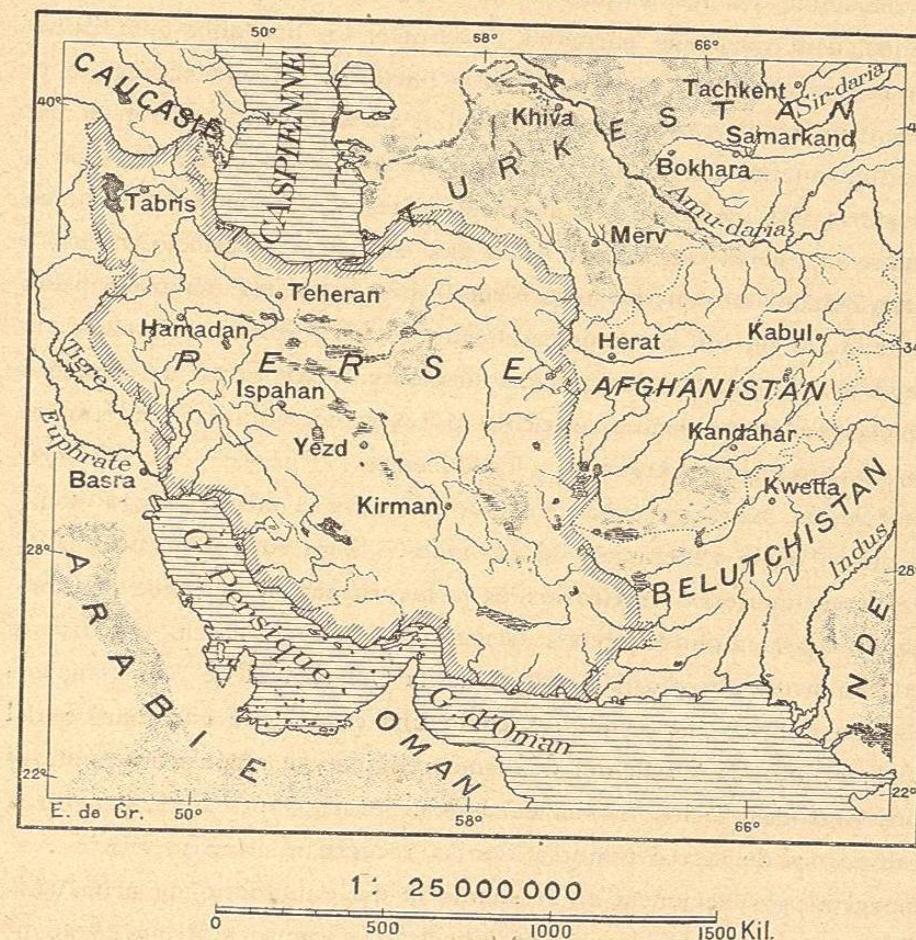
de muerte violenta en Merv (651) y su hijo fué á refugiarse al amparo del emperador de China, en tanto que los ejércitos mahometanos, atravesando el Irán, penetraban por un lado en el Seistán y el Kabulistán, y por otro en el Turkestán hasta Samarkand.

Sin embargo, no todos los mazdeanos habían sido exterminados ó convertidos; algunos habían podido conservarse ignorados en una ciudadela de montaña, cerca de Yezd, otros en los montes del Khorassán, y los fugitivos más dichosos encontraron un asilo sobre la roca insular de Ormuz y después en la península de Gudjerat, donde depositaron los libros sagrados y su Fuego siempre viviente, salvados con gran pena de las impuras manos de sus enemigos. Como consta por las declaraciones de fe que hubieron de hacer los suplicantes para obtener la hospitalidad, los preceptos de la religión primera se habían ya modificado mucho, y el sentido originario de sus prácticas sólo se comprendía á medias. No obstante, la fuerte cohesión, la tenacidad moral de esos desterrados voluntarios no tardó en darles una categoría muy elevada entre las poblaciones del Gudjerat y del Konkan: poco á poco, cuando se hubo fundado Bombay, los Parsis ó «Persas» se hallaron á la cabeza del comercio de esta ciudad, como los Ginebrinos y los Bâlois, otros hijos de desterrados por su fe religiosa, llegaron á dirigir el comercio y la banca de Suiza.

Parece, pues, al primer golpe de vista, que las condiciones geográficas de Irania no habían ejercido ninguna influencia sobre la transformación religiosa de la nación; sin embargo, ha de hacerse constar que el mahometismo persa no es idéntico al de las otras naciones convertidas al Islam, y las fronteras de las religiones coinciden casi exactamente con los límites de Estado. Los contornos del reino de Persia y los del Chiat-Alí, es decir, del territorio habitado por los sectarios de Alí, ofrecen la misma forma y las mismas dimensiones: la conquista no ha cambiado los pueblos tan profundamente como parece. Si á los vencidos se les obliga á adoptar un culto extraño, lo hacen únicamente en apariencia; nunca lo reciben bajo la forma impuesta: todo lo más, como consecuencia del envilecimiento en que han caído, repiten palabras y fórmulas que para ellos carecen de sentido, y lo que verdaderamente llega á ser su religión no es otra

cosa que el conjunto renovado de supersticiones antiguas: el misticismo, el éxtasis y la magia florecen nuevamente, y los dogmas recientemente introducidos quedan en el arsenal de los templos como armas inútiles.

N.º 284. Territorio del Chiat-Alí.



Los linderos rayados indican en realidad los límites del imperio persa y no los del Chiat-Alí. Á la fecha de la publicación del presente cuaderno, el editor no ha podido obtener informes más precisos sobre la diferencia que presentan los dos territorios que los del Atlas Berghaus. Según una carta de pequeña escala, los Chiitas no pasan al Este el 60º de longitud Greenwich; la costa persa del golfo Pérsico pertenece á los Sunnitas y al Oeste los Chiitas quedan dentro de una línea que pasaría por Basra (Bassorah) y Hamadan (Ecbatana).

Por otra parte, la individualidad de Persia como ser geográfico é histórico claramente delimitado, era demasiado fuerte para que la religión musulmana del país no lograse tomar una forma patriótica:

toda ocasión debía ser buena para alcanzar ese resultado. El kalifa Alí, yerno y sobrino del profeta, habiendo dado por esposa á su hijo Hussein una hija de Yesdidjerd, el rey destronado, Persia se hallaba gobernada por una familia perteneciente á la vez á la sangre de Mahoma y á la de los Sassanidas. Pero Hussein fué asesinado en la mezquita del Kufa, no lejos del Eufrates; después fueron degollados, con todos sus parientes y amigos, los dos hijos que habían de representar en Persia la dinastía nacional. El poder cambió de manos y los Persas, demasiado débiles para rebelarse, tuvieron que aceptar nuevos amos; pero habiéndose apoderado la leyenda de la memoria de los dos niños Hussein y Hassan, transformó gradualmente la escena del asesinato en una especie de sacrificio divino, á cuyo rededor se constituyó la forma especial del mahometismo persa. El número de los Sunnitas, es decir, de los que se conforman á la regla ó «Sunna», disminuyó rápidamente, y ahora no se encuentra apenas en Persia más que entre los extranjeros, Tártaros, Kurdos, Arabes, Belutches, Afghanes y Turkomanos.

Según los dogmas del chiismo, Alí tiene la misma categoría que Mahoma en la veneración de los fieles. Si el suegro es profeta, el yerno es lugarteniente vicario: es la reencarnación del antiguo Djemchid; según algunas sectas, hasta sería hijo de Allah, coexistente con su padre; por otra parte el kalifa Omar, rival de Alí, es considerado por los Persas chiitas como una especie de encarnación del mal: la antigua forma del dualismo religioso se reconstituye por las dos personas de los kalifas enemigos. Muchos otros detalles de la religión y de las costumbres iranias recuerdan el mazdeismo. Así, la fiesta por excelencia sigue siendo la del equinoccio de primavera, del Neurouz, durante la cual se glorificaba Ormuzd y Mithra, y mientras los musulmanes que se conforman con la regla son absolutamente iconoclastas, no sucede lo mismo con los Persas: éstos tienen imágenes en sus casas, hasta en sus mezquitas, y suelen pintar la imagen de Alí, sólo que la cabeza del «lugarteniente» queda siempre cubierta con un velo, sea porque no haya parecido posible violar tan atrevidamente las órdenes del Corán en obras de tan gran importancia ritual, sea, como dicen algunos, porque sería imposible al pintor representar la perfección de las facciones del divino Alí. El

cielo, la tierra, el infierno del Irán han quedado poblados de los mismos genios y de los mismos demonios que hace tres mil años, como si los sucesores de Mahoma no hubiesen conquistado el país y no le hubiesen impuesto por la espada fórmulas nuevas [1]. Por último los Persas, no osando quebrantar la ley que les prohibe casarse con su hermana como era su costumbre, se casaban casi siempre con una prima hermana.

Los peregrinos y mercaderes persas que se aventuran á lo lejos entre musulmanes sunnitas, necesitan precaverse con prudencia para evitar el insulto, las violencias ó la muerte: eso les ha dado una reputación bien fundada de ductilidad y de astucia. Está perfectamente convenido entre los Iranios que se puede mentir sin reparo siempre que se haga al mismo tiempo una enérgica restricción mental. Los jesuitas no han inventado esa manera de quedar en paz con Dios, edificándose, por decirlo así, un templo de la verdad dentro de sí mismos y dejando que manchen su boca palabras impuras y mentirosas. Esta virtud de adaptación, indispensable á los ambiciosos y esclavos, es designada con el término *ketman* por los Persas, quienes en su correspondencia son habilísimos para dar al lenguaje dos sentidos bien distintos, uno destinado al público, al gobierno, á la malévola policía, y el otro al uso de los iniciados. Así como en la Edad Media europea hasta el Renacimiento, y por las mismas razones, los escritores trataban de ocultar su enseñanza real bajo una forma exterior anodina, así también los autores del Irán escriben á la vez para la multitud ignorante y para sus discípulos preparados: la fatalidad del medio hace de esos personajes listos admirables hipócritas. Así se da el caso de haber peregrinos chiitas que van á la Meca con Sunnitas rabiosos, haciéndose pasar por sectarios de ese Omar que maldicen interiormente como el genio del mal, como el demonio en forma humana.

Sucede generalmente que la mayor parte de los peregrinos del Irán se detienen antes de llegar á la Kaaba, limitándose á franquear el Tigris y el Eufrates para visitar las ciudades santas de Kerbela y de Nedjef: ese viaje, aunque la mitad más corto, es considerado

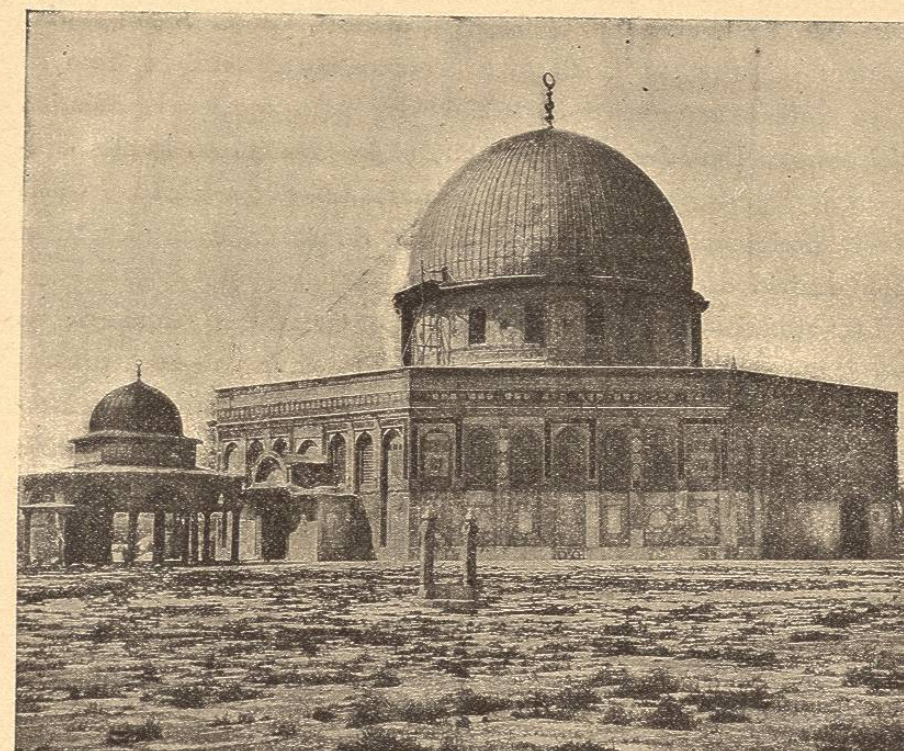
[1] James Darmesteter, *Parsi-ism: its Place in History*, p. 10.

como igualmente meritorio, y para los muertos es la peregrinación por excelencia. Los Chiitas se imaginan que la santidad particular de esta tierra sagrada de las riberas fluviales proviene de que recibió los despojos de sus primeros mártires, Hussein y sus hijos, pero sin saberlo, obedecen á una superstición mucho más antigua, porque en ese distrito miles y miles de años antes de nuestro tiempo, antes del islamismo, el cristianismo y hasta el mazdeismo, los Caldeos poseían sus inmensas necrópolis de Erekh ó de la «ciudad del Libro». Todo el suelo de la región es un cementerio inmenso desde los tiempos inmemoriales, y la tierra que se retira de las sepulturas para enterrar los muertos se vende en pastas, en tabletas fetiches que sirven de amuletos para los peregrinos.

Así como logró reconstituirse la individualidad religiosa de Persia, trató de renacer varias veces la individualidad política. Intentaron fundarse pequeños Estados independientes, casi todos á considerable distancia del reborde de las altas tierras, porque el poder de los kalifas era demasiado grande en Mesopotamia para que los Persas limítrofes pudiesen aspirar á su independencia: los Estados rebeldes tuvieron su centro de poder en Bokhara, en Kirman, en Rai ó Rhaga, no lejos de la Teherán actual; después en la graciosa Nichapur, la antigua y famosa Nisæa, donde la leyenda griega, heredera de un mito de los mazdeanos, hizo nacer á Dionysos, el dios niseno, ó Baco. Sin embargo, la influencia de la Persia conquistada se hizo sentir sobre los Arabes victoriosos hasta fuera del Irán. Se ha observado que los kalifas abbassidas, esa dinastía de Bagdad que se estableció á la mitad del siglo VIII y á la que perteneció el famoso Harun-al-Rachid, presentan en sus costumbres y su gobierno un carácter que les aproxima mucho más á los reyes persas que á los primeros soberanos árabes (E. Renan).

Aun, á pesar de las enemistades y de las guerras, las influencias mutuas de raza á raza produjeron grandes cambios en las ideas, las religiones y las costumbres. De ese modo, el horror que los Judíos, fieles observadores de la ley, y á su ejemplo los Musulmanes, tenían por las imágenes pintadas, acabó por comunicarse á una mitad de los cristianos y se convirtió en una de las causas más activas de controversias, de disensiones y de guerras. Durante todo

el curso del siglo VIII, las familias, las provincias, el imperio, se dividieron en dos partidos irreconciliables, el de los «iconólatras» ó adoradores de imágenes, y el de los rompedores ó «iconoclastas». Si el imperio de Oriente perdió la Romaña, débese á que los habitantes de la comarca prefirieron darse á los Lombardos que aban-



Cl. Bonfils.

JERUSALÉN. MEZQUITA DE OMAR Y TRIBUNAL DE DAVID

donar el culto que practicaban tradicionalmente ante las estatuas y los cuadros de los santos. Los iconoclastas triunfaron en el imperio de Oriente durante un centenar de años, y no es extraño que fuese una emperatriz quien decidiera volver á las costumbres antiguas. Por otra parte, los mismos iconoclastas, aunque satisfechos por haber derribado las imágenes que les parecían impías, no dejaban de ostentar algún signo material de su fe, y los rudos musulmanes continuaron venerando también sus símbolos, estandartes del profeta, túnicas y cuadros verdes.

Por lo demás, los antiguos cultos han continuado sobreviviendo

bajo los nuevos, aun entre los fanáticos más ardientes de la una ó de la otra religión. No hay dios, ni genio protector que no sobreviva en los ritos de los pueblos, á pesar de las maldiciones que los adoradores de las divinidades paganas habían lanzado sobre imanes y sacerdotes; más aún, estos mismos toman parte inconscientemente en las ceremonias hechas en honor de los antiguos dioses. Hasta ocurre que las creencias populares atraviesan sucesivamente varias religiones oficiales sin modificarse profundamente. Así en Tiro se celebra todavía la fiesta de San Mekhlar, cuyo nombre es idéntico al del antiguo Hércules Melkarth; una de las costumbres locales consiste en ir á pescar las conchas de púrpura (*Murex trunculus*) sobre la costa occidental de la isla, en el sitio donde antes se elevaba el templo fenicio de la temida divinidad [1].

Las victorias del Islam en el Africa septentrional siguieron de cerca á las alcanzadas en el Asia irania. Ya en los tiempos preislamitas, en la época romana, los Luatas ó Ruaditas, árabes peninsulares, habían invadido la Mauritania, y, durante la segunda generación que siguió á la hegira, los Mahometanos no tuvieron más que seguir las huellas dejadas por sus compatriotas paganos [2]. Hacia el fin del siglo VII, aprovechando una pausa en la hostilidad de Constantinopla y en las luchas entre jefes aspirantes al kalifato [3], los ejércitos árabes penetraban en el interior de la comarca, y pronto ganaban el Maghreb, es decir, el Extremo Occidente, el Marruecos actual, y sus caballos se bañaban en las olas del Atlántico. En el penúltimo año del siglo se apoderaron de Cartago, que de nuevo fué la capital de la comarca: de aquella época data la ruina definitiva de la ciudad famosa, á la que sucedió Túnez como cabeza del país. La mayor parte de los cristianos fueron asesinados; sin embargo, muchos de ellos se refugiaron en la isla de Pantellaria, donde pudieron mantenerse en paz durante algunos años, pero una flota árabe los persiguió en este retiro, donde es fama que el exterminio fué completo: «La arena de la costa se mezclaba á sus huesos». Parece que los Judíos se hallaban entre los Mauritanos que resistieron á la conquista árabe.

[1] Socim; — Conder, *Survey of Western Palestine.*
[2] Tauxier, *Revue Africaine;* — Keane, *Man past and present*, p. 472.
[3] L. von Ranke, *Weltgeschichte*, fünfter Theil, erste Abtheilung, p. 197.

Se cree que en su mayoría eran descendientes de los Beni-Israel, cautivos ó peones que habían acompañado á los Fenicios á Cartago y fundaron estirpe en el país, sometiéndose después á los Romanos, Vándalos y Bizantinos, mientras ejercían una activa propaganda religiosa. Una narración de autenticidad dudosa, refiere que una reina



Cl. Kuhn, edit.

BISKRA — DESIERTO Y OASIS

judía, Kahina, agrupó en su rededor las tribus bereberes de la Tunicia meridional y aun de los Griegos, y resistió enérgicamente á los Arabes durante diez años: se encerró tres años en el anfiteatro d'el-Djem, transformado por ella en una poderosa fortaleza que suele designársele con el nombre de Kasr-el-Kahina ó «Teatro de la Sacerdotisa» [1].

La conquista de los países ribereños del Mediterráneo era naturalmente mucho más apetecible que la de las regiones más áridas y menos ricas del interior, por cuya causa se produjo un fenómeno histórico muy curioso, el de la repulsión lateral de las poblaciones cristianas de la costa hacia el centro. Mientras los Arabes, muy

[1] H. Barth, *Wanderungen durch die Küstenländer des Mittelmeeres.*

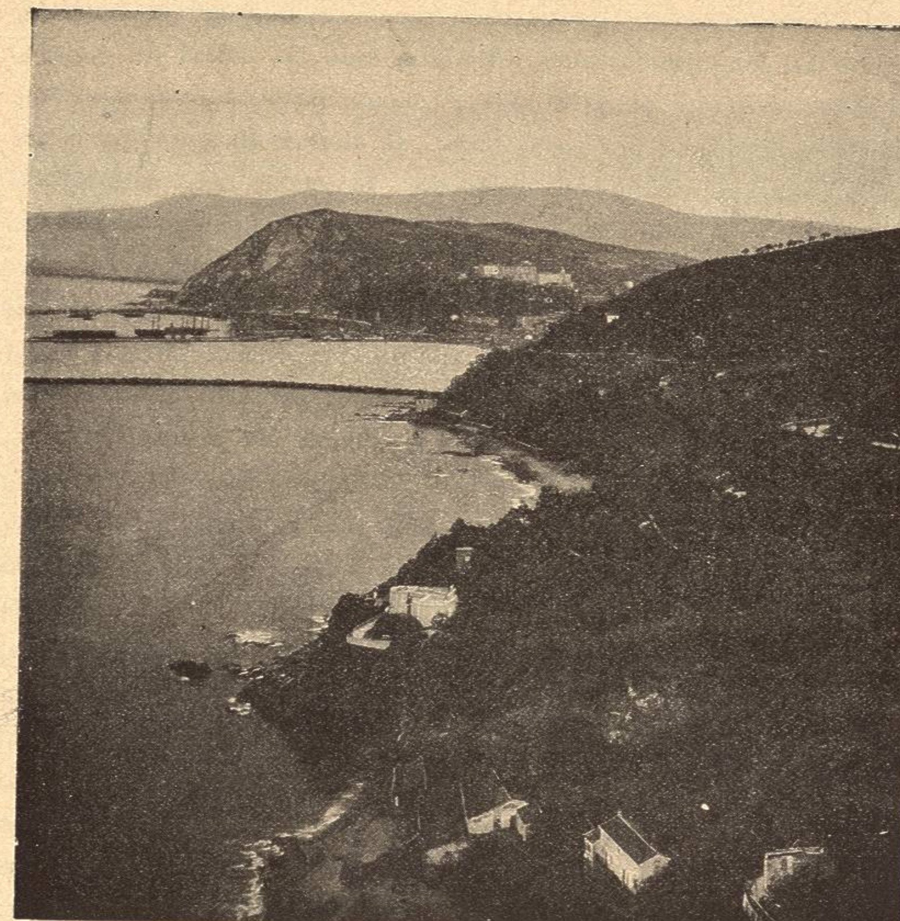
apresurados, continuaban su carrera hacia Occidente, los residentes nazarenos se apartaban prudentemente en dirección al desierto. Así el cristianismo subió desde Egipto hacia la alta Nubia, conquistando allí un territorio mucho más extenso que en el bajo valle del Nilo. Hacia el año 1000, Khartum llegó á ser la metrópoli de la religión del Cristo en la cuenca superior del Nilo, y se dice que sus iglesias eran ricas en oro y objetos preciosos. El último rey cristiano de Nubia vivía en el siglo XV, pero doscientos años después se contaban todavía centenares de comunidades cristianas; las hubo hasta el fin del siglo XIX: en 1886, un obispo de Khartum, asustado por los progresos del mahdi, licenció su iglesia y los últimos religiosos se refugiaron en el bajo Egipto [1].

Asimismo la influencia romana, perteneciente á los elementos más civilizados del litoral mauritano, habría sido rechazada hacia el Sud cuando las invasiones árabes, y á consecuencia de este impulso se habría hecho sentir en pleno Sahara al principio del siglo X, puesto que la ciudad de Siddrata, fundada en aquella época por fugitivos bereberes, no presenta en su arquitectura ni en los ornamentos de sus edificios nada que recuerde el arte oriental. Los restos de esculturas bereberes que se encuentran en las excavaciones de esta ciudad del desierto, vecina de la Uargla actual, se parecen de una manera notable á los fragmentos cristianos, cuatro ó cinco siglos más antiguos, recogidos en los monumentos del litoral, desde Túnez á Orán, lo mismo que á las construcciones de la misma época pertenecientes al norte del Mediterráneo. En el siglo XI, con motivo de una segunda invasión árabe, el Africa, finalmente desprendida del Occidente cristiano, dejó de vivir por completo sobre el viejo fondo de la civilización romana [2].

Hechos análogos han sido observados en las montañas de los Tuaregs, á quien visitaron por primera vez Europeos en 1903. Encuéntranse allí las ruinas del Ksar-ensara ó «Villa de los Nazarenos», es decir, de los cristianos. Una inscripción hebraica, debida probablemente á algunos Judíos de Touat, que se sabe haber existido todavía en el siglo XV, ha sido recogida en la comarca, y las mon-

[1] M. Butcher, *Revue des Revues*, 1.° Julio 1900, p. 105.
[2] Blanchet, *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*.

tañas del Muydir, y más aún las del Ahnet, están ilustradas por grabados sobre las rocas con una profusión increíble. «Todos esos grandes acantilados negros de pez, en gres devoniana, han sido taraceados desde la cima á la base». En su conjunto, ese museo de grabados



Cl. Kuhn, edit.

LITORAL ARGELINO, INMEDIACIONES DE PHILIPPEVILLE
Para referirse á la época árabe, hay que hacer abstracción del puerto actual.

representa la fauna actual; no obstante, sobre esas paredes se ven algunos animales desaparecidos hoy, la girafa, el avestruz, el jabalí; el elefante, el rinoceronte, el *Bubalus antiquus*, cuyos dibujos se han encontrado más al norte en el Atlas, faltan sobre esas rocas del país de los Tuaregs. Los hombres están representados á pie ó montados sobre meharas: frecuentemente los peatones y los meharistas

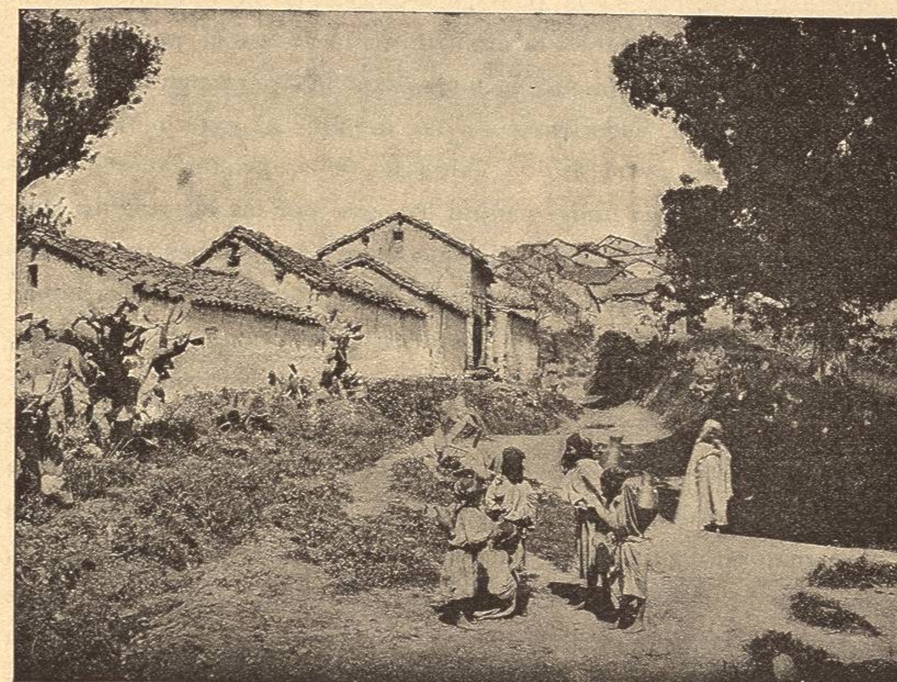
parecen combatirse. Todo eso recuerda por la factura los dibujos del sud Oranés, mas parece más reciente; en todo caso, los grabados son posteriores al siglo VII, fecha de la introducción del camello en el país berberisco. Diríase que esos grupos grabados sobre las rocas del Ahnet atestiguan el recogimiento progresivo de una raza»[1].

La forma geográfica de las costas tunecinas, la primitiva «Africa», facilitó las conquistas árabes. Mientras que las costas de Argelia, de acceso bastante peligroso en la mayor parte de su extensión, están casi bordeadas por todas partes de montes abruptos que impiden la libre circulación con el interior, las orillas que miran hacia el mar de Sicilia y las Sirtes se continúan en pendientes suaves hacia las llanuras y las mesetas del continente; unos caminos naturales que parten del mar penetran fácilmente en todas las comunicaciones que, más al Oeste, se reparten el territorio mauritano. De ese modo el viajero puede ganar sin dificultad los valles paralelos al mar que se suceden entre los montes del Sahel y la falda de las grandes mesetas; así también puede caminar siguiendo las depresiones del terreno á través de las altas estepas hasta las montañas del Atlas; por último, más al Sud, el camino de los oasis entre la Sirte de Gabes y el Oued Draa marroquí le permite seguir la base meridional de la gran isla mauritana con sus macizos montañosos, tales como el Aurés y el Amour. Esos caminos naturales son otras tantas vías de acceso para los pueblos y sus civilizaciones diversas. La mayor puerta de entrada fué siempre la escotadura de la costa que se despliega entre Cartago y el cabo Bon ó Ras Addâr. Todas las ventajas geográficas se hallan reunidas: próximo á un mar angostado por que han de pasar los barcos entre las dos cuencas, oriental y occidental, del Mediterráneo; posición comercial de primer orden en el ángulo del continente; litoral muy recortado; campiñas de aluviones fértiles, y magnífica vía de penetración en el interior por el valle de la Medjerda.

Muy numerosos fueron los pueblos que, en el curso de la breve historia, se aprovecharon de esos caminos tan bien abiertos del lado de Oriente. El elemento autóctono de la población está constituído por los Bereberes, Kábilas de la montaña, Tuaregs del desierto,

[1] E.-F. Gautier, *Annales de Géographie*, 15 Julio 1907, ps. 364, 365.

labradores, pastores, mercaderes ó merodeadores, según lo que el clima y las condiciones locales les han determinado á ser, pero muchos otros tipos humanos se han mezclado á ese primer fondo. Las narraciones de la Odisea, hace cerca de tres mil años, muestran ya los navegantes helenos visitando las islas del litoral de las Sirtes para comer allí ese fruto mítico del loto que hace olvidar la patria.



Cl. Kuhn, edit.

ALDEA BEREBERE DE LA GRAN KABILIA

Mucho más poderosa y duradera que la cultura griega fué, en ese mundo africano, la civilización púnica, cuyo foco se estableció en Cartago; Romanos, Ruaditas, Vándalos y después otra vez los Griegos, añadieron diferentes elementos étnicos á la mezcla de pueblos que habitaba ya la comarca. Los Arabes musulmanes, guerreros y pastores, penetraron á su vez con una terrible impetuosidad en la Mauritania, tomaron posesión de las partes de la región, llanuras y mesetas, que convenían al pastoreo de sus ovejas y de sus camellos é impulsaron á nuevas conquistas á los Bereberes — de los cuales ningún signo les distingue (A. Besnard) — y otros habitantes del país. Esa ola primera de inmigración árabe fué poco considerable

por el número de individuos, pero tuvo enorme importancia desde el punto de vista del equilibrio político: dió todo el norte de Africa á los musulmanes, y desde el principio del Islam, tan formidable había sido el impulso originario.

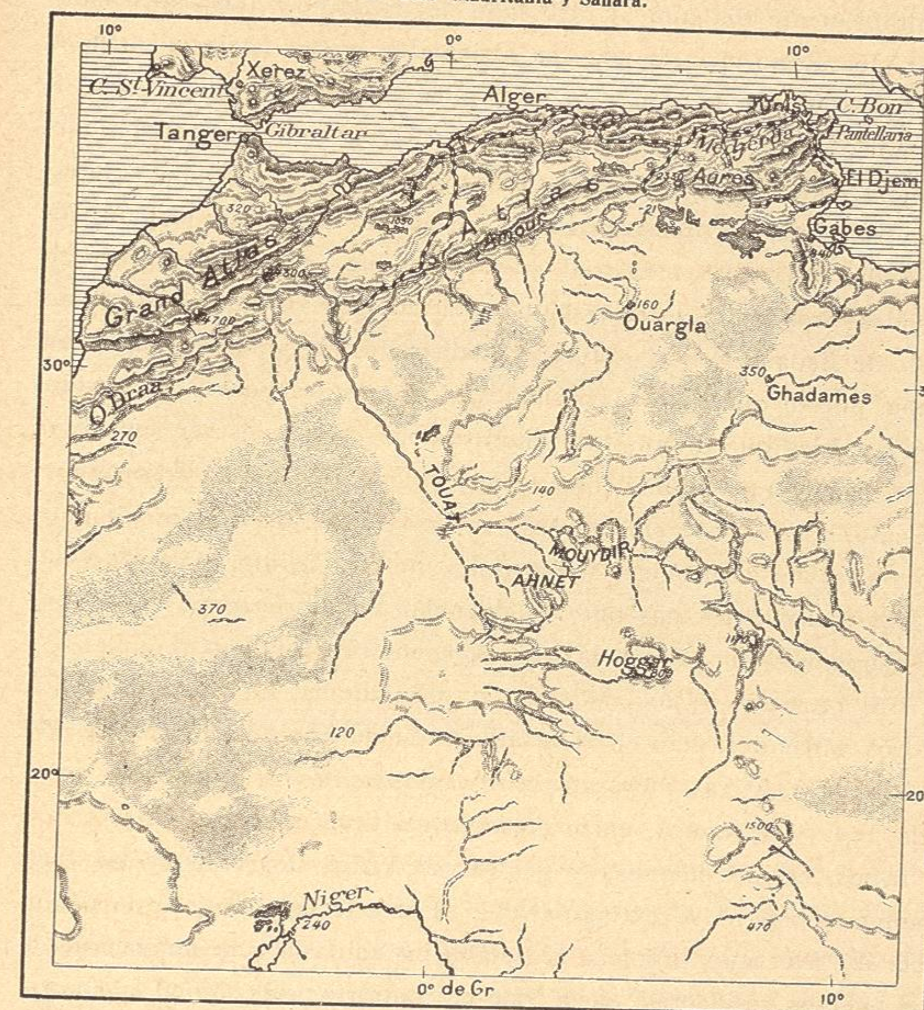
La dinastía visigoda parecía haberse consolidado, como definitivamente establecida en la península ibérica, y la religión católica ortodoxa había constituído la unidad de la fe en el país: aniquilando el arrianismo, comenzó la larga serie de persecuciones contra el pensamiento que, sucesivamente, fué á parar al exterminio de los Albigenses, á la matanza de los Valdenses, á las prolongadas guerras de las Cevennes [1]. El límite natural formado por las Puertas de Hércules parecía una protección suficiente contra los Arabes, pero éstos poseían el mar, y varias veces, hacia 680, sus corsarios se habían aventurado sobre las costas de Valencia. Por último, en 710, unos crímenes reales y la traición de un príncipe suministraron á los invasores árabes una ocasión favorable, y cinco mil Musulmanes, entre ellos los guerreros pertenecientes á las familias de los «Defensores» de Medina, guardia especial de Mahoma, desembarcaron al pie de la montaña, en lo sucesivo llamada Djebel-Tarik ó «Gibraltar» [2], del nombre de su jefe. Una gran batalla, librada en los campos de Jerez, fué de tal manera decisiva, que, como consecuencia, España fué conquistada. Mientras que sus lugartenientes se apoderaban de Córdoba y de las demás ciudades andaluzas, Tarik mismo llegaba hasta Gijón, en Asturias, en la costa del mar de Vizcaya. Todas las poblaciones visigodas ó indígenas, situadas al sud de la muralla pirenaica, quedaron sometidas al representante de los kalifas de Siria. Excepto en las grutas aragonesas de Sobrarbe y asturianas de Covadonga, el Islam no tenía más que tímidos vasallos en la península de España.

La historia de los Moros en el país puede dividirse en dos períodos: el de la conquista, que duró quince meses, el de la reconquista por los cristianos, que se prolongó durante ocho siglos. Según Ranke, los Arabes desembarcaron en Gibraltar en fecha de 30 de Abril de 711, y la batalla de Jerez tuvo lugar el 25 de Julio del mismo

[1] Fr. Schrader, *Revue de l'Ecole d'Anthropologie*, 1898.
[2] R. Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*.

año. En 718, los Españoles son por la primera vez vencedores de un ejército sarraceno en Covadonga, y el acto final de esta lucha, la toma de Granada, se fijó en 1492.

N.° 285. Mauritania y Sahara.



Al principio del siglo xx no hay todavía camino carretero á todo lo largo del litoral argelino. En este mapa está trazada la red de los ferrocarriles que, excepto en la proximidad de Argel, no se prolonga en ninguna parte por la ribera marítima.

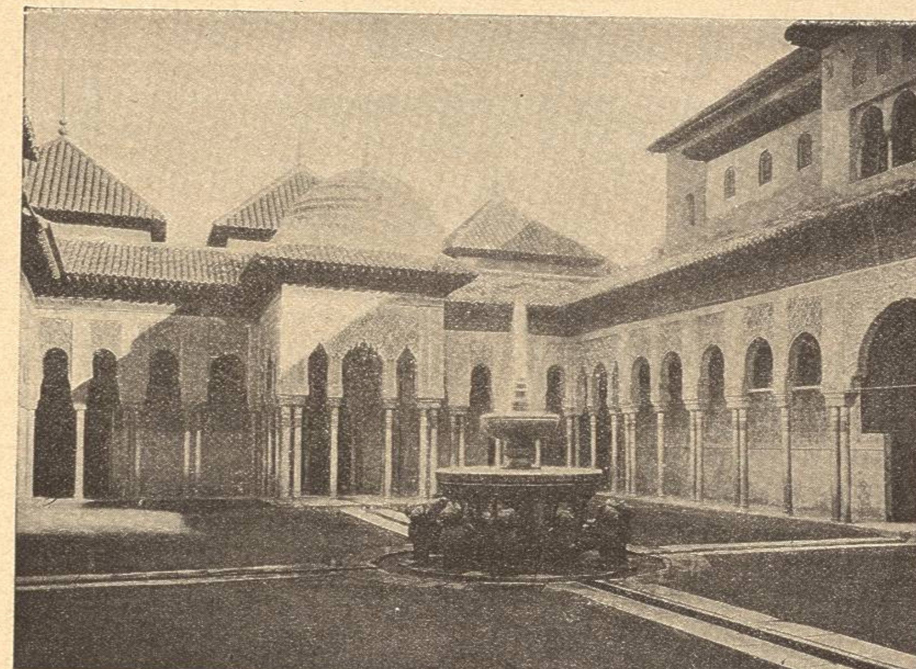
Visto de muy alto, parece que haya habido un simple movimiento de flujo rápido, seguido por un largo reflujo; pero después de la estancia de los extranjeros musulmanes, España se halló com-

pletamente transformada. La influencia profunda de los Arabes sobre las costumbres y la manera de pensar, lo mismo que sobre los caracteres físicos de la raza, se ha perpetuado de una manera notable: el aspecto de los tipos, los ademanes y el género de vida se parecen admirablemente del uno al otro lado del estrecho. Las casas andaluzas, lo mismo que las de los Orientales, miran hacia adentro, al patio; la lengua española contiene todavía en nuestros días más de dos mil palabras árabes, mucho más que el número de términos germánicos aportados por los Visigodos, y la parte semítica del vocabulario castellano es precisamente la más importante desde el punto de vista del desarrollo industrial y mental, que indica un período de grandes progresos en el trabajo y en el pensamiento. El mismo suelo de España tiene las huellas evidentes de la antigua dominación árabe, puesto que montañas, fuentes y ríos están todavía designados con nombres que dieron los conquistadores orientales: se enumeran en España 449 ayuntamientos, cuyo nombre moro comienza por el artículo *al* ó *el* [1]; y si la proporción no es mayor todavía, se debe á que en ciertas provincias, especialmente en Castilla, todas las villas árabes fueron arrasadas por los cristianos; la Inquisición revisó por el hierro y por el fuego la geografía anterior de España.

El retroceso de los tiempos da cierta unidad á la historia de los Moros españoles, pero en el detalle no se ve más que un movimiento caótico de guerras incesantes entre musulmanes y cristianos, entre cristianos y cristianos, entre musulmanes y musulmanes, entre tribus y tribus, entre Yemenitas y gentes del Nedjd: los odios y las venganzas de raza no se extinguieron [2]. Hasta la estructura de la península ibérica, muy propicia al establecimiento de una federación de los pueblos residentes, hacía, por el contrario, muy difícil la constitución de un Estado unitario y centralizado, como los musulmanes, lo mismo que los cristianos hubieran querido crearlo, impulsados los unos y los otros por la naturaleza invasora y autoritaria de su fe: las divisiones naturales del suelo ayudaron á la fragmentación del territorio en Estados distintos ó que no tenían más que una débil cohesión. La vertiente meridional de las montañas costeras del Sud

[1] Compeyrans, *Boletín de la Soc. Geogr. de Madrid*, 1881.
[2] R. Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*.

y de Sierra Nevada constituye una de esas regiones aparte. La rica Andalucía forma una extensa cuenca de una hermosa unidad geográfica; sin embargo, se divide fácilmente en segmentos secundarios por efecto de su gran longitud comparada con su anchura poco considerable; además la vega de Granada, bien delimitada, excepto



Cl. J. Laurent y C.ª
ALHAMBRA DE GRANADA — VISTA GENERAL DEL PATIO DE LOS LEONES

por el Oeste, por su anfiteatro de montes y colinas, es un territorio muy fácil de cerrar políticamente. Al norte de Sierra Morena, Extremadura y la Mancha tienen también su individualidad muy precisa, lo mismo que Murcia y Valencia sobre el litoral del Mediterráneo. Por último, en todo el resto de la península Ibérica, las depresiones formadas entre los macizos elevados de las mesetas marcan otros tantos territorios indicados por la Naturaleza para la repartición política de los pueblos. En el conjunto, el circo inmenso cerrado por los Pirineos presenta una disposición favorable á los que ocupaban las regiones del Norte, es decir, á los cristianos. Estos tenían la ventaja del terreno, gracias á la pendiente general del suelo; en sus montañas tenían una base de retiro siem-

pre segura, mientras que los Musulmanes retrocedían de llanura en llanura y no estaban defendidos sino por cordilleras, en su mayor parte fáciles de rodear.

286. Toponimia árabe en España.



1 : 10 000 000

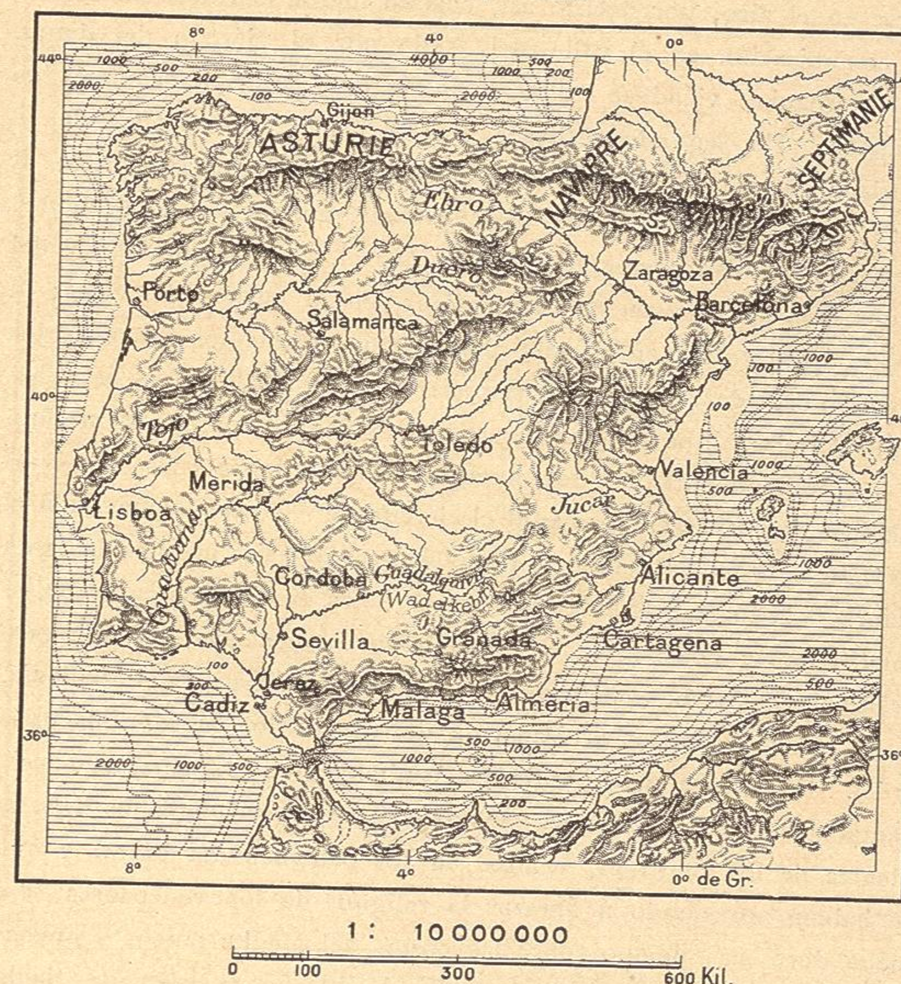
0 100 300 600 Kil.

Según los mapas de España del atlas Stieler (escala 1 : 1500000), están marcadas en éste las localidades, ríos, cordilleras, picos y regiones cuyo nombre comienza por *Al*, *El*, *Guada* y *Djebel*, exceptuando aquellos cuya etimología evidente no es árabe, como los *Altos* y los *Elenas*.

Sin embargo, la primera fuerza de impulsión era tan grande que en el primer medio siglo de su estancia en España, los Arabes franquearon los Pirineos y penetraron en las Galias. Su ambición era más audaz todavía: habían soñado seguir el camino de Aníbal para ir á predicar el verdadero Dios al Vaticano, llegar después

hasta Constantinopla y volver á Damasco para depositar allí sus espadas al pie del trono de los kalifas [1]. Pero sus disensiones intestinas gastaron la superabundancia de fuerza que les animaba al

N.° 287. España física.



1 : 10 000 000

0 100 300 600 Kil.

principio. Teniendo por enemigos principales los Visigodos, á quienes habían arrebatado la dominación de España, atravesaron los Pirineos orientales por el collado de «Perthus», ó de Bellegarde, y se apoderaron de la Septimania meridional, dependencia del reino de los Godos. Se establecieron fuertemente en Narbona, extendiéndose de un lado hasta Carcasona y Tolosa, en tanto que del otro siguie-

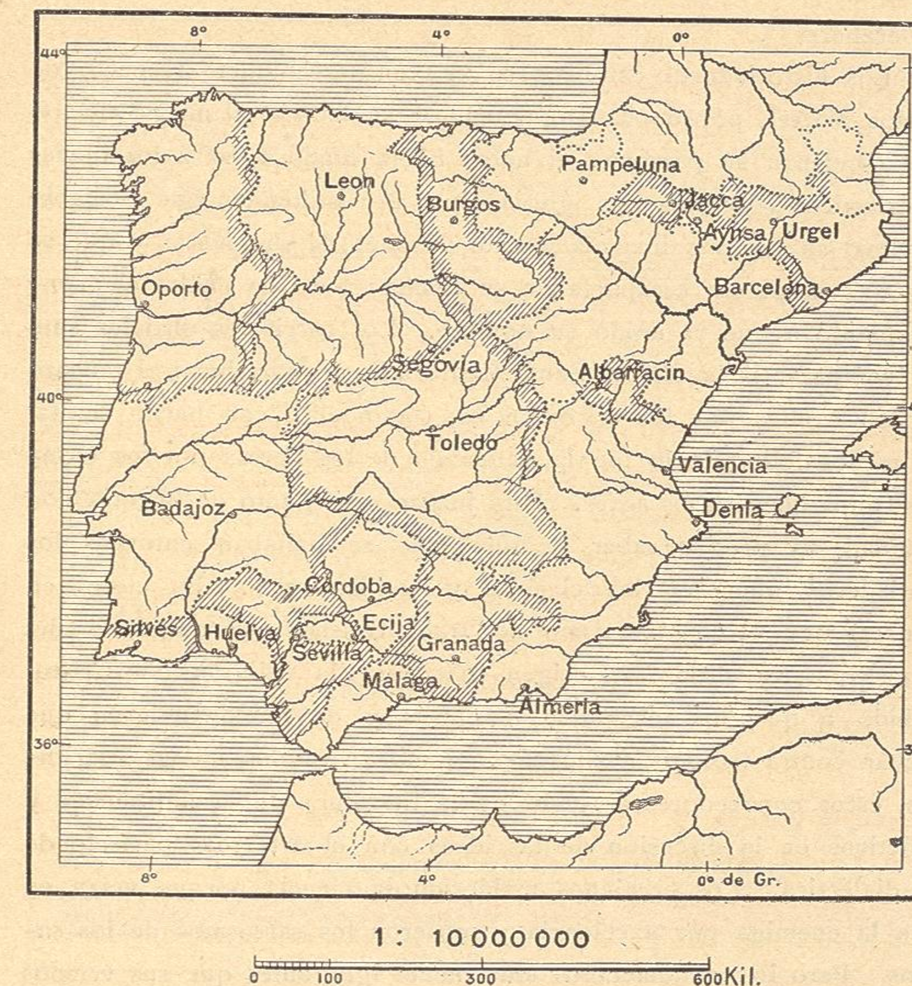
[1] Draper, *Histoire des Conflits entre la Science et la Religion*, trad. franc., p. 69.

ron el camino histórico del Aude al Ródano y de Provenza á Borgoña; se les vió delante de Autun; pero la banda musulmana, aventurada á demasiada distancia del núcleo compacto del ejército moro de España y reducida á vivir de rapiña, no pudo sostenerse en el aire, por decirlo así, cuando fueron cortadas sus líneas de comunicación en el valle del Aude por el ejército del duque de Aquitania, viéndose obligada á repasar precipitadamente los Pirineos. Un segundo esfuerzo hizo á los Arabes dueños de la Cerdaña, y, de nuevo, se extendieron á derecha é izquierda; al Este, para ocupar el litoral mediterráneo, apoderarse de la ciudad de Arles y luego remontar al Norte por el valle del Ródano y del Saona y bajar nuevamente hasta Sens, en la cuenca del Sena; al Oeste, para entrar en el valle del Garona, forzar los pasos de los ríos al norte de Aquitania y empeñarse en la vía histórica del Charenta al Loira. Los Arabes llegaron hasta Tours, y pronto se produjo el gran choque entre las dos razas, las dos religiones y las dos civilizaciones que representaban aquí el ejército de Abd-er-Rahman, allá el de Carlos Martel. El conflicto tuvo lugar en las bajas mesetas de Santa Maura — la localidad tenía ese nombre antes de la invasión árabe, — entre Tours y Poitiers, en ese estrecho de las naciones, indicado geográficamente por el encuentro entre gentes del Norte y del Mediodía.

La batalla fué encarnizada, la derrota de los Moros espantosa (732). Como resultado perdieron Aquitania, toda la parte sud-occidental de la Galia y sólo se encontró ya su sangre entre los descendientes de los fugitivos, ocultos en los pantanos del litoral y que se habían apresurado á abrazar la religión de los vencedores. La lucha duró más tiempo sobre las costas del Mediterráneo, y apenas transcurridos siete años después de la batalla decisiva de Santa Maura, los Francos de Carlos Martel, unidos á los Lombardos de Luitprand, lograron rechazar completamente la invasión mora de la Provenza y del Languedoc. Sin embargo, unas bandas aisladas permanecieron dueñas de fortalezas y de macizos montañosos, formando ciudadela. Fueron mucho tiempo poseedores del grupo de esos bosques montañosos que, por su recuerdo, se llaman todavía «de los Moros», y, desde la villa culminante, Fraxinatum, la Garde-Freinet ó «Castillo del Fresno», dominaron á las poblaciones de los distritos

circundantes: durante más de ochenta años (890 — 973) constituyeron allí su principal depósito de botín para las expediciones que hacían en las regiones de montañas hasta la Suiza valesana; un Monte

N.° 288. Reino de España en el siglo XI.



Los territorios de los príncipes cristianos comprendían los tres grandes reinos del noroeste de España (Galicia, Portugal, León y Castilla), Navarra y los valles vascos, y por último los pequeños Estados agrupados en los Pirineos. Las otras subdivisiones políticas, de las cuales se cuentan fácilmente una docena, estaban en poder de dinastías moras.

Morro atestigua allí entre otros la estancia de los Arabes. Hacia 945 eran dueños de Grenoble, bajo el nombre de «Sarracenos», y poseían todo el rico valle del Graisivaudan. Considerándose como en su país, se ocupaban del cultivo de las tierras, se casaban con

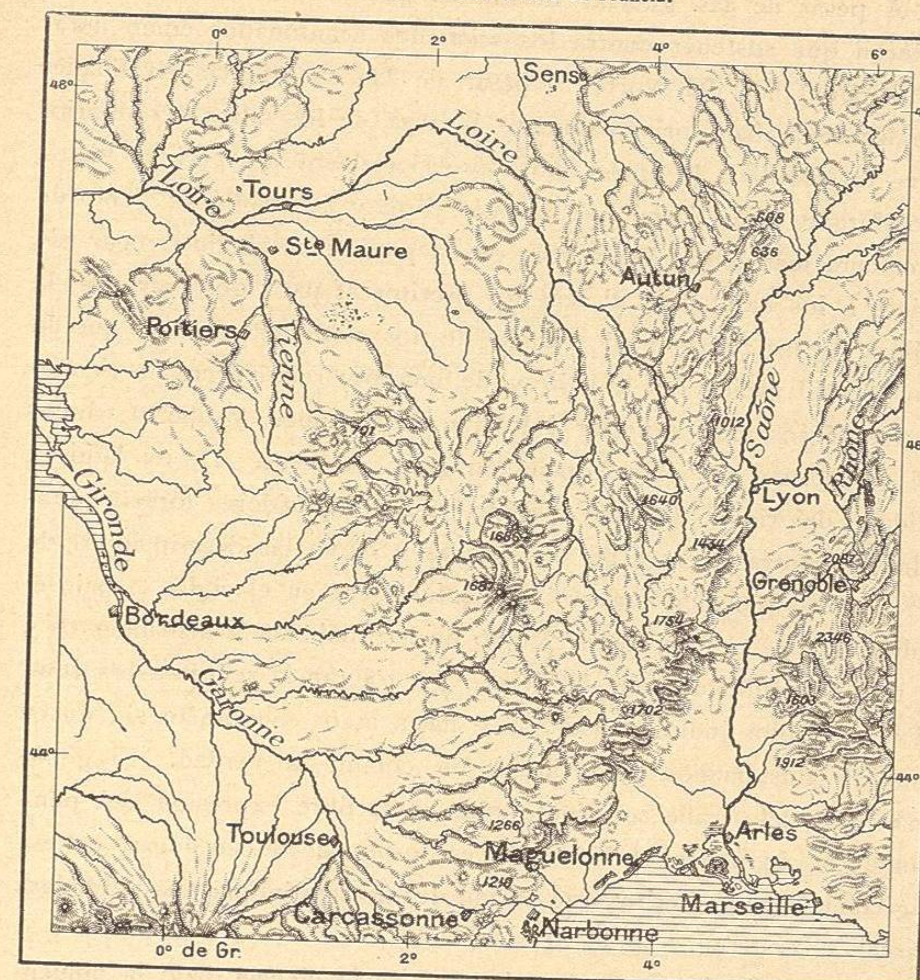
las mujeres de la comarca y hacían alianza con los señores cristianos de las inmediaciones: en 960, dice la leyenda, fueron expulsados del Gran San Bernardo y rechazados hacia el Mediodía. Es indudable que en las comarcas alpinas y provenzales existen numerosos descendientes más ó menos cruzados de esos invasores árabes y bereberes [1].

Los historiadores católicos se ven en un conflicto respecto de Carlos Martel, porque han de glorificar su hazaña al mismo tiempo que condenan su persona: el héroe había osado tocar á los bienes eclesiásticos y despojar las iglesias; por eso pretenden que el diablo se llevó su cadáver inmediatamente después de su muerte y que se vió una serpiente escaparse de su tumba; pero se exalta el acontecimiento á que va unido su nombre. Los escritores oficiales suelen comparar la batalla de Santa Maura á la de Marathon: el rechazo de los Arabes por los cristianos es, según ellos, un hecho capital no menos feliz que lo fué la detención de los Persas por los Griegos, unos doce siglos antes. Para juzgar este punto de historia con equidad, es preciso saber de qué lado se hallaban entonces los verdaderos guías en las ciencias y en las artes. Es cierto en general que el mahometismo no trajo consigo ese desprecio del saber que ya desde su origen manifestó la religión del Cristo, debido á que los discípulos de Jesús y de Pablo tuvieron que luchar contra teólogos y filósofos, aquéllos versados en las Escrituras, éstos conocedores á fondo de la literatura de la antigüedad y prácticos en la discusión de las ideas con el arte más perfecto de la dialéctica. Los cristianos maldecían la ciencia porque veían en ella la enemiga por excelencia y sufrieron los sarcasmos de los sabios. Pero los mahometanos eran menos ignorantes que sus vecinos inmediatos, los paganos del desierto: por efecto de las conversaciones que habían tenido con nestorianos y Judíos, eran los hombres más eruditos y más hábiles para discutir que poseía la península; no hubieron, pues, de pronunciar contra la ciencia las blasfemias del cristianismo naciente; aunque viesen también en todo estudio un empleo poco digno de ocupar el tiempo de las almas

[1] J. T. Reinaud, *Invasion des Sarrazins en France.*

que han de pensar en su salvación, no llegaron hasta reprobar la investigación de las verdades científicas. El mismo Profeta profería á este respecto enseñanzas que probablemente excedían á su pensa-

N.º 289. Invasiones árabes en Francia.



miento. «Tratad de conquistar la ciencia, decía á sus discípulos, aunque hubierais de ir á alcanzarla hasta la China». En otro lugar recomendaba á uno de sus fieles: «Trabaja en la tierra para adquirir la ciencia y los bienes terrenales como si hubieras de vivir eternamente, y dirige tus acciones en vista de la vida futura, como

si hubieras de morir mañana». Sin duda, la existencia del más allá era considerada como mucho más preciosa, pero los tesoros de la vida presente, en el número de los cuales se halla esta ciencia que desprecian los cristianos, eran también tenidos en gran estimación.

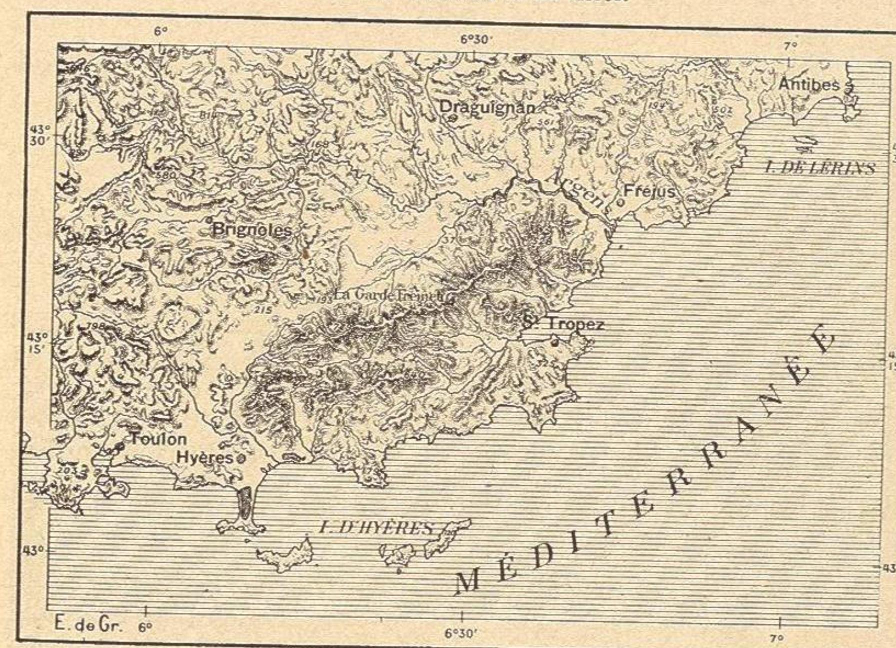
A pesar de las guerras incesantes que los Arabes de España tuvieron que sostener contra los cristianos acantonados como fieras en las montañas del Norte, á pesar de las sangrientas rivalidades que les separaban, principalmente á causa de los odios hereditarios entre las familias, la época mora fué ciertamente el período histórico durante el cual fué España más libre y desarrolló su genio de la manera más feliz. Basta recorrer la península, sin interrogar siquiera á los habitantes ni leer los escritores, para observar por la belleza de las ruinas y el trazado de los antiguos canales, que la prosperidad nacida del trabajo y de una paz relativa era en tiempo de los Moros muy superior á lo que fué después, y que el triunfo del catolicismo fué para España un gran retroceso. De un lado el cuidado del riego, del otro el reino de los inquisidores forman notabilísimo contraste entre las dos épocas. Según las descripciones de los autores que cita Draper [1], Andalucía era en el siglo X, bajo el kalifa Halem, el país mejor dotado de herramientas é instrumentos y el más tranquilo de toda la tierra. La tolerancia religiosa era completa, y sabios judíos, cristianos y hasta ateos se reunían sin temor con los musulmanes para buscar en común la verdad. El genio anárquico del Arabe se manifestaba en la libre expresión del pensamiento, sin la menor huella de ese espionaje de las ideas, de esa vigilancia de los escritos que hacían de Constantinopla una verdadera cárcel.

En aquella época de florecimiento de la ciencia, bajo la influencia de lá libertad relativa que aportaban los Arabes, la misma península de Arabia no tomó sino una pequeña parte en la autoridad intelectual de los pueblos asociados al Islam: las tribus, privadas de sus hombres más valerosos durante muchas generaciones, se desinteresaban de su obra. Pero los focos de trabajo nacían en todo el mundo musulmán, desde Sevilla á Samarkanda, y hasta por con-

[1] *Histoire des Conflits entre la Science et la Religion.*

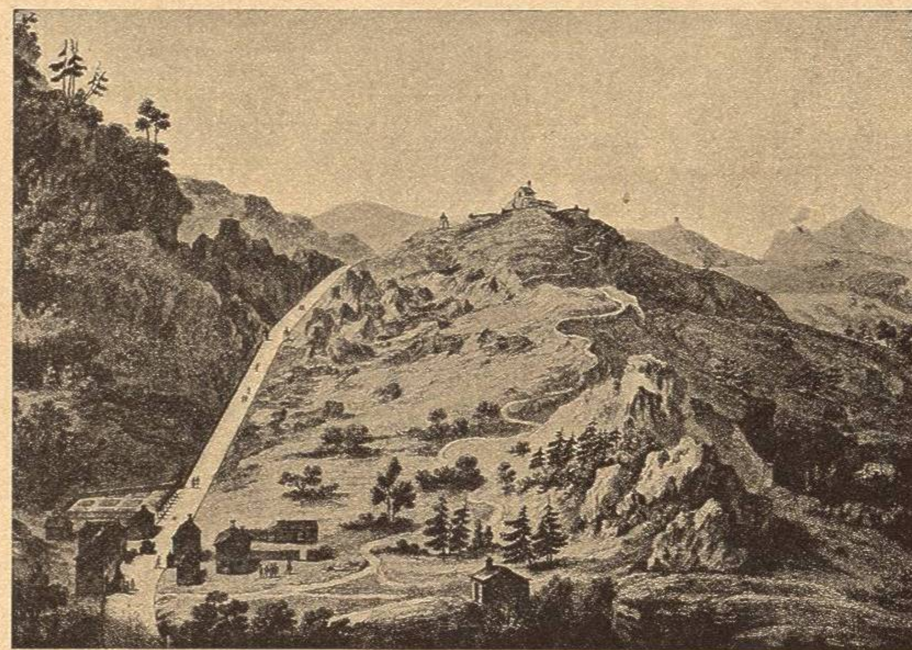
tacto en los países limítrofes que pertenecían todavía á los pueblos cristianos. Así los Arabes, «Moros» ó «Sarracenos», como se les llamaba indistintamente, tuvieron una gran parte de influencia en el movimiento de la civilización pacífica al norte de los Pirineos.

N.º 290. Montañas de los Moros.



En una de esas lagunas que se prolongan á lo largo de la playa semicircular del Mediterráneo, entre el Aude y el Ródano, se eleva un islote basáltico que contiene una siniestra ruina, casi siempre completamente negra sobre el fondo luminoso del mar y del cielo. Ese resto, Maguelonne, recuerda una de las antiguas puertas de la Galia, una de las escalas marítimas por las cuales penetró la cultura de los Arabes, como había penetrado antes la de los Fenicios, en el mismo lugar, en la villa de Magalo. Cuando Carlos Martel, vencedor de los Sarracenos en la batalla de Poitiers, continuó «martillándolos» hasta la base de los Pirineos, atacó Maguelonne, entonces ocupada por los Arabes, dominadores tolerantes que permitían en medio de ellos un obispo y su rebaño de católicos fieles, al mismo

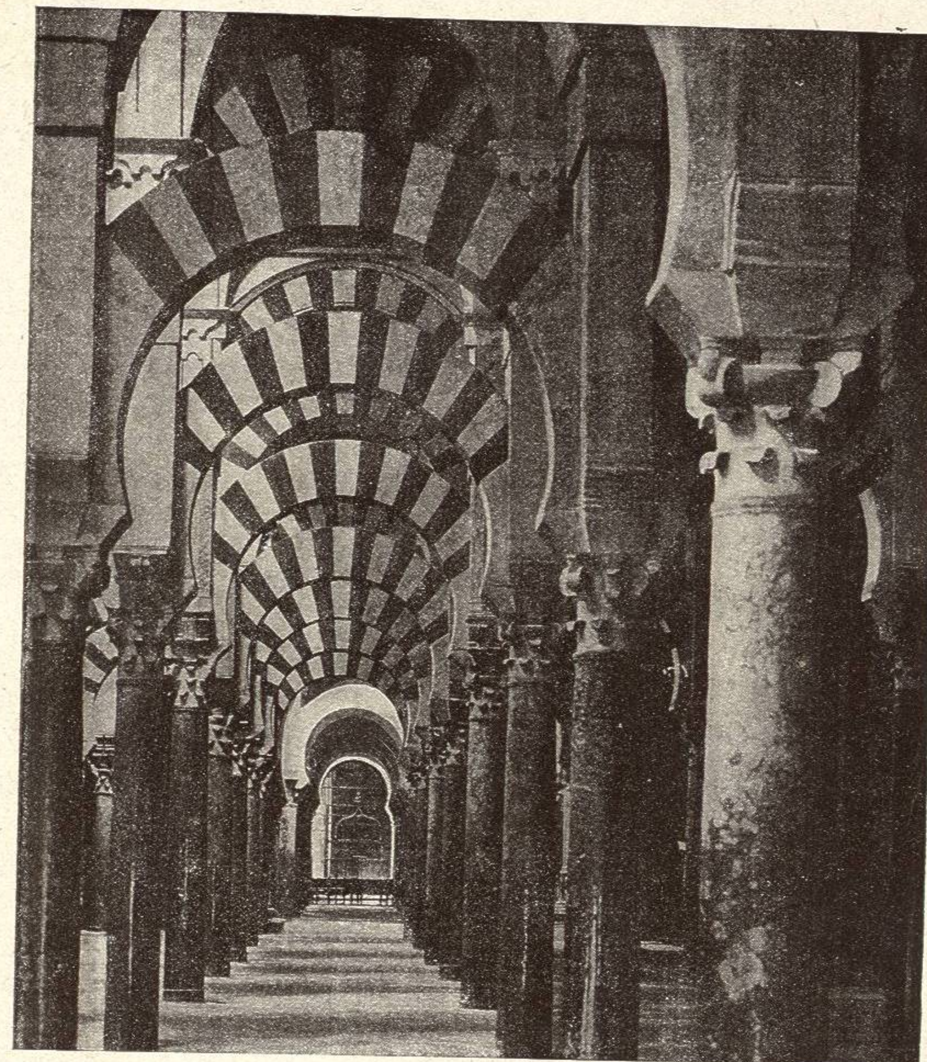
tiempo que daban albergue á hombres de ciencia, poetas y artesanos. El bárbaro del Norte exterminó todo lo que no era cristiano, arrasó la ciudad y transportó á tierra firme las gentes de fe católica. Substantion (Sextancio), la ciudad nueva, no dejó de quedar algo árabe por las costumbres y por el amor de la ciencia, y llegó á ser la cuna de la sociedad inteligente que, muy cerca de allí, al otro



(Bib. Nat., Cabinet des Estampes).

VISTA DEL COLLADO DE PERTUIS Y DEL CASTILLO DE BELLEGARDE DONDE SE HALLA EL PASO PRINCIPAL DEL ROSELLÓN Á ESPAÑA

lado del Lez, fundó la ciudad sabia de Montpellier, la escuela iniciadora de Francia, con sus universidades y sus profesores extranjeros, católicos, judíos, heréticos y librepensadores. Tratóse después de reconstruir Maguelonne y de instalar en ella la sede episcopal; de esa restauración efímera datan las construcciones arruinadas que se elevan actualmente sobre las aguas bajas y las malezas, pero la ciudad, las tierras abandonadas por el hombre, estaban infectadas, y los residentes de un día, devorados por la fiebre, no pudieron subsistir en ese ambiente del litoral pantanoso. La Maguelonne árabe no dejó de ser la madre de Montpellier la Languedocense y la Francesa,



A. J. Laurent y C.ª

INTERIOR DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA

y la mayor parte de los historiadores creen en la autenticidad de la respuesta al gobernador Amru, que le preguntaba qué debía hacer con los pobres restos de la biblioteca de Alejandría. «Si esas obras confirman el Corán, son inútiles; si le combaten, son funestas. Destruidlas, pues». Y parece que, en efecto, sirvieron durante seis meses, sin duda con otros materiales, porque el pergamino arde mal, para calentar los baños de Alejandría [1]. Pero ese ejemplo es único en la historia del Islam, y pueden citarse millares de otros que atestiguan por el contrario la extremada solicitud de los musulmanes por las investigaciones científicas. Hasta el pensamiento libre tuvo también sus campeones: al lado de todos los «defensores de la fe», ortodoxos ó heréticos, hubo también filósofos y poetas que sostuvieron la digna independencia de su juicio, como rocas que desafían el ímpetu de las olas.

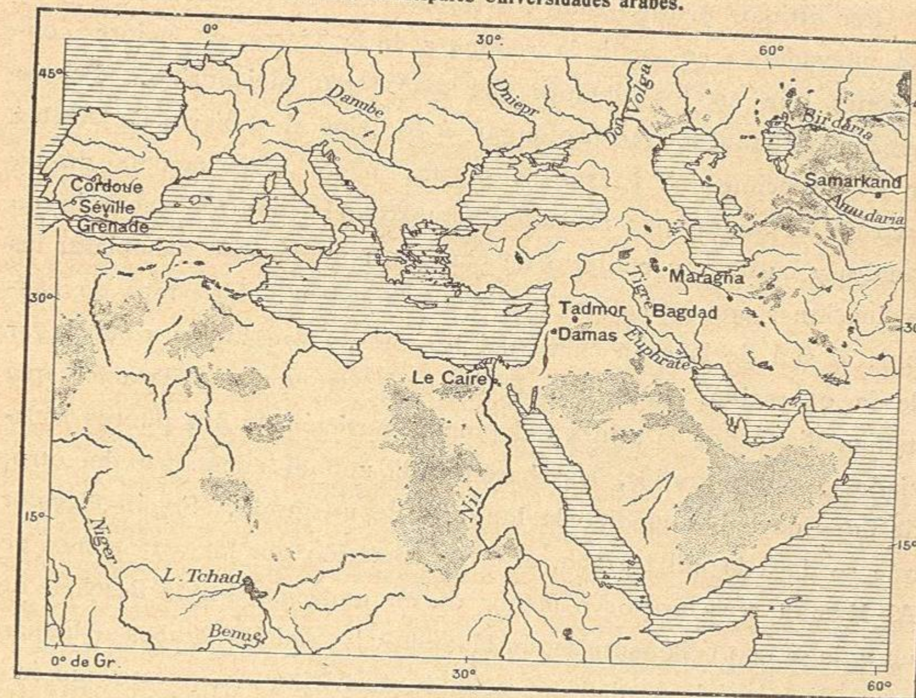
En todas las ciudades de civilización «sarracena», el gran cuidado de la época consistía en fundar y aumentar las colecciones de libros. La biblioteca de Córdoba, rica hasta contener seiscientos mil volúmenes soberbiamente encuadernados, era la gloria de la ciudad; además se contaban en la España musulmana setenta bibliotecas públicas y numerosísimas colecciones privadas. El Cairo y Damasco no eran menos ricos en libros, que hasta se prestaban á los estudiantes. En un tratado de paz concluído por Al-Mamun y el emperador de Constantinopla Miguel III, el primero exigió una de las grandes bibliotecas de la Roma oriental, y allí fué donde los buscadores árabes hallaron el tratado de Ptolomeo sobre la matemática celeste, que alcanzó tan gran importancia en la ciencia de la Edad Media, bajo el extraño nombre de Almagesto, á la vez griego y árabe [2]. Los sabios de las naciones nuevas del Oriente se precipitaban con admiración sobre esas obras preciosas que los Griegos conservaban sin utilizarlas, como simple recuerdo de sus abuelos.

En efecto, en la astronomía tomaron los Arabes la parte más considerable en el desarrollo de las ciencias. En las matemáticas puras dieron su nombre al «álgebra», que les había legado el alejandrino Diofanto (siglo IV), estudiaron los problemas de geometría y

[1] Draper, *Histoire des Conflits entre la Science et la Religion*, ps. 73, 74.
[2] El artículo árabe *al* y μεγιστη (sobreentendido βίβλος), el más grande libro.

de trigonometría y propagaron el uso del sistema de numeración, muy anterior á ellos, que todavía se califica con el término de «cifras árabes». Asimismo, en física, estudiaron los fenómenos de la gravedad específica, los de la caída de los cuerpos y de la refracción

N.° 291. Principales Universidades árabes.



Muchos otros centros, importantes por sus escuelas, deberían figurar también en este mapa, entre ellos Djudi-Sapor (ó Djudi-Chapur), que, á decir verdad, era ya célebre antes de la conquista árabe. Bajo el reinado de Kosrav Anurchivan, esta ciudad fué la residencia de una facultad de medicina con hospital y clínica para la educación de jóvenes médicos y adquirió gran fama por sus profesores, griegos y romanos, de poesía, de sabiduría y de elocuencia. Después, una ciudad como Ahwaz, en la Suciana, merecía ser llamada la «ciudad de Euclides», á causa de sus geómetras y de sus literatos; también sus médicos eran muy reputados. En 1259, Nasr Edin fundó un observatorio en Maragha.

luminosa, mientras que en química, se ocupaban de la destilación, de la sublimación, de la fusión y de la filtración de los cuerpos. Fieles al sistema experimental, que tomaron de los Griegos alejandrinos, trataban de informarse de todo por la observación directa y por la experiencia deducida de la construcción de los aparatos. Relojes, clepsidras, cuadrantes, péndulos y astrolabios se hallaban en

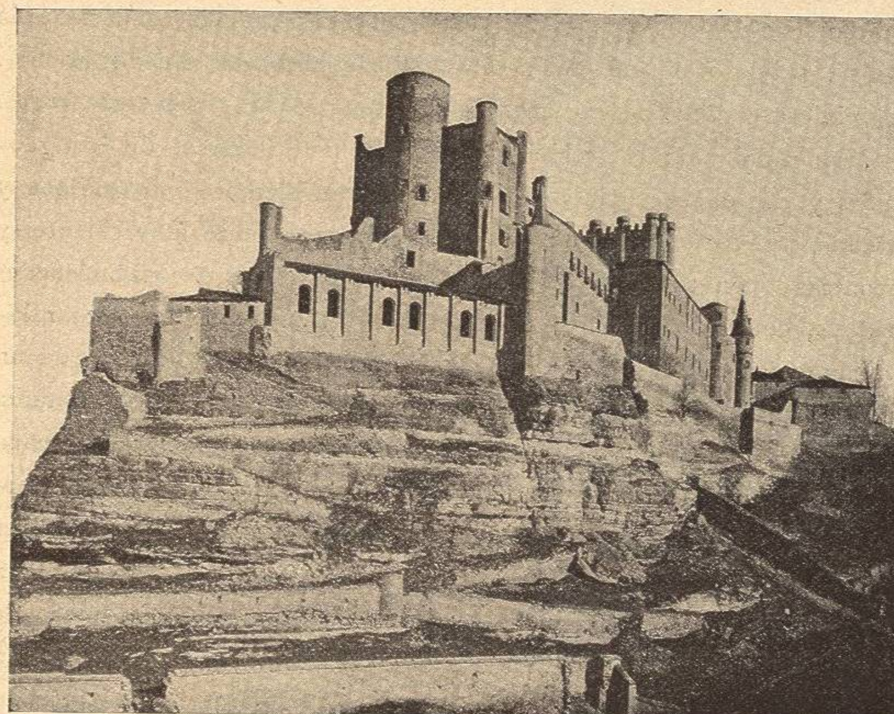
todas sus grandes escuelas, y sus observatorios, que se sucedían á través de todo el mundo musulmán, desde Sevilla á Samarkand, contenían catálogos de estrellas, tablas astronómicas de toda especie, cálculos precisos sobre la oblicuidad de la eclíptica y sobre los movimientos relativos de la luna y del sol.

Por último, prosiguiendo los trabajos de Eratóstenes, se ocuparon nuevamente en medir la redondez de la Tierra, en mejores condiciones que en los tiempos del astrónomo alejandrino. Por lo demás, las llanuras que prolongan á lo lejos el desierto de Arabia en la dirección del Taurus se prestan mejor á la medida de un arco de meridiano que el valle tortuoso del Nilo, todo cortado de canales y cultivos y cubierto de ciudades: pudiéronse reemplazar las evaluaciones por verdaderas medidas á la cadena. La estepa de Tadmor, al sud de la gran curva del Eufrates, fué escogida como lugar de la operación. Dos grupos de dos astrónomos cada uno, que habían fijado por la altura del polo la posición de dos puntos espaciados de dos grados, marcharon cada uno al encuentro del otro, después de haber medido la longitud de un grado. Según el valor que se da á la milla árabe, el error cometido por los astrónomos de Al-Mamun sería mayor ó menor de un undécimo según Peschel, de un quingésimo solamente según Khanikov [1]. Así los Arabes se habían acercado más á la verdad que el sabio de Alejandría, puesto que éste se había equivocado lo menos de un séptimo sobre la verdadera longitud del grado [2].

Entre todos los kalifas, aquel cuyo nombre adquirió mayor fama en la historia fué Harun-al-Rachid ó Harun-er-Rachid, el quinto soberano de la dinastía de los Abbassidas, que vivía al fin del siglo VIII y principio del IX y fué Comendador de los Creyentes de 164 á 187 (años de la hegira). Los sabios, los escritores, los poetas, los narradores y los mercaderes venidos de todas partes del mundo acudían á su palacio, en la gran ciudad de Bagdad, y, en sus viajes, difundían por todas partes su gloria. Por sus relaciones por embajada con Carlomagno, el poderoso emperador de Occidente, fué celebrado también el famoso kalifa en todos los países cristianos. Hubiera

1 Oscar Peschel, *Geschichte der Erdkunde*, ps. 121, 123.
2 E. H. Bunbury, *History of Ancient Geography*, 1 vol., p. 625.

podido creerse, según todas las relaciones que se propagaban desde el mar del Sud hasta el Océano de Europa, que Harun era por sí mismo un genio de la inteligencia y de la sabiduría que derramaba profusamente sobre su pueblo la justicia, el saber y la felicidad. Así sucede constantemente hasta en nuestros días en las sociedades alucinadas de que formamos parte; las glorias individuales se refunden



Cl. J. Laurent y C.ª

SEGOVIA — VISTA DEL ALCÁZAR

en la del personaje central, á quien los haces de rayos convergentes transforman en una especie de dios; así Horacio y Virgilio ayudaron á la apoteosis de Augusto, y Luis XIV se aprovechó del genio de Corneille y de Racine.

Resulta, pues, que no pudiendo madurar el pensamiento en obras sino después de una larga evolución, sucede que la floración de una época nace de una semilla lanzada en época anterior, y la gloria de un kalifa Harun se debe por completo á la labor de las generaciones que le precedieron. La verdad es que Harun, llamado «al-Rachid» ó «el Justo», fué, por el contrario, un amo avaro, envidioso, ven-

gativo y sanguinario; como jefe de imperio no tuvo tampoco el privilegio de ser siempre favorecido por la fortuna, y si triunfó frecuentemente de su principal adversario, el «perro romano» Nicéforo, emperador de Oriente, sus territorios fueron muy perjudicados al Este y al Oeste; murió asesinado en un encuentro con los rebeldes del Khorassan.

El gran movimiento de viajes que siguió á la explosión del mahometismo y sus conquistas, tuvo una importancia análoga á la que se produjo después con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Los viajeros árabes se sintieron impulsados por un verdadero frenesí de desplazamiento: las relaciones de los historiadores, de los geógrafos y de los peregrinos nos los muestran siempre por caminos y veredas, yendo de Occidente á Oriente y de Oriente á Occidente, y encontrando en todas partes, desde la China á Marruecos, huéspedes amables, conocidos, amigos y parientes. La orden del profeta relativamente á la visita de la Meca excitaba á ese perpetuo viaje de un cabo al otro del mundo, y los Arabes se prestaban á él con tanta mayor buena voluntad, cuanto que, gracias á la solidaridad creada por la unidad de creencia, podían solicitar en todo país las funciones correspondientes á su mérito, y que las costumbres polígamas les permitían crearse en cualquier parte una nueva familia. En el siglo x especialmente ese gusto por los viajes desplazó el mayor número de aventureros y de sabios. Massudi se aplicaba estas palabras de un poeta árabe: «Tanto me he alejado hacia el Poniente, que he perdido hasta el recuerdo del Levante, y mis excursiones se han prolongado tanto hacia el Levante, que he olvidado hasta el nombre del Poniente».

Conquistadores de la tierra, los Arabes habían conquistado también el mar: hacia el Este, el golfo Arábigo y el golfo Pérsico, el mar de Omán y el Océano Indico les pertenecían; al finalizar el primer siglo de la hegira, los navegantes árabes traficaban ya en Cantón; cien años después habían transferido su depósito principal hacia la desembocadura del Yang-tse y poseían además un mercado importante en la península Malaya [1]. Al Oeste disputaban á los cristianos la posesión del mar Negro, del mar Egeo y de todo el Mediterráneo.

[1] R. Beazley, *Mediæval Trade and Trade Routes.*

Dueños de España y de algunos puntos del litoral de Provenza, de Liguria y de Italia, trataban también de apoderarse de las islas: al finalizar el siglo VIII ocupaban las Baleares, después se establecían en Cerdeña y en Sicilia y acababan por dominar esta isla de uno á otro extremo; por último, en el centro mismo del Mediterráneo poseían la isla fortaleza de Malta, cuya población, completamente arabizada, acabó por adoptar su lengua y sus costumbres; resultando, como decía después el historiador Ibn Khaldun con un orgullo que, no obstante, se excedía de la verdad, los Arabes en el siglo XI mandaban sobre todas las comarcas que rodean el «mar de Roma»..... «Los cristianos ni siquiera podían hacer flotar en él una tabla».



Col. Luynes. Cl. Giraudon.

PUÑO DE ESPADA MORA (SIGLO XV) LLAMADA ESPADA DE BOABDIL

(*Bib. Nac., París*)

La dominación de los Arabes sobre el mar no pasó tampoco sin que hubiesen realizado importantes progresos científicos, dejando, por consiguiente, nuevos conocimientos á sus sucesores. Así, por ejemplo, las tablas astronómicas de Abul-Hassan, que vivía en el siglo XIII, indican sobre la costa del Mediterráneo 130 posiciones de lugares que no se hallaban sobre las tablas de Ptolomeo. Además, los errores del geógrafo griego se rectifican notablemente, puesto que mientras la longitud de la cuenca principal del Mediterráneo, desde Tánger á la Trípolis de Siria, era de 62 grados en las tablas de Ptolomeo, la diferencia de longitud de esos dos puntos queda reducida á 42°30, no excediendo más que 52 minutos las medidas exactas debidas á los astrónomos modernos.

Pero ¿cómo y por qué serie de esfuerzos pudieron llegar los Arabes á tan admirable aproximación científica? La carencia de documentos dejan obscuro ese importante asunto, no permitiendo responder con certidumbre. A lo menos ese resultado atestigua estudios incesantes y observaciones continuadas durante mucho tiempo por los navegantes árabes; pero desgraciadamente para sus ignorantes vecinos, fué trabajo inútil el acumulado por esos grandes progresos en el conocimiento de la Tierra, porque, bajo el dominio de la intolerancia religiosa, los errores de Ptolomeo no dejaron de ser enseñados en las escuelas cristianas hasta el Renacimiento [1].

En la época en que aquellos dos grandes luchadores, el kalifa Harun-al-Rachid y el emperador Carlomagno, representaban á los ojos de los pueblos esclavizados los dos mundos opuestos del Islam y del Cristianismo, casi se mantenía el equilibrio entre las opuestas fuerzas en lucha: los cristianos distaban mucho de hallarse bastante unidos, ni tampoco eran suficientemente fuertes para rechazar los invasores árabes de España y de las islas del Mediterráneo, en tanto que por su parte los musulmanes, aunque conservando casi en todas partes la actitud ofensiva, no estaban suficientemente armados para apoderarse de la una ó de las dos ciudades simbólicas de la dominación cristiana, Roma y Constantinopla. La primera, situada en el interior del país, no hubiera podido ser sometida más que por una gran expedición militar, y los Arabes esparcidos por el contorno del Mediterráneo no podían organizar más que incursiones de piratas, como la verificada en 846, cuando los Sarracenos llegaron á saquear los suburbios de Roma, devastar las iglesias y llevarse las reliquias sagradas. Y en cuanto á la segunda Roma, la de Oriente, los Arabes habían llegado dos veces hasta tocar sus muros, pero la firmeza militar de la ciudad era demasiado sólida, su recursos estratégicos eran también muy grandes y su abastecimiento por mar y por tierra era harto fácil para que el sitio pudiera tener buen éxito, por lo que los asaltantes, desistiendo forzosamente de su empeño, tuvieron que

1 Cosimo Bertacchi, *L'Italia e il suo Mare*, «Bol. Soc. Italiana», Agosto de 1900, páginas 708 y siguientes.

limitarse á la ocupación de las inmediaciones de la península del Asia Menor.

El estado de equilibrio entre los dos grupos de pueblos y las dos civilizaciones del Norte y del Mediodía no podía romperse sino por la entrada en escena de otros elementos étnicos: los Normandos y los Turcos.



CARLOVINGIOS Y NORMANDOS

Noticia histórica

El último rey merovingio fué depuesto en el año 752, en vida de Carlomagno, pero hacía ya más de cien años que la familia carlovingia poseía el poder efectivo. Pepino el Viejo (Peppin ó Pippin de Landen), muerto en 639; su hijo Grimoaldo; después Pepino de de Heristal (Herstal), que murió en 714; otro Grimoaldo; un Teobaldo; el célebre Carlos Martel, nacido en 689 y muerto en 741; por último, su hijo Karloman (Karlmann), que se retiró en 747 al monte Cassino, no fueron más que alcaides del Palacio. Pepino el Breve, nacido en Jupille en 714, hermano del precedente, fué el primero de la dinastía que tomó el título de rey (752-768).

Carlomagno, que nació en 742 ó 747, no se sabe dónde, subió al trono al mismo tiempo que su hermano Karlmann; pero habiendo muerto éste en 771, quedó Carlos único dominador de los pueblos entre los Alpes y la Mancha. En 772 derribó la columna de Irmin, entre el Ems y el Weser, y diez años después procedió á la atroz matanza de los Sajones; en 804 se hizo la última expedición militar contra las poblaciones de la ribera del Elba. En el valle del Danubio, Carlos había conquistado la Baviera, desde 787, y luchaba en la llanura húngara desde 791 á 799. Atravesó los Alpes por primera vez en 773 y se coronó rey de los Lombardos en 774, después fué consagrado emperador por el Papa León III en 799 ú 800. La toma de Pamplona y la derrota de Roncesvalles, 15 de Agosto, datan de 778, la toma de Barcelona de 801. Carlomagno murió en Aix-la-Chapelle el 28 de Enero de 814.

A continuación, Luis el Pacífico (814-840) reinó también desde el Elba al Ebro, pero la simple enumeración de los reyes que se suceden, lo mismo en Francia que en Lotaringia y en Germania, no da idea alguna de la complicación introducida en la historia política por las luchas entre los príncipes de la familia Carlovingia y las

particiones que practicaron. Por lo demás, menos de tres cuartos de siglo después de la muerte de Carlomagno, un primer representante de una nueva descendencia, Eudes, asume el título de rey de Francia (887), y cien años después es desposeído definitivamente el último Carlovingio.

Citemos, no obstante, algunos reyes de la lista clásica: Carlos el Calvo, 840-870; Carlos el Gordo, depuesto en 887; Carlos el Simple, 898-923; Luis IV de Ultramar, 936-954; Hugo Capeto, 987-996; Roberto, 906-1031; Enrique I, 1031-1060, se suceden hasta la época en que se organizaron las Cruzadas hacia los Santos Lugares.

Los principales reyes de Germania, frecuentemente coronados emperadores del Santo Imperio Romano, fueron, en el período considerado, Lotario, 814-855, juntamente con Luis el Germánico (817-875), Enrique el Pajarero, 918-936, Othon ú Otton I, 936-973, Othon II, 971-983, etc., etc.

En Inglaterra, Egberto, educado en la corte de Carlomagno, fué rey de Wessex (800) y ensanchó poco á poco sus Estados. Los Dinamarqueses, rechazados bajo el reinado de Alfredo (871-901), vuelven frecuentemente á la carga, y, hacia el fin de su vida, Canuto el Grande (1014-1036) reinaba sobre las Tierras insulares y peninsulares que baña el mar del Norte; después de la muerte de su hijo Canuto el Duro (Hardknecht), 1043, son expulsados los Dinamarqueses. Un rey de raza sajona, Eduardo el Confesor (1042-1066), sube al trono, pero Guillermo, sexto duque de Normandía, desembarca en Hastings poco después de la muerte de aquél y conquista Inglaterra.

Fuera del mundo militar y político, ninguna personalidad notable puede citarse entre los cristianos de aquella época: algunas obras de valor, como la canción de Rolando, ha llegado hasta nosotros sin nombre de autor.



CARLOVINGIOS Y NORMANDOS

El olvido en que cayó la Groenlandia debe atribuirse al refuerzo del poder central, destructor de las energías personales.

CAPÍTULO V

Carlomagno y su imperio. — Francia, Germania y Lotaringia. Ciclo literario. — Irlanda y sus misioneros. Escandinavia. — Traender y reyes dinamarqueses. Expediciones normandas. Población de Islandia. — Descubrimiento del Nuevo Mundo. Eslavos y Finlandeses, Tcheques, Búlgaros, Magyares, Turcos y Seldjoucidas.

La substitución gradual de los Merovingios por los Carlovingios y la de poderosos hombres de guerra por reyes holgazanes, hasta puede ser atribuído por algunos cuentistas y escribas á conjuraciones, intrigas y otras causas secundarias; pero fácil es ver que en el conjunto se trata de la sucesión de una raza llena de savia y de energía á familias agotadas por el ejercicio del poder con todas sus locuras y caprichos. Unos Francos Salios pe-

netraron en las Galias rodeando por el Oeste el bosque Carbonero y tomando en principio por capital Tournai, después Soissons, la dominación pasó á los rudos Austrasianos, que, venidos directamente de sus ásperas comarcas de entre Rhin, Mosa y Mosela, acampaban en la Francia oriental en bandas cada vez más numerosas y temibles. Los hombres representativos de esos nuevos invasores fueron Karl Martel, Pepino el Breve y Carlomagno, el bárbaro que restauró el Imperio, antepasados de una singular energía, á quienes había de suceder una descendencia que había de apoltronarse y hundirse todavía más rápidamente que la de los Merovingios.

Las Galias, á excepción de la áspera Bretaña, era la herencia que Carlomagno recogió después de la muerte de su padre Pepino y de la de su hermano Karlmann; pero esos territorios no eran más que una pequeña parte del mundo conocido, y Carlos, que pronto fué el «Grande» en virtud de sus victorias y de sus matanzas, era de aquellos que quieren apropiarse todo: á lo menos logró constituir en su prevecho la unidad del mundo cristiano de Occidente; hasta la engrandeció notablemente del lado del Este en país germánico. Hacia el Sud, al otro lado de los Pirineos, tuvo un éxito mediano, puesto que al Oeste de la cordillera, sus caballeros, batiéndose en retirada, fueron destrozados por los Vascos en el desfiladero de Roncesvalles, y al Este, después de numerosos hechos de armas, no llegó á pasar el Ebro. Sus grandes triunfos tuvieron lugar al este del Rhin, del Wesser y del Elba, contra sus hermanos de raza, los Sajones y otras poblaciones guerreras de la Europa central. Personificó la ola del inmenso reflujo que, sucediendo á la emigración de los pueblos de Este á Oeste algunos centenares de años antes, precipitó á los Occidentales hacia Oriente y llevó más lejos las fronteras del mundo ya latinizado; alemán y bárbaro, pero suavizado por la cultura, Carlomagno simboliza la civilización latina contra los Germanos, la fe cristiana contra el paganismo.

Con mano terrible aplastó las tribus germánicas que le resistían. En su primera campaña abatió la columna simbólica, *Irminsul*, donde dícese que los adoradores veían la imagen de la fuerza creadora por excelencia, y los Sajones se retiraban de bosque en bosque, guareciéndose tras los amplios fosos de los ríos. La gue-

rra incesante tomó un carácter atroz: en las riberas del Aller fueron decapitados 4500 Sajones prisioneros. En 804, cuando los vencidos se entregaron á merced, el vencedor no se llevó menos de

N.° 292. Imperio de Carlomagno.



El imperio de Carlomagno está en blanco; á los territorios directamente administrados por los oficiales del emperador, se añaden, sin línea de demarcación, las comarcas mal sometidas ó simplemente tributarias: Bretaña, Gascuña, Cataluña, ducado de Espoleto ó de Benevento, llanura magyar y país de entre Elba y Oder.

Rayados diferentes cubren: 1.°, las posesiones musulmanas (España, Maghreb); 2.°, las del imperio de Oriente (Sicilia, Calabria, Pouille, litorales dálmata y griego); 3.°, los Estados de la Iglesia; 4.°, las otras comarcas independientes (reino de León, Inglaterra, Dinamarca y extensiones eslava, avara y búlgara).

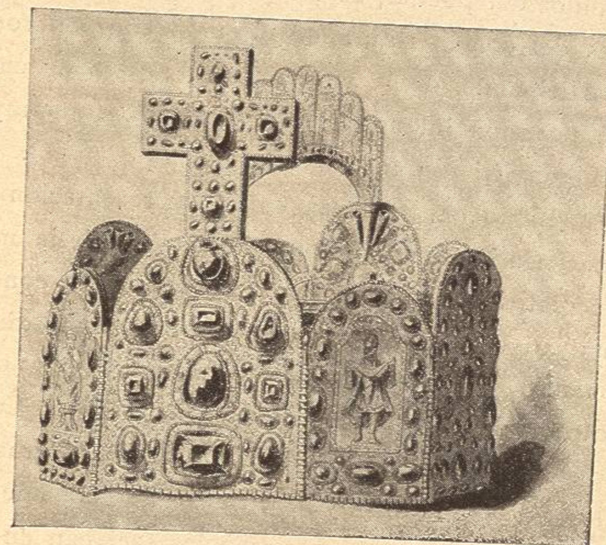
diez mil rehenes para garantir la sumisión del pueblo y la fiel observancia de la religión cristiana: se establecieron de distancia en distancia obispados y conventos en medio de las nuevas conquistas,

instituídos para asegurar á la fe el dominio moral y material de la comarca. Al Norte, los ejércitos de Carlomagno penetraron hasta la orilla del Eider, y en el Este avanzaron hasta la llanura húngara y tomaron por asalto, cerca del Tisza, los siete recintos concéntricos de la ciudadela en que se habían encerrado los Avares. Por último, por la parte del Sur, Carlomagno, que conducía de frente las empresas de guerra, de administración, de legislación y de enseñanza, se apoderó de toda la Italia del Norte y del Centro: las fronteras de su imperio abarca la mayor parte de la Península. Al otro lado de los límites de los territorios sometidos por la fuerza de las armas, numerosos principillos, como el Dux de la naciente Venecia, en 806, le rindieron homenaje.



Museo del Louvre. Cl. Giraudon.
ESPADA DE CARLOMAGNO
USADA EN LA CONSAGRACIÓN DE LOS REYES DE FRANCIA

Cuando Carlos, el día de la Natividad del año 799, recibió de las manos del papa, ó más bien tomó, la corona imperial sobre las gradas del altar de San Pedro, su inmenso territorio llegó á ser limítrofe del de Oriente; la Europa cristiana se hallaba dividida, y á ese nuevo imperio de Occidente corresponde con mucho el primer rango en potencia: en 812 hasta recibió oficialmente la investidura de su colega de Constantinopla. Por otra parte, la idea del imperio, tal como se había realizado por el mundo romano, no había cesado de conservarse, á pesar de los desconocimientos de la historia, de la caída del imperio de Occidente y de las terribles vicisitudes del imperio de Oriente. Carlomagno tomó esta idea, no simplemente por un efecto de su ambición, sino porque la sociedad de que formaba parte tenía el mismo concepto de las cosas. La forma imperial del mundo político era la que se suponía había de dominar sobre todas las demás en el mundo entero y fuera de la cual no se veía más que el caos.



CORONA DE CARLOMAGNO
(Tesoro imperial de Viena)

Siendo dueño absoluto, el «gran» Carlos consideraba que su dominación debía reconocerse como el principio de toda autoridad política y social, y por eso se guardó muy bien, á pesar de cuanto han afirmado los escritores eclesiásticos sobre este asunto, de reconocer en el papa, vicario de Jesucristo, una preeminencia, ni siquiera espiritual, sobre su propia persona imperial. Si conservó al papa los presentes de territorio hechos por su padre, si aumentó además el patrimonio de la Iglesia, no confirió esos territorios sino á título de feudo y no dejó por eso de ser el soberano del sacerdote que representaba en Occidente la unidad de la fe católica. Pero esta unidad quiere realizarla sobre todo en su provecho; para fortalecer su poder utiliza la fuerza eclesiástica y la subordina á su poder. No bastándole el juramento ordinario de fidelidad, exigió de sus feudatarios que le jurasen por segunda vez obediencia como al «jefe de la Iglesia». Sin contar que él distribuía los obispados y nombraba sus titulares, y no vacilaba tampoco en modificar las decisiones de los prelados ni en dictarles las soluciones que habían de tomar.

Esto no obstante, es cierto que desde otros puntos de vista Carlomagno sacrificó muy imprudentemente el porvenir de la sociedad civil á la casta eclesiástica, asegurando la inamovilidad de los bienes dados á la Iglesia: la mano muerta entregada á los monasterios había de ser con el tiempo una concesión mucho más peligrosa que el reconocimiento del poder temporal de los papas. Mientras los frailes, salidos del pueblo, se vieron obligados á trabajar al lado de las gentes del común roturando el suelo con los roturadores, continuaron participando de la vida nacional; pero en cuanto, por el diezmo y la posesión intangible de las tierras, constituyeron una clase aparte, se convirtieron forzosamente en opresores [1].

Lleno de confianza en su representación de hombre providencial, Carlomagno no buscaba en la Iglesia más que los medios inmediatos que le parecían necesarios para consolidar su imperio. La unidad de la fe había sido uno de esos medios contra las tribus alemanas, y quiso también servirse de ella contra los Aquitanos y otros pueblos del Mediodía de las Galias: Carlomango y sus predecesores Carlos Martel y Pepino el Breve eran los vengadores de los hijos de Chlodowig, y los Francos que el emperador enviaba como dueños á las comarcas meridionales saciaban en ellas los antiguos odios de sus antepasados, expulsados en otro tiempo de las cuencas del Aude y del Garona. Las gentes del Mediodía se distinguían de las del Norte de las Galias por una apariencia menos inculta, un lenguaje más elegante, costumbres más refinadas, formas religiosas menos estrechas y sobre todo por su espíritu de fiera independencia, y eso precisamente era lo que el rey de los Francos quería destruir: no de otra manera se explica su encarnizamiento contra las «herejías» del Mediodía. El personaje representativo de los Meridionales era á la sazón Félix, el obispo de Urgel, que veía en Cristo el «hijo del Hombre» tanto como el «hijo de Dios», y se negaba enérgicamente á ver en María la «madre de Dios», la Intermediaria y Dispensadora Universal; siendo él mismo sacerdote, no creía en la superioridad esencial de los sacerdotes y decía á los fieles que no se confesasen sino á Dios. Naturalmente, Carlomagno se

[1] Victor Arnould, *Histoire Sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Noviembre 1896.

irritó contra esas concepciones libertarias que hubieran sustraído á la regla común millones de sus súbditos; como verdadero papa, convocó los concilios, obligó á los obispos y al mismo papa á condenar á Félix, y lanzó contra sus partidarios la furia de los frailes benedictinos de Aniano, que habían confederado todos sus conventos en una misma rigurosa observancia, unida al trono por un pacto de absoluta devoción. En su celo de propaganda religiosa, que en realidad no era sino el culto de su propio poder, Carlomagno hizo construir más de mil iglesias sobre las dos vertientes de los Pirineos, edificios todos consagrados á la Virgen, patrona de las órdenes monásticas. Uno de los numerosos conventos que hizo edificar, el de San Volusiano, cerca de la roca de Foix, fué encargado de vigilar especialmente la diócesis de Urgel, donde Félix había residido como obispo. Tal es el origen de la intervención que el condado de Foix ha tenido siempre desde entonces sobre los habitantes de Andorra, constituídos en república durante el reinado de Luis el Pacífico [1].



SAN PEDRO ENTREGANDO Á CARLOMAGNO EL ESTANDARTE DE LA CIUDAD DE ROMA Y EL PALIO AL PAPA LEÓN III

(Mosaico conservado en el triclinium de San Juan de Letrán (Roma), según la pintura de Massuero).

El inmenso imperio de Carlomagno, adquirido en parte por la matanza y retenido en su integridad por una política sabia, no por la voluntad de las poblaciones, había necesariamente de fragmen-

[1] Nap. Peyrat, *Les Réformateurs au XII^e siècle*.

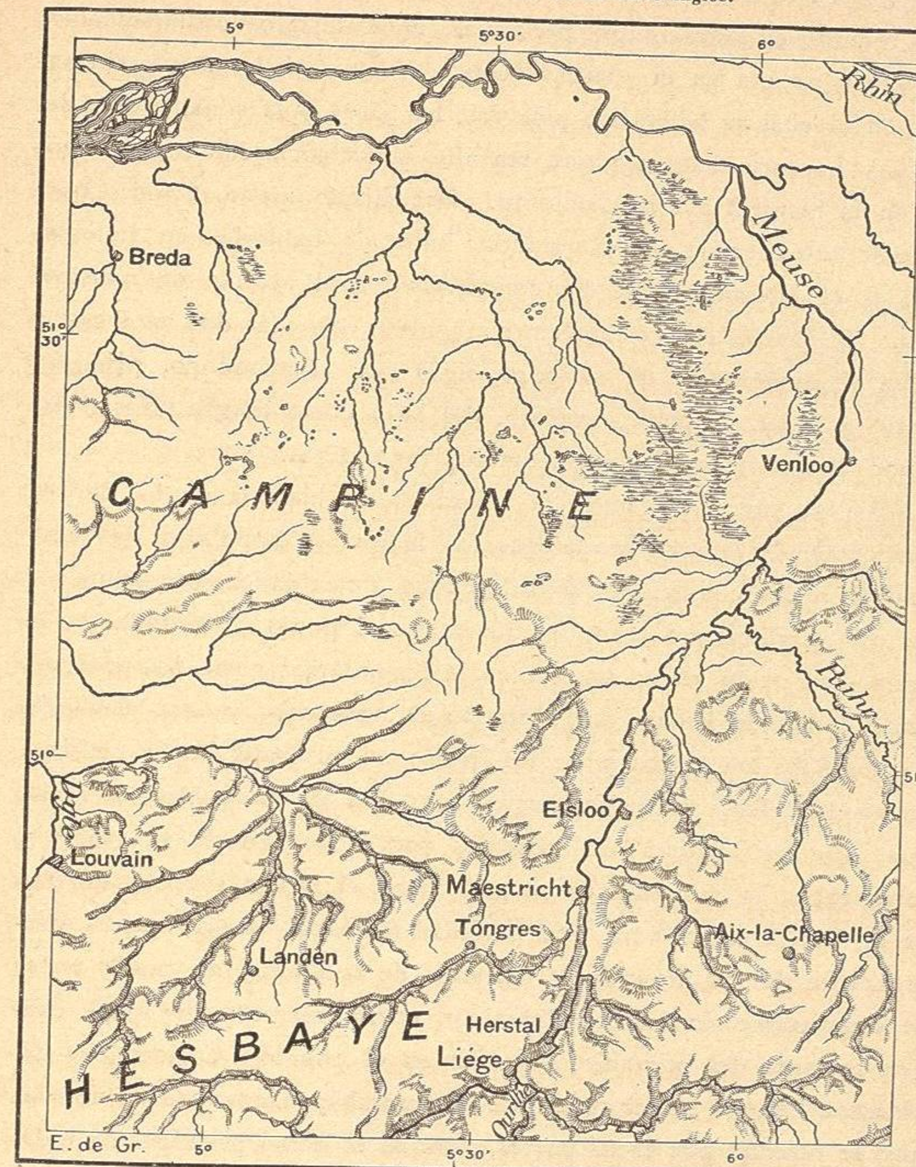
tarse en cuanto se helase la fuerte mano del fundador. Todo se dislocó, pero las diversas naciones que se hallaban yuxtapuestas ó confundidas en el vasto caos, desconocidas de los políticos de la época y hacia las cuales no tenían ningún respeto, tendieron espontáneamente á dividirse, en el momento de la partición, según sus lenguas, sus costumbres y sus afinidades naturales: del mismo modo, antes que las hojas broten y se desarrollen fuera de la yema que les contiene, pueden adivinarse en la masa aparentemente uniforme de dónde han de salir. Así uno de los reinos que se formó de la ruina del imperio se compuso de las comarcas de Germania situadas al otro lado del Rhin; otro reino comprendió toda la Galia del Norte, entre el Mosa, el Ródano, el Loira y el Océano; al Sud se reconstituyó Aquitania como reino independiente, y, del otro lado de los Alpes, Italia tomó una existencia separada. Sólo para rendir homenaje al título de emperador que llevaba el primogénito de Luis el Pacífico, Lotario, rey de Italia, se le hubieron de atribuir también las tierras patrimoniales, es decir, los bosques austrasianos, hacia la Holanda y la Frisia. Pero ¿cómo unir Roma, la capital oficial del Imperio, á Aix-la-Chapelle, metrópoli de Austrasia? Fué necesario cortar á través de llanuras y montañas una banda de territorio compuesto de Saboya, Suiza, el Jura y los Vosgos, y naturalmente, esa creación artificial de un Estado así alargado, formado de fragmentos disconformes pertenecientes á regiones geográficas absolutamente distintas no podía conservarse sino por incesantes guerras.

Sólo las dos extremidades de la parte que correspondió á Lotario eran viables, las que correspondían á la agrupación normal de las poblaciones, de un lado Italia, del otro la «Lotaringia» propiamente dicha, Lorena, núcleo primitivo de esas comarcas de entre Galia y Germania, que encontraron después su expresión política en la nación bilingüe de los Belgas, Walones y Flamencos [1].

En 843, el tratado de Verdun consagró la división del Imperio carlovingio; debiendo su importancia capital en la historia á la formación consciente de dos nacionalidades bien distintas, Alemania y

[1] H. Pirenne, *Histoire de Belgique*.

N.º 293. Tierras patrimoniales de los Carlovingios.



A las ciudades de Landen, Herstal y Jupille, sobre la orilla derecha del Mosa, frente á Herstal, y Aix-la-Chapelle, se une el recuerdo de los Pepino, de Carlos Martel y de Carlomagno. Tongres, cuyo nombre es idéntico á Thuringe (Cam. Huysmans), es la antigua Aduatica romana. Elsloo y Lovaina recuerdan la invasión normanda (véase después).

la Galia: esta última puede llamarse «Francia» desde mediado del siglo IX, porque un documento del año 833 emplea ya esa pala-

bra [1], y la lengua en que Luis el Germánico se dirigió al ejército neustrio reunido en Estrasburgo, tomándole como testigo de sus solemnes empeños, no era ya el «latín» rústico, sino verdaderamente el francés, en el cual se hallan las palabras, los giros y la construcción del claro y hermoso lenguaje que tan alta importancia había de adquirir en la historia del pensamiento. Del mismo modo, Carlos, para hacerse entender de los Germanos, hubo de hablarles en tudesco, que es el idioma que se ha convertido en el alemán de nuestros días. El contraste se establecía claramente entre las dos naciones y había de aumentarse de siglo en siglo por el abandono, primeramente gradual, después completo, del latín como lengua transmisora y por el desarrollo de las literaturas respectivas.

Así se preparaba una era nueva en la historia de la Europa occidental, del mismo modo que los lenguajes populares, las costumbres y las condiciones políticas iban á cambiar bajo muchos aspectos. Carlomagno, aunque muerto hacía pocos años todavía, se había convertido ya en un personaje legendario; como los antiguos emperadores de Roma, había tenido su apoteosis, y esta elevación al rango de los santos y de los dioses no procedía de la multitud de los sacerdotes ni de los cortesanos, sino de las poblaciones mismas, que se hallaban aún poseídas por el vértigo de su gloria y comparaban la majestad de su poder con el rápido derrumbamiento de la familia carlovingia. La sociedad moderna, que procuraba desprenderse de las atrocidades bárbaras de la época, no podía tratar de constituirse sin darse un ideal, y, como siempre, este ideal, imagen radiante del porvenir, se tomó en el pasado: Carlomagno divinizado llegó á ser el centro de innumerables narraciones y novelas que se referían por todas partes, aunque el héroe principal de todas ellas fuese un personaje casi desconocido de la historia oficial. El valeroso Rolando, ignorado de las crónicas, quedó, durante muchos siglos, siendo el tipo por excelencia de todas las virtudes que constituyen el leal y cortés caballero, y su gloria no palideció hasta después de haber sido cantada por un gran poeta; pero ese poeta delicioso, Ariosto, no tomaba al personaje en serio, no penetraba ya el genio del pueblo que había dado vida á Rolando.

[1] L. von Ranke, *Weltgeschichte*, sechster Theil, erste Abtheilung, p. 93.

En Francia se desarrolló casi exclusivamente el ciclo literario de Carlomagno y de sus adalides, siendo un testimonio más de este hecho, que en su conjunto, el reino de Carlomagno representó principalmente el reflujo del mundo latinizado de las Galias contra la barbarie germánica, todavía entregada á la sangrienta epopeya de los Nibelungos, aquellas feroces divinidades de los infiernos, de cuyo poder no se escapa nadie. Pero también en el Norte de Alemania el dios Carlomagno transfiguró el antiguo Wotan, y el personaje de Rolando tomó un relieve extraordinario en las mitologías locales. Las columnas de *Irmin*, recordando á la vez Hermann ó Arminio, el vencedor de los Romanos, y Donar, el dios del Trueno, fueron consagrados á Rolando, la misma divinidad bajo otro nombre, reemplazando únicamente la maza por una espada [1]. Esas columnas ó «Rolandos» se elevaron casi por todas partes en medio del mercado en las grandes ciudades de la antigua Sajonia, y se consagraron iglesias á San Pedro, otro heredero del dios tonante.



ROLANDO Y ROGER
Bajos-relieves sobre la puerta de la catedral de Verona.

Paralelamente al ciclo de Carlomagno nacía en la Gran Bretaña y hasta en Francia el ciclo de Arthur, que simboliza en realidad, no un rey vencedor, sino una nacionalidad vencida, la de los Galos, de los Escoceses, de los Bretones. A pesar de los Angles y

[1] Paul Platen. Alfr. Kirchhoff, *Mitteilungen des Vereins für Erdkunde zu Halle*, 1900, página 97.

los Jutes, de Germania, el pueblo oprimido de los Celtas se erguía en la persona de Arthur y se convertía también en el modelo de toda caballerosidad, en el ideal de toda virtud, en el héroe de una cruzada de justicia y de bondad mucho más bello que las clásicas cruzadas contra los Sarracenos.

Pero en aquella época, todos, á excepción de algunos místicos, soñaban violencias y guerras; hasta los mejores, aquellos que tenían la ambición de morir por una buena causa, no podían imaginarse una sociedad de paz en la que la acción se ejercería únicamente por la dulzura de la enseñanza y el celo de la propaganda. Por todas partes surgían agresiones entre cristianos y sarracenos, entre pretendidos civilizados é invasores bárbaros. Las comarcas más pacíficas eran las regiones extremas del Oeste, situadas precisamente fuera del camino de las invasiones y de las guerras, la Bretaña y las Gales, es decir, los dos países de rocas y de montañas, donde, gracias á la independencia relativa de las poblaciones, había podido nacer la literatura vengadora de la raza céltica, representada por los personajes de Arthur y de Merlin. En cuanto á Irlanda, ésta debió también á su aislamiento en un mar alejado del continente las ventajas de la paz. No habiendo sido conquistada por los Romanos ni por ninguno de los pueblos emigrantes que derribaron el imperio, la «Isla de Esmeralda» conservó en las costumbres de sus diferentes grupos étnicos una singular originalidad, viéndose en ella los más admirables contrastes de cultura y de salvajismo primitivo.

El destino de Irlanda se lee en la forma geográfica de su territorio. Considerada solamente en sus contornos y no en su relieve, al primer golpe de vista la isla parece constituir un conjunto orgánico de una gran unidad. El cuadrilátero casi regular de las orillas podría inclinar á la suposición de que la masa insular está bien ponderada en su arquitectura general y presenta de Norte á Sud un territorio favorable al desarrollo normal de una sociedad política; pero no es así: Irlanda es en realidad, no una isla, sino un archipiélago: una ancha llanura media, que se desarrolla de Este á Oeste, desde la bahía de Dublin á la de Galway, corta el territorio en dos mitades, que antiguamente se comunicaban con dificultad, á causa de los lagos, de los pantanos y de las turberas que ocupaban todas las partes bajas. Esta llanura, cuya más alta arista no pasa de 75 metros, se ramifica al Norte y al Sud por otras depresiones que forman otros tantos estrechos entre los macizos que se elevan á varios centenares y hasta un millar de metros. Hay turberas, pantanos y lagos que dificultan mucho el acceso de esos diversos grupos montañosos, con tanto mayor motivo cuanto que esos extensos espacios intermediarios permanecen por completo deshabitados: hay como gradas que separan los diversos distritos de población, que las vicisitudes de la historia acercaron ó alejaron. Las fronteras de esos distritos cambiaron frecuentemente durante las guerras de la época feudal, mas puede decirse que, en su conjunto, los cuatro antiguos Estados convertidos ahora en provincias, Connaught, Munster, Ulster y Leinster, lo mismo que Meath, simple condado, corresponden bastante bien á las divisiones naturales del territorio insular: cada uno



PIEZA DE AJEDREZ
PRESENTE DE HARUN-AL-RACHID Á CARLOMAGNO

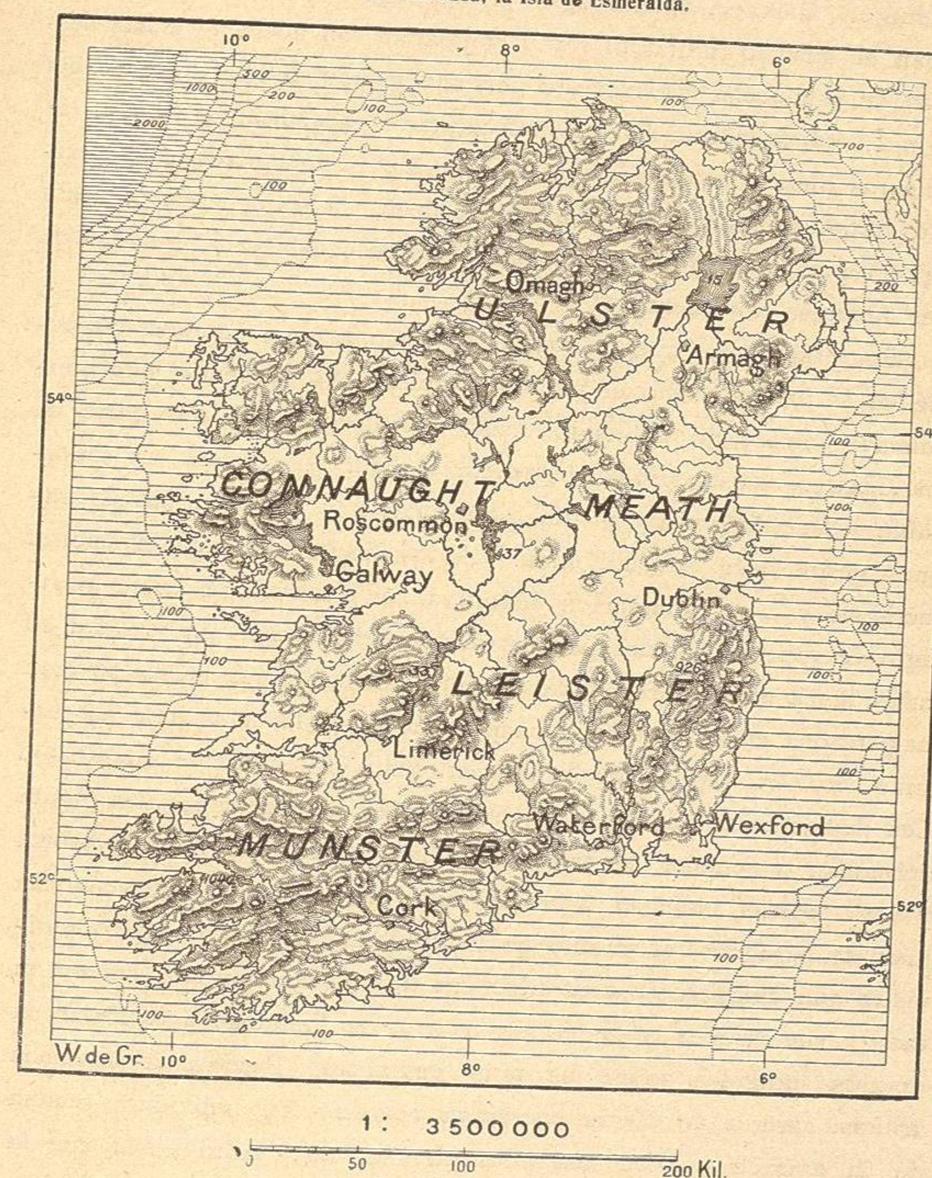
tiene su macizo ó su grupo de macizos que constituía un territorio étnico y político particulares.

Sin duda alguna los contrastes primitivos del suelo y del relieve debieron repercurtir en las mismas poblaciones en las épocas de la prehistoria y de la protohistoria; en todo caso es cierto que, durante las edades históricas, el carácter de la inmigración difirió singularmente según las diversas provincias. Las rocas abruptas del Connaught, vueltas hacia el inmenso y solitario Océano, no podían recibir ningún extranjero: la población nativa, que no renovaba ningún elemento del exterior, había, pues, de conservar sus antiguas costumbres mucho más tiempo que los habitantes de las otras provincias. En las orillas del Munster, recortadas de numerosos puertos, abordaron naturalmente los navegantes de la Europa occidental y del Mediterráneo, Fenicios, hace dos ó tres mil años, luego Españoles y Franceses y hasta, últimamente, Berberiscos. La parte nord-oriental de Irlanda, enlazada ya por una arista submarina á Escocia, con la cual se proyecta reunirla, sea por una galería profunda, sea por un viaducto prodigioso, debería estar frecuentemente en relación con la tierra vecina, suministrándole primeramente sus mismos emigrantes, los Scots, que dieron su nombre á Escocia ó Scotland, y después sirvió de camino á la emigración recurrente de los colonos y de los industriales escoceses. Por último el Leinster y sobre todo el Meath, situados frente á las costas inglesas, atraerían hacia sus fértiles tierras los labradores y los comerciantes de la orilla opuesta. Mientras la invasión de las ideas venidas de la tierra oriental se hizo de una manera pacífica, esta amplia llanura, á donde se llega por la bahía de Dublin y que avanza como un atrio á la entrada de un templo, había de ser para el resto de la isla como un foco de irradiación intelectual: en los siglos siguientes, cuando los Ingleses se hubieron establecido allí sólidamente, fué también un centro de conquista desde donde los invasores avanzaron gradualmente hacia los macizos del contorno insular, sometiendo ó exterminando las tribus que carecían de cohesión necesaria á una resistencia victoriosa.

Esa gran diversidad de los elementos geográficos de Irlanda explica también la diferencia y el contraste de las civilizaciones loca-

les: en la misma isla se conservaban supervivencias de la barbarie más atroz, mientras que en otras partes se había elevado la nación á altas concepciones morales muy superiores á las que rigen ac-

N.º 294. Irlanda, la Isla de Esmeralda.



tualmente en casi toda la Humanidad. Como ejemplo de las violencias primitivas, se puede citar un personaje de las leyendas, Conaoll el «Triunfador», hijo de Amorgan de la «Cabellera de fuego»:

aquel rey jamás dejó pasar un día ni una noche sin matar un hombre del Connaught, y jamás se durmió sin tener una cabeza cortada sobre sus rodillas. Una costumbre que persistió mucho tiempo exigía que todo guerrero fuese enterrado verticalmente de cara al enemigo. Hasta el fin del siglo VII, las mujeres de la comarca prestaban el servicio militar al rey y combatían con hoces[1]. Hasta después de esta fecha la esclavitud persistió mucho tiempo, y antes del siglo X, época en que los jefes escandinavos acuñaron en Irlanda las primeras piezas de moneda, el *Senchus Môr*, ó recopilación del derecho irlandés, indicaba la *cumhal*, es decir, la mujer esclava, como signo representativo del valor: su precio se consideraba igual al de tres animales con cuernos.

Por otra parte, ningún pueblo de Europa tenía una idea tan noble de la justicia como el pueblo irlandés. No habiendo sido conquistado jamás, no habiendo jamás sufrido opresión por parte de los Césares, esos terribles destructores, Erin no conoció ese formidable «derecho romano» que dura todavía y resiste á tantos ataques desde hace dos mil años. A los Ingleses, á sus invasiones sucesivas y á su dominación definitiva fué reservado el triste privilegio de suprimir las antiguas costumbres irlandesas. En realidad no había leyes en el derecho de la vieja Irlanda, y sus jueces no eran magistrados en el sentido romano y moderno de la palabra: el término *brithem*, anglicisado en *brehon*, tenía el sentido de «árbitro». Los depositarios del derecho, educados en escuelas especiales donde aprendían á conocer las tradiciones, las costumbres, los proverbios y los poemas, fallaban sobre el caso litigioso, pero guardándose bien de legiferar: el pueblo no lo hubiera consentido. Todo individuo que comparecía ante ellos era tratado como igual, sometía su caso y sus razones, después los árbitros se limitaban á expresar su opinión motivada sobre los actos realizados. Pero si la sentencia arbitral carecía de fuerza coercitiva respecto del individuo, recibía de la opinión pública una potencia absoluta. Admitiendo que la persona reconocida culpable por los árbitros se negase á aceptar la decisión y declarase no deber nada á su adversario, los brehon

[1] D'Arbois de Jubainville, *Etudes sur le Droit celtique*, t. II, p. 123.

proclamaban á su vez que ni «dios ni hombre debían nada» al que despreciaba su sentencia. Cesaba de pertenecer á su sociedad; ningún deudor estaba obligado á pagarle su deuda, ningún mortal era su hermano en humanidad y no había de darle en caso de extremado apuro un pedazo de pan ni un vaso de agua. Todos debían olvidarle como si hubiese dejado de existir. Por eso se prefería casi siempre someterse á la decisión de los árbitros y se aceptaba la sentencia, que solía consistir en entregar al querellante cierto número de reses, de muebles ó de instrumentos, ó bien, cuando pertenecía á la clase de los *nemed* ó «sagrados» — reyes, nobles, sacerdotes, sabios, maestros ú obreros —, se sometía al ayuno durante un período mayor ó menor. Tan arraigado estaba esta jurisprudencia de origen antiguo en la conciencia del pueblo irlandés, que el derecho británico no pudo reemplazar al de los brehon hasta el final del siglo XVII. Y se vió á los últimos árbitros, seguidos de los litigantes y de la multitud de amigos y curiosos, subir la pendiente de una colina para ir á pronunciar su veredicto en plena luz, recortando orgullosamente el perfil de su rostro sobre la claridad del cielo[1].

Durante su largo período de influencia los brehon irlandeses hubieran sido unos juristas verdaderamente excepcionales, si, como se ha dicho, fuera verdad que hubieran insistido cerca del pueblo para que tratara de pasarse en cuanto fuera posible sin su concurso, y que los interesados se entendiesen directamente entre sí respetando la palabra dada, que se llamaba el «contrato de los labios». Como quiera que sea, es cierto, con gran honor de la nación, que los compromisos verbales fueron por largo tiempo considerados por ella como poseyendo un valor muy superior al de los compromisos escritos, toda vez que las firmas implicaban ya una duda relativamente al honor de los contratantes. «Hay tres períodos en que muere el mundo: aquel en que se pierde la bondad, el de la peste y la guerra, el de la disolución de los contratos verbales». Ese perfecto respeto de la palabra indicaba entre los Irlandeses civilizados un alto cuidado de la propia dignidad, y diversos rasgos de su vida social atestiguaban en efecto la notable iniciativa dejada al individuo en sus

[1] D'Arbois de Jubainville; — Ernest Nys, *Société Nouvelle*, Mayo 1896, p. 604.

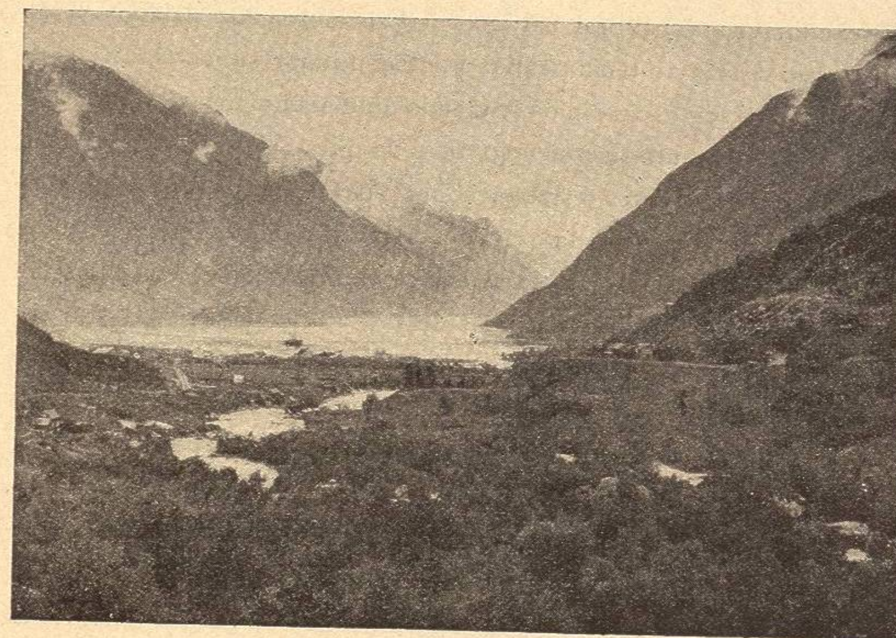
relaciones con sus semejantes. Por ello las formas del matrimonio variaban según el deseo de los cónyuges: se podía hacer á prueba, por un año ó por un plazo más largo, á fin de experimentarse recíprocamente y poniendo á salvo los intereses recíprocos en caso de desacuerdo. La misma familia no estaba considerada como un cuadro cerrado: el joven llegaba á ser el «hijo» de su profesor, y éste tomaba el título de «padre nutricio»; uno y otro se debían ayuda recíproca hasta la muerte [1].

En la época en que apareció el monumento legislativo de Senchus Môr, es decir, hacia la mitad del siglo V, la sociedad irlandesa continuaba viviendo la vida del clan, pero admitía ya la distinción de las clases, fundada, no sobre la nobleza de la sangre ni sobre la profesión de las armas, sino, de una parte sobre la riqueza, de otra sobre el saber. La casta de los *filé* ó letrados se dividía por sí sola en diez clases, principalmente según el número de las leyendas, de las narraciones tradicionales que conocía el sabio. La alta nobleza, la de los *ollam*, retenía en su memoria á lo menos 350 narraciones, en tanto que la menor clase privilegiada sólo dominaba 7, aunque poseyendo también las artes de la gramática y de la música, las fórmulas de la química y del derecho. Los filé de Irlanda se parecían, pues, á los antiguos druidas de las Galias [2], con la diferencia que no tenían ya que enseñar doctrinas religiosas; les quedaba el poder de formular juicios, y, dígase lo que se quiera, hubieron de abusar de él con frecuencia. Así es que, en ocasión de un proceso famoso llamado el «Diálogo de los dos doctores», los filé formularon unas decisiones incomprensibles para todos á fuerza de pompa y de énfasis, por lo que los mandatarios del pueblo se quejaron al rey Conchebar. «Estas gentes, dijeron, se arrogan el monopolio de la justicia y de la ciencia, pero nosotros no hemos comprendido una palabra de cuanto han dicho», y fué decidido que los filé podrían continuar formulando sus «considerandos», pero que el pueblo entero tomaría parte en la decisión final [3].

La literatura de Erin era relativamente muy rica en aquella

[1] Ernest Nys, *Société Nouvelle*, p. 608.
[2] Maxime Kovalewsky, *Coutume contemporaine et Loi ancienne, Droit coutumier ossétien*, página 370.
[3] D'Arbois de Jubainville, *Senchus Môr*, p. 99.

época. El gran respeto que á pesar de todo se tenía por la ciencia y por todos los «portadores de luz», sea que representaban el saber antiguo, sea que fuesen ya los precursores de una religión nueva, como los frailes irlandeses que llevaron á los montañeses de los Alpes las primeras nociones del cristianismo, ese respeto fué uno de los grandes agentes de la transformación gradual de las ideas



VALLE NORUEGO AL EXTREMO DE UN FJORD

y de las costumbres durante la Edad Media; gracias á la libertad de ir y venir que les aseguraba la veneración de todos, esos misioneros eran recibidos con honor y servían así de embajadores entre los pueblos, aunque estuviesen en guerra unos con otros. Los mensajeros de paz que, bajo diversos nombres recorrían Europa, tocando sus instrumentos, recitando sus versos ó predicando sus ideas ó sus creencias, contribuían á aproximar los hombres, á pesar de las violencias y de los odios de guerras incesantemente desencadenadas. Cuando el derrumbamiento del imperio carlovingio, y cada vez que una nueva emigración impulsaba á los Normandos al pillaje y á la conquista de las regiones costeñas de Europa, las relaciones de pueblo á pueblo no quedaron, no obstante, completamente suprimidas,

gracias á los cantores poetas ó misioneros, hombres de paz ante los cuales todos los caminos permanecían abiertos.

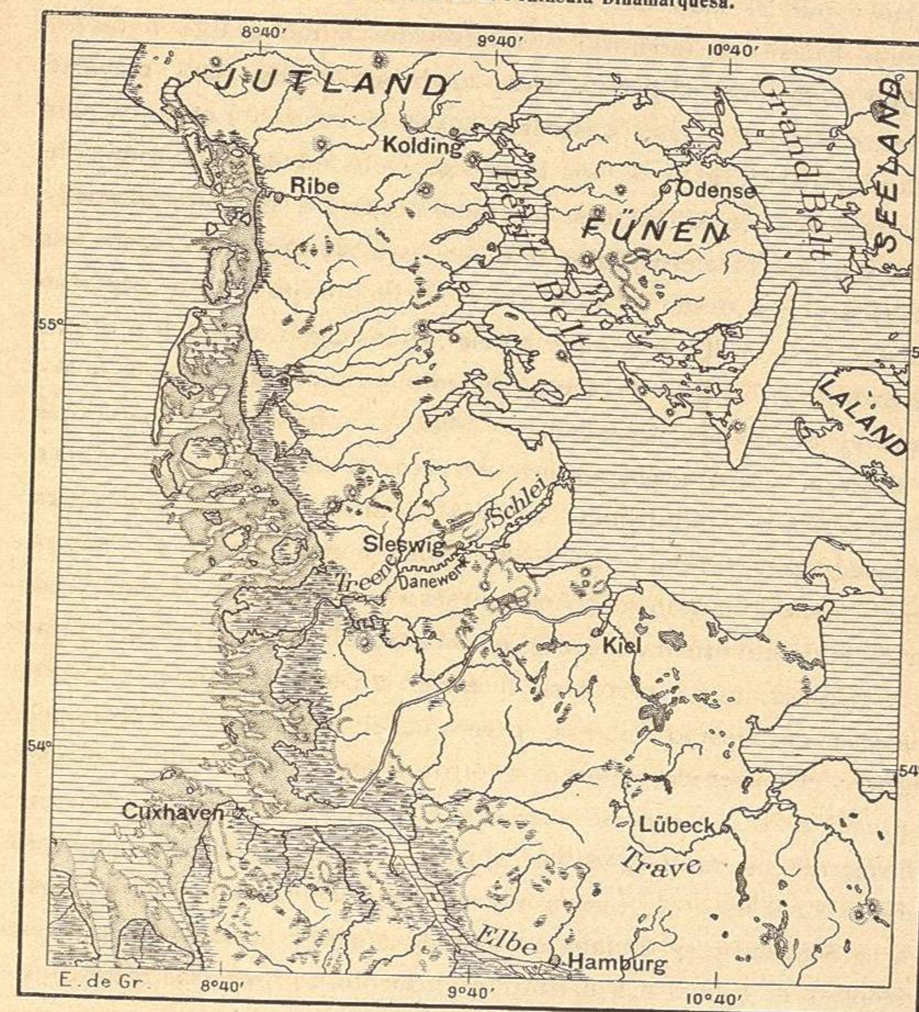
Habiendo sido, la presión del mundo germánico sobre el mundo latino, detenida y hasta rechazada hacia el Este por el germano Carlomagno, los movimientos de emigración fueron separados de sus vías anteriores. Los Sajones vencidos se habían recogido al Norte sobre los Escandinavos del litoral báltico, al Este sobre los Eslavos y los Finlandeses. Estos no tenían salida para continuar su marcha hacia el Occidente, pero los Escandinavos, viendo ante sí el mar libre, hubieron de utilizarle con tanto mayor celo para la piratería y las conquistas cuanto más comprimidos estaban sobre sus fronteras del Sud. El impulso que se produjo en la gran época de la emigración de los bárbaros, y que pobló de Jutes, de Frisones, de Sajones y de Angles las costas bátavas y británicas, hasta las de la Galia septentrional y occidental, iba á reproducirse con una fuerza nueva. Los Dinamarqueses y los Noruegos, frecuentemente confundidos en la historia con el nombre de Nordmaend, Northmen ó Normandos, «Hombres del Norte», prosiguieron furiosamente sus correrías de saqueo: fué entonces la edad de los Vikingr ó Viking, «gentes de los Estuarios» que recorren los mares para desembarcar de improviso en las islas y en las costas, matar los guerreros, raptar las mujeres y apoderarse del botín.

Marinos más que terrestres, esos Viking consideraban como su patria común toda la región septentrional de Europa que las aguas marinas dividen en islas, bañan en penínsulas y penetran en golfos y en estrechos. Aunque unida al continente, Dinamarca pertenecía para ellos al mismo conjunto de comarcas que las otras tierras marinas del Norte, y con gran justicia, desde el doble punto de vista de la geografía y de la etnología, el término Escandinavia abraza á la vez la gran península del Norte y la península menor del Mediodía. Una leyenda de los Eddas nos dice que un rey de Suecia, Gylfi, recompensó á la diosa Gafion, por haberle conmovido con un bellísimo canto, regalándole la isla de Seeland, que una yunta de cuatro bueyes había separado de la tierra próxima por medio de un profundo surco hecho con el arado [1].

[1] *Edda, Der Gesang bei der Mühle*, edition de Hans von Wolzogen, p. 405.

Ante todo, los Dinamarqueses, libres del lado del mar, cuidaron de fortificarse por el lado de la tierra. Una estrechura muy favo-

N.° 295. Pedúnculo de la Península Dinamarquesa.



1 : 2 000 000
0 25 50 100 Kil.

En nuestros días, el pedúnculo de la península pertenece por completo al imperio alemán; la frontera pasa á algunos kilómetros al sud de Ribe y de Kolding, después sigue el Pequeño Belt, dejando las islas de Fünen y de Laland á Dinamarca.

Entre la desembocadura del Elba y Kiel está indicado el trazado del canal marítimo abierto hace algunos años.

rable de la península permitía esos trabajos de defensa: por el lado del Este, sobre la vertiente del Báltico, una serie de estrechos y de

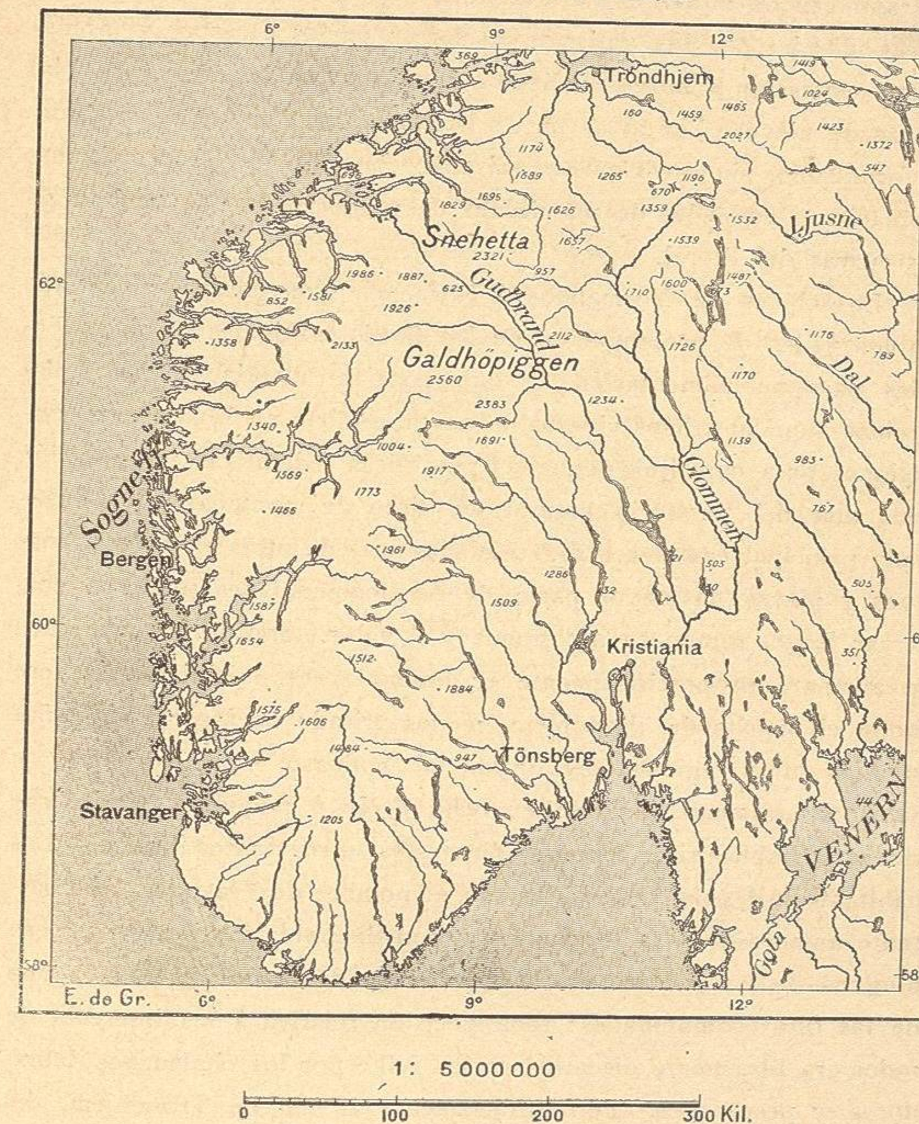
pequeños lagos, constituyendo un verdadero fjord, el Schlei, se proyecta hasta una cuarentena de kilómetros al interior, con una profundidad suficiente para dar acceso á embarcaciones de gran tonelaje; por el lado del Oeste, estuarios profundos, pantanos y ciénagas hacían el territorio absolutamente infranqueable á todos, excepto para los indígenas, seres anfibios, hábiles para moverse en los carrizales y para deslizarse sobre el cieno. Entre los dos territorios del fjord y de los barrancos, sólo quedaba un istmo de una quincena de kilómetros, utilizado desde los tiempos inmemoriales por los bateleros, que llevaban sus mercancías y hasta sus ligeros esquifes desde el fjord de la Schlei hasta el río perezoso llamado hoy el Treene, que forma sinuosidades entre las tierras inundadas. A través de ese pedúnculo de la península dinamarquesa el rey Gotrik estableció en 808, ó quizá reparó, sus obras de defensa. Cavó primeramente un foso, el *Kograben* — el «Foso de las Vacas» —, que podía servir al mismo tiempo de canal para la navegación, y detrás edificó una sólida muralla, que es el *Danewerk* — la «obra de los Dinamarqueses» — propiamente dicha. Hacia el extremo oriental de esa muralla se abría una puerta única, el Wiglesdor, que servía para el vaivén de los mercaderes y de los pastores en tiempo de paz, pero que se cerraba en tiempo de guerra: el emperador Otón II y otros soberanos germánicos se vieron obligados á detenerse ante ese obstáculo, y hasta en 1864, los Prusianos, con sus formidables aparatos de guerra, tuvieron que forzarle. No lejos de la puerta y cerca de la ciudad moderna de Sleswig ó Schleswig, se elevaba en la edad Media la ciudad de Haithabu (Hedeby), de la cual han hallado los arqueólogos preciosos restos, que manifiestan en detalle la civilización de la época: monedas y diversos objetos que atestiguan la importancia del tráfico de Hedeby, cuyos tentáculos se prolongaban hasta Oriente. Con su canal transpeninsular, Hedeby era, en la época de la Hanse, lo que su vecina Kiel ha llegado á ser en nuestros días [1].

El medio áspero y salvaje en que vivían los ribereños de los mares escandinavos les preparaba á esta existencia de peligros y de

[1] Fräulein Mestorf, *Mitt. d. Anthropologischen Vereins in Schleswig-Holstein*, Heft 14, 1901.

esfuerzos, que, bajo la presión de las necesidades económicas, había de degenerar una carrera de rapiñas y de asesinatos. Con frecuencia el cielo del Norte es brumoso y gris, á veces también negro de

N.º 296. Istmo de Kristiania en Trondhjem.

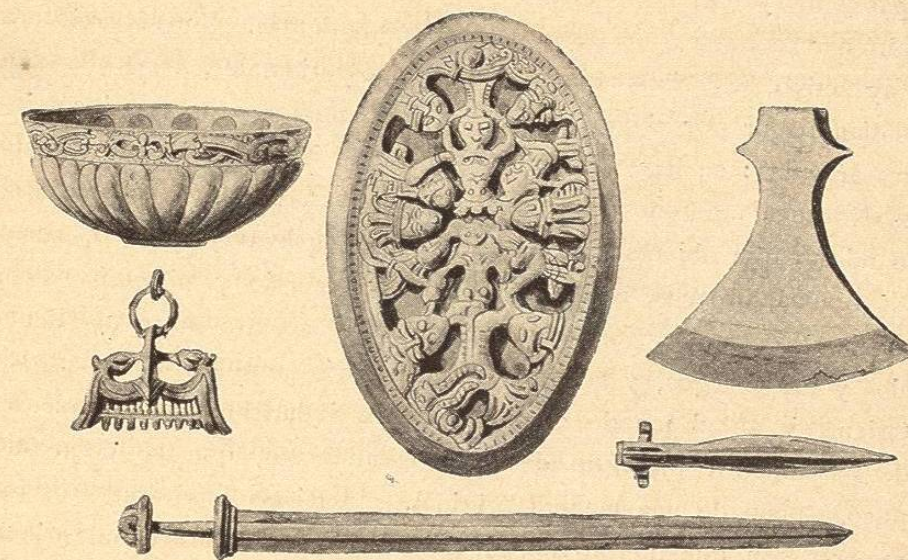


tempestades; el mar es claro y violento; rómpenle bancos de arena, escollos é islotes por todas partes en olas de espuma, y el choque de las mareas hace voltear allí las aguas en peligrosos remolinos. Los promontorios de granito se elevan en la orilla del mar

hasta la región de las nubes, que se desgarran contra sus picos y salientes, y negras hendiduras les cortan en precipicios donde se sumergen las cascadas; brazos de mar, cerrados á su entrada por islas y arrecifes, penetran á lo lejos en el interior de las tierras y se ramifican de modo extraño en todos los valles laterales entre las rocas alisadas por los antiguos glaciares; en las escarpas y las mesetas contrastan sombríos valles de coníferas con las corrientes ó las capas de nieve. Por todas partes la Naturaleza se muestra grandiosa y formidable, sin otros cuadros risueños que los que ofrecen algunas poblaciones rodeadas de un círculo de praderas que se ocultan en las curvas del litoral.

Los clanes de Normandos ó Noruegos que habían encontrado en los valles de prolongación de los fjords suficientes terrenos fértiles para su alimentación, y que poseían además en las aguas vecinas abundantísimos viveros de pesca, estaban en las mejores condiciones para constituir pequeñas repúblicas federativas, en posesión cada una del territorio natural de circo de montañas cuya ensenada principal era el centro. Aisladas unas de otras por rocas, bosques y nieves, la mayor parte de esas comunidades pudieron conservar largo tiempo su autonomía y el valor moral de los individuos se aumentó proporcionalmente en ánimo y en iniciativa. De ese modo el distrito de Trondhjem, menos erizado de ásperas montañas que las otras regiones del litoral, al Sudoeste y al Nordeste, se había naturalmente dividido en ocho *fylke* ó pequeñas confederaciones republicanas, correspondientes á otros tantos valles. Los habitantes del país, designados con el nombre de Traender, eran bastante numerosos para formar un grupo de población poderosa, pero ninguna de las poblaciones hubiese aceptado la dominación de una de las otras comunidades: toda decisión relativa á los intereses de todos era libremente discutida en los fylke por los ciudadanos, labradores y pescadores. Pero directamente al sud de Trondhjem, del lado opuesto á los collados relativamente poco elevados (670 metros), se abren los anchos valles lacustres y fluviales que se inclinan hacia el fjord de Kristiania y las campiñas de la Suecia: en esas comarcas meridionales de la Noruega, sometidas en todo tiempo á las influencias germánicas de ultramar, — todavía lo hemos visto

al principio del siglo XX —, el poder real se había constituído ya fuertemente en la época de Carlomagno y amenazaba por igual á los jefes pequeños ó *jarls*, como á las comunidades republicanas. Se cuenta que, según la ley llamada de Frösten — una de las confederaciones de los Traender —, los hombres libres ó *buendi* tenían por estricto deber matar todo príncipe ó todo rey que se hubiese apoderado de su bien ó hubiera violado la paz de su casa. Una leyenda, la del



Museo de Antigüedades de Stockolmo.

JOYAS Y ARMAS DE LOS NORMANDOS

perro-rey, atestigua los sentimientos en que se tenía la monarquía. Los habitantes de Trondhjem, habiendo sido vencidos, se vieron obligados á escoger por soberano entre un perro ó el ministro del vencedor: prefirieron el perro con la esperanza de que moriría antes. En efecto, durante la noche, el palacio del perro-rey fué atacado por las fieras, y, no habiendo osado defenderse, el desgraciado animal fué hecho girones [1].

El recuerdo legendario de los saqueos y matanzas cometidos por los antiguos Normandos sobre el litoral de la Europa anterior inclinó á los analistas é historiadores á no ver en esos hombres del

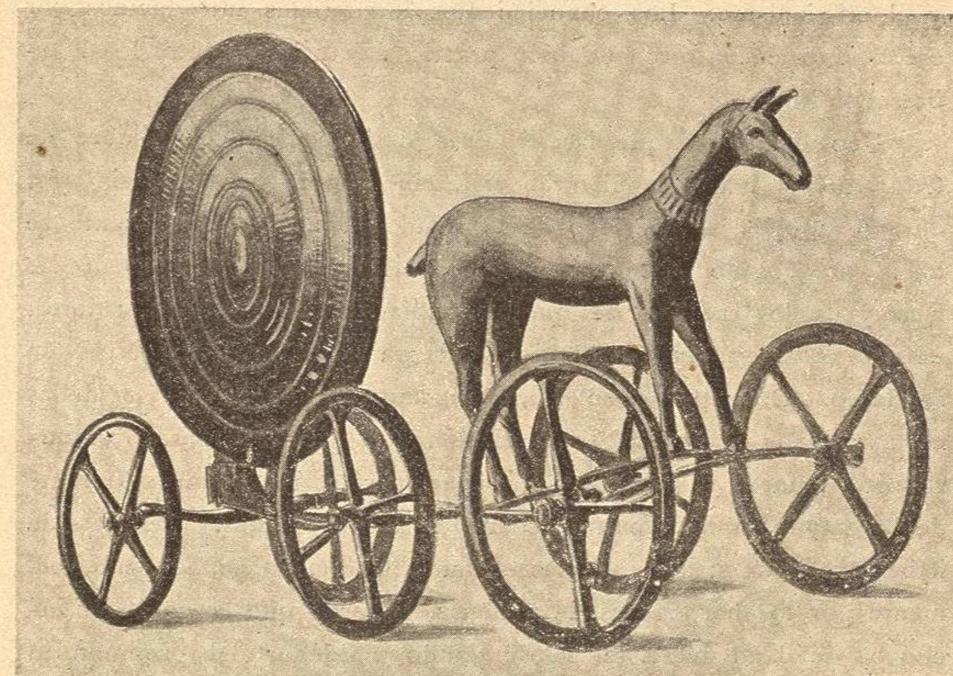
[1] Ernest Nys. *Le haut Nord*, p. 14.

Norte más que bárbaros sin cultura, mientras que considerados desde otros puntos de vista eran civilizados y hasta superiores á aquellos á quienes iban á despojar de sus ciudades y riquezas. Su armamento, escudos, cinturones y espadas, eran más elegantes; sus armas más delicadamente cinceladas y damasquinadas. Sus vestidos eran más ricos, porque eran más industriosos, más hábiles para tejer y bordar sus telas. Sus barcos eran más bellos y estaban mejor aparejados y más sólidamente construídos, habiéndolos capaces para contener centenares de remeros y de combatientes. Su comercio era muy activo, especialmente con las regiones orientales, á las que sólo podían llegar por el movimiento de los cambios y no por incursiones armadas: se han descubierto en varias islas del Báltico y hasta en Noruega montones de monedas bizantinas, sasanidas y abasidas, lo mismo que objetos preciosos de origen griego y asiático, como los fibulas, broches, anillos y collares: comercio y piratería solían asociarse entre los Normandos, como antiguamente entre los Fenicios y los Griegos, y como en nuestros días entre los Malayos. En Oriente y en el mundo mediterráneo es indudablemente donde ha de buscarse el principio del arte escandinavo, que se desarrolló poco á poco de una manera original. La misma escritura, esos caracteres con que fueron reproducidas las Sagas, aparecen al principio bajo la forma de incorrectas y bárbaras reproducciones de las letras romanas, pero esos rasgos groseros se transformaron gradualmente en «runas» que tienen una fisonomía característica [1].

En esos pueblos soberbios los hombres tenían prácticas noblemente caballerescas: entre hombres del Norte la lucha había de ser igual, de buendi á buendi, de barco á barco. Los jefes se lanzan frecuentemente un desafío personal y arreglan ellos mismos sus querellas, ordinariamente en un islote, ante la vista de los dos bandos, que, situados cada uno en una orilla, presencian la lucha de sus campeones. A veces, en lugar de los jefes, los guerreros enemigos designaban de una parte y de otra el que en combate singular había de decidir la victoria. En todo combate, el valiente, envanecido de su gloria, se complacía en distinguirse por sus hazañas, y an-

[1] Alfred Maury, *La vieille Civilisation Scandinave*, «Revue des Deux-Mondes», 15, IX, 1880.

siaba morir noblemente, sobre todo cuando tenía que vengar un hermano de armas, más que un hermano de sangre, al que estaba unido por juramentos de amistad. Morir de enfermedad ó de vejez se consideraba como una vergüenza, como una maldición de los dioses. El rey Hakón, amenazado de acabar por la muerte vil de



Museo de Copenhague. Cl. del Soir.

IMAGEN DEL SOL EN LA EDAD DE BRONCE
Bronce dorado parcialmente, hallado en Seeland.

los pacíficos, se hizo conducir á bordo de su barco de guerra, después, como el viento venía de la costa, él mismo puso fuego á una pira impregnada de brea y se acostó majestuosamente en el rojo incendio que se deslizó hasta perderse por el mar.

La esclavitud, producida por la guerra, se deslizó á pesar de todo entre aquellos hombres libres; los extranjeros que caían prisioneros en las batallas quedaban cautivos. Pero la servidumbre propiamente dicha no se introdujo entre los Buendi del Norte: cada familia tenía su tierra que cultivaba por sí misma. A este respecto el contraste era completo entre las confederaciones de los Traender

y la monarquía de Dinamarca, donde, bajo la influencia de las costumbres alemanas, los cultivadores, gradualmente sujetos á la gleba, acabaron por ser objeto de tráfico como los animales. Las regiones costeñas del golfo de Kristiania fueron las comarcas de transición entre el país de Trondhjem y Dinamarca; todo lo procedente del Mediodía penetró por aquella vía, la monarquía, la servidumbre y el cristianismo. Los conocimientos industriales introducidos por ese camino encontraron también prácticos entusiastas entre los hombres del Norte.

Uno de ellos, que las crónicas designan con el nombre de Ottar, fué el héroe de un gran viaje sin ejemplo por su desinterés, durante aquel cruel período de la Edad Media. Aquel valiente se había preguntado qué había allá en el Norte, al otro lado de las islas y de los escollos de que le habían hablado los pescadores. «No lo sabía y quería saberlo», tal era la ingenua expresión de su deseo. Ottar partió en 870, navegando siempre á la vista de las costas: varias veces entró en relación con los indígenas, pescadores ó cazadores, y reconoció que pertenecían á una raza diferente de la suya; eran Lapones, como en nuestros días. Después de haber excedido en tres jornadas el límite extremo alcanzado anteriormente por los harponeros de ballenas, observó que la costa se inclinaba del lado del Este, y, singlando alrededor del promontorio más avanzado de la península escandinava, siguió durante cuatro días la costa llamada hoy de la Murmania [1], después entró en un mar que le permitió llegar tras cinco días de navegación á la desembocadura de un río: era el Dvina, que desagua en el mar Blanco. No se atrevió á desembarcar, porque tuvo miedo de los Biarmianos ó Permianos, de raza finlandesa, que se agolpaban en gran número sobre la orilla, y que hubieran podido matarle ó reducirle á esclavitud, y emprendió nuevamente la ruta de la Escandinavia occidental, habiendo así hecho constar, lo que se ignoraba antes que él, que el país normando no era una tierra aislada en los mares del Norte. Hacia la misma época, otro Normando, Wulfstan, exploró como geógrafo todas las islas meridionales del Báltico hasta los parajes del

[1] Murmania significa «El país de los Normandos» ó «El país de ningún hombre».

N.° 297. Escandinavia.



Ehstonia, «rico en miel y en pescados» [1]. Pasaron cerca de siete siglos antes que otros navegantes siguiesen á Ottar alrededor del cabo del Norte y en el mar Blanco, hasta 1553, en que el inglés Wi-

[1] Bosworth, *King Alfred's Anglo-Saxon Version of Orosius*; Löwenberg, *Geschichte der Geographie*, p. 90.

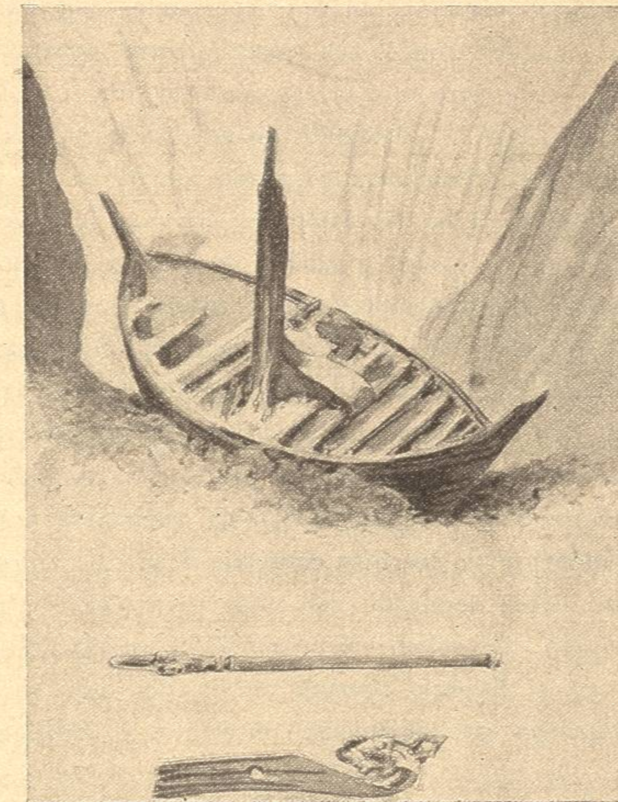
lloughby visitó la costa de esos mares septentrionales de Rusia [1].

Los más numerosos viajes de los Normandos tuvieron principalmente por objeto, no el cándido amor de la ciencia, sino la pasión por el saqueo y las conquistas. Hacia mediados del siglo VIII, en la misma época en que se consolidaba el poder de los reyes de Austrasia, fundadores de la dinastía carlovingia, comenzó la edad de *Viking*, aquellos temibles piratas que parecían formar cuerpo con sus rápidos barcos de guerra, de proa levantada en forma de cuello de dragón. Las necesidades económicas de la existencia habían tenido parte en aquel exodo armado de los Normandos hacia todas las costas de la Europa occidental. No sólo el hecho de haber sido rechazados los Sajones por los Francos, y como consecuencia los Dinamarqueses por los Sajones, los Normandos por los Dinamarqueses, había empujado hacia el mar á las poblaciones del interior, sino que el crecimiento de los habitantes en aquella saludable tierra donde las enfermedades son escasas, había hecho también la emigración necesaria, y no pudiendo ésta ser pacífica en aquellos tiempos de desconfianza universal, había de tomar carácter guerrero. Generalmente se dividían las familias: mientras los primogénitos conservaban la tierra patrimonial, los segundones tomaban el camino del mar, que les dirigía hacia nuevas tierras más ricas que las de sus abuelos. Los desterrados voluntarios juraban por su espada, con la cual esperaban adquirir la fortuna del extranjero; juraban también por su «dragón», que cada año les llevaba hacia un nuevo lugar de saqueo. Esta embarcación era santa, porque se le había bautizado con sangre colocando prisioneros de guerra entre los rodillos que sirvieron para botarle al agua [2]. La bandera de Harold el Cruel llevaba un nombre significativo, «Landöde» ó «Devastadora de las comarcas».

En las primeras épocas de saqueo, cada *jarl* escandinavo, ocupándose aparte en su obra de muerte, tenía su pendón particular: la nación conquistadora no tomó una bandera común hasta después de haber regularizado las expediciones anuales, cuando los diversos «jefes de promontorios» reunieron sus respectivos bandos en verdaderos ejércitos de invasión, conscientes ya de la religión y de la

[1] Oscar Peschel, *Geschichte der Entdeckungen*, ps. 80 y siguientes.
[2] Ernest Nys, *Le haut Nord*, p. 17.

civilización diferentes que representaban contra el mundo latino. Entonces los Normandos combatían «por Odin y por Thor contra el Cristo blanco»: se habían hecho campeones de las sombrías divinidades del Norte. El odio rabioso era el móvil que impulsaba á los invasores normandos á encarnizarse contra los monasterios y las iglesias, á romper y á quemar las reliquias, á asesinar los frailes y los curas; pero ya, en esa rivalidad furiosa que se producía entre los dos cultos, se manifestaba la influencia cristiana: en realidad eran los mismos personajes simbólicos de las razas en lucha quienes se presentaban frente á frente; el anciano escandinavo Odin ó Wotan, de manto gris como la bruma de los mares, con sus dos cuervos negros graznando profecías sobre sus hombros, y del lado de los cristianos el Dios Padre, igualmente cargado de años, con la cabeza rodeada de un nimbo de oro, en cuyo rededor vuela una paloma. Del mismo modo el dios Thor, que amenaza con el Trueno, responde directamente al Dios hijo, el juez soberano que pesará en la balanza las acciones de los vivos y los muertos. En el conflicto de las dos religiones, las divinidades escandinavas, aunque perteneciendo á los vencedores, debieron cambiar gradualmente de fisonomía para asemejarse cada vez más á las divinidades cristianas;



NAVE ESCANDINAVA

por otra parte, los Normandos sabían de antemano, por el texto mismo de las antiguas profecías, que sus dioses habían de morir un día, y nuevas figuras se mostraban á los adoradores: eran los herederos esperados [1]. Pero, como siempre, la conversión oficial de todo un pueblo arraigaba lentamente sobre el alma hereditaria. Dados al saqueo eran los Normandos paganos, y así continuaron por mucho tiempo sus descendientes convertidos. Una saga del siglo XII refiere que el rey Sigurdo fué á visitar á Baudouin, rey de Jerusalén. Costeando siempre, á la cabeza de una gran flota, decía á sus hombres: «Cuando encontréis un barco, comenzad por saquearle; si la tripulación es cristiana le devolveremos la mitad de lo que le hayamos tomado, porque es preciso ayudar á los hermanos; si los hombres son paganos, daremos gracias á Dios».

La exigencia de los catequistas cristianos relativamente á la división del tiempo en períodos de siete días, fué probablemente una de las causas que retardaron más el establecimiento del cristianismo en las poblaciones del Norte. Aquellas sencillas gentes no comprendían por qué habían de someterse á la aceptación de una agrupación de los días contraria á su costumbre, so pretexto de que Dios había empleado seis días para hacer el mundo y había descansado el séptimo. Este modo de regular el tiempo se hizo general en el Imperio romano al fin del siglo II, y los Germanos lo adoptaron probablemente doscientos ó trescientos años después [2]. Pero los hombres del Norte, acostumbrados á seguir el curso de las estaciones, á trabajar durante las largas jornadas de estío, á agrupar sus fiestas durante las noches invernales, se negaban á esas interrupciones regulares de la vida normal de siete en siete días, en invierno como en verano. Por su parte los amos no querían alimentar á sus esclavos en los días de descanso, y los esclavos, por la suya, se negaban á observar el ayuno en los días de precepto [3].

El esfuerzo de los piratas normandos se dirigió hacia las islas y las costas occidentales de Europa. En el año 795 se apoderaron de

[1] Max Müller, *Essais de Mithologie comparée*, trad. de G. Perrot, p. 227.
[2] Geffroy, *Roma et les Barbares*, p. 116.
[3] Ernest Nys, *Le haut Nord*, p. 26.

la isla Rathlin, en el ángulo nor-oriental de Irlanda, y desde ese punto de apoyo se imponían á los fjords de Escocia y del mar actualmente llamado de San Jorge. Pronto ocuparon las Hébridas, después, desde el principio del siglo IX, atacaron la isla santa de Iona, desde donde tantos misioneros habían partido hacia las tierras vecinas. Se instalaron como en un centro de conquista en la larga península de Catnibh, llamada actualmente de Caithness, y también en la isla de Man, que les perteneció durante mucho tiempo y hasta debió á su antigua dominación el constituir aun oficialmente un reino distinto del imperio británico. En la obra de conquista se produjo una especie de división del trabajo: mientras que los Noruegos se habían atribuído la colonización de las islas del Norte, Shetland y Orcades, y del país vecino en la Alta Escocia, llamada aún en recuerdo de ellos Sutherland (Sudrland) ó «Tierra del Sud», los Dinamarqueses se establecieron sobre las costas de Inglaterra, donde parece que obraron más como civilizadores que como conquistadores. Canut (Knut), que reinó simultáneamente sobre la tierra de los Escandinavos y sobre la de los Bretones y la de los Angles, ha dejado una fama de justicia y de sabiduría que atestigua al menos en favor de la civilización de que era representante.

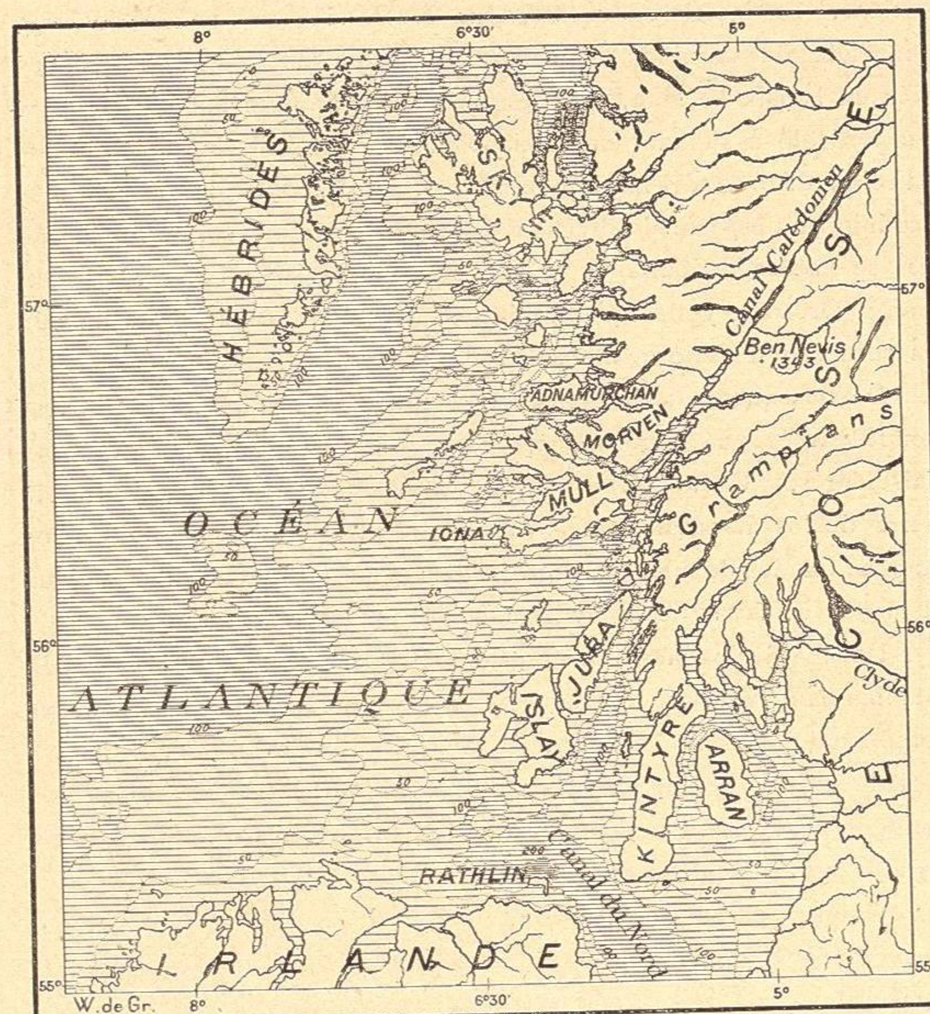
Dueños de los mares británicos, los Normandos habían penetrado también muy adelante en los estuarios y en los ríos de la Europa continental. Durante tres cuartos de siglo, desde 820 á 891, habían asolado toda la región marítima de los Países Bajos, utilizando con método las diversas desembocaduras de los tres ríos, Rhin, Mosa y Escalda para visitar sucesivamente las diferentes comarcas del interior y poner en sus devastaciones todo el cuidado de operaciones comerciales bien conducidas» [1]. Llegaron hasta fundar cerca de Maestricht, en Elsloo [2], en 881, una especie de cuerpo atrincherado desde donde hicieron varias salidas hacia las ciudades y monasterios del contorno y donde amontonaban su botín. Nada puede resistirles más que las fortalezas, inexpugnables para sus armas de marinos, pero arrasan las ciudades, las villas y los conventos: á los Normandos se debe que no se haya conservado hasta nuestros días

[1] H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, p. 37.
[2] Véase mapa n.º 293, p. 483.

ningún vestigio de la escultura y de la arquitectura carlovingias.

Sus flotillas remontaron en Francia el Soma, el Sena, el Vilaine, el Loira, el Garona y el Adour.

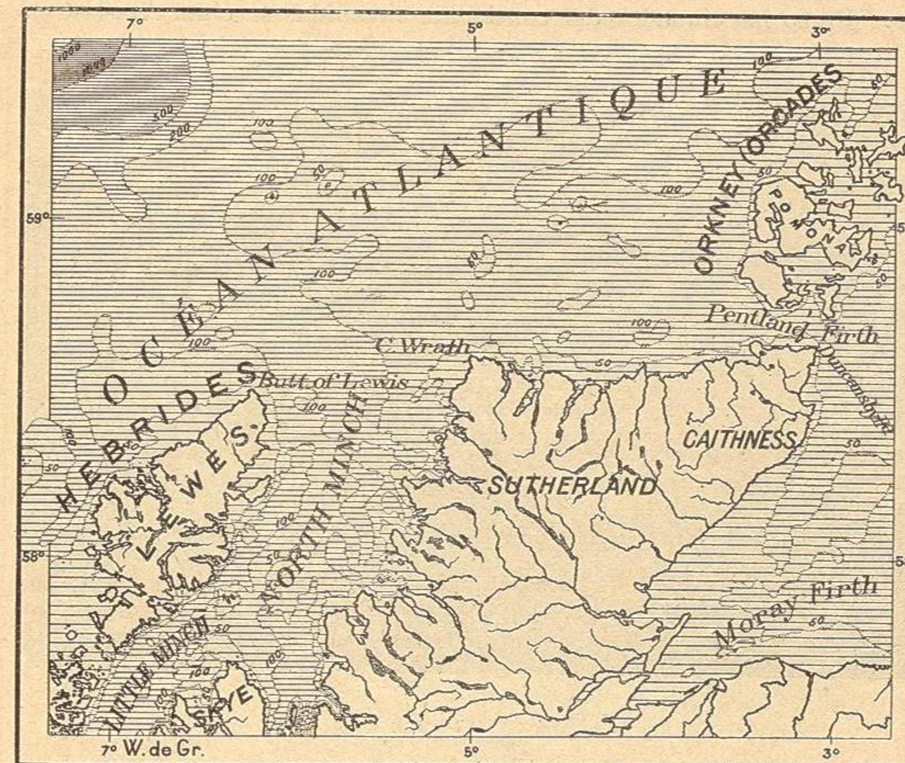
N.º 298. Costas occidentales de Escocia.



Tal era la falta de cohesión del grupo político llamado «Francia», que los Normandos en sus ciento veintiocho barcos avanzaron hasta París (845, 856, 861), cuyos arrabales abandonados saquearon, y luego, después de un intervalo, debido en parte á las medidas

victoriosas de Roberto el Fuerte, antepasado de los Capetos, se presentaban nuevamente los Viking ante la ciudad (885), y después de haberla bloqueado durante año y medio y haber obtenido de

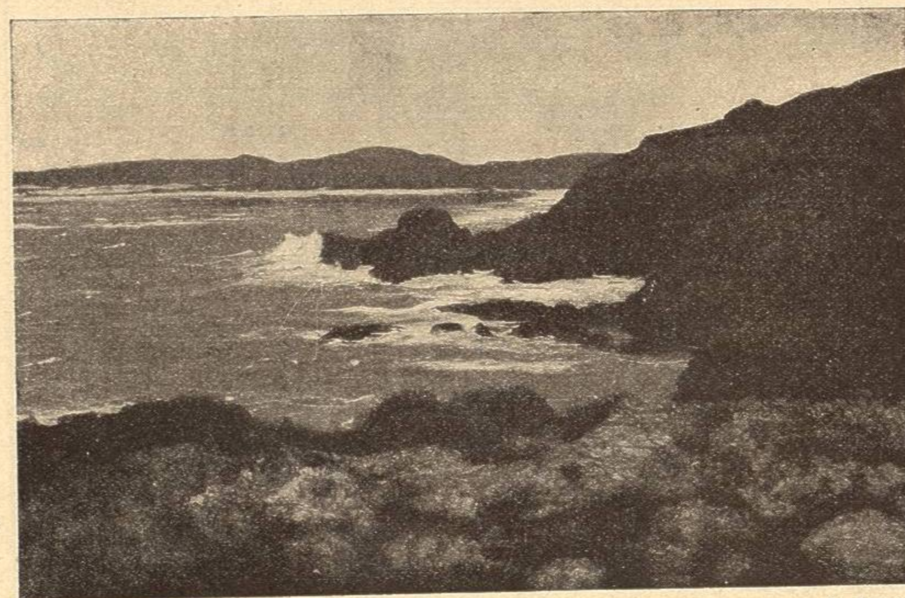
N.º 299. Costas septentrionales de Escocia.



Los mapas números 298 y 299 se cubren en parte; por eso las penínsulas norte de la isla Skye se hallan en los dos mapas.

ella un rescate, llegaron hasta Borgoña, donde saquearon la ciudad de Sens. Tenían puntos fijos, islas ó promontorios que les servían de campos atrincherados para el ataque ó la defensa y depósitos para el botín: en el Sena, era la isla de Oissel; en la península del Cotentin, que domina á la vez la Mancha y el golfo de las islas Jersiarias, era el cercado del Hague-Dike; en la costa del Océano, eran las islas de Noirmoutiers y de Re. En 844 se les ve ya bien lejos del mar, puesto que entran en Perigueux por la puerta llamada

después «puerta Normanda», prueba de la facilidad con que los piratas se organizaban en ejércitos de peatones ó de jinetes, porque, siendo marinos, no de otra manera habían podido remontar la isla con sus naves. Su llegada al reino estaba tan bien prevista, que se pagaba regularmente un «impuesto de los Normandos» sobre las poblaciones. Entre las ciudades del continente invadidas se citan Aix-la-Chapelle, Colonia, Tréveris, Metz, Maguncia, Worms, Nantes, el Mans, Burdeos, Tolosa, Melun, Meaux, Sens y hasta Clermont. Se cree que llegaron también hasta Suiza, en el valle de Hasli, y serían ellos quienes llevaron á los indígenas la leyenda de Guillermo Tell, reivindicada luego con tanto orgullo por los republicanos de Helvecia. Por último, una tropa de Normandos tuvo en 859 la audacia, casi increible para la época, de contornear Europa para entrar en el Mediterráneo y establecerse en un campo del Camargo é ir á asolar las costas de Italia, hasta saquear la ciudad de Pisa y otras poblaciones [1]; pero los navegantes del Norte se acostumbraron pronto á los viajes hacia las tierras meridionales, y se encontraban


Cl. Kuhn.

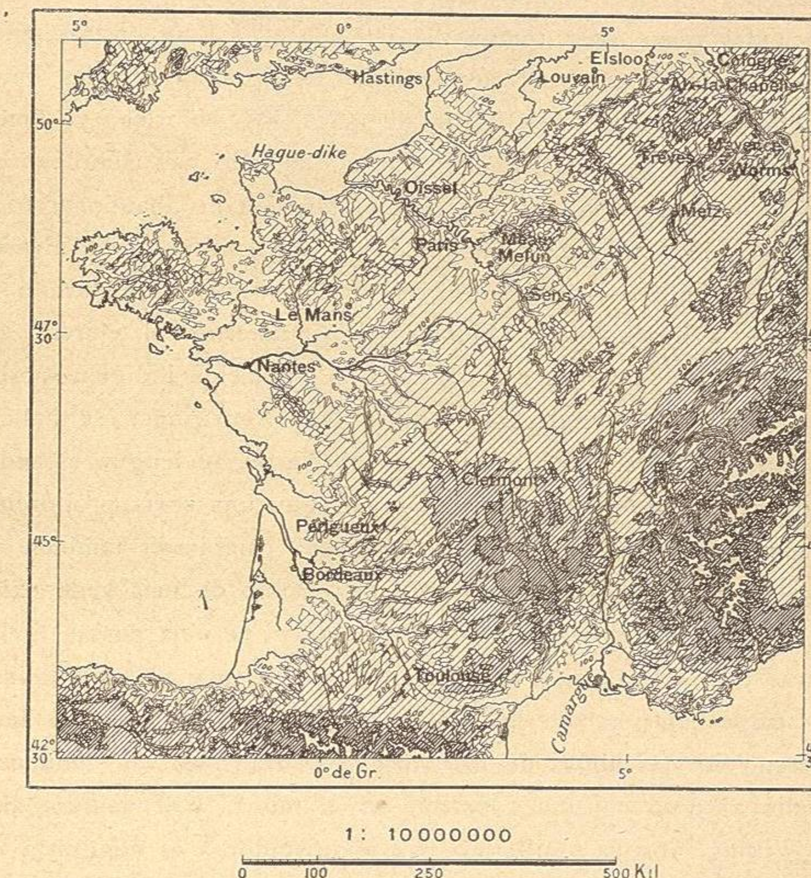
COSTA OCCIDENTAL DE IONA

[1] Annales de Saint-Bertin; Alfred Maury, *Revue des Deux-Mondes*, 15 Septiembre 1880.

en sus costas con otros piratas, los Sarracenos, que en 838 devastaron Marsella y en 869 hacían prisionero al obispo de Arles, mientras entre tiempo los Normandos remontaban el Ródano hasta Valencia [1].

Al final del siglo IX, Alemania al menos logró librarse de nuevos saqueos por la victoria que el emperador Arnulf de Corinthia obtuvo cerca de Lovaina, en las riberas del Dyle (891), sobre los Normandos, que se habían establecido allí hacía seis años; por otra parte las invasiones apenas tenían razón de ser en aquella época, puesto que el país, desolado ya, carecía de valor para los piratas. Pero la presión se aumentó en las otras partes del litoral europeo. Mientras que unos Normandos disputaban Inglaterra á los Sajones y

N.º 300. Incursiones normandas en Francia.

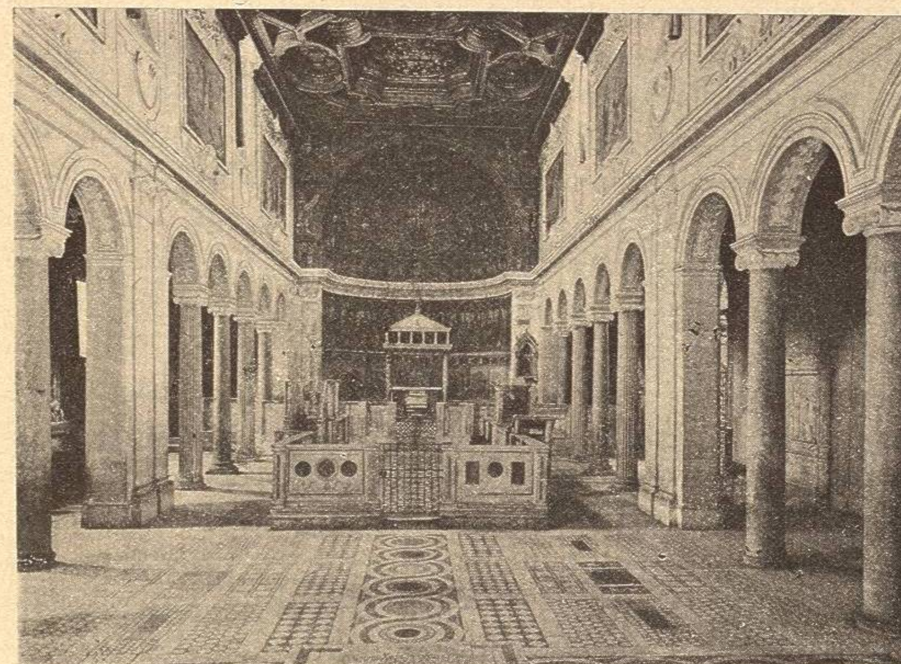


[1] Kleinclausz, en la *Histoire de France* de E. Lavisse, II, 1, p. 381.

Dinamarqueses, otros Viking escandinavos se aventuraban en el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar y capturaban esclavos y sacaban botín de las Baleares, de las costas africanas, de Italia, de Grecia y hasta del Asia Menor. En el año 896, un barón normando, Rou (Rolf, Rollo, Rollón), se establecía sólidamente sobre la tierra firme de Francia y comenzaba una campaña metódica de conquista. Mientras que un ejército escandinavo avanzaba del Norte al Sud en la cuenca del Sena, otro remontaba del Oeste al Este en la cuenca del Loira y en los campos intermediarios se libraban grandes batallas. Por todas partes cambiaban de amos los señoríos, y, finalmente, en 912, el rey de Francia, Carlos, llamado «el Simple», en el sentido de «pobre de espíritu», hubo también de abandonar toda pretensión sobre las tierras disputadas y dar en feudo al invasor Rou todo el hermoso territorio que desde entonces ha llevado el nombre de «Normandía». Siendo poco numeroso el ejército de invasión para que pudiera reemplazar á la población indígena, acabó por hacerse franco, como antes los Francos Neustrianos se habían convertido en Galos. Los Normandos olvidaron su lengua escandinava, de la que no queda en el día más que una corta proporción de palabras y algunos nombres geográficos; cambiaron también de religión sin mucha dificultad, porque un cambio de país y de existencia se acomoda bien á un cambio de dios; pero la pasión de las aventuras y de las batallas que los peligros del mar y los bramidos de las tempestades habían dado á sus antepasados se conservó mucho tiempo en las almas de los normandos franceses: la influencia del medio antiguo continuó obrando en el nuevo, y el viejo impulso de los Viking lanzó á Guillermo el Conquistador á la conquista de Inglaterra y después á los Tancredo á la ocupación de Italia, lo mismo que á los mercaderes de Dieppe y de otras poblaciones normandas á la exploración de las Canarias y de Africa. Hasta el siglo XIII el título de «jefe de los piratas» fué considerado como un título honorífico en Normandía y en Inglaterra: en las venas de sus marinos corría todavía la sangre de los Viking.

Análogo trabajo de impulsión étnica inclinaba en el oriente de Europa á los Escandinavos, Normandos y otros á la invasión de las tierras circumbálticas. Los Varegues ó Varinger habían sometido á

su dominio los Finlandeses, los Ehstes y los Eslavos del litoral y estaban dispuestos á aprovecharse de todas las ocasiones favorables que se presentasen para aumentar el número de sus súbditos. Estableciéronse *Rosslagen* ó comunidades de industriales y mercaderes de Ultra-Báltico en diversos puntos de las llanuras sármatas, hacia



Cl. Alinari.

INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN CLEMENTE EN ROMA
(En parte del siglo IX)

la confluencia de los caminos naturales, y sirvieron de centro á la dominación política. Las desuniones de los Eslavos suministraron la circunstancia propicia, y, en 862, los tres hermanos Rods ó «Rusos», Rurik, Sineo y Truvor, entraron como vencedores en el país de las grandes llanuras orientales, que se llama hoy la «santa» Rusia, como si ese mismo nombre no recordase la humillación de la conquista. Según los etimologistas, la palabra «Ruso» se deriva del término finlandés Rodsen, que significa «Remeros». Suecia es todavía para los Finlandeses el país de los Rusos ó de los Remeros, *Ruotse-Moa*, en tanto que Rusia ha conservado para ellos su antigua denominación de *Wenne-Moa*, el país de los Wendas.

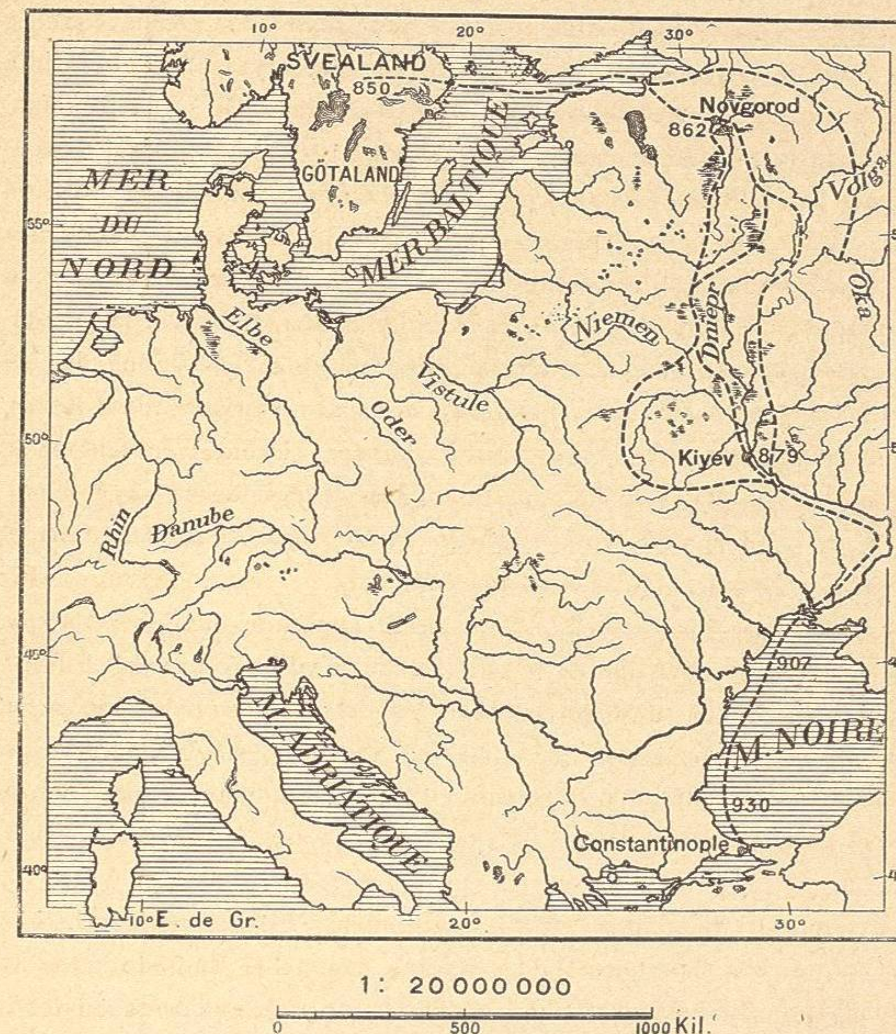
El imperio de los tres hermanos, reunido después bajo el dominio único de Rurik, no comprendía al principio más que la parte de la Rusia actual que se extiende al sud y al sudeste del golfo de Finlandia hacia el alto Volga, teniendo por centro la ciudad de Novgorod; pero los aventureros varegues, reforzados constantemente por nuevas levas, no podían contentarse con mandar pacíficamente los territorios conquistados; les atraía el Mediodía. Al principio del siglo X cambió la capital del imperio; se fijó en Kiyev la residencia del hijo de Rurik, y las conquistas se continuaron hacia el Sud. Antes de la mitad del siglo, los Normandos llegaron hasta Constantinopla, que no pudieron tomar, pero volvieron al asalto, y el emperador Romanos se vió forzado á comprar la paz por medio de presentes y promesas. Cristianizados después, los Normandos de Rusia perdieron su fuerza agresiva contra los cristianos de Oriente, y fueron ellos, por el contrario, quienes sufrieron la influencia bizantina y quienes modelaron gradualmente sus ideas y sus costumbres según el ejemplo que recibían de la Roma oriental. Pero el curioso fenómeno de un circuito completo de invasiones alrededor del continente de Europa no dejó de cumplirse: los Normandos «Varangianos», que partieron de Noruega para rodear la Europa occidental, se encontraban en las islas del Mediterráneo con otros Normandos «Varegues», que habían recorrido los caminos de la Eslavia entre Suecia y Bizancio: desde Escandinavia á Sicilia se había cerrado el círculo.

Fuera de la Europa propiamente dicha, los Normandos habían de ser tambien los héroes de una obra capital en la historia de la humanidad, la población de Islandia y un primer descubrimiento del Nuevo Mundo. Al menos el primero de esos descubrimientos se hizo sin batalla, sin matanza ni saqueo. La parte de la población noruega que realizó el exodo constituía un elemento social superior con mucho al de los conquistadores viking: fué el amor á la libertad, y no la pasión por el botín lo que determinó la emigración de los confederados de Trondhjem.

En aquella época, hacia el fin del siglo IX, el rey Harald «el de hermosos cabellos», logró constituir el imperio noruego en su

provecho: dueño de los pasajes que sirven de comunicación entre los fjords del Sud con los del Norte, pudo dar la unidad geográfica

N.° 301. **Incursiones normandas en Rusia.**



Las líneas de invasión de los Normandos varegues en Rusia, están trazadas según A. Lefèvre: *Germains et Slaves*; el pasaje de los invasores ha sido también señalado en el territorio que después fué Polonia.

Se dice que los mismos habitantes del distrito de Novgorod — sujetos después á servidumbre, — pidieron á los Varegues que «vinieran á hacer reinar el orden y la justicia» en su país!

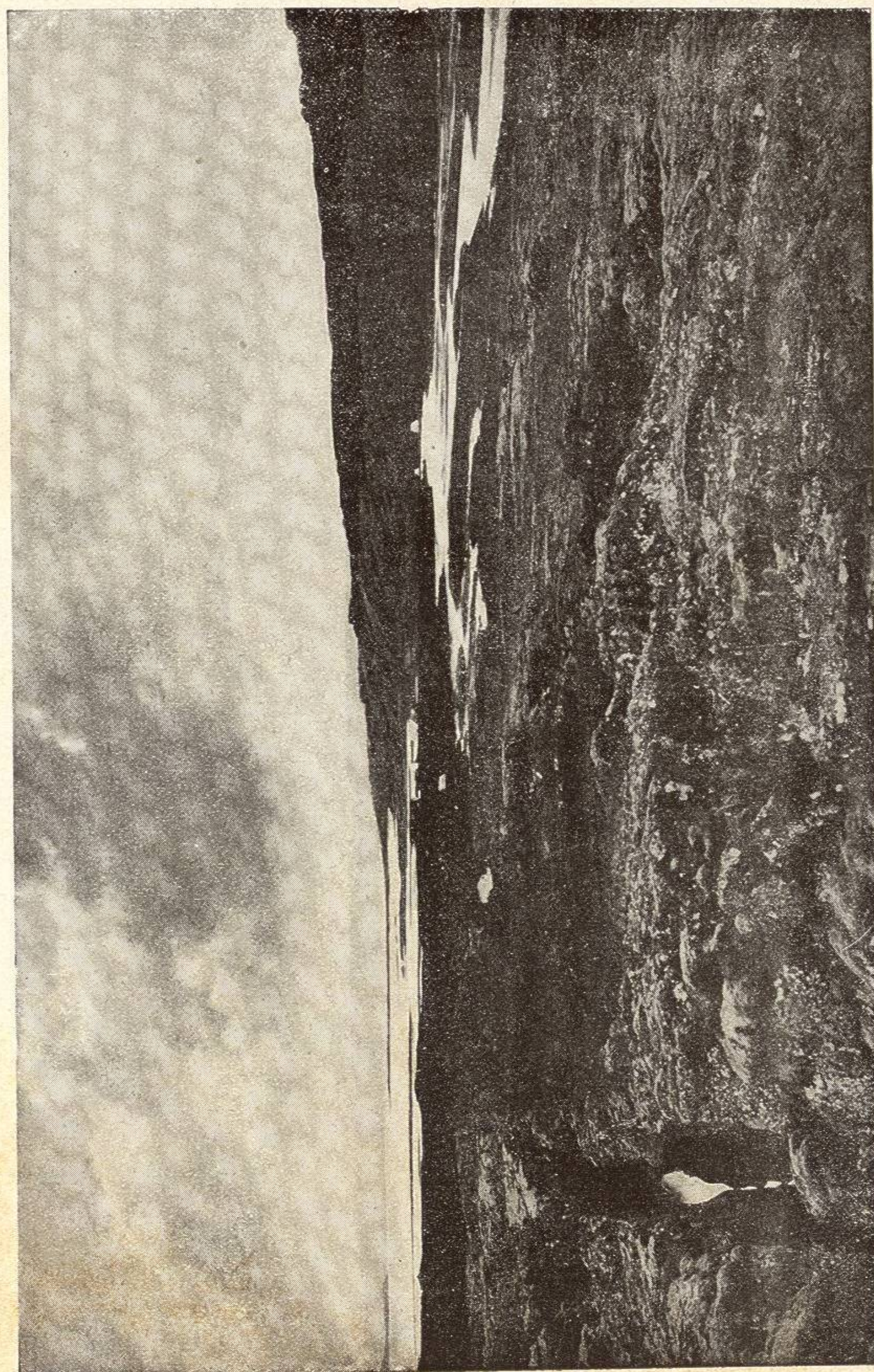
Los Normandos se presentaron por tres veces ante Constantinopla, en 903, en 907 y 930. Se sabe que la guardia particular de los emperadores de Bizancio se componía de Normandos.

á sus Estados, y los hombres libres que no podían acomodarse á la obediencia forzosamente habían de expatriarse. Ya se había dado

el caso de que un arriesgado viajero llamado Nad-Odd había traído al país noticias de la «Tierra de las Nieves», llamada después «Tierra de los Hielos», Islandia, donde, según él decía, todo hombre puede vivir digna y libremente: «¡Allí no había reyes ni tiranos!» No obstante, algunos inmigrantes habían penetrado ya. Desde 795 los *papæ* ó anacoretas celtas de Iona y de Irlanda, cuyas celdas han sido reconocidas en todas las islas situadas al norte de la Gran Bretaña, ocupaban las tierras llamadas Vestmanneyjar, que se hallan distribuídas por el sudoeste de la costa islandesa: su mismo nombre significa «Islas de los Hombres del Oeste», es decir, «islas de los Irlandeses». Aquellos monjes habían también desembarcado en la gran tierra de Islandia, como lo atestiguan los objetos dejados por ellos hace once siglos: campanas, libros religiosos y báculos abaciales [1]. Algunos Celtas de Escocia desembarcaron igualmente en la isla hacia el año 825. Nombres locales de origen irlandés recuerdan la llegada de los antiguos colonos de las islas Británicas, y á la influencia persistente de su raza se atribuye el tipo moreno de que existen numerosos representantes en Islandia [2].

Tres cuartos de siglo después de la aparición de los primeros hombres sobre las costas de Islandia, se mostraron á su vez los fugitivos noruegos. Un primer colono llamado Ingolf desembarcó en 870, pero el gran exodo se hizo cuatro años después [3]. Entonces se presentaron miles de emigrantes á intervalos muy cortos sobre la costa sud-occidental de la isla, y fué preciso arreglarse de modo que cada una de las familias nuevamente llegadas tuviera su parte de tierra. Todo colono pudo apoderarse libremente del terreno recorrido durante el día á lo largo de la costa y que había limitado por dos hogueras encendidas, una á la aparición y otra á la postura del sol [4]. Hiciéronse después subdivisiones, de manera que cada campesino tuviera campos para sus cultivos y pastos para sus ganados. Tal y tan bien consagró la opinión pública islandesa el principio de «la tierra al campesino», que se ha conservado á pesar de todo hasta el siglo XIX á través de todas las revoluciones económicas.

[1] Ernest Nys, *Le haut Nord*, p. 5.
[2] Jules Leclercq, *La Terre de Glace*.
[3] C. Rafn, *Antiquitates Americanæ*, 1837.
[4] Ernest Nys, *Le haut Nord*, ps. 6 y 7.

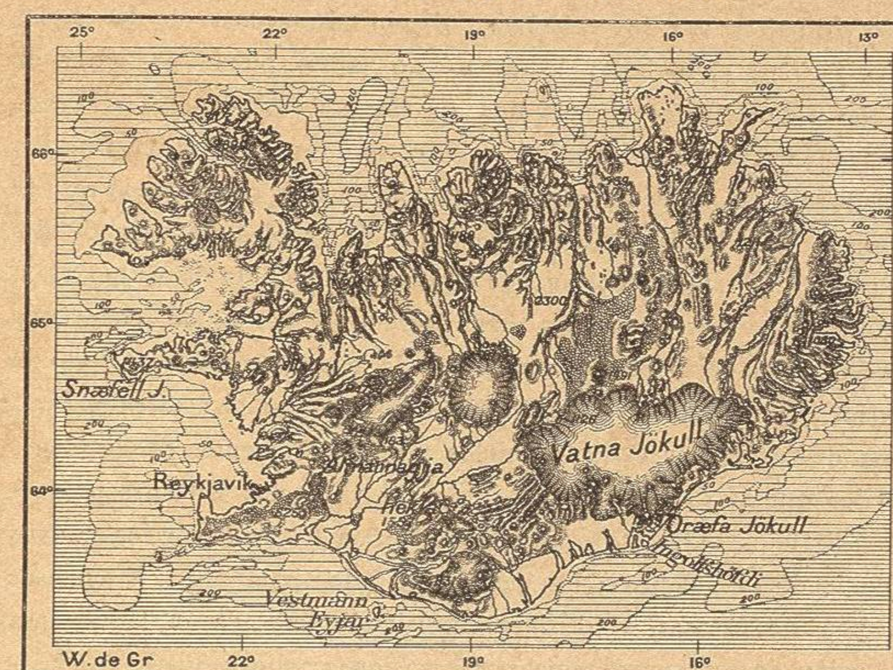


Cl. Schmid

LLANURA DEL ALTING; EN PRIMER TÉRMINO, EL CERRO DE LA LEY; AL FONDO, EL TINGVELLIR; Á LA DERECHA, LAS PAREDES DE LA ALMANNAGJA

En pocos años terminó la población completa de toda la parte de las costas islandesas donde puede vivir el hombre hasta en los distritos que miran hacia el polo [1], y pronto tuvo la isla un número de habitantes muy considerable, quizá más considerable que en nues-

N.° 302. Islandia, la Isla de los Hielos y de las Lavas.



1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

Al sudeste de la isla, Ingolfshöfdi recuerda el punto de desembarco del primer colono noruego.

El lago al sud de la *A* de Almannagja es el Thingvellir.

tros días. Indudablemente la isla es muy extensa, puesto que ocupa una superficie casi equivalente á una quinta parte de Francia; hasta considerada desde el punto de vista del clima posee ciertas ventajas, porque su temperatura media — hasta 5 grados y más sobre el punto de hielo — es notablemente más elevada que lo que permite esperar su alta latitud. Pero ese privilegio, debido á las aguas

[1] Admítese generalmente que al final del siglo XII Islandia contaba 120 000 habitantes, y que en el siglo XVIII sólo había 40 000. El censo de 1901 ha dado unos 78 000 habitantes.

tibias que traen las corrientes del Sud sobre las costas occidentales y hasta parcialmente sobre las costas septentrionales, puede ser suprimido en ciertos años por la preponderancia de la corriente fría polar que toca las costas del Este y se continúa por el litoral del Sud: sucede á veces que la isla está defendida al Sud por un cordón de témpanos, y que los osos blancos desembarcan de su vehículo de hielo para destrozar los rebaños. Según el balanceo de las aguas tibias ó frías, el invierno de un mismo punto puede presentar de un año á otro diferencias de una quincena de grados. Los aguaceros de tempestad suelen ser casi constantes durante la estación primaveral, tan dulce y encantadora en muchas otras comarcas de Europa. Los bosques no se componen de árboles, sino de débiles arbustos y aun faltan en muchos distritos. Hasta la época moderna, en que tenaces exploradores han logrado, á fuerza de energía y merced á los recursos que suministra la ciencia, reconocer todo el interior del país, muchos territorios eran inabordables al hombre, á causa de las nieves ó de los hielos y de los torrentes de aluviones móviles que se deslizan bajo los pies; á veces los volcanes proyectan á lo lejos nubes de cenizas que cubren los prados y los cultivos imponiendo el hambre á los ganados y á los hombres. Y en esos tiempos de escasez y de hambre, Islandia, aislada en la inmensa extensión de los mares, tenía pocas naciones amigas que le suministraran pan. Los islandeses han de tener cuidados excepcionales con sus hijos para sacarlos adelante.

Y á pesar de esas extremas dificultades que la Naturaleza opone á aquellos insulares, éstos lograron pronto ocupar, desde el punto de vista intelectual y moral, uno de los puestos preferentes en el mundo, quizá el primero, en relación á su corto número. Protegidos eficazmente por la extensión de los mares durante cerca de tres siglos y medio, los Buendi de Islandia, más dichosos que los de Trondhjem, lograron conservar completamente su dignidad de hombres libres, sin rey, ni príncipes feudales, ni jerarquía, ni ningún establecimiento militar. Los intereses comunes eran discutidos al aire libre, entre todos los habitantes revestidos de sus armaduras, símbolo del derecho absoluto de defensa personal correspondiente á cada individuo. El punto de reunión, que era también el mercado

anual, y que se le considera todavía como una especie de capital virtual de Islandia, era la garganta volcánica de Almannagja ó «Pasadizo de todos los hombres», formada para la evacuación de lavas líquidas entre las paredes de una fractura á través de una capa ígnea ya consolidada. Sobre una roca enorme, cuyos lados formaban gradas, se colocaba el «Lector de la Ley», el Lögmadr, que repetía en alta voz el texto de las decisiones promulgadas por las asambleas precedentes: las que no eran recitadas por él durante tres años consecutivos y cuya proclamación no se exigía, se consideraban abolidas [1]. Al pie de Almannagja, en la llanura de Thingvellir, cubierta de lavas hendidas é inundadas, se hallaba el Cerro de la Ley. Sobre una lengua de lava de difícil acceso se colocaba frente á frente el juez y el acusado bajo la mirada vigilante de la multitud armada [2].

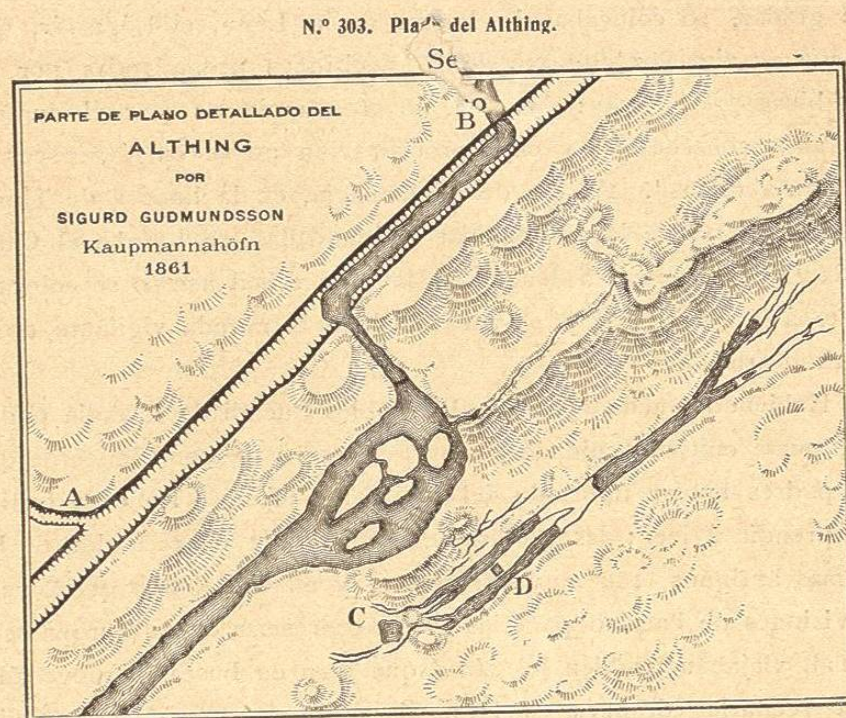
Habiendo quedado libres, los nobles Buendi de Islandia pudieron, pues, cultivar cuidadosamente el tesoro de conocimientos que sus padres habían aportado del continente lejano. En cada familia se aprendía á leer; las profesiones de poeta y de recitador de los poemas antiguos eran muy apreciados, y en cada barco que llevaba provisiones de bacalao para las largas cuaresmas de la Europa occidental, viajaban también los *skald* que iban en busca de novedades para recitarlas después en la patria. Tal fué una de las grandes causas del notable desarrollo intelectual de los Islandeses. La isla de los Hielos conservaba la paz con todos los países extranjeros, y sus nacionales no tenían por qué temer que se ejerciera contra ellos violencias en tiempo de guerra: cuando un mercader inglés viajando por Noruega ó un Noruego recorriendo la Inglaterra enemiga podían ser despojados de sus bienes y hasta privado de libertad y aun asesinados, el islandés se movía libremente, seguro de una generosa hospitalidad. Gracias á esas condiciones generales de libertad y de benevolencia mutua, la conversión de los islandeses al cristianismo se hizo, como la colonización, sin luchas ni guerra civil. Los primeros refugiados eran paganos todavía, los que les siguieron se

[1] Ernest Nys, *Le haut Nord*, p. 12.

[2] Véase la lámina suelta LLANURA DEL ALTHING, el mapa n.º 303, p. 520, y la viñeta del fin del capítulo.

hallaban más ó menos bajo la influencia de las enseñanzas cristianas, y, por contacto, entre vecinos que se entretenían durante la velada ante el hogar, la nueva fe iba reemplazando á la antigua, ó, por mejor decir, se mezclaba al fondo primitivo. Los dioses escan-

N.º 303. Pla[illegible] del Althing.



A Descenso hacia el Almannagja. B Cascada del Oxara. C Entrada del Althing. D Asiento del Juez.

No es posible fijar la escala de este antiguo plano, evidentemente defectuoso; las medidas dadas por Lord Dufferin, Jules Leclercq y otros para las dimensiones de Almannagja y del Cerro de la Ley no concuerdan en manera alguna. La orientación, norte arriba, sólo es aproximativa.

La pared norte de Almannagja, cuya naturaleza volcánica se ve bien en la página siguiente, es algo más elevada que la del sud; de manera que en la lámina suelta Llanura del Althing, tomada del nordeste hacia el sudoeste, pueden verse las dos una detrás de otra.

dinavos no fueron considerados como encarnaciones del diablo, sino que se transformaron gradualmente en personajes divinos de la religión cristiana. El nombre del que invocaron los Islandeses convertidos quedó el mismo que era en tiempo de los paganos: Allfadir, el « Padre Universal », no tuvo que abandonar el cielo para ceder su

puesto á un recién venido [1]. Y cosa inaudita en la historia del cristianismo: lejos de destruir los monumentos relativos á la antigua historia pagana, unos cristianos islandeses se ocuparon de recogerlos piadosamente, hacia el año 1100 Saemund Sigfusen, y cien años



Cl. Schmid.

CASCADA DEL OXARA EN EL ALMANNAGJA

después Snorro Sturleson, el autor de *Heimskringla*, el « Círculo del Mundo », y más especialmente de la historia de los reyes de Noruega, la narración más heroica y más bella de la Edad Media [2]. Gracias á la solicitud de esos Islandeses convertidos fueron recogidas las narraciones y los cantos del Edda ó de la « Anciana abuela », el manantial más precioso de la historia mitológica y legendaria de los antiguos Escandinavos.

[1] Max Müller, *Essais de Mythologie comparée*, trad. G. Perrot, p. 227.
[2] Flint, *Philosophy of History*.

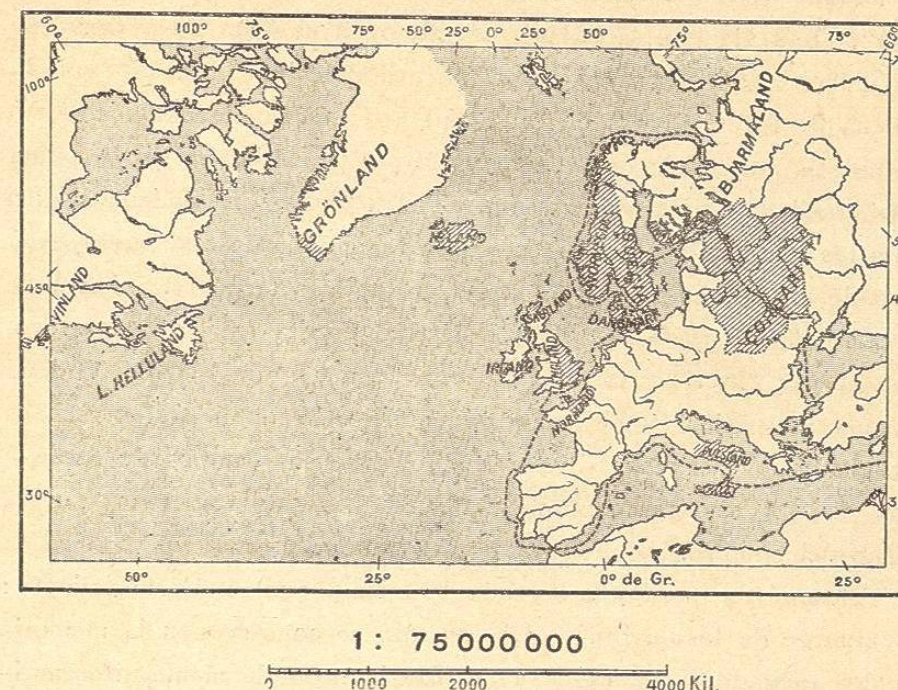
El descubrimiento de la Groenlandia y del continente americano débense también á los Normandos de Islandia. Solamente tres años después del movimiento de exodo hacia la isla de los Hielos, un explorador, Gunnbjorn, llegó hacia otra «Tierra helada» que no se juzgó conveniente colonizar; pero un desterrado, Erik el Rojo, se dirigió hacia esa nueva tierra, doblando el cabo extremo, el Hwarf, conocido con el nombre inglés de Farewell, y después, llegado á la costa occidental, fundó el primer campamento de Europeos que haya existido en el Nuevo Mundo. El país era tan áspero, provisto al pie de los montes y de los glaciares de una banda de tierra cultivable tan estrecha, que otros exploradores pudieron aplicar á la comarca el nombre de «Tierra de Desolación»[1], pero Erik el Rojo, comprendiendo que «para dar una buena reputación á su colonia, era preciso darle un bello nombre», le llamó audazmente Groenlandia, la «Tierra Verde», y su astucia tuvo un gran éxito. Pronto los Normandos fueron allí más numerosos que los Esquimales indígenas, construyeron aldeas y aun ciudades, y después, convertidos en cristianos como sus hermanos los Islandeses, edificaron iglesias de las que todavía existen restos. Un obispo gobernó la diócesis de Groenlandia en nombre del pontífice de Roma.

Pero la fuerza de expansión de los Normandos no se había amortiguado aún, y no habían transcurrido dos décadas después de la colonización del litoral groenlandés por Erik el Rojo cuando se descubrieron nuevas tierras, y entre ellas la que lleva hasta nuestros días el nombre de «Tierra Nueva», Fundu Nya Land ó Helluland. Hízose involuntariamente un viaje á esas regiones por unos barcos extraviados en la bruma, pero en el año 1000 Leif Eriksson, hijo del primer colono groenlandés, se aventuró resueltamente hacia las costas del Sud, que se sabe actualmente eran las del Labrador, tierras Laurencianas y de la Nueva Inglaterra, y llegó hasta el «país de la vid» ó Vinland, llamado así por las viñas salvajes que allí reconoció el alemán Tyrker, uno de los compañeros de Leif. ¿A qué comarca actual ha de aplicarse esa denominación normanda? Si se ha interpretado bien un pasaje de los Saga relativo á la lon-

[1] I. I. Hayes, *The Land of Desolation*, London, 1871.

gitud de los días de invierno en el Vinland, el punto de residencia de los Viking habría de buscarse entre el 40 y el 42 grados de latitud, es decir, sobre las costas del Massachussets[1]. Entre los diversos restos señalados como útiles para atestiguar aquel gran

N.º 304. Viajes lejanos de los Normandos.



Los nombres del país que contiene este mapa son los que se hallan en las sagas islandesas.

Se ha indicado el viaje de Ottar hacia Bjarmaland, el de los Varequès hacia Gardariki y Miklagard (Constantinopla), y el de Sigurdr hacia la Tierra Santa.

acontecimiento geográfico, hay el que Horsford ha descrito en términos que podrían aplicarse á unas construcciones que se elevaban en Islandia hacia la misma época[2]; sin embargo, esos monumentos son demasiado groseros para no suscitar ciertas dudas y para evitar que la venida de los Normandos en las inmediaciones de la Boston actual encuentre muchos incrédulos[3]. Gustaf Storm cree haber demostrado que el Vinland es la parte de Nueva Escocia que hace frente á Terranova.

[1] Oscar Peschel, *Geschichte der Entdeckungen*.
[2] Cornelia Horsford, *National geographical Magazine*, March 1898, n.º 3, ps. 73 y sigs.
[3] Ph. Marcou, *Notas manuscritas*.

Como quiera que sea, las expediciones de los navegantes normandos sobre las costas de la América del Norte no fueron numerosas, y después de los primeros años fueron cada vez menos frecuentes. Una inscripción rúnica, que data de la mitad del siglo XI, refiere la desgraciada expedición de un barco normando que navegó hacia el Vinland y se perdió «en medio de los hielos, en el mar solitario»[1]. Los viajes cesaron por completo en el siglo XII á causa de las dificultades de la navegación, por haberse ido formando con la cadena de los témpanos de cada año una muralla infranqueable, ó al menos muy peligrosa de atravesar, entre Islandia y la punta meridional de Groenlandia[2]. La «Tierra de la Viña» se perdió así para los Normandos, pero la memoria legendaria de ella se perpetuó durante algún tiempo como la de un paraíso terrestre. Adam de Brema refiere en su historia eclesiástica, escrita hacia el año 1070, que el rey Sven Estridson le habló de una gran isla de Vinland situada muy lejos en el mar occidental, y le ponderó los racimos exquisitos de sus viñas silvestres y los extensos campos de cereales que dan una cosecha centuplicada sin haber sido sembrados por la mano del hombre.

Después se perdió la leyenda lo mismo que el descubrimiento: el nombre de los territorios lejanos sólo se conservó en la memoria de los recitadores de sagas y de los lectores de manuscritos antiguos. La misma Groenlandia acabó por recaer en la noche, y la causa de esta desaparición no es debida solamente á las dificultades del viaje. Como la mayor parte de las vueltas y regresiones en la historia, debe atribuirse á la disminución de la iniciativa humana, consecuencia del refuerzo de un poder central, destructor de las energías personales. Ya en 1261, habiendo caído Groenlandia bajo la dependencia política directa de Noruega, el comercio entre la metrópoli y la colonia se había convertido en monopolio real, y las expediciones, cambiadas en servicio público, se hicieron cada vez más escasas. El último barco del Markland con destino á Groenlandia y á Europa partió en 1347. Después, en 1387, cuando la reina Margarita, uniendo la soberanía de los tres Estados escandi-

[1] Sophus Bugge, véase *Globus*, 22 Mayo 1902.
[2] H. J. Mackinder, *Britain and the British Seas*, p. 7.

navos, reivindicó para ella sola el privilegio del comercio con todas las dependencias de su reino, desde Finlandia á Groenlandia, resultó que los barcos que zarpaban de Dinamarca bajo pabellón del Estado para dar su vuelta reglamentaria por las Faroer é Islandia no tuvieron tiempo de ir hasta la Tierra Verde[1]. La falta de comunicación acabó por romper todas las relaciones con la antigua colonia, y se llegó á desconocerla, de tal modo, que hasta se negó la existencia de aquella tierra que antes había pagado regularmente el diezmo y



FRAGMENTO DE LA TAPICERÍA DE BAYEUX
(Siglo XI)

contribuído al dinero de San Pedro, y donde hasta se habían predicado las cruzadas como en los otros países de la cristiandad[2], no quedando de ella más que un nombre vagamente indicado en los mapas, y los marinos, repitiendo las antiguas narraciones, referían que se había levantado una muralla de hielo al oeste de Islandia, impidiendo la navegación para siempre.

Mientras que los Normandos, «hombres del Norte», llamados también «hombres del mar», recorrían las aguas hacia las costas de la Europa meridional, hacia las islas y las penínsulas polares, otros pueblos en movimiento obedecían todavía á la inmensa ola

[1] Ernest Nys, *Le haut Nord*, p. 9.
[2] P. Riant, *Expéditions et Pélerinages des Scandinaves.*

de conmoción que derrumbó el Imperio de Roma y cambió el equilibrio de las naciones. El primer gran período de emigración en tiempo de Genserico, de Alarico y de Atila puso en movimiento todos los pueblos del mundo antiguo, desde las costas del mar del Japón hasta las orillas del Mediterráneo y del Atlántico, pero su resultado principal fué establecer claramente la importancia de los pueblos germánicos y asegurarles la posesión incontestada de territorios políticos constituídos en Estados distintos. En la misma época en que, bajo el gobierno de Carlomagno, la raza tudesca llegaba á tomar la hegemonía entre los pueblos, otro conjunto étnico, el de los Eslavos, — antes designados bajo los nombres muy generales de Escitas, Sármatas é Hiperbóreos —, comenzaba á precisarse en la historia y á unirse en comunidades de Estados que sufrían ya la influencia directa del cristianismo y de la civilización grecoromana.

Al principio de la historia escrita de los pueblos europeos, Fenicios y Griegos sólo tenían una idea muy vaga de las inmensas regiones del Norte inclinadas hacia otros mares y pobladas de razas que tenían costumbres diferentes de las de los Meridionales. Ese mundo en que no penetraban había quedado bastante obscuro para que de él se refiriera, no la historia, sino fábulas y leyendas maravillosas en las que iría mezclada un poco de verdad. De ese modo la relación que hace Herodoto sobre los «Escitas labradores que siembran el trigo, no para consumirle, sino para venderle», (libro IV, § 17), nos prueba que los Griegos tenían algunas nociones de esas ricas comarcas de «tierra negra» que producían cereales en abundancia para la exportación; pero más allá, decían, el espacio estaba deshabitado, «los lugares no eran visibles ni abordables, á causa de las plumas esparcidas sobre el suelo». En efecto, dice Herodoto, «quien ha visto caer la nieve á copos apresurados sabe que los copos parecen plumas» (libro IV, § 7 y 30).

La vida de los «Escitas», tal como la describen los autores antiguos, es precisamente la que determinaba la naturaleza del suelo y del clima. Si los labradores residentes ó semisedentarios utilizaban las tierras más fértiles, el grueso de la nación, harto poco numeroso para la vasta extensión del territorio, se componía de pastores nómadas que llevaban ante sí de estepa en estepa rebaños de bestias domesticadas, caballos, bueyes y ovejas. Las descripciones que se dan de ellos apenas difieren de las que diez siglos después hacían los cronistas de los Hunos, y de las que siglos posteriores aún repiten á propósito de los Mongoles. Los Escitas vivían al aire libre ó bajo la tienda; durante los viajes de emigración, las mujeres trabajaban pacíficamente sobre sus carros, en tanto que los hombres cabalgaban á su lado, vestidos de pieles de animales y algunos hasta de pieles de enemigos vencidos y llevando sobre su aljaba manos cortadas del cadáver. Habituados á cambiar frecuentemente de territorio, sin cuidarse de los primeros ocupantes, los Escitas eran temibles hombres de guerra, hábiles para evitar las batallas por rápidos ataques, seguidos de huidas rápidas, pero organizándose en ejércitos sólidos cuando se trataba de defender los cerros bajo los cuales descansaban sus antepasados. En esos pueblos se despreciaba la muerte: hasta la mitad del siglo X era práctica general el sacrificio voluntario de las viudas sobre la hoguera del marido entre los Eslavos de la Polonia actual[1]. En tiempo de Herodoto los Masagetas que se sentían envejecer eran inmolados por sus parientes, y su carne, mezclada con la de diversos animales, servía para la comida fúnebre con que se honraba su memoria, pero el que tenía la desgracia de morir de enfermedad no era glorificado por un festín, porque su muerte era considerada como una especie de vergüenza. Los hallazgos hechos en muchos *kourgani* ó montículos fúnebres de la Rusia meridional completan las narraciones de Herodoto[2].

En los funerales de los grandes personajes, una esposa, unos servidores y unos caballos seguían al jefe á la muerte, y, en efecto, en las tumbas reales se encuentran numerosas osamentas, las de las víctimas sacrificadas á la vanidad del rango. En esos montículos se recogen objetos de cobre y de oro, armas y joyas, pero el hierro es allí más escaso, prueba de que en aquella época la industria europea acababa apenas de conquistar el metal por excelencia.

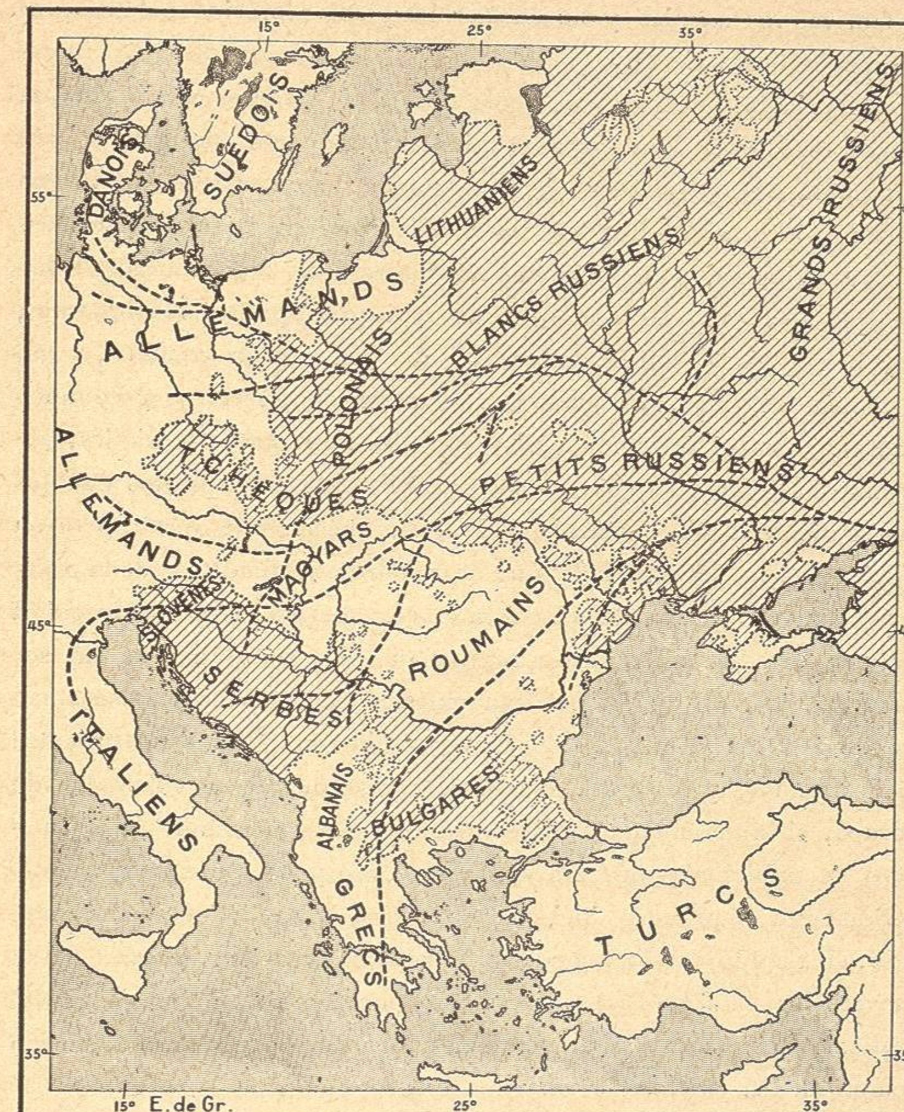
Pero ese oro, ese estaño y ese cobre, necesarios para la fabricación del bronce, no se hallaban en las llanuras de los Escitas: se

[1] H. M. Chadwick, *The Cult of Othin*, p. 42.
[2] *Historias*, libro I, § 215, 216.

lo procurarían de otros países. Los habitantes de las extensiones sármatas, por belicosos que les hubieren hecho las vanidades locales y las prácticas obligatorias de la venganza, se acomodarían indudablemente desde los tiempos más remotos á las necesidades del comercio, cuyos intermediarios tradicionales eran unas bandas de portadores, que constituían castas especiales, casi siempre despreciables, pero indispensables, que circulaban segura y libremente en todo tiempo por todos los caminos protegidos por la fe pública de todos, amigos y enemigos. Así es como los objetos preciosos necesarios á la industria se transmitían por las vías históricas de Asia, entre la China y el Occidente, el Cáucaso y las regiones del Norte. Había también vías comerciales que desembocaban en el litoral del Ponto Euxino, donde se habían instalado colonos griegos, rodeados de poblaciones medio helenizadas. El comercio del oro, sabido es por la expedición de los Argonautas, tenía uno de sus grandes mercados sobre la vertiente meridional del Cáucaso, en la Cólquide, la Georgia actual, y esa misma comarca poseía también yacimientos de estaño que suministraban á los artistas el elemento de mezcla necesario para la fabricación del bronce de arte (E. Chantre). En tiempo de Herodoto, los mercaderes procedentes de aquellas regiones caucásicas, lo mismo que los traficantes de Asia, llevaban sus metales á la ciudad de Olbia, situada en el curso inferior del Boristenes. Después otra ciudad griega, Panticapea, la moderna Kertch, en la costa meridional de la península de Tauride, heredó ese tráfico con los Asiates: por otra parte, los mercaderes no hacían probablemente más que una parte del camino; los objetos preciosos indispensables para los trabajos de lujo, acababan por llegar al Ponto Euxino de etapa en etapa, de mercado en mercado y por transmisión de numerosas caravanas.

A consecuencia de las mezclas y los cruzamientos, todos los Eslavos ó eslavizados de nuestros días, lo mismo que los otros habitantes, Finlandeses y Turcos de las grandes llanuras del Eur-Asia, podrían reivindicarse como antepasados suyos, no solamente las tribus guerreras cuyos montículos funerarios se alinean acá y acullá en el horizonte, sino también los antiguos pueblos mineros y comerciantes llamados Tchoudes, vocablo que, no teniendo hoy más significación

N.° 305. Camino de los Eslavos en Europa.



1: 20 000 000

0 500 1000 Kil.

Los territorios rayados son aquellos cuyas poblaciones actuales se sirven de una lengua eslava.

Las líneas de puntillado indican, según A. Lefevre, *Germains et Slaves*, la marcha general de los Eslavos, desde el siglo v antes de la era vulgar hasta el siglo VIII.

que la de «miserable» y de «malo», representa en la imaginación popular mucho menos una casta, una clase ó una nación particular

que una raza misteriosa de gnomos ó duendes que conocían el arte de fabricar los metales y de extraer las piedras preciosas de las profundidades de la tierra.

Al principio de la Edad Media no existía nombre común de raza que comprendiese las diversas naciones actualmente designadas con el nombre de «Eslavos», término que por lo demás es de origen desconocido; quizá se derive de la palabra *Slovo*, que tiene el sentido de «gloria», pero precisamente ocurre que los primeros Eslavos que llevaron ese nombre eran ante todo pacíficos labradores, muy benévolos y dulces, que practicaban la vida en común [1], y no pretendían en manera alguna la reputación de guerreros y conquistadores. Con el transcurso del tiempo, por extensión patriótica, ese término acabó por significar «fama», «ilustre», porque los pueblos gustan siempre de modificar el lenguaje haciéndole servir para su propia gloria. Es probable que la verdadera etimología de la palabra «Eslavos» sea la de «Palabra», «Lenguaje», expresando así el conjunto de los individuos que hablan de modo que puedan ser comprendidos. Después, por una extraña ironía del azar, ese nombre de Eslavos (Eslavon, Schiavoni, Esclavones) llegó á ser entre los Venecianos y después entre todos los pueblos occidentales de Europa, el sinónimo de cautivos, «esclavos», tan grande fué el número de prisioneros que los conquistadores y catequistas cristianos, Carlomagno el primero, hicieron entre esas tribus orientales durante todo el tiempo que permanecieron paganos y hasta después de su conversión. Es un hecho reconocido por los historiadores [2] que el cristianismo y la esclavitud, viniendo del Oeste, penetraron al mismo tiempo en los países eslavos.

Las tribus agrícolas de la Eslavia permanecieron mucho tiempo inconscientes de su parentesco. En sus exodos, no presentan cohesión alguna y se dirigen hacia diversos puntos de Europa. Así esos Vénetos que pasan los Alpes y cuya denominación se encuentra en la Venecia (Wenedig, Venezia) actual, son hermanos de aquellos Vénetos á quienes los Alemanes dieron el nombre de Wenden y que avanzaron á lo lejos en la Germania septentrional hasta el Elba y más al Sud hasta el Saale; hasta se comprueba la llegada de una de sus tribus al país de Luneburgo, entre Elba y Weser, y algunos nombres de ríos y de poblaciones nos los muestran en plena Franconia en el sitio donde se levanta la ciudad de Nurenberg. Las invasiones de los Eslavos siguen por la parte sud las de los Godos y otras naciones germánicas impulsadas hacia el Sud y hacia el Oeste; ocupan las regiones danubianas conocidas en nuestros días con el nombre de Alta Austria y llenan la mayor parte de la península de los Balkanes. Macedonia, Tracia y Tesalia se convierten en países eslavos; los invasores del Norte llegan hasta el Peloponeso y la Grecia entera toma el nombre de «Eslavia»: la nomenclatura geográfica de la comarca permite demostrar cuán grande fué la influencia de la lengua, muy aproximada al servio actual, que aportaron los extranjeros. Aunque digan lo contrario muchos escritores helenos, enorgullecidos por la gloria adquirida por sus antecesores de los grandes siglos, el cruzamiento de la raza eslava con la de los indígenas modificó singularmente los elementos étnicos de la antigua Grecia, pero los productos de la mezcla, sometidos á la poderosísima y siempre activa influencia del medio geográfico, han reconstituído gradualmente un tipo griego moderno muy aproximado del antiguo.

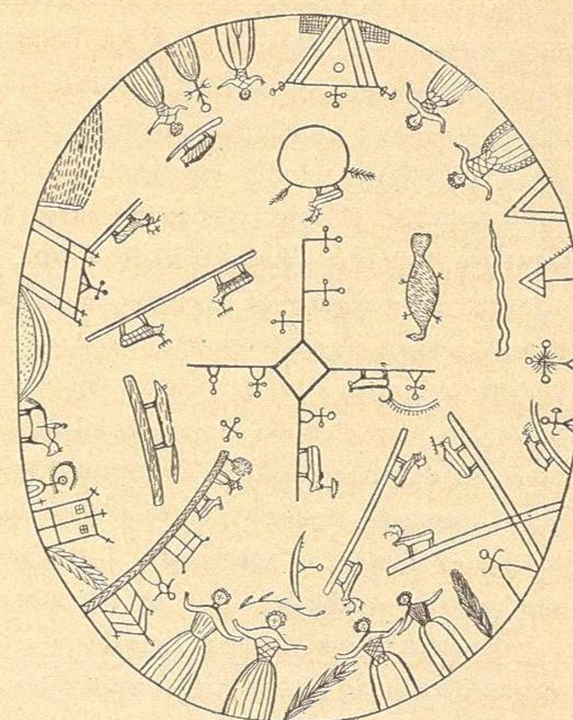
Aventurados en las llanuras bajas, sin fronteras naturales de defensa contra los pueblos germánicos circundantes, las tribus eslavas se hallaban en una posición naturalmente instable, y al cabo de mil años se han visto obligados á retroceder mucho: los Alemanes les han quitado la mayor parte del territorio que habían invadido. Sea por la conquista y la matanza, sea por lenta penetración y substitución de raza, de cultura y de influencia, han rechazado el elemento eslavo hacia las estepas originarias; pero precisamente en el centro natural de Europa y del mundo germánico, los Tcheques y sus hermanos de raza, los Moravos, se han mantenido firmes, debido á que en ese punto el gran cuadrilátero de la Bohemia, ocupado en otros tiempos por los Celtas boios, constituye una verdadera ciudadela dispuesta por la Naturaleza en formas notablemente geométricas. La alta cuenca del Elba y de su rama principal la Vltava ó Moldau, no se abre más que por un largo y tortuoso des-

[1] Palaky, *Geschichte von Böhmen;* Schaffarick, *Geschichte der Slawischen Sprachen;* L.-J. Hannusch, *Wissenschaft des Slawischen Mythus.*
[2] Schnitzler, Macciowsky, Schaffarick, Hannusch.

filadero hacia las regiones germánicas del exterior; sobre tres de sus caras, al Sudoeste, al Noroeste y al Noreste está muy claramente indicado el país por unas murallas de montes que, antes de la construcción de los caminos, fueron doblemente obstáculos, á la vez por sus bosques y sus precipicios y por la falta de poblaciones que despojar. El cuarto lado del cuadrilátero de Bohemia, el del Sudeste, presenta también una serie de cumbres y de asperezas que forman una línea de división entre los afluentes del Elba y los del Danubio; pero esta sucesión de alturas, donde unas minas desde hace mucho tiempo explotadas han atraído numerosos obreros, era mucho más fácil de atravesar que las otras fases del losange y permitía las comunicaciones entre los campos de la cavidad bohemia y las comarcas orientales de donde procedían los inmigrantes tcheques; sin embargo, la profunda depresión que se abre del Sud al Norte por el valle del Morava (*March* en alemán), entre las llanuras del Danubio y la alta cuenca del Oder, facilita mucho de una parte y de otra la presión de las poblaciones germánicas, y, de ese lado, el territorio de los Eslavos se halla reducido á un estrecho pedúnculo.

Los pueblos de origen finlandés, que, después de los Eslavos, tenían mucha preponderancia numérica entre los habitantes de las llanuras de la Europa oriental, se hallaron naturalmente envueltos en el movimiento de emigración con su vanguardia germánica y eslavona. Pero suele suceder que los emigrantes se entremezclan y se entrecivilizan por efecto de los choques y de los remolinos; las lenguas y hasta los recuerdos de la raza primitiva cambiaron durante el viaje. Un resultado de esa especie, claramente caracterizado, se halla entre los Búlgaros: estos habitantes de la antigua Mœsia eran indudablemente de origen ugrio, como los Hunos, y su lengua primitiva debía parecerse á la de los Samoyedos, sus parientes rechazados hacia las orillas del Océano glacial. Cuando aparecen por primera vez en la historia están acampados sobre las riberas del Volga, al que deben su nombre — á menos que el río haya recibido de ellos su denominación —, y su capital, situada por bajo del confluente del Kama, es uno de los mayores centros de tráfico en todo el mundo oriental. Su carrera de conquistas, de destrucción, luego de derrotas, de desastres y de vueltas ofensivas, es una de las más

espantosas que refieren los terribles anales de las emigraciones guerreras, y durante esas guerras se mezclan y remezclan con todos los restos étnicos de los pueblos vencidos, en las campiñas asoladas y sobre los campos de batalla. Su nombre, pronunciado con horror, es uno de aquellos que, en el lenguaje de los pueblos occidentales, ha llegado á ser una de las expresiones más mal sonantes, y, hasta en el Brasil lejano, los Indios Bugres, que fueron durante mucho tiempo el terror de los colonos portugueses, son todavía designados con la denominación del pueblo ugrio. Atravesando por primera vez el Danubio en 498, los Búlgaros fueron durante más de cuatro siglos un peligro constante para el imperio de Oriente; en 814 llegaron hasta los muros de Constantinopla; un siglo después, Basilio II el Armenio recibió el título de «Matador de Búlgaros», bien justificado por sus atroces matanzas. Pero, á pesar de todo, los Búlgaros, ya cristianizados, se sostuvieron al sud del Danubio, aunque de tal manera mezclados á otros invasores, que su origen ugrio ha desaparecido: se han convertido en Eslavos por la lengua y las costumbres, como sus vecinos los Servios y los Rusos.



TAMBOR SOBRE EL CUAL INTERROGAN LA SUERTE LOS LAPONES

Otras poblaciones de origen finlandés, que también habían penetrado en las llanuras de la Europa oriental, han permanecido, si no puras, al menos con una coherencia nacional suficiente para llegar claramente distintas hasta nuestros días, conservando sus idiomas, lo mismo que una parte característica de sus antiguas costumbres.

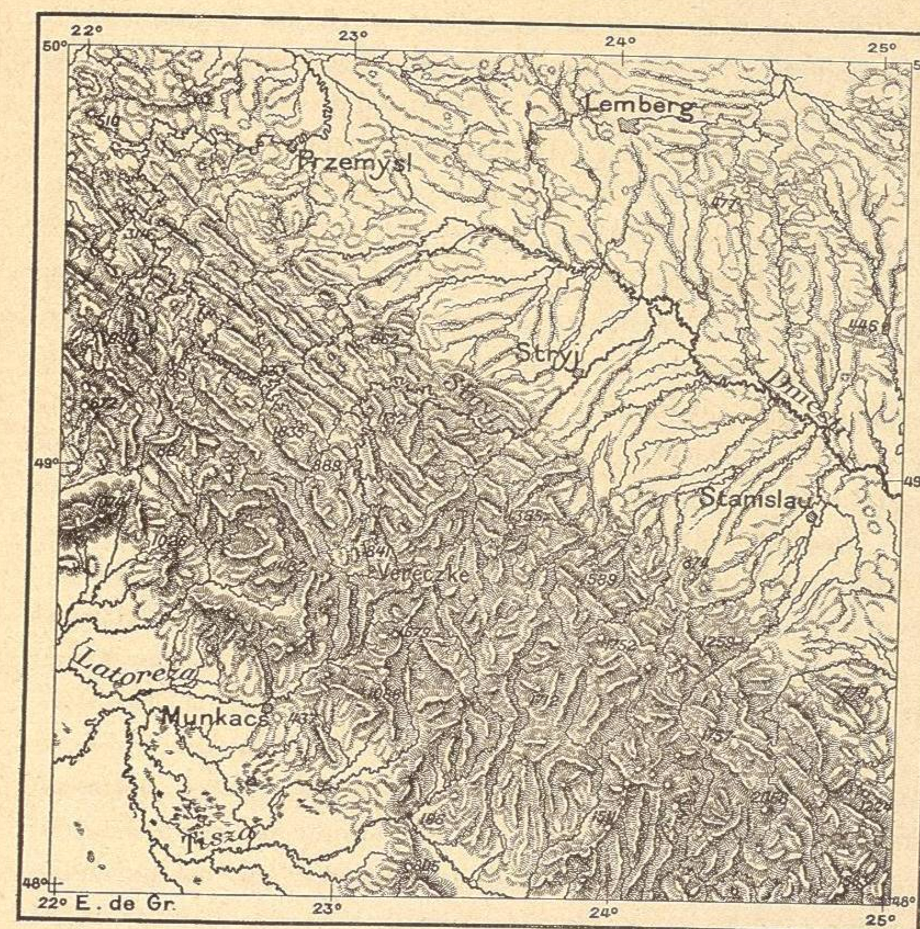
Entre esos Finlandeses, los Sams ó Lapones ocupan un lugar completamente especial por efecto de las condiciones geográficas á que han sido sometidos, después del empuje hacia el Norte que han sufrido por los dos lados del golfo de Botnia, en Finlandia y en Suecia; en las comarcas en que la agricultura sólo es posible en escasos sitios bien abrigados, el hombre no tiene más recurso que el pescado y la sangre, la carne ó la leche de los renos: se ve, pues, forzado á la vida nómada, con tanto más motivo que el liquen, principal alimento de su animal doméstico, no rebrota bien sino una decena de años después de haber sido ramoneado. En los distritos del interior, donde las familias carecen del alimento suficiente que suministra el mar, y donde el suelo no puede cultivarse, la alimentación habitual durante el invierno se compone de una hierba amarga, de musgo y de cortezas de árboles; á veces se añade una tierra farinácea formada en gran parte de laminillas de mica [1]. Según Düben, la lengua de los Lapones contiene 41 palabras para designar nieve, 20 para el hielo y 26 para el hielo y el deshielo [2]. Comer, vivir, tal debía ser la única preocupación de esos hombres del Norte, y los espacios desiertos eran demasiado extensos en su rededor, los mares demasiado solitarios y demasiado helados para que pudiesen recurrir al pillaje, como los normandos, sus vecinos del Sud.

Muchas tribus llamadas actualmente «alófilas» á causa de su evidente diversidad de origen, comparadas con los Eslavos de Rusia, los Bachkir, los Ostiak y los Vogoul, los Mordvin, Tcheremiss y Tchouvack, Sirian, Votiak y otros, tenían muy poca cohesión étnica, y su estado semi-nómada daba á sus territorios contornos demasiado flotantes para que pudiesen constituir nacionalidades conscientes en la historia europea; pero aquellas tribus que se establecieron en las costas del Báltico, Ehstes y Lives, Karelianos y Finlandeses pudieron al menos fundarse una patria bien determinada. Ya con el nombre de Biarmianos, cuando situados más al Oriente, habitaban la Biarmia ó comarca de Perm, esos Finlandeses habían adquirido gran importancia como intermediarios de comercio entre Europa y Asia, y la aumentaron llegando á las costas de un mar que les ponía en

[1] C. Schmidt, *Bull. de l'Acad. des Sciences de Pétersbourg*, vol. XVI, 1871.
[2] Gust. von Düben, *Lappland och Lapparne*.

comunicación aunque indirectamente con los países de la Europa occidental. Hasta habían penetrado en Escandinavia, donde se hallaron en contacto con los Normandos, pero carecían de fuerza para luchar con tales enemigos, y éstos les rechazaron fuera de la península al

N.º 306. Puerta de los Magyares



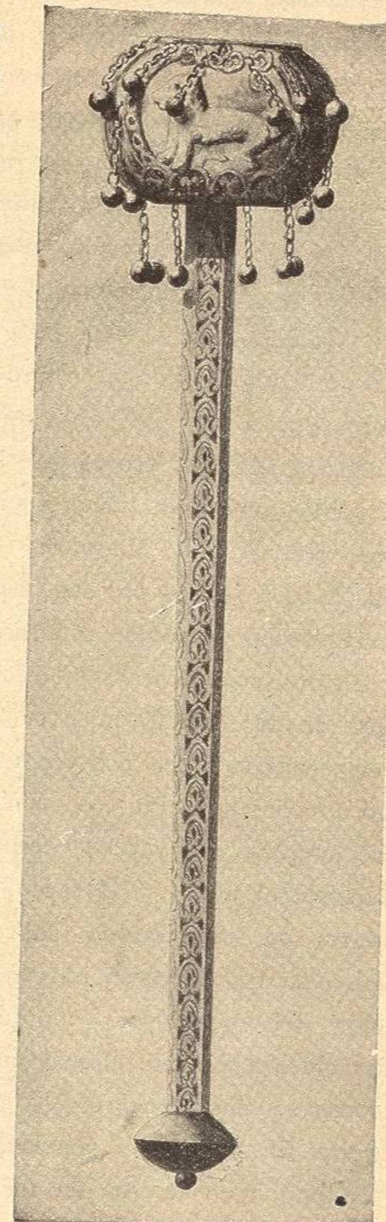
«País de los Pantanos», el Fenn-land, cuyo nombre llevan todavía. Una de sus tribus, la de los Qväner, establecida sobre la orilla oriental del golfo de Botnia, debió á su denominación, que tiene el sentido de «Mujeres» en sueco, pasar por una nación de Amazonas, y, como tal, su fama fué llevada al cabo del Mundo Antiguo por los

navegantes árabes. En cuanto á los Finlandeses, el hecho mismo de su diferencia de rostro, de lenguaje y de costumbres con los Eslavos, los Escandinavos y los Germanos bastaba para que se viese en ellos terribles brujos.

En el centro de Europa, los Ugrios y los Turcos, siguiendo la huella de los Godos, avanzaron más que los Finlandeses en la dirección del Oeste, acabando por ocupar casi por completo el inmenso anfiteatro de los Cárpatos, que en otro tiempo llenaba el mar interior formado por el confluente del Danubio y del Tisza. Allí se habían acantonado, gracias á la llanura del Alföld, que les recordaba los «mares de hierbas» de Mongolia, y que rodean montes ondulados y nevados como el Sayan y el Altai. Los Hunos hicieron de él el centro de sus expediciones de rapiña; los Avares poseyeron también, entre el Danubio y el Tisza, la ciudadela circular de séptuplo recinto amurallado, en la que habían acumulado todo el botín de durante tres siglos de saqueo á través del mundo griego y romano. Después de haber sido rechazados por completo los Avares, que hasta pierden su nombre para refundirse con Eslavos ó Búlgaros, otros pueblos, venidos primitivamente de Asia, penetran también en la gran llanura de entre-Cárpatos; son los Magyares, que siguen á los Petchenegues, después á los Kumanes, los Palocres, los Jazyges, y que se entremezclan con todos ellos lo mismo que con los Khazar, los Avares y los Eslavos que hallan en la comarca.

Los Magyares recuerdan el pasaje de los Cárpatos por donde entraron en la llanura que ocupaban hacía más de diez siglos. Al nordeste de la gran curva de los montes, allí donde el valle del Stryi, afluente del Dniestr, se aproxima al Latoreza, uno de los ramales superiores del Tisza, se abre el collado de Vereczke, cuya arista más alta, dominada por cumbres que la exceden en 300 metros de elevación, alcanza la altura de 841 metros, y su escalo es fácil. Tal fué la puerta de entrada, «el camino de los Magyares», como le denomina todavía la población de las inmediaciones. Allí fué donde el pueblo húngaro, perseguido por los Petchenegues, y con la complicidad de Arnulf de Carinthia, vencedor de los Normandos, construyó sus principales trincheras de defensa: la ciudad de Munkacs, que guarda los desfiladeros del lado del Sud, hubo de velar como cen-

tinela hasta el siglo próximo pasado para impedir el paso á los ejércitos enemigos, alemanes, eslavos y ugrios, por la misma abertura; pero muchos refugiados, y entre ellos esos mismos Petchenegues que perseguían á los Magyares en 898, se presentaron allí á pedir buena acogida á los Húngaros, en lo sucesivo dueños incontestados de la gran llanura.



Según G. Bock.

CETRO DE LOS REYES DE HUNGRÍA

Siendo todavía paganos á su llegada al país conquistado bajo el mando de Arpad, los Húngaros se lanzaron contra el mundo cristiano con el mismo furor que sus antepasados los Hunos y los Avares: atravesaron como destructores toda la Alemania del Sud y penetraron por un lado hasta Italia y por otro hasta Francia; pero habiendo sido rota su fuerza por los emperadores de Alemania en dos grandes encuentros, se vieron obligados á encerrarse en su extenso circo de montañas y adoptar la religión de los pueblos occidentales; en 1001, un siglo después de la invasión, su rey recibió de la propia mano del papa la corona que desde aquella época conserva el nombre de «San Esteban». Los Húngaros, batalladores siempre, volvieron desde entonces sus instintos de lucha contra los pueblos orientales que permanecían paganos ó se habían convertido al Islam. Convirtiéronse, pues, por el lado de Oriente, en los campeones avanzados de la Europa cristiana: no les convenía en modo alguno la vida del labrador pacífico. Los Húngaros permanecieron semi-nómadas durante siglos, yendo de un

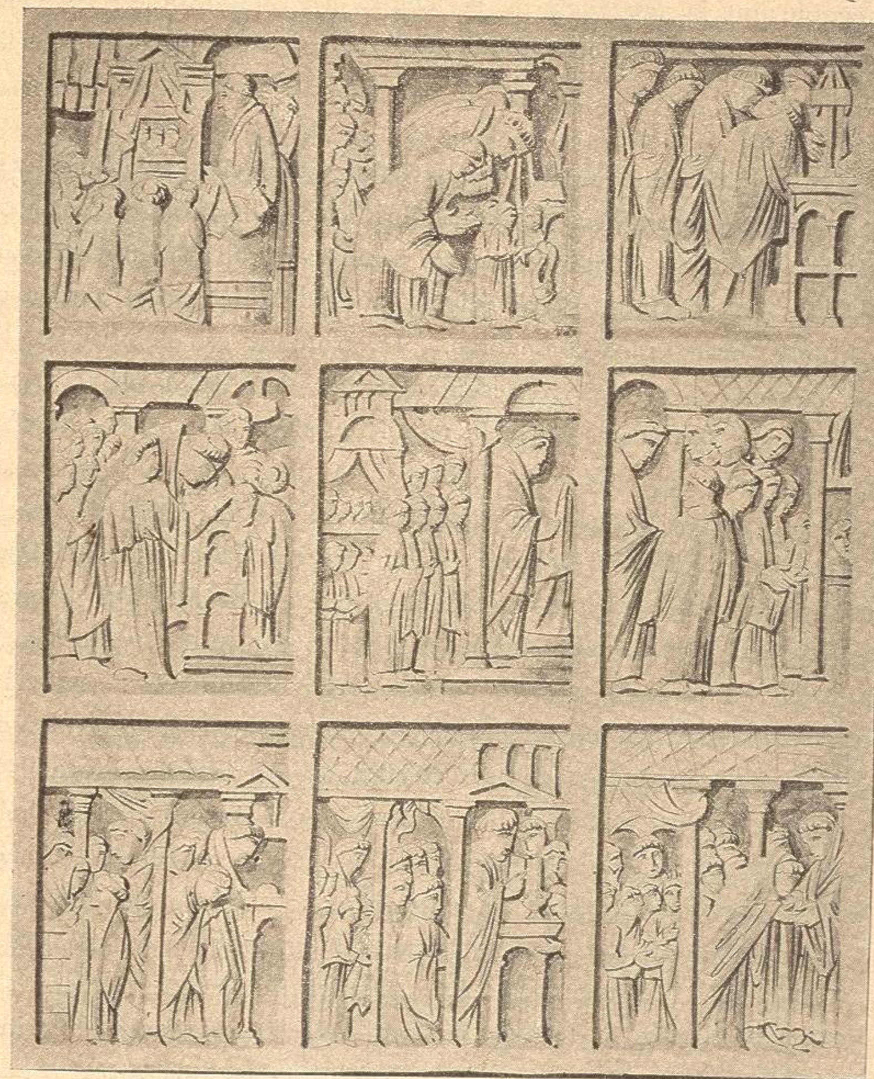
campo á otro después del agotamiento del suelo, dispuestos á dirigirse á comarcas lejanas para el saqueo y la conquista. La nación se consideraba como un ejército en marcha, bajo el mando, no de un «rey de Hungría», sino de un «rey de los Húngaros».

Por lo demás, es cierto que la palabra *orszàg*, tomada ahora en el sentido de «país» [1], se deriva del término *ùrsàg*, que significa «séquito» ó «cortejo». La expresión empleada por los compañeros del jefe de guerra acabó por ser aplicada al lugar de residencia convertido en permanente [2].

Guiados por su viva imaginación, los Húngaros hacen remontar su genealogía hasta el rey de los Hunos, el formidable Atila; sin embargo, es muy probable que, entre sus antepasados, tengan mayor participación los Avares que los Hunos, puesto que los primeros les precedieron inmediatamente en la gran llanura donde residieron mucho más tiempo. Los Magyares son evidentemente un pueblo muy mezclado, y, á juzgar por sus rasgos y su fisonomía, sólo de una manera excepcional presentan reminiscencias mongoloides: se ven entre ellos los tipos más diversos, ofreciendo, no obstante, el parecido común que da un aspecto muy suelto, muy desprendido y frecuentemente muy caballeresco. La lengua atestigua también el remolino caótico en que se han unido los elementos constituyentes de la nación actual. El lenguaje magyar se compone esencialmente de dos idiomas principales, el ugrio y el turco, pero en una combinación tal, que el ugrio ha suministrado sobre todo la construcción de las frases, mientras que el turco ha participado en mayor parte en la constitución del vocabulario, aunque quizá no sea lícito sacar de ello la conclusión de que el magyar sea por eso mismo una lengua ugria como se clasifica el inglés, á causa de su sintaxis, entre los idiomas germánicos. La ley general, según la cual la gramática se transmite de lengua en lengua en forma de una herencia intacta, y esa otra ley que atribuye al lenguaje más antiguo los términos relativos á las cosas de la vida primitiva, no tienen un valor absoluto. Así, en el magyar, la gramática presenta formas turcas al lado de las formas ugrias más numerosas, y, por otra parte, hay términos esenciales

[1] *Magyar orszàg*, «país de los Húngaros» ó «Hungría».
[2] Bernhard Munkaczi, *Ethnographia;* Karl Taganyi, *Ungarische Revue*, 1895, I, II, p. 126.

de origen ugrio que se colocan al lado de los vocablos turcos. Las palabras que designan el ojo, la boca, la oreja, la lengua, el diente, el paladar, la mano, el corazón, la sangre, la médula, son



SACRAMENTARIO DE DROGÓN, HERMANO DE CARLOMAGNO (DE MARFIL)

ugrias, en tanto que las relativas al brazo, á la rodilla, á la espalda, al vientre, á la nariz, al cuello, al ombligo, á la barba y al bigote son de origen turco. ¿Se deduciría de esto que los Magyares de descendencia ugria y los de procedencia turca habían

venido al mundo privados de los órganos que no se hallan en sus vocabularios respectivos? Los Eslavos han contribuído también en gran parte al enriquecimiento de la lengua magyar y aun á su transformación, substituyendo vocablos nuevos á palabras antiguas. Es innegable que la amalgama de la lengua magyar indica una extrema variedad de orígenes correspondiente á una extraordinaria mezcla de razas [1].

En la época en que los Húngaros se establecían definitivamente en la Europa central, sus parientes, los Turcos de pura raza, estaban todavía en marcha hacia el imperio bizantino, que acabaron por conquistar. Los Turcos ó Tou-Kioue, que se titulaban los «hijos de la Loba», eran rudos compadres. La tribu de ese nombre, en la que Deguignes ve los représentantes por excelencia de la raza, comenzó sus conquistas hacia la mitad del siglo VI, y en pocos años se hizo dueña de toda Asia, desde la Corea hasta el Turkestán. Doscientos años después ese imperio no existía ya: había sido reemplazado por el de los Ouigour (Vigur), otros Turcos más civilizados, gracias á los misioneros nestorianos. En esas inmensas comarcas sin fronteras, los Estados fundados por los conquistadores nómadas aparecen en diversos puntos con contornos cambiables, engrosándose repentinamente en proporciones desmesuradas, fragmentándose después y dispersándose al azar como nubes en el firmamento. Por lo demás, el lazo feudal que unía los jefes á su gran khan había de ser muy poco sólido á juzgar por las ceremonias de instauración real, tal como las refiere un autor chino: «Cuando su jefe acaba de ser nombrado, sus grandes oficiales le transportan en una litera, y en un día le hacen dar nueve paseos circulares... Después le toman bajo el brazo y le hacen montar á caballo; entonces le oprimen el cuello con una tira de seda, sin llegar á estrangularle; en seguida le aflojan el lazo y le preguntan rápidamente: «¿Durante cuánto tiempo seréis nuestro khan?» El rey, que se halla perturbado, responde al azar, y los súbditos interpretan á capricho su respuesta» [2]. El khan, á manera de oráculo, refería misteriosamente su historia futura.

[1] Arminius Vàmbéry, *Ungarische Revue*, Mayo y Julio 1894, ps. 247, 248.
[2] G. de Saint-Yves, *Revue Scientifique*, 10 Febrero 1900.

Los Ugrios, que tuvieron una importancia étnica considerable en el Asia central, en una época en que el espléndido anfiteatro del valle de Tarim, en nuestros días casi desierto, era mucho más populoso y ocupado por grandes ciudades que duermen actualmente bajo las arenas áridas, no parecen haber participado en el movimiento de exodo en la dirección de Occidente: en posesión de un territorio claramente limitado por tres lados, al Sud, al Oeste y al Norte, podían desarrollar en paz la civilización propia de su medio entre las de la China y de la Bactriana. Unos viajeros budhistas, cuyos nombres nos han sido conservados por los anales chinos, recorrían á la sazón aquella comarca de maravillosos horizontes, no menos bella que el Piamonte ó la Lombardía, y discutían los principios de su fe con los nestorianos, los mazdeanos y los musulsamanes del país. Hacia el año mil, la nación de los Ugrios era muy apreciada por su conocimiento de las letras y de las artes [1]; pero si es verdad, como creen la mayor parte de los geógrafos por el examen del suelo, que las nieves hayan disminuído sobre las montañas del contorno, que los torrentes se hayan agotado gradualmente y que el extenso «Mediterráneo» de los Ugrios se haya ido empequeñeciendo poco á poco en forma de pantanos, desplazados de un lado y de otro por la acción del viento, el número de habitantes hubo de reducirse en proporción; los focos de cultura se hicieron cada vez más espaciados y, por último, el grupo étnico llegó á carecer de la cohesión necesaria para resistir á la presión de los Mongoles de Oriente. Al menos durante el curso de su civilización especial, los Ugrios fueron los intermediarios naturales de Europa y de Asia, y, gracias á su mediación, los viajeros árabes aprendieron á conocer los caminos que, después de haber franqueado la gran arista del Pamir, convergen al recodo de Lantcheu, sobre el Río Amarillo, y desde allí van á la Flor del Medio.

Pero otros Turcos, llegados por emigraciones anteriores á la vertiente occidental de los montes Celestes, en la comarca que de su nombre fué denominada durante mucho tiempo Turkestán, tenían el espacio libremente abierto ante sí en la dirección del Occidente,

[1] A. Vàmbéry, *Uigurische Sprachmonumente*.

y se sentían atraídos por la civilización de los Arabes, como los Normandos lo habían sido por la de los cristianos. Era la horda de Seldjuk, los Seldjoucidas, que, convertidos al Islam, no el que profesaban sus vecinos, los Persas chiitas, sino la religión ortodoxa de la Meca, no dejaron de hacer la guerra á sus hermanos en la fe. En 1040 los Turcos llegaron á la meseta de Irán por la abertura de Herat y rechazaron hacia el Oeste la dinastía de los Ghaznavidas, cuyo representante más ilustre, el sultán Mahmud, acababa de morir (1033) después de haber introducido en la India hasta las orillas del Ganges la religión del profeta. En 1048, los Seldjoucidas chocaron en Armenia con los Griegos y los rechazaron; en 1055, Toghril, nieto de Seldjuk, entró en Bagdad y trató con el kalifa, sucesor de Mahoma, casi como en la misma época obraban los Tancredo con el sucesor de San Pedro[1]. Jerusalén, Damasco y la Anatolia (1087) se sometieron á los Turcos, y ante ese imperio formidable, defendido por guerreros á quienes se había infundido una sangre nueva, se presentaron los cristianos para conquistar los Santos Lugares. Melick-chah (1073-1092) se hizo obedecer de Kachgar en Nicea y desde el Caspio hasta la Arabia Feliz. Ispahan había llegado á ser la capital de un Estado mucho más considerable que el de Constantinopla.

A juzgar por las inscripciones de los monumentos construídos por los sultanes seldjoucidas, éstos eran amos temibles. Sobre la puerta de un *han* ó caravanserail, el viajero von Luschan ha descifrado estas palabras: «Yo he dado orden de construir este han bendito, yo el sultán sublime, el alto rey de los reyes, que sujeta los pueblos por el cuello...»[2]. Esos insolentes dominadores eran muy aficionados á las pompas y á las fiestas y llevaban tras de sí sabios, letrados, poetas y cantantes, escultores y arquitectos: Ugrios, Iranios y Sirios famosos en su país se reunían alrededor de los sultanes. Los numerosos edificios que han dejado en el Asia Menor, desde el siglo XI al XIII, atestiguan una bella mezcla de los estilos de Bizancio y de Persia. Escuelas, universidades, mezquitas y sobre todo caravanserails se elevaban en todas las ciudades y sobre

[1] Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, Achter Theil, p. 32.
[2] *Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, 1897, n.° II, p. 357.

los caminos más frecuentados. Algunos de esos han, de soberbias bóvedas, de torres angulares almenadas, con inmensos patios, pueden albergar á la vez todo un ejército y miles de camellos y caballos (Fr. Sarre).

Con esos Turcos Seldjoucidas se mezclaban otros pueblos musulmanes que, con los Arabes, se agolpaban sobre las costas del Mediterráneo oriental, dispuestos á la lucha contra los cristianos de Bizancio y de Roma. Durante dos siglos los dos mundos, el Occidente y el Oriente, iban á chocar, ¡en apariencia por la posesión de una tumba!





CABALLEROS Y CRUZADOS

Noticia histórica

Desde el año 1000 al 1250 las listas clásicas enumeran más de cuarenta papas, que ejercieron el pontificado durante un término medio de seis á siete años, y una veintena de anti-papas. Tuvieron principal participación en las luchas de que se trata en estas páginas: Alejandro II, milanés, de 1061 á 1073; Gregorio VII (Hildebrando), toscano, de 1073 á 1086; Víctor III, de Benevento; Urbano II, de Chatillon-sur-Marne, de 1088 á 1099; Pascual III, toscano, de 1099 á 1118; luego Inocente II, de 1130 á 1143; Eugenio III, de 1145 á 1153; Adriano IV (Breakspeare), de 1154 á 1159; Alejandro III, etc.

Estableciendo un poco de orden sobre las ruinas acumuladas por los Normandos, la familia capetiana había conquistado el trono de Francia, y tuvo al principio una existencia relativamente pacífica; los monarcas se suceden en línea recta y la duración de su reinado casi corresponde á la de una generación: Hugo Capeto, de 987 á 996; Roberto, llamado el Piadoso, nacido en 970, reinó de 996 á á 1031, excomulgado de 998 á 1001; Enrique I, de 1031 á 1060; Felipe I, de 1060 á 1108, excomulgado de 1094 á 1104; Luis VI, de 1108 á 1137; Luis VII, de 1137 á 1180; Felipe II (Augusto), de 1180 á 1223, excomulgado de 1199 á 1201; Luis VIII y Luis IX, llamado San Luis, de 1226 á 1270.

Durante el mismo espacio de tiempo, las sucesiones al trono alemán son más complicadas. Otón I, llamado el Grande, segundo rey de la familia sajona, se apodera del reino lombardo y, haciéndose consagrar en Roma, instaura el Santo Imperio germánico en 962;

otros dos Otón y Enrique II pertenecen á la misma estirpe. Conrado II, que anexionó el reino de Arles á sus dominios, y sucesivamente tres Enriques forman la familia franconiana. El segundo de éstos, Enrique IV, nacido en Goslar en 1050, rey á los seis años de edad, fué excomulgado en 1076, á consecuencia de la disputa relativa á la investidura de los obispos; se humilló el año siguiente en Canosa ante Gregorio VII; la lucha comenzó, no obstante, de nuevo, hasta que fué consagrado emperador por un anti-papa en 1084; pero habiéndosele rebelado sus hijos, se retiró á Lieja y murió en 1106. Enrique V, su hijo y sucesor, de 1106 á 1125, luchó también, pero tuvo, finalmente, que ceder.

Después Lotario II (1125-1138), soberano de la casa de Sajonia, los príncipes de Suabia, los Hohenstauffen, de quienes se tratará más particularmente en el capítulo siguiente, llegaron al trono.

En Constantinopla reinaron durante el siglo XI una veintena de príncipes de diversas familias, pero los Comneno dominaron finalmente. Alejo I, de 1081 á 1118, recibió los caballeros de la primera cruzada; Juan, de 1110 á 1143, y Manuel, de 1143 á 1180, le sucedieron; después comenzaron de nuevo las rivalidades. En 1204, la cuarta cruzada redujo los emperadores de Oriente á la posesión del reino de Nicea, mientras que Baudouin de Flandes, Enrique de Hainaut, Pedro y Roberto de Courtenay, y por último, Baudouin II, reinaron en Bizancio, pero Miguel Paleólogo, 1260-1282, recobró la antigua capital en 1261.

En Inglaterra, Guillermo el Conquistador, muerto en 1081, tuvo por sucesores dos de sus hijos, Guillermo el Rojo y Enrique I. Después de un Esteban de Blois, 1135-1154, reinaron los Plantagenets: Enrique II, de 1154 á 1189; Ricardo Corazón de León, de 1189 á 1199; Juan sin Tierra, de 1199 á 1216; Enrique III, de 1216 á 1272, etc.

Los hijos de Tancredo de Hauteville llegaron á la Italia meridional en 1038; Roberto, llamado Guiscard, fué duque de Pouilles y de Calabria y se mezcló en las luchas sostenidas por Gregorio VII; excomulgado por él en 1074, se sometió; después le libertó del poder de Enrique IV, que le tenía sitiado en Roma, pero le retuvo él mismo preso, y como tal murió el gran papa en 1085, en Salerno.

Un hermano más joven, Roger, el gran conde, de 1040 á 1101, rehizo la conquista de Sicilia; Roger II, hijo del anterior, de 1093 á 1154, reunió las dos Sicilias en una sola potencia.

He aquí los nombres de algunos personajes notables:

Berenger de Tours, heresiarca	998 — 1088
Pedro el Ermitaño, de Amiens, fraile predicador	1050 — 1115
Hassan-Ibn-Sabbah, Viejo de la Montaña	1056 — 1124
Abelardo, filósofo y teólogo, nacido en Nantes	1079 — 1142
Suger, ministro de Luis VI, nacido en Saint-Denis	1081 — 1151
Ana Comneno, hija de Alejo I, escritora	1082 — 1148
Eloísa, abadesa del Paracleto, nacida en París	1101 — 1164
San Bernardo, abad de Clairvaux, nacido en Dijón	1091 — 1152
Pedro el Venerable, abad de Cluny, nacido en Auvernia	1091 — 1156
Arnaldo de Brescia, heresiarca y revolucionario	1100 — 1155
Pedro de Brueys, heresiarca	1080? — 1120
Arrigo, heresiarca lombardo	1088? — 1148?





CABALLEROS Y CRUZADOS

La reivindicación del pobre contra el rico, del esclavo contra el amo es eterna, pero se pasan siglos antes que la compensación se cumpla.

CAPÍTULO VI

Año mil. — Gran cisma. — Papas, obispos y soberanos.
Poderes espiritual y temporal. — Monaquismo de Occidente.
Caballería y servidumbre. — Peregrinaciones.
Causas de las cruzadas. — Exodos y choques
Francia, hija primogénita de la Iglesia. — Templarios y asesinos.
Cluny y Citeaux. — Valdenses y Katharos.
Arnaldo de Brescia. — Suerte de Irlanda. — San Luis.

Ansiosos siempre de dominación, los sacerdotes, que en el presente han de luchar por la conservación de su poder actual, se forjan ilusiones felices acerca de la época de la Edad Media, complaciéndose en creer que durante ese período de su mayor potencia las mismas almas les pertenecían por completo, que la sociedad toda entera estaba «tocada de la gracia» y se prosternaba en las iglesias con todo el fervor de una fe sincera.

Por otra parte, era tanto más fácil engañarse acerca de esta creencia, cuanto que los historiógrafos del pasado fueron casi todos sacerdotes; gentes de religión son quienes vienen escribiendo los anales hace cerca de mil años, y han defendido su propia causa exponiendo los hechos en su honor y beneficio. Además, los mismos enemigos del catolicismo se suelen entregar á esa ilusión, que les permite más fácilmente presentar el contraste de un período de tinieblas, con el de la luz que inaugura la emancipación del pensamiento. Pero católicos y librepensadores se engañan por igual. El hecho es que el ardor religioso y la vida mística constituyen siempre excepciones en una sociedad, y que en la gran mayoría de los hombres la existencia se emplea en satisfacer las necesidades inmediatas, esenciales al organismo. Casi todos los individuos se dejan vivir naturalmente sin buscar el por qué ni el cómo de su aparición en el mundo: su fe, cuando la profesan, no es más que una acomodación á los hábitos corrientes, y así sucedió en la Edad Media, como en todas las épocas de la historia. Pero la ruptura súbita que se produjo con el Renacimiento de la Europa civilizada, «infatuada con sus estudios como un adolescente que acaba de aprender retórica» [1], desvió á los escritores, entusiastas de lo antiguo, de toda investigación seria sobre la Edad Media; y la tradición corriente, propagada por la Iglesia, se afirmó cada vez más. La vuelta de los historiadores hacia los recuerdos de aquellos tiempos sombríos no se hizo hasta el siglo XVIII, y las investigaciones profundas datan del siglo XIX. En la actualidad se halla el pueblo bajo la doble concha que los reyes y la Iglesia le han echado encima.

Una extraña leyenda, la del «año mil», contribuyó singularmente á fortificar la falsa idea de que las poblaciones de la Europa occidental estaban animadas de una fe profunda. Referían antes todos los historiadores que á la aproximación del año mil se creyó en la llegada del Antecristo y del Juicio final. Los enemigos se reconciliaban en todas partes, los traficantes cesaban de vender y comprar, los avaros de atesorar y los criminales de practicar sus fechorías. Los señores se precipitaban sobre los altares para hacer

[1] Raoul Rosières, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, p. 7.

donación de sus bienes á la Iglesia, es decir, para poner todo en las manos de Dios, con la esperanza de obtener de él la gracia y la vida eterna. Sin embargo, ningún documento de la época da el menor indicio que justifique esa leyenda: en los anales contemporáneos no se ven más que repeticiones usuales de los frailes sobre los pecados de los hombres y sobre las penas del infierno; las mismas lamentaciones se han venido repitiendo á través de los siglos, reproduciéndose aún bajo formas análogas: «¡Hermanos, velad, haced penitencia! ¡El mundo está próximo á su caída! ¡Orad, arrepentíos, se acerca el fin del Universo!» [1].

Hasta debe decirse que en la época precisa del año mil, la vida de las naciones europeas era relativamente más pacífica, menos insípida y no tan perturbada por presentimientos terribles como lo fué Francia un siglo antes, cuando la invasión de los Normandos, y como lo fué cuatro siglos después, durante la terrible guerra de cien años. Los acontecimientos, por el contrario, se desarrollaron en aquella época de una manera tan normal como durante todo el tiempo del feudalismo de la Edad Media, con acompañamiento de guerras, de saqueos y de incendios, y los anales no prueban en manera alguna que al acercarse el año mil fuesen más numerosos que antes los actos de donación de los señores. La leyenda, bajo la influencia de esa idea natural al hombre de localizar los grandes acontecimientos en un lugar, sobre un hombre ó en una fecha única, no tomó forma hasta el siglo XVI: se quería explicar el notabilísimo movimiento de arte religioso que se produjo antes y después de la época del año mil, tomada casi como término medio. Pero el verdadero vulgarizador de la leyenda fué Robertson, gracias á la alta autoridad histórica de su *Cuadro del Progreso de la Sociedad en Europa*, donde la ilusión del gran terror del Juicio final halló su forma definitiva [2].

En el siglo XI, cuando las invasiones árabes en las comarcas ribereñas del Mediterráneo comenzaban á sufrir el rechazo ofensivo de las cruzadas de Europa, la ruptura definitiva entre las dos Igle-

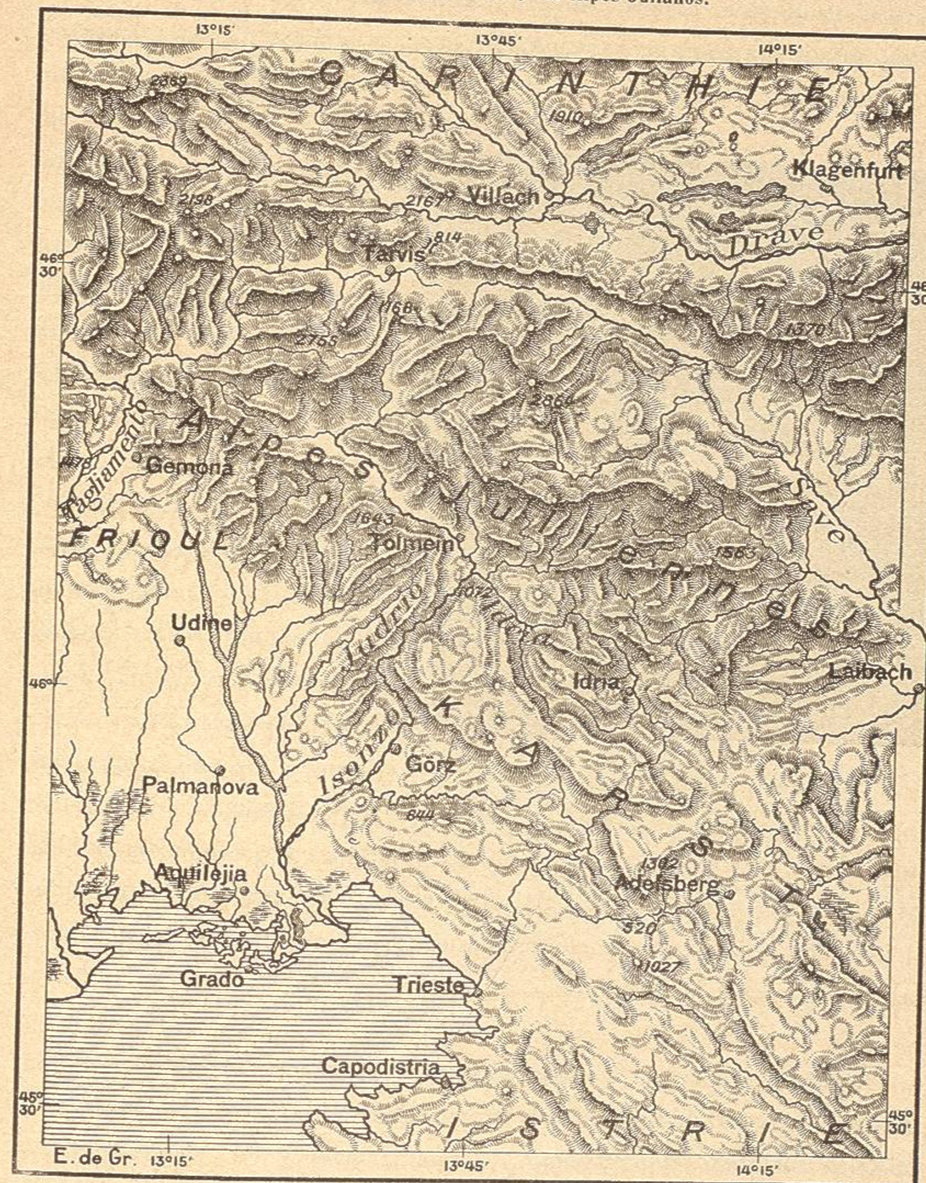
[1] *La Nobla Leyczon* de los Valdenses.
[2] Dom Plaine, *Revue des Questions historiques*, Enero 1873; Raoul Rosières, obra citada, ps. 135, 163.

sias cristianas de Oriente y Occidente estaba consumada. Ese movimiento, calificado en la historia de «gran cisma» por excelencia, tuvo por verdadera causa la rivalidad natural de las dos ciudades, Roma y Constantinopla, que fueron los centros de gravedad opuestos en el equilibrio del mundo mediterráneo: los puntos de atracción, los núcleos habían llegado á dividirse, la separación era, por consecuencia, necesaria entre las dos órbitas. En cuanto á las razones alegadas de una parte y de otra, realmente harto mezquinas para inspirar convicciones profundas, no eran más que miserables pretextos: el uso del pan ácimo, el de la leche, el número de los días de ayuno, el tenor y el orden de los cánticos, las inclinaciones ó genuflexiones observadas durante las fiestas, eran pequeñeces que no hubieran podido separar comunidades ardientemente unidas en un mismo impulso de fe. El hecho de conceder importancia á tales fruslerías, demuestra cuán grande era en el fondo la indiferencia general de los fieles: dejarse así dividir en dos rebaños, que quedan enemigos porque ya no se conocían, prueba que obedecían á intereses políticos y no á la convicción íntima. Por otra parte, mucho antes de haberse proclamado de una manera oficial, ya existía el cisma entre las dos iglesias. Hacia el fin del siglo V, menos de un centenar de años antes que se cumpliera el fenómeno de gemación entre los dos imperios, ya había comenzado la escisión: voluntades diversas, supervivencias diferentes, oposiciones de nacionalidades y de costumbres habían dado á las dos Iglesias una fisonomía distinta, independientemente de la contradicción de los dogmas. Lo que manifiesta la unión aparente más allá de su verdadera duración, fué el prestigio de Roma, la «ciudad» por excelencia; por lo demás, tenía la ventaja de ser en Occidente la única capital religiosa, con la única excepción de Aquileya, reemplazada en el siglo VI por Grado, que tenía también un patriarca, mientras que en Oriente, Constantinopla dividía el poder supremo con Alejandría, Antioquía y Jerusalén.

La reconstitución del imperio de Occidente con Carlomagno aumentó el contraste de las condiciones políticas y religiosas entre las dos mitades de Europa: los intereses del papado le obligaron á volverse por completo hacia soberanos de origen bárbaro, que

reinaban en ciudades del norte brumoso, lejos de la Ciudad Eterna. El papa, — como se llamaba ya al obispo de Roma —, había exco-

N.º 307. Aquileya, Grado y los Alpes Julianos.



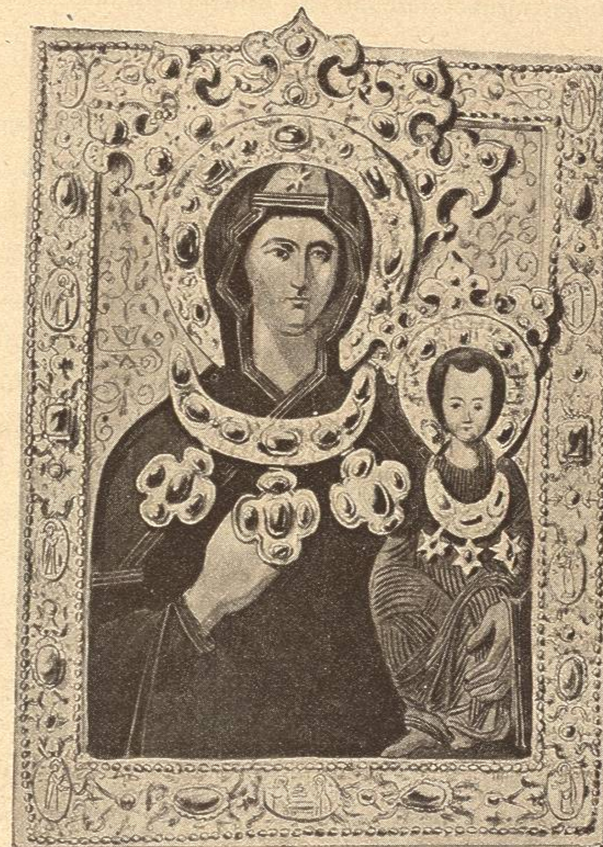
mulgado á Focio, patriarca de Constantinopla, por causa de insubordinación, y éste respondió, en 867, por una acusación detallada

en que reprochaba á la Iglesia de Occidente, no sólo prácticas contrarias á la tradición, sino también herejías. La desviación de las creencias y de los ritos se hallaba así definitivamente demostrada, pero la prudencia dominó mucho tiempo sobre los odios y los rencores, porque ninguna de las dos Iglesias cristianas no quería atraerse el reproche de haber roto la unidad católica, principio fundamental de la religión del Cristo; al fin, la cuestión de la «hostia ácima» ó pan sin levadura, que los cristianos orientales consideraban como una superstición judaica, hizo estallar como un trueno la desunión preparada hacía siglos, y de una parte y de otra se lanzaron anatemas. El cisma estaba consumado. Y el hecho ocurría en 1054, á la mitad del siglo XI, en la época en que la potencia papal estaba en pleno ascendente: la escisión de los dos cultos estaba ya tan bien establecida en las masas profundas del bajo clero y de los pueblos mismos, que el prestigio del pontífice de Roma en todo el mundo occidental no sufrió nada con la separación oficial.



ICÓN CATÓLICO ROMANO

Durante el curso de los siglos, los obispos de Roma habían aprovechado gradualmente la ventaja excepcional que les había valido la traslación del imperio á Constantinopla y el prolongado interregno vacante del trono de Occidente: eran los «primeros en Roma», y Roma era la primera de las ciudades, ganaban incesantemente en autoridad y en santidad cerca de los fieles de todos los reinos de Occidente. Por su parte habían sabido aprovechar las numerosas ocasiones fáciles para llegar á ser príncipes entre los príncipes. Desde los primeros siglos habían podido erigirse en grandes propietarios, pero sus territorios ó «patrimonios» no les pertenecían sino bajo la soberanía de los exarcas de Rávena y de los emperadores de Oriente. Amenazados en sus posesiones y privilegios por los reyes lombardos, invocaron el apoyo de Pepino el Breve, á quien ayudaron á hacerse rey, y quien, en pago, les aseguró la posesión de las «Marcas» entre Ancona y Rávena. El «poder temporal» de los papas quedó fundado y pronto se aumentó notablemente, gracias á Carlomagno, quien recibió la corona de manos de León III. Verdad es que éste quedó como simple vasallo, desde el punto de vista puramente terrenal, pero si consagraba los reyes y los emperadores, ¿no detentaba un poder divino que le colocaba sobre todos los hombres? Eso es lo que los papas afirmaron después: sobre este punto la doctrina de la Iglesia quedaba definitivamente establecida, con mayor motivo teniendo en cuenta que ella misma tuvo cuidado de formular claramente el pretendido derecho por una colección de decretales que se atribuían á los papas de los seis primeros siglos de la era cristiana. En ellas se creyó ó se fingió creer durante setecientos años, hasta que fueron demostradas falsas ó á lo menos falsificadas después de la Reforma.



Gabinete de las Medallas. De una fotografía.

ICÓN DE LA IGLESIA ORTODOXA GRIEGA

Sin embargo, los emperadores de Alemania, aunque coronados por los papas, les disputaban enérgicamente el poder. Tratábase entonces de un duelo á muerte entre dos amos que, lógicamente, por el mismo hecho de las doctrinas que uno y otro proclamaban, tenían igual derecho al poder absoluto y universal. El monarca que, el mismo día que subía al trono, tomaba en la mano izquierda el globo, símbolo del universo, y que con la mano derecha cogía el cetro, signo del mando, ¿no estaba claramente designado á los ojos de todos como el dominador único? Y, además, el que había plantado su cruz en la misma cima del globo, ¿no resultaba así como soberano del soberano? ¿No era implícitamente reconocido como el dispensador de las cosas de la tierra por aquel mismo á quien había dado el Imperio? Bien patente quedó durante la lucha, verdaderamente grandiosa por sus cuadros épicos, á que Hildebrando, el fraile fogoso llegado á papa bajo el nombre de Gregorio VII (1073-1085), hizo asistir el mundo. Elevado al trono de San Pedro, el pontífice empezó á dar órdenes á todos «de parte de Dios todopoderoso y por su autoridad». Hasta designó, aunque con mal éxito, aquel de quien quería hacer un emperador, el duque de Suabia, Rodolfo, ilustrado por ese verso ridículo y famoso: *Petra dedit Petro, Petrus diadema Rodolpho* [1]; pero si fracasó en esta tentativa, al menos se vengó sobre el emperador elegido, Enrique IV, cuando le hizo despojar de sus vestidos y permanecer descalzo en el patio helado de Canosa, ayunar durante tres días ante los criados burlones y después pedir gracia vestido de penitente. El poder del papado había de ser como el sol, iluminando con su luz propia, que es la de Dios, mientras que el poder del Estado es un simple reflejo de luna, un resplandor que desaparece en cuanto se oculta el astro central.

Es cierto que con Gregorio VII la institución del papado alcanzó su punto culminante. Siendo más rey que teólogo, Hildebrando se ocupó mucho menos de obtener el asentimiento de las conciencias que la sujeción de las voluntades. Ante todo los sacerdotes le debían una obediencia absoluta, y por consiguiente habían de desprenderse del mundo para pertenecer por completo á la Igle-

[1] La Iglesia dió la diadema á Pedro y éste á Rodolfo.

N.º 308. Posesiones de Gregorio VII.



1: 10 000 000

0 100 250 500 Kil.

La parte de Italia cubierta de un rayado representa los Estados de la Iglesia en la época de su mayor extensión en la Edad Media: el Patrimonio de San Pedro en el mar Tirreno, el exarcado de Rávena en el Adriático y el distrito de Perusa que enlazaba el uno al otro. En 1077, Matilde, la Gran Condesa, hizo donación á Gregorio VII de todos sus dominios, que comprendían toda la Toscana y parte de Lombardía hasta más allá del Po, pero la resistencia de las ciudades, secundadas por el emperador, impidió que se efectuara la toma de posesión.

Próximo á Gaeta, un pequeño país que comprendía Spigno y Sujo, estuvo en poder de los Sarracenos hasta 916. Toda la baja Italia y la Sicilia estuvieron gobernadas por los Tancredo desde 1080; Roberto Guiscard llegó hasta desafiar á Alejo Comneno en Durazzo en 1082 y tomó posesión de la costa.

sia: el matrimonio de los eclesiásticos, hasta entonces permitido ó tolerado, fué desde entonces estrictamente prohibido, como lo estaba

en los conventos; el sacerdote debía constituir una casta claramente delimitada, no sujetarse á los efectos naturales ni conservar interés alguno fuera de la Iglesia, concentrar toda su ambición en el ejército espiritual de que formaba parte. Careciendo de familia, el sacerdote tampoco tenía patria; ningún potentado, ningún funcionario secular podía en lo sucesivo permitirse colocar un pastor á la cabeza de su grey: la investidura sólo pertenecía á Dios, representado por su vicario terrestre. Tales eran los dos principios en cuya transformación en leyes fundamentales puso Gregorio toda su energía y sobre los cuales el papado obtuvo en un principio la ventaja. No obstante, cada generación de soberanos, utilizando las fuerzas que tenía á su disposición, comenzó de nuevo la lucha, y el problema del nombramiento y de la investidura de los obispos continúa viva hasta nuestros días, aunque los dos poderes en litigio hayan comprendido á veces la necesidad de ponerse en acuerdo.

Pero Gregorio VII quería más que el dominio absoluto sobre los sacerdotes y la libre elección de sus pastores; ambicionaba también el imperio universal: no le bastaba haber humillado al emperador, quería ser emperador él mismo. Para su objeto utilizaba toda dificultad que se producía en Europa entre los príncipes y los pueblos ó bien entre dos competidores al trono, y procuraba ser escogido como árbitro y como señor. Así reivindicó Córcega, Cerdeña, España, Hungría y hasta se hizo dar Rusia, sobre el papel, por un príncipe desterrado; de todas partes, de Provenza, de Saboya, de Toscana, de Dalmacia y de la Italia meridional recibió con empeño juramentos de pleito homenaje, palabras vanas que esperaba transformar un día, para él ó para sus sucesores, en sólidas verdades. Del mismo modo, cuando Guillermo el Conquistador se apoderó de Inglaterra en 1066, no dejó de animarle el papa Alejandro II, contando obtener en cambio el vasallaje del vencedor. Gregorio VII insistió más enérgicamente aún para obtener la posesión de ese feudo lejano.

Pero ese mismo acontecimiento, la conquista normanda de la gran isla Británica, fué uno de los que mejor demostraron que en esa Edad Media que se dice haber sido de una piedad tan ferviente, los intereses materiales inmediatos y el amor del botín excedían

en importancia al cuidado de los privilegios eclesiásticos. El duque de Normandía, apoyándose sobre pretextos de herencia, tuvo para sí la fuerza y la fortuna de las batallas, y, siete años después de haber desembarcado, sometió á discreción todos los antiguos poseedores del suelo. La conquista le había hecho dueño absoluto de la comarca, y de él data el derecho público que hace del soberano de la Gran Bretaña el donador de todo territorio poseído por cualquiera de sus súbditos.



GREGORIO VII

(Existe otro retrato de Gregorio VII que se parece poco á éste)

La obra importante de Guillermo el Conquistador fué la redacción del *Domesday-book* (*Doomsday-book*, Libro del día del Juicio), que apareció un año antes de su muerte, en 1086. De ese precioso documento estadístico, ciertamente incompleto, pero, no obstante, más preciso y detallado que los de muchos Estados contemporáneos, resulta que el rey, habiendo dividido toda la comarca en más de sesenta mil feudos, se había reservado para sí solo 1422 en toda propiedad, lo mismo que extensos bosques y terrenos de caza. Los vasallos directos de la Corona, en número de setecientos, entre los cuales se contaban todos los señores venidos de Normandía con el Conquistador, habían sido también provistos de extensos territorios; á continuación, después de ellos, se sucedían jerárquicamente otros feudatarios, Normandos y Anglo-Sajones, vasallos, hombres libres y gentes de condición infe-

rior. El registro contiene exactamente 283242 nombres, pero falta en él el censo de las regiones del Norte, que comprende la mayor parte del Westmoreland y del Cumberland, lo mismo que todo el Durham y Northumberland; puede, pues, suponerse que los poseedores del suelo eran trescientos mil, por lo menos. Según esos datos, á los cuales se unen informes diversos sobre la clientela de los grandes y sobre las familias, se evalúa aproximadamente en dos millones el número de los individuos que, después de la división violenta y la repartición de los territorios, habitaban todavía en Inglaterra: había habido decadencia innegable durante los veinte años de estragos y opresión que siguieron á la muerte de Eduardo el Confesor (1066) [1].

En cuanto á los obispos y otros miembros del clero que habían ayudado á Guillermo á hacer su conquista, fueron recompensados con tierras y hasta con exención de impuestos; pero el rey se guardó bien de ver en ellos los representantes y portavoces de un amo: hizo de ellos vasallos que habían de rendirle homenaje humildemente, y veló porque en caso de guerra exterior ó de disensiones intestinas sus hombres de armas estuviesen á su disposición.

Las grandes ambiciones del papado habían de repercutir principalmente en la misma Italia, alrededor del «Patrimonio de la Iglesia», y en Alemania, en ese imperio cuyo jefe había de pasar los Alpes para hacerse coronar en Roma. Por un contraste curioso pero bien explicable, puesto que el espíritu de rebeldía nace sobre todo de la opresión directa, inmediata, fué en Italia donde el papa encontró durante la lucha sus más encarnizados é intransigentes enemigos; en Alemania hubieran fácilmente obedecido á los dos amos si su parte de dominación hubiera sido bien determinada. Pero cada uno quería todo el poder: entre las dos fuerzas francamente opuestas era imposible la conciliación; ni el papa ni el emperador consentían en ceder, puesto que uno y otro eran representantes del absoluto. De un lado la voluntad divina, del otro la dominación universal. Según los intereses especiales y momentáneos de los príncipes, de las ciudades, de los grupos nacionales, de las clases y de las castas, de las gentes de la montaña, de la llanura ó del litoral,

[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 128.

los dos adversarios, el papa y el emperador, reclutaban sus partidarios de aquí ó de allá, y las alternativas de la lucha daban la preponderancia al uno ó al otro.



Cl. G. H.

PALACIO DE LOS PRÍNCIPES-OBISPOS EN LIEJA, ACTUALMENTE PALACIO DE JUSTICIA

Hay historiadores que se dejan influir fácilmente por la oposición de las palabras en el error de creer que, durante las luchas épicas de la Edad Media, el poder «espiritual» y el poder «temporal» representaban principios esencialmente diferentes: de hecho el uno y el otro no tenía más que un solo y mismo objeto, la do-

minación absoluta de los individuos y de los pueblos, á la vez en sus almas y en sus bienes. ¿No se dicen todos los reyes instituídos por Dios, depositarios de un cuchillo caído del cielo, y no hizo Federico Barbarroja decidir, en 1158, por los doctores de Bolonia, que le pertenecía el imperio del mundo entero, siendo herética toda opinión contraria? ¿No llegan los reyes á conservarse mucho tiempo y hasta defender completamente su trono en virtud de la misma divinidad de su poder y á pesar de la «excomunión»? El rey de Francia, Roberto, resistió mucho tiempo, mereciendo su nombre de «piadoso», al entredicho que pesaba sobre él á causa del matrimonio prohibido: las consecuencias de horror y de execración que se imagina hoy no se produjeron en manera alguna, ¡y precisamente se estaba en el año mil! Puede citarse también como ejemplo la víctima de Gregorio VII, el viejo emperador de Alemania, Enrique IV, que pasó sus últimos días en el palacio del obispo Otbart de Lieja. El pueblo, sin hacer caso de los rayos papales, veneraba al excomulgado como un santo, y cuando murió acudían las gentes de todas partes para tocar su cuerpo: había campesinos que le cubrían de granos para utilizarlos en seguida como semillas, seguros de obtener así abundantes cosechas [1].

En cuanto al papa y á los otros representantes del poder espiritual, la historia misma de sus conflictos con el mundo civil atestigua la audacia con que ambicionaban también el poder temporal. Las mismas posesiones que acabaron por obtener en Italia no representaban sino la parte más pequeña de su potencia material. Por mediación de sus legados, que ejercían una jurisdicción sobre todas las iglesias, y exigían el diezmo, se entrometían en todas las causas en que tenían interés directo ó indirecto, y hacían maniobrar en ese sentido sus ejércitos de curas y frailes que no tenían más familia que la Iglesia. Todos los hechos de la vida civil, matrimonios, testamentos, nacimientos y muertes, promesas y juramentos, las mismas palabras de la conversación diaria, declaraciones de la confesión, intrigas y monopolio de fortunas y de poder que de ello pudieran resultar, todo era de su incumbencia, y de este modo

[1] H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, p. 86.

solían ser más reyes que los reyes mismos: «por eso la historia de cada pueblo es siempre la historia de Roma» [1].

Un solo soberano, entre los príncipes de Europa, logró ser legado del papa, de manera que podía dirigir sus sacerdotes y sustraerse á sus continuas intervenciones: este hábil diplomático fué el conde normando Roger, el conquistador de Sicilia contra los Mahometanos; y el papa que le concedió ese privilegio capital fué el fanático Urbano II, tan celoso por las cruzadas. La monarquía de Sicilia adquirió así un derecho de autonomía eclesiástica, objeto de envidia para los otros Estados, y pudo escapar al caos producido por el conflicto de los dos poderes en lucha. En parte alguna las diversas formas de civilización, bizantina y árabe, cristiana y mahometana, se unieron de manera más íntima que en Sicilia, laboratorio político mucho tiempo ignorado por los historiadores, á pesar de la importancia real que adquirió en el movimiento de las ideas europeas [2].

Si el fin perseguido por los dos poderes rivales era exactamente el mismo, uno y otro tenían á su servicio armas diferentes y empleaban un lenguaje particular. El papa, fuerte con la adhesión que sus mismos enemigos daban por ignorancia á la legitimidad de su vicariato divino, tenía el derecho de formular sus reivindicaciones en palabras místicas, que se escuchaban con religioso espanto, como si su voz descendiera del cielo, en tanto que los reyes y los barones hablaban como los otros hombres, siguiendo las mil alternativas de sus pasiones y de sus intereses. La dominación más sabia y más igual de los sacerdotes resistía á las impaciencias y á las rebeldías populares mucho más eficazmente que el gobierno de hecho, material y brutal, impuesto por los señores feudales. El campesino, no acostumbrado todavía á la obediencia por una larga rutina, podía rebelarse contra el barón y sus hombres de armas cuando era el más fuerte, pero contra el sacerdote sin defensa, contra el fraile vestido de blanco, se sentía desarmado. También éste oprimía, pero en nombre de Dios y de todos los santos; tenía además el poder de atar y desatar, de abrir y cerrar la puerta del cielo y la del infierno; no se osaba odiarle, temiendo desencadenar en el silencio de

[1] Voltaire, *Essai sur les Mœurs*, t. I, c. XLI.
[2] Ernest Nys, *Le Développement économique et l'Histoire*, p. 8.

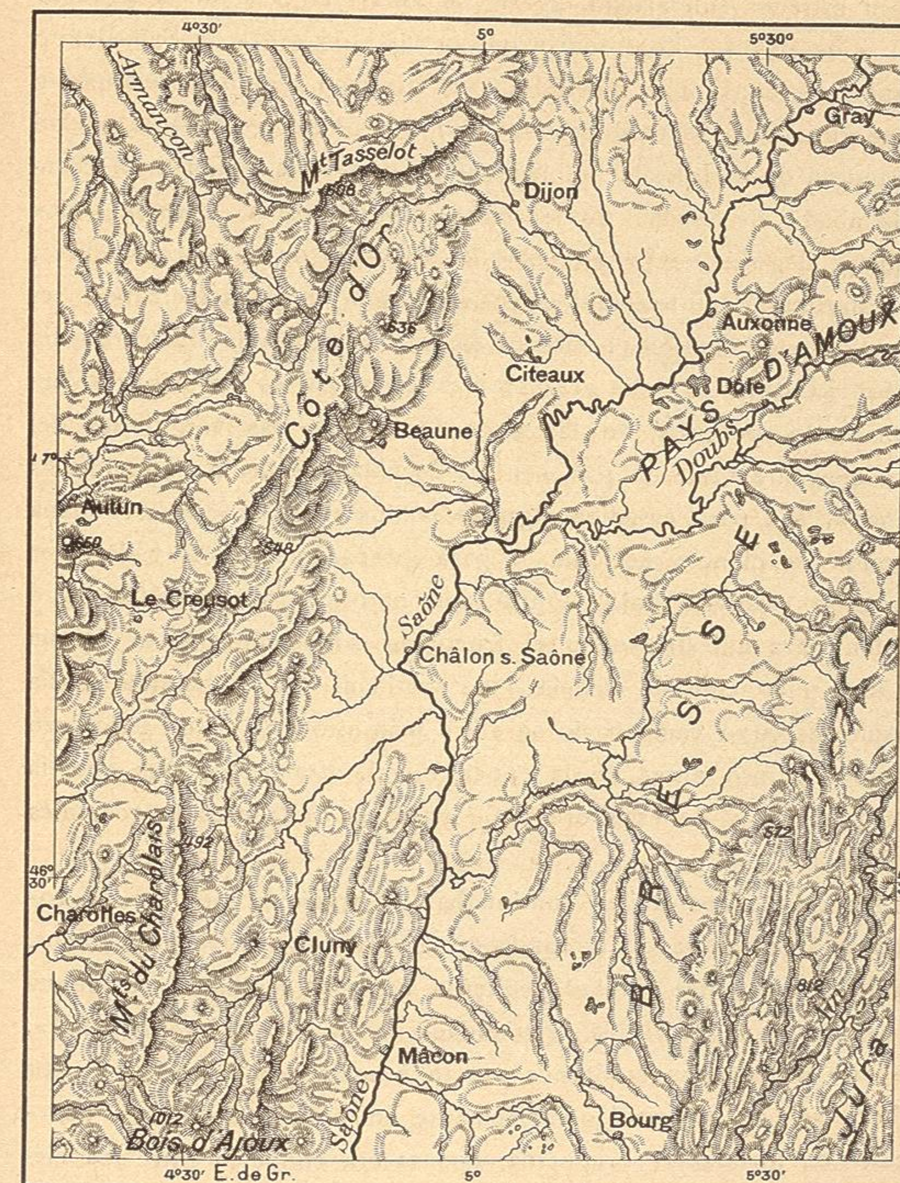
las noches algún demonio vengador. Así los montañeses del Valais blandieron frecuentemente contra sus señores la formidable *matze*, maza en forma de cabeza coronada de espinas y guarnecida de clavos, que plantaban los rebeldes como signo de odio y de furor sin piedad: demolían los castillos, pero no se atrevían á arriesgarse contra los muros de los conventos ó de las iglesias; continuaban prosternándose ante el obispo, ante el príncipe abad, y el feudalismo se conservaba bajo su doble forma, económica y religiosa [1]. Con frecuencia la rivalidad de los dos poderes tenía por consecuencia temporal asegurar á las ciudades la conservación de sus privilegios ó libertades: los sacerdotes solían aceptar el papel de «defensores» de sus fieles, y cuando lo tomaban en serio, se convertían fácilmente en santos en la memoria de sus antiguos clientes. Tal es la causa del patronato tradicional que miles de prelados ó frailes ejercen todavía sobre las ciudades que en otro tiempo administraron ó defendieron contra sus señores.

Sucedió también, según diversas circunstancias, que la causa de la sociedad laica, procurando emanciparse de la opresión del poder eclesiástico, se halló representada por hombres de la autoridad civil; pero éstos, á los ojos de la multitud, tenían siempre la falta de no ser sino campeones aislados ó unidos á grupos de individuos poco numerosos, en tanto que frente á ellos y tocando á los cielos, la Iglesia se presentaba en su conjunto majestuoso. Verdad es que esa unidad hubiera rápidamente desaparecido si los papas hubiesen dejado á los obispos y al ejército de los sacerdotes asimilarse completamente á los otros príncipes feudales, como hicieron los kalifas, detentadores del poder espiritual de Mahoma, respecto de los cheiks del mundo musulmán. En muchas comarcas viéronse poderosos dignatarios de la Iglesia proceder como simples señores feudales, no cuidándose más que de su poder personal y sin preocuparse de los intereses mayores de la preponderancia eclesiástica. La ley absoluta del celibato que había impuesto Hildebrando consiguió desviar el gran peligro de la insubordinación, constituyendo el ejército de los sacerdotes en un batallón sagrado, sin más familia que sus co-

[1] Edouard Rod, *Soc. Normande de Géog.*, Enero y Febrero 1897.

frades tonsurados. ¿No se habían desposado con la Iglesia, que había de ser para ellos objeto de toda pasión humana?

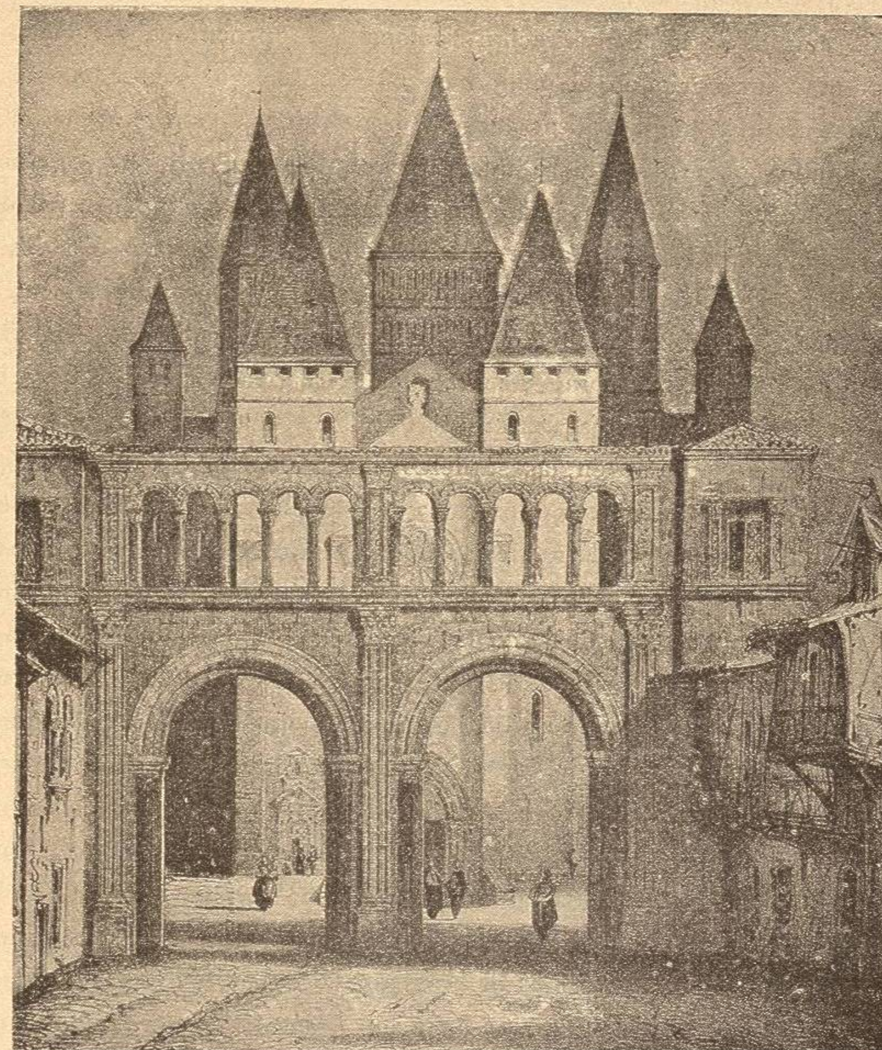
N.º 309. Cluny y Citeaux.



Sin embargo, esos sacerdotes, dependientes directamente del poder de Roma, no hubieran bastado ciertamente para conservar el

poder papal á través de los siglos si los innumerables religiosos agrupados bajo diversas reglas en todas las partes de la cristiandad no hubiesen dado cohesión á todo el mundo de la Iglesia occidental por su estrecha solidaridad, aparte de toda idea secundaria de lugar natal ó de patria. Los monjes que seguían la regla de San Benito en miles de conventos constituían un inmenso ejército cosmopolita al que vinieron á juntarse reclutas aun más fervientes para la unidad y grandeza de la Iglesia. Al principio del siglo X se fundó en Francia la abadía de Cluny, que restauró, modificándola, la regla benedictina y llegó á ser pronto, bajo la dirección de hombres célebres, como una capital intelectual de Europa y la segunda metrópoli religiosa después de Roma: sucedió en importancia á la ilustre abadía de Monte Casino, y á ella acudieron de todas partes los hombres que huían de los peligros, de las pequeñeces ó de las vergüenzas del siglo, sea para vivir en paz «en las escuelas de las hayas y de las encinas», sea para estudiar algunos manuscritos en que se hallaba resumida la ciencia antigua, ó para prepararse allí á viajar por el mundo cristiano bajo el alto patronato del abad de Cluny, ó también para adiestrarse en el fructuoso campeonato de la Iglesia por una reputación de ciencia ó de santidad. La espléndida abadía borgoñona, cuyo campanario se eleva más alto que el de todo otro edificio religioso antes de la época ojival, atraía toda una escuela de arquitectos y de escultores: allí nació la bella escuela románica de Borgoña.

Ante todo los frailes continuaban la tradición del mundo romano por su ignorancia de las fronteras divisorias entre los Estados, lo mismo que entre las mil pequeñas baronías feudales: su lengua era el latín, su patria la cristiandad: la palabra «internacional», que tantos patriotas modernos toman á mala parte desde que los Estados se han constituído fuertemente en patrias de límites guarnecidos de fortalezas y reductos, apenas era conocida entre los clérigos de la Edad Media, tan natural parecía que en la Iglesia, es decir, en la asamblea de los santos, todos los sacerdotes y monjes, cualquiera que hubiera sido su lugar de nacimiento, perteneciesen á la misma gran familia y fuesen acogidos conforme á su mérito. Irlandeses ó Germanos, Españoles ó Franceses, Italianos ó Esclavones, viajaban libremente de diócesis en diócesis, de convento en convento, y podían elevarse en dignidad sin haber de renegar su país de origen. Del mismo modo que el papa reclamaba el dominio espiritual, y temporal en caso necesario, sobre el mundo de los creyentes, así también éstos reivindicaban su común nacionalidad en todas las comarcas de la Iglesia que recorrían; á través de los siglos habían mantenido sus antiguos derechos de «ciudadanos romanos». En el choque del Occidente y del Oriente, fué una gran



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

CLUNY RECONSTITUÍDO

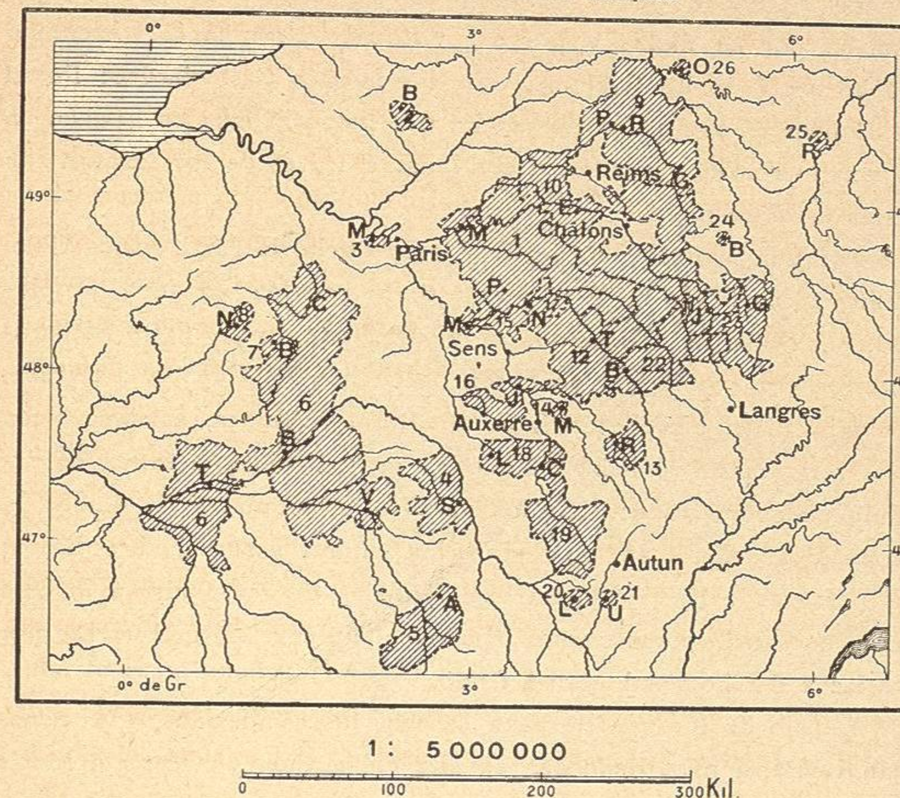
fuerza para el papado la cohesión de sus monjes y de su clero, á pesar de la fragmentación de las multitudes en naciones diversas ó transformándose sin reposo.

No solamente el elemento monacal daba á la sociedad lazos de unión con la antigua civilización romana y le procuraba así cierto ideal muy necesario en el mundo oprimido, sino que mezclaba también las clases y podía utilizar energías poderosas que sin él no hubieran podido encontrar otra salida. Los religiosos de origen popular ó hasta servil, á quienes la ambición natural ó la simple necesidad física de una libertad relativa había hecho entrar en las órdenes, aportaban á sus acciones más energía que los hijos de señores, cansados de la existencia antes de haberla comenzado seriamente. Así es como la sociedad religiosa, incesantemente renovada por los ingresos de abajo, no llegaba á circunscribirse en una casta puramente opresiva ó á perderse en las sutilezas ó las locuras del misticismo. Además, en aquella época, que era la de los libros de caballería y de los relatos milagrosos, las gentes se lanzaban fácilmente hacia el misterio y hacia lo desconocido. ¿No resumía en sí entonces los votos de los frailes el tercer personaje de la Trinidad, el Paracleto, el Consolador, es decir, el Espíritu Santo, ese ser tan vago, tan incierto, para el que la leyenda popular no ha imaginado mejor representación que la figura de una paloma? Dios el Padre, creador de todas las cosas; Dios el Hijo, que fué hombre y sufrió en la cruz, parecían demasiado concretos: los místicos encerrados en los claustros necesitaban un ser intangible que la potencia creadora trataba de fijar en vano [1].

Otro elemento social, la caballería, ayudó por una parte tan considerable como los monjes al movimiento de las Cruzadas. Atribúyese generalmente y de una manera especial aquella institución á la época de los paladines, como si hubiese comenzado con Rolando para alcanzar su apogeo delante de Jerusalem y desaparecer después gradualmente al mismo tiempo que se transformaban las armas, cuando los arqueros plebeyos de Eduardo III y los tejedores de Flandes, con sus pesadas mazas triunfaron en el siglo XIV de los caballeros franceses acorazados, cubiertos de hierro, erizando de

[1] Víctor Arnould, *Histoire Sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Noviembre 1896.

N.° 310. Posesiones del Conde de Champaña.



La siguiente lista, formada según Aug. Longnon en el Atlas Schrader, indica los diferentes señores feudales del conde de Champaña para los territorios correspondientes.

I. Rey de Francia: — 1. Condado de Champaña, Meaux, Provins, etc. — 2. Breteuil en Beauvaisis. — 3. Feudo de Marly. — 4. Condado de Sancerre. — 5. Castellanías de Ainy, etc. — 6. Condado de Blois, Chartres, Vierzon, Tours, etc. — 7. Brou. — 8. Nogent-le-Rotrou.

II. Arzobispo de Reims: — 9. Condado de Porcien, Rethel, Grandpré. — 10. Epernay, etcétera. — 11. Señoría de Joinville, etc.

III. Duque de Borgoña: — 12. Condado de Troyes, etc. — 13. Rougemont, etc. — 14. Maligny.

IV. Obispo de Sens: — 15. Montereau, etc. — 16. Condado de Joigny.

V. Abad de San Dionisio: — 17. Nogent-sur-Seine.

VI. Obispo de Auxerre: — 18. Castellanías de Lainsecq, etc.

VII. Obispo de Autun: — 19. Châtel-Censoir, etc. — 20. Luzy. — 21. Uchon.

VIII. Obispo de Langres: — 22. Bar-sur-Seine.

IX. Emperador de Alemania: — 23. Señoría de Gondrecourt, etc. — 24. Belrain. — 25. Roussy. — 26. Orchimont.

Respecto de varios de estos feudos el conde de Champaña no era más que el señor mediato; otros señores le rendían homenaje por la posesión inmediata, tal el conde de Anjou, rey de Inglaterra, los condes de Nevers, de Vermandois, del Perche, etc.

El mapa lleva los mismos números que esta lista y las iniciales de las ciudades citadas.

lanzas todo su frente de batalla. Es cierto que la flor de la caballería corresponde exactamente á la época en que la literatura de los ciclos de Carlomagno y de Artus idealizó hasta el milagro las

proezas de los caballeros é hizo de ellos una casta aparte, más que humana por su fuerza y por sus virtudes; pero había comenzado mucho antes de los Capetos y que los mismos Carlovingios: Fustel de Coulanges demuestra claramente que ya se hallaba en germen en el mundo romano, viéndosela continuar á través de los tiempos con lentas modificaciones.

Por una evolución análoga, el gran territorio rural de los Galo-Romanos, la villa, llegó á ser la tierra poseída en toda propiedad, sin censo ni obligación, el alodio, cuando los jefes bárbaros entraron con sus bandas en el mundo civilizado. Cuando el rey merovingio distribuía tierras á sus fieles antrustiones, establecía con ellos relaciones que habían de tomar gradualmente la forma de dominio eminente respecto de los vasallos detentadores de feudos, y producir relaciones análogas entre los señores y sus hombres ligios; las personas y las tierras estaban divididas, desde lo alto á lo bajo en la sociedad, por escalones sucesivos, unidos jerárquicamente por los lazos del homenaje y del feudo.

Debajo de los que llevaban espada, los campesinos, que removían la tierra para depositar en ella los granos y hacerla producir el alimento de todos, eran hombres sin derechos, condenados á la gleba. Se ha supuesto que la transformación de la esclavitud en servidumbre era debida á la influencia cristiana por una parte, y por otra á la de los Germanos: admitiendo esa suposición, habría habido coincidencia entre las dos acciones, religiosa y étnica, para que resultara un gran cambio social entre los patrones y los servidores; pero esta afirmación no concuerda con los hechos. La servidumbre tuvo sus orígenes lo mismo en el mundo romano que en el de los bárbaros. El temor de que la tierra fuese completamente abandonada por los agricultores aterrorizados por las invasiones indujo á los grandes propietarios del imperio á unir de una manera absoluta el hombre á la tierra, de modo que cada propietario que adquiría una parte del suelo pudiese en toda seguridad comprarla sin temor de que los trabajadores huyeran hacia la capital. Bajo el régimen feudal, como bajo el régimen romano, la servidumbre no dejó de ser servidumbre, y los «siervos de la gleba» continuaron siendo los instrumentos del propietario; poco

importaba que fuesen poseídos por éste ó por aquél: como simples cosas, no podían elevarse á la dignidad de hombres. Lejos de atenuar la esclavitud en un estado de domesticidad menos envilecido, la sociedad cristiana, por el contrario, la había agravado despoblando las ciudades y llevando los siervos de la ciudad hacia el campo. En efecto, la esclavitud romana se había gradualmente transformado en Roma y las otras metrópolis del Imperio en una especie de proletariado, análogo al del obrero moderno. La costumbre le reconocía el derecho de adquirir un «peculio» al que no podía tocar el amo y que le servía eventualmente para rescatar su persona; prácticamente, cualquiera que fuese el tenor de las antiguas leyes, hacía reconocer su matrimonio y su tratamiento y entraba en las corporaciones obreras. Hasta podía enriquecerse y llegar á cierta importancia social, mientras que el siervo de la Edad Media estaba condenado para siempre por la costumbre y por la ley á permanecer en la clase hereditaria de los sometidos á servidumbre. El supuesto progreso, de la esclavitud á la servidumbre, de Roma al feudalismo germánico, fué un verdadero retroceso [1].



De una fotografía.

DINANT, CIUDAD DOMINADA POR SU CASTILLO

Al lado de los siervos domésticos, descendientes de los esclavos romanos ó germánicos, se había constituído la clase de los dependientes, de los «villanos», en una palabra, que no eran libres, aunque teóricamente no fuesen esclavos. La palabra *liber* y la palabra *nobilis* son sinónimas en las cartas belgas del siglo XI [2]; mas para todos

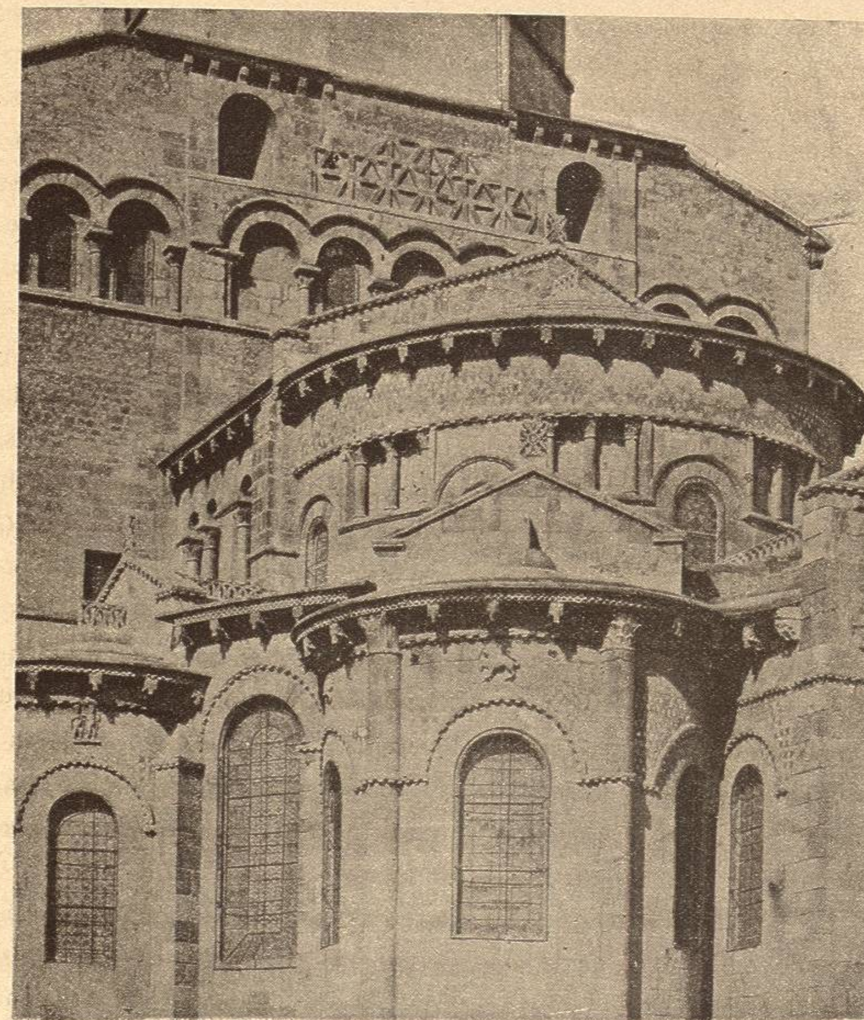
[1] Eduard Meyer, *Die Sklaverei im Alterthum*, ps. 48, 49.
[2] H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, p. 124.

aquellos que siendo «libres» ó «nobles» no tuviesen fuerza material necesaria para defender su libertad, el único medio de no ser violentado como un siervo, brutalizado y entregado á todos los caprichos, consistía en darse: los desgraciados se escogían un amo. Los pequeños propietarios dejaban de serlo poniéndose en su mayor parte bajo el patronato de los conventos; según el lenguaje de los señores mitrados que confiscaban el pequeño haber de los campesinos, éstos cambiaban «su libertad contra una servidumbre más libre que la libertad misma» [1]. Del mismo modo, después, un rey nuevamente elevado al trono anunciaba su reino futuro como «la mejor de las repúblicas».

Tal fué la causa principal de la transmisión de las tierras, antes comunes á los campesinos ó bien fraccionadas entre pequeños propietarios, á poder de los grandes señores feudales. La instabilidad social, la falta de confianza en el porvenir próximo transformaron fatalmente la pequeña propiedad personal y la propiedad comunal en propiedad feudal. Pero si los labradores daban su campo y se daban ellos mismos, procuraban conservar su calidad de protegidos y de clientes y estipulaban como mejor podían que podrían conservar sus parcelas á título de arrendamiento á largo plazo. La dura necesidad les impulsaba á negociar así la cesión de sus personas y de sus tierras, con la casi certidumbre de que si sus amos llegaran á ser poderosos, tendrían por nulos convenios y contratos, disponiendo á su antojo de los hombres y de las cosas. Con frecuencia los propietarios libres ó comunitarios se veían privados de su derecho personal y de sus posesiones sin haber tenido siquiera la ocasión de defender sus intereses: ó un conquistador, un jefe de guerra les despojaba de ellos sencillamente, ó un soberano cualquiera, en un momento de buen humor, había hecho donación de sus personas y de sus pertenencias á algún señor que gozase de favor en la corte. Tal fué la causa por que los habitantes de Bellagio, sobre el lago de Como, protestaron con todas sus fuerzas contra Federico Barbarroja, que había dado su distrito, hombres y cosas, á la abadía milanesa de San Ambrogio. «El emperador, ex-

[1] H. Pirenne, *obra citada*, p. 127.

ponen en su querella, no puede dar á otro lo que no le pertenece». Las protestas de ese género debieron ser frecuentes, pero



Cl. Kuhn, edit.

IGLESIA DE SAN PABLO EN ISSOIRE (PUY-DE-DOME).
Estilo románico-auvergnat, siglos XI y XII.

como molestos testimonios que los señores tenían gran interés en destruir, ¡cuán pocos han sido conservados en las casas señoriales! [1].

El régimen feudal produjo como consecuencia inmediata la ruptura de la natural alianza de la ciudad y del campo circundante.

[1] Maxime Kovalevsky, *Société Nouvelle*, Agosto 1896, p. 152.

En una sociedad pacífica y normal se mantenía una armonía perfecta entre los labradores y horticultores de unos suburbios y el mercado central donde se hallan establecidos los industriales, porque la tierra forma con el grupo urbano, nacido espontáneamente en el sitio más favorable para los cambios entre campesinos, un organismo necesario y de constante utilidad mutua [1]. Así sucedió antiguamente en Grecia y sucede todavía en todas las regiones donde no se han roto violentamente las relaciones naturales entre la ciudad y sus contornos cultivados. Pero la temible intervención de los señores logró romper en muchos sitios esa unión práctica entre los dos elementos necesarios de la antigua organización urbana, haciendo el campo el envidioso y casi irreconciliable enemigo de las ciudades. Por lo común los siervos del barón se veían obligados, á la vez por las necesidades de su servicio y por el temor á los bandidos, á sumergirse en sus madrigueras al pie de un castillo que se elevaba sobre alguna empinada roca. El labrador, supeditado al hombre de guerra, «sujeto á la gleba», como lo hacía constar por una palabra terrible el lenguaje de los juristas, era lanzado frecuentemente, de grado ó por fuerza, contra las ciudades: como siervo del trabajo ó como siervo de las armas, se hacía enemigo de la ciudad, donde vivían industriales ó mercaderes obligados á establecer relaciones con clientes lejanos, puesto que estaban enemistados con los campesinos, sus vecinos inmediatos, que, por otra parte, eran demasiado pobres para comprar sus productos.

En esa Francia, recortada en mil trozos por el feudalismo, las villas se enemistaban, no solamente con las ciudades inmediatas, sino también con las otras ciudades: del mismo modo que los barones se disputaban por los confines de sus tierras, así también los santos patrones se querellaban y se maldecían recíprocamente á propósito de sus parroquias. De villa á villa y de aldea á aldea surgían odios feroces y se hacían hereditarios. Y no era solamente la vanagloria local lo que causaba las rivalidades seculares que nos describen los novelistas [2], sino también por la irritación constantemente excitada por las bromas, las bravatas y las invectivas que

[1] J. R. Green, *Town Life in the fifteenth Century*.
[2] Léon Cladel, *La Fête votive de Saint-Barthélemy Porte-Glaive*; Emile Souvestre.

cambiaban, como los héroes de Homero, los intrépidos campeones de las dos comunidades limítrofes; pero las burlas y las malas palabras no hubieran bastado para alimentar de siglo en siglo el espíritu de venganza, si los señores temporales y espirituales no



Cl. Kuhn, edit.

CATEDRAL DE MAGUNCIA
Construída desde el siglo x al xiii.

hubiesen tenido interés en conservar y excitar las enemistades, para desviar sobre la multitud esclavizada el movimiento de reivindicación que justamente hubiera debido lanzarse de todas partes contra ellos. Cuando los palurdos se mataban al choque de dos procesiones que llevaban banderas diferentes, los señores que contemplaban la escena desde sus torrecillas y sus almenas nada tenían que temer

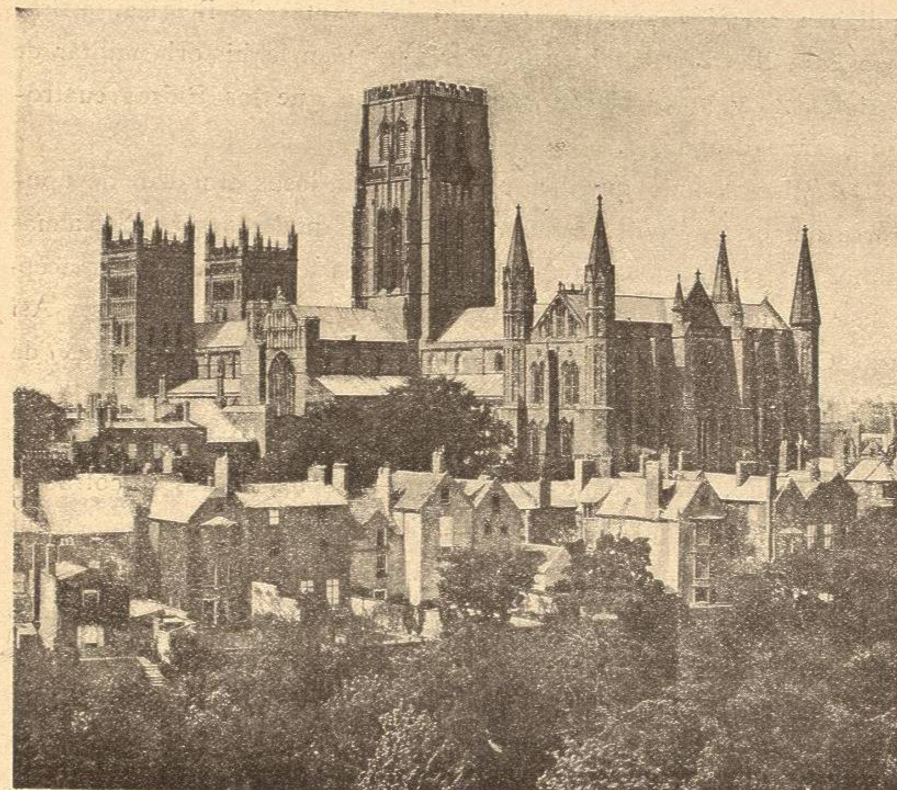
de ese pueblo humillado: podían continuar quitándole su trigo, su vino y su ganado, sus adolescentes, sus mujeres y sus hijas; todo les pertenecía por el derecho de la fuerza; hasta el halcón del noble tenía presa sobre las aves caseras del villano [1].

No hay duda que los campesinos sentían profundamente todas esas heridas, porque la reivindicación del pobre contra el rico, del esclavo contra el amo es eterna, pero se pasan siglos antes que la compensación se cumpla. Algunas estrofas cantadas por los trovadores nos dan idea, sin embargo, de cuán claro era para los campesinos del siglo XII el sentimiento de las injusticias sufridas; no se hablaba de otro modo en la víspera de las Jacquerías y de la Guerra de los Campesinos ó en el período moderno de las huelgas y del socialismo revolucionario. «Los señores no nos hacen más que daño; de ellos no podemos esperar ni razón ni justicia; son dueños de todo, y nos hacen vivir en pobreza y en dolor... ¿Por qué nos dejamos tratar así? Pongámonos fuera de su poder; somos hombres como ellos... y somos además ciento contra uno... Unámonos, y no habrá hombre alguno que tenga señorío sobre nosotros, y podremos cortar árboles, cazar en los bosques y pescar en los viveros, haciendo nuestra voluntad en los bosques, en los prados y en las aguas» [2].

Sin embargo, aunque los señores, por su orgullo y por la fuerza de las cosas, pertenecían á otra humanidad que la turba esclavizada de los labradores, no por eso habían dejado de contraer la obligación tácita de defenderlos contra todo invasor: para poner á salvo sus tierras, debían también proteger los arados y los brazos que los conducían. Señores y vasallos forzosamente se habían convertido en guerreros, los jefes natos de toda la servidumbre que arrastraban tras de sí. No salían de sus castillos sino á caballo, precediendo orgullosamente á una multitud de peatones. Montar un caballo era un privilegio simbólico, que, según la opinión de todos, indicaba una superioridad física y moral sobre la totalidad de las gentes que van á pie. De ese modo se constituyó gradualmente

[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 43.
[2] Wace; Benoît de Sainte-Maure; Augustin Thierry, *Considérations sur l'Histoire de France*, cap. I.

una clase bien distinta, que en el conjunto de la sociedad medioeval tenía sus intereses especiales, su moral particular y hasta su ideal. Habiéndose ocupado, sobre todo desde los Carlovingios, en defender los confines de la cristiandad, por una parte contra los Sarracenos, y por otra contra los Avares y los Húngaros, los ca-



Cl. Valentin.

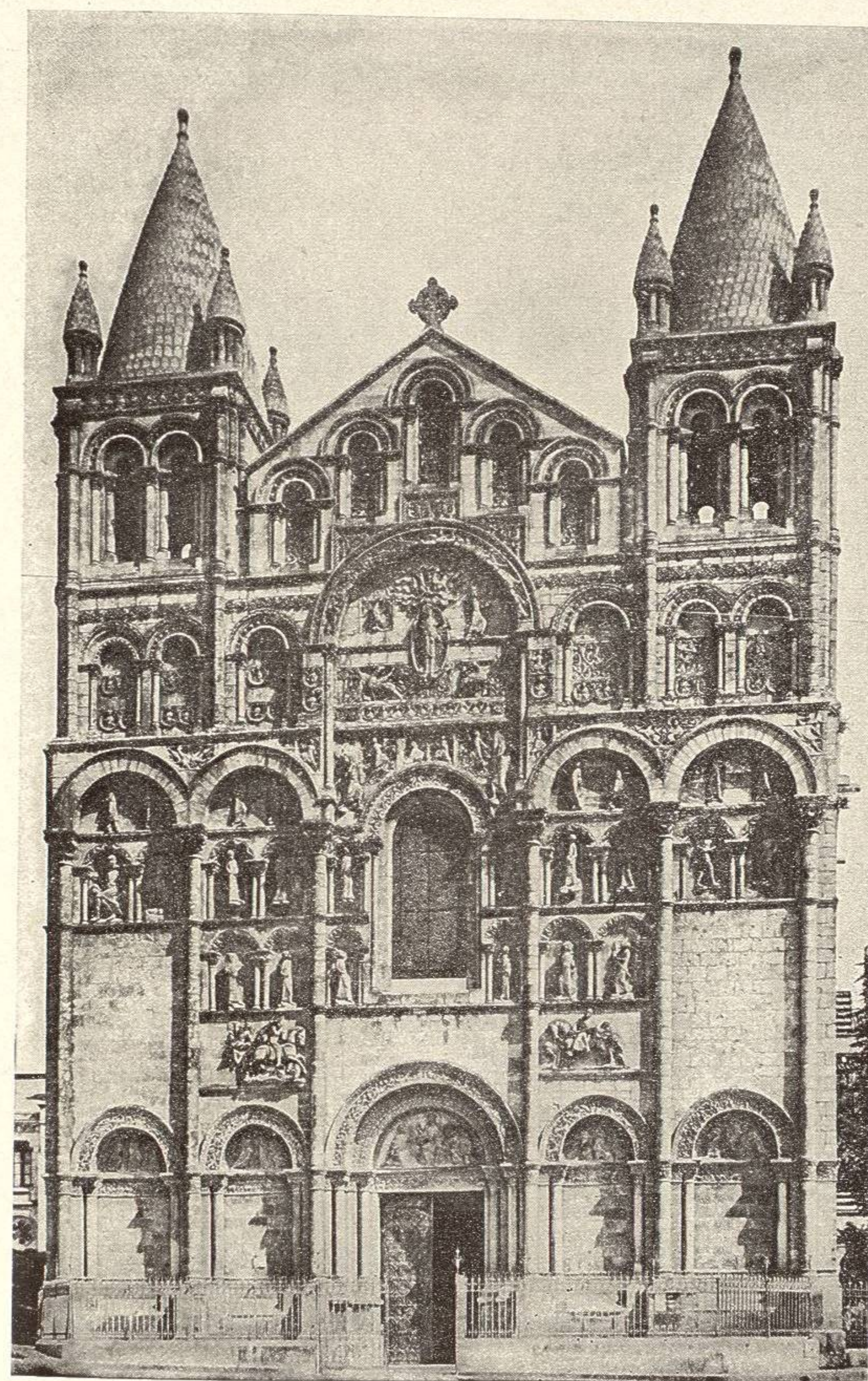
CATEDRAL DE DURHAM, CONSTRUÍDA DE 1093 Á 1135
Tipo de arquitectura llamado *Norman* por los Ingleses y correspondiente á nuestro románico.

balleros constituyeron pronto un cuerpo instituído para la defensa de la civilización occidental, y con ayuda del amor á la gloria, quisieron pasar de la defensa al ataque, llevar la guerra en pleno á las comarcas enemigas y trazarse reinos en el país de los infieles. No escaseaban las bandas de miserables para hacer de ellas ejércitos: los mendigos de los caminos, los desgraciados de toda especie, bien organizados y sujetos á la disciplina por los siervos inmediatos de los señores, empleados como sargentos y capitanes, formaban el

grueso de esas tropas de aventura, que aumentaban después de cada triunfo y se dispersaban después de cada desastre. En el ejército de Guillermo el Conquistador se habían alistado así multitudes de Flamencos, y, acabada la guerra, se quedaron en Inglaterra, donde, durante un centenar de años, otros compatriotas se sucedieron por bandas en esta nueva patria. Los príncipes del continente alquilaban también en gran número las gentes de Bélgica, «Brabanzones», llamados también «Cotereaux»; en la historia militar de los siglos XI y XII sirvieron para lo mismo que los Suizos cuatrocientos años después [1].

Del mismo modo que los príncipes religiosos trataban de apoderarse del poder civil, acumulando los dos poderes sobre las almas y sobre los cuerpos, así también los señores temporales solían aceptar las dignidades y sobre todo las prerrogativas eclesiásticas. Así Hugo Capeto se hacía llamar «abad» lo mismo que «conde» de París; y podrían citarse muchos otros ejemplos análogos [2]. En su mismo conjunto, la caballería tomó un carácter religioso. El fanatismo cristiano, unido á la ambición, agrupó los nobles en cofradías que se asemejaban á las de los monjes, y que tenían también sus votos, sus reglamentos y sus ritos. Unas formas de iniciación rigurosamente seguidas, según el modelo que daban los más cumplidos caballeros, los de Champaña y Lorena, permitían al joven noble entrar en el cuerpo de los elegidos. Según era de uso para todos los adolescentes en los pueblos primitivos, cada uno de ellos comenzaba por un período de duras pruebas en el cual se probaba su valor, su fuerza de resistencia física y su ingenio, y al fin, cuando se le juzgaba digno de ser un hombre, la asamblea de los caballeros y de las damas, convocada ordinariamente en un gran día de fiesta, especialmente en Pentecostés, el día en que desciende el soplo del espíritu creador, se calzaba al candidato las espuelas de oro y de plata, la cota de malla y la coraza; el joven, arrodillado en el centro de la sala, recibía del más noble de los señores presentes los tres golpes tradicionales del plano de la espada, y quedaba hecho hombre. Al levantarse, recibía de sus iguales el beso fraternal y se

[1] H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, p. 134.
[2] Giambattista Vico, *Scienzia Nuova*, edic. franc., p. 372.



Cl. Kuhn, edit.

ANGULEMA.—CATEDRAL DE SAN PEDRO, COMENZADA EN EL SIGLO XI, CONSAGRADA EN 1128

armaba con el casco, el escudo y la lanza. El señor feudal había recibido su juramento de pleito homenaje, los representantes de la Iglesia habían recibido también su promesa de adhesión eterna y de obediencia; por último, se había comprometido con el mundo entero á la franqueza, á la justicia, á la magnanimidad y sobre todo á la defensa de los débiles, de los huérfanos y de las mujeres. Una bella divisa y unos colores simbólicos habían de recordarle para siempre sus deberes.

En efecto, la historia nos dice que hubo nobles caballeros «sin miedo y sin reproche», solitarios que tomaron en serio los bellos juramentos que habían hecho, permaneciendo fieles á su divisa y á su dama, «caballeros andantes» que recorrían los campos en busca de tuertos que enderezar y desgraciados que defender; pero esos héroes de justicia, ya ridículos á los ojos de sus contemporáneos, han sido inmortalizados después bajo el nombre de «Caballeros de la Triste Figura». La mayor parte de los paladines, arrastrados por la violencia y la ambición, no daban por objeto á su vida más que guerrear, conquistar y oprimir las poblaciones vencidas.

En aquella época, monjes y caballeros, lo mismo que los mercaderes y todos aquellos que podían exceptuarse de las duras condiciones de la servidumbre, solían arriesgarse á las aventuras, frecuentemente peligrosas, pero siempre meritorias, de una peregrinación á las ciudades santas, las iglesias y los conventos donde se habían realizado milagros, y el centro de atracción por excelencia era el Santo Sepulcro: la visita de los «Santos Lugares» estaba tan en honor entre los cristianos como prosternarse en la Kaaba entre los islamitas. Pero los mahometanos tenían la Meca en su propio territorio, en tanto que los católicos habían de atravesar como suplicantes el territorio de los enemigos haciéndose abrir á fuerza de dinero las puertas de Jerusalem y del santo sepulcro. Los Sarracenos consideraban, como negociantes hábiles, la llegada de aquellos extranjeros á quienes era lícito explotar; pero los odios de raza y de religión estallaban con frecuencia cambiándose pedradas, insultos y cuchilladas en el curso de las procesiones. La más famosa de las peregrinaciones, la de 1064, compuesta de miles de fieles, unos siete mil,

siguiendo á pie al arzobispo de Maguncia y sus dignatarios sobre el camino del Gólgota, dió lugar, según dicen las crónicas, á admirables demostraciones de fe, pero también á escenas de matanza y de rapiña: ni una tercera parte de los peregrinos volvió á su patria [1]. De ese modo el cuidado de la venganza se aumentaba incesantemente entre los cristianos: cada viajero que volvía del Santo Sepulcro predicaba su reconquista cerca de los suyos. Dos generaciones antes de que se llevase á cabo la Gran Cruzada se preparaban á ella las imaginaciones; de ella se hablaba en todas las asambleas eclesiásticas y en las cortes baroniales; debía hacerse porque se quería hacía mucho tiempo. Por otra parte las novelas y las leyendas, confundiendo las edades, colocaban ya en el pasado esa gran obra que los caballeros cristianos deseaban realizar. Así Carlomagno, habiendo concentrado en sí todas las glorias humanas, debía haber realizado también todas las ambiciones transformando todo ideal en victoria. Puesto que los cristianos sufrían la humillación profunda de ver la tumba de su Dios en poder de los Sarracenos, no necesitaba más el recitador de las leyendas para que atribuyera al gran rey el rescate del Santo Sepulcro. La cruzada predicada no tenía más que seguir sus huellas.

Sin duda el papa y el emperador, que se disputaban entonces el dominio de la Europa occidental, hubiesen preferido continuar directamente su lucha á lanzarse á las aventuras de una guerra lejana en países desconocidos, soltando la presa por coger la imagen de ella; pero la opinión pública — existente ya en aquella época — era demasiado poderosa para que fuese posible resistirla. Por otra parte, el papa tenía derecho á esperar que la ayuda aportada á los cristianos del mundo bizantino podría tener por consecuencia la unión de la Iglesia cismática á la suya, quedando en lo sucesivo como la única verdadera: tal había sido la política de Gregorio VII; hasta se había preparado para el viaje de Constantinopla, donde pensaba conducir en persona un ejército de socorro contra el Islam, pero estipulando bien sus condiciones de rescate de las conciencias [2].

[1] Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, achter Theil.
[2] *Ibid.*, p. 69.

No hay duda que la fe cristiana tuvo, como se asegura, una parte considerable en el movimiento que lanzó las bandas del Occidente sobre Palestina: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» exclamaban las multitudes en el delirio momentáneo que se apoderó de ellas á la voz de los oradores; mas por poderosa que pudiera ser la fe religiosa de los individuos, frecuentemente arrastrados por ella hasta la locura, esa misma fe permaneció siempre inferior á los intereses económicos inmediatos en las preocupaciones ordinarias de un pueblo: el alimento, la vida material de cada día son el cuidado dominante. Para impulsar un movimiento de tan poderosa intensidad como lo fueron las cruzadas, era preciso un móvil que obrase sobre las naciones en todo el espesor de las clases; gentes del campo y de las ciudades, sacerdotes y señores, y que poseyera bastante fuerza inicial para que el espíritu de imitación y la locura contagiosa de todos los grandes remolinos humanos pudiesen entretenerle mucho tiempo.

Este móvil era en realidad la desesperación: las naciones eran tan desgraciadas, que se les imponía el deseo del cambio. El estado continuo de la Europa feudal, sacudido siempre por las guerras y las discordias, era tan deplorablemente incierto, ó más bien tan constantemente impregnado de desgracias inevitables, asaltos y derrotas, hambres y pestes, incendios y matanzas, que todo, hasta lo imposible, parecía preferible á lo presente. Unicamente la esperanza de lo mejor podía arrojar á los desgraciados fuera del terruño natal hacia países de tal modo lejanos que su distancia parecía incalculable y cuya dirección por tierra ó por mar estaba más ó menos vagamente indicada por peregrinos ó mercaderes que se referían á los astros del cielo. Unas leyendas análogas á las que en tiempos pasados habían determinado la invasión de los bárbaros en las Galias y en todos los países mediterráneos hasta en Africa, contaban maravillas de todas esas comarcas del Oriente. Se sabía que las «Indias», la lejana región del Sol Levante, era el lugar de procedencia de los rubíes, de los diamantes y del oro, y no se ignoraba que Constantinopla debía sus riquezas al poco tráfico que lograba pasar entre las hordas de los invasores mahometanos del Asia anterior. Imaginábase también cándidamente que sería fá-

cil despejar todas las vías de acceso que conducen hacia esos países afortunados, cuyos caminos habían cerrado los odiados Sarracenos. Cada uno tenía su ambición que satisfacer: el fraile llegaría á ser apóstol, obispo ó patriarca; el señor «sin haber», como lo era el famoso Gauthier, uno de los jefes de la primera cruzada, comenzaría por ser jefe de banda y después se elevaría al rango de general de ejército; el caballero no podría menos de apropiarse un gran feudo, y el simple soldadote, el escudero, contaba por lo menos con un fructuoso pillaje; todo eso bien valía la pena de arriesgar la vida, mucho más si se considera que igual riesgo se corría permaneciendo en Europa luchando con los malandrines de toda clase y de todo país. Así se lanzaron locamente las gentes á correr las aventuras.

Además algunos de los apóstoles de las cruzadas no temieron hacer un llamamiento directo á móviles más verdaderos, á aquellos que suelen velarse bajo elegantes discursos: Urbano II, dirigiéndose á los cristianos de Clermont, en 1095, les habló un lenguaje absolutamente idéntico al de un economista actual, que hablara á sus electores de colonización ó de nuevos mercados: «La tierra que habitáis, cerrada por todas partes por mares y montañas, es estrecha para vuestra demasiada población; está desprovista de riquezas y apenas suministra el alimento á los que la cultivan. A causa de ello os destrozáis, lucháis y os matáis unos á otros. Aplacad vuestros odios y tomad el camino del Santo Sepulcro». Como se ve, según el mismo vicario de Jesucristo, ¡la tumba del Salvador no podía ser rescatada sino por la alianza de Dios y Mammon! Y el emperador de Bizancio, Alejo Comneno, escribiendo á los barones de Occidente, les dijo con tanto cinismo como Bonaparte dirigiéndose al ejército de Italia: «Si tantos males, si su amor por los santos apóstoles no sublevan á los cristianos, tiéntese al menos su avaricia por el oro y la plata retenidos en abundancia por los infieles, hágaseles pensar en la belleza de las mujeres griegas» [1]. Además la seguridad de la salvación prometida por los sacerdotes debía contribuir algo hasta en aquellos que creían á medias: el papa proclamaba el perdón de sus pecados á todo el que tomase la cruz, y el viaje armado asegu-

[1] Fray Robert; Guilbert de Nogent, *Hist. Hieros.*, citados por Raoul Rosières, obra citada, ps. 240, 241.

raba la gloria. ¿No era admirable expiar todos los crímenes anteriores de violencia y de muerte, dándose el placer de cometer otros nuevos, pero esta vez contra los Musulmanes?

Mucho antes de que las cruzadas hubiesen comenzado oficialmente, estaban ya en plena realización. Sería justo decir que el movimiento duró setecientos ú ochocientos años, desde el choque de Carlos Martel con los moros en el Poitou y la Septimania hasta las expediciones de Carlos V á las costas Berberiscas. Las guerras continuas de los Españoles del Norte contra los Arabes del Sud constituían solamente la parte occidental del gran conflicto; allí, el contacto inmediato de los beligerantes entretenía incesantemente la batalla, mientras que, más al Este, de un extremo al otro del Mediterráneo, los choques exigían largos preparativos y daban lugar á más extensas matanzas, y los anales, enumerando todas las expediciones pequeñas y grandes, demuestran que hubo más de seis ú ocho cruzadas [1]. Una necesidad de clasificación ordenada ha inclinado á los historiadores á no describir sino las más importantes de esas expediciones para no perderse en la confusión de los detalles; pero en toda ocasión se formaban bandas más ó menos fuertes, grupos de peregrinos armados ó de bandidos aislados que se dirigían constantemente á Tierra Santa, engrosando los ejércitos, reemplazando las bajas ó desapareciendo en el camino.

Antes de conquistar la Palestina, el primer acto debía consistir en despejar el Mediterráneo, que pertenecía por completo á los Arabes. Ya, al principio del siglo XI, en 1015 y 1016, las flotas de Pisa y de Génova se apoderaron de Cerdeña, que Mogehid, el señor de Denia, en la costa de Valencia, había unido á su principado. Las Baleares, que pertenecían al mismo príncipe árabe de España, no cayeron en poder de las repúblicas italianas hasta el transcurso del siglo siguiente; pero ya la gran isla que ocupa el centro mismo del mar Interior, Sicilia, había sido tomada por los Normandos. Estos, de piratas, habían llegado á ser príncipes y reyes, y en tanto que Roberto Guiscard, hijo de Tancredo, se apoderaba de las provincias meridionales de Italia, su hermano Roger atrave-

[1] Raoult Rosières, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, p. 239.

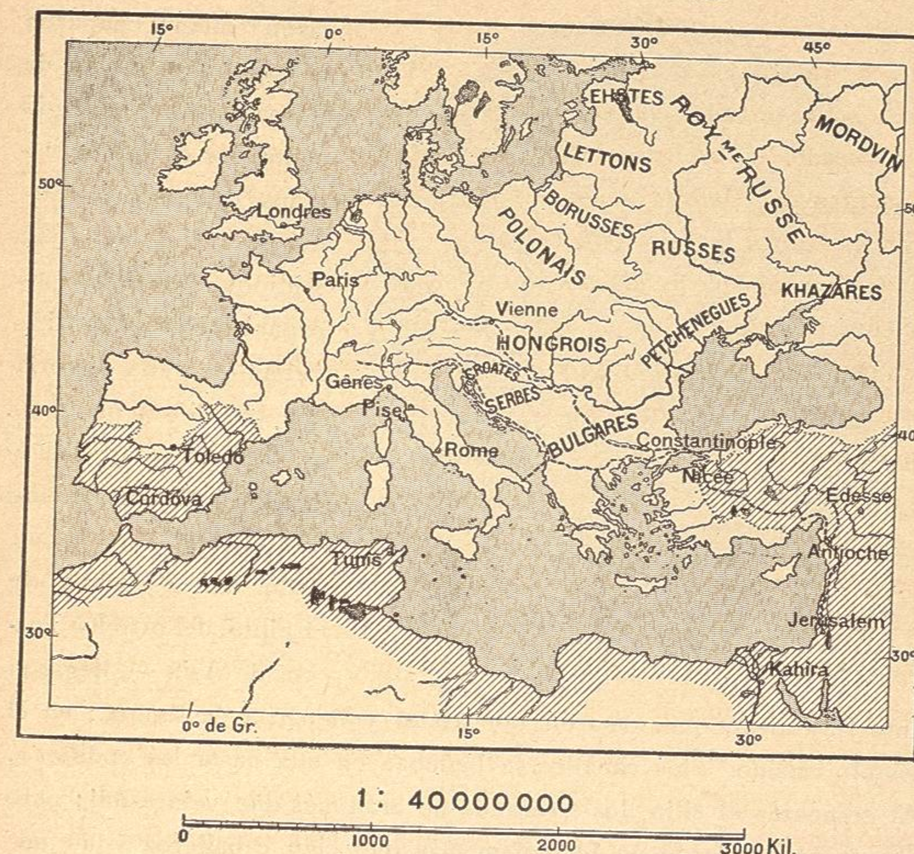
saba el estrecho de Mesina, arrastrando sus caballos á nado detrás de los barcos. Sicilia estaba entonces dividida en pequeños principados, y el jefe normando mandó atacar á Palermo, con la ayuda de una flotilla pisana, sin necesidad de combatir todos los ocupantes sarracenos (1072). Sucesivamente redujo las diversas partes de la isla, y, en 1091, algunos años antes de la gran cruzada hacia la Palestina, escalaba la última fortaleza, el Kasr-Yan ó Castro Giovanni, la antigua Enna, el «ombligo de la Trinacria», el lugar sagrado sobre el cual se elevaba antiguamente el altar de Ceres. Los «Cruzados» poseían así para sus empresas un punto de apoyo en el centro del Mediterráneo.

Sin embargo, la iniciativa del ataque directo contra los profanadores de la tumba venerada no vino de los Normandos: partió principalmente de Francia, donde había hallado eco la palabra del papa. En un principio fué un arranque furioso, desordenado, caótico: las multitudes corrían, nobles, menestrales, sirvientes y vagabundos, dirigiéndose hacia el país del Sol Levante y recogiendo otras multitudes en el camino. La invasión gala comenzaba de nuevo hacia el Oriente, pero sin duda más incoherente que lo había sido la de los Volces Tectosagos catorce siglos antes. Todo ello se movía como una inundación de cieno, cubriendo con su lodo toda la región atravesada. Después de aquella barahunda que se consumió de matanza en matanza y de epidemia en epidemia en la travesía de Hungría y de Bulgaria y últimamente en los primeros choques sobre el suelo del Asia Menor, venían los grandes ejércitos que mandaban los caballeros más famosos de la cristiandad y que se componían principalmente de Franceses, de Normandos, de Loreneses y de gentes de las Ardenas y de los Países Bajos. Godofredo de Bouillon, llamado Otto von Freysingen, fué puesto á la cabeza de los Cruzados porque conocía igualmente el lenguaje de los pueblos románicos y el de los Teutones. Siguió el camino de la Europa central, mientras que Raimundo de Tolosa pasó por la Italia del Norte y Dalmacia y los Italianos tomaban el camino del mar hacia Constantinopla, punto común de cita. Desde allí había que abrirse paso á viva fuerza combatiendo con los Turcos que ocupaban las ciudades y los pasos del Asia Menor y de Siria; de los setecientos mil hombres que partieron

apenas quedaba la mitad: según Gibbon, trescientos mil Cruzados perecieron antes que se arrancara una sola ciudad á los Musulmanes.

No obstante, ese poderoso ejército no hubiera bastado para alcanzar su objeto si no hubiera adquirido el favor de sus huéspedes,

N.° 311. Caminos seguidos por la Primera Cruzada.



Los territorios rayados son aquellos en que dominaban los Musulmanes en la época de la primera cruzada. El camino seguido por Godofredo de Bouillon á lo largo del Danubio, el de Raimundo por Lombardía y el de Tancredo por el estrecho de Tarento, están indicados por trazos discontinuos.

los Bizantinos: los barones cruzados, á quienes los Seldjoucidas cerraban el camino delante de Nicea, no pudiendo pasarse sin el apoyo de los Griegos para su abastecimiento, hubieron de rendir homenaje, bien á pesar suyo, al emperador Alejo como á su señor, y prometer solemnemente devolverle todas las plazas que conquistasen y habían ya formado parte del imperio de Oriente. Prometieron

sabiendo de antemano que el legado del papa, que les acompañaba, les relevaría en caso necesario de su juramento. Entonces comenzó la verdadera campaña: tomaron Nicea; después, en una gran batalla, derrotaron á los Musulmanes en el interior de la península, franquearon las Puertas Cilicias, llamadas por ellos las «Puertas de Judas», que con tanta razón temían [1]; ocuparon la importante ciudad de Edesa, que les protegió contra los enemigos venidos de ultra el Eufrates, encerrándose en Antioquía, de donde escaparon con gran dificultad por una victoria que pareció un milagro, y, finalmente, gracias á las disensiones de los Musulmanes — de un lado los Fatimitas de Egipto, del otro los Turcos de Asia —, llegaron ante Jerusalem, que tomaron por asalto y llenaron de sangre; en el templo mismo, «los caballos se bañaban en ella hasta las rodillas». Al comenzar el sitio, los Cruzados no eran más que veinte mil; pero pronto no quedaron en Jerusalem más que cien caballeros y un millar de infantes. El ejército se había fundido, y el Santo Sepulcro sólo se unía á la cristiandad por un hilo bien fácil de romper.



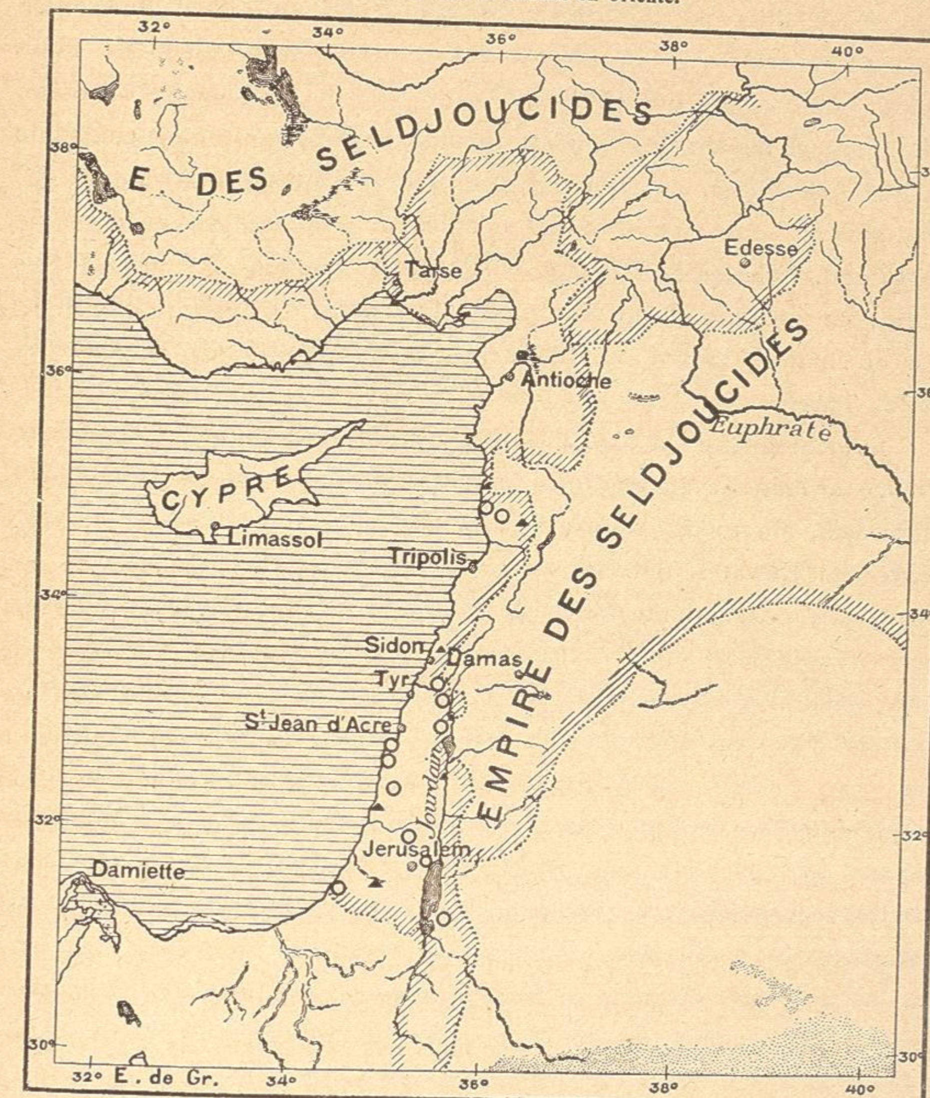
COMBATE DE LOS CRUZADOS Y DE LOS SARRACENOS
(Vidriera de Saint-Denis)

Todo estaba perdido si los intereses del comercio no hubieran apoyado á los de la fe; pero las flotas de Génova y de Pisa se habían preparado en vista del transporte y del abastecimiento de los caballeros y de los peregrinos, y, gracias á esas flotas que dominaban el litoral, Baudouin, sucesor de su hermano Godofredo, pudo conservar Jerusalem y después conquistar la mitad de las ciudades

[1] W. M. Ramsay, *Geographical Journal*, Octubre 1903.

del litoral, entre otras San Juan de Acre y Trípolis de Siria. Esta última ciudad poseía una biblioteca admirable, probablemente la mejor

N.° 312. Reinos cristianos en Oriente.



▲ Establecimientos de los Hospitalarios. ○ Establecimientos de los Templarios.

1 : 7 500 000

0 100 200 400 Kil.

La costa de Asia Menor, al norte de Chipre, formaba parte del imperio de Oriente.

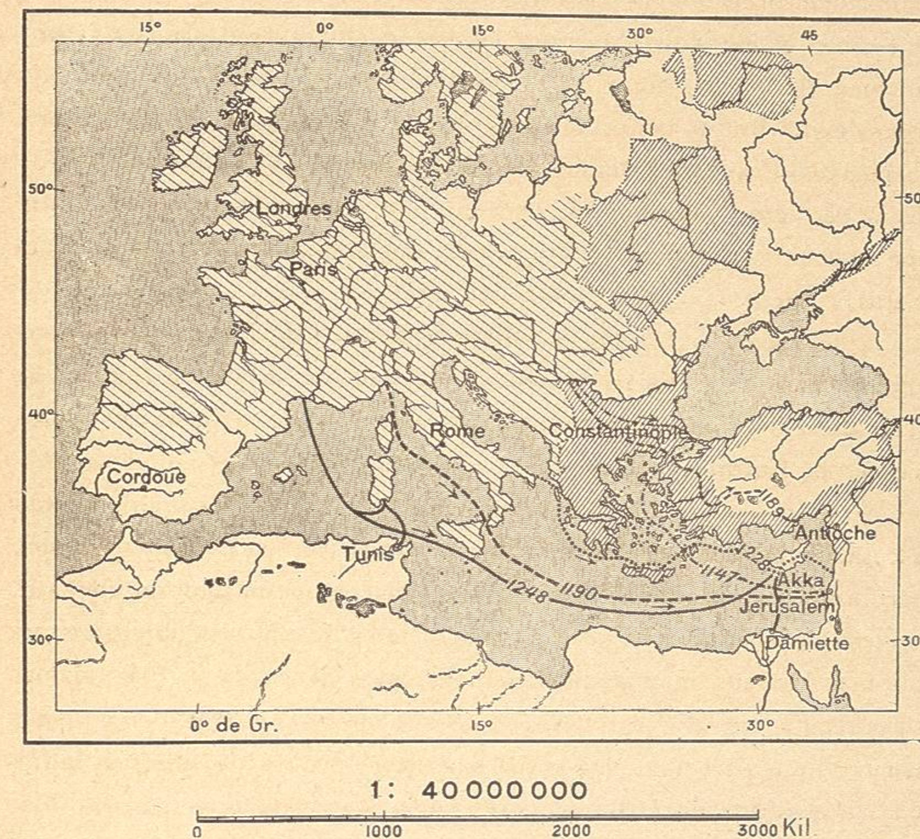
que existiera aún en el mundo: los bárbaros de Occidente, fieles á las tradiciones cristianas, no podían dejar de entregarla á las llamas;

como lo hace notar Ramsay, los Cruzados de esta época no sabían garrapatear sus nombres sobre las rocas como los soldados griegos, mil quinientos años antes [1]. Otros bárbaros vinieron pronto á juntarse á los Francos, verdaderos Noruegos, en número de diez mil, llegados directamente en una flota de sesenta embarcaciones, que habían contorneado por el libre Océano todo el continente de Europa. Bajo el mando de Sigurdr, tomaron parte en el saqueo y, por la toma de Sidón, contribuyeron al engrandecimiento del reino de Jerusalem. Entre tanto, miles y miles de cruzados de la Europa occidental, Franceses, Italianos y Alemanes, llegados por la vía de tierra, en 1101, perecían sin quedar uno sobre el camino de Siria por el hambre, la sed, el cansancio, las enfermedades y el cuchillo de los Turcos.

Evidentemente, la lógica de las cosas quería que un punto geográfico aislado de su territorio natural, como lo era la ciudad de Jerusalem, sin todos los macizos de montañas inmediatas y sin los pasos del Eufrates, quedase una conquista exterior al mundo cristiano, y por consiguiente difícil de conservar. Para ello hubiera sido necesario emplear allí todas las fuerzas de la Europa latina y germana, pero éstas distaban mucho de estar unidas en un mismo sentimiento. Los más bárbaros aportaban la mayor fe en su empresa, mientras que los más prudentes, los hábiles mercaderes de Génova y de Pisa, apenas se preocupaban de otra cosa que de sus intereses. Hasta en aquellos mismos que parecían más entusiastas por la obra de libertad, la iniciativa se desviaba con frecuencia hacia las ventajas personales ó las satisfacciones nacionales. Además las cuestiones de orden interior en los diferentes Estados se hacían cada vez más urgentes y disminuía la importancia relativa de la posesión del Santo Sepulcro. Así cuando la ciudad fuerte de Edesa, que defendía el litoral sirio contra los Musulmanes, cayó en poder del hábil y perseverante Zenki, en 1144, debió parecer inevitable la próxima caída del reino cristiano de Jerusalem. En vano fué que tres años después se pusiese en marcha la más poderosa de todas las cruzadas, llamada comunmente la «segunda» hacia los países de Oriente. Constaba de 14000 caballeros y un millón de hombres á pie; la mandaban dos soberanos, el emperador de Alemania, Conrado III, y Luis VII, rey de Francia. Pero, como siempre, los ejércitos se fundieron en el camino, Edesa no fué reconquistada y hasta Damasco, mucho más cerca

[1] *Geographical Journal*, Octubre 1903, p. 384.

N.º 313. De la segunda á la última Cruzada.



El rayado estrecho recubre los territorios dependientes del patriarcado de Constantinopla; el rayado ancho, los que reconocían la autoridad suprema de Roma.

La fecha 1147 acompaña á la ruta seguida por Conrado III; 1189, la seguida por Barbarroja, y 1190, el trayecto de Felipe Augusto. Las cruzadas de San Luis, 1248, hacia Damieta, 1270, hacia Túnez, están indicadas en raya completa.

de Jerusalem, quedó ciudad musulmana. Los dos jefes, casi sin ejército, regresaron á sus países respectivos con la humillación de la derrota. Cuarenta años después, en 1187, el brillante dueño de Egipto, Salah-ed-din ó Saladino, se apoderaba de la «ciudad santa», á pesar de la fuerza natural de su posición, de la solidez de sus murallas y del valor de sus defensores. El reino cristiano de Jeru-

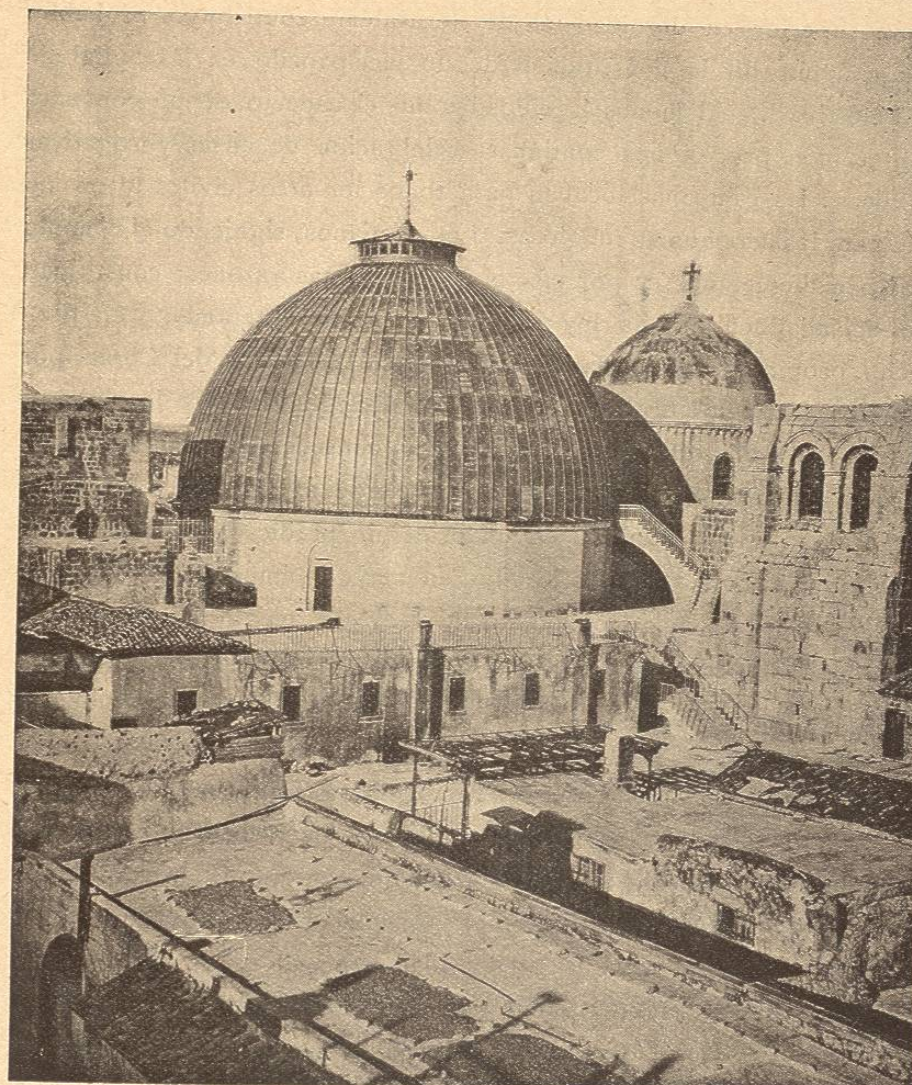
salem duró menos de cien años: los lances de la fortuna guerrera le levantaron durante algunos años fugitivos, en el siglo XIII, después concluyó del todo, á pesar de las cruzadas sucesivas.

Al sud del Mediterráneo, el Islam rechazó igualmente las fuerzas de la cristiandad. Los Roger de Sicilia habían hecho también su cruzada en la Mauritania, apoderándose de todos los puertos de la Tunicia y hasta de Trípoli. De ese modo el territorio del Islam quedó cortado en dos, y si los Normandos hubiesen conservado la posesión del litoral berberisco, la España musulmana, definitivamente separada del mundo oriental del Islam, privada de sus comunicaciones y de todo apoyo moral, hubiera sido indudablemente reconquistada más pronto por los cristianos de Navarra, de Asturias y de las Castillas; pero, desde la mitad del siglo XII, los conquistadores de Sicilia se vieron obligados á soltar su presa. En 1159 hubieron de reembarcarse con rumbo al Norte, y, durante setecientos años, el Islam de Africa continuó defendiéndose con éxito contra todo ataque de la Europa occidental.

La ocupación durante más de medio siglo de la ciudad donde murió el Dios de los cristianos debía ejercer naturalmente una influencia considerable sobre el conjunto de la civilización europea y sobre todas sus manifestaciones. Además esa acción infinitamente compleja es muy difícil de aclarar en todos sus detalles, y mucho más la que se produjo por el contacto recíproco de los Occidentales con los pueblos de Oriente. Sin embargo, los resultados generales se presentan con bastante evidencia para que pueda distinguírseles con toda certidumbre y hacer constar de qué manera reaccionaron sobre el equilibrio del mundo.

En primer lugar, el poder de la Iglesia romana aumentó extraordinariamente. Cualquiera que fuesen los intereses ligados en sus empresas, todas las cruzadas se habían hecho oficialmente bajo el nombre y á la mayor gloria del papado; en la presencia misma del pontífice ó de los más grandes prelados los caballeros habían proclamado su adhesión perfecta á la «voluntad de Dios», y el mismo signo que habían pegado á su manto atestiguaba su sumisión al poder espiritual. Esta hegemonía del papado en el movimiento de

las cruzadas, parece que hubiera debido producir como consecuencia la romanización completa de Jerusalem, convertida en una simple vasalla eclesiástica de Roma. Tal era, en efecto, el voto de los



Cl Bonfils.

JERUSALEM — CÚPULA DEL SANTO SEPULCRO

frailes de todo hábito que acompañaban á los caballeros; pero éstos, que habían tenido el trabajo, querían participar del beneficio, y á pesar de todo, á riesgo de irritar las susceptibilidades clericales, se distribuían los feudos y las grandes rentas. Por otra parte la gue-

rra sin cuartel contra gentes de raza, de lengua y de religión diferentes conservaba en la sociedad europea emigrada á Palestina un régimen forzosamente militar, y la rivalidad del patriarca de Antioquía, considerado por los cristianos de Oriente como igual, si no como superior en dignidad al de Jerusalem, contribuyó probablemente á impedir la constitución de un vice-papado en la capital de la Palestina [1]. Al menos la ciudad tomó el aspecto de un convento militar, con procesiones continuas, celebración de misas y rogativas públicas: las campanas tocaban para todos los actos civiles lo mismo que para las ceremonias religiosas. Los cristianos, siguiendo el ejemplo de los mahometanos, y por efecto de las mismas razones, constituían una sociedad en que la ley religiosa absorbía enteramente en provecho propio la ley secular: por una parte los *soutra* del Corán, por otra los versículos de la Biblia determinaban los actos y los juicios.

Las Cruzadas tuvieron también por consecuencia dar á la monarquía francesa un carácter particularmente atribuído á la Iglesia. La primera expedición fué en un principio predicada en Francia, y caballeros franceses fueron los que en mayor número tomaron parte en ella. Después el movimiento de fe y de aventura se propagó hacia la Europa central; pero el primer lugar no dejó de corresponder á los Cruzados franceses y á los Normandos de Sicilia, quienes, por otra parte, se unían también en aquella época por la lengua y el genio á los caballeros de nacionalidad francesa. A los ojos de los papas, las hazañas de la caballería occidental se unieron á las donaciones de Pepino y de Carlomagno, y aun á la conversión de Clodoveo, para constituir una especie de tradición que unía la política de Francia á la prosperidad especial de la Iglesia. De aquella época de las Cruzadas data la expresión de *Gesta Dei per Francos*, y el clero encontró en ella un pretexto de los más cómodos para tratar de regimentar en su provecho el pueblo francés llamándolo «soldado de Dios». Hasta en el siglo XX, después de Renacimiento, Reforma y Revolución, ese recuerdo de las Cruzadas todavía ejerce su influencia en las disensiones civiles de Francia para retenerla bajo el dominio de la Iglesia.

[1] Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, achter Theil.

El oficio de los señores feudales era batirse, y precisamente las guerras constantes y la barbarie de ellas resultantes trajo consigo la ruina completa del arte militar, táctica y estrategia: se mataban unos á otros, pero no se sabía combatir, las reglas de combate habían sido olvidadas. Ya no había ejércitos propiamente dichos; éstos no constituían ya cuerpos organizados con un cuadro común que concordaba sus operaciones siguiendo un plan único. Tantos señores, tantos jefes de guerra independientes; cada uno tenía el mando absoluto de sus hombres, no en virtud de su talento, de su mérito reconocido, sino por su derecho de nacimiento ó de rango. Los combatientes que empleaba habían sido escogidos entre sus siervos; sin haber recibido previamente instrucción militar, habían de batirse, no para la victoria de todos, sino para la gloria especial de su jefe, y, cuando hacían un prisionero ó capturaban un caballo, parecía muy natural que fueran á poner su presa en lugar seguro antes de volver á la batalla; de donde resultaban imposibles todas las maniobras de conjunto. El arte militar no tuvo nuevos adeptos hasta después del encuentro de las Cruzadas y de los ejércitos mahometanos. Los caballeros cristianos aprendieron de sus enemigos á formar tropas sólidas, regularmente adiestradas para la guerra, en vista de un triunfo colectivo. No obstante, parece que el arte de los sitios no se había perdido por completo: unos ingenieros especiales se habían transmitido por generación de padres á


Según Sybel.
MURALLAS DE ANTIOQUÍA

hijos el arte de construir las trincheras y de preparar los asaltos [1].

Desde los primeros años de sus relaciones con los musulmanes — por violento que fuese entre ellos el fanatismo de los odios religiosos —, los cristianos se dejaron «orientalizar» de una manera muy sensible. Como es natural, las condiciones del clima se hicieron sentir ante todo en el vestido, las comidas y las prácticas diarias: por una influencia análoga, siglos después, los soldados franceses de Argelia se cambiaron en «zuavos» y en «spahis». También se modificó la moral, lo mismo que la manera de pensar. La evolución que se hizo en el ánimo de los Cruzados obedeció á dos fuerzas, la de la madre patria de donde venían y la de la comarca donde se efectuaba su obra; se comprueba bien por las órdenes de caballería que nacieron en la tormenta de las Cruzadas, y cuyo carácter práctico, procedente de la situación nueva, es muy diferente de la antigua caballería, que se daba un ideal inaccesible, por ejemplo, como en nuestros cuentos de hadas, libertar una princesa encerrada en una torre de diamante, en medio de un bosque inextricable ó de un mar de fuego defendido por espantosos dragones. Los caballeros de las Cruzadas se fijaron un objetivo menos difícil de realizar, pero mucho más serio, puesto que concuerda con los deberes humanos. La orden de los Hospitalarios, que pertenecía oficialmente á la gran familia monacal de los Agustinos, no podía constituirse sino en país extranjero, allí donde los hermanos en la fe corren el riesgo de no encontrar asilo en ciudad, villa ó monasterio, allí donde conviene hallar amigos seguros en medio de los más rudos enemigos, improvisar campos de refugio en el desierto ó en los montes rocosos, trazar caminos á los viajeros y á los peregrinos, asistir á los heridos y á los enfermos, saber además manejar la espada y aplicar el cordial curativo. No hay duda que los Hospitalarios recibieron en Oriente la tradición de otros bienhechores, los Nestorianos, cuyos hospicios se continuaban hasta China sobre los pasos nevados de las montañas y en los oasis de las soledades.

Los Templarios ó caballeros del Templo, así denominados por el sitio de residencia de su sociedad, en las salas del palacio edificado sobre los vestigios del Templo de Salomón, trataron resueltamente de reunir en sus personas los dos poderes, el espiritual y el temporal, de ser á la vez frailes y guerreros, de llevar hábito y espada. Como los sacerdotes, pronunciaban votos, bendecían y mal-

[1] Paul Meyer, *Introduction* á Girart de Roussillon, ps. LXX, LXXI.



Cl. Bonfils.

CALLE DE LOS CABALLEROS EN RODAS

decían, abrían las puertas del cielo y las del infierno, y, como caballeros, cumplían sobre la tierra las decisiones que habían formulado para la vida futura. Al principio adquirió esta orden una fuerza temible, y los papas vacilaron á tomar al servicio de la Iglesia tan poderosos defensores; pero San Bernardo, que dirigía entonces el mundo cristiano, redactó los estatutos de su orden (1128) y dirigió sus primeras empresas políticas y religiosas. Semejante Estado, acumulando todas las fuerzas que, en otras partes, se mantenían opuestas; reuniendo los elementos de su fortuna, sin preocuparse de las

cuestiones de socorro, de lengua ni de nacionalidad que podían inquietar á unos rivales menos ambiciosos; no dando por límite á sus proyectos ni las fronteras de una patria ni las de Europa; abrazando el mundo en su esperanza, no hay duda que semejante fraternidad conquistadora hubiera fácilmente superado á emperadores y papas, sultanes é imanes si hubiese conservado la dirección de los ejércitos occidentales y la unión de sus fuerzas; pero el número de sus enemigos aumentaba á medida que la orden amontonaba sus riquezas. Tuvo necesidad de combatir sus rudos y constantes rivales, los Hospitalarios; conjurar y pagar muy cara la hostilidad de los obispos, de los señores feudales y de los reyes; después hubo de hacerse perdonar los infortunios políticos cuando los hechos de guerra y las discordias hubieron obligado á los Templarios á abandonar la tierra firme de Asia para refugiarse en la isla de Chipre. No obstante, la orden más estimada de la caballería se conservó en plena gloria durante más de dos siglos, y con frecuencia se trató de restaurar su esplendor. Todavía en la actualidad, ¡cuántos vanidosos ó estafadores, para deslumbrar á sus engañados, se condecoran con títulos é insignias como caballeros del Templo!

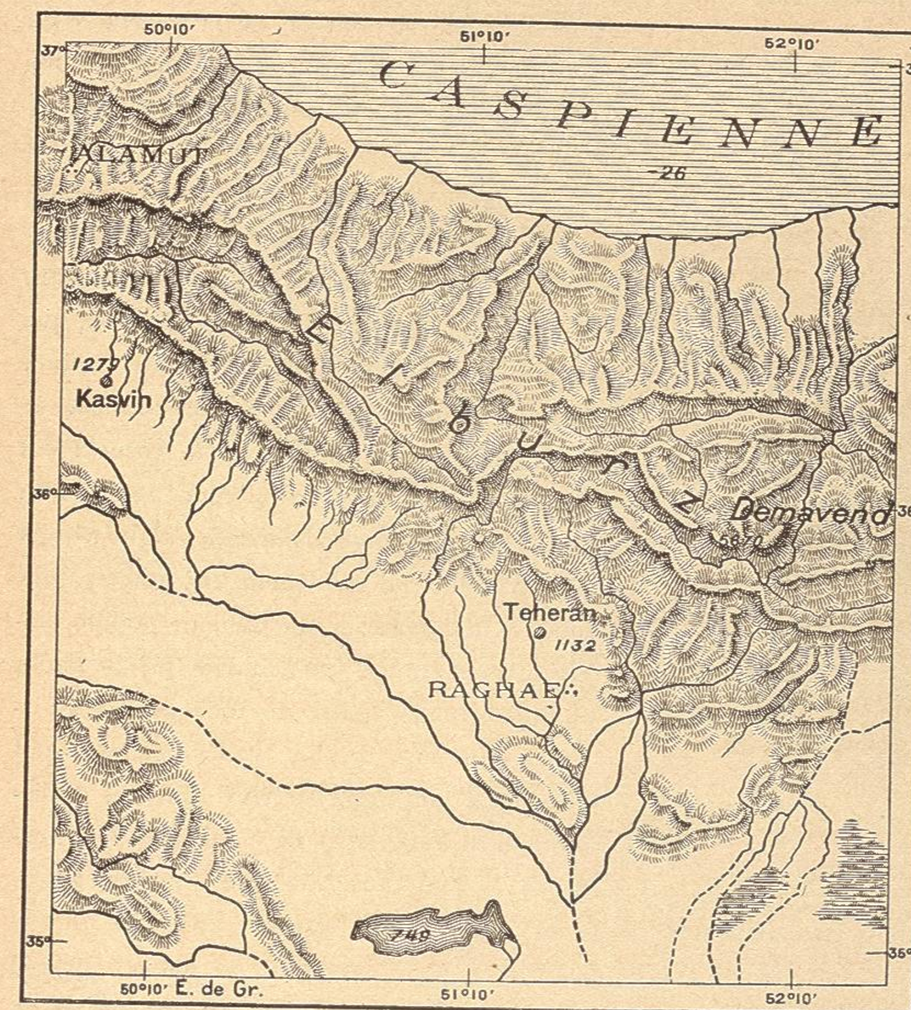
Los mahometanos tenían también sus cuerpos organizados, combatiendo á la vez por la oración y por las armas. Tal fué el de los «Comedores de hachisch» (Hachichiya) ó «Asesinos», que nació en Persia, algunos años antes de la constitución de los Templarios. Pertenecían á la secta de los Ismaelitas, cuyo nombre procedía de cierto Ismail, descendiente de Alí; en un principio no tomaron parte alguna en la política y se limitaban á prácticas religiosas. Profesaban una doctrina filosófica muy elevada, buscaban la fusión de todas las fórmulas idealistas, del platonismo al mesianismo, y predicaban una especie de panteismo que reposaba sobre la armonía general de todas las partes del mundo, sobre el cosmos de que depende cada persona humana que de él forma parte como los astros y debe tratar de comprender su belleza [1].

Pero la leyenda, que sería evidentemente muy distinta si no nos hubiera sido transmitida por cristianos que solían atribuir á

[1] P. Casanova, *Journal Asiatique*, 9.ª serie, t. XI, n.º 1, 1898; — E. Doutté, *Bull. de la Soc. de Géog. et d'Archéol. d'Oran*, Enero á Marzo, 1899, p. 53.

enemigos temidos todos los crímenes y todas las iniquidades, nos dice que los asesinos eran fanatizados por un profeta que, después de haberlos embriagado de placeres, les hacía extáticos de fe y los

N.º 314. País de los Asesinos.



lanzaba al mundo contra sus adversarios, armados del puñal ó del veneno. Ese jefe, el «Viejo de la Montaña», residía en el castillo de Alamut, sobre un promontorio del Elburz persa, pero poseía más de otras cien fortalezas en los países del Asia anterior. El sucesor de

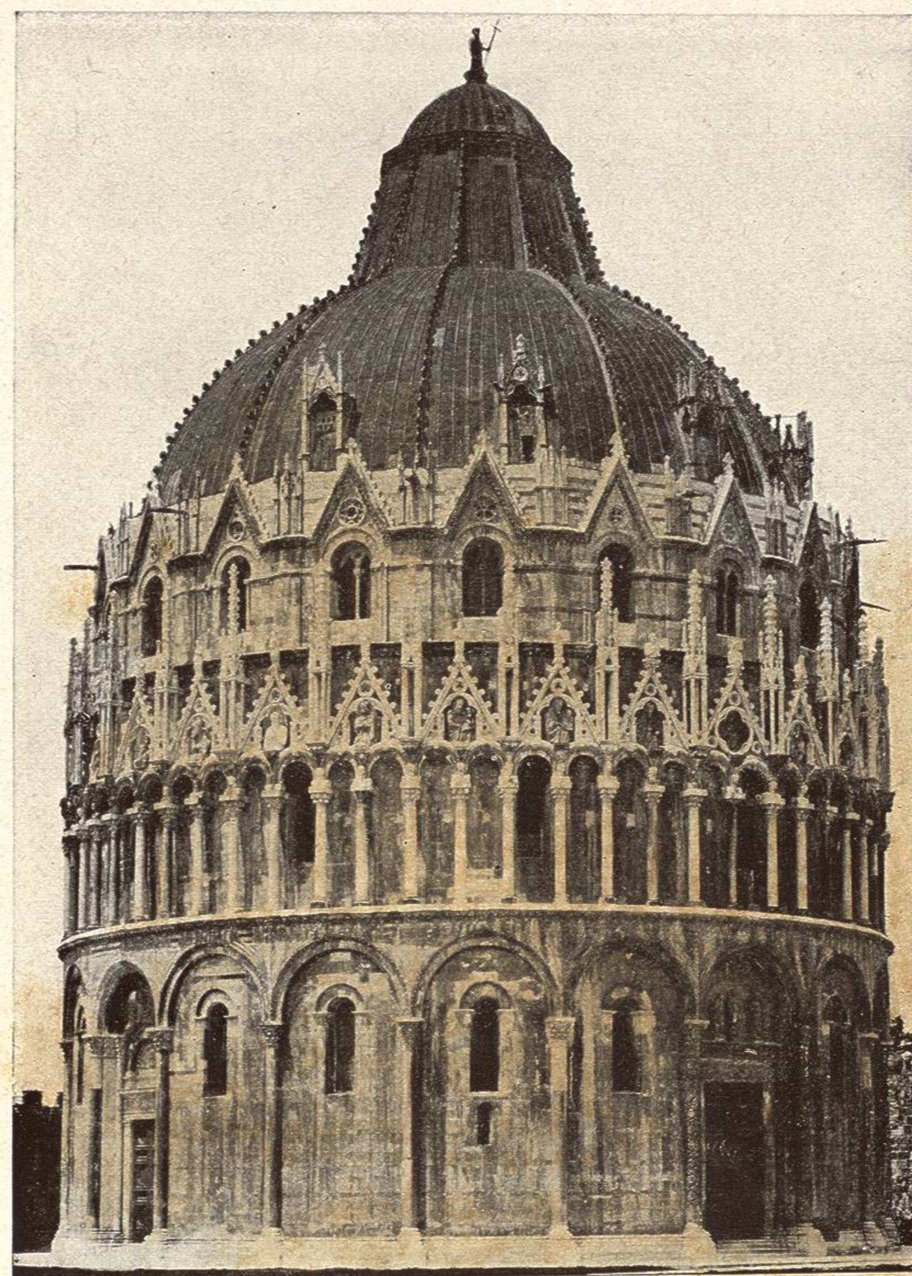
ese fraile terrible no es más que un humilde y pacífico súbdito del imperio de las Indias [1].

El monaquismo en Europa siguió, con una marcha más lenta, la misma evolución que en Oriente. En parte era el mismo personal desplazado del uno al otro extremo del mundo cristiano por las contingencias de la política, de la guerra y de la diplomacia, y las consecuencias de los acontecimientos repercutían de una parte y de otra, de manera que si no igualaban las condiciones, al menos conservaban su juego pacífico. A la sazón las dos capitales francesas del mundo monacal, Cluny y Citeaux, poseían una autoridad moral prodigiosa, que excedía con mucho á la de Monte Casino, antiguamente el vivero por excelencia de las abadías de Occidente y la escuela del papado. En Cluny, alrededor de la alta iglesia, se construyó al final del siglo XI una ciudad industrial que tomó un carácter suntuoso y mundano; hasta hubiera podido ambicionar el rango de ciudad privilegiada, aunque situada aparte de toda gran vía histórica, en uno de los valles laterales del Saona, en tanto que su rival Citeaux ó Cistercium se estableció en medio de unos bosques donde abundan los charcos y pantanos: el fraile que después se llamó San Bernardo halló en aquel lugar agreste un asilo que le convenía, donde sucedió á otros cenobitas que no habían atraído muchos discípulos; pero aunque su elocuencia y su fervor le hubiesen rodeado, por el contrario, de multitudes atraídas por su palabra, Citeaux no dejó por eso de ser lo que es todavía, una construcción grosera en medio de las soledades. La abadía madre no tardó en tener hijas, entre ellas la famosa Clairvaux, de la que fué abad el mismo Bernardo. Después las hijas, por la emigración de los monjes, pro-



FRAILE MENDICANTE

[1] H. Yule, *The Book of Marco Polo*, 2.ª edic., t. II, p. 155.



Cl. Kuhn, edit.

BATISTERIO DE PISA

dujeron nietas y biznietas: al principio del siglo XIII, cien años después del nacimiento de Clairvaux, la orden comprendía más de mil abadías en la cristiandad de Europa y de Palestina. San Bernardo llegó á ser el verdadero director de la conciencia cristiana, y de todas partes se le pedía consejo y consuelo: su palabra equivalía á ejércitos.

De tal modo era el fraile de Clairvaux el árbitro de la Iglesia, que en el momento más crítico del papado, su más querido discípulo, el toscano Bernardo, fué elegido por los cardenales para darle la púrpura, y ese nuevo papa, que tomó el nombre de Eugenio III, continuó dirigiéndose á su antiguo abad como á su guía. Para la instrucción de su discípulo pontificio escribió San Bernardo su libro de la *Consideración*, en el que le decía: «Sé humilde, sé humilde; nunca se ha visto que Pedro se presentase en público adornado con oro y pedrerías, vestido de seda, montado sobre un caballo blanco, rodeado de soldados y oficiales marchando con estrépito: en esto, tú eres el sucesor, no de Pedro, sino de Constantino. Acomódate al siglo, si es preciso; pero, revestido de oro y púrpura, no te desdeñes de ser pastor y no te avergüences del Evangelio».



Según Sybel.

CABALLERO DEL TEMPLO

Felizmente, en los períodos de transformación política y social, cuando el espíritu humano trata de renacer en su libertad, hay hombres que no «se acomodan al siglo». El tiempo de las Cruzadas fué una época de renovación no menos para las herejías que para la Iglesia misma. Si las disensiones religiosas habían sido relativamente escasas durante la primera parte de la Edad Media, debían, por el contrario, ser muy frecuentes en una época en que las poblaciones de Occidente y de Oriente se ponían en contacto de todas maneras, por sus ideas, sus creencias y sus mitologías respectivas:

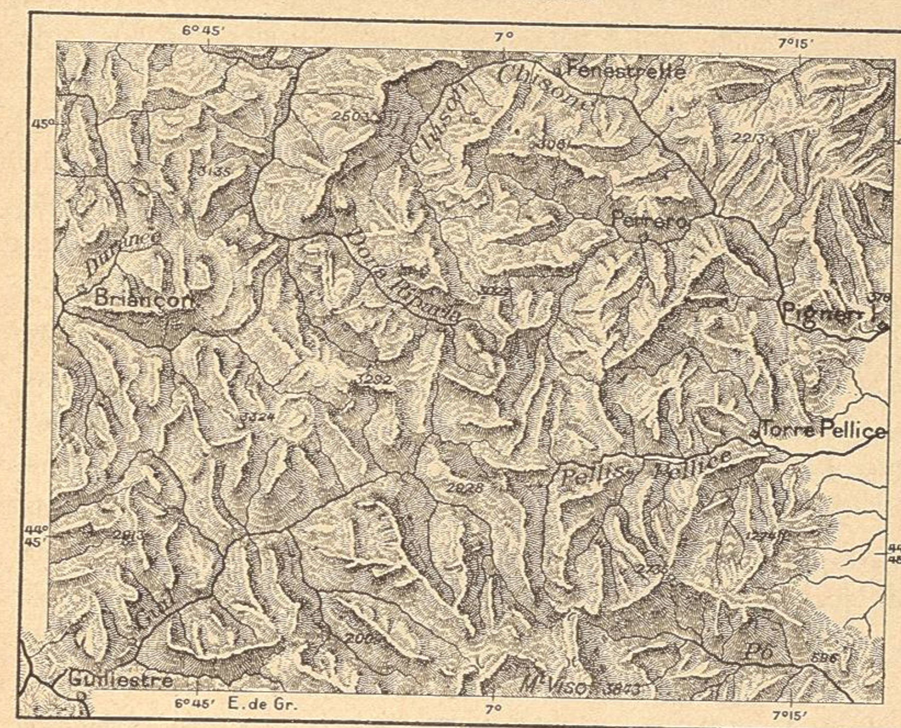
todo cambio en el mundo intelectual debía quebrantar la fortaleza del dogma que pretende levantarse inmutable como un faro sobre las olas. Sin embargo, las clases superiores, que suministraban reclutas á la caballería y á los conventos, podían hallar salida á sus inquietudes espirituales en sus aventuras peligrosas ó en las especulaciones filosóficas; acomodábanse bien á la inmensa y flexible vestidura de la Iglesia universal que, bajo una apariencia de unidad, cobija tantas opiniones y pasiones diversas. En el pueblo, no en la sociedad dominante, se originan las herejías. Los Abelardo, los Berenguer de Tours y otros *scholasques* sólo tocaban á la Iglesia establecida por sutilezas dialécticas y no podían penetrar en la vida profunda de la nación. Sus pasos de armas y luchas oratorias hicieron la delicia de los letrados, pero no tuvieron ninguna influencia sobre las gentes del pueblo. La gloria inmortal de Abelardo no le vino de sus escritos ni de sus discursos, sino del amor de Eloisa.

Por otra parte, no fué el movimiento de las ideas la razón principal que desprendió de la Iglesia oficial masas populares considerables, sobre todo en Italia y en el Mediodía de Francia, é hizo nacer como resultado comunidades heréticas: la verdadera causa de esas insurrecciones, en la mayor parte de los casos, consistió en la rebeldía de la moral pública contra un clero simoniaco, rapaz é impuro. Los sacerdotes, ambicionando alcanzar la omnipotencia, se creían ya muy próximos á poder ejercerla, y por sus caprichos, sus violencias y su rudeza en el despojo, merecían bien las virulentas palabras que les dirigían San Bernardo y otros defensores desinteresados de la Iglesia. Hay herejía atribuída á la influencia de alguna tradición secretamente transmitida de familia en familia, que procede únicamente de la expulsión de sacerdotes sacrílegos, que se habían hecho intolerables á su grey. Los de espíritu sencillo, aunque conservando su fe cándida, se hacían herejes por el hecho mismo de escoger como guías y consejeros naturales los ancianos laicos más respetados de la localidad[1]. La supresión del sacramento y la ruptura de la filiación eclesiástica bastan, en efecto, para separar del tronco viviente de la Iglesia todas las ramas que de él se han desprendido. Otra causa indirecta de la formación de las herejías debe atribuirse á las condiciones geográficas de las ásperas regiones de los Alpes y del centro montañoso de Francia. Ciertas comarcas de difícil acceso no eran visitadas por los sacerdotes residentes en los valles bajos ó en la llanura, y transcurrían generaciones enteras sin relaciones directas entre las comunidades perdidas en el seno de las montañas y las sedes episcopales de que oficialmente dependían. Cuando á continuación de un sínodo ó de alguna expedición militar se producía el contacto entre los pequeños grupos de montañeses evangélicos y los representantes del Padre Santo, se ponía de manifiesto repentinamente la desviación de la doctrina producida durante el curso del tiempo, con gran escándalo de los prelados.

Así puede explicarse, por ejemplo, la formación del culto pro-

[1] Henry Charles Lea, *Origines et procédure de l'Inquisition*, t. I, trad. de Salomon Reinach.

N.º 315. Valles Valdenses.



El valle del Pellis es el centro principal de las sectas valdenses.

fesado en los «Valles Valdenses» sobre la vertiente piamontesa y sobre las orillas del alto Durance. Ocurría, pues, en aquella época, lo mismo que en nuestros días, que un gran número de emigrantes descendían anualmente de sus grutas elevadas, donde todo trabajo exterior era imposible en invierno, y se establecían en las ciudades de las campiñas bajas, sea como albañiles, empedradores ó faquines, sea como buhoneros para vender los pequeños objetos fabricados en sus montañas. Entre ellos encontrábanse gentes instruídas, cristianos fervientes y apóstoles, y así fué que, siguiendo los caminos de la emigración temporal, la doctrina «valdense» se extendía como un reguero desde los Alpes á la llanura. Los montañeses, exclusivos intermediarios en esas regiones, eran también los únicos transmisores de ideas religiosas: sembraban por donde pasaban sus propias doctrinas y no recibían otras de parte alguna. Así se explica la propagación tan extensa de una forma de culto que se había conservado casi sin cambio en los valles apartados, y que se mostraba de nuevo en las comarcas de la llanura y del litoral, de donde había desaparecido hacía siglos. El país de Albi, ciertas regiones del Languedoc occidental y la gran ciudad de Tolosa fueron los lugares del Mediodía donde los fieles acogieron con mayor aceptación los anunciadores de la «noble lección», desembarazada de sus sacerdotes, desprendida de todos sus ornamentos inútiles y costosos. Un pasaje de los escritos de Pedro el Venerable, abad de Cluny, habla de los Tolosanos derribando las cruces como repugnantes símbolos del tormento y de la muerte. Los *capitouls*, aconsejados por el valdense Pedro de Brueys, el ardiente misionero de la fe pura, ordenaron la destrucción de las cruces de la ciudad, que se amontonaron en la plaza del Capitolio para hacer con ellas una inmensa hoguera de fiesta popular la víspera de Pascua, que sirvió para la preparación de un gran banquete público [1].

A los elementos de herejía espontánea, procedentes, los unos, de la simple rebeldía material de los campesinos oprimidos por los grandes señores eclesiásticos, y los otros, de la desigualdad del movimiento de evolución religiosa, según los diferentes medios geo-

[1] Nap. Peyrat, *Les Réformateurs au douzième Siècle*, ps. 71, 72.

gráficos, se juntaron naturalmente las herejías propiamente dichas venidas de lejos á través del tiempo y del espacio. Todo el residuo de las sectas gnósticas, escapado á las persecuciones de la Iglesia, se agregaba por su propio impulso á los que la fuerza de las cosas le daba por aliados y frecuentemente se fundieron en un mismo cuerpo religioso y político. Así es como los Katharos ó los «Puros», que hacían remontar su origen espiritual á los Maniqueos del Irán y del Asia Menor, fueron poco á poco confundidos con los «Valdenses» y desaparecieron con ellos en la misma tormenta, cuando los bárbaros del norte de Francia vinieron á atacarles en el Mediodía. Aquellos «Buenos Hombres» — tal era el nombre que se les daba á causa de la pureza de su vida — diferían, no obstante, mucho de los Valdenses por las tradiciones y por la complexidad de sus dogmas: mientras que los montañeses de los Alpes se limitaban á simplificar su religión desembarazándola de la ingerencia eclesiástica, contentándose con la «noble lección», simple resumen de moral sacada de los Evangelios, los Katharos eran teólogos refinados que se dirigían á la perfección por el sufrimiento y las prácticas difíciles. Pero todo se exterioriza en el mundo material, nada queda en el puro dominio del espíritu. Llegando á ser fuertes, quisieron también las herejías darse un cuerpo político; pero como siempre, sólo tuvieron un atrevimiento á medias, y, aunque rebelándose contra los continuadores del pasado, en el pasado mismo buscaron su punto de apoyo.

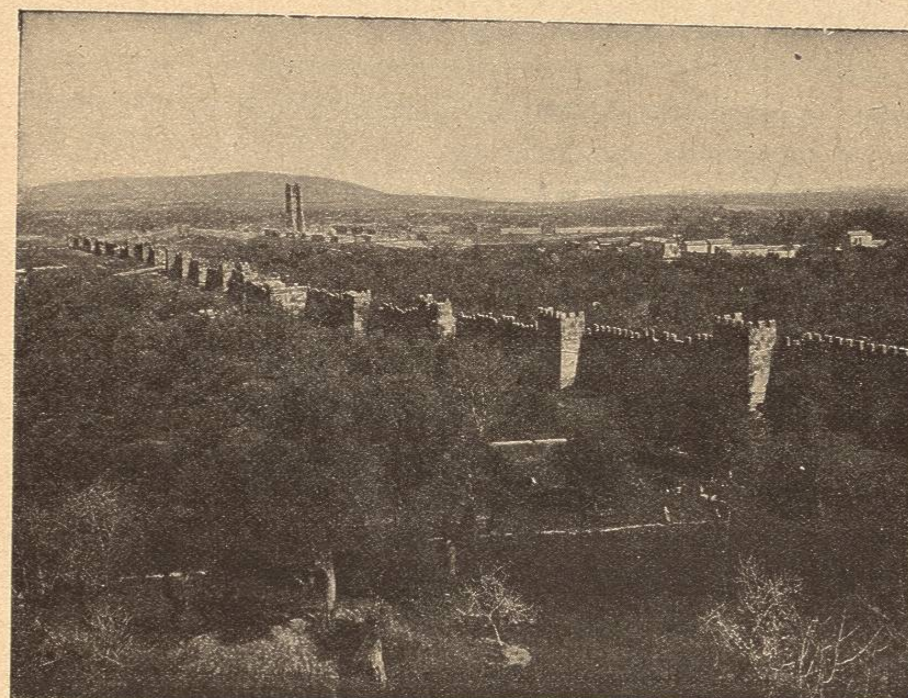
A la mitad del siglo XII, Arnaldo de Brescia, el compañero de luchas de Pedro de Brueys y de Arrigo, el discípulo de Abelardo, el monje republicano, el furibundo tribuno, rodeado de «gentes cubiertos de pelos», intentó esa obra de doble objeto, á la vez revolucionaria y restauradora. Quiso al mismo tiempo abatir el poder de los sacerdotes y reconstituir la antigua república romana. Ya en una primera tentativa logró levantar las nobles ciudades lombardas: Brescia su patria, Pavía, Milán y sus hermanas del Norte desde Asti hasta Treviso. Teniendo contra sí el papa y el emperador, pudo, sin embargo, luchar durante años, tanta solidaridad halló en esas burguesías nacientes, demasiado instruídas para creer en la divinidad del pontífice, harto orgullosas por su superioridad en civilización para

respetar un emperador bárbaro del Norte. Hubo de huir, sin embargo, pero siempre en acecho, halló el medio de volver, y esta vez se presentó en la misma Roma, gracias á la disensión de los dos papas que se excomulgaban el uno al otro. Esto ocurría en 1146: su primer cuidado fué restablecer la república de la Roma antigua, tal como podía imaginársela por los escritos antiguos y por la tradición; creó un orden ecuestre intermediario entre los senadores y los plebeyos, hizo nombrar cónsules para presidir el Senado y tribunos para defender al pueblo. Arnaldo no se tomó la molestia de hacer nombrar un anti-papa por los ciudadanos, lo que le evitó quizá atraer contra la Roma republicana la Cruzada que pensaba predicar San Bernardo; pero limitó tanto como le pareció posible la soberanía del emperador, otro enemigo que, á lo menos, tenía á sus ojos la ventaja de ser adversario del papado [1].

Por una fortuna extraña, esa restauración de la república, ó, por mejor decir, esa resurrección de un estado de cosas desaparecido hacía doce siglos, se conservó algunos años como en perfecta ignorancia del poder de los pontífices, en el mismo siglo que podía promulgar, como el dogma político por excelencia, la dominación universal de la Iglesia sobre el mundo de los fieles. Pero los ciudadanos de Roma carecían de la fe viva que hace los prodigios, y cuando la tempestad se presentó amenazadora por el Norte, cuando Barbarroja bajó de las alturas de los Apeninos, senadores y cónsules, tribunos y ciudadanos pidieron gracia, y el cuerpo vivo de Arnaldo de Brescia ardió ante la Puerta del Pueblo. El poder papal se restablecía á la vez sobre los ciudadanos de Roma y sobre el emperador mismo que, jurando y renegando, hubo de tener el estribo á Adriano IV, el hijo de un siervo inglés, ex-mendigo y pobre fraile.

Ese mismo soberano pontífice, bastante poderoso para humillar á Barbarroja á la cabeza de sus caballeros amedrentados, no dejó por eso de distribuir las naciones á su antojo. Como sus predecesores, entregaba á las Cruzadas los pueblos de Oriente; daba también á los Finlandeses y otras tribus del gran Norte á los Suecos nuevamente convertidos, y cuando Enrique II, rey de los Anglo-normandos, le habló de su deber de conquistar la Irlanda, Adriano le animó: «La Irlanda, le respondió, y todas las islas que han recibido la fe cristiana pertenecen, según tu opinión y la de todo el mundo, á la Iglesia Romana. Tú nos haces entender que quieres entrar en esta isla para someter el pueblo á las leyes, extirpar los vicios y hacer pagar el dinero de San Pedro. Alabamos tu designio: retrocede los límites de la Santa Iglesia, y hazte un nombre glorioso en todos los siglos». Y con esta bula envió el papa como signo de investidura al rey de Inglaterra un anillo de oro adornado con la esmeralda simbólica [2]. La isla de «Esmeralda» fué, en efecto, parcialmente conquistada. Enrique II edificó su palacio en la ciudad de Dublin como arraigando allí su poder para siempre, y los Irlandeses fueron privados de su independencia y de su civilización propia; lanzados á la pobreza y á la barbarie, comenzaron el

[1] Sismonde de Sismondi, *Les Républiques Italiennes.*



Cl. Kuhn, edit.

VISTA DE TLEMCEN

[2] Nap. Peyrat, *Les Réformateurs au douzième Siècle*, p. 445.

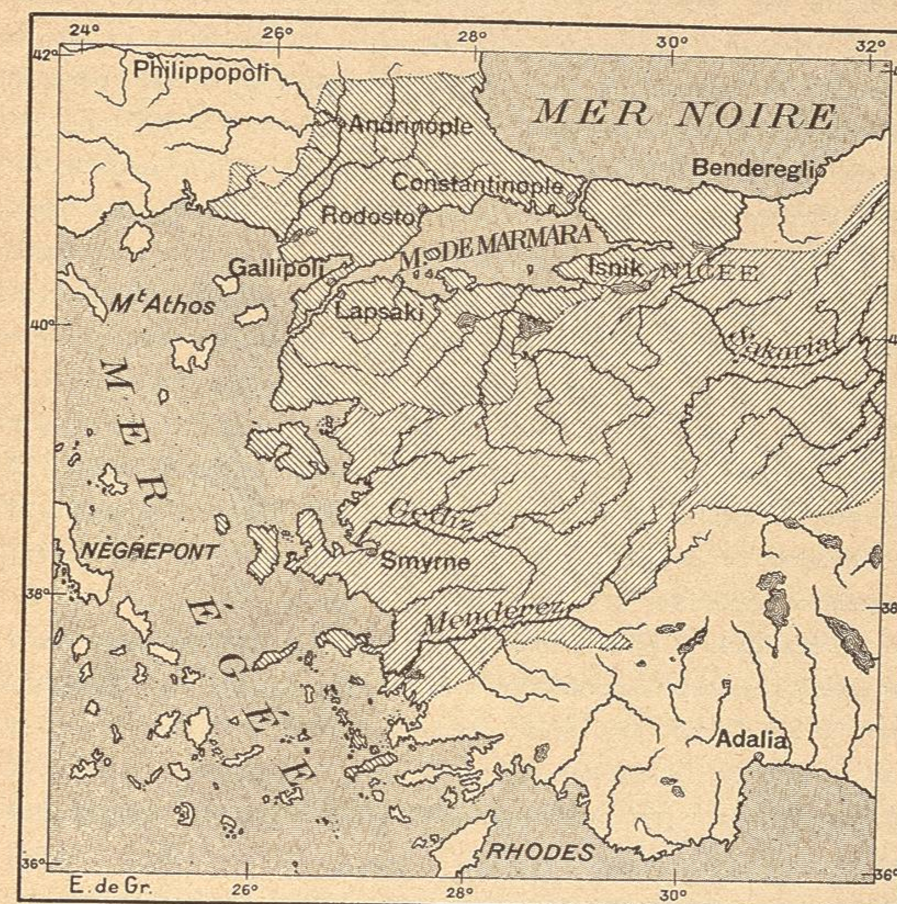
período doloroso de su historia de servidumbre y de rebajamiento moral que dura todavía y que, por una singular ironía de las cosas, había de unirles estrechamente á esa misma Iglesia Romana por la cual fueron vendidos á Inglaterra.

En tanto que unas cruzadas parciales se realizaban en Occidente, la cruzada propiamente dicha contra el Islam continuaba en Oriente. La tercera cruzada que partió para la reconquista de Jerusalem produjo la escena más decorativa y romántica de la guerra, puesto que en ella figuraron á la vez, de un lado, el héroe Barbarroja, que desapareció obscuramente y de quien se apoderó la leyenda, el ardiente Ricardo Corazón de León, el prudente político Felipe Augusto, y del otro, Saladino, el modelo de todos los caballeros, árabes ó cristianos. Pero la importancia de los resultados no respondió á la grandeza de la representación. Jerusalem no fué reconquistada por los cristianos, y lo único que obtuvieron de su cortés adversario, fué el favor de ir sin ser molestados á arrodillarse ante el Santo Sepulcro. Habíase formado además una tercera orden de caballería, la de los caballeros Teutónicos, cuyo acero habían de sentir pronto y cruelmente los paganos de la frontera alemana, entre los Prusianos y los Lituanios.

La cuarta cruzada hasta ignoró Jerusalem. Había tomado por objetivo el valle del Nilo, á fin de apoderarse de sus campos ricos en trigo y del camino de las Indias; pero una vez en marcha, los Venecianos, que transportaban los cruzados en sus barcos, dirigieron á sus ávidos aliados hacia otro punto, Constantinopla. Hasta entonces las bandas occidentales, aunque chocando frecuentemente contra sus huéspedes de pasaje, los Bizantinos, no habían osado hacerse culpables de una violación completa de la fe jurada y la majestad del imperio les había retenido. Habiendo ido á combatir los Musulmanes y libertar la tumba de Jesucristo, los Cruzados no podían decentemente detenerse en camino para exterminar á otros cristianos; pero esta vez la tentación era demasiado fuerte, y no resistiendo á ella, tomaron la ciudad por astucia, quemaron la mitad y devastaron el resto (1204). Mientras que los Venecianos, conocedores de las cosas bellas, se apoderaban de ellas para que sirvieran de adorno en

su propia ciudad las cuádrigas y las puertas triunfales, los bárbaros occidentales de Francia y de Bélgica fundían los bronces y los objetos de oro para fabricar monedas, armas y groseros adornos.

N.° 316. Imperio Latino é Imperio de Oriente.



El imperio Latino se extendía sobre las dos riberas del Bósforo. El imperio de Oriente tenía su capital en Nicea (Isnik). Negroponto (Eubea) y las Cíclades estaban gobernadas por familias venecianas, lo mismo que Rodosto, Galípolis y Lapsaki.

¿No procede en gran parte el rencor que el Occidente conserva contra Bizancio de que, cuando su contacto con los Griegos de Constantinopla, los Cruzados, antepasados de los civilizados de Francia y de Alemania, tuvieron clara conciencia de su inferioridad?

Habían debido reconocer que eran incontestablemente bárbaros, no sólo desde el punto de vista de las artes y de los oficios, sino también por el saber vivir y por la moral: se habían sentido rudos, groseros, ávidos y feroces. Ana Comneno se queja de la espantosa codicia de los Latinos y de su intolerable charla. De una parte y de otra se odiaban francamente. De ese modo los papas de Occidente fracasaron en la ambición que les había impulsado, durante todo el curso de las Cruzadas, á predicar la unidad de la fe. En vano fué que trataran de restablecer la Iglesia ecuménica en provecho de su poder personal: participaban de esta ilusión tan común á los hombres, que basta obtener el asentimiento de los soberanos para realizar profundas transformaciones en las masas populares. Cuando los Cruzados, dueños ya de Bizancio, se dejaron llevar de todo el furor de sus apetitos de lucro, de grosería y de violencia, los odios estallaron tan vivos entre Latinos bárbaros y Griegos civilizados, que toda idea de unidad religiosa debió de desvanecerse en seguida. El contraste se estableció más irreconciliable que nunca, los cristianos de Oriente no podían perdonar á los de Occidente la humillación de hallarse sometidos á su dominio.

En realidad, el establecimiento temporal del imperio Latino tuvo por único resultado empobrecer á Bizancio y facilitar su conquista futura á los Turcos invasores. Habiendo roto los Occidentales el gran resorte de la resistencia, prepararon la destrucción definitiva del imperio, pero por otros enemigos más sólidamente organizados que lo que ellos mismos estaban: trazaron la vía que dos siglos después había de seguir el conquistador Mahoma. Por otra parte, Balduino de Flandes y los que le eligieron como emperador no supieron acomodarse en modo alguno á las costumbres orientales y á las tradiciones políticas de Bizancio; aportando sus ideas del mundo feudal del Occidente, trataban de aplicarlas lo mejor posible á aquel nuevo país que para ellos permanecía desconocido. En primer lugar dividieron el país en grandes feudos y en señorías vasallas, como para establecer en el país las disensiones y la guerra en permanencia: tuvieron, pues, que luchar entre sí, al mismo tiempo que se defendían contra los Búlgaros del Norte, contra los Turcos del Este y los principados griegos independientes que se habían conservado

en Epiro y en Anatolia. De ese modo el imperio Latino, cada vez más reducido, cesó de existir después de poco más de medio siglo (1204 á 1261) de precaria existencia.

Las comarcas del imperio de Oriente donde la influencia occidental se hizo sentir más, fueron el Peloponeso y las islas esparcidas en derredor de la Grecia continental. El hecho se explica fácilmente: la Morea y las Esporadas eran mucho más fáciles de visitar de Francia y de Venecia que las escalas del Oriente propiamente dicho; además, la Morea, dividida naturalmente en cuencas separadas como los alveolos de una colmena, se prestaba mejor que cualquier otro país á la organización del régimen feudal, mientras que cada una de las Cíclades, con su puerto y su depósito de comercio, llegaba á ser fácilmente una factoría, un jardín y un olivar para una gran familia cualquiera de nobles venecianos. Hasta 1540, cerca de tres siglos y medio después de la sorpresa que dió lugar á la fundación del imperio Latino, no se vió obligada Venecia á evacuar sus últimas posesiones helénicas. En Morea se encuentran especialmente aún hermosas construcciones militares que atestiguan una sólida ocupación de la comarca por los barones occidentales.

Las dos últimas cruzadas, que dirigió el rey de Francia, Luis IX, proclamado «santo» por la Iglesia católica, volvieron á tomar el carácter religioso que habían perdido las precedentes expediciones de conquista y de saqueo. Los Cruzados volvieron á ser los «soldados de Dios», pero soldados que no tenían la fe triunfante. San Luis fué igualmente desgraciado en sus dos expediciones: habiendo atacado Egipto, que consideraba acertadamente la llave del Santo Sepulcro, apenas pudo apoderarse de la ciudad de Damieta (1249); después, rodeado de enemigos, sufrió la humillación de caer en cautiverio con gran parte de su ejército y de haber de ser rescatado por su pueblo á fuerza de gravámenes é impuestos. En su segunda campaña no osó ya dirigir sus miradas hacia la «ciudad santa», definitivamente perdida, sino que limitándose á atravesar oblicuamente el Mediterráneo, desembarcó cerca de Túnez, donde murió de la peste con la mayor parte de los suyos (1270). La leyenda musulmana le rodeó de tanta veneración como la leyenda cristiana, pretendiendo que á la hora de la muerte se había convertido á la fe del Islam.

A lo menos había sido el testigo involuntario de la impotencia de la Cruz contra el Corán, y su reino, Francia, que fué el primero en el movimiento de las Cruzadas, fué también el último, resultando lamentablemente debilitado. Akka ó San Juan de Acre, la única ciudadela que los cristianos habían conservado en Tierra Santa, cayó en 1291, y sus defensores se dispersaron por Europa y las islas del Mediterráneo. De las Cruzadas no quedó en Asia más que murallas, tradiciones inciertas y en las montañas de Líbano una vaga simpatía de las tribus cristianas hacia la Francia católica. En cuanto á la población mezclada esparcida aquí ó allá en Jerusalem, Antioquía, Edesa y otras ciudades militares, desapareció rápidamente: en el espacio de algunas generaciones, los «potros», como se llamaba á las gentes de raza cruzada, franca y oriental, se confundieron con los indígenas como las gotas de lluvia perdidas en la inmensidad del mar.



ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL TERCER TOMO

A lo menos había sido el testigo involuntario de la impotencia de la Cruz contra el Corán, y su reino, Francia, que fué el primero en el movimiento de las Cruzadas, fué también el último, resultando lamentablemente debilitado. Akka ó San Juan de Acre, la única ciudadela que los cristianos habían conservado en Tierra Santa, cayó en 1291, y sus defensores se dispersaron por Europa y las islas del Mediterráneo. De las Cruzadas no quedó en Asia más que murallas, tradiciones inciertas y en las montañas de Líbano una vaga simpatía de las tribus cristianas hacia la Francia católica. En cuanto á la población mezclada esparcida aquí ó allá en Jerusalem, Antioquía, Edesa y otras ciudades militares, desapareció rápidamente: en el espacio de algunas generaciones, los «potros», como se llamaba á las gentes de raza cruzada, franca y oriental, se confundieron con los indígenas como las gotas de lluvia perdidas en la inmensidad del mar.



ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL TERCER TOMO

ÍNDICE ALFABÉTICO

de los nombres propios contenidos en el tomo III

Los nombres de pueblos están en **letra negra**; los nombres de autores, personajes históricos, etc., en *cursiva*; los países, montañas, ciudades, ríos, etc., en carácter común ó redondo.

Las cifras rectas se refieren al texto, las cifras inclinadas indican que el nombre correspondiente está localizado en un mapa en la página indicada.

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

K

L

N

O



LISTA DE LOS MAPAS

Mapa suelto



ÍNDICE DE LAS MATERIAS

del Tomo tercero

LIBRO SEGUNDO: Historia Antigua

CAPÍTULO XI

ORIENTE CHINO

CAPÍTULO XII

INDIA

CAPÍTULO XIII

MUNDOS LEJANOS

ÍNDICE DE LAS MATERIAS

del Tomo tercero

LIBRO SEGUNDO: Historia Antigua

CAPÍTULO XI

ORIENTE CHINO

Páginas

CAPÍTULO XII

INDIA

CAPÍTULO XIII

MUNDOS LEJANOS

LIBRO TERCERO: Historia moderna

Capítulo I

CRISTIANOS

Capítulo II

BÁRBAROS

Capítulo III

LA SEGUNDA ROMA

Capítulo IV

ÁRABES Y BEREBERES

Capítulo V

CARLOVINGIOS Y NORMANDOS

Capítulo VI

CABALLEROS Y CRUZADOS



PAUTA

para la colocación de las láminas sueltas

